

SALVAJE OESTE



JUAN TALLÓN


ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Salvaje oeste
Dedicatoria
Cita
Advertencia
Toma de control
 Uno
 Dos
 Tres
 Cuatro
 Cinco
 Seis
 Siete
 Ocho
 Nueve
 Diez
 Once
 Doce
 Trece
 Catorce
 Quince
 Dieciséis
 Diecisiete
 Dieciocho
 Diecinueve
Control total
 Veinte
 Veintiuno
 Veintidós
 Veintitrés
 Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Pérdida de control

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco

Cuarenta y seis

Cuarenta y siete

Cuarenta y ocho

Cuarenta y nueve

Cincuenta

Cincuenta y uno

Cincuenta y dos

Cincuenta y tres

Cincuenta y cuatro

Cincuenta y cinco

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Políticos. Empresarios. Periodistas. Banqueros. Poder. Negocios. Placer. Corrupción. *Salvaje oeste* es una obra de ficción. Sus personajes no se parecen a ninguna persona real, viva o muerta, pero su historia es el retrato de toda una época, marcada por el control total que ejercieron sus élites.

Salvaje oeste es una novela sobre la irrupción, el esplendor y la decadencia de una generación de políticos y empresarios que se apropiaron de un país, y de cómo la prensa reaccionó ante el despliegue de semejante poder.

Juan Tallón ha escrito una novela que acaba siendo un paisaje, en cierto modo demoledor, pero también necesario, del poder en todas sus formas, con un innegable talento literario que brilla en cada una de sus páginas y en cada uno de sus personajes.

JUAN TALLÓN

SALVAJE OESTE



*A mi hija Helena, que nació al mismo
tiempo que esta novela.*

*Mi familiaridad con el poder es triple:
lo he observado, lo he ejercido, lo he
sufrido.*

ELIAS CANETTI

ADVERTENCIA

Este libro es una obra de ficción. Nada de lo que narra sucedió en la realidad. Sus personajes no se corresponden con ninguna persona, viva o muerta. Los países en que transcurre tal vez no existan, aunque la época es real.

TOMA DE CONTROL

UNO

El cielo se difuminó hasta volverse hipotético. Iba a llover. César Riezu miró hacia arriba, calculando si las nubes descargarían ahora o dentro de un rato, y le crujó el cuello, que sonó a nuez rota. No le concedió importancia. Simplemente tenía la cabeza grande. La movió varias veces arriba y abajo, a derecha e izquierda, asintiendo a preguntas inexistentes, para asegurarse de que todo estaba bien, en su sitio, enroscado. No podía ocultar que lo atenazaban los nervios, si bien se creía parte de una estirpe de individuos que disfrutaba precisamente con sus nervios, que lo hacían sentirse más vivo que sin ellos.

Se giró para pagar al cielo con su indiferencia, en busca de un hueco plácido entre los invitados que le permitiese generar la ficción de que en medio de tanta gente se encontraba solo en el mundo, solísimo, a semejanza de esos ahogados que el mar arrastra de madrugada a una playa y tardan horas en molestar. En el palco se respiraba una caótica mezcla de perfumes, todos agradables. Su colonia olía a antes de ayer, un aroma hospitalario, pero desgastado. Faltaban veinte minutos para que empezase el partido, y jugar en casa todavía lo ponía más nervioso, es decir, más lúcido, más expectante. Con los dedos pulgar e índice se atusó la ausencia del bigote, que se había afeitado hacía varios años ya. Quizá el bigote hubiese desaparecido, pero su costumbre no, o no del todo. Le gustaba acariciar su falta. Notó la piel escamosa, enrojecida, con ese tono que según su mujer recordaba a un ladrillo viejo. Después se subió las gafas, que se le habían escurrido hasta la punta de la nariz, donde le pesaban como un diccionario de sinónimos y antónimos. Bajo la potente, demasiado blanca luz de los focos, su cabello negrísimo brilló de un extraño modo, que delataba que se teñía.

En aquella gran sala flotaba un apasionado desinterés por el fútbol. A veces parecía que los invitados acudían al estadio para no tener que asistir al

partido. A él no le parecía mal. Era menos un hombre de fútbol que de negocios, aunque hacía tiempo que había visto —quizá antes que nadie— que el fútbol facilitaba el seguir haciendo negocios. Había en todo ello una lógica retorcida, que recordaba a la de aquel señor francés que aborrecía tanto la Torre Eiffel que muchos días se iba a comer debajo de ella, para no verla.

Alguien rompió a reír con fuerza, con un estilo que escapaba a su cuerpo, indomable, y pisoteaba a la gente más próxima. Era la clase de risa que estalla antes de que uno acabe de decir algo gracioso, como si lo adivinase. No eran carcajadas contagiosas, sino crueles, que ofrecían pistas de algo menos gracioso que terrible. Imposible no sobrecogerse. Su sonoridad empujaba el aire hacia las paredes, y lo peor era que aquel hombre alto, grueso, sin llegar a gordo, reía y reía, al principio porque algo con gracia lo empujó y después porque la risa misma le despertaba nuevas risas, que convocaban a otras distintas. Riezu se preguntó si alguna vez había visto, y escuchado, a alguien reír durante tanto tiempo, con aquel desgarró, en toda su vida. Probablemente, no. No quiso volverse por discreción y porque no deseaba llevarse un chasco si era alguien a quien respetaba.

Buscó el teléfono, por si hubiese alguna llamada o mensaje. Se palpó los bolsillos de la chaqueta y después los del pantalón, y otra vez los de la chaqueta antes de dar con él. Vio que tenía un mensaje del nuevo presidente del Banco del Norte, Pep Batlles i Pla. «Me apuesto el cojón derecho a que Héctor Niza será ministro de Economía. Nos vamos a forrar. A forrar más, quiero decir». Sonrió a oscuras, sin sonreír.

Sobre su mente siempre había nubes apostadas, que empujaban alguno de sus negocios en marcha. Esta vez se trataba del concurso para construir en Riad el edificio más alto del mundo y emplazar en él uno de sus hoteles. En cuestión de semanas, quizá días, debía decidirse a qué consorcio de empresas encargaba el proyecto Arabia Saudí. Él tenía fuertes intereses en uno de ellos. Había muchos millones de euros en juego. Si se hacían con esa concesión, sería una de esas operaciones que se sellaban solo una o dos veces en la vida. Y quisiese o no, incluso cuando no pensaba en ello, últimamente ese asunto estaba siempre ahí. Ser millonario obligaba a uno a una ansiedad perpetua. No podías ser millonario sin más, tenías que ser continuamente más millonario y hallar nuevos nichos para expandirse, y para eso había que convencer a alguien de que hiciese algo de lo que no estaba convencido del todo. Pasaba sus peores días doblegando resistencias. Atrás habían quedado

los tiempos en que uno se hacía rico con esmero, despacio, tras un largo aprendizaje; ahora se planteaba en términos de una lucha sin cuartel. No podías detenerte a pensar que eras rico porque perdías dinero, que inexorablemente iba a parar a otro, más pragmático, que no pensaba, solo actuaba.

La responsable de protocolo del club se acercó a comunicarle algo al oído y él escenificó un árido gesto en el aire para que lo dejase en paz con ese asunto. De nuevo dio algunos pasos hasta la cristalera para contemplar las gradas. Estaban llenas de gorros y guantes, y, al expulsar el aire, a los aficionados se les veía el aliento. Ese día el frío era romo. Pese a que se encontraba en la sala vip y allí hacía calor, Riezu se frotó las manos para inventar el fuego. Sus manos eran pequeñas y sus dedos gruesos incordiaban la acción más banal, como tomar unas tijeras o marcar un número de teléfono, pero había aprendido a convivir con sus defectos. Cuando podía, las guardaba en los bolsillos, para que no le pesasen. En el bolsillo derecho tocó la medalla de oro de la Virgen de los Milagros. La agarró con fuerza y le pidió ayuda. Después de todo, el fútbol constituía un asunto demasiado complejo.

Percibió que el pantalón le apretaba la barriga. Había vuelto a engordar, pese al régimen. Un número considerable de dietas para adelgazar conducían al aumento de peso. Él era testigo. Se trataba de una constante en su vida: engordar como efecto de pretender adelgazar. Se sintió incómodo, pesado, extranjero en su interior. En la última semana había dormido poco, pero mal. Un presentimiento lo molestaba del mismo modo que a veces unas sábanas arrugadas no te dejan conciliar el sueño, o unos ronquidos en la habitación de al lado te mantienen en vilo.

Buscó al presidente del Arsenal. El veterano Chamberlain era una institución, empezando por su nombre, que desprendía la ambición que solo poseen algunos nombres de transbordadores espaciales o de caballos de carreras, a los que sus propietarios llaman Blackbeard, Jack Hobbs, Big Soldier, Storm of Stars, o John F. Kennedy. Lo encontró sosteniendo una copa de champán vacía, que dejó que Riezu chocase con la suya. Sonó a brindis tristísimo. La imagen de una copa vacía solo resultaba un poco menos desoladora que un parque para niños de cemento.

En el almuerzo habían quedado flecos sueltos y pretendió recuperarlos. Se limpió las gafas con la corbata, satinada y un poco pasada de moda, su

preferida, y lo abordó.

—Creo que podríamos mejorar nuestra oferta por Beaumont. —El presidente del Madrid se esforzó por que la frase no pareciese una propuesta, sino un rodeo. Había que ser empresario desde niño, y que antes lo hubiesen sido los padres de uno y los abuelos, y tal vez también los bisabuelos, para no decir las cosas que se decían. Pero Chamberlain conocía el oficio lo bastante y sabía que Riezu era un hombre de negocios ancestral, un pez gordo, un tiburón, en definitiva, y que cuando bromeaba no hablaba sino en serio. El inglés se hizo el idiota con sutil estilo.

—¿Quieres comprarlo ahora, antes de que empiece el partido? —Consultó el reloj, para fortalecer la construcción de la idiotez.

Riezu inclinó la cabeza sin afán. El humor no era uno de sus hobbies. Se transparentó demasiado que por dentro pensaba que Chamberlain era un viejo zorro hijo de puta. No abundaban en el fútbol moderno. Eso lo respetaba más que el humorismo. Había muchos hijos de puta, sí, pero no viejos zorros hijos de puta. La diferencia era de tipo técnico y a la postre abismal. Había que ser a su vez otro buen hijo de puta para apreciarla. Aquella pregunta, que parecía hecha por un niño de once años, era un «no» británico, de breve y elegantísima ejecución. Chamberlain preguntó de nuevo y la pregunta sonó a jaque:

—¿Y para qué queréis a Beaumont? Ya tenéis a Strogoff. —Y al pronunciar «Strogoff» bebió de su copa de champán vacía. Fue otra demostración de elegancia, incluso de humor también británico, que Riezu asoció con un signo de la edad.

—Todo equipo es siempre una historia sin acabar. Está construyéndose permanentemente. Tal vez Beaumont nos ayudase algún día a cerrar el círculo. ¿No te parece?

Al presidente del Arsenal, a la luz de su reacción, fría, no le parecía nada. Sabía cuándo no convenía tener demasiada opinión de las cosas. Clavó los ojos en el interior de Riezu, preguntándose si ahora el presidente del Madrid era filósofo.

—Mi padre y mi abuelo, que también presidieron el club, decían que, si no actuabas con demasiada ambición, vivías más años; yo me mantengo en esa tradición. —Chamberlain buscó con la vista a alguien que pudiese rellenarle la copa, que vacía durante demasiado tiempo comenzaba a perder gracia.

Riezu trató de calcular cuántos títulos había obtenido el Arsenal con esa

filosofía y le salieron pocos. También intentó determinar, improvisando, cuál era el precio de Beaumont, para hacer una oferta que impidiese a Chamberlain seguir apaciblemente el partido, pero sabía cuándo alguien no se encontraba receptivo; desistió.

—El mundo ha cambiado tanto, Chamberlain, que el fútbol ya ni siquiera es fútbol, como ocurría en los buenos tiempos; ahora solo son negocios, y en los negocios, si no tienes una gran ambición, te mueres antes incluso de hacerte joven. Mi temor es que también llegue el día en que los negocios tampoco sean negocios.

Chamberlain se quedó pensando en esa frase, que le recordó a un viejo guion de Hollywood. A su lado al fin pasó un camarero con una bandeja de bebidas. Renovó la suya y luego descansó una mano sobre el hombro del presidente del Madrid, paternalista.

—Hablemos en el segundo tiempo. Si el mundo cambia tan rápido como aseguras, quizá para entonces ya no tengas interés en comprar a Beaumont. Tal vez incluso quieras venderme a Strogoff.

Pero César Riezu perdió de golpe todo interés en Chamberlain y quizá también en Beaumont. Acababa de llegar el nuevo presidente del Gobierno. El Congreso había designado esa mañana a Javier Alvarellos por mayoría absoluta. Su rostro alargado, con forma de cabeza de caballo, y tenso, recién afeitado, casi rosa, dobló un vano intento de sonreír ante Riezu. Tal vez quiso, pero no supo. En solo media mañana su figura se había mimetizado con el cargo y cualquier aspecto gris del pasado se confundía ahora con un porte brillante, engañosamente esbelto. De pronto lo movía su fachada de líder osado, maquiavélico e ininteligible.

—Ya caminas como un presidente del Gobierno —dijo Riezu al tenerlo ante sí y verse oscurecido, menos por su envergadura que por la precisión con que todo encajaba: la chaqueta en sus hombros, la corbata en el cuello, la raya a la derecha en el pelo, los gemelos en los puños, la puntualidad en el reloj.

Se fundieron en un abrazo de socios, que se alargó para ser contemplado.

—¿Y se puede saber cómo demonios camina un presidente del Gobierno?

—Diría que vas todo el tiempo en pos de un objetivo trascendental, aunque al final solo te dirijas al váter, a mear.

Riezu le presentó al dirigente del Arsenal y Chamberlain, después de soltar su mano, bajó la mirada y por causalidad reparó en el calzado de Alvarellos, que estudió. Tuvo la sensación de no haber visto nunca unos zapatos tan bien

atados y que lucían sin necesidad de brillar. Detrás de un nudo así, pensó, había varias horas de trabajo, incluso varias personas atando y desatando y volviendo a atar, hasta hallar la perfección. Debía de dar pena descalzarse al final del día. Chamberlain entendería que Alvarellos le hiciese el amor a su mujer, o a otras mujeres u hombres, sin quitarse los zapatos, por una cuestión de estilo.

Los empresarios, presidentes de bancos, directores de medios de comunicación o simples oportunistas que vigilaban la figura de Alvarellos, ansiosos por saludarlo, se resignaron a ver cumplidos sus deseos solo en el descanso al sonar el timbre de aviso: empezaba el partido. Acompasados, apuraron sus copas y se dirigieron a sus respectivos asientos en el palco. Riezu y Alvarellos se demoraron unos segundos, hasta que la directora de protocolo les hizo una señal para salir. En un movimiento de escueta discreción, se acercó a Riezu y lo puso al corriente de las ausencias.

—Falta la alcaldesa —detalló.

—Que le den por el culo.

El estadio rugía y el rugido, más ventoso que en otros partidos, movía el césped, que a su vez se dejaba llevar. Riezu desconfiaba del ruido. Había gastado muchos millones esa temporada en fichajes y renovaciones para ahora creer que los gritos y la pasión de la grada servían de algo. Creía más en la Virgen.

—Me conformo con un 3-0 —apuntó Alvarellos para que no pareciese una orden.

Riezu se limitó a colocarse bien la corbata, frito de nervios, brioso. Creía que las arrugas de la ropa daban mala suerte. Presidir aquel club exigía no solo dinero y ambición desmedida, sino también supersticiones impenetrables. Escéptico de nacimiento, emitió un gesto confuso para conjurar el exceso de confianza del presidente del Gobierno. Fue un carraspeo sutil, pero Alvarellos escuchaba lo inexistente.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—El Arsenal está muy fuerte y juega Beaumont.

—Beaumont —repitió con displicencia—. Somos el Madrid y jugamos en casa; no me fastidies con tu pesimismo. Además, nosotros tenemos a Strogoff.

La noche se puso de perros. Empezó a llover. El agua desdibujó las habilidades de ambos equipos y poco a poco los errores despertaron la

indiferencia de parte de la grada, y en especial del palco.

—El Madrid no juega a nada —expresó Alvarellos—, pero es cuando más peligroso resulta. Me gusta cuando ganamos sin un cómo ni un porqué.

—Tenemos la fórmula invencible del estilo inexistente —se divirtió Riezu acompañando aquella teoría y al instante cambió de tema—: Por cierto, empiezan a sonar nombres para tu futuro gobierno.

—¿Ah, sí? Deberías ponerme al tanto. ¿No querrás ser ministro?

—Ja. Me gusta mi vida tal como está. No tengo que disimular que me sobra el dinero. Cuando eres ministro, te pasas el día fingiendo que solo eres un ciudadano más, que siente, que pasa frío o calor, o que tiene problemas para llegar a fin de mes. Es absurdo. Además, si quieres ganar mucho dinero, estás obligado a infringir la ley de vez en cuando. No te convendría tenerme en tu gobierno. —Aflojó levemente la corbata, para continuar—: En cambio, no te oculto que necesitaría que, como presidente del Gobierno, me hicieses un pequeño favor.

Alvarellos lo miró de reojo y luego directamente.

—La alcaldesa está demorando sin motivo la licencia que nos permitiría vender la vieja parcela del club. Necesitamos ese dinero para seguir enjuagando la deuda y fichar jugadores. ¿Por qué no hablas con ella para que desbloquee el asunto? Todo está en regla. Los trámites administrativos ya se resolvieron en su día. No viene a nada esta demora, salvo al narcisismo de la alcaldesa, que necesita escenificar que la última palabra siempre es suya.

Alvarellos frunció los labios, igual que un pez. Después, en una maniobra mundana, estiró las perneras del pantalón para tapar el final de los calcetines.

—¿Dónde está, por cierto?

—Quién sabe. Tal vez en una de sus sesiones de yoga, buscando su centro neurálgico.

—¿Yoga? ¿Me hablas en serio? ¿Yoga? —Se le puso tensa la mandíbula. Nunca conocería lo bastante a Hilda García-Frost, pensó. Pasaban los años y todo lo que sacaba en claro era que tal vez nunca incurriría en ser exactamente la misma mujer dos días seguidos. Sabía que era ella porque se mantenía fiel a su aspecto, desafiando al tiempo, y porque nadie disfrutaba tanto del juego de líder guiando a los demás a un destino no del todo conocido.

—Eso he oído.

—Déjame un par de semanas —dijo tras una pausa el presidente—.

Hablaré con ella.

—Te lo agradezco. García-Frost y yo no podemos ya mantener una conversación que conduzca a algún sitio. Nos comunicamos mejor enviándonos recados por terceros.

Un súbito «uyy» recorrió el estadio. Los aficionados echaron de menos otra manga. Un escalofrío les sacudió el cuerpo. Alvarellos y Riezu se miraron sobrecogidos, con afectación. Un milagro acababa de evitar el gol del Arsenal, y no era el primero. Riezu se volvió para espiar otros miedos. Cuatro filas más atrás distinguió, salvaje y negra, la melena en movimiento de Claudia Aibar, calentando el aire. La consejera de Caja Nacional seguía el partido completamente ajena al fútbol. A su lado se sentaba Eloy Galindo, el presidente de la Confederación de Empresarios, con el que cuchicheaba y al que algo hizo estallar en una estridente risa, que se levantó sobre el resto de ruidos, de por sí intensos, y que era la misma que minutos antes tanto había turbado al presidente del Madrid. Atrapado en sus gafas viejas, de carey, estas y su gusto por los trajes marrones y amplios ejercían una cruel dictadura sobre su estilo, que producía en quienes lo miraban el desafecto y la tristeza de los paisajes devastados. Galindo tuvo dinero, lo perdió, lo ganó de nuevo, jugando a las quiebras y a los pelotazos sucesivamente. A sus cincuenta y cinco años, los últimos rumores decían que su cadena de restaurantes, Oklahoma, que se extendía por una docena de países entre España y Sudamérica, no marchaba bien. Al lado de la personalidad palpitante y la belleza de Claudia Aibar, Galindo parecía incluso saber nadar.

A ojos del país que estaba naciendo, todavía sustentado en hipótesis, Aibar se volvía una promesa irrefrenable. Eran muchos los que deseaban creer en ella, para calmar la necesidad de sentirse cercanos a alguien. Habían llegado nuevos tiempos y sus relatos debían todavía buscar un comienzo. Se decía que con Alvarellos en el Gobierno Aibar dejaría de ser lo que quiera que fuese hasta entonces para convertirse en una luz hacia la que, antes o después, habría que ir. Palpitaba, y ese fulgor incesante se merecía en sí mismo la fe. Su nombre llenaba cada vez más rumores, incapaces de mayor concreción. Algunos deseaban decir que no solo había estudiado Derecho con el presidente y más adelante realizado trabajos de asesoría para el Partido Conservador, pero cualquiera sabía que Alvarellos estaba demasiado enamorado de su mujer, y desde hacía tanto tiempo, para fantasear a estas alturas con la idea de una aventura siquiera perdida en el pasado con Aibar.

Eso se consideraba sencillamente imposible, tanto que se podía pensar, pero no decir, para que las frases no condujesen a la perdición. No cabía duda, sin embargo, de que una parte de aquella mujer, la que fuese, había seducido irremisiblemente la amistad de Alvarellos.

Las apuestas que se cruzaban sobre hipotéticos ministros la incluían en casi todos los casos. Desde el día que el Partido Conservador la había aupado al consejo de la caja, su persona simbolizaba un diamante bellísimo, joven y peligroso. Alvarellos valoraba la fuerza con la que era capaz de creer en una idea, aunque fuese la equivocada. Si en algún momento acertaba, un espíritu así inspiraba a su vez a muchos otros espíritus indecisos.

Galindo se acercaba tanto para hablar que Aibar temía que su desagradable aliento le desabrochase un botón de la blusa. Eloy le caía simpático, se había portado siempre bien con ella, pero su aliento constituía un muro infranqueable, casi una promesa de enemistad. De vez en cuando aguantaba la respiración para no soportarlo.

—Necesito el crédito. Hablamos de una cantidad que no significa nada para Caja Nacional. Se lo expuse a Iñaki y mostró algunas dudas, pero no dijo que no. Como presidente tiene autoridad para desbloquear la concesión. Me pidió que hablase con el jefe de Negocios. Me sentó a cuerno quemado, pero lo hice. Menudo hijo de perra. ¿Lo conoces bien? El muy gilipollas me exige una serie de datos y garantías que lógicamente no puedo ofrecer, pero porque son garantías exageradas. ¿Pero es que no se da cuenta de que el asunto viene de arriba y que, a las malas, yo también soy consejero de la caja? ¿A qué jugamos? Ni que el dinero saliese de su bolsillo. Son diecisiete millones de mierda, joder. De todas formas, mi intención es deshacerme de Oklahoma, de manera que con su venta resolveré el crédito de sobra. Pero eso puede tardar aún tres meses, seis a lo sumo, y entretanto tengo que pagar deudas y muchas nóminas. Me harías un favor de la hostia si hablastes con Iñaki. A ti te escucha. Y ahora con Alvarellos en el Gobierno más todavía. ¿Hablarás con Iñaki?

Aibar aceptó con un gesto aburrido, necesitada de consumir su mente en nuevas conversaciones, a poder ser con otras personas. El destino se puso de su lado cuando el árbitro señaló el final de la primera parte. En un recital inesperado, el palco se irguió y suspiró a coro, y los invitados se alejaron de sus asientos en busca de algo importante que hacer. Esos quince minutos que en fútbol duraban los descansos en el palco de aquel estadio significaban una

oportunidad que el mundo ponía a su alcance. Desaprovecharla solo estaba al alcance de gente sin ambición, que en un sitio de aquella naturaleza perdía el derecho a las segundas oportunidades.

Nada apagaba tanto el carácter de Aibar como un mero diálogo a dos. El descanso la resucitó. Ella adoraba las compañías, vivir rodeada por decenas de estímulos, voces, aspavientos, muecas, frases mezcladas que hacían amasijos con las palabras que llegaban de un lado y otro. En la desbandada hacia la sala vip, quedó cara a cara con el director de *Tiempo*. Intercambiaron frases entusiastas, porque se alegraban de verse. Ella lo aborrecía en secreto, sin embargo. Era esa clase de odio que no trasciende y que para ocultarse se cubre con una capa de simpatía, casi amor. Juan Gervais acaparaba todo lo que ella despreciaba. Incluidas sus camisas tan rimbombantes y —lo que era aún peor— tan perfectamente planchadas. Gervais aprovechó la cercanía a la que habían quedado abocados para susurrarle:

—Nunca se ha hablado tanto de ti.

—Y lo peor es que ahora se habla bien. Conozco a tanta gente maravillosa que solo se ha quedado en eso, en maravillosa, que no desearía formar parte del grupo —lamentó.

—Si te sirve de consuelo, yo no creo que seas maravillosa en absoluto. Tal vez Alvarellos sabrá apreciar esa virtud.

Aibar ignoró el cumplido. Algunos vaticinios, por el hecho de formularse, se condenaban a no cumplirse. Propuso ir a beber algo y olvidar por ahora cualquier esperanza en lo que el futuro pudiese traer consigo. Gervais dejó que ella pasase delante con la simple intención de espiar mejor su cuerpo. Pensaba que el mundo estaba lleno de ángulos y que un día se volvería perfecto si se miraba desde todos ellos. En la tranquilidad de no ser visto, se aseguró de que su chaqueta estaba recta y la camisa sometida al pantalón. Se sacudió una pelusilla de la solapa con superioridad moral, igual que se echa a un caradura que se cuele en una fiesta exclusiva.

La sala bullía. El fútbol que de verdad interesaba estaba allí. A menudo aquel deporte transcurría entre salas vip y despachos altísimos, copados por tipos sin idea de fútbol. Ejercían de presidentes, vicepresidentes, vocales, consejeros delegados, secretarios, asesores, tesoreros, y venían de todas partes a hacer negocios. Cada partido, el palco se volvía un lugar lleno de gente que entendía de ingeniería, derecho, política, moda, fondos de inversión, hostelería, textil, cine, alta tecnología, transporte, vino, música,

zapatería y un millón de cosas más.

La alcaldesa irrumpió como un relámpago en la claridad, en compañía de su marido, León Higgins-Mora, y el consejero político de la Embajada de Estados Unidos en España. Sus contactos con las autoridades norteamericanas se habían intensificado en los últimos meses a raíz de una iniciativa del ayuntamiento para establecer vínculos institucionales con las ciudades más importantes de Estados Unidos. A finales del otoño, una pequeña delegación encabezada por la propia García-Frost visitaría Boston y Nueva York. Sus gestiones se centraban ahora en conseguir que alguna de las universidades de la costa este le concediese un doctorado *honoris causa*. Se presentaban como un trabajo laborioso que requería de una lenta y constante acumulación de detalles, unos más insignificantes que otros, pero todos necesarios, y de ahí la presencia del consejero en el palco.

—Perdón por el retraso —se disculpó ante Alvarellos y el presidente del Madrid después de las presentaciones—, pero la mujer del embajador requirió en el último momento nuestra presencia. Su hija sale de cuentas esta semana y le hace ilusión dar a luz en la magnífica sanidad madrileña.

El presidente del Gobierno y Riezu, y Gervais y Claudia Aibar, que acababan de sumarse al exclusivo club, no tardaron en verse secuestrados por la alcaldesa, que cuando llegaba a los sitios, aunque fuese tarde, cumplía con su pasión por hacerse notar. A García-Frost le fascinaba que la escuchasen, o que la mirasen, a secas. Le gustaba hablar, en especial cuando conseguía hacerlo ella sola, mientras los demás la admiraban en silencio.

Aibar la saludó con tibieza, por tener que compartir repentinamente con ella el esplendor, y en cuanto pudo se envolvió en una copa de vino y se interesó por las otras decenas de cosas que sucedían siempre en aquel palco, que no estaban protagonizadas por la alcaldesa. En medio de la multitud, por unos segundos, se sintió a solas, muy a gusto. Reparó en la cantidad de minifaldas y piernas fascinantes que se reunían allí y se preguntó si siempre había sido así. Se alegraba de haber elegido un corte discreto, aunque ceñido, apenas por encima de las rodillas, que cuando mostraba irradiaban una extrañísima audacia.

En el desconcierto de colores cortos, la sobriedad de un vestido negro y plateado en medio del volcán llamó su atención, aguda para las cosas que se evaporan. Era la responsable del área de Innovación del Banco General. Hacía semanas que no coincidían. Se veían casi siempre en fiestas, y menos

en un desayuno o acto institucional. En la última ocasión habían acabado borrachas en una terraza de Ibiza. Seguramente debía pasar más tiempo antes de pensar en una repetición. Las grandes noches poseían sus trámites. Entremedias había que intercalar noches pequeñas y aburridas, para no hacerse una idea equivocada de la felicidad, que debía tenerse por un bien escaso.

Fue en su búsqueda. Junto a ella encontró a David Picaso. La desconcertó esa compañía, aunque no le extrañó. A menudo lo bueno del estadio del Madrid, y de otras fiestas que tampoco tenían que ver con el fútbol, era coincidir con David. Tenía el mejor carácter de Madrid y un apellido ambicioso pero no demasiado ambicioso. Si estabas a su lado era porque lo conocías bien y si lo conocías bien era porque pertenecías a su cartera de clientes. Si un día su agenda saliera a la luz, el país se moriría de risa y concluiría que los hombres y mujeres con poder y dinero son en algunos aspectos iguales que los demás. A su manera, David era un hombre de negocios. Tenía un pasado prometedor. Había grabado un disco con el que había cosechado cierto éxito, pero esa vocación había desaparecido hacía ya mucho tiempo. Ahora simplemente tenía la mejor y más exclusiva droga de Madrid y vivía de ello. Su presencia le provocó a Claudia Aibar un brote de excitación. Medio gramo de cocaína era el tipo de plan que aún podría rescatarla del hastío. Tal vez no estuviese todo perdido; se infundió ánimos.

Con el lenguaje directísimo que se permitían las personas que deseaban mucho algo, preguntó y saludó al mismo tiempo:

—¿Tenéis algo que pueda apetecerme mucho?

La buena vida a veces se reducía a saber hacer las preguntas exactas en cada momento. Dos minutos después se dirigía al baño en compañía de la directiva del Banco General. Se miró fugazmente al espejo, desde muy cerca, buscando la imperfección que todo rostro persevera en ocultar, y a continuación se arrastraron la una a la otra hasta el último retrete. La soledad se escuchaba. Aibar bajó la tapa del inodoro, se sentó, sacó su cartera del bolso, extrajo una tarjeta de crédito y, sobre la cartera, que apoyó en las piernas, vertió la droga. No quiso quedarse corta en una ocasión así y añadió un poco más.

—Un partido de fútbol puede hacerse muy largo —alegó para justificar la cantidad.

—Date prisa.

Aibar se detuvo bruscamente y la miró con un gesto desaprobatorio, fríísimo.

—Primera regla: no te metas un tiro si tienes prisa. Esto es placer, no negocios.

Se desprendía peligro y belleza de los movimientos con los que Aibar desmenuzaba la droga con su tarjeta. Le tendió la cartera a su compañera, para que procediese, pero ni siquiera había preparado el rulo. Aibar aborrecía a los consumidores a los que había que dárselo todo hecho. Hurgó en el bolso y encontró un pósito antiguo, con una anotación. La leyó y no le sonó a nada; también tenía un número de teléfono, sin el nombre de su propietario. Construyó un cilindro y se lo pasó a su amiga. Esta miró al techo, cerró los ojos, llenó de aire sus pulmones y los vació despacio, en busca de concentración. Tras esos segundos rituales, cayó sobre su raya, que se esfumó en un suspiro. Le pasó la cartera y el rulo a Aibar, que ansiaba demasiado el momento como para incurrir en rituales. Al acabar, mojó el dedo índice, lo pasó por la cartera, para limpiarla, y se lo llevó a la lengua.

Aún demasiado conmovidas por el placer, advirtieron que se abría la puerta de los baños y que alguien entraba en el retrete de al lado, atropellándose. Se oyeron algunos susurros excitados. Se trataba de una pareja. Entretanto, Aibar levantó la tapa del inodoro y se puso a hacer pis. Iba a decir algo, pero en el otro baño entablaron diálogo y prefirió escuchar.

—Chúpamela, rápido —dijo una voz de hombre.

Aibar se llevó la mano a la boca, para tapársela, en un gesto de desatada sorpresa. ¡Reconocía aquella voz!

—Pero ¿no quieres follarme? —preguntó la mujer, algo perpleja, con acento italiano.

—No hay tiempo, acaba de empezar la segunda parte. Dale.

Aibar trató de decirle a su compañera, moviendo solo los labios, que la italiana se la estaba chupando a Juan Gervais. Cuando se hizo entender, y a su amiga se le escaparon algunos aspavientos infantiles, Aibar temió que las descubriesen. Después de todo, no solo conocía a Gervais, sino también a su esposa, que, por supuesto, carecía del menor acento italiano. Sin embargo, en un instante imprevisible, durante el que no fue ella misma, sino la Claudia Aibar enardecida por la raya, sacó el teléfono del bolso, se subió al inodoro e hizo una fotografía del otro retrete, separado del suyo solo por una de esas paredes que no alcanzaban el techo. Guardó el móvil de nuevo en el bolso.

Después accionó la cisterna y salieron de puntillas, apresurándose.

Había marcado el Arsenal. Aibar regresó a su asiento. Su mente y su corazón viajaban a toda velocidad, sin un destino. El sabor de la droga le recorrió la boca y se abrazó a esa felicidad ciega, de prestado. Le alegró encontrar vacía la butaca de Galindo. En su ausencia, se precipitó a una caótica conversación con la mujer del embajador de Inglaterra. Se daba perfecta cuenta de que no hablaba ella, sino la cocaína. Empezó expresándole su admiración por el uso de la pajarita que hacía su marido, le encantaban las pajaritas, y a continuación, no supo cómo, le habló de la lluvia y Jack el Destripador, y de la circulación por la izquierda, y de las playas del sur, tan iluminadas por el sol que cegaban.

El fútbol se volvió una ausencia, o al menos una lejanía. Solo unos asientos más abajo, César Riezu le pareció resignado a la derrota. Todo cambió cuando tres minutos después el árbitro señaló penalti a favor del Madrid. Cada contraataque del Arsenal dejaba una marca indeleble en la defensa del Madrid, pero inesperadamente se podía dar un milagro. Y todo a cinco minutos del final. Los nervios de Riezu estaban desbocados. No eran suyos, sino de todo el estadio. Se llevó la mano al bolsillo para tocar la medalla de la Virgen. Cuando vio a Strogoff dirigirse al punto de penalti y colocar el balón, incurrió en su fatalismo.

—Puede fallar.

—Cállate —ordenó Alvarellos.

El lanzamiento de Strogoff se perdió por encima del larguero.

—Lo sabía —lamentó para sí Riezu.

Alvarellos lo miró y con los ojos muy abiertos pareció reprocharle su maldito pesimismo. Sin embargo, porque a lo mejor tuvo presente que esa mañana había alcanzado la presidencia del Gobierno, se limitó a una observación conformista.

—No se puede tener todo en un día.

Hubo siseos en el palco.

—A veces no puedes tenerlo ni a lo largo del año —respondió Riezu, con la horrorosa temporada del equipo en mente. Se tomó un par de segundos en los que contó hasta diez varias veces, sin éxito, antes de acabar pensando que tal vez debiesen rodar cabezas. El resultado y, sobre todo, el juego del rival dejaban pocas esperanzas para el partido de vuelta. La semana se iba a hacer muy larga. Le trasladó la idea de despedir al entrenador a Alvarellos, que le

pidió tranquilidad. Las cabezas cortadas, en su experiencia, poseían la extraña facultad de rodar hasta mucho más allá de donde uno preveía. Convenía actuar con prudencia cuando se trataba de cabezas ajenas.

—No se cortan y se detienen al pie del cesto, sino que adquieren una inercia peligrosísima, que nunca sabes hasta dónde alcanza. Además, queda el partido de vuelta. Aún hay probabilidades de pasar.

—El partido de vuelta —repitió Riezu, sin saber qué pensar de las probabilidades—. Pagaría por que mañana no hubiese prensa y no tuviese que leer ninguna crónica.

El colegiado levantó los brazos y pitó el final. En la grada, el pitido atravesó varios corazones, que no supieron sangrar. Hubo tímidos silbidos y algún pañuelo blanco. Los invitados del palco se irguieron al unísono, como una orquesta. Riezu se volvió hacia Chamberlain y lo saludó afectuosamente.

—La oferta por Beaumont sigue en pie.

El presidente del Arsenal soltó una enorme carcajada.

—No me gusta tomar decisiones cuando soy un hombre feliz. Mejor hablamos cuando esté triste —le respondió, en lo que Riezu consideró su «maldito humor inglés».

Alvarellos dio la espalda al campo, se ajustó el pantalón a la cintura y compuso una sonrisa con absoluta desgana. En ese momento, distinguió a Claudia Aibar, que abandonaba su fila y se dirigía hacia él. Mostró sorpresa por verla allí y, al cabo, alegría. Le guiñó un ojo antes de besarla.

—¿Cuándo vamos a celebrar la presidencia? —preguntó, a sabiendas de que Alvarellos odiaba celebrar cosas.

—De momento, ¿por qué no comemos un día de estos? Tengo algo que proponerte.

DOS

Sintió la lengua áspera y gorda dentro de la boca. Le pesaba como una bota mojada. La televisión de El Negro Jefe estaba altísima para ser tan temprano. Tenían sintonizada una tertulia de actualidad, y los participantes especulaban sobre la composición del futuro gobierno de Alvarellos y cuáles serían sus primeras medidas. No le interesó nada todo aquello. Intentó hacerle una señal al dueño, Horacio Varela, para que bajase el volumen, pero prestaba atención a otros clientes. Encendió un Marlboro por inercia, sin darse cuenta de que cogía el mechero y lo acercaba a la punta del cigarro. A veces el ser humano solo era una máquina sin hierros. Le pareció que el tabaco aliviaría la densidad de su malestar. Los peores momentos de la existencia se sobrellevaban mejor con creencias así, vagamente falsas. Pero cuando no se podía pensar con frialdad, cualquier estupidez adquiría forma de ideal. Por suerte, Nicola Morelli había aprendido hacía tiempo a caminar con aplomo en cualquier circunstancia. Cuando tenías demasiadas veces resaca, se instauraba la idea de que ya nunca tenías resaca. La costumbre la volvía invisible. No representaba ninguna sorpresa, y los hechos que no expresan ningún tipo de novedad acaban por volverse imaginarios. Pese a todo, lamentó haber salido la noche anterior. Pero esa semana había cumplido veintiséis años y, aunque ya no lo sabía todo de la vida, como a los dieciocho, los aniversarios doblegaban su voluntad y salía a celebrar que se sentía feliz.

Tenía lagunas. De pronto, recordó que en el Maloco, después de tres o cuatro copas, se habían encontrado con un compañero de la facultad. Hacía más de cuatro años que no se veían. Hablaron quince minutos en la acera. Durante ese borroso cuarto de hora lo estuvo llamando Luis continuamente. «Cómo te va, Luis», «Luis, no has cambiado nada», «No me jodas, Luis». Ahora, con el Marlboro a medio fumar, reparó en que el tipo, en realidad, se llamaba Sergio. La identidad resultaba a veces algo tan sutil, pensó, que tal

vez ni siquiera existiese algo llamado identidad. Lo más raro de todo fue que el propio Sergio no lo sacase del error. ¿Por qué? Quizá pensase que solo se trataba de un mísero nombre y que todo el mundo tenía uno, o dos, o diez, y solo servían para que la gente te dijese «haz esto, Roberto», «ven aquí, Carlos», «cállate, Adriana», «no toques eso, Ricardo». Consultó el reloj. Su cita, que estaba a punto de llegar, repararía en su estado, y quién sabe si albergaría prejuicios sobre la gente que padecía resaca y que incluso bebía. Morelli poseía una gran habilidad, también llamada torpeza, para elegir las noches menos indicadas para beber. Si debía madrugar, casi se volvía una norma que la noche anterior se acostase tarde y mal. Lo hacía sin querer, al menos. Simplemente, la vida lo conducía por los peores calendarios. En la redacción habían aprendido a quererlo por sus desórdenes. Morelli era el periodista que vino del norte de Italia y que se olvidaba de ir a trabajar algunos días, y, a cambio, cuando aparecía, tenía un asunto turbio y bello entre manos que abría el periódico al día siguiente.

François, el camarero, dejó un café con leche doble y un cruasán sobre su mesa y se alejó silbando, en una imitación perfecta del tonto del pueblo. De un bolsillo trasero del pantalón, Morelli vio que le sobresalía un preservativo, a punto de caerse, a la manera de esas historias prometedoras que al final no ocurren. Le dio tres caladas rápidas al cigarro y lo ahogó en un cenicero con agua, que apestaba.

Apenas disimulado por el sonido del cigarro al extinguirse, escuchó también un plof dentro de la cabeza, que sonó a su propio funeral. Aun así, abrió *Tiempo* a voleo y se encontró a los progresistas, después de su abultada derrota electoral, echándose ahora la culpa unos a otros del descalabro. Típico, pensó. Era horrible tener la culpa. Nadie merecía pasar por ese mal trago. Tal vez por eso los humanos no tenían ni cuatro años cuando, después de joderla bien jodida, aprendían a decir: «Fue él». El alivio que proporcionaba señalar a otro para que cargase con la responsabilidad era automático. Resultaba curioso que entre los defectos de Morelli se encontrase la virtud de saber asumir la culpa, incluso cuando no era suya. Levantaba la mano casi por defecto y decía: «Fui yo». No sabía disimular.

Su cabeza volvió a emitir otro plof y lo tomó por una alarma. Pasó veinte páginas del periódico de golpe, desembocando en la sección de entretenimiento. Un día más se preguntó si debería o no creer en el horóscopo. Se hacía mayor y seguía sin tener claro qué había de cierto y qué

no en esos vaticinios ambiguos que decían que hoy sería un buen día para los negocios, o que conocería a alguien interesante. Pretendía tener una opinión sobre los temas que mantenían al mundo en vilo y, sin embargo, no estaba seguro de si el horóscopo era un timo. El hecho de incluirse junto al crucigrama o el sudoku, donde al final todo cuadraba, a veces lo alentaba a creer. Pero otros días dudaba si no era un género de ficción. Tuvo un compañero, al que vio morir en la redacción, que de vez en cuando se inventaba alguna de aquellas predicciones, y nadie llamaba protestando al día siguiente.

Cerró el periódico y lo arrojó a la mesa de al lado.

La persona con la que había quedado llegó puntual. Por algo era sastre. A Morelli le parecía que en esa profesión, en la que todo se hacía a mano, incluyendo las oscilaciones minúsculas del tiempo, la puntualidad estaba en importancia a la par que la aguja, o por lo menos que el dedal. Se saludaron con precisión milimétrica. Era la primera vez que se veían. También era el primer sastre que Morelli conocía y tal vez el último. Conocer a dos sastres le parecía más difícil que conocer a dos premios Nobel. Para conocer a este habían tenido que hablar media docena de ocasiones por teléfono. Morelli tenía buen olfato para la gente pesada, de ahí que lo evitase, aunque también para las buenas noticias, razón por la que había aceptado verse con él en El Negro Jefe.

—Bonito sitio. Peculiar —señaló.

—Bonito traje —comentó el periodista, para dar comodidad al encuentro. No entendía de trajes, pero viendo aquel era imposible no sentirse un especialista.

—Cosido con mis propias manos —dijo Alberto Sandoval, sonriendo, orgulloso de decir la verdad.

—¿Crees que alguien como yo se podría permitir uno?

El sastre lo miró atentamente, serio y caviloso. Primero reparó en su camisa, con los puños desgastados, y después en su pelo, mal cortado y mal peinado. No veía sus zapatos, pero adivinó que estarían sucios.

—Es posible que pudieses darte el capricho. Nuestra sastrería no es Marc Jacobs... Aunque cosemos mejor. Pero ¿crees que llegarías a ponerte este traje alguna vez?

Morelli suspendió un gesto en el aire y, de repente, desinteresado del traje, abrió una conversación distinta.

—Entonces qué tienes para mí —preguntó, mientras se llevaba una mano al bolsillo trasero del pantalón, del que extrajo una pequeña libreta, a la que su culo sentado le había dado forma curva. En el bolsillo de la camisa encontró un bolígrafo Bic.

Sandoval dejó sobre la mesa una carpeta de cuero marrón. La depositó con determinación. Quizá a él tampoco le gustaba perder el tiempo.

—¿Conoces nuestro edificio, en Independencia con Serrano?

El periodista asintió con vaguedad, para no explicar que había pasado mil veces por allí, aunque nunca había reparado en la tienda.

Alberto y su hermano regentaban desde hacía diez años, en uno de los bajos del inmueble, Trajes Sandoval. Era su tienda principal, aunque tenían otras dos en la ciudad. Nunca habían tenido problemas con la empresa propietaria del inmueble. Pero hacía dos años esta vendió el edificio a Montfort, que lo reformó para convertirlo en una comunidad superexclusiva. Ahora, ahí tenían casa algunas de las fortunas más importantes de España y eso lo cambiaba todo.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Nico.

—Dicen que el presidente del Banco General y un piloto francés de Fórmula 1, y también la hija del presidente de la constructora OPS. Hay quien dice que César Riezu es el dueño de uno de los pisos, pero es difícil saberlo con seguridad. Yo nunca he coincidido con nadie. En la comunidad reina una discreción total. El portal tiene cristales de espejo y seguridad privada. Pero por los garajes entran todos los días coches de alta gama con conductor. Y después están los escoltas. Entran y salen. Un escolta es alguien que viste de un modo inconfundible. Él cree que elegante, pero la elegancia no es ir de punta en blanco.

La rehabilitación del edificio, y la automática revalorización del suelo, provocó que Trajes Sandoval se convirtiese en una especie de vieja canción, que hablaba de cosas que empujaban el tiempo hacia atrás. Estorbaba. La sola palabra «sas-tre-rí-a» remitía a una idea ajada, al comienzo de una calle, como Serrano, en la que todo resultaba sofisticado, joven, globalizado. A su lado, aún resistían una cafetería de estilo *parisien* y la sucursal de un banco, pero justamente en un caso el estilo *parisien*, tan apreciado por la mayoría, y el dinero de los ricos en otro salvaban esos negocios de la persecución. Trajes Sandoval era una tienda con cierta clase, pero insignificante. Hasta ese momento se habían llevado bien con todos los propietarios. Los problemas

comenzaron con Montfort, empresa a la que la perspectiva de que a la sastrería le restasen todavía diez años de contrato de alquiler puso muy nerviosa. Alberto extrajo un documento de la carpeta. Le pasó una mano por encima, para quitarle un polvo imaginario, o simplemente plancharlo. Se lo tendió a Morelli. Se trataba del requerimiento notarial que habían recibido en mayo de hacía dos años. Decía que Trajes Sandoval debía desalojar la tienda porque estaba cometiendo una serie de irregularidades tipificadas como graves.

—En realidad, el problema era que querían construir un ascensor nuevo que condujese de los pisos a los garajes directamente. En el edificio solo hay un elevador que va de las viviendas a la planta baja; en la planta baja hay que tomar otro que conduce a los garajes. Supongo que para vecinos que ganan millones de euros al año eso debe de suponer un infierno.

Pero a Montfort se le presentaba un problema serio, pues para construir el ascensor nuevo había que derribar parte del local comercial de Trajes Sandoval. Y aunque parecía fácil, o al menos tan fácil como pisar con una bota del 46 una hormiga, los acontecimientos fueron derivando no necesariamente a favor de Montfort. Alberto Sandoval esgrimió un nuevo documento, que depositó sobre el anterior. Una vez más le retiró el polvo y lo planchó a fondo.

—El Juzgado de Primera Instancia número 36 de Madrid, y posteriormente la Audiencia Provincial, desestimaron las medidas cautelares que Montfort solicitaba para conseguir entrar en nuestro local y acometer las obras del ascensor.

Morelli tomó un cigarrillo de la cajetilla sin mirarla, mientras leía los papeles que su fuente le iba proporcionando, incluidas facturas por valor de trescientos mil euros, cantidad que los hermanos Sandoval se habían gastado hasta ahora en abogados. Porque ellos tampoco se habían quedado quietos.

—Esto no es moco de pavo —precisó Alberto con una de esas expresiones anohecidas que aún sirven para resultar enfático.

Apenas averiguaron que entre los equipamientos del edificio, después de la reforma, se incluyeron dos piscinas en el ático, para las que no había licencia, interpusieron la correspondiente denuncia y hubo que rellenar una de arena. Se trató de una leve victoria. Pero Montfort siguió golpeando.

—Su siguiente denuncia se aprovechó de que no teníamos la licencia para utilizar todo el local como espacio comercial. Total, que nos precintaron una

parte y ahora hay varias estancias de la tienda con carteles del ayuntamiento en los que se especifica que en esos espacios no se puede trabajar. Nosotros los hemos ocultado con carteles de modelos con nuestra ropa, faltaría más. Idiotas no somos.

—La historia va adquiriendo estructura de tragicomedia —bromeó Morelli, que se fijó en que los botones de la chaqueta de su interlocutor estaban grabados con la leyenda Trajes Sandoval. Era un detalle imperceptible, pero los detalles a menudo eran precisamente eso, pormenores que se descubrían de milagro.

Sandoval le devolvió una sonrisa escéptica, que ya había usado para reírse de muchas cosas tristes en su vida, y una más simplemente le pareció demasiado. Tomó la cajetilla de Marlboro de Morelli y le preguntó si podía fumarse un cigarro. Adelante, le dijo el periodista sin pronunciar palabra, solo con las manos.

—El tabaco es bueno para la salud —dictaminó el sastre.

Morelli sonrió. Al menos estaban de acuerdo en las cosas grandes.

—Tengo un amigo que de vez en cuando amenaza con demandar a la Philip Morris por no haber conseguido su correspondiente cáncer de pulmón —dijo el periodista.

Sandoval le explicó que el siguiente infierno que atravesaron fue el del aire acondicionado. Estuvo precintado por una denuncia de Montfort hasta hacía tres meses, cuando lo autorizó un juez.

—Algunos clientes —habló y expulsó el humo a la vez— han tenido que cambiarse de ropa a diez grados en pleno invierno.

Morelli casi se rio de los pobres clientes. Tomaba notas en su libreta a enorme velocidad, tal vez para disimular que su letra era horrible. Escribió «10º» y trazó un círculo alrededor del número. Después dejó el bolígrafo sobre la libreta.

—Y ahora te contaré lo último, para no aburrirte —anunció Alberto, a la vez que apagaba el cigarro.

No quería que nada, ni siquiera el humo de un pitillo prestado, molestase sus frases. Incluso se desprendió de la chaqueta que había cosido con sus propias manos y se sintió más ligero para desgranar sus desgracias. Abrió otra vez su carpeta de piel y con la punta de los dedos tomó la copia de un burofax. Se la entregó a Morelli sin planchar, para que la leyese. Estaba firmada por el presidente de Montfort, que le exponía a los hermanos

Sandoval su intención de subirles el alquiler hasta los 29.690 euros mensuales.

—Eso es el triple de lo que pagamos hoy —contextualizó.

El periodista leyó la carta despacio. Al finalizar encendió otro cigarro y echó la cabeza hacia atrás, para averiguar lo que quería decir a continuación.

—Esto apesta —sentenció—. Creo que te la compro.

Sandoval disimuló su alegría y trasladó una discreta señal a Horacio Varela para que le cobrase. Estuvo tentado de pedir a Morelli otro cigarro, si no era mucho abusar, pero se reprimió.

Salieron del bar. Estaba lloviendo, pero tan despacio y tímidamente que el agua nunca acababa de caer del todo. No tuvieron ni que abrir los paraguas. Ni siquiera tenían paraguas, además. Caminaron juntos durante un minuto, en dirección a la calle San Bernardo.

—No soy muy rápido trabajando —advirtió Morelli—. Te lo digo por si crees que esto va a publicarse mañana mismo. Además, tengo cosas más urgentes que escribir.

Sandoval siguió adelante con las manos en los bolsillos.

—Hay que contrastar muchas cosas y me gustaría hacer una visita a las oficinas de Montfort. Me parece que no solo hay que descubrir las razones por las que quieren expulsar a Trajes Sandoval de su local. La primera pregunta nunca es la más interesante. ¿Quién quiere echar a Trajes Sandoval? Ese es el quid. ¿Alguien azuza a Montfort contra vosotros para hacerse con vuestro local? En periodismo, lo importante es siempre la segunda pregunta.

En San Bernardo con la calle del Pez se despidieron bajo el acuerdo de que seguirían hablando. Alberto Sandoval se subió a un taxi. Morelli se adentró en Malasaña. Empezaba a llover con más fuerza y creyó que carecer de paraguas aliviaría su malestar. A punto de atravesar la calle Espíritu Santo se cruzó con el poeta y filósofo Agustín García Calvo, del que siempre había envidiado, con frivolidad mayúscula, sus enormes patillas. Le pareció que iba pensando en asuntos de escasa profundidad, como qué prepararse para almorzar, mientras dejaba vagar la mirada por los objetos en sucesión, que impedían fijarse bien en nada.

Casi a la altura de su edificio, junto a los contenedores de basura, reparó en una máquina de escribir. Irradiaba una elegancia que remitía a un pasado simple, aunque con estilo. Era una Olivetti Lettera 32 vieja, aunque no derrotada. Tenía pulso. Se preguntó cómo podía alguien deshacerse de una

máquina así, que no servía para nada pero que con solo mirarla te venía a la cabeza una novela. Estaba viejísima, pero no acabada. Morelli se quedó admirado ante ella, y quieto. Después de unos segundos estudiándola, la recogió del suelo y la subió a su casa. ¡Era su máquina de escribir!

—¿Ahora te dedicas a robar en la basura? —preguntó Inés, cuando lo vio aparecer por la puerta de casa con la vieja Olivetti.

—¿Ahora te dedicas a tirar mis cosas cuando yo no estoy? —La llevó a su estudio en el regazo.

—Te dije que la tiraría si no lo hacías tú y me pareció que asentías. Es más, dijiste: «Bueno».

—Puede. Pero al verla en la calle me he acordado de que es un regalo de mi padre. Imagina que un día me pregunta por ella. Si me muero antes que tú, quiero que me entierres con la máquina.

—Hay que joderse —lamentó Inés y desapareció por el pasillo con la *Ilíada* en la mano.

Nico despejó la mesa, ocupada por montañas de carpetas y papeles muertos. En donde consiguió hacer un hueco, allí depositó la máquina. Estaba excitado y se relajó sentándose a observarla. Sacó la libreta del bolsillo. Revisó las anotaciones sobre Sandoval.

—Me voy al Thyssen —gritó Inés desde la puerta. Después se oyó un portazo y cómo subía el ascensor. La relación pasaba por un período de desazón en el que ya se despedían y reencontraban sin besarse.

«Qué obsesión con el museo dichoso», dijo para sí, cuando era imposible que ella lo oyese. Nunca había visto nada parecido a aquella fijación con el retrato de la cantante Yvette Guilbert, de Toulouse-Lautrec, ante la que se detenía un mes y otro, sin aburrirse.

Después, siguió pensando y fumando hasta que se acordó de un viejo amigo. Su consejo podía serle de gran utilidad para avanzar en el caso de Trajes Sandoval. Durante algunos años trabajó de probador de coches y de vez en cuando escribía un informe de prueba para el periódico. Un día se cansó de hablar siempre en los mismos términos, cambiando de un relato a otro simplemente las marcas, las prestaciones, las cilindradas, los consumos, los caballos de potencia, los tapizados, los precios, y lo dejó para preparar oposiciones. Había hecho la carrera de aparejador, pero amaba los automóviles. Las oposiciones le consumieron año y medio de privaciones, pero desde hacía tres años tenía una plaza en la concejalía de Urbanismo, con

acceso a expedientes e información relevante. No se derribaba un muro en la ciudad, o se construía, sin que a él le pasase la licencia correspondiente por las manos.

Lo llamó y no respondió. No eran ni las doce de la mañana, así que aprovechó para seguir poniendo orden en el estudio, tras el regreso de la Olivetti. Algunos libros llevaban más de un año encima de la mesa. Lo peor es que ni siquiera los había ojeado. En el caso de un par de títulos, no podía recordar de dónde habían salido y mucho menos aún qué podía haber en ellos de interesante.

Media hora después su amigo le devolvió la llamada. Acababa de enterrar a su padre, explicó, añadiendo a continuación que no era el día más triste de su vida. En alguna medida, la muerte constituía «un alivio» para la familia. Morelli imaginó una enfermedad larga y cruel. No preguntó para no meter la pata y abrir frentes innecesarios.

—Pero no hablemos de cosas luctuosas —dijo el amigo—. Supongo que querías contarme algo.

—Sí, quería, pero quizá no sea el momento. —Morelli se detuvo a reflexionar en lo que acababa de decir y se arrepintió—. En realidad quería preguntarte por una empresa que impulsa proyectos de rehabilitación inmobiliaria. Se llama Montfort. Pero ahora que lo pienso, a lo mejor no es buena idea hablar por teléfono. ¿Por qué no nos vemos cuando te venga bien?

—¿Pasado mañana?

—Por mí perfecto.

Concertaron hora y lugar y se despidieron. Morelli tomó un poco de aire y lo expulsó despacio, mientras empezaba a buscar el teléfono de su redactora jefa. En un minuto le resumió lo que había dado de sí su encuentro con Sandoval. No mencionó a su amigo todavía. Después se pegó la segunda ducha del día para fulminar la resaca del todo. Almorzó un trozo de pizza fría que había sobrado de la noche anterior y a media tarde se vistió para salir de nuevo. El taxi lo dejó en la plaza de la Independencia, frente al edificio Montfort. El portal, en efecto, era un espejo impenetrable, que no hablaba. Se asomó al escaparate de la sastrería y vio a Alberto Sandoval de conversación con un cliente. La curiosidad lo ocupó unos pocos segundos. Tal vez resultase más productivo sentarse en una de las terrazas de la plaza a beber una cerveza. Desde su mesa disponía de vistas al portal de Montfort y al acceso que llevaba al garaje. En la siguiente hora y cuarto, en la que no

sucedió nada, fumó once cigarros. Cuando tenía el siguiente entre los dedos, a punto de encenderlo, vio salir del garaje un Porsche Cayenne Turbo S de color negro.

TRES

Había un Picasso ancestral en la pared de enfrente, casi anterior a Picasso, ante el que Héctor Niza se dejó mecer por la idea de robarlo. Era más sugestivo, incluso más decente, que intentar pagar por él. Conocía a la clase de gente, que a su vez conocía a la *otra* clase de gente, capaz de entrar en el Club Orlan y sustraer el cuadro sin dejar huellas, solo el hueco en la pared. Siempre había fantaseado con tener un Picasso en el cuarto de baño. Trabajaba para que llegase ese día. En el fondo, eran excentricidades así las que permitían que el mundo se acordase de uno cuando estuviese muerto y transcurriesen cincuenta años. «Niza tenía un Picasso en el váter» parecía una frase mejor preparada para resistir el paso del tiempo y favorecer la leyenda de que «Niza hizo ganar miles de millones de dólares a Bening Warren», o «Niza modernizó la banca de inversión». Las buenas acciones estaban desprovistas de esa belleza salvaje que tanto gusta a la gente, aunque incomode. Actuar conforme a unas reglas morales simplemente resultaba loable y aburrido.

—¿Te gusta? —preguntó el congresista Carl Johnsson al advertir que lo estudiaba con ahínco.

—Oh, desde luego.

—¿Quieres saber cómo llegó aquí? En 1941 Peggy Guggenheim lo embarcó en un viaje transoceánico rumbo a Nueva York, desde Francia, junto con otras ciento cincuenta obras de arte, para salvarlas de las manos de los nazis, que pronto invadirían París. No se sabe cómo, pero este Picasso desapareció durante la travesía. Se supo varias semanas después de que el barco hubiese llegado a Nueva York. Los dueños de la naviera, los McLuhan, cuyo patriarca fue uno de los fundadores de este club, indemnizaron a Peggy Guggenheim por la pérdida y, conscientes de que su prestigio estaba en juego, se conjuraron para dar con el cuadro. Tardaron seis años en

encontrarlo, en la pared de la casa del dueño de una galería de arte de California. Lo recuperó, digamos.

—¿Digamos?

—Ya sabes, volvió a robarlo. Cuando se lo devolvió a su legítima dueña, Peggy se lo donó al club. Y aquí está. Todavía no lo ha robado nadie más.

Niza reparó en que le había costado varios años que le abriesen las puertas del Orlan y de pronto se moría de ganas por incurrir en vulgaridades, entre las que se incluía robar su Picasso. Miró al congresista, que carraspeó oscuramente a su lado, mientras aflojaba solo un poco la corbata, antes de preguntar:

—¿Té o gin-tonic?

Carl, al igual que el resto de socios, nunca bromeaba con las cosas de beber, y esa seriedad, exclusiva de Washington, poseía una gracia genuina. Niza estiró el brazo izquierdo y lo replegó para consultar el reloj, pero descubrió la muñeca vacía. Aun sin hora, se aventuró:

—Creo que gin-tonic. Sinceramente, no he tomado un té en mi vida y sería una pena hacerlo hoy por primera vez.

Niza se fijó en que avanzaba en su dirección el presentador David Letterman, con aspecto de despistado, y finalmente pasó de largo. Portaba en una mano un libro del que no logró descifrar el autor ni el título. Esas cosas le daban mucha rabia, cuando el dueño lo sujetaba de tal modo que solo podías ver la contra, cuyo tamaño de letra volvía imposible la pesquisa.

Carl consultaba *The Washington Post* con el estilo de un espía del cine de la Guerra Fría que vigilaba, a través de las páginas, a algún congresista demócrata a punto de pedir una limonada. No se pertenecía a sociedades tan cerradas y selectas si no era para conocer secretos recónditos.

—¿Dónde has dejado el reloj? —preguntó, sin querer pasar por alto el gesto de su amigo.

—Espero que en mi apartamento. —Agarró la muñeca con la mano contraria. Que le faltase el reloj equivalía a la falta casi del brazo.

—Yo hace al menos diez años que no uso un reloj de muñeca —dijo Johnsson, cultivando el gusto por la exageración.

Se lanzó a una hermosa invectiva contra los relojes. No usaba reloj, aunque tenía tres o cuatro, dijo. Estaban todos parados. Le gustaba mirarlos de vez en cuando, para saber que estaban parados, en el dique seco, muertos. Uno marcaba las 8.35 y era su preferido. Le encantaba esa hora, porque tenía la

sensación de que el día estaba por hacer. Un reloj sin respiración, varado siempre en la misma hora, era una isla desierta, paradisíaca. En movimiento, sin embargo, los relojes lo ponían nervioso; le recordaban que tenía cosas que hacer.

—La gente que usa reloj acaba haciendo planes —dijo—. Se acomodan a la idea de que los relojes están llenos de futuro y oportunidades. ¡Joder!

—¿Qué pasa? —Niza se palpó los bolsillos en busca de su teléfono, hasta que recordó que lo había dejado en el abrigo, que estaba en el ropero.

—Acaba de hacer acto de presencia Jack Moskovitz.

Un hombre de unos setenta años, delgado, con la cara colgante y muy arrugada, como ropa recién sacada de una lavadora, avanzaba por el salón Lyon.

—¿Quién es Jack Moskovitz? —preguntó con desinterés Niza, resignado a que fuese cualquier hora, si a cambio por fin el camarero se acercaba a tomar nota de su gin-tonic.

—Uno de los miembros del Tribunal Supremo.

A unos veinte metros, Moskovitz se detuvo ante otro socio, con el que, tras un intercambio de frases, aceptó sentarse. Johnsson experimentó el alivio que debe sentirse cuando te enteras de que tu madre no está muerta.

—Me cae especialmente mal. En general todos los miembros del Supremo que pertenecen al club me caen así. ¿Estás seguro de que nunca te he hablado de Moskovitz? —Johnsson arrugó la cara, muy extrañado.

Niza negó perezosamente.

—Es raro. Cada vez que tengo ocasión le cuento a todo el mundo cómo en cierta ocasión, en el Club Floydland de Nueva York, Gay Talese sorprendió a Moskovitz chupándole la polla a uno de los vicepresidentes de General Motors. —Desanudó las piernas para descansar de la confesión.

—Ups.

—Es una de mis historias de clubs privados favoritas.

—¿Me estás mintiendo, verdad? Esta es la clase de broma que te gastan cuando accedes al Orlan por primera vez —comentó, mirando al camarero, que al fin se acercaba. El hombre tendría unos cincuenta años. Llevaba una tirita en un dedo y tenía un botón de la camisa, hacia la barriga, desabrochado. No cojeaba, pero se movía como si le faltase una pierna.

Johnsson pidió un gin-tonic con el hartazgo de quien lleva tanto tiempo aguardando, ansioso, a beber una copa de alcohol que ya ni siquiera tiene

ganas. Niza se apuntó con un gesto a la idea de la ginebra; de pronto, le pareció un hallazgo que producía luz. Luego se quedó admirando el cielo con que el camarero, muy misteriosamente, tomaba nota en su cuaderno. No comprendía que alguien emplease tanto tiempo en escribir la expresión — más bien breve— «dos gin-tonics». En realidad parecía que estuviese escribiendo «La tarde se había vuelto del revés, silenciosa y blanca, mientras los clientes, con gestos melancólicos, reclamaron dos copas con ginebra».

—Gay Talese es de los que se lanzan de un puente antes que cargar con el estigma de haberse inventado una mentirijilla por el placer de pavonearse. — Se detuvo y se hundió en el silencio un par de segundos—. El Club Floydland organizaba algunas de las fiestas más interesantes del país en aquella época. Te hablo de hace veinte o treinta años. Había una mezcla equilibrada de imbéciles, tipo Norman Mailer, que al poco de empezar a beber ya se sonaba los mocos en las cortinas, con gente inteligente y con algo más de clase, y ahí ya pienso en Audrey Hepburn o Truman Capote. Esos fueron los años buenos, o medio buenos. Los buenos de verdad ya habían pasado. En 1951 invitaron a Albert Einstein a impartir una conferencia y la cola para entrar daba dos vueltas a la manzana. Hubo disturbios a cuenta de acceder al club. El vicepresidente de Estados Unidos Alben Barkley, para que te hagas una idea de la exageración reinante ese día, acudió con un bigote postizo y unas gafas oscuras. Aunque esa no fue la mejor anécdota. El vicepresidente de Truman en el fondo era un paleta. Einstein dio su conferencia, al acabar departió con algunos de los presentes y antes de irse la directiva lo invitó a pintar con una brocha, en una de las paredes, la fórmula « $E=mc^2$ ». Aceptó. Aquella pintada garantizaba un siglo de gloria para el club, imagínate, un *cuadro* de Einstein. Pero a la mañana siguiente, cuando llegó la señora de la limpieza y vio aquello, la tomó por una gamberrada de algún vándalo que había entrado por la noche y dedicó dos horas a eliminar la fórmula de Einstein.

Acababan de llegar los gin-tonics. El camarero los sirvió con la misma parsimonia con que los había descrito en su cuaderno. Apenas estuvo preparado el suyo, Carl Johnsson agarró la copa y consumó un primer trago sin liturgia, al modo de un asesinato. No creía en la acción de paladear.

—Con el tiempo todo fue a peor. Tan a peor que empezaron a acudir los Moskovitz. Mal que bien, el club salvaba los viejos brillos cuando aparecían

por la puerta Talese, Tom Wolfe, Salman Rushdie o Ford Coppola. Una de esas tardes que no sabes si encarnan la decadencia o el apogeo, Talese llegó con su indumentaria impecable para entrevistar a no sé quién. Confraternizó con este, confraternizó con aquel, y en un momento dado se dirigió a los baños de la segunda planta. Raramente se usan los baños de la segunda planta, pero ese día, justo, fue una rara vez. Talese empujó una de las puertas, que cedió y le dejó ver a Moskovitz arrodillado, sacándose la polla de la boca para mirarlo. El vicepresidente de General Motors continuó con los ojos cerrados. No se había enterado de nada. Cuando quiso saber por qué demonios Moskovitz había dejado de chupársela y los abrió, Talese ya se había alejado.

La carcajada de Niza se expandió por el salón.

—En lo referente al sexo, siempre es muy difícil prever el comportamiento del Tribunal Supremo. —Johnsson se mesaba los cabellos al hablar, como si fuesen billetes.

La puerta del salón Lyon se abrió y durante unos segundos solo se distinguió el brazo y la mano que sujetaban el pomo. Johnsson y Niza se volvieron, interesados a medias. Era un brazo de mujer, en el que jugaban algunas pulseras y un brazalete de oro. La puerta se cerró de nuevo, sin que nadie entrase. El brazo los dejó pensando.

—En fin, mi querido amigo, nos estamos precipitando al fondo del alma humana. Propongo dejarnos de insignificancias y tratar de asuntos de verdad turbios; hablemos de negocios. Me han dicho que acabáis de comprar el edificio Gallagher, en Times Square. Eso es toda una declaración de intenciones. Que yo sepa, Manhattan todavía no se ha convertido en uno de esos lugares en los que de vez en cuando encuentras una ganga. Ni siquiera un asqueroso dólar tirado.

Niza miró el suelo, organizado en baldosas negras y blancas. El sol empujó la ventana que tenían al lado e iluminó mejor la escena.

—Si no lo hubiésemos comprado nosotros, lo habría hecho la competencia, y que los demás gasten más dinero es un lujo que todavía no podemos permitirnos. Cuarenta y seis plantas para seis mil empleados, ¿qué te parece? Queremos reafirmar la apuesta por esa ciudad y qué mejor manera de demostrarlo que una buena mudanza. Aunque mucho me temo que el edificio no se podrá ocupar hasta el año que viene.

—Si me permites ser crítico, y lejanamente riguroso, creo que la banca de

inversión atraviesa un momento, cómo podría decirlo..., demasiado álgido. Alguien debería controlarlos.

Niza sonrió. Aquella expresión le pareció un hallazgo. Se trataba de una exageración y al mismo tiempo de una exactitud.

—Si te oyesen tus compañeros republicanos, te tomarían por un vulgar socialista.

—Esos gestos de poder casi frívolos, en el fondo —continuó Johnsson— no se diferencian demasiado del gesto de cavar una tumba, en la que creías que ibas a enterrar a tu enemigo y en la que, en un descuido, te precipitas tú. Tengo la teoría de que, cuando las cosas van demasiado bien, te están diciendo, con su lenguaje metafórico, que te prepares, porque todo empeorará pronto. También he oído que el fiscal general de Nueva York ha empezado a preguntar, sin demasiados buenos modales, por los protocolos del área de análisis financiero de cierta banca financiera. Si lo valoramos fríamente, el hecho de que los analistas puedan invertir en las compañías que evalúan da lugar a suspicacias. —Johnsson propinó otro zafio sorbo a su gin-tonic. Al retirar el cristal de los labios una gota de ginebra fue a parar a su corbata.

—Ten. —Niza le tendió una servilleta; una mancha en la corbata, en un salón como el Lyon, ante un Picasso, hacía daño a los ojos—. La permisividad a la hora de hacer negocios es lo que ha hecho grande a tu país. Esto lo sabemos hasta los que venimos de lejos. A tu edad no deberías coquetear con el socialismo.

Carl Johnsson frotó la corbata, que parecía emborronada con el pecado original.

—Todos los negocios —señaló, dejando la mancha por imposible— parecen ir sobre ruedas: la renta variable, la renta fija, las materias primas... ¿A qué se debe? Yo te lo diré: a que se fragua la tormenta perfecta. No sé cuántos años tardará, pero vendrá.

—Si vas a ponerte dramático en estos minutos de placer, te diré que no hay tormenta alguna, sino una globalización galopante, llena de oportunidades aún desconocidas. Los clientes no solo hacen negocios en sus países, sino que cruzan fronteras. Hay un fuerte crecimiento económico y los tipos de interés están muy bajos en muchos mercados. Eso crea muchas oportunidades de expansión. Todo el mundo va buscando la mejor fiesta, donde ponen la música alta, sirven bebidas frías y peligrosas y la gente baila desnuda. Luego está el consumidor, que tiene más patrimonio que en otros períodos y más

capacidad de gasto. Yo viajo por todo el mundo y en todas partes veo las mismas necesidades: vivir bien, comprar una segunda vivienda, cambiar de coche, viajar lejos, tener amantes...

—¿El afán por follar mucho y visitar la Muralla China explica vuestros beneficios exorbitantes?

A Niza le gustaba cuando Johnsson adoptaba su versión más cínica, que hacía que lo tomase por un intelectual europeo.

—En realidad solo una parte.

De nuevo se abrió la puerta del salón, que sonó como una moneda al caer por una rendija. Esta vez se fraguó la presencia femenina, cuyo sigilo evocaba el roce de un sobre que surge por debajo de una puerta. La mujer avanzó hacia Niza y Johnsson muy despacio, para que cuando llegase a su lado la curiosidad los corroyese. Los tacones sobre los que caminaba tecleaban la música de una vieja Underwood. Era fácil vislumbrar en ella una de esas historias que acaban mal, pero en la que cualquiera querría entrometerse para saber qué es la felicidad al menos durante un minuto.

—¡Carl! —La mujer se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja, para saludar a su amigo.

—Nos has abandonado a nuestra suerte. —Johnsson agachó y elevó la cabeza al mismo tiempo, pesaroso y entusiasmado.

—Me temo que he estado secuestrada durante meses y todavía trato de averiguar por quién.

El congresista se hizo a un lado, para las presentaciones.

—Te presento a Héctor Niza, presidente de Bening Warren en Europa. Ann Satter, consejera delegada de Clay Lauder.

Niza calculó que tendría treinta y siete años.

—Encantada, señor Niza.

—Lo mismo digo. ¿Bebe con nosotros, para celebrar su liberación?

—Creo que mi marido llegará con retraso, para variar, así que no veo ninguna razón para no tomarme una copa, o dos.

—El marido de Ann —terció el congresista— es el propietario del equipo de baloncesto de Washington. A él todavía se le ve menos que a Ann.

—Porque dices tú que es mi marido y me fío de ti, que si no... A veces pasan semanas enteras sin que nos veamos. Yo acabo de llegar de Milán después de un viaje de quince días por Ginebra, Moscú, Estocolmo, Berlín, Barcelona, Londres. Es posible que haya estado en alguna ciudad más sin

darme cuenta.

El camarero, en un inesperado movimiento, casi de ajedrez, se había presentado con discreción, y muy rápido, al lado de Ann Satter.

—Hola, Bill —lo llamó por su nombre—. Creo que un vodka con tónica me haría mucho bien.

—Desde luego, señora Satter —respondió el camarero, que ni siquiera tomó nota cuando también Johnsson y Niza se apuntaron a un segundo gin-tonic.

—Señor Niza, es usted español.

—Sí, de Madrid.

—Oh, amo Madrid. No se puede amar más algo, me atrevería a decir. La visité por primera vez después de acabar la carrera. Viví seis meses con una amiga española. Su familia era propietaria de la banca Larousse. Teníamos un ático con terraza solo para nosotras en la calle Ortega y Gasset. Mis mejores recuerdos tienen que ver con las fiestas que organizábamos allí. Todo resultaba especial y salvaje, desde levantarse tarde hasta cenar en la terraza, o consumir la mejor droga de la ciudad que nos traían camellos que se movían en Mercedes descapotables. ¿Siguen existiendo? Oh, espero que sí. Todo lo que recuerdo de aquellos días es maravilloso; me temo que también las cosas que he olvidado son igual de fascinantes, como el día que me acosté con un futbolista del Madrid... Carl, ¿está mal que diga «acostarme» delante de desconocidos?

—En absoluto. Y menos aún si no está tu marido.

—Si lo dice por mí —interfirió Niza—, yo no soy ningún desconocido. Ya han pasado al menos diez minutos desde que nos han presentado. Y estamos a punto de beber juntos en el club más exclusivo de Washington.

—Pues entonces, en la confianza que ya nos une, confesaré que en aquellos días locos me acosté con un segundo futbolista del equipo.

Niza cruzó las manos sobre una de sus rodillas y se mostró gratamente impresionado por la actividad sexual de Satter en el círculo del madridismo.

—En mi descargo —añadió sin solución de continuidad la consejera de Clay Lauder— diré que en un cóctel que organizaba el padre de mi amiga rechacé una propuesta de todo un anciano y respetado escritor llamado Camilo José Cela. Aquel hombre poseía algo que lo volvía interesante y repulsivo.

—¡Ja, ja, ja! ¡No puede ser! —exclamó Niza, lleno de entusiasmo.

—Sí, absolutamente, ja, ja, ja —rio Ann Satter. Sus pechos vibraron detrás de la blusa, imitando a un mar en calma.

—¡Pero si debías de ser una mocosa! —alegó Johnsson.

—Simplemente sucedió, Carl. Pero en fin, creo que me estoy alejando demasiado de la corrección. Ni sé cómo he llegado a este punto; qué vergüenza. Supongo que cuando menciono Madrid algo dentro de mí se acciona por medio de la voz y me vuelvo una idiota, así que perdonadme. No he podido evitarlo. La máquina es más fuerte que yo, claramente. Gracias, Bill. —El camarero dejó la copa al lado de cada uno como si se tratase del cheque con el que se cancela una deuda antiquísima—. ¿Qué hacía usted en esos años, señor Niza? Cuénteme —preguntó Satter.

—A la luz de sus revelaciones, creo que tomar decisiones equivocadas yéndome de España. Acababa de sacarme la carrera de Derecho. Me lo había pasado demasiado bien y me dio un poco de miedo seguir por el mismo camino en los siguientes años, en los que se supone que uno debe empezar a sentar la cabeza y tener ambiciones. Mis padres coincidieron conmigo en que debía seguir un camino más aburrido y me vine a Estados Unidos, a estudiar.

Ann Satter sonrió satisfecha. Niza no había dicho gran cosa, pero le pareció que lo había dicho bien, y eso bastaba.

Carl Johnsson se disculpó y salió en busca del cuarto de baño, acuciado por la extraña necesidad de huir.

—Y dígame: ¿lleva mucho tiempo en Bening Warren? —Cruzó las piernas y el movimiento provocó un rayo en la claridad, ante el que fue inevitable rendirse y mirar.

—Seis años, aunque vivo en Washington entrando y saliendo desde hace casi diez. Pero solo ahora, que paso más tiempo fuera de Estados Unidos que dentro, empiezo a tener la sensación de que al fin conozco la ciudad. Si uno lo piensa despacio, es raro.

—¿Y cómo es que no hemos coincidido hasta hoy? Eso sí que es raro si uno lo piensa lentísimamente. No estará evitándome, ¿verdad? —Tenía su copa en la mano y se la llevó a los labios para esconder otra vez su sonrisa, que portaba un secreto que creía mantener a salvo con un simple cristal.

—¿Sin habernos conocido previamente? Podría ser, en cierto sentido.

—A veces uno se pasa la vida huyendo de las cosas que desconoce, por miedo a que le gusten demasiado.

Niza dejó que la frase se enfriase en el aire. Si la tocaba enseguida corría el

riesgo de abrasarse, aunque por otra parte no estaba muy seguro de que eso fuese malo. Antes de que se enfriase del todo y se quedase dura y vacía, se llevó una mano al interior de la chaqueta y sacó una tarjeta.

—No me gusta vivir con miedo y menos todavía huir; he oído que es malo para el cuero cabelludo, así que podemos llamarnos cualquier día.

Satter estiró el brazo con una elegancia que parecía tener su origen en la adolescencia y recogió la tarjeta. La guardó en el bolso sin detenerse a mirarla. En un momento así, la curiosidad le pareció de mal gusto. Era hora de sobreentender.

—Me fumaría un cigarro —dijo, de repente decepcionada porque solo unas caladas a un mísero cigarro separaban aquel momento de ser perfecto.

—Y yo me descalzaría y pondría los pies encima de la mesa. Creo que no le pido más a la vida —añadió él.

—Los pequeños placeres se pierden a veces entre los que cuestan dinero.

Carl Johnsson regresó del baño. Detrás de él venía un asistente del club, que se dirigió a Niza.

—Señor, tiene una llamada.

¿Quién podría llamarlo al Club Orlan? Puesto que se encontraba entre amigos, en algún caso a los que no conocía de nada, preguntó al asistente quién lo llamaba. Este lo miró fijamente, para asegurarse de que Niza deseaba que lo dijese delante de Satter y Johnsson.

—El gabinete telegráfico de la Presidencia del Gobierno de España.

Aquellas palabras sonaron con una importancia engalanada.

—En ese caso —dijo, golpeándose las piernas—, supongo que debería contestar. —Y se levantó.

CUATRO

En el pequeño jardín botánico que García-Frost había hecho construir en la azotea, la vida se contenía. Fuera, el ruido de la ciudad, incluso su luz solo estaban empezando a existir. Eran las siete menos cinco de la mañana. Cuando entró y cerró la puerta para su sesión diaria de yoga, se congració con el silencio de todas aquellas plantas. Uno de sus ejercicios de concentración consistía en jugar a percibir la respiración de las hojas, el torrente de la sabia, el habla secreta. Dedicó media hora a conectar consigo misma. Era el único momento en el que suspendía su obsesión por estallar el presente con sus propias manos. En ese ínterin, no quería ir más allá, sino quedarse. El yoga había sido uno de los descubrimientos más agradables y sorprendentes de los últimos tiempos. Se decían muchas tonterías, a menudo exageradas, sobre su práctica. García-Frost las evitaba, pero eso no le impedía admitir que al final del día, cuando la vida acababa, ella experimentaba una liviana entereza, y lo atribuía al bien que le producía aquel ejercicio impasible.

Cuando finalizó, se dio un baño en la piscina climatizada y después una ducha. Al salir en albornoz hacia el vestidor, distinguió luz en el dormitorio. Se asomó.

—Ya estás despierto —dijo, casi decepcionada.

León Higgins-Mora había doblado su almohada en dos y se había incorporado ligeramente. Tenía un libro en el regazo, que al aparecer su mujer había cerrado, dejando un dedo dentro para no perder la página.

—¿Qué lees?

—A Elizabeth Bishop.

—Ohh. Amo a Bishop. Recítame algo antes de salir ahí fuera y que el mundo me engulla.

—Pero desátate el albornoz, como si fuese un pequeño accidente.

García-Frost lo desanudó despacio y la prenda se abrió veladamente,

dejando ver una estrecha y larga línea desde el cuello a los pies.

—¿Así?

—Así es perfecto.

Higgins-Mora recitó en inglés el poema que tenía señalado. García-Frost quedó a merced del viento, que la movió igual que a un vergel. Al acabar, el mundo volvió a la normalidad y ella se perdió en el vestidor.

—Anoche no te oí llegar —dijo, desde el interior.

—Era tarde. Después de cenar nos encontramos a López Madero y su mujer y nos entretuvimos tomando algunos cócteles.

—Me alegro de no haberos acompañado. Espero no encontrarme con tu nombre en la columna de López Madero en los próximos días.

—Le pedí expresamente que no me citase.

—Hará lo que quiera, no lo que tú ni nadie le pida. Ayer a última hora me llamó la mujer del embajador Miller. El parto de su hija se adelantó y nació a última hora de la tarde. Todo fue bien. El personal del hospital, me dijo, estuvo maravilloso. «Nos trataron tan bien, pero tan bien», ya conoces esa voz tonta que le sale cuando algo le agrada mucho. Me dijo que el embajador me llamaría hoy para darme las gracias. No quería chafarme la sorpresa, pero me insinuó que la Universidad de Monmouth, en New Jersey, está dispuesta a investirme con el doctorado *honoris causa*.

—¡Fantástico!

—Sí, es lo único interesante que me puede pasar hoy. Estaré esperando todo el tiempo esa llamada. La vida sin éxitos se volvería tremendamente aburrida, ¿no crees?

Higgins-Mora no respondió. Cuando ella se asomó a la puerta del vestidor, constató que leía a Bishop de nuevo.

—Prefieres su poesía a alegrarte de mis logros —dijo, sin quedar del todo claro que afirmara o preguntara.

—Me alegro de cada uno de tus éxitos, amor, pero empiezan a ser muchos. Mi capacidad de sorpresa se debilita.

—Hablamos de un *honoris causa* por una universidad norteamericana.

—Lo sé. Pero vamos a esperar a que sea oficial.

—Tienes razón.

—Podrían enterarse del escándalo del hotel de Atlantic City —bromeó con un secreto.

—Ohhhh —exclamó—. Ni lo menciones. Hace veinte años, pero todavía

siguio enfadada contigo.

Higgins-Mora volvió a cerrar a medias el libro de Bishop y se columpió en aquel recuerdo, cuando habían pasado unos felices días viajando por la costa este, hasta llegar a Atlantic City, penúltima etapa de un viaje que finalizó en Boston, de donde era la madre de García-Frost. El día que partían hacia España, cada uno preparó su maleta por separado y, cuando bajaron a admisión para hacer el *check out*, el recepcionista los censuró con una mirada que se reservaba para asesinos despreciables. Hilda quiso saber si sucedía algo. «Mucho me temo que sí —asintió el empleado—. Hemos advertido que en su habitación falta la bolsa de tela bordada de la lavandería». Ella sintió la acusación como un relámpago de invierno en la espalda. Miró a su marido desconcertada, casi sonriendo, consecuencia del surrealismo. «Pero esto es una vergüenza. ¿Insinúa que nos la hemos llevado?». El recepcionista, para acabar con la duda, les propuso que abriesen sus maletas. «Por encima de mi cadáver», se plantó García-Frost. La dignidad era el último reducto. Aquella acusación era infamante. Su cólera, mientras su marido permanecía en silencio, empezó a llamar la atención de los huéspedes. Cuando llegó el gerente del hotel, censuró al recepcionista y cortó por lo sano, enterrando el asunto con una disculpa. Camino del aeropuerto, León Higgins-Mora no pudo resistir más su angustia y le confesó que, a decir verdad, la bolsa de la lavandería estaba en su maleta. Le había parecido «una preciosidad» y no pudo menos que robarla.

El día se volvió un hecho evitable, pero nadie hizo nada. La alcaldesa abandonó su casa y se dirigió al ayuntamiento, otro día más, dispuesta a dominar el mundo. Parecía una aspiración ambiciosa, y, sin embargo, en sus ánimos, un sueño al alcance de sus manos. Experimentaba una explosión de felicidad secreta cuando sus órdenes se cumplían y a veces acababan convertidas en sus propios sueños.

García-Frost tenía la televisión de su despacho encendida permanentemente, sin volumen, por si salía ella. A veces, en mitad de una reunión, se la oía gritar «¡Pero si esa soy yo!», sorprendida de verse allí. Había llegado a ese punto límite, del que a veces no se podía retornar, en el que se creía García-Frost, aunque ella nunca lo reconociese. Cultivar durante tantas horas su imagen producía extraños efectos, uno de cuales era hablar de sí misma en tercera persona. «La alcaldesa quiere el dossier de prensa», le decía a su secretario cuando llegaba por las mañanas al ayuntamiento,

mientras se iba despojando en movimiento de la chaqueta. Cada uno tenía sus obsesiones, y en su caso su obsesión era ella misma, y el éxito. Su concepción de la vida le imponía conquistar y que la realidad se dejase dominar por ella.

El canal que había sintonizado informaba del parón de cinco minutos de los taxis de Madrid, el segundo en un mes.

—¡Qué gremio! —dijo, volviéndole la espalda al televisor—. Solo me gustan cuando los veo en las películas, y para eso tienen que ser de color amarillo y que de ellos se baje Paul Newman con gafas oscuras y gabardina. Todo lo demás es pura decadencia.

Hablaba sola, es decir, le hablaba a Hilda, que de alguna manera se sentaba enfrente.

—Pero si solo hay que verlos haciendo crucigramas o jugando a las cartas entre ellos, o empujando el coche en la parada para no encenderlo —se respondió la otra Hilda.

Su jefa de prensa apareció con media docena de periódicos bajo el brazo, a modo de almuerzo. Sus tacones iban recitando sus versos. La seguía la jefa de gabinete, que a su vez escoltaba al camarero, un señor muy bajito y muy delgado al que la camisa no le encontraba los hombros, que deseó a la alcaldesa los buenos días y depositó las tazas de café en la mesa de reuniones. Se fue en silencio, caminando hacia atrás. Hilda creía que los gestos antiguos, y un sirviente caminando hacia atrás, eran de los que se grababan en la memoria de las visitas.

Cambiaba de canal con desidia, intentando averiguar qué buscaba. Se detuvo, por curiosidad, ante unas imágenes del presidente del Madrid. Subió el volumen. La junta directiva del club había destituido casi de madrugada al entrenador.

—La directiva del club —repitió con altanería la alcaldesa—. Es decir, César Riezu y diez más, ricos, grises y calvos, que no pintan nada.

—Iratorza tiene pelo —replicó la jefa de gabinete por replicar.

—Sí, teñido.

—Bueno —señaló la jefa de gabinete, poco interesada en el cabello—, al menos esta vez el entrenador ha caído por la reiteración de malos resultados y no por hacerlo bien.

—Es una pequeña novedad. En el Madrid los entrenadores casi nunca tienen salvación; ni siquiera ganando. Me trae a la memoria el año que la

alcaldesa destituyó al concejal de Turismo porque lo estaba haciendo demasiado bien y no dejaba de acaparar titulares de prensa y alabanzas en la oposición. ¿Alguien lo recuerda?

—Pobre concejal.

—¿Pobre? Riezu lo repescó porque le debía el favor de la concesión de la campaña de promoción de Madrid en el extranjero, que hizo una de sus empresas por diez millones de euros. Ahora gana cien mil euros al año en no sé cuál de sus filiales. Sin querer, le hice el favor de su vida. Bueno, ya basta. —Y cambió de canal—. No quiero oír el nombre de César Riezu hasta nueva orden. Por cierto, el otro día, en el palco, entablamos un pequeño diálogo en el descanso y no me recordó lo de la licencia. ¡Qué milagro!

Las tres mujeres se arremolinaron en un silencio amplio, sin esquinas. Duró tres segundos.

—Silencio, soy yo —ordenó García-Frost, pese a que nadie abría ya la boca.

En las imágenes aparecía recorriendo la Unidad de Neurorradiología Intervencionista del hospital Nuestra Señora del Rosario, que habían inaugurado el día anterior.

—No me había fijado en lo gordo que está el consejero de Sanidad.

La noticia recogía un corte con las declaraciones del presidente de la Comunidad de Madrid y después con las de García-Frost, en las que destacaba «el esfuerzo de la sanidad privada en el cuidado de la salud de todos los madrileños» y que tanto contribuía a «consolidar el liderazgo de la atención sanitaria de la ciudad, a la vanguardia en el conjunto de España y la Unión Europea».

La tranquilidad de la alcaldesa, que removía el café con una mano y sostenía el mando del televisor con otra, se resquebrajó al constatar que la pieza se cerraba con el periodista diciendo que la alcaldesa y el presidente de la Comunidad habían sido recibidos entre gritos de «sanidad pública» a su llegada al hospital por un colectivo de trabajadores sanitarios. En las imágenes se veía cómo García-Frost se acercaba a ellos y les decía: «Os pagan para que metáis follón».

—Pero ¿qué mierda es esto, me podéis explicar? —Se puso de pie y, con el impulso, su silla se volcó hacia atrás. Sus manos imitaban a pájaros encerrados.

La jefa de prensa tampoco daba crédito. Se había quedado pálida, fría, con

la mirada de madera.

—Eh... eh —balbuceaba—. No entiendo nada.

—Es tan raro que las han emitido. Para qué quiero yo una jefa de prensa, me pregunto.

—Pero si yo hablé...

—¿Tú hablaste? Tú no hablaste nada. ¿O es que no acabas de ver las imágenes? «Yo hablé», dice. —Puso los ojos en blanco.

La responsable de prensa sostenía su teléfono y deseaba hacer algo con él enseguida, pero no acertaba el qué.

—Que alguien me explique qué ha pasado, y pronto; y ya puestos, a qué hora van a despedir al responsable de esta mierda. La alcaldesa quiere quedarse a solas.

La jefa de prensa abandonó el despacho aleteando con los brazos, revestida de una torpeza inhumana. Cuando alcanzó su departamento, se detuvo ante la secretaria y ordenó que la pusiese con el director general de MadridTV.

—Es urgente —aclaró.

El director general estaba reunido. La jefa de prensa se echó encima el abrigo, sin demasiada fe en que abrigase, y salió al balcón a fumar un cigarro. Necesitaba agarrarse a algo, aunque ardiese. Detrás de una hilera de libros de Derecho, que nadie había abierto nunca, guardaba un paquete de Chesterfield desde hacía nueve meses. Cada vez que encendía uno y aspiraba, tenía la impresión de que sabía a tiempo. Un cigarro era justo la clase de clavo caliente al que podía sujetarse para no precipitarse.

Un cuarto de hora después el director general de MadridTV devolvió la llamada. Parecía nervioso y se notaba que pretendía que no se notase en absoluto.

—No sé cómo ha podido pasar —fueron sus primeras palabras—. En realidad, ya lo sé, por eso he tardado un poco en llamarte.

—Explícamelo, porque la alcaldesa tiene un cuchillo en la mano y está matando gente.

—Los equipos de redactores y cámaras que habitualmente cubren los eventos de la Alcaldía y la Comunidad, por un error de descoordinación, libraron ayer al mismo tiempo, así que el jefe de informativos salió del paso enviando al hospital a otro equipo. No tenía experiencia institucional, de modo que desconocían las claves con las que acostumbramos a cubrir la información sobre la alcaldesa y el presidente de la Comunidad.

A aquellas alturas la jefa de prensa sabía que la alcaldesa no necesitaba explicaciones, sino venganza. Le pidió al director de MadridTV que, en aras de la guerra, tomase alguna decisión que pudiese calmar a García-Frost.

Regresó al despacho de la alcaldesa. El secretario le advirtió de que estaba hablando por teléfono. La jefa de prensa lo interrogó estirando la cabeza, igual que un ganso.

—El embajador de Estados Unidos.

Esperó.

García-Frost hacía equilibrios sentada en el sofá. Miraba sus zapatos rojos y negros, a punto de decirles: «¡Pero habladme!». Tenía el teléfono pegado aburridamente a la cara, mientras al otro lado del auricular el embajador ensayaba una de esas autocracias invisibles en las que se acaparaban todas las frases. Ella lo dejaba hablar, esperando que pronunciase la única frase que le interesaba, la definitiva, la frase perfecta. Cuando lo hizo, y al fin le anunció que, a falta de un trámite, la Universidad de Monmouth la investiría doctora *honoris causa* en otoño, durante su viaje a la costa este, García-Frost fingió sorpresa, cumpliendo con la promesa dada a la mujer del embajador. Su humor volvió a ser excelente.

En la Alcaldía, George Miller era un señor profundamente querido. Era feo, de color rojo, bajito, casi gordo. Todos decían que era antipático porque no sonreía y que le faltaba carácter para cautivar a la gente. Podía ser cierto, pero ni todas esas verdades apiladas servían para desmentir que, según García-Frost, Miller era simpatiquísimo. Gruñía, sí. Eso era una parte más de su encanto. Hablaba siempre con frases largas que sonaban como disparos que rebotaban y silbaban y seguían rebotando indefinidamente. Qué importaba que no sonriese. «¿Acaso sonreía el humorista Eugenio, que era siniestro y sin embargo chistosísimo?», lo defendía García-Frost.

Desde algún punto de vista el embajador de Estados Unidos resultaba incluso sexy. Tal vez fuese por el color rojo, o por el color rojo y la estatura, o por todas las cosas. Cuando se le trataba en persona, podía sacarse la conclusión de que flirteaba, aunque con tanta sutileza y sangre fría que lo hacía hacia dentro, oscuramente. La alcaldesa decía que era gay, pese a todas sus esposas. En cambio, para su jefa de gabinete la opinión de la alcaldesa no contaba, pues creía que todos los hombres eran gais. También se decía que tenía una aventura con la embajadora francesa, que según otros rumores era lesbiana. En los ambientes diplomáticos se decían muchas cosas, a menudo

sin fundamento, que como nadie confirmaba ni negaba, porque si no no serían diplomáticos, se volvían leyendas.

La historia más disparatada del embajador estadounidense que se había escuchado en los últimos tiempos, precisamente de boca de otro embajador, se refería a su divorcio. A los pocos meses de llegar a España con sus credenciales, Miller se quedó solo. Su esposa regresó a New Hampshire y nunca más se la vio por Madrid.

«Echaba de menos el lema del estado en las matrículas de los coches: “Vive o muere”», explicó con un refinado cinismo cuando la alcaldesa le preguntó por ella durante una recepción del 4 de julio. Refutaba de golpe a quienes lo consideraban una persona anodina. No tardó en casarse de nuevo, con una mujer que tenía dos hijos de su anterior matrimonio. En algunos círculos, es decir, en otras embajadas, cuya suma total formaba un microcosmos, se rumoreó que había sorprendido a su anterior esposa acostándose con un enviado especial de la Administración norteamericana. Era uno de tantos comentarios sin base alguna, con todo a favor para ser falso, aunque no por ello bellísimo. En realidad, se comentaba también que cuando el embajador entró en la habitación y los descubrió, mantuvo la calma y no hizo nada. Se quedó paralizado, decían, aguardando arteramente a que estuviesen a punto de alcanzar el orgasmo, para entonces hacerse notar y echarles a perder la fiesta.

Por fin la alcaldesa colgó el teléfono. Segundos después, la jefa de prensa abrió la puerta y entró lentamente, con miedo a causar un cortocircuito.

—Me ha tenido media hora colgada al teléfono. Este embajador es la monda. —Se quedó en silencio, pensando en la clase de escritor al que podría encargar su discurso en la Universidad de Monmouth—. Por cierto, me ha contado que en Washington se da por hecho que Héctor Niza será ministro de Economía. El miércoles intenté sonsacar a Alvarellos y me puso cara de señor de principios firmes y viejos que solo se acuesta con su mujer, cosa que es cierto, lo de que solo se acuesta con su mujer, quiero decir. Niza... Hay que desconfiar de los tecnócratas que no se han partido la cara por el partido, porque son los que primero lo traicionan. Creen demasiado en sí mismos.

—¿Lo conoces bien?

—Su abuelo se hizo millonario fabricando motos, entre otras cosas. Mi padre fue socio de su padre en otros negocios, a principios de los sesenta.

La puerta del despacho volvió a abrirse. Entró la jefa de gabinete

levantando un brazo y señalando su reloj. Había que irse. A las doce la alcaldesa clausuraba la Semana del Comercio y la Hostelería con un paseo por el mercado de Chamartín.

—¿Has arreglado lo de MadridTV? —preguntó García-Frost.

—Sí, la próxima sem...

—No necesito saber más —dijo interrumpiéndola—. Vámonos pitando.

A pie de mercado, García-Frost se bajó del Audi A8. Una ráfaga de viento puso a prueba su peinado, que no se amilanó. La plana mayor de la directiva de la Cámara de Comercio, con su presidente a la cabeza, la aguardaba ansiosa. Parecían bolos al final de la pista, esperando que una bola los derribase.

—Míralos, podrían formar una banda de música, todos alineados. Les falta la gorra —susurró la alcaldesa a su jefa de gabinete.

Los saludos duraron cinco largos minutos y arrojaron ese aire decadente que tienen las tristes despedidas al final del verano. Cuando se creía que habían acabado, la comitiva cruzó el mercado y comenzaron otros saludos nuevos, con ciudadanos que reconocían a la alcaldesa.

—Oye. —García-Frost tomó al presidente de la Cámara por un brazo, en confianza, y lo atrajo hacia sí, para que nadie más se acercase a besarla—. Me duele la cabeza horrores, así que, por lo que más quieras, haz un discurso breve; te conozco demasiado. Te prometo revisar algunas tasas municipales a la baja.

El empresario la observó por encima de sus gafas, con la sensación de que eso ya se lo había prometido en otros discursos. Aunque la rebaja de la presión fiscal encarnaba una música que siempre le sonaba bien.

—Si es por eso, te juro que no hablaré más allá de media hora.

—Yo te juro que si a los diez minutos no has acabado, me levanto y me voy. He quedado para comer con Eloy Galindo. Y después tengo comité ejecutivo en la sede del partido, al que no iré.

—Eloy agradecerá que le prestes dinero.

—Sí, he oído que necesita crédito desesperadamente.

—¿A quién le viene mal?

—Ten en cuenta que después hay que devolverlo.

El responsable de la Cámara se detuvo y carraspeó, imitando la avería de un coche viejo. Se situó de frente a la alcaldesa, en posición de sincerarse.

—¿Qué sabes del nuevo gobierno?

—Que no se sabe nada y que se sabrá pronto.

—Gris Soto va diciendo por ahí que va a ser ministro de Justicia.

—Yo me conformaría con saber cómo el imbécil de Gris Soto ha llegado a catedrático de Constitucional y a columnista de periódicos.

La comitiva alcanzó la zona en la que habían habilitado el atril de los discursos. El presidente de la Cámara fue el primero en dirigirse a los presentes.

La alcaldesa perdió el hilo enseguida, mientras parecía que prestaba atención. La voz del responsable de la Cámara se volvió una presencia lejana, equivalente al avistamiento de humo en la línea final del horizonte, donde la vida pierde importancia. Cuando llegó su turno, puso en práctica todo lo que sabía sobre la brevedad y el ingenio. Al atisbar que el discurso se acababa, por aburrimiento, recordó a Higgins-Mora en la cama y entre sus manos a Bishop, y en un gesto de esnobismo, que en el fondo fue de humor, decidió recitar unos versos de su poeta preferida sobre las razones de viajar y la importancia de conocer otros mundos y la belleza que hay en ellos. «¿Qué infantilismo nos empuja, mientras queda un aliento de vida / en nuestros cuerpos, a correr / para mirar el sol desde el otro lado?», proclamó de memoria y, viendo las miradas de desconcierto, se animó a seguir recitando sobre la lástima de no conocer algunas cascadas, o el sonido de unos zuecos, o el menos primitivo de un gordo pájaro cantando, o «Nunca haber tenido que escuchar la lluvia, / tan parecida a los discursos de los políticos: / dos horas de oratoria sin pausa alguna / y después, de repente, un silencio de oro».

Cuando se apagaron los aplausos de rigor, la alcaldesa dio varios pasos para romper filas y provocar la idea de que ya todo había acabado. Enseguida se vio rodeada por una cadena de periodistas. Se percibió su magnetismo atrayéndolos. La formación de gobierno parecía inminente y la redactora de la agencia ELE le preguntó si se veía de ministra.

—Al presidente Alvarellos le consta la pasión de la alcaldesa por Madrid. Él sabe que Hilda García-Frost tendría que decirle que no, con gran dolor para su corazón, así que ni se le habrá pasado por la cabeza proponérselo, sería lo natural. Le sobran candidatos; la alcaldesa está segura de que acertará con todos los nombramientos. —Dio las gracias a los periodistas y se fue otra vez rodeada por la comitiva, que se movía en manada. Otra salva de saludos, besos y adioses presidió la despedida. Experimentó una sensación reparadora

al perder a todo el mundo de vista—. ¿De dónde ha salido esa gilipollez de ser ministra? ¿Anda ese rumor por ahí? —preguntó nada más entrar en el coche y cerrar la puerta.

Su jefa de gabinete sacudió los hombros mientras se peleaba con el abrigo para quitárselo. Ella se preguntaba lo mismo. Entre las múltiples apuestas sobre futuros ministros, muchas de ellas ridículas, había oído de todo.

—Ministra, hay que joderse. ¿Para dar órdenes a un secretario de Estado y a no sé cuántos jefes de servicio, y escuchar una sarta de estupideces en los consejos de los viernes, o acompañar a los reyes cuando van a pintar la mona al extranjero? ¿Ministra para acatar todas las órdenes de Alvarellos? No me conocen —dijo y se sumió en sus pensamientos, donde no había un mundo en el que ella no fuese la persona que movía los hilos.

CINCO

Niza reconoció a Diego D'Ambrosio plantado en la puerta de la barbería, esperándolo con un paraguas abierto. Era una postal de invierno. Extraviaba la mirada en la nieve acumulada en la calle. Se arregló la corbata y sacudió de la solapa de la chaqueta un copo de nieve con un odio intraducible por las cosas pequeñas. Cuando el coche de Niza se detuvo, el barbero salió a su encuentro. En el camino había charcos y los pisó con displicencia, para hacerles daño. Niza lo estudió entre las gotas de la ventanilla. Su silueta era inconfundible. Alto, desgarrado, pelirrojo y enfundado en un traje de chaqueta cruzada.

Tan pronto puso un pie fuera del vehículo, Niza hundió el zapato en un charco. Se oyó un plof, o un chas. No se inmutó. A esas horas la vida era impermeable. Se saludaron con efusividad, marca de la barbería, y entraron. Olía a café y productos de belleza mezclados.

—Nieva de maravilla —constató, quitándose la gabardina y la chaqueta. D'Ambrosio le tomó las prendas y las colgó de sendas perchas, que introdujo en un armario. Después se asomó a la cristalera para ver otra vez cómo nevaba.

—Sí, nieva magníficamente.

En el tocadiscos sonaba una vieja grabación de Renato Carosone. Niza casi la sabía de memoria. Era la banda sonora de la barbería. Silbó las primeras estrofas. La obsesión de D'Ambrosio con Carosone era una cuestión de lealtad. También era una cuestión familiar. Esta lección de historia la recibía el cliente el primer día que visitaba la barbería, situada en el área de Dupont Circle, muy próxima al tramo de la avenida Massachusetts en el que se concentraban las embajadas.

D'Ambrosio explicaba al cliente, con una voz ronca e hipnótica, que su tío era trompetista en la orquesta de Carosone desde los años cincuenta y su

primo segundo, Nicola Salerno, el letrista de algunas de las canciones más célebres del artista napolitano. Diego las citaba con el cariño de un abuelo que iba recordando los nombres de sus nietos, a los que hace algún tiempo que no veía: «“Tu vuò fa’ l’americano” fue el primer gran éxito. Después llegaron “O suspiro”, “Caravan petrol”, “Pigliate ’na pastiglia” y “O sarracino”». D’Ambrosio había llegado con sus padres a Nueva York en 1955. Dos años después, Carosone emprendió con su orquesta, y con el tío y el primo del barbero, su gran gira americana. Empezó en Cuba y cerró con un concierto en el Carnegie Hall de Nueva York.

—Yo acudí con mi padre, mi madre y mi hermano. Mi tío nos consiguió las entradas; entradas en primera fila, no cualquier clase de entradas. Yo aún conservo la mía. Podría decirte las canciones que interpretó Renato, el orden, y las frases con las que se dirigió al público. Algunas noches todavía sueño con aquel concierto y me despierto llorando de la emoción —le contó D’Ambrosio a Niza el primer día que se dejó afeitar por él.

En su primera visita a la barbería, Niza coincidió con un cardenal adormilado en la silla, cubierto de espuma. No era una posición que favoreciese a un cardenal, ni a un obispo, ni en realidad a nadie. Estabas a merced de una navaja. Media hora más tarde, cuando el cardenal se retiró en una enorme limusina blanca, supo que se trataba de Theodore McCarrick.

—Es entrañable, aunque un poco hijo de perra cuando quiere. Todos los cardenales son así, supongo. Se afeita conmigo una vez a la semana —le reveló D’Ambrosio—. Se cuenta que llegó a acostarse con una primera dama. No se sabe cuál. Hay que imaginarlo. Lo que es público y notorio es que acudió a un cóctel en la Casa Blanca e hizo migas con Nancy Reagan. Charlaron, se gastaron bromas y, cuando ella quiso que el cardenal McCarrick saludase a su marido, él le preguntó: «¿Ah, pero estás casada?».

Niza se sentó y Diego lo cubrió con una pequeña sábana. El veterano barbero seguía el ritmo de Carosone con un fino traqueteo de cabeza.

Niza estudió su propio rostro mientras el barbero preparaba la espuma. Había algo en su piel, o en lo que palpita bajo la piel, que acarreaba una novedad. Por primera vez en años no sentía el vértigo de dirigir Bening Warren en Europa. Esa mañana, a primera hora, había renunciado a su cargo y firmado su salida amistosa. Esa descomprensión, bajo el rostro, le provocaba extrañeza. Estaba feliz y simultáneamente hueco. Resultaba agradable la sensación de empezar de cero. Nunca experimentó horror ante

las mudanzas. A su mujer le provocaban congoja. La idea de empaquetar la angustia. ¿Y si se olvidaba de meter algo importante? En cambio, para él, la mudanza equivalía a lo contrario al fin del mundo: el comienzo. Era un trastorno, algo casi terrible, aunque para bien. Cambiar de ciudad, o, como estaba a punto de suceder ahora, de país, le ayudaba a empezar de nuevo. En cada traslado se verificaba que la esencia de la vida era la movilidad.

Se sintió un juguete para adultos, de cristal, entre las manos de D'Ambrosio. Eran las más grandes que hubiese visto nunca y, sin embargo, se volvían delicadas y precisas. Se fue sintiendo liviano al paso lento del filo sobre su piel. Cerró los ojos. Pensó en el regreso a Madrid. Todo se precipitaría en horas: la toma de posesión, la formación de su equipo, los nombramientos, la planificación, el calendario de reformas, el cambio de modelo económico que pretendía Alvarellos. «Si aceptas el ministerio, tendrás que diseñar las grandes privatizaciones que serán el motor de esta legislatura y la siguiente», le había dicho.

En la cabeza de Alvarellos engordaba la idea de acabar de poner en manos privadas el antiguo sector empresarial público lo antes posible y que pasase a convertirse en un sector privado gubernamental, que le fuese afín. Urgía colocar en la presidencia de las todavía empresas públicas a personas de máxima confianza que pilotasen la privatización y quedasen al frente una vez concluida.

Nunca quiso que se le pasase por la cabeza acabar en un gobierno. En cambio, cuando recorrió los pasillos crepitantes del Club Orlan y se puso al teléfono, y el gabinete telegráfico lo pasó con Alvarellos, que le preguntó si le haría ilusión ser ministro de Economía, adivinó que sí, que deseaba dar ese salto. Había cosas que siempre se habían ignorado y, de pronto, se descubría que ya se sabían.

No pasaría lo que en la facultad, cuando jugaban a ser felices todo el tiempo, doblegando los problemas con su indiferencia, pero aun así podría haber algunos momentos buenos en los próximos cuatro años, le dijo Alvarellos. «Que quede claro que no te prometo nada, salvo que perderás dinero, recibirás críticas, a menudo merecidas, renunciarás voluntariamente a ciertos placeres, no conciliarás el sueño muchas noches, de vez en cuando te abuchearán por la calle y cosas peores que todavía no podemos imaginar. Para compensarlo, nos daremos el lujo de dictar la Historia».

Niza y Alvarellos se habían conocido en la facultad de Derecho. El primer

año de la carrera se ignoraron de un modo inofensivo. No hubo aborrecimiento, ni envidias, solo lentitud en la aproximación. Alvarellos salía con Leonora Mur —en aquellos días ya parecía que llevaban toda la vida juntos— y arrojó por la borda la ocasión de dilapidar el primer curso. Se afanó en perseguir sobresalientes. Pensaba en el futuro. Él sí tenía energías para eso. Todo lo contrario que Niza, que persiguió sombras y fiestas.

Más adelante descubrieron inquietudes comunes. Empezaron a verse fuera de la facultad. Alvarellos simbolizaba el hombre de acción y Niza, el hombre teórico. Formaron un equipo que se entendía. Al acabar la carrera, Niza tomó la decisión de marcharse a Estados Unidos a continuar con su formación. Le agradaba la sensación de estar lejos del centro de lo que había sido siempre su vida, vivir bajo la sensación de estar en las afueras, donde nadie lo conocía. Primero se instaló en California, donde realizó un máster en dirección empresarial en la Universidad de Berkeley; después se trasladó a Washington para aprovechar las redes que años antes había tejido su padre.

Al otro lado del océano, Alvarellos entró de lleno en política. En diez años acabó presidiendo el Partido Conservador, inmerso en una crisis perpetua. Perdió las primeras elecciones a las que se presentó por un estrecho margen, después de lo que él siempre consideró una campaña de *Crónica* inmundada contra su partido y en especial contra su persona. «Ahora quiero acabar con su editor», le confesó por teléfono, ya dueño de una mayoría absoluta.

Entretanto Alvarellos se preparaba para liderar algún día el Partido Conservador, sin saber todavía que ese momento podría llegar, y menos aún que más tarde alcanzaría la presidencia del Gobierno, él fichó por Bening Warren, que lo destinó a Nueva York. Se casó con Carroll Martins, restauradora de obras de arte en el Metropolitan Museum of Art. Lo ascendieron y se mudaron otra vez a Washington. Cobró su primer millón de euros anual. Compraron un perro. Tuvieron una hija a la que llamaron Adriana. El perro murió atropellado por un taxi. Lo nombraron presidente de Bening Warren en Europa. Se mudó a Londres, pero solo a medias, mientras cobraba sus dos primeros millones al año.

Al día siguiente se mudaba a Madrid para tomar posesión del cargo de ministro de Economía. La vida sobrevenía.

D'Ambrosio cubrió su rostro con una toalla caliente. La temperatura le indujo una leve somnolencia, en la que no sintió el calzado rodeando los pies, el cinturón alrededor de la barriga, las mangas en los brazos, y apenas las

piernas, que colgaban del sillón sin tocar el suelo.

—Esta tarde vendrá uno de mis clientes más antiguos —le anunció D'Ambrosio en una confidencia llena de narcisismo.

—Ah, ¿sí?

El barbero le retiró la toalla despacio, como si estuviese abriendo el telón para dar paso a la primera escena de *Hamlet*. Luego señaló con el dedo una de las muchas fotografías de personajes famosos que colgaban de las paredes.

—Aquel de allí.

Niza lo estudió con detenimiento y al mismo tiempo con desinterés helado. Aquella joven cara no le decía nada en absoluto. Se parecía a demasiadas personas a la edad de treinta años. Al no extraer un parecido, sustituyó la apatía por una curiosidad vaga. Tardó unos segundos en admitir que el rostro le era ajeno. Por dentro, pensó que le importaba una higa.

—Es Henry Kissinger. En esa foto tenía veintisiete años. Todas sus fechorías estaban por hacer.

Niza masculló un «vaya» y dejó que la conversación decayese, luego cerró los ojos, que sonaron a «fin». A veces la vida era eso, puro desinterés y un fundido a negro temporal. Entre los vicios más extraños y graves del tiempo presente, junto al silencio, pensó que estaba el diálogo. Se abusaba de él. Si algo apreciaba cuando acudía a afeitarse, o a hacerse un traje a medida, o simplemente a que le lustraran los zapatos en un puesto callejero, era el ruido de los objetos circundantes: el tocadiscos con música de Carosone, la tos del sastre, el tráfico de la calzada, el vaivén del cepillo sobre el empeine... No era que D'Ambrosio fuese un charlatán de medio pelo, pero aquella manera suya de presumir de su clientela, posando a menudo con ella en decenas de fotografías, le producía desafección. Odiaba cuando la gente alardeaba de sus conocidos si eran famosos. La celebridad ajena lo hastiaba. Por alguna razón, se acordó de la única vez que se emocionó al ver a alguien popular a quien admiraba. Sucedió durante la época en que Bening Warren lo destinó a Nueva York. Era mayo y estaba en casa a media mañana, así que debía de ser sábado, cuando sonó el timbre. Carroll no se encontraba en la ciudad esa semana y acudió a abrir en chándal. Abrió sin preguntar quién llamaba ni espiar a través de la mirilla y se encontró a Jason Alexander. Tardó medio segundo en identificar al actor que interpretaba a George Constanza en *Seinfeld*, su serie favorita. Llevaba la cabeza cubierta por una visera, gafas de sol, unos vaqueros rotos y zapatillas deportivas verdes. El cartero había

dejado por error un sobre para Niza en su buzón, dos edificios más adelante, y había aprovechado el buen tiempo para llevárselo en persona, pues ponía «urgente».

Pagó los veinte dólares que costaba el afeitado y se despidieron. En la calle seguía nevando. Cuando se subía al coche, entró un mensaje en su teléfono. «¿Y si cenamos esta noche? ¿Te parece una temeridad? Ya hemos bebido juntos una vez. Lo difícil ha pasado. Ann Satter».

El coche arrancó. Niza se acarició la cara y se preguntó cuál sería su margen para quedar a cenar.

—¿A qué hora sale mi vuelo? —preguntó al conductor.

—A las cinco de la mañana.

Eso significaba que debería estar en el aeropuerto a las cuatro. Le pareció que disponía de margen suficiente. Cuando llegó a su apartamento, le devolvió el mensaje a la consejera delegada de Clay Lauder. Al rato, ella volvió a escribirle para darle el nombre del restaurante en el que acababa de reservar. Los acontecimientos se habían reordenado con cierta belleza y gracia, pensó.

A media tarde llamó a Carroll, que se encontraba en Nueva York con su madre. Era una carambola inesperada y perfecta. Carroll no se incorporaría a su nueva vida en España hasta al menos dentro de uno o dos meses, cuando tal vez el Museo del Prado pudiese contratarla, según los planes de Niza. Adriana debía acabar el curso escolar y a su vez la madre de Carroll superar un período de depresión temporal que la molestaba desde hacía varios años cuando se acababa el invierno.

Hablaron durante casi una hora. Carroll le contó que esa mañana la había acompañado al psiquiatra. No quiso que entrara con ella e hizo tiempo en un café próximo a la consulta. Pegada a una cristalera, mientras tomaba un té, vio pasar por la acera a Siri Hustvedt. Niza no sabía quién era, y a ella le produjo pereza explicárselo y entrar en detalles que seguramente la habrían de llevar a detalles nuevos, al fin de los cuales él se mostraría hastiado. A la salida del médico pasaron por casa para recoger a la niña y después se fueron las tres a comer al museo.

—¿Tienes las maletas preparadas? —preguntó.

—Está todo listo.

Entraron en una sucesión insustancial de comentarios sobre los pasos que había dado cada uno a lo largo de la jornada. Al final ella le pidió que se

acostase temprano; dentro de unas horas tendría que madrugar. Él le aseguró que lo haría.

—Estoy muerto.

Se prepararía algo ligero de cenar, con lo que hubiese en la nevera, y se iría a la cama enseguida. Se lo prometió para que no se preocupase. Se despidieron con un «te quiero» que ya no significaba sino un retumbar vacío de palabras en el aire. Dos horas después, él se pegó una ducha, eligió un traje azul, sin corbata, y se dirigió en taxi al 1330 de Maryland Avenue. Satter había reservado en el CityZen.

—Nos está esperando una langosta dulce de Maine, escalfada en mantequilla —le había dicho.

La noche era gélida, aunque había dejado de nevar, y la oscuridad movía los coches. Niza llegó puntual y Satter más puntual todavía, un minuto después. Su vestido negro ondeaba en un mar de música que destaparon sus pasos hasta la mesa.

Niza temió que si miraba fijamente sus labios, de un rojo profundo, extraído del centro de la tierra, podría morir de un ataque repentino. Intercambiaron un beso en la mejilla. Él percibió una estela de cigarrillo, Chanel N° 5 y peligro inminente. Pronto quedó claro que sería bonito no saber demasiado el uno del otro, al menos en determinados aspectos. En otros, todo se precipitó lentamente, hasta ese minuto en el que ya se conocían lo bastante para saber que querían pasar un rato juntos. Ann había reservado una habitación en el Mandarin Oriental, prediciendo el futuro. A las dos y media de la mañana Niza se vistió.

—Me mudo a Madrid —le explicó sin profusión de detalles, mientras acababa de abotonarse la camisa.

Ella encendió un cigarro, se lo metió entre los labios a él, que aspiró, y después lo recuperó para fumárselo entero.

—¿Cuándo? —preguntó y expulsó el humo al mismo tiempo.

—Dentro de cuatro horas, más o menos.

Ella lo estudió de arriba abajo, con una sonrisa distante.

—En ese caso, no deberías tener tanta prisa por irte.

Ann estaba desnuda y empezó a tocar a Héctor, que intuyó que tal vez se había vestido demasiado pronto. Calculó la hora y empezó de cero. A las tres de la mañana volvió a vestirse, según un *déjà vu*. Se preguntaba dónde estaría el marido de Ann esa noche, pero la respuesta pertenecía al terreno que

habían decidido no explorar. Las cosas que no se sabían nunca se recordaban. Cuando ya estaba en el taxi, de regreso a casa, encendió el teléfono móvil por primera vez en horas. Empezaron a entrar mensajes. Se atropellaban. Había decenas. Volvió a apagar el aparato, abrumado. Dedujo que la Moncloa habría dado a conocer a los miembros del Gobierno. No veía el momento de empezar a mandar.

SEIS

Salió de la ducha y se secó frente al espejo, desnuda. Al acabar se quedó inmóvil, examinándose, sin miedo a los defectos que la vida imponía según los caminos que cada uno tomaba. Se tocó los pechos, el abdomen, las caderas, siguiendo una línea solo existente al tacto. Después se aplicó crema corporal e imprimió una locuaz velocidad a los pequeños actos, como ponerse un sujetador, o subirse unas medias, hasta que se vistió del todo. Empezaba a maquillarse cuando sonó el teléfono en el salón. Se asomó a él. Era su exmarido, Lucas Zúñiga. Dejó que el silencio volviese a su sitio por su propio pie. Solo unos pocos segundos después, entró un mensaje: «Vuelve conmigo. Te quiero más que el primer día. Ya he olvidado el daño que nos causamos. Esta vez lo haremos mejor». Claudia Aibar despreciaba a aquel hombre. Estalló en una sonrisa que simplemente fue un «ja» hosco, lleno de aire y desdén. Hacía meses que no tenía noticias de Zúñiga, y habían sido meses relativamente perfectos, en los que se había consagrado a lo que más le gustaba: el mero placer. En ese acto primario la vida adquiriría pleno sentido. Disfrutar, hacerlo todo el tiempo mientras fuese posible, hasta que al placer lo sucediese el dolor. Supuso que debía de estar borracho y algo le había recordado a ella. En cuanto se le pasase el efecto de la bebida, todo regresaría a la normalidad y él también la detestaría. Así serían los dos felices otra vez. Aibar no necesitaba tener noticias suyas. Acababa de cumplir treinta y nueve años y al fin había dejado atrás su segundo matrimonio con un promotor inmobiliario, que significó el período más anodino de su vida, si bien breve, apenas un año. A menudo su existencia se caracterizaba por hacer cosas sin parar, todo el tiempo, arriba y abajo, y cuando se daba cuenta, no había hecho nada en absoluto. Por ejemplo, en sus matrimonios. Se había casado tantas veces, es decir, dos, que a la postre estaba perfectamente divorciada. La vida no se dejaba atrapar en un «hice esto». Al final, no tenía nada. Era una pauta.

Cuando estaba a punto de hacer algo completo, lo abandonaba o lo acababa mal. No era una mujer de finales, se pasaba los días empezando cosas, empezando a empezar.

La existencia en pareja se había vuelto su fuente de decepciones preferida, y acudía a ella cada vez que las cosas amenazaban con irle bien. Empezó a incurrir en esa clase de tumbos al dejar la facultad. Encontraba a alguien, se enamoraba, era feliz, y enseguida buscaba su decepción, para curar ese error. Sus habilidades sociales y su desparpajo la conducían a fallos imperdonables de los que aprendía rápido. Y después, vuelta a empezar. Amaba las pautas. En una exposición a la que acompañó a Alvarellos y a su mujer, alguien le presentó a Zúñiga, un escritor y profesor en la universidad CEU San Pablo. Su carácter difícil, a veces iracundo, lo perseguía. Herido por esos olvidos que hacía que muchos lo confundiesen con alguien desaparecido, Zúñiga tenía veinticinco años más que ella. No fue obstáculo para que tres meses después de aquella coincidencia se casasen. A la vuelta de año y medio su separación salió en algunos periódicos.

Recién casados, todo fue mal enseguida. El hecho de pasar largos períodos sin verse, ya que Zúñiga a menudo viajaba para participar en congresos y otros eventos, muchas veces al extranjero, aminoraba los efectos. Para entonces, ella trabajaba en un despacho de abogados, cuyo socio principal era un familiar de Leonora Mur. Zúñiga, después de diez años sin publicar una novela, al fin se había embarcado en un proyecto nuevo. Un escritor no dejaba de serlo por el hecho de no escribir, según él. Eso era circunstancial. Nunca fue explícito con Claudia sobre el contenido de la obra. Se limitaba a decir que no le gustaba hablar de sus libros mientras los escribía y ella lo tomaba por una normalidad más del proceso creativo. Pero las tolerancias, con el deterioro de la relación, se volvieron estrechas.

En una de las salidas de Zúñiga para participar en un foro literario en Cartagena de Indias, que lo alejaban cuatro o cinco días de casa, Aibar incurrió en una curiosidad enfermiza, de fatales consecuencias. Quiso averiguar qué escribía su marido que no podía compartir con ella. Entró en su ordenador y no tardó en encontrar el archivo. Lucas era primitivo en sus conocimientos informáticos. Ella enseguida se reconoció en uno de los personajes de la novela, allí estaban algunas de sus conversaciones, ciertas confidencias familiares que Claudia le había hecho, sus relaciones sexuales... Pero nada de eso estaba cerca de ser lo que le hizo volverse loca ese día, lo

peor era la severidad con que el narrador la juzgaba, hasta humillarla. ¿Cómo podía alguien someter a su pareja a un escrutinio tan severo? Al fin tuvo claro que debía alejarse de él, y hacerlo enseguida, pero antes quiso destruir aquel testimonio literario. Eran más de cuatrocientas páginas. Borró el documento de un zarpazo. Rastreó a fondo carpetas y correos, por si hubiese más copias —las había—, y también las hizo desaparecer. Cuando su rabia se aliviaba, se dio cuenta de que cualquier informático podría recuperar la información, y extrajo el disco duro y a la mañana siguiente lo arrojó en un contenedor camino de su trabajo.

El día que Zúñiga regresó a Madrid y entró en casa, creyendo que la normalidad se instauraba en su vida, solo encontró una nota breve encima de la mesa de la cocina, escrita a mano, con la mejor letra que Claudia Aibar había hecho nunca, y precisamente para decir adiós. Era tan breve y estaba redactada con tanta claridad que en dos frases lo explicaba todo: se iba para no volver y aguardaba no verlo nunca más, ni en fotos. No iba a ser tan sencillo. Los acontecimientos se contradijeron con aquellos deseos idílicos, pues ojalá bastase una manifestación escrita, que ni siquiera necesitaba un sobre, un sello y después un buzón de Correos en el que introducirla, sino simplemente una cocina y un frutero, para sacar a alguien de tu vida. Cualquier mente temerosa hubiese presagiado que la destrucción del disco duro y la pérdida del manuscrito enloquecerían a Zúñiga, que la buscó sin descanso por todo Madrid, visitando los sitios a los que acudía normalmente, la casa de amigos y colaboradores, y cuando la encontró, todavía hecho una furia, la amenazó hasta desahogarse, y ese no fue el fin, porque aún después llegaron las denuncias, los abogados, los juzgados, otro tipo de amenazas, más veladas, a las que a su vez Claudia respondió con sus propias armas y sus denuncias. Con el tiempo, y solo con el tiempo, los odios se enfriaron, sin llegar a desaparecer, aunque acaso el frío bastase. Zúñiga no retomó la escritura de la novela y se centró en la enseñanza. De vez en cuando bebía demasiado y algunas veces, si solo bebía con moderación, le enviaba a su exmujer algún mensaje parecido al de esta tarde.

Consultó la hora y estimó que iba bien de tiempo, para variar. Alvarellos la había citado a las ocho de la tarde y solo eran las seis y media. Fiel a su hermetismo, en el que a veces parecía que ni él mismo podía penetrar, el presidente quería que hablasen antes de que los invitados a la cena hiciesen acto de presencia, pero ella desconocía por completo en qué consistiría esa

conversación. No le había adelantado nada y, puesto que se trataba de Alvarellos, prefirió no elucubrar. Podía tratarse de cualquier cosa, incluso una ínfima, como preguntarle por su madre. Ella había aprendido a disfrutar de aquella suspensión de la expectativa a la que el presidente tendía enfermizamente: «Tenemos que hablar», «Ya te contaré», «Algún día lo sabrás», «Ahora no puedo decírtelo», «El día que te enteres». Tomaba aquellas frases que fiaban al futuro su desenlace como un divertimento, renunciando a cualquier tentativa de curiosidad. Eran frases que significaban que habría un mañana y en ese mañana pasaría todo, no antes. En el fondo filtraban quién y cómo era Alvarellos, que con los años había aprendido a confiar lo menos posible en los demás. En política, decía, se empezaba por cuidarse de la gente próxima, que es lo que no había hecho él en un momento importante de su vida, con nefastos efectos. El episodio no se ocultaba y la prensa lo había cubierto de cerca. Sucedió hacía casi nueve años, cuando fue traicionado por Ernesto Villaverde, el anterior líder del Partido Conservador, que a lo largo de medio año le estuvo trasladando su intención de cederle el testigo. Villaverde, a punto de cumplir cincuenta y seis años, había aspirado en dos elecciones a la presidencia del Gobierno, la primera vez con unos resultados más o menos dignos, que no rompieron la mayoría del Partido Progresista, sin embargo, y la segunda lamentables. Pocos dudaban de que su ciclo había acabado. Ni siquiera Villaverde se mostraba indeciso: solo había un camino, el relevo. A la hora de afrontar la necesaria renovación, depositó su confianza en Alvarellos: era joven y estaba preparado. Y Alvarellos se confió porque era joven y estaba preparado, pero no del todo, como se demostraría. Si tenía el apoyo del propio Villaverde, ¿de qué debía preocuparse? La falta de más aspirantes lo convertía en el sucesor inevitable. Nadie salvo él podría suceder al veterano líder. Ahí estuvo el error: no vio la trama. Villaverde, que había empeñado su palabra tantas veces, conspiró para que las familias del partido apoyasen que se sucediese a sí mismo. Sin margen para la reacción, Alvarellos solo pudo sobrellevar la traición y poner buena cara. Consumada la tercera derrota electoral de Villaverde, no esperó un minuto —él mismo lo contaba, orgulloso— y «esa noche le corté la cabeza». Había aprendido a esperar y con gran habilidad, en unas pocas horas, reunió los apoyos necesarios en torno al cuchillo. Semanas después se convirtió en el líder más joven y sagaz que tuvieron nunca los conservadores, y su primera derrota electoral, cuatro años después, por pocos votos, lo

preparó para su gran victoria, semanas atrás.

Los años a su lado le habían enseñado a Claudia Aibar que las ilusiones se dejaban siempre para el final, cuando no quedaba nada más, por si, después de todo, no había ilusiones. No conocer cómo era podía llevar al desencanto. Ella había pasado por eso hacía años, en la época de la facultad, y había resultado toda una lección de vida, imposible de olvidar. Conocerlo bien, y quererlo así pese a todo, le había hecho pasar magníficos días a su lado y proporcionado cierta esperanza en el futuro. Le gustaba mantener con él secretos que solo ellos conocían, aunque a veces esos secretos le causasen dolor. Formaban una sociedad íntima, sabían que se tendrían el uno al otro siempre, precisamente porque un día hubo ilusiones, y también ilusiones rotas, que los condujeron a una amistad duradera.

La cena sería informal, pese a lo cual eligió un vestido blanco de Valentino. Un poco antes de las siete, cuando ya se pintaba los labios, sonó el timbre del portal. Era David Picaso. Su relación con él también se construía sobre las viejas ilusiones, otro tipo de ilusiones. Se habían conocido en los tiempos en que David cosechó cierto éxito musical y ella fue la abogada que lo liberó de sus compromisos con su discográfica, antes de abandonar la música para siempre.

Le abrió y acabó de retocarse ante el espejo del recibidor. Después abrió la puerta del piso y lo esperó en el umbral. Escuchó cómo subía el ascensor, cómo se detenía, cómo salía. David llevaba uno de sus habituales trajes oscuros, entallados, con corbata estrecha. No existían *dealers* así, que sirviesen la droga en casa con su elegancia. «Una buena cocaína merece un buen traje», decía a menudo, a modo de lema.

—Vestida para matar —comentó al verla apoyada en el marco de la puerta, con los tobillos cruzados, descalza, y aquel vestido, que casi salía del choque del mar contra las rocas. Al lado de la puerta había unos zapatos de tacón y suela roja de Christian Louboutin. Aguardaban, firmes, a que llegase su minuto, sintiéndose las estrellas de la noche.

David intentó adivinar la música que sonaba.

—Churchill —respondió Aibar mientras se alejaba hacia el mueble de las bebidas y preparaba dos dry martinis. David dejó la droga sobre la mesa, dentro de un pequeño sobre, igual que el que usaban las floristerías para guardar los mensajes de los ramos.

—¿Y si la probamos?

—Es martes; y yo no me drogo los martes... Aunque, por otra parte, pensándolo bien, yo nunca llevo a rajatabla mis normas. —Sacó su propia droga y vertió un poco sobre la mesa de cristal del salón. Extrajo su American Express de la cartera y dispuso dos rayas en unos pocos segundos de vértigo.

—¿Alguna cita especial? —preguntó David ante la mezcla de vestido, cocaína y dry martinis.

—Cena en la Moncloa

—Me lo figuraba.

—Ah, ¿sí?

—Eres una buena clienta, pero tengo más.

—El placer es una búsqueda universal —filosofó.

Después hablaron con frivolidad de algunos de los invitados a la residencia del presidente y también de algún que otro ministro, reduciendo las vidas a un invento verdadero. A la hora precisa en que sintieron ganas de preparar otra raya, aceptaron que era el momento de despedirse y dejarlo.

Aibar llevaba ocho años consumiendo cocaína. No se prometía a sí misma dejarlo, pues ese instante en que los consumidores ven rondar su vida al borde del abismo todavía no había llegado para ella, o eso creía. Le gustaba demasiado y todavía no sufría la culpa que legaban las pérdidas, pues nada había perdido que la abrasase en algún arrepentimiento. Creía, como en alguna hora todos los consumidores que un día lo perdieron todo, que, antes de que una amenaza así se cerniese sobre ella, sabría apartarse a tiempo. Meterse un gramo una vez a la semana, dos si la semana prometía, porque creía en los placeres artificiales, era un riesgo que consideraba bajo control. En su especial pulso con la vida, que tantas veces le había doblado el brazo, la exageración del placer se volvía un refugio contra el miedo a sufrir. La vida en su familia era un asunto que se escapaba de las manos, pasaba rápido y al final dejaba dramas dibujados. Su padre había muerto a los cuarenta y cinco años, su tío a los cuarenta y dos, su abuelo a los cuarenta y nueve, y su abuela cuando nació su padre, al poco de dar a luz. ¿Cómo no temerla y a la vez esforzarse en vivir al máximo, por si acaso? No era supersticiosa, pero le costaba poco esfuerzo temer que quizá la pauta se repitiese. A menudo se prometía no pasar sin pena ni gloria por los días. Quería vivir y sentir el vértigo de la vida, atravesándola por el medio, arrollándola, con total desprecio por los días anodinos. Por otra parte, mantenía la fe en que a veces

no había una sola pauta, y en su caso la alentaba el hecho de que su madre, a los cincuenta y nueve años, gozaba de una salud perfecta.

El coche enviado por Presidencia la recogió a las ocho. El conductor resultó ser un señor hablador. Llevaba quince años conduciendo para «la casa». Antes había sido taxista. Como resultado de hablar mucho, le contó que hacía algunos años, a las cuatro de la madrugada, había recibido una llamada de un club nocturno para recoger a un cliente.

—El dueño del local y yo teníamos un acuerdo. —Le hablaba a la pasajera a través del espejo interior.

Aibar agradeció que no lo explicase todo.

Cuando el taxista llegó al local y aparcó, dos empleados sacaron a un hombre bien vestido que apenas se mantenía de pie, lo metieron en el asiento de atrás y le dieron una dirección. El trayecto duró media hora, todo ese tiempo, el conductor fue preguntándose quién demonios era aquel pasajero que le sonaba tanto. Al final, despacio, muy despacio, el cliente se incorporó y le preguntó cuánto le debía. Su voz sonó a fanático de la vida real.

—Entonces caí en la cuenta de que se trataba del ministro de Defensa.

Aibar sonrió con la distancia del tiempo. El conductor, pensó, era muy hablador, sí, pero había preservado el nombre del ministro de Defensa.

Era la primera vez que pisaba la Moncloa. Le pareció un lugar familiar pero lejano; no inhóspito, aunque sí ajeno, privado en alguna medida de existencia, o con una existencia meramente fotográfica, y alguien que viviese demasiado tiempo allí podría acabar diluyéndose hasta volverse un fantasma corriente. Lo había visto mil veces en televisión, y en la prensa, y, pese a ello, ahora que lo tenía ante ella, sospechaba que existía por referencias que se perdían de ese modo inevitable en que se acaban los cigarros entre los dedos. Pese a todo, la sensación de estar allí, y sentir el suelo bajo los zapatos, y notar el grosor de las paredes, resultaba agradable.

Lo primero que oyó al entrar fueron los perros de Alvarellos. Le ladraban a ella. Odiaba esos animales. Le tenían manía. Jamás habían logrado entenderse. La mujer del presidente los llamó por su nombre desde alguna habitación de la vivienda y los animales desaparecieron a la carrera, a semejanza de hombres asustadizos.

Una empleada la acompañó al salón, donde Aibar advirtió algo muy familiar. Todo a su alrededor estaba tan recargado, dejaban tan poco espacio a la vista los muebles, los cuadros, las cortinas, que no existían apenas

diferencias entre la vieja casa y esta. Le hizo gracia. Esos ejercicios de fidelidad al pasado se constataban en muchas familias y, si todo seguía cierta pauta, lentamente se iban desgastando de generación en generación, hasta extinguirse del todo. Aunque a menudo el mal gusto se heredaba. Apreciaba a Leonora Mur, pese a lo que había ocurrido en el pasado, pero consideraba que su estilo vivía profundamente equivocado.

El destino le dio la razón al advertir la presencia de la famosa zorra disecada en uno de los muebles. La conocía bien. Era un símbolo familiar, por desgracia. Aibar odiaba los animales disecados como se odia planchar camisas, o se odia a una madre, o el cárdigan, o cuando alguien se lima las uñas al lado de uno, o simplemente igual que se odian los botones o los paraguas. Las batallas más ensangrentadas y románticas se libraban no tanto contra otras personas como contra objetos aborrecibles, casi humanos. Una lámpara horrorosa, un cuadro que pintó tu madre, una alfombra, la zorra disecada.

No se explicaba cómo habían podido llevarse aquel horror a la residencia oficial, por donde antes o después pasarían los principales jefes de Estado del mundo. ¡Repararían en la zorra! Quizá fuese un acierto y, cada vez que alguien preguntase de dónde salía aquel animal, Alvarellos tuviese una historia familiar que contar. En el fondo, puede que la historia fuese bella, admitía Aibar. Aquella zorra no estaba con Alvarellos porque se tratase de una pieza hermosísima, sino porque la había disecado con sus propias manos uno de sus tíos, que había sido sargento del Ejército y que, pese a ignorarlo todo sobre la taxidermia, poseía amor por el conocimiento. Eso era la zorra, una lenta ascensión hacia lo que no se sabía. Representó un empeño cerril disecarla. Todo, al fin y al cabo, estaba en los libros.

Por fin apareció Alvarellos. Necesitado de no perder un solo segundo, le propuso visitar el búnker del edificio y mantener una conversación rápida —«espero que rápida», precisó— entre muros de tres metros de espesor. La condujo por pasillos y después por túneles, a los que el tiempo y la geopolítica habían proporcionado un aspecto absurdo y trasnochado.

—Todo esto —señaló a los muros— me incomoda especialmente, no sé por qué. Si fuese posible, haría que los tirasen. En su lugar haría construir una bolera, es lo que hizo Richard Nixon en el sótano de la Casa Blanca. Hoy en día, creo que es una infraestructura más útil que un búnker.

—Pero tú no has jugado nunca a los bolos; no desde que te conozco.

—No, pero... ¿y qué más da? Debe de ser bonito. Visto ahora, es la clase de deporte del que me habría gustado ser un apasionado. Los bolos.

—Tal vez debieses conformarte con una buena mesa de billar. En la facultad te gustaba jugar.

—El billar ha caído en una inevitable decadencia. Ni yo podría hacer nada por él.

Aibar no tardó en perder la noción del espacio. Tantos pasillos y giros consiguieron desorientarla. Sus tacones sonaban como disparos en el espacio exterior, donde nadie podría oírlos. Tomaron un montacargas. Un hombre que los acompañaba un par de metros por delante empujó una puerta pesadísima con el hombro.

—Llegamos.

Ante sí vieron una especie de biblioteca y archivo, cuyo olor, como de lata de conserva por dentro, delataba que allí se entraba poco. Alvarellos cerró la puerta y se quedaron a solas.

Aibar estudió las estanterías, llenas de aburridos lomos, casi todos con el mismo diseño. Le habría parecido normal, y surrealista, que todos fuesen el mismo libro, cedido por alguna editorial para llenar las paredes y proporcionarles aspecto de biblioteca.

El presidente del Gobierno se apoyó en la larga mesa de reuniones que había en el centro de la sala, pero sin llegar a sentarse. Quería estar solo un poco cómodo, ni sentado ni de pie. Cruzó los brazos en el pecho.

—Hace algunos días intenté recordar dónde estábamos cuando hablamos por primera vez y después en qué sitio tuvimos nuestra primera gran discusión, y dónde estuvimos otras veces en las que nos pasaron cosas importantes juntos. Por eso te he traído aquí, para que en el futuro, cuando pensemos en el día de hoy, nos haga gracia recordar que todo esto pasó en el búnker de la Moncloa.

—¿Y qué pasó?

—Quiero que presidas Caja Nacional. Necesito a la persona en quien más confío, que sé que nunca me fallará, en este puesto. Podría hacerte ministra, pero los ministros van y vienen, pasan. No soportaría tener que cesarte, llegado el caso. Los ministros están atados, aunque ellos no lo crean, y yo quiero que te sientas libre. En la caja tendrás más margen y, desde luego, mucho más poder.

Ella levantó las cejas, pero no dijo nada. Alvarellos era siempre tan directo,

y quería siempre que los demás reaccionasen del mismo modo, que aguantó las ganas de decir sí. Aquel hombre, y aquel tono suyo, sugería siempre que la seducción no sería nunca un asunto liviano, cuestión de atractivo, sino de refriega.

—¿Estarías dispuesta a asumir ese puesto? Se trataría de subir un peldaño: el último.

Aibar sonrió enmascaradamente y asintió tan despacio que era imposible que Alvarellos lo advirtiese. Pero él la conocía y no necesitaba advertir nada. Sabía qué pensaba y que no querría desaprovechar una oportunidad así. Estaba preparada para responder enseguida, y, sin embargo, antes miró sus Christian Louboutin de suela roja. Elevó la puntera del zapato derecho. Alvarellos también inclinó la cabeza. Después, cegados por la clase de seducción, que hacía reverdecer el pasado, quedaron frente a frente, mirándose como dos recién conocidos. Equivalió a verse la cara reflejada en la del otro. Entonces, por fin Aibar emitió señales inequívocas, propias de una mujer con respuestas y certidumbres. Alvarellos tradujo la señal, escrita en un idioma que lentamente se había ido perdiendo en el tiempo. De hecho, la felicidad de Aibar sobrevino en aquel gesto con el que pretendía enmascararla, porque así era la felicidad, capaz de manifestarse en la oscuridad, a ciegas.

—Pero no va a ser nada sencillo —vaticinó.

—Bueno. Solozábal ofrecerá resistencia, pero ya es una culebra sin cabeza, aunque no lo sepa. Sus aliados lo dejarán poco a poco solo, aunque tampoco eso lo sepa.

—No hace ni seis meses que el consejo le renovó la confianza en su cargo.

—Nadie lo recuerda. A veces el pasado no pasó. La gente recordará lo que nosotros digamos.

Por momentos, la luz que iluminaba el búnker, blanquísima, contribuía a no ver.

—Esa caja es un caos, te necesito de presidenta —dijo Alvarellos, empezando desde el principio—. Quiero que mimes desde el primer minuto la política económica que voy a impulsar. Tenemos que ir de la mano. Seréis la vanguardia. Lo que hagáis vosotros será lo que haga el resto de entidades más adelante. Niza está ultimando un plan de crecimiento económico, necesitamos que fluya el crédito. Vamos a liberalizar el suelo para que resulte más sencillo construir viviendas, que a su vez resulte más

sencillo comprar. El sueño del español ha sido siempre tener una casa. Si un español quiere una casa, hay que darle el dinero con que comprarla. Una deuda siempre genera vínculos.

Alvarellos gastó solo unas pocas frases más en desgranar el futuro. Iría llegando, y quizá entonces habría más frases.

Aibar reiteró su predicción. No veía claro cómo alcanzar la presidencia sin desembocar en una guerra interna.

—Los consejeros designados por el Partido Conservador le retirarán el apoyo a Solozábal cuando yo lo ordene. Hoy pueden parecer consejeros leales al presidente, pero mañana no.

Ella cruzó los brazos y sus pechos se juntaron un poco más, como un mañana que aún no pasó.

—Necesitaremos once votos para destituirlo y al menos catorce para nombrarme a mí.

—Solo tienes que conseguir el apoyo de los nacionalistas catalanes, Nueva Izquierda y el sindicato Fuerza. Eso solo te costará dinero. Ahí tienes tu presidencia —anunció Alvarellos.

—¿Y el Partido Progresista?

—Con esos no basta el dinero: antes o después se arrepienten de sus malas acciones. Olvidémonos de ellos. Tenemos mucho más que ofrecer al resto de consejeros. No tienen otra cosa, así que aceptarán hablar de cifras a secas; quizá para disimular harán que hablan de cifras y ética. —Se separó de la mesa. Se bajó las mangas de la camisa. Espió las piernas de Claudia, que de repente le dio la espalda para pensar mejor. Hacía mucho tiempo que se conocían y se pusieron de acuerdo en un intercambio de silencios, al principio largos e imprecisos y a continuación más breves.

—De acuerdo, intentémoslo. —Irradió entusiasmo, incluso un poder futuro. Bien podía resultar, después de observar la vida durante todos aquellos años, que la felicidad fuese efímera, o que le guardase rencor. Convenía atraparla en el aire. Siempre había creído que era peligroso, terriblemente peligroso, ignorar que la felicidad estaba en el ambiente y que solo se diferenciaba de la tristeza en un brazo estirado.

Dejaron atrás el búnker. Alvarellos la acompañó en un rápido recorrido por la parte menos conocida de la Moncloa. Le mostró la colección de pintura y el pequeño museo de horrores al que iban a parar la mayor parte de los regalos institucionales. Después regresaron a la vivienda propiamente, otra

vez siguiendo pasadizos y desérticos pasillos que no olían a nada. Pronto comenzarían a llegar los invitados a la cena, dijo el presidente mirando el reloj. Aibar volvió a oír los ladridos a lo lejos.

En el salón, se encontró a Niza sosteniendo un vaso con whisky.

—Me he servido yo mismo, para sobrellevar la soledad.

Alvarellos consultó su reloj otra vez, mitad tranquilo, mitad inquieto.

—Sí, ya sé que es temprano —se justificó Niza al advertir el movimiento del presidente—. Me he adelantado un poco a la hora precisamente para estar solo y combatir la soledad despacio. Y, de paso, para reencontrarme con esa zorra. —Señaló hacia la estantería con la mano con la que agarraba el whisky—. No estaba convencido de que superase la dura prueba de una mudanza a la Moncloa.

—Ah, sí.

La zorra siempre avivaba las conversaciones, pero Alvarellos se la sacó de encima con monosílabos. Fue directo a lo que le interesaba.

—He mantenido una fructífera charla con Claudia sobre Caja Nacional.

—¡Oh, magnífico! Se avecinan tiempos emocionantes.

A Aibar, desde su felicidad acallada, en reposo, le bastaron dos segundos para ser consciente de que había sido cautivada no tanto por un hombre con un encanto de hierro, llamado Alvarellos, que también, como por una época. Supo que en aquel instante, y allí, comenzaba algo, y que ellos y solo ellos eran los dueños de ese nuevo mundo.

En pocos minutos la Moncloa se llenó de caras familiares, antiguos compañeros, viejos tiempos, que de repente volvían a ser nuevos, jóvenes, quizá prósperos. Con paciencia, el futuro los había reunido y el ambiente estaba otra vez lleno de promesas. Había ministros, periodistas amigos, magistrados, banqueros y algunos de los empresarios que habían sonado con tanta insistencia en los días previos a la formación de gobierno, que al no estar entre los nuevos ministros empezó a sospecharse que era porque Alvarellos les había reservado puestos más relevantes. Todos compartían un pasado común, horas juntos en la facultad, o el instituto, o en las sagas familiares que se entrecruzaban ya en generaciones anteriores, cuando los padres eran socios, o amigos, y a sus hijos el futuro les deparaba un vínculo heredado.

Siguieron llegando invitados y, en mitad de aquel desbordante remolino, Aibar se vio a sí misma desde muy arriba, pensando en el nuevo mundo que a

esas horas se abría paso. Se acordó del asombro de su padre, al que seguía echando de menos todos los días, cuando ella le contaba cómo imaginaba el futuro. Había hecho un largo camino, en el que había conocido el dolor, el temor a las cosas sabidas.

Niza le puso una mano encima de los hombros.

—Disfrutemos. Habrá muchos días de estos.

Ensimismada en una alegría a la que intentaba acostumbrarse, ella experimentó la sensación de formar al fin parte de un sueño de juventud, según el cual estaba investida de las fuerzas que manejaban un país.

A las tres de la mañana la Moncloa se quedó en silencio. Aibar fue de las últimas en despedirse. Rehusó un par de propuestas para continuar aquella fiesta en algún otro sitio. Sintió miedo a poner en riesgo la frágil belleza de aquella noche. Regresó a casa con el mismo conductor que la había llevado. Como si la hora le afectase, o adivinase su felicidad, y la delicadeza de esa pompa flotante, permaneció en silencio todo el trayecto. Cuando entró en el ascensor, escuchó el tono de un mensaje en su teléfono. Apostó consigo misma a que era Alvarellós. Era Zúñiga. El mensaje decía: «Zorra».

SIETE

Llovía sin ganas, con cierta empatía. Horacio Varela miró la hora en el reloj de la farmacia de guardia, junto a la cruz verde, que se encendía y apagaba. Eran exactamente las 3.43 horas, en color rojo. Recogió los calmantes para su mujer a través del torno y se fue. En ese momento no había un alma en la calle. La oscuridad era sucia y adversa. Al llegar al paso de peatones, se detuvo, el semáforo estaba en rojo. No había coches, ni gente, estaba él solo, pero no cruzó. Lo habría hecho en cinco o seis pasos. Se quedó muy quieto, atendiendo al monólogo de la lluvia. En eso se advertía la presencia del poder coercitivo de las ficciones. Cuando el semáforo pasó a verde, ya había otros peatones y dos taxis detenidos aguardando a su propio semáforo en verde. Apuró el paso todo lo que pudo, que no fue mucho. Cojeaba desde las tres de la mañana del día anterior, cuando se levantó en la oscuridad, descalzo, y lo sorprendió una pata de la cama. Al fin avistó los jardines de la plaza Conde del Valle de Suchil, donde vivía, en un séptimo.

Su mujer estaba en la cama despierta, pero no demasiado espabilada, casi dormida. Horacio encendió la lámpara de pie del pasillo y, con el haz de luz que entraba por la puerta del dormitorio, a medio cerrar, o a medio abrir, se sentó a su lado y le ofreció un vaso de agua y uno de los calmantes.

—Me duele menos —dijo Alicia, por su brazo—. No tenías que haber ido a la farmacia.

—Está ahí al lado, no ha sido para tanto. —Le retiró el pelo de la cara.

Alicia pasó la mentira por alto por falta de ganas de hablar y llevar la contraria. Era tardísimo. Se metió la pastilla en la boca, bebió y, llevando la cabeza hacia atrás, en un movimiento violento, ingirió el calmante. Después, la cama la tragó poco a poco, a semejanza de unas tierras movedizas.

Horacio había perdido todo interés por desvestirse y acostarse. En solo unas horas tendría que abrir el bar. Salió del dormitorio hacia la cocina. No

supo qué hacer y se inventó que tenía un poco de hambre. Se trataba de otra ficción, y no pudo pasar de pelar una mandarina. No sabía a nada. Se dijo, con cierta ironía, que algún día habría que inventar de nuevo la fruta con sabor a fruta. Era la clase de reto al alcance del hombre. Después de todo, esa fruta ya había existido en el pasado. Sería una revolución. Por ahora, lo normal consistía en que la fruta no supiese a nada. Algunos días sabía a otra cosa. Recordó que hacía una semana había comprado media docena de kiwis. Tenían aspecto de kiwis, precio de kiwis, y sabían a jarabe. Aunque eso no era nada. No hace mucho merendó una pera que sabía a manzana, que a su vez sabía a plátano, que a su vez no sabía a nada. La fruta moderna era inescrutable. Resultaba casi normal que si una tarde comías una naranja que sabía a naranja, creyeses que vivías tiempos extraños.

Dejó pasar el tiempo. Barajó la idea inesperada de escribir una carta a su hijo Enzo. Hacía dos años que había regresado a Uruguay. Se habían enfadado y desde entonces no habían vuelto a hablarse. Enzo había roto con todos, con él, con su madre, con su hermana Estrella. De Pascuas a Ramos lo llamaba un amigo, de los pocos con los que guardaba contacto después de exiliarse en España, que le venía con el cuento de que había visto a Enzo por una calle de Montevideo o una playa de Punta del Este. Si bien la marcha de un hijo no se superaba, Horacio la sobrellevaba mejor que su mujer, a la que la ruptura le había legado una tristeza perpetua. Cuando se dio cuenta, se preguntó a qué sitio iba a dirigir la carta, en caso de escribirla. Ni siquiera sabía en qué ciudad vivía.

A las siete de la mañana salió hacia El Negro Jefe. Seguía lloviendo sin ansias. La gente estiraba el brazo fuera del paraguas para asegurarse de que no había parado. Alguien tocó el claxon cuando pasó al lado de Horacio, que solo tuvo tiempo de volverse y ver la trasera de un Seat Ibiza rojo mezclado con la noche. La luz del día todavía se estaba fabricando. Los paraguas chocaban entre sí. Él siguió cojeando, cogiéndole el gusto. Estaba en esa edad, los sesenta y tres años, en la que se necesitaban achaques para sobrevivir. Siempre decía que la felicidad total no tenía futuro. Las molestias crónicas garantizaban cierta continuidad.

Al levantar la persiana del bar, le llegó un olor nauseabundo. Supuso que algo iba mal. Entre sus pocas cualidades intactas se encontraba precisamente el olfato. Cuando abrió la puerta, vio que una capa de agua negra de varios centímetros cubría el suelo. Al encender la luz, descubrió las heces y el papel

higiénico flotando. Resopló y se pasó una mano por el cabello, de delante hacia atrás. Pensó que algunos días, los menos indicados, no se podía abrir un armario sin que se te viniese encima un cadáver. Paralizado ante aquel desastre, verificó hasta qué punto ya no tenía entusiasmo en las venas. En otra época se habría puesto manos a la obra enseguida, escupiendo en una palma y después en la otra. Ahora, en cambio, se recreó ante la tristeza.

—Bueno, vamos allá —dijo al fin.

Avanzó a través del agua y las heces. Había cierta normalidad en sus movimientos, pese a todo, como si la travesía fuese una metáfora y le recordase demasiado a la vida, y no pudiese horrorizarse por ello. El sueño de Alicia y Horacio era hacerse viejos rápidamente y, al jubilarse, traspasar el local para poco a poco hacerse jóvenes y disfrutar con sus ahorros sin recordar demasiado el pasado. En el fondo, aquel desastre representaba una fase más hacia el cumplimiento de sus sueños. Ahora solo cabía arreglar el estropicio y quizá pensar que el día empezaría a mejorar rápidamente hasta que llegase la noche, cuando la jornada se volvería perfecta, en su butaca del estadio, viendo al Madrid y cenando un bocadillo en el descanso del partido.

Telefoneó a uno de sus empleados para que adelantase su llegada y le echase una mano. Entretanto se calzó las botas de goma y con una bomba empezó a achicar el agua. Solo treinta minutos después, apareció François, que trabajaba en el bar los sábados y domingos. Les llevó hora y media dejar el local otra vez impecable. Por suerte, los sábados la ciudad se reconstruía despacio y apenas se notó que abrieron con un ligero retraso. A Horacio Varela lo inundó la extraña sensación de estar participando en una alegoría sobre el desmoronamiento del individuo. Volvió a casa, a solo cinco minutos, para darse una ducha rápida.

Alicia lo llamó desde la cama.

—¿Qué haces aquí?

Él le explicó que el desagüe había vuelto a atascarse, aunque ya estaba arreglado. Delante de ella procuraba quitar hierro a los problemas, hasta volverlos incidencias o simples corrientes de aire.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó mientras buscaba ropa limpia en el armario, sin encender la luz.

—Me duele todo el tiempo, pero mucho menos —respondió sin atisbo de malestar. Eso lo había aprendido de sus padres y de sus abuelos. En su casa nunca había sensación de infortunio. Ella había heredado esa actitud vital,

aunque con la emigración a Madrid había aprendido a quejarse de vez en cuando, para disimular. Pero, en general, su dolor la volvía una mujer silenciosa.

—Duérmete, amor —le rogó él, al que en la oscuridad se le oyó ponerse los zapatos. El sueño le parecía la mejor cura que existía contra todo. Si dormías, era porque algo iba bien. Ahora que estaba jubilada, después de que el año pasado la Seguridad Social hubiese aprobado su pensión por invalidez, él insistía siempre en que durmiese hasta tarde.

Le preocupaba el dolor que la martirizaba desde hacía semanas. Horacio sabía que le dolía porque ella repetía que aguantaba el dolor perfectamente. A veces parecía que no distinguiese un padecimiento de un placer. Pero lo cierto era que ni siquiera podía elevar el brazo por encima del hombro. Algunas mañanas le pesaba lo que una barra de hierro. El médico de cabecera le había recetado analgésicos que apenas la aliviaban.

Horacio se inclinó para darle un beso. Le acarició el cabello. Olía a dormida, pero resultaba agradable. La besó una segunda vez antes de irse, aunque ella ya no fue consciente.

Las calles empezaban a agitarse. Al llegar a El Negro Jefe, se detuvo en el vano de la puerta a contemplar las vistas. Respiró hondo, tal vez convencido de que existía el aire puro, pero en su lugar olía a lejía.

—¿Todo bien?

François sonrió con cierta pasión por el trabajo, lo que en parte era verdad. Había llegado a España hacía algunos meses con una beca Erasmus para estudiar Matemáticas en la Complutense. Acabó en Madrid atraído por los orígenes españoles de su padre, un crítico de cine que trabajaba para *Le Monde* y *Cahiers du Cinéma*. Una tarde salió a pasear y se cruzó con El Negro Jefe. Era tan antiguo y común que le resultó irreal. Entró a husmear y el idilio fue casi automático. En el fondo, François vio fantasmas reunidos, que se divertían con juegos de fantasmas y mataban las horas con conversaciones de fantasmas. Algunos clientes parecían llevar allí años sin interrupción, incluso vidas. Reparó en el cartel de la entrada —buscaban camarero con experiencia— y al día siguiente regresó con un currículum. Dos semanas después, por casualidad, François le salvó la vida a Horacio en un paso de peatones, cuando cruzó sin mirar. Le pasaba a menudo, por su tendencia al despiste. Nunca había estado, sin embargo, tan cerca de morir aplastado por un autobús. Cuando se repuso del susto, François empezó a

resultarle una cara familiar y acabó dándole un trabajo durante los fines de semana.

El primer cliente del sábado fue un joven que entró a por tabaco. Arrastraba los pies, llevaba la camisa por fuera y su peinado había caído en una decadencia que recordaba a un ejército derrotado camino de casa. Dijo «buenos días» en alto y se dirigió a la máquina. Al irse dijo «adiós», con menos entusiasmo, mientras retiraba el precinto a la cajetilla y lo tiraba al suelo. Fumar debía de constituir, al alcanzar cierto umbral, un gesto de vida o muerte, pensó Horacio al verlo desaparecer.

No tardó en llegar al fin un cliente habitual. Se trataba de una policía local que finalizaba turno. Saludó normal y claro. Cuando acababa el turno de noche en la Unidad de Distrito de la Policía Municipal en la plaza de la Luna, bajaba andando hasta su casa, en la plaza de España. Puesto que le quedaba de paso, se detenía siempre en el bar a desayunar.

—¿Una noche tranquila?

—Pst. Dos vándalos pintaron un «Alvarellos al paredón» en el palacio de la Puerta del Sol —respondió la policía con más ganas de desayunar que de hablar.

—¿Ninguna incidencia más destacada?

—Un pequeño tiroteo.

Horacio dejó caer los codos sobre la barra y estudió su tatuaje. En su mano izquierda se veía la lengua de una anaconda que desaparecía bajo la manga del uniforme. Se suponía que avanzaba brazo arriba, seguía por la espalda y se enroscaba por una pierna. Es decir, Horacio suponía. Ella había sido más bien enigmática a la hora de hablar alguna vez del tatuaje.

—Cuenta.

—No hay tanto que contar. Un robo en la tienda de un chino en Lavapiés, sin víctimas, solo un tiro al aire. Para llevarse sesenta y dos euros con setenta céntimos.

—No existen los trabajos fáciles —dijo François desde el fondo de la barra, con pretensiones de filósofo—. No hay nada más aburrido que ser uno de esos chinos que están todo el día sentados detrás del mostrador, mirando la televisión en un ordenador. Y, sin embargo, a ese pudieron pegarle un tiro.

Horacio se quedó en silencio y en parte desencantado. También pensaba que él era un hombre afortunado por lo feliz que resultaba muchas veces el aburrimiento que se respiraba en su local. Evitaba muchas sorpresas, casi

siempre desagradables. No se valoraba la tranquilidad de un bar en el que nunca había amontonamientos, ni grandes consumiciones, hasta que uno leía en el suelto de un periódico que en una cafetería habían entrado a robar o que en mitad de la noche, en una discoteca, se había producido una pelea multitudinaria. Miraba a su alrededor, y sí, solo encontraba un puñado de historias errantes. Pero eran las mejores. No atraían a la gente peligrosa, con armas. El Negro Jefe vivía cómodamente instalado en los días sin futuro, su futuro, en todo caso, era el pasado, su clientela aún acudía a jugar al dominó, o a las cartas, o a ver el fútbol sentados al revés, con el pecho y los brazos apoyados en el respaldo de la silla. Al menos allí había algo sagrado, que era más de lo que podían decir muchos locales. Sí, era un hombre afortunado, de hecho, conocía más bares tranquilos, igual que el suyo, en los que nunca pasaba nada, y habían cerrado. Pensó en el restaurante Alaska, a solo unas pocas calles de allí. Llevaba cuarenta años abierto. Él y Alicia iban a cenar muchos domingos. De pronto, la semana pasada, sin previo aviso, los dueños cerraron las puertas para siempre. Allí dentro quedaron atrapadas miles de pequeñas historias, ingenuos recuerdos, incluso la fórmula secreta de la salsa Alaska, que tanto éxito había cosechado y que siempre se había mantenido en secreto. Todo eso, de pronto, equivalía a su inexistencia. Ningún cliente pudo pasar a despedirse, como en los funerales, porque no hubo funeral. No quedó un resquicio por el que decir «adiós» o «chao». Puro capitalismo, con sus éxitos, sus bancarrotas y su vuelta a empezar. Cuando transcurrieron unos días del cierre, Horacio fue a pagar unos zapatos que había dejado a arreglar y, al abrir la cartera, descubrió el *ticket* de su última cena en el Alaska. Él había tomado un sándwich habanero y Alicia, un sándwich Alaska. Por inercia, lo había conservado, y ese gesto inútil había querido que el tique sobreviviese al restaurante.

Sí, tenía motivos para sentirse un hombre afortunado por ser dueño de un modesto bar, pero vivo. Hartas de la vida que llevaban, aburrida, y que se sabían de memoria, ¿qué personas no soñaban que la cambiaban de un día para otro? Muchas, seguramente. Él no. Las rutinas, tan sabidas, le proporcionaban comodidad, tal vez le producían cierta melancolía, pero ¿qué había de malo en la melancolía? Había dejado atrás la edad de sentir el impulso de hacer las maletas y dejar este sitio para siempre, en busca del sueño de vivir lejos y empezar de nuevo. Simplemente, un día pensó, o ni siquiera lo pensó, sino que lo dio por hecho, que quizá los grandes cambios,

las otras vidas, se agazapaban sobre el ejercicio constante de los cambios pequeños, que generaban efectos ópticos. Eso ya era algo. Por ejemplo, un día sustituías el televisor, o comprabas un traje nuevo, o asistías a una boda, o cambiabas el colchón, o descolgabas un cuadro, o ponías una lámpara donde solo había una bombilla.

La normalidad del sábado se fue imponiendo poco a poco, como una dictadura del tiempo. Era ya imposible recordar el accidente de la mañana. Habían transcurrido demasiados segundos. A partir del mediodía, parecía otro sábado. Horacio al fin pudo dedicarse a pensar en el partido de esa noche. Una hora antes dejaría el bar en manos de François y se iría en metro al estadio. Se esperaba un ambiente tenso después de la destitución del entrenador. Horacio militaba en el sector de socios crítico con Riezu, así que estaba preparado para silbar al palco antes de empezar.

Pero, inesperadamente, en mitad de la tarde, sonó el teléfono y era su hija Estrella. Le pareció rarísimo. Tuvo otro mal presentimiento, después del de la mañana, al abrir el bar.

—Hola. ¿Qué tal, papá?

—Bien, ¿qué ha pasado?

Silencio.

—Me voy a divorciar. He dejado a Martín. Pero ya os contaré mañana. Iré a comer a casa. Estoy de maravilla.

OCHO

El director entró en la redacción y la cruzó a pasos largos, como si pretendiese demostrar cuánto medía un metro exactamente. Saludaba taciturno y en silencio, con un asentimiento insatisfecho de cabeza que se parecía en realidad a pequeños adioses. Juan Gervais tenía una mancha horrible en la camisa, y quizá no existiese nada en el mundo que lo pusiese tan nervioso como una mancha, nada menos que una mancha en una parte visible de la camisa, la clase de prenda que según él marcaba la diferencia entre los hombres y los animales, que quizá algún día, dependiendo del tipo de animal, serían capaces de vestir un jersey, o un pantalón vaquero, y seguramente unos calcetines, pero nunca una camisa. Caminó con determinación hacia su despacho para cambiarse. En el fondo, esa mancha era un problema serio. Cerró de un portazo, que produjo una corriente de aire que movió de sitio varios papeles. En un armario, disimulado tras dos puertas de espejo, nunca había menos de veinte camisas y otras tantas corbatas, muchas sin estrenar. En su teoría no se podía hacer periodismo y menos aún dirigir un periódico, con una camisa sucia o demasiado arrugada, o incluso mal combinada. Existían códigos. Él mantenía que un periodista debía honrar su oficio con un buen vestuario, para casarse, si era preciso, con la información. Examinó las opciones y eligió una camisa de color azul claro. El alivio fue instantáneo. Aquella mancha había estado molestándolo toda la mañana. No era muy distinto a caminar con un zapato desatado. No se sentía cómodo sabiendo que estaba allí. Se miró en el espejo de arriba abajo.

Se sentó y notó su mente más lúcida y ligera. Con el cambio de camisa se había quitado tres kilos de golpe. Ahora podía reflexionar más cómodamente sobre el desayuno que acababa de mantener con César Riezu. Definitivamente, se le presentó clara la idea de que era el gran vencedor de las elecciones. Iba a ganar tanto dinero, calculó Gervais, que tendría que

pedir a una pitonisa que adivinase cuánto tenía.

La relación entre el periodista y el empresario venía de lejos. En algún momento, cuando el director de *Tiempo* necesitó invertir cierto dinero, el presidente de VHS le había sugerido dónde. A su vez, Gervais podía ser muy útil a los intereses del empresario, a cambio de parecer su azote de vez en cuando, para disimular. De hecho, durante el desayuno, Riezu aireó su malestar con una observación que había aparecido en una pequeña nota del periódico, a propósito de su manera de presidir el Madrid. Gervais no sabía a qué se refería. Uno de sus redactores, al parecer, había deslizado que la directiva «disfrutaba devorando entrenadores». A Riezu no le había gustado nada esa sucesión de verbos. «Tal vez ha llegado el momento de que lo sustituyas», sugirió. Gervais restó importancia al comentario echándose a reír y subrayando que realmente devoraban entrenadores: tres en los últimos cinco años. «Cesamos y contratamos. Libre mercado. ¿Ahora estás en contra del libre mercado y de la magia del sistema de precios?», indicó muy serio el presidente del Madrid.

Pero ni Gervais ni César Riezu habían quedado para hablar de fútbol. Retomaban sin más el hábito de reunirse al menos una vez al mes, interrumpido por la campaña electoral y todo lo que vino tras la victoria de Alvarellos. Les gustaba verse en el Ritz. Esa mañana habían quedado a las ocho y media. Llegaron apenas con cinco minutos de diferencia. Primero lo hizo Riezu. Nadie reparó en él cuando entró. Sabía llegar a los sitios sin que se advirtiese, dentro de su gabardina y detrás de sus gafas oscuras, grandes y pesadas. Sus zapatos no hablaban. Los magnates aprendían a hacer ese tipo de cosas, moverse imitando a fantasmas. A él lo ayudaban unos rasgos que pertenecían a muchas otras personas. En cierto modo, era todas esas otras personas a la vez, comunes y corrientes, que en el Ritz nadie reconocía. En cambio, Gervais ignoraba cómo ir a una cita sin hacerse notar. Era su especialidad: destacar a lo lejos.

Antes de intercambiar impresiones sobre el nuevo gobierno y las posibilidades que se abrían, Riezu quiso conocer la opinión de Gervais sobre el futuro del Partido Progresista. El día anterior su comité federal había acordado la convocatoria de un congreso extraordinario para elegir nuevo secretario general.

—¿Van a rehacerse?

El camarero sirvió los cafés y unas porras.

—El nuevo secretario general no va a tener muchas opciones de consolidarse. Nacerá con demasiada resistencia interna; lo matarán a la que puedan. Quizá el siguiente, o el próximo al siguiente pueda empezar a construir un proyecto con verdaderas aspiraciones, si tienen paciencia.

—Eso tal vez no sea nunca antes de diez años.

—Hasta ese día puedes hacer negocios pacíficamente.

—Por alguna razón los progresistas me odian. Yo me he limitado a hacerme rico, que es lo que debe procurar cualquier hombre. ¿Qué hay de malo en ello?

—Pero ahora mandan tus amigos. —Un Gervais risueño, jugando a consolar a Riezu por ser inmensamente rico en un mundo hostil, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de su silla.

La formación del Gobierno, ministro a ministro, los mantuvo entretenidos un buen rato, hasta que el director de *Tiempo* decidió dar otro rumbo al encuentro para dejar de escuchar opiniones.

—Corren rumores sobre una posible colaboración de VHS con OPS para aspirar a construir antes de quince años un canal en Nicaragua que una el Pacífico y el Atlántico. No les doy crédito, pero...

Riezu levantó la cabeza de la taza a cuyo contenido daba vueltas con un costumbrismo de otro siglo, bebió un sorbo de café y chasqueó la lengua con un malestar antiquísimo. A decir verdad, el escepticismo constituía un invento muy viejo.

—¿Y salvar doscientos setenta kilómetros de tierra firme? No hay nada de cierto en esa burrada. No nos interesa ni la colaboración con OPS ni el proyecto —respondió en un plural que se refería a él exclusivamente.

Gervais mojó la porra en el café. Como todas las tragedias, la suya llegó cuando estaba instalado en la felicidad: una gota salpicó su camisa y parte de su mundo se tambaleó. Aun así halló la determinación que solo vive en los caracteres irreductibles e hizo como que no le importaba, o mejor, como si no hubiese ocurrido.

—Esa colaboración podría dar pie a grandes sueños —ironizó.

—No hay que dejarse impresionar por el tamaño. De qué te vale ser grande, pongamos, si eres torpe. Las empresas han de ser ágiles, además de fuertes.

Gervais acabó su porra. No le impresionaban ciertas frases. Se limpió los labios con indiferencia, encaminada a que Riezu advirtiese que no se estaba

creyendo la frialdad con que negaba los rumores.

—Me consta que OPS está detrás de esos rumores absurdos. Mi teoría es que a ellos les interesa todo lo que los vincule con VHS. Enrique Hulet es perro viejo. Sé que está atravesando algunas dificultades, así que para él es bueno que se crea que podría establecer algún tipo de alianza con nosotros. No hay nada de cierto. Va a tener que superar sus dificultades en solitario. Por no hablar de que le vamos a asestar otro duro golpe.

—No te hagas de rogar. Nos ha costado dos meses y medio quedar para tomar este café con porras. Que parezca que ha merecido la pena esperar tanto.

Riezu sonrió como el dueño de todos los gestos.

—Todavía no es oficial.

—Cuando decís que todavía no es oficial, significa que solo falta un pequeño papel.

—Es posible.

—¿Entonces?

—¿Off de récord?

—Por supuesto —aseveró Gervais, espiando la mancha de la camisa.

—Vamos a construir el edificio más alto del mundo en Riad, que albergará uno de nuestros hoteles, entre otras cosas. Nuestra candidatura, con varias empresas saudíes, se ha impuesto, entre otras, a la de OPS. Estoy hablando de un proyecto con un presupuesto inicial de mil millones de euros.

Gervais se esforzó en no mostrarse impresionado.

Riezu experimentó una corriente de liviandad y empezó a hablar del efecto multiplicador que tendría para la proyección internacional de su emporio. Se trataba de un espaldarazo. Costaba imaginar qué podría venir después, pero siempre sería algo muy grande. El éxito se debía a una combinación de muy distintos factores.

—Nunca estaré lo bastante agradecido a Alvarellos.

—Explícate.

Poco antes de empezar la campaña electoral, Alvarellos viajó con él a Riad. En realidad, la monarquía saudí había solicitado su presencia. Todas las encuestas apuntaban a su victoria y los saudíes se mostraron muy interesados en conocerlo. Las amistades eran buenas para los negocios en todos los países. Ellos querían depositar su dinero en Europa y en España el Partido Conservador no paraba de decir que impulsaría la privatización de las

grandes empresas públicas. En Arabia ese proceso se interpretaba como una oportunidad. La conversación fue en esa dirección. Alvarellos les ofreció colaboración y ellos, en fin...

—Enrique Hulet no está al tanto de esto, entiendo —preguntó Gervais con una curiosidad casi triste.

—Naturalmente. El papel de Alvarellos es de máxima confidencialidad.

—Me refiero a si Hulet sabe que VHS construirá el rascacielos.

—Sospecho que aún no.

Gervais casi dijo algo.

—En un par de meses se hará público, cuando el Gobierno esté más consolidado y pueda capitalizar el anuncio.

La conversación fluyó un rato más, hasta que hablaron los relojes. Entonces, cada uno partió en una dirección. Gervais se dirigió al periódico, se cambió de camisa y presidió la primera reunión de redacción del día. El subdirector entró portando su aparatosa libreta de siempre, bajo el brazo, tal cual su lápida. Aguantó diez segundos antes de hacer un chiste con el ministro de Economía.

—Una semana y media en el cargo y acaba de decir que espera modificar al alza las previsiones de crecimiento. —Tenía un teletipo en la mano, caliente.

—Los ministros tienen que ser gente ambiciosa, que no se preocupa de las cosas que pasan, sino de los presagios —replicó Gervais.

El redactor jefe de nacional entró agitando unas fotografías. También parecían calientes.

—¿Qué tienes? —preguntó Gervais.

—Fotos del accidente de Huelva. Son duras, aviso.

El director las fue pasando sin inmutarse, sin chasquidos de lengua ni resoplidos. En sus manos parecían cartas de una baraja.

—Duras, pero buenas —constató el director—. Si publicamos esto, mañana al mediodía tendremos cien cartas al director poniendo el grito en el cielo y a diez suscriptores exigiendo que los demos de baja, porque prefieren irse a la competencia. Nuestra sensibilidad ha perdido grosor. ¿Recordáis cuando publicamos que habían descubierto un archivo fotográfico secreto de Mell Kilpatrick? Aquellas sí que eran fotos salvajes.

El director adjunto asintió mirando al vacío.

—Ese tío tenía acceso permanente a las frecuencias de radio de la policía

del condado de Orange de California y se presentaba en el lugar de los accidentes de automóvil antes incluso de que lo hiciese la propia policía. Había que tener un estómago muy duro para ver sus fotografías, pero no podía discutirse que eran buenísimas. Joder, eran los años cuarenta y cincuenta, y los norteamericanos estaban locos por los coches. Hace poco leí que al entrar en los sesenta ya había muerto un millón de estadounidenses en accidentes de tráfico. Entonces se publicaban aquellas fotos y no pasaba nada.

La reunión fue rápida, de trámite. Al finalizar, Gervais se quedó a solas con su subdirector y su director adjunto. Compartió algunas de las confidencias de Riezu.

—Volvemos a estar en buena sintonía con él. Por cierto, he estado pensando en que habría que realizar algunos cambios en deportes. No me convence el redactor del Madrid. Movedlo no sé a dónde. A tenis, por ejemplo.

Gervais ojeó de nuevo las fotos del accidente de Huelva. Después las apartó a un extremo de la mesa y se levantó. La reunión había finalizado. Se dirigió a su despacho y se descalzó. Se quedó en calcetines para hacer algunas llamadas. Al acabar, todavía descalzo, se dio un paseo por la redacción, para palpar el ambiente. Había metido en el bolsillo su pequeño transistor. Al primero que se encontró fue al corresponsal de la Moncloa.

—Bonitos calcetines —advirtió el redactor—. Mi hijo de cinco años tiene unos iguales.

—¿Cómo va ese libro?

La editorial Universo le había encargado una crónica de la llegada de Alvarellos a la Moncloa, que arrancase en las primeras elecciones a las que se presentó y que se detuviese en los meses anteriores al triunfo, qué pasó en ese tiempo, qué decisiones fueron más relevantes, cómo vivió el propio Alvarellos esos días y cómo se gestaron las primeras decisiones después de la investidura, en especial la formación de gobierno. El presidente había accedido a mantener una serie de entrevistas con él, a razón de un par de horas a la semana, para disponer de un relato en primera persona.

—Pensaba que iría más rápido.

—Trabaja por las noches.

—¿Y cuándo duermo?

—Duerme menos y échate la siesta.

El redactor se recordó a sí mismo que estaba hablando con el director y asintió.

—Me han dicho que Leonora Mur ha emprendido la contradecoración de la Moncloa. No hace ni seis meses que el anterior presidente cambió el mobiliario de arriba abajo.

—Le están dando la vuelta otra vez. Aún recuerdo que el propio Alvarellos habló de despilfarro de los recursos públicos cuando el anterior presidente ordenó las obras.

—Nosotros inventamos esa campaña —puntualizó con un dedo en alto Gervais—. Alvarellos simplemente se sumó a nuestra exclusiva. ¿Y se sabe en qué consiste esa decoración?

—A Mur le disgustan la sencillez y los espacios vacíos de los anteriores inquilinos, así que ha empezado a llenarlo todo de muebles auxiliares, cortinas, lámparas y blablablá. Ha dicho que, en las condiciones en que estaba, la residencia era inhabitable para una familia normal. Odia el minimalismo.

—Vaya —comentó el director—, una primera dama con horror al vacío. Es una pena, porque el gusto por el estilo recargado siempre ha representado la máxima expresión de la falta total de gusto. —Le dio un golpe cariñoso en la espalda al periodista y se marchó en dirección a su despacho. Los pies empezaban a enfriársele.

Casi a mediodía, preparado para salir a almorzar con su mujer, que estaba de cumpleaños, su secretaria le anunció una llamada del presidente de la Comunidad de Madrid.

—Dile que me acabo de morir.

La secretaria lanzó una mirada de secretaria.

—Pues invéntate una reunión. Explícale que estoy al teléfono con Alvarellos. Eso lo pondrá triste.

Gervais consideraba al presidente de la Comunidad de Madrid una estrella declinante y quizá pronto un cadáver. La historia había sido injusta con él al colocarlo entre dos figuras que brillaban demasiado, como Alvarellos y García-Frost. Empezaba a realizar llamadas telefónicas simplemente para hablar e iba diciendo por ahí que temía cambios en la cúpula de Caja Nacional. El caso era que Gervais estaba seguro de que Alvarellos lo aborrecía y haría todo lo posible para que no repitiese en el cargo.

A estas alturas el director de *Tiempo* ya no podía hacer nada por él. Era un

hombre apagado. Hasta cierto punto le daba lástima. No tenía ya nada que ofrecerle. Estaba amortizado y carecía de influencia.

Eran las dos y media. Gervais se calzó y salió del despacho a toda velocidad.

—Dice que lo intentará por la tarde —le recordó la secretaria.

—Con suerte tal vez me dé un infarto durante la comida.

NUEVE

Al otro lado de la puerta de cristal, en la que se leía Think & Fly en letras rojas, se veía una enorme recepción, muy diáfana, con un futbolín en medio. A la derecha del futbolín, sobre un suelo tan brillante que hacía pensar en un espejismo, había una pelota de baloncesto de la marca Molten. Morelli había tenido una, recordó, con la que practicó sin descanso hasta que la suplantó por el tabaco. Antes de decidirse a empujar la puerta y entrar, al fondo de la recepción aún vio un mostrador tras el cual conversaban dos mujeres vestidas de manera muy parecida, con resultados desiguales. Habrían podido confundirse si una no fuese muy alta, delgada, sin gafas, y la otra, bajita, más bien rellena, con gafas de pasta negra. A sus espaldas colgaba un gran cuadro, que a Morelli le pareció un Miró, sin género de dudas. Se trataba de la clase de artista ante el que los iniciados se sentían confiados, podían estar casi seguros de que era el autor de tal o cual cuadro. «Parece un Miró» era un estilo pictórico en sí mismo, aunque al final estuviese pintado por otro artista.

Supuso que fue con una de aquellas secretarias con la que había hablado el día anterior por teléfono. Pese a su insistencia —podía llegar a resultar muy pesado—, ella se había negado a pasarle con Francesc Mairal. Primero, con el pretexto de que estaba reunido y después con el de que había tenido que salir a toda prisa por cuestiones familiares. En periodismo se empleaba muchísimo tiempo persiguiendo a personas escasamente interesadas en hablar con periodistas. Esas pérdidas de tiempo resultaban imprescindibles para asentar la creencia de que el ejercicio de la profesión no era ni mucho menos fácil.

—Hola. Soy Nicola Morelli, del diario *Crónica*. Ayer creo que hablé con una de ustedes por teléfono. No sé...

—Conmigo —respondió enseguida la de pelo moreno, piel clara, mirada inhóspita, alta, voz suave, pero no mucho.

—He pensado que si llamaba otra vez hoy, acabarían tomándome por un

pesado, así que he preferido darme un paseo, venir en persona, saludarlas, saber si están bien. Y también me gustaría hablar con Francesc Mairal.

—En relación a qué asunto, por favor —preguntó sin ningún interés por el buen humor que mostraba Morelli.

Morelli se miró las botas y se pasó una mano por la cara. Llevaba tres días sin afeitarse, con la excusa de que había trabajado en un reportaje a contrarreloj, y, en circunstancias así, con el tiempo encima, uno sacrificaba su propia imagen en favor del periodismo. Suspiró con disimulo, lo suficiente para que se notase que suspiraba. Levantó la vista y humedeció los labios con la lengua.

—Estoy preparando un reportaje sobre la inmobiliaria Montfort. Me consta que Mairal ha trabajado con ella alguna vez. Su testimonio podría serme de enorme interés.

—El caso es que el señor Mairal no se encuentra en Madrid. Y no regresará hasta la próxima semana —dijo esta vez la secretaria de pelo rubio, mirada tímida, bajita, piel tosca.

Morelli sonrió de pronto de mal humor. Cuando algo no le hacía gracia, su gesto se volvía amable. Sabía que esto pasaría, sin embargo. Por eso precisamente había acudido, para que sucediese y que las secretarías adivinasen la frialdad de la antisonrisa. Cuando alguien no quería atender por teléfono a un periodista, significaba, en realidad, que no quería tampoco verlo delante. Su amigo, el funcionario de urbanismo, ya lo había advertido contra el aborrecimiento de Mairal hacia los medios de comunicación. Le gustaba el dinero y disfrutarlo con discreción, en cierto sentido como si no lo tuviese, así que también le gustaba la discreción. El éxito de su trabajo dependía en buena medida de mantenerse ajeno a la prensa.

—Hágale saber que mi investigación sigue adelante y que tengo previsto ampliarla para incluir al propio Mairal y a su exsocio en Think & Fly. — Morelli enfatizó «exsocio» y advirtió la lenta transformación de la cara de la secretaria—. Le dejo mi tarjeta, por si su jefe adelantase su regreso y estuviese interesado en llamarme. Adiós.

Había aprendido a hacer pasar la frustración por indiferencia. Si se hacía bien —para ello había que estar algunos años practicando—, deparaba resultados inesperados a favor de uno.

Salió del edificio. Se quedó un rato mirando la fachada de la torre Picasso. Lo había fiado todo a la estrategia, que, como todas las estrategias, quedaba

sometida a la espera.

Miró el reloj. En dos horas se encontraría con Ignacio Alcócer de Bermejo, exsocio de Mairal en Think & Fly. Ahora ni siquiera se hablaban, lo que jugaba a favor de Morelli. Un exsocio era siempre una fuente digna de escuchar. Sabías que te iba a mentir, pero si apartabas esas primeras patrañas empujadas por los viejos rencores y la venganza, creía Morelli, al final descubrirías que también te iba a decir la verdad.

Había llegado a Mairal y a Alcócer de Bermejo gracias a su excompañero, ahora funcionario y un pozo de información. Había tenido que retrasar la cita con él dos días, pero había valido la pena. Ahora ni siquiera le importaba que la cita hubiese sido en El Escorial. De entrada, sin embargo, lo había hecho resoplar.

Se encontraron en la cafetería del hotel NH, cerca del monasterio. A Morelli le costó reconocerlo, pues de pronto tenía ante sí a un hombre en pantalón de pinzas y zapatos de hebilla que usaba sombrero. Ese no era el estilo con el que lo recordaba. Se saludaron con una efusividad vieja. Se habían tenido aprecio, y Morelli reparó en que sujetaba una bolsa de papel, que disparó la imaginación del periodista en varias direcciones.

—Es mi novela —dijo su amigo y movió el brazo arriba y abajo, para sugerir que pesaba.

Morelli temió el imprevisto giro de los acontecimientos. Su amigo sacó el libro de la bolsa y se lo tendió.

—Así que eres escritor.

—Bueno, lo intento.

En la portada se veía a un perro tumbado sobre una alfombra en un salón con una chimenea y al lado del animal un par de piernas que no quedaba claro a quién pertenecían. El libro se titulaba *Filete poco hecho*. Morelli dudó si preguntar por el contenido. Se trataba de una pregunta tan lógica que a menudo parecía estúpida.

—Me gusta el título —dijo al final con la frase más pequeña posible—. ¿De qué va?

—Es autobiográfico —resumió en exceso.

Nico pensó que ahí se acababa la historia, no era mal colofón, aunque lo sumía en cierta melancolía, pues creía que no existía nada más soporífero — nada que se le ocurriese en ese instante— que leer sobre la vida de las personas a las que conocías.

Tomaron un café, hablaron de generalidades, tipo el trabajo o la muerte de su padre, y después salieron a caminar por el entorno del monasterio. Hacía frío, pero por fin lucía el sol. No estaban en condiciones de despreciar un horizonte así.

—He estado investigando esa empresa de la que me hablaste —dijo sin esperar a que el periodista sacase el tema.

—Montfort.

Morelli extrajo el paquete de tabaco del bolsillo, lo abrió y lo dirigió a su acompañante, que tomó uno. Usó su propio mechero, un antiguo *flipper* cilíndrico, recargable. Por alguna razón, admiraba el entusiasmo que debía de arder dentro de uno para dedicarse a recargar un mechero en lugar de tirarlo cuando se acaba y comprar uno nuevo.

—Empezó a operar hace cuatro años y medio en Madrid y Barcelona. Adquiere vivienda usada, a veces con más de sesenta o setenta años, pero siempre en buenas zonas. Después invierte grandes cantidades de dinero en su rehabilitación, convirtiendo los viejos pisos en pisos de lujo, con los mejores materiales y cuidando muchísimo los detalles. En Madrid han rehabilitado ya más de quince edificios. El destinatario final es siempre gente rica a la que le gusta comprar muy caro y experimentar el placer de sentirse exclusiva.

—No hay como hacer negocios con millonarios.

—Sí. Pero hasta reunirte con ellos hay que dar una serie de pasos previos, y esos son los más difíciles.

—Ya.

—Montfort, igual que cualquier negocio boyante, tiene dos caras. La más grata la ofrecen sus edificios terminados. He visto algunas fotos y te puedo asegurar que desearías no tener que salir nunca de casa. Realmente son extraordinarios. Pero cuando esos edificios todavía son viejos y están ocupados por sus antiguos inquilinos, Montfort recuerda mucho a una asociación criminal.

Morelli había sacado una libreta del bolsillo.

—Solo es para no olvidarme de las cosas, o confundirlas entre sí.

—Hace cinco años, en Malasaña, se fijaron en un edificio con grandes posibilidades. El barrio se encontraba ya en auge y el inmueble, en unas condiciones lamentables. El dueño estaba dispuesto a vender, pero había un obstáculo: una de las inquilinas era una señora mayor que había heredado de

su padre un contrato de renta antigua y que pagaba ciento cincuenta y dos euros de alquiler. Montfort llegó a un acuerdo con el propietario para la venta del edificio, siempre y cuando diesen con el modo de que la señora se fuese voluntariamente. Un día recibió la visita de una mujer y un hombre, elegantemente vestidos; eran dos técnicos de urbanismo. Le enseñaron su acreditación y estuvieron mirando todo el edificio y también su casa. Tomaron nota de las paredes abombadas, de la humedad, del plomo de los sanitarios, del suelo en mal estado... En fin, sacaron varios precintos y los colocaron en algunas partes de la vivienda. «Este edificio amenaza ruina —le dijeron—, corre peligro de derrumbe». Un par de días después apareció el dueño del inmueble, que le ofreció un piso en un edificio casi nuevo, en otra zona. La muy incauta le entregó el contrato indefinido y firmó uno nuevo, sin saber que era solo por cinco años. Casualmente, unos días más tarde apareció un técnico de urbanismo, que revisó la casa y advirtió su mal estado, pero en ningún caso ruinoso. «Pero sus compañeros me dijeron...», le explicó la inquilina. «¿Qué compañeros?», le preguntó el técnico. «¿No la habrán engañado?». En efecto, la habían engañado. Y lo había hecho Montfort. Esta es una de las muchas tácticas que emplean.

—¿Y en el Ayuntamiento lo saben?

—Este Ayuntamiento lo sabe todo, pero Montfort es intocable. Sus clientes finales son algunos de los millonarios más influyentes del mundo, con los que la alcaldesa come y viaja en sus jets privados para asistir a la ópera en Viena o al golf en Augusta. García-Frost vela por sus intereses. En la concejalía de Urbanismo todo el mundo sabe que las licencias que solicita Montfort tienen prioridad.

Una nube cubrió el sol durante unos segundos. Una familia con dos niños se bajó de un Nissan Qashqai y empezaron a gritar como parte de un juego. Un perro ladró a lo lejos. Un balón atravesó el camino. El sol se fue y regresó.

—Pero la clave de todo este proceso, además de Montfort, que ha encontrado un nicho de negocio muy próspero, es una segunda empresa, que actúa en la sombra. Una vez tienes el dinero para invertir en las viviendas usadas y después rehabilitarlas, todavía te falta encontrar a los compradores.

—Ahí entra en liza el intermediario —adivinó Morelli, mientras mataba un cigarro.

—Y no cualquiera. Necesitas al intermediario con la mejor agenda de

contactos de España. Se llama Francesc Mairal. Su abuelo fue ministro con Franco. Tiene una empresa, Think & Fly, que trabaja con las mejores inmobiliarias en la búsqueda de los clientes más exclusivos. Hace año y medio se separó de su socio, un tal Ignacio Alcócer de Bermejo.

Morelli había sacado más información en limpio de aquella reunión de la que esperaba. A cambio tendría que leerse una novela que quizá le amargase la semana, el mes, la vida entera.

Se alejó de la torre Picasso en busca de un taxi y se dirigió a Fuencarral. Al día siguiente era el cumpleaños de Inés y no tenía ni idea de qué regalarle. Encontrar el regalo para cada momento y persona representaba un esfuerzo que lo dejaba siempre para el arrastre. Unas veces el regalo era muy caro, otras muy barato, otras feo, otras no había talla, otras no quedaba en color azul, otras no quitaba el frío, otras parecía viejo, otras hacía el culo gordo, otras cogía pelo, otras soltaba pelos, otras era para verano... Al final se decidió por una pulsera. Inés no usaba pulseras, pero eso no lo disuadió de que la idea era buena. No recordaba haberle oído nunca decir, expresamente, que odiase las pulseras. Quizá no las usaba porque le daba pereza ponérselas y quitárselas para dormir o ducharse. Eso no significaba que no le gustasen. A él le daban pereza los tatuajes, por ejemplo, pero cuántas veces había barajado la idea de hacerse uno. No le importaría tatuarse algo en la espalda. No sabía el qué, y en parte esa ignorancia era lo que le había impedido estar ya tatuado. Eso, y la pereza.

Cuando se dio cuenta, era la hora de verse con Alcócer de Bermejo. Habían quedado en el Café de la Ópera, al lado del Teatro Real. Le pareció más o menos joven. Calculó que tendría cuarenta años, quizá treinta y ocho. Era alto y delgado, y exhibía uno de esos morenos típicos del mes de agosto, cuando has estado un mes tendido en la cubierta de un yate. Andaba mal de tiempo, pero fue amable y claro, hasta cierto punto.

Mairal había sido su mejor amigo desde los catorce años. Se conocieron en el instituto. Estudiaron en el extranjero y, cuando regresaron a España, montaron juntos su primera empresa.

—No nos fue bien y montamos la segunda, que tuvo éxito. Pero ahora no nos hablamos. Se acostó con mi novia una noche de borrachera. No me pareció bien.

Morelli se limitó a asentir con tibieza. En general, aunque transcurriese mucho tiempo, la gente siempre vivía estos episodios desafortunados como

una tragedia, en lugar de como una comedia.

La infidelidad de su novia, pese a la gravedad, no fue la gota que colmó el vaso.

—Sus líos empezaban a darme demasiados quebraderos de cabeza. Tuvimos un problema serio con una urbanización. Se trataba de un refugio para directivos y potentados. El proyecto incluía hoteles, villas, apartamentos, campo de golf, centros deportivos, piscinas... En fin, algo grande. El complejo contaba con un presupuesto estratosférico, del que una parte ya se había invertido cuando una sentencia judicial paralizó las obras. Yo nunca había visto claro el proyecto.

Alcócer bebió su cerveza de tres tragos. Pidió otra, mientras relataba que existían informes que desaconsejaban inmiscuirse en esa mediación. Pero su socio insistía y se salió con la suya. Consiguieron captar a directivos de los bancos más prestigiosos de Europa y Estados Unidos para adquirir viviendas de medio millón de euros. Las autoridades políticas los apoyaban al tiempo que los jueces cortaban sus ambiciones. Y mientras, ellos seguían colocando vivienda.

—En los negocios también se trata de ganar tiempo, son cosas que se aprenden enseguida. Huir hacia delante —resumió—. El trabajo de Think & Fly era convencer a los compradores de que no habría ningún problema. Pero tres años después el Supremo también decretó que la urbanización era ilegal. Ahí, yo me fui sin más. Mi relación profesional y personal con Mairal se rompió.

—Háblame de Montfort, ¿puedes?

—Su fórmula es infalible. Sus socios tienen dinero, sus clientes tienen más dinero todavía y los intermediarios entre socios y clientes obtienen beneficios de ambos. No veo problema en admitir que en Think & Fly ganamos mucho dinero con algunas de las promociones de Montfort, y si Francesc no insiste en meterse en líos, seguirá ganándolo en solitario.

—¿Hasta dónde llegan los contactos de Mairal?

—Muy arriba. Hasta donde él quiera. Es un hijo de puta avaro, indeseable y desleal, pero hay que admitir que su agenda es impresionante.

—¿Cuánto es muy arriba?

—¿Muy arriba? Muy arriba son jefes de Estado y, si es necesario, la lista de los millonarios de Forbes.

—Palabras gordas.

—¿A que sí?

—A lo mejor nunca debiste separarte de él.

—Tengo el dinero que preciso y sé dónde hay más.

—¿Sabías que Montfort practica el acoso inmobiliario para conseguir a menor coste los edificios que después rehabilita?

—No he trabajado en Montfort y por tanto no conozco a qué se dedicaba todo el tiempo que no estaba haciendo negocios con nosotros.

—Tal vez habías oído algo. Madrid es muy grande, pero la gente habla.

—He oído muchas cosas. Y no digo que no sean ciertas. Pero tendría que presuponerlas, y eso es perjudicial para los negocios. En lo tocante a la relación con Montfort, Think & Fly se atuvo a la legalidad y diría que casi a la ética.

—¿Quién está detrás de Montfort?

—Cuatro o cinco socios.

—No me refería al número.

—Supongo. Si quieres saber los nombres, debes preguntar por ellos directamente en Montfort.

—De hecho, ya he quedado con su responsable.

—O simplemente puedes acudir al registro mercantil.

El periodista intuyó que había alcanzado ese punto en el que no podía excavar más. La información que se reservaba Alcócer era aquella con la que seguramente todavía podría hacer negocios.

Morelli llegó al periódico antes de lo habitual para acabar de escribir un reportaje sobre los vertederos de Madrid. Cuando se presentó en la redacción, se encontró con una compañera de la sección de moda. Durante una época habían flirteado en alguna cena, incluso en algún tiempo muerto en la redacción, aunque sin llegar a ninguna parte.

—Tengo una historia para ti.

—No me digas. —Ella lo miró con hastío, cansada tal vez de haber oído demasiadas veces «tengo una historia para ti».

Morelli le contó por encima su investigación, hasta llegar a la parte en la que, dos semanas atrás, sentado en una terraza de la plaza de la Independencia, vio salir de un garaje un Porsche Cayenne Turbo S de color negro.

—Al principio no reparé en los ocupantes, pero el vehículo se detuvo en el semáforo, y yo me levanté y me puse a cruzar la calle por el paso de

peatones. ¿Y sabes qué? Al volante iba el presidente del Madrid y a su lado la diseñadora que va a presentar su nueva colección en la semana de la moda de París.

—¿No?!

DIEZ

Alas tres de la mañana y unos pocos minutos sonó el teléfono de casa, bajo una gran oscuridad que se pegaba a todos los rincones. Horacio y Alicia dormían, pero atronó durante tanto tiempo que él se despertó, y lo hizo aturdido. A duras penas sabía dónde se encontraba. Despertar era una operación frágil, sometida a ciertas delicadezas. Al principio escuchó un sonido, y solo al cabo de unos segundos se dio cuenta de que era el teléfono y que estaba en su casa, que debía de llevar horas, si no años, sonando en una soledad total, como las olas que golpean en acantilados inaccesibles. Se levantó despacio para no molestar a su mujer y, al salir del dormitorio, aceleró el paso. Intentó imaginar qué clase de mala noticia iban a comunicarle. ¿Sería una muerte, un accidente grave, un infarto? Y ¿de quién? ¿Le habría pasado algo a Estrella? ¿Tal vez se trataba del bar, que estaba ardiendo? ¿Podría ser Enzo, que llamaba en horario uruguayo?

Cuando descolgó, con el corazón ya en la boca, expulsado, no había nadie al otro lado. Se oyó un largo piii, desolador. Esperó unos minutos sentado ante el aparador, por si volvían a llamar. Pensó que sería una urgencia y que insistirían. Cabía la posibilidad de que se hubiesen equivocado. No sería tan extraño. Él mismo se confundía de vez en cuando al marcar. Solo hacía medio año había llamado a casa de un viejo conocido, con el que llevaba tiempo sin hablar, porque le habían dicho que tenía que operarse de una hernia, y quiso tranquilizarlo, porque también él había pasado por eso. Lo saludó con un «Hola, Ramón», al que Ramón correspondió con un «¿Cómo estás?», y a partir de ahí Horacio le contó cómo iban las cosas por el bar, por el que hacía tanto que no iba, aunque no era un reproche, y después, sin solución de continuidad, le habló del día que pasó por el quirófano, cómo había estado soñando que moriría en la operación, y por esa razón escribió su testamento, hasta que de pronto Ramón lo detuvo. «¿Seguro que tú y yo nos

conocemos? ¿Por qué Ramón preguntas?». Horacio respondió que «Ramón, el carnicero». Aquel Ramón trabajaba en el área de control de transporte metropolitano. Era otro Ramón, claramente. Horacio se disculpó y colgó, y durante un buen rato se quedó pensando y preguntándose qué posibilidades había de llamar a un amigo que se llamaba Ramón, que te equivocases al marcar, pero que cogiese el teléfono un señor que también se llamaba Ramón, de voz muy parecida. Pocas, poquísimas, casi ninguna, menos ese día.

Esa noche el teléfono no volvió a sonar y sintió cierto alivio. A cambio, ya no tenía sueño. Se podría meter en la cama, pero de ningún modo dormiría, sino que daría vueltas sin parar hasta lograr despertar a Alicia. Por suerte para él, se echó sobre el sofá del salón y encendió la tele, y a los pocos minutos se durmió.

Por la mañana se duchó, desayunó y se vistió para ir a resolver algunas cuestiones en su sucursal de Caja Nacional.

—Ponte la chaqueta nueva —le pidió Alicia.

Varela, que se había puesto una vieja, regresó al armario y sacó la chaqueta nueva, adjetivo con el que su mujer calificaba una prenda que había comprado hacía dos años.

—Y tú —dijo mientras la vestía ante el espejo— no olvides la cita del médico.

—Cómo lo voy a olvidar, si el dolor de brazo es un despertador que está sonando todo el día.

Lo que sonó fue el timbre de la puerta.

Horacio pegó el ojo a la mirilla.

—Es tu hija, no hace falta que espíes.

Estrella empujaba dos maletas.

—Tranquilos, son las últimas.

—Estamos muy contentos de que vuelvas —dijo desde la cocina su madre.

—Sí, vamos a estar todos muy bien. —Consultó el reloj Horacio—. Es tardísimo, tengo que irme.

En la calle no llovía de milagro. Apuró el paso, queriendo llegar rápido e irse todavía más aprisa, porque le había pedido a François el favor de reemplazarlo un par de horas en El Negro Jefe. También quería acabar rápido porque la visita no resultaría cómoda.

Camino de la sucursal, reparó en una mujer menuda que se bajó de un taxi.

Las pulseras le tintineaban en los brazos, delgadísimos. Hacía años que no la veía, pero la reconoció al instante, era una antigua clienta. Frecuentó El Negro Jefe durante algunos meses. No hablaba demasiado y un día dejó de ir. Los bares ganaban y perdían clientes así, inesperadamente, y nunca llegaba a conocerse el porqué. Se puso a pensar cómo algunas personas entraban y salían de la vida de uno por azares caprichosos, obstinados. Su particular memoria le permitía recordar caras que a lo mejor solo había visto una vez, de paso en el bar, o aguardando en la estación de metro, o en el asiento de un autobús, sentada enfrente, porque le llamó la atención que tuviese entre las manos un libro que también él había leído. Algunos días entraba a Hacienda y reconocía a un funcionario al que le había puesto un café un sábado, o iba al supermercado y en la cola, justo delante de él, veía a la mujer que había entrado a por una botella de agua para su hijo pequeño, que iba en un carrito. Podría citar decenas de ejemplos: el equipo de baloncesto juvenil con el que coincidió en un parque, mientras se comían un bocadillo antes de subirse a un autobús, los viejos que entraron a El Negro Jefe y que solo querían mear, o el periodista que buscaba cualquier sitio para hacer una entrevista.

Al llegar a la sucursal, agradeció que su yerno estuviese ocupado con otro cliente. Mientras esperaba, pudo repasar un poco más qué iba a decirle, aunque a la hora de la verdad todo eso se le olvidaría y no sabría en absoluto qué decir. Las nuevas circunstancias familiares le generaban ansiedad. ¿Debía comportarse con normalidad, casi temeridad, y obviar que iba a divorciarse de Estrella? ¿No se sentirían un poco raros, incluso un poco idiotas, cerrando los ojos hasta ese extremo? No le agradaba hacerse el tonto a su edad y a lo mejor tampoco sabía. Quizá debiese empezar por sentarse y preguntar cómo se encontraba, y fijar desde el principio las nuevas reglas de su relación, que en lo sucesivo sería profesional. Eran adultos, la vida seguía, los negocios no se detenían.

Horacio había dispuesto de diez días para hacerse a la idea del divorcio. Para su propia sorpresa, acabó por encontrarlo normal, algo estadístico, que en algún momento sucedía en todas las familias. La suya no era más especial que otras. Cosa distinta era que Horacio sospechase que sucedería algo así. En su inocencia, creía que Estrella y Martín formaban un matrimonio próspero, más o menos feliz, pero al cabo los padres siempre se llevaban sorpresas con sus hijos... y con cualquiera, porque al final las personas nunca eran lo que aparentaban ser.

Cuando Estrella apareció en casa con la primera de las maletas, Horacio se sumió en un estado de desconcierto. Acudió al trabajo normalmente; al fin y al cabo, no había muerto nadie, nadie padecía una enfermedad terminal, ni iba a perder su patrimonio. Después del impacto inicial, lo invadió una dudosa paz, que cuando pensaba en ella lo ponía nervioso. A la dosis de desgarró que implicaba el divorcio, en su caso se sumaba el simple —menos simple de lo que parecía— contratiempo de los negocios. Martín administraba sus ahorros. Uno no conocía todos los días a alguien en el que pudiese confiar estos asuntos sensibles, por así decir. No se sabía hasta qué punto importaba tener a alguien de esas características a mano, en quien delegar ciertas intimidades, hasta que se perdía. En parte temía la nueva situación por eso. ¿Cómo iba a reaccionar Martín? ¿Y si lo repudiaba? ¿Y si la separación se extendía a la familia entera y lo personal afectaba a lo que no lo era?

Hacía ya diez años que Martín gestionaba el dinero de Varela. Equivalía a otro matrimonio. Estrella puso énfasis en que Martín seguía siendo su amigo, y que ya no estuviesen enamorados no significaba que no se tuviesen un gran cariño y respeto, extensible al resto de la familia. Palabras, palabras, palabras, pensaba Varela. En lo tocante a los asuntos de su padre, insistía su hija, este podía —y debía— seguir confiando en Martín. Después de todo, le había ido bien. A eso se aferró Horacio para tranquilizarse cuando Martín le pidió que entrase en el despacho.

Advirtió enseguida que en la mesa seguía el portarretratos con la foto de Estrella. Fue lo primero en que se fijó. Quizá, pensó, Martín estaba tan familiarizado con el paisaje del escritorio que ni percibió que seguía allí. Existía una clase de objetos que, a fuerza de verlos a todas horas, ya no se veían, a menos que un día faltasen, y entonces sí se descubría un gran espacio en blanco.

Se acomodaron en las sillas y durante algunos minutos se refugiaron en una conversación caótica sobre el tiempo y el frío, que empezaba a suavizar. No se refutaron ni cuando hablaron del Gobierno, en el caso de Martín con una admiración notabilísima, si bien no extraña: al juicio de Horacio, su yerno era un neoliberal ejemplar, tal vez sin remedio. No se ahorró calificativos halagadores con el ministro de Economía, cuyos vínculos con la banca de inversión, en la que había cosechado grandes éxitos, abrían importantes perspectivas a la economía. También hablaron del Madrid, e

incluso de una misión no tripulada a Marte que esos días era noticia y que no pretendía explorar ese planeta, sino conocer mejor el origen de la Tierra, lo que les hizo reír, porque resultaba que había que desplazarse lejísimos, casi al futuro, para conseguir trasladarse muy atrás, al pasado total, donde comenzó todo. Para poner la guinda a aquel encuentro surrealista, Martín le contó que tenía hormigas en casa y que estaba dispuesto a creer que cualquier gran conflicto empezaba así: primero una hormiga, o una mosca, o un elefante, y después algo más grande, y un día una hecatombe. Hacía unos días había advertido que una de ellas avanzaba por el brazo del sofá. Formó una catapulta con los dedos y la apartó de su vista con un golpe seco, pero no letal. No debió perdonarle la vida, porque partió a buscar a sus amigas, y un día después se produjo el ataque, hileras perfectas de hormigas recorrían la casa en un orden que lo hizo enloquecer. No lo desquiciaron los bichitos, más bien su colocación, la armonía. Cuando salió a buscar algún producto corrosivo, debajo del fregadero solo encontró un abrillantador de muebles. No las mató, pero al menos rompieron filas. Creía que volverían.

Pero entonces Horacio constató que a los sesenta y tres años en su caso y Martín tal vez a los treinta y cinco se habían puesto a hacer el tonto, que era todo lo que no quería. Por qué no se hablaban con franqueza, de cosas que les afectaban de verdad, en lugar de distraerse en asuntos lejanos, como las misiones aeroespaciales, o minúsculos, como las hormigas.

Brevemente, pues la sutileza era tacto, pero también velocidad para sobrevolar algunos temas, Horacio le hizo saber que lamentaba el final que había tenido su matrimonio con Estrella y que, para que no hubiese equívocos, él no iba a meterse donde no lo llamaban.

—Por lo que a mí respecta, tú sigues siendo el mismo, nada ha cambiado. Confío en ti y me gustaría que pudieses decir lo mismo de mí.

Martín evidenció un alivio instantáneo, las facciones de su cara se relajaron, se ensancharon sus pulmones, su corazón adquirió pausa.

—No sabes el peso que me quitas de encima, Horacio. Desde que te vi entrar por la puerta me he estado preguntando qué iba a pasar. Qué respiro. No me llegaba la camisa al cuerpo. Mira. —Se abrió la chaqueta y le mostró cómo sudaba.

—Los negocios son los negocios, ¿verdad? —bromeó Varela, al que la relajación comenzaba a darle calor. Se quitó la chaqueta nueva, ya casi vieja, y la dobló sobre sus piernas.

Frente a él, Martín disimulaba a duras penas —corrigiendo el nudo ya impecable de la corbata u ordenando el orden ya imperante en la mesa— la inquietud ante las explicaciones que Estrella hubiese podido trasladar a sus padres del fin de su relación. Se trataba de una inquietud no exenta de curiosidad. En todo caso, agradeció a Horacio que se mantuviese al margen de su relación y también que, pese a ella, le renovase su confianza. Era muy consciente de la importancia que él daba a sus ahorros. Había trabajado muy duro toda su vida y aspiraba a disfrutar de una jubilación lo más despreocupada posible, en la que no dejasen de cumplir algunos sueños porque no tuviesen dinero. Le producía pavor que Alicia se viese desamparada por cualquier motivo. Ella había hecho frente a tantos o más sacrificios, juntos habían renunciado a algunos años de felicidad para labrar aquel colchón que Martín gestionaba. Horacio nunca lo decía, pero le horrorizaba la idea de morir antes que Alicia. No quería que a ella le faltase de nada, y si podía encargarse de ello personalmente, mejor.

Cada mes, salvo imponderables, se reunía con Martín y valoraban el estado y la evolución de algunas de sus inversiones. En realidad, la mayor parte de su dinero permanecía en una cuenta a plazo, segura, pero había otra que se movía en el mercado de valores. Horacio no era un inversor que asumiese riesgos y Martín evitaba siempre las volatilidades. Ese mes acordaron dejarlo todo tal cual. El cambio de gobierno había desbocado el optimismo en casi todos los sectores y prefirieron esperar a que la confusión estuviese más clara.

A las diez y media se despidieron. El encuentro resultó terapéutico. Habían puesto claridad sobre una situación que producía congoja. Al salir de la sucursal, Horacio se dirigió al bar dando un rodeo, para meditar mientras caminaba. A medida que se alejaba de la sucursal más pensaba, sin embargo, en Martín. Ahora le llamaba la atención lo delgado que lo había encontrado; sus ojos, agrandados por el efecto de la flacidez del rostro, irradiaban una mirada dispersa, que no conseguía atrapar los objetos o las vidas en movimiento. No transmitía mal aspecto; en realidad, quizá desamparo. Imaginó que si de algún modo consiguiese asomarse a su interior por una mirilla, divisaría un lugar frío, inesperadamente al norte, lúgubre. En condiciones favorables ya nunca había sido una persona locuaz, alegre, con iniciativas. Algunos días, por azar, descorchaba cierto sentido del humor, pero solo cabía atribuirlo a un milagro doméstico. Deseó que Martín

encontrase la fuerza necesaria para sobreponerse a una separación. Quiso extraer la conclusión de que había decenas de separaciones cada día y la vida continuaba. Nadie quedaba a la deriva, más allá de una época pasajera, tras la ruptura de su matrimonio. A menudo equivalía a una mala noticia que, conforme la tristeza se aliviaba, convenía. Con el tiempo y la celeridad de la vida moderna, las noticias tristes se amortiguaban, incluso dejaban de ser tristes. Antes o después, el matrimonio engrosaría un pasado remoto, concluyó a medida que se acercaba a El Negro Jefe. Más a menudo de lo que uno sospechaba, lo ocurrido entraba en la categoría de lo inventado.

Cuando llegó al bar, eran las once. Aclarar su situación con Martín le había infundido una gran claridad de ideas y su espíritu alardeaba de un ímpetu desacostumbrado en las últimas fechas. El ruido del bar lo apuntaló. Casi al mismo tiempo que él llegaron su hija y su mujer.

—¿Qué tal en el médico? —preguntó.

—Me ha recetado antiinflamatorios. —Alicia sacó del bolso la caja con el medicamento, dispuesta a tomar la primera dosis allí mismo.

—¿Más antiinflamatorios?

—Dice que el dolor puede deberse a un trastorno circulatorio. A veces los vasos sanguíneos pierden elasticidad y pueden estrecharse, y por eso le duele —explicó Estrella.

—Los vasos sanguíneos —repitió Horacio, que no podía estar más decepcionado—. ¿Y nada más?

Su mujer se encogió de hombros, como si desconociese qué más podía haber hecho el médico para aliviarle el dolor.

—A lo mejor deberíamos ir a un médico privado.

Alicia resopló.

ONCE

El insomnio lo acorraló. Era un terror diario, mudo, que lo desesperaba, hasta que un día decidió que le daba igual dormir que no. Al final, la decisión no estaba en sus manos. Cuando los insomnios se encadenaban entre sí, uno aprendía a adivinar su presencia antes de que llegase. Esa noche, sin embargo, por un momento Riezu avivó la esperanza del sueño, agotado. Había volado de Madrid a Múnich y de Múnich a casa en pocas horas, con desesperantes reuniones y esperas de por medio. No podría contar las veces que había descolgado el teléfono. ¿Quizá cuarenta? Para su placidez final, el día había sido de lo más provechoso, al menos hasta la llamada de Alvarellos a las once y media de la noche, que dio al traste con la posibilidad de dormir sin preocupaciones sobre su cabeza.

El presidente tenía la voz ronca, como si hubiese estado gritando a todos sus subalternos durante horas y después hubiese bebido algo frío, con mucho hielo.

—Con ese vozarrón es imposible dar buenas noticias —dijo Riezu preparándose para lo peor.

—Tu fatalismo me da alergia de piel.

—Casi nadie me llama a las once y media de la noche para anunciarme que he ganado diez millones de euros.

—Acabo de hablar con el príncipe Al Rajhi; ha sido una conversación no muy larga y bastante amable, en la que lo importante me parece que ha sido aquello de lo que no hemos hablado. ¿Sabes cuando alguien no te está diciendo algo y, sin embargo, ese algo está presente todo el tiempo? En fin, desde siempre lo que no se dice en política es indefectiblemente lo esencial.

—Pero ¿tenemos un problema o no tenemos un problema? Sí, sé cuando alguien no te dice algo.

—Podríamos tener un problema, aunque creo que está en nuestras manos

esquivarlo. Los saudíes se han descolgado con una petición de última hora para cerrar el proyecto, algo extemporánea.

—Pero el proyecto está cerrado y firmado.

—Sí, es cierto. ¿Pero te fías de una monarquía absoluta? Al Rajhi no me ha dicho que el acuerdo peligrase. Ni siquiera lo ha mencionado. En diplomacia hay cosas que no se dicen, se adivinan. En un tono de lo más amistoso me ha pedido que interceda para que el Madrid juegue en Arabia Saudí durante el mes de agosto, cuando todavía no ha empezado la temporada, contra el Manchester United. Pagarían cien millones de euros, a repartir entre los dos clubs.

Medió un silencio que arrancaba consigo las hojas de los calendarios, produciendo el efecto del paso rápido de los años.

—¿Estás ahí? —preguntó Alvarellos.

—Si llevo al equipo a Arabia Saudí, se me va a echar medio mundo encima.

—No hay que exagerar. Te criticarán los que te critican siempre, hagas lo que hagas. Habría que preparar el terreno, ponderar esos cincuenta millones de euros, anunciar que se emplearían en fichar al mejor jugador del mundo y al más guapo.

—Y en agosto, además. ¿Tú sabes cuál es la temperatura media en Arabia Saudí? ¿Cincuenta grados? ¿Más, menos?

—No tengo ni idea. Hará mucho calor, seguro. Pero sería uno de esos partidos de temporada en los que ni siquiera hay que correr.

—Y no es solo el calor. ¡Arabia Saudí! Las mujeres no pueden salir de casa sin permiso de sus maridos. Y les está prohibido conducir. Por no hablar de que si eres homosexual, pueden condenarte a la pena de muerte. ¿Vamos a llevar ahí al Madrid?

—¿Pero es que ahora somos la maldita Human Rights Watch? No te oí alegar esa suerte de excusas cuando aspirabas a construir el rascacielos y colocar en él uno de tus hoteles, así que no dramaticemos. Hay que actuar con pragmatismo. Piensa que vas a hacer un negocio irrepetible y de paso el Gobierno se va a apuntar un tanto al mes y medio de tomar posesión. Sinceramente, creo que el Madrid puede ponerse al servicio de algo más importante que el fútbol.

Otro silencio tenue, como de televisión recién apagada, pasó ante ellos, mirándolos.

—¿Qué crees que pasará si rechazamos una idea tan descabellada?

—Francamente, es imposible saberlo. Hablamos de una monarquía multimillonaria, caprichosa, que, efectivamente, te puede fusilar si eres marica. Quién sabe. Imagino que podrían hacer una bola de papel con el contrato del rascacielos y metérselo por el culo.

La mujer de Riezu atravesó el salón camino de la cocina. Hizo que sostenía un vaso de agua invisible en la mano y bebía.

—Tal vez —titubeó Riezu siguiéndola con la vista— sea mejor no correr riesgos.

—Hay mucho dinero en juego.

—Miles de millones.

—El madridismo lo entenderá. Yo soy el primer madridista que lo entiende. Me gusta que mi equipo gane cincuenta millones de euros por jugar en el desierto.

—¿Ves como no tenías buenas noticias? Me estoy empezando a poner nervioso con este asunto. No quiero sustos. Solo quiero que esos señores de sotana blanca salgan a decir que construiremos el edificio más alto del mundo y que dentro estará mi hotel. ¿Hay que llevar al Madrid a jugar un partido a cincuenta grados centígrados? Lo llevo, no hay problema.

—En ese caso, el ministro de Exteriores saudí estará esperando tu llamada por la mañana.

Cuando su mujer regresó de la cocina, Riezu estudiaba la noche de Madrid casi a oscuras. Se había despedido de Alvarellos y se agarraba las manos a la espalda, por temor a un naufragio.

—¿Todo bien?

—Sí. Era Alvarellos.

—Vente a la cama.

Se lavó los dientes e hizo el último pis del día sentado. No tenía ganas de acostarse y se entretuvo con el diccionario de la RAE. Todos los días, desde hacía ocho años, leía en el baño media docena de entradas antes de acostarse. Inexplicablemente, lo relajaba. Cuando empezó a notar que se le adormecía una pierna, se fue a la cama. Se metió dentro con los pies fríos y poco a poco se aclimató. Encendió la radio. Entonces, el insomnio le lanzó los primeros avisos. La conversación con Alvarellos no se había agotado y le bullía en la cabeza. Al cerrar los ojos, distinguía al príncipe saudí y temía que el proyecto se desmoronase. Caía la madrugada, caía el silencio del edificio, pero su

cabeza rugía y daba vueltas: esa era la lógica del insomnio. Tampoco esa noche hicieron el amor. Su mujer había acabado por olvidar que el amor se hacía y él, que era bueno para su matrimonio hacerlo con ella precisamente. No bastaba hacerlo solo con otras para que aquella institución funcionase.

Cuando consultó la hora, todavía eran las tres y diez. Se incorporó y buscó las gafas en la oscuridad, a tientas. Conocía mejor la habitación así, por el tacto, ciego, que con luz. Se puso los calcetines sucios, que había dejado al lado de las zapatillas, y avanzó hasta la puerta, de la que descolgó la bata.

—¿No puedes dormir? —dijo su mujer, que se despertó para hacer la pregunta expresamente.

—No.

—¿Te pasa algo? ¿Estás preocupado?

—No lo sé; no consigo dormir.

—¿Te encuentras bien?

—Claro. Estoy bien, tranquila. Es solo que no puedo dormir.

A menudo el insomnio era eso, una ausencia de problemas, una placidez total, llana, sin obstáculos, que demostraba que uno necesitaba a veces un problema al que aferrarse para vivir sin problemas mayores. El sueño decaía por cualquier motivo, entre los que se encontraba la ausencia de motivos. Estabas bien, estabas perfecto, estabas que te caías de sueño, era solo que no podías dormir.

Apenas unos segundos después —¡unos segundos!—, su mujer roncaba de nuevo. A él le fascinaba que pudiese caer rendida de modo mecánico, mientras él se condenaba a una lucidez total, desbordante de ideas. Cerró la puerta del dormitorio y salió. En la cocina calentó un poco de leche, en la que vertió dos cucharadas de Cola Cao, y se encaminó a su despacho privado, a mirar el cuadro de Lucian Freud. Amaba aquel retrato que el artista británico había pintado de Francis Bacon. Estuvieron tan cerca el uno del otro mientras lo pintó a lo largo de tres meses que se decía que Freud sufrió terribles dolores de cabeza y problemas oculares que lo obligaron a buscar nuevas expresiones pictóricas, hasta dar con su famoso estilo de pinceladas gruesas y pintura viscosa. Aquel cuadro, pensó, valía cada millón que había pagado por él en una venta secreta. Todos los días dedicaba unos minutos a contemplarlo. Era su modo de rezar.

Después se alejó hacia el salón y se pegó a los ventanales. Era agradable hipnotizarse ante la red de luces que sobrevivía a la noche. De repente, una

idea le atravesó la cabeza a gran velocidad. Ni una idea parecía, pero creyó que le ayudaría a relajarse y quizá a dormir. Tomó el teléfono y llamó al director general del club.

—¿Estás despierto?

—No.

—Pues presta atención.

Riezu le explicó el nuevo escenario. Su colaboración con el director general se remontaba tan atrás en el tiempo que entre ellos las explicaciones vagas eran suficientes, se entendían desde la brevedad. Le pidió que a primerísima hora contactase con el Manchester United y averiguase si el director ejecutivo acudiría a la gala de la FIF de esa noche. Acordaron verse por la mañana en la sede del club para seguir hablando.

El presidente del Madrid se quedó solo en el salón otro rato, preguntándose si alguna vez habría existido un día en que hacer negocios resultara sencillo, sin trámites desesperantes. Poco a poco, mientras ataba cabos en la cabeza con los saudíes, se relajó. El tiempo se había vuelto una idea olvidada, la gravedad decayó y él se recostó en el sofá, dejando que las zapatillas se le escurriesen muy despacio de los pies, y después se sacó las gafas y cerró los ojos. Equivalió a poner un cartel de «Se acabó todo, no vuelvan». No pensó en el futuro y en si tenía un día larguísimo por delante, con un viaje a Mónaco para asistir a la gala de la Federación Internacional de Fútbol con sus patrocinadores. No esperó nada, sino la comodidad en ese instante del sofá, y se quedó al fin dormido.

A las seis y media se levantó e ingresó en sus rutinas abruptamente, lo que para él resultaba algo natural. Se duchó rápido, apenas sin luz, con la radio encendida. Entendió, bajo el repiqueteo del agua, que los nacionalistas catalanes demandaban una revisión del sistema de financiación, que Iparagurre había hecho tablas con Udinov en la cuarta partida del campeonato del mundo, que empezaba la semana de la moda de París, con la diseñadora Raquel Sesé como única representante española, que el IBEX había alcanzado un máximo histórico, que cinco miembros de una misma familia, incluido un bebé, se habían matado al chocar frontalmente contra un camión en Burgos.

A las ocho estaba en el edificio de VHS para hablar por videoconferencia con el ministro de Exteriores de Arabia Saudí, que atendió su llamada desde la Embajada de Londres. Por primera vez tras infinidad de conversaciones

tuvo la sensación de que abandonaban el mundo de lo lento en el que ocurría todo lo relacionado con aquella monarquía y la realidad adquiría una inusitada diligencia. Al final de la conversación supo que se había metido en un terreno aventurado y que, a la vez, todo había salido bien. Se trataba de una de las contradicciones más placenteras de la vida empresarial: se debía percibir la inminencia del desastre y que reinaba un gran caos en el universo, sin dejar de sentir que los negocios marchaban y que la vida ondeaba.

Una hora y media después ya se encontraba en las oficinas del club. Hacía tres semanas que no coincidía con el vicepresidente, cuando se lo encontró en el aparcamiento.

—¿Vendrás este domingo al partido?

—¿Quién juega? —Su desinterés por el fútbol era célebre. Pero como vicepresidente, y hombre de negocios con don de gentes y olfato de magnate, conseguía que en el palco se citase la flor y nata del país cada dos semanas.

Riezu creía que no había que pedir nada más a ciertos dirigentes deportivos.

—Deberías mantener las apariencias, eres vicepresidente.

—Me conoces bien. Los domingos son sagrados. Me gusta ir a misa, estar con la familia y los amigos, y después de comer fumar tres puros y beber mi media botella de whisky. Consigue que el Madrid juegue siempre los sábados, incluso los lunes, y no faltaré a un solo partido, te lo juro.

—Desde luego.

Lo dejó por imposible. Pero puesto que todavía faltaba un pequeño trecho para llegar a las oficinas, se hicieron compañía. Las conversaciones con el vicepresidente eran verborreicas. Saltaban de los negocios a lo personal, de lo importante y grave a lo anecdótico, y a veces de lo cierto a lo imaginado. Cuando entraron en el ascensor, se puso a hablar de unos secadores de manos que había visto a principio de semana en un restaurante de Ginebra. Había dado indicaciones en su empresa para que los instalasen.

—No estaría de más hacer otro tanto en el estadio.

—Los socios se secan las manos en el pantalón.

Pero el vicepresidente estaba lanzado. Insistió. Eran unos secadores de manos maravillosos, hacían el milagro de secar las manos, cosa que no hacían el resto de secadores.

—¿Y qué pintabas en Ginebra, si puede saberse?

—Fui a poner en hora mi Patek Philippe de 1909.

Riezu exageró sus ojos abiertos, incapaz de discernir si hablaba en serio o solo empleaba un eufemismo para esconder que había viajado para hacer negocios.

Al llegar a las oficinas, cada uno se dirigió a su despacho. La secretaria de Riezu le anunció que el director general lo estaba esperando.

—Dentro de una hora —le recordó— vendrán los técnicos para el barrido.

Riezu había aprendido a no sentirse nunca seguro, y cada mes registraban su despacho y su línea telefónica en busca de micrófonos y pinchazos. El mundo era un lugar hostil habitado por personas dispuestas a todo.

El director general lo esperaba con un cono de churros en la mano. Le ofreció uno. Riezu lo observó y vio algo raro en él que no eran los churros.

—Me he cortado el pelo —aclaró su amigo.

—Ah. ¿Te lo has cortado tú mismo?

Tenían muchos asuntos que gestionar antes de partir hacia Mónaco a primera hora de la tarde. Primero analizaron en detalle el escenario que se abría aceptando jugar con el Manchester United en Arabia Saudí. El escepticismo de Riezu se había quedado antiguo con el transcurrir de la madrugada y ahora no veía sino ventajas en un evento que, polémicas al margen, dejaría dinero en las arcas del club. Esa conclusión conectaba con otro de los asuntos a tratar: el fichaje de Gottlob Brauchitsch, la estrella del Borussia Dortmund que codiciaban para la próxima temporada.

—Su agente nos ha confirmado que el jugador acudirá a la gala.

—¿Está receptivo?

—Absolutamente loco con la idea de jugar en el Madrid.

—Como todos. Caeremos sobre él igual que un tigre sobre un conejito —zanjó Riezu con una fábula.

La mañana se rompió en muchos trozos. Riezu tenía cita con el presidente del Banco del Norte y posteriormente una comida con el ministro de Fomento. El presidente y su director general no volvieron a verse hasta seis horas después en el aeropuerto. El vuelo transcurrió plácidamente y casi no hablaron entre ellos. Parecían de buen humor y se mantuvieron en un feliz silencio, salpicado solo de vez en cuando para intercambiar respuestas que no precisaban preguntas.

Habían reservado habitaciones en el Hermitage, donde se celebraba la gala. Después de vestirse de etiqueta, y puesto que aún era temprano, subieron a la Terraza Crystal. Pidieron sendos vodkas, que bebieron lentamente y pegados,

como si bailasen con ellos. Las vistas sobre el Mediterráneo permitían atisbar el puerto de Hércules y la Fortaleza del principado. Riezu se mecía en el filo de la tarde cuando distinguió al director ejecutivo del Manchester United. En el mundo de los negocios, Edward Brandlee era una de las pocas personas a las que admiraba sinceramente. En cierto modo había cambiado el fútbol, y eso no estaba ni al alcance de los futbolistas, a menos que se tratase de genios. El presidente del Madrid tenía siempre presente aquella frase que el dirigente inglés había pronunciado durante una conferencia en Barcelona: «El rendimiento que realmente importa, y que está detrás de la causa de cualquier éxito deportivo, es el rendimiento económico». En el fútbol moderno, para obtener títulos había que hacer antes buenos negocios. Riezu no podía estar más de acuerdo. Constató que por primera vez se encontraba ante alguien que pensaba igual que él, harto de tratar con románticos e idiotas con buenas intenciones que soñaban con repetir viejas glorias. Brandlee había conseguido que su club llevase la delantera en la explotación de nuevas fórmulas comerciales. El Manchester generaba beneficios muy por encima del resto. Suya fue la idea de organizar la primera gran gira de un equipo de fútbol europeo a Hong Kong y China.

Riezu nunca perdía ocasión de hablar con él cuando coincidían. Cuando detectó el momento, lo tomó por un brazo y se dejaron arrastrar por un mar imaginario hasta un rincón discreto de la terraza, donde se les confundía con dos millonarios cualesquiera, capaces de cambiar el rumbo de una nación. El hotel era ya un hervidero de dirigentes, futbolistas, agentes, inversores, intermediarios y rostros sofisticados, aunque anónimos, y solo se descubría quiénes eran cuando uno caía en sus redes. Fueron al grano. Brandlee, hábil en las distancias cortas, donde había que llegar a la esencia de los negocios en unos pocos movimientos, mostró gran claridad de ideas. Si no ganaban ellos todo este dinero, lo iban a ganar otros, que con esos millones se volverían rivales más fuertes, capaces de hacerles más daño. Había que jugar. ¿La monarquía saudí? ¿Los derechos humanos? «Nosotros somos equipos de fútbol, nos encargamos de hacer feliz a la gente, no de erradicar la injusticia que reina en el mundo».

Riezu se puso de un humor excelente. No pensaba si la gala sería aburrida, si los discursos se harían largos, si tendría que beber sin ganas o acostarse tarde y levantarse temprano. Brandlee lo curó de los pequeños miedos. Renovaron sus cócteles. Para entonces, ya era imposible distinguir qué había

de fútbol en aquel evento. En mitad del marasmo, tuvo que rendirse a las urgencias del cuerpo y se dirigió al baño. Había tardado tres cócteles en claudicar. Cuando se percató de que tenía compañía, mientras se lavaba las manos, se volvió y descubrió a Gottlob Brauchitsch, llamado a ser el centrocampista más desequilibrante de Europa, y quizá el más caro y más guapo.

DOCE

Morelli colgó el teléfono con fuerza. El golpe sonó al portazo con el que uno se va de casa para siempre. Se quedó muy quieto. En ese momento apareció Fonseca, que se desplazaba a los sitios con el sigilo de una persona culpable, fugitiva. Vestía un abrigo fuera de época y sostenía un bolígrafo en la boca, a modo de pipa.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó.

—De maravilla.

—¿Con quién te peleabas, si puede saberse?

—Con la jefa de prensa de Economía.

—Es insoportable, pero por alguna razón a mí me cae bien.

—Te felicito. ¿Por qué no le pides matrimonio? He oído que se está divorciando.

—No tenía ni idea. Me lo pensaré. —Se rascó la cabeza, como si pensar fuese eso—. Me pasa con ella lo que con Pedro Reyes, que aparece en televisión y suelta unas frases absurdas, a las que llama chistes, que no le hacen gracia a nadie salvo a mí, que me río a carcajadas. Con esa mujer mantengo un idilio secreto. Es seca, a veces un poco maleducada, no sonrío, no te dice adiós, me parece que no te echaría una cuerda si te estuvieses ahogando. Pero me resulta terriblemente simpática.

—¿Un cigarro?

Fonseca dudó. Tenía trabajo pendiente, llamadas por hacer, cosas que reescribir, así que al final aceptó.

—Para hacer las cosas bien, antes hay que perder el tiempo —se explicó a sí mismo.

Morelli metió la mano en su cazadora y sacó una cajetilla de Marlboro aplastada. Se dirigieron a las escaleras.

—¿Por qué hablabas con Economía?

—Montfort. Al fin he conseguido cerrar esa maldita historia y que se publique mañana.

Morelli estaba radiante, pero se esforzaba por contener su satisfacción, recordándose que las personas son insignificantes y que sus glorias personales caben en un puño, que si se aprieta, desaparecen. Pero incluso ese esfuerzo por relativizar su logro se esfumaba en un soplo, de ahí que se precipitase a contarle a Fonseca cómo la investigación había deparado, en el tramo final, una inconsolable alegría, al descubrir que tras la empresa que presionaba a los hermanos Sandoval se encontraba, diluido bajo el nombre de su mujer, el nuevo ministro de Economía. Nunca una visita al registro mercantil había sido tan provechosa. La aparición del nombre de Carroll Martins entre los socios capitalistas de Montfort lo había alterado todo. En el primer momento, el nombre no le había despertado la menor sospecha, solo curiosidad, en la medida en que era la única socia extranjera. En las primeras pesquisas, encaminadas a saber de dónde era y a qué se dedicaba, descubrió que trabajaba en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, y que su tesis doctoral, publicada en Columbia University Press, trataba sobre la conservación y la restauración del arte egipcio. Instructivos, pero nada interesantes resultaban aquellos datos. Todo cambió cuando Morelli desembocó en una antigua nota económica, en la que su nombre aparecía mencionado en un perfil sobre el nuevo director para Europa de Bening Warren. ¡Ese era Héctor Niza! Su investigación cobraba una nueva dimensión. Sin duda, Carroll Martins carecía de cualquier experiencia en el ámbito empresarial y su papel, en tanto socia capitalista de Montfort, era irrelevante. Simplemente pretendía tapar a Niza.

Pero alcanzar el punto final de la historia había requerido algo más complejo que una sencilla visita al registro mercantil. Los hechos comenzaron a ordenarse lentamente después de la visita de Morelli a la sede de Think & Fly, cuando Francesc Mairal no había querido ni recibirlo. Mencionar la reunión con su exsocio, Ignacio Alcócer de Bermejo, que a saber qué le contaría al periodista, resultó todo un acierto táctico. Esa misma tarde, llamaron al periodista.

—¿Le gusta el golf? —preguntó la secretaria de Mairal, intentando concertar una cita.

—Me sé el nombre de un par de jugadores.

Acordaron encontrarse en el club de golf de Somosaguas. La investigación

de Montfort estaba exigiéndole una serie de desplazamientos por la periferia madrileña que empezaban a resultar francamente ridículos, pensó. ¿Es que las fuentes ya no se citaban con los periodistas en las cafeterías, al fondo de la barra, en un parking o en un baño público?

Francesc Mairal resultó una persona de lo más amable y cortés. Su ropa de colores, sus rizos consistentes, como en el *David* de Miguel Ángel, la piel lisa y bronceada o su coche, un Bentley Continental GT, recalcan la presencia de alguien joven, saludable y rico. A Morelli le llamó la atención su capacidad para no abordar el asunto que los había reunido mientras no se cumplieran toda una serie de trámites previos: revisar los palos de golf, subirse a uno de esos vehículos eléctricos para desplazarse entre hoyos y empezar a golpear bolas mientras hablaban de temas generales y ajenos. Morelli se decidió a dar el paso definitivo en el hoyo tres.

—Deberíamos hablar de mi reportaje. Es muy factible que aparezcas citado.

Mairal acometió el hoyo con un hierro largo y siguió la dirección de la bola haciendo la visera con una mano. La bola se perdió en un tramo de hierba alta. Entonces, el empresario se volvió hacia el periodista con un gesto afable. Aquella era la mejor luz de la tarde. No había contaminación ni ruidos que no fueran de personas o pájaros.

—Tal vez no haya que llegar a ese extremo —dijo Mairal, matando los ánimos.

Pareció que tuviese el tiempo en sus manos, pequeño, dúctil, del tamaño de un sacapuntas, y pudiese situar los acontecimientos en un minuto exacto, propicio para él. De alguna forma hacía suceder las cosas y Morelli era testigo. Se produjo una constatación casi física del control sobre ellas. Tal vez eso fuese el poder.

Mairal aceptó, de ese modo circular —que exige ir lejos para después regresar— en el que había estado hablando toda la tarde, darle la información que buscaba. A cambio, el periodista no debía citar su empresa expresamente. Después de todo, en una simplificación de lo que significaba un intermediario, no exenta de lirismo, o ironía, él solo era alguien «que buscaba a una persona y le daba un recado de parte de otra». Era crucial, para la buena suerte de Think & Fly, que su nombre no se viese envuelto en escándalos, del grado que fuesen. La gente con dinero huía del ruido; no necesitaba publicidad, sino más dinero, y para eso la discreción poseía una importancia

capital.

Así Morelli supo que Montfort había firmado un precontrato con Elsa & Ginzburg para alquilar el bajo del edificio por treinta mil euros al mes durante un período de cinco años prorrogables. La marca italiana tenía un interés muy especial en emplazarse en la calle Serrano.

—Alguno de los inquilinos, también —añadió—. Llevan mal que unos modestos sastres, que se apellidan Sandoval y no pertenecen a ninguna burguesía, ocupen un local tan privilegiado en la calle en la que tienen sus tiendas las marcas más glamurosas del mundo.

Mairal poseía la extraña habilidad de golpear bolas sin dejar de hablar, lo que implicaba coordinar movimientos (drive, swing, putt) y palabras, al tiempo que parecería estarse quieto y en silencio. Así de suavemente ocupaba la conversación y el espacio. Su compañía producía el efecto de una gran calma. Cuando subieron al vehículo para regresar al club, y Morelli mencionó la conveniencia de corroborar aquella versión de los hechos, Mairal le pasó una mano por los hombros. No fue necesario oírle decir: «Por supuesto, Morelli». Al día siguiente, el periodista pudo acceder en la sede de Think & Fly a una copia del precontrato, efectivo a partir del momento en que el local estuviese disponible, libre de cargas.

Morelli se tomó dos días para ordenar todo el caso. En aquellas semanas había ido creciendo, ramificándose. Primero fueron los Sandoval, después Montfort, a continuación Alcócer de Bermejo, Think & Fly, Mairal, Elsa & Ginzburg. Todavía faltaban los nombres más relevantes. Morelli, por carga de trabajo, se demoró aún varios días en visitar el registro mercantil. Ni siquiera cuando anotó el nombre de los socios capitalistas, para investigarlos posteriormente, lo hizo enseguida.

—Las historias de nunca acabar son las mejores —dijo Fonseca.

—Me da pena que ya se publique. Me lo he pasado bien yendo de un lado a otro.

—¿Se ha puesto nerviosa la jefa de prensa de Niza?

—Sí, y, por lo que intuyo, Niza también. Han puesto mucho énfasis en que la esposa del ministro nunca ha pertenecido al consejo de administración y que desconocía los conflictos que podía mantener Trajes Sandoval con Montfort. «No está en el día a día, pero desea que todo se solucione de la mejor forma para ambas partes, a cuyos conflictos son del todo ajenos», me ha dicho.

—Habla como una burócrata. Eso hace que me guste el doble. Y ¿qué más, algo más?

—Poco. Me ha dicho que el ministro preferiría que su nombre no se viese mezclado en este asunto, que los negocios de su mujer no son los suyos y blablablá. Ah, y también ha dicho que Niza iba a llamar al director.

—Odio eso. —Aspiró el humo del cigarro con intensidad y después, sin prisa, dejó que se fuese por la nariz.

—¿Qué odias?

—Cuando dicen: «Voy a hablar con tu jefe».

—Ya. —Morelli pisó su cigarro con el talón—. Y tú ¿con qué andas?

—¿Te acuerdas del asunto de las bandas organizadas que entran en viviendas en venta y se instalan en ellas, y si los propietarios quieren recuperarlas, tienen que pagarles?

—Ah, sí.

—Entran en la casa forzando la cerradura, después la cambian, y puesto que el acceso a la vivienda es inviolable, el dueño no puede echarlos, y la policía no puede hacer nada. Hay que ir a un proceso judicial para dictar usurpación de vivienda. Pueden pasar meses, o años, antes de eso. A veces los propietarios contratan a un par de matones, que les dan una paliza a los ocupas, y vuelven a cambiar las cerraduras.

—No todo el mundo tendrá el teléfono de los matones.

—Si algún día tienes un problema, yo conozco a unos rusos.

Regresaron a la redacción y cada uno retomó su trabajo. Morelli escribió en ebullición. Al fin iba a sacarse a Sandoval de encima. Era buen sastre, o Morelli imaginaba que lo era, pero también un hombre algo pesado. Todo el tiempo temía que *Crónica* perdiese el interés por la situación de su negocio.

Poco a poco, la redacción del periódico adquirió el sentido de una hermosa bomba a punto de estallar. Siempre ocurría a esas horas, cuando se aproximaba el cierre y las páginas se volvían amaneceres. Había anochecido cuando acabó de escribir su página. La leyó en busca de comas descolocadas, una especialidad muy personal, y de frases que interrumpiesen la fluidez de la historia, todo bajo una gran emoción. En los días que publicaba le era imposible no sentir un poder, casi una magia, que salía solo de sus manos, sin chistera.

La jefa de investigación se acercó a su mesa. Alargó un dedo pulgar hacia arriba.

—Solo dos comas mal puestas.

Morelli asintió satisfecho. Hizo un par de llamadas antes de marcharse. En una mezcla de ritual y cautela, se despidió del periódico, por si acaso no había otro día más. Eso lo había copiado de un periodista despedido. Nunca había que evitar los adioses. «Despídete siempre —decía—, vivimos en la era de la velocidad, y nunca se sabe». Algunas cosas desaparecían sin avisar y a veces sin dejar señales de que habían existido. Aquel excompañero había trabajado en varios periódicos de provincias, a punto casi siempre de cerrar. Cada noche, por si acaso, se despedía del ordenador, de la mesa, de la silla, de los compañeros, de sus reportajes enterrados en la hemeroteca. Al final se iba él antes de que los periódicos muriesen.

Dejó limpia su mesa por si mañana pudiese ser ocupada por otro y se marchó en silencio. Camino al centro, en el metro, cayó en la cuenta de que había hecho varias llamadas y ninguna a Alberto Sandoval, quizá la más importante. Ahora sencillamente no tenía ganas de hablar de nada que tuviese que ver con Montfort. Cuando enfilaba el portal de casa, reconsideró la idea de subir inmediatamente y se encaminó a El Negro Jefe, en busca de una modesta celebración por las semanas de trabajo. El local estaba vacío, inmerso en el instante agónico en el que el dueño había empezado a barrer.

—Hace dos semanas que no se te ve el pelo —comentó Horacio Varela.

—Me retiré sin darme cuenta, pero ya estoy aquí. Ponme una cerveza.

—¿Con chupito?

—Por qué no, con chupito.

Hablaron de bares solitarios, de redacciones con botellas en los cajones, de viejos clientes. Horacio había dejado la televisión sin sonido y encendido la radio. Era el ritual del cierre. En la tertulia comentaban una de las primeras medidas del Gobierno, que acababa de anunciar una reforma fiscal que reducía en dos puntos el tramo de las rentas más bajas y en seis el tramo más elevado, para rentas superiores a doscientos mil euros.

—Ya están mediando a favor de los ricos, qué golfos —dijo Varela—. Ahora me arrepiento de no haber ido a votar. Pero hace más de veinte años que no lo hago. ¿Para qué?

—Buena pregunta —contestó Morelli, que se llevó la botella de cerveza a los labios—. Yo llevo clavada la espina de no saber a quién voté en mis primeras elecciones. Tenía dieciocho años recién cumplidos, y era tan idiota y me creía tan feliz que voté borracho. No recuerdo qué papeleta metí en el

sobre. Recuerdo ir a votar, sí, pero me paré a tomar unas cervezas y luego ya no me preguntes. Durante un tiempo me sentí avergonzado. ¿Y si había votado una locura? En la siguiente convocatoria me presenté totalmente sobrio. La sensación, con el paso de los años, es que no lo hice mejor que la primera vez. Recordar mi voto también me reconcomía. Deduje que no había que votar ni ebrio ni despejado.

Horacio empezó a colocar algunas sillas sobre las mesas. Mantuvo la televisión encendida, sin volumen, algo que a Morelli siempre acababa recordándole a sus abuelos, a los que la imagen les hacía compañía, pero el sonido les molestaba, de modo que la tenían encendida todo el día, pero muda.

A esa hora pasaban una película de Bruce Willis. Morelli la había visto tantas veces, la mayoría de ellas sin querer, por inercia, que reconoció *La jungla de cristal* al instante. Llegaba la secuencia en la que John McClane arrojaba desde lo alto del Nakatomi Plaza el cadáver de un terrorista, que caía justo sobre el coche patrulla de un agente de policía.

Horacio quería conversación, pero Morelli se acordó de que Inés lo esperaba. Se había olvidado de avisarla. Apuró la cerveza y bebió el chupito de un trago. Se despidió.

Lo que vio al entrar en casa lo sumió en una melancolía atroz. Inés estaba sentada en el sofá, calzada y vestida para salir. Morelli habría adivinado qué iba a ocurrir aunque ella no hubiese dicho qué estaba a punto de pasar. Bastaba con reparar en la maleta que había al lado de la puerta.

—Te he estado esperando en un gesto de deferencia —dijo Inés, que se puso de pie—. Me voy. Pasaré la noche en casa de Belén, no te preocupes. Ahora no tengo muchas ganas de hablar, ya comprenderás. Creo que lo nuestro ya no tiene demasiado sentido. Volveré a recoger el resto de cosas dentro de unos días. —Se dirigió a la puerta.

Morelli quiso decir algo, pero no supo el qué exactamente. Ni siquiera estaba seguro de que hubiese que decir algo. Inés tenía razón, pero dársela, y coincidir en que su relación se había ido a pique, podría tomarse por un gesto de indiferencia innecesario. Los tres días anteriores habían discutido varias veces con cierta acritud. Al acabar, Morelli salía a tomar algo y olvidar la discusión. No quería pensar que el desenlace pudiese ser este. Se habían peleado tantas veces que creía que otra discusión ya no significaba nada grave.

—Pues si no quieres hablar... —fue lo único que acertó a decir y que era lo mismo que no decir nada, o peor.

Inés se volvió y lo miró con una enorme frustración. Su voz flaqueó y con una frase breve le regaló a Morelli un consejo que habría de servirle para los momentos importantes que aún le iba a deparar la vida, pero que él no consiguió entender, y le dio apuro pedirle que la repitiese.

Durante una hora no se movió del sofá. Se fijó en que Inés había olvidado a propósito la pulsera que le regaló por su cumpleaños sobre la mesa. La cogió y la arrojó contra la pared. Triste, y en alguna medida aliviado, pensó que algún día el divorcio debería ser una manera de empezar. Dos personas se conocen, hablan, se atraen y a los pocos días una de ellas propone, enamorada: divorciémonos para siempre, amor mío, hasta que algo nos una. A veces había que poner los errores al principio. Quizá así la separación dejase de ser, con el tiempo, un relato doloroso entre una pareja que lo tuvo todo y al cabo lo perdió. En algunas ocasiones un final triste representaba un final perfecto; no había que tocarlo. El peligro radicaba en aficionarse a la tristeza. Se acordó de una boda a la que había acudido hacía dos años con Inés. Les tocó sentarse con un señor que no paraba de preguntar «cómo tienes el vaso» y a continuación se lo llenaba de vino. Cuando llegó la hora de hablar de otras bodas, les contó que él se había casado, divorciado, vuelto a casar y a divorciarse de nuevo. Se separaba y contraría matrimonio siempre con la misma mujer, puntualizó, para que no pensasen cosas raras. Era un vicio.

Bajo ese recuerdo encendió la televisión y buscó *La jungla de cristal*. Aún no había acabado. Le quitó el volumen y después se preguntó qué clase de vida llevaría ahora.

TRECE

García-Frost tomó en sus manos la figura de Atlas sosteniendo el mundo sobre su cabeza. Pensó que podría ser ella, por ambición. Pesaba demasiado, debía de ser de cobre y tener quizá un importante valor sentimental, aunque se acordó del final de *El halcón maltés*, cuando Sam Spade descubre que bajo la capa de pintura que recubre la figura del halcón, que tantos embrollos de pistas falsas y sucios trucos provoca, no se esconde ninguna preciosa reliquia de los templarios, sino una estatuilla de plomo vulgar, hecha del material con que se forjan los sueños. Volvió a dejarla sobre la mesa del presidente del Gobierno. Pensó también si algún día, en una sucesión de azares que diesen a la historia el sesgo exacto, podría ser ella la presidenta. No lo asimiló a un deseo, sino a una curiosidad. No creía en los destinos, a menos que se entendiesen como accidentes sucesivos. En su teoría, nadie podía decir que no ocuparía nunca aquel despacho, ni siquiera lo contrario. Existía una parte del futuro indecible, que carecía de forma y fondo hasta que se acercaba. En algún momento, García-Frost tampoco pudo decir que sería la alcaldesa de Madrid. Simplemente, el futuro ató sus azares entre sí y ella estuvo preparada para cuando se abrió la puerta. Qué lejano vio entonces el pasado, cuando solo ocupaba su plaza de profesora de literatura norteamericana contemporánea en la facultad de Filología, y las revueltas en la universidad, con las primeras reformas progresistas, que debilitaban la calidad de la enseñanza y la autonomía universitaria, la convirtieron en una fortuita líder de masas en la que un Partido Conservador en horas bajas, sin demasiados referentes, acabó por fijarse. A las personas les ocurrían a veces cosas inesperadas, y cada una por su cuenta tenía la opción de tomar sus propias decisiones ante lo imprevisto. De la noche a la mañana, tras encabezar un encierro en la facultad que duró treinta y tres días, hasta que la policía entró y los desalojó, se convirtió en una cara popular. Su detención, captada por

algunos fotógrafos, liberó su imagen. Ahí había empezado todo, por un azar incalculable, así que cómo saber ahora si lo insospechado seguiría formando parte de su vida y algún día la presidenta del Gobierno sería ella.

Impasible, empujó la figura hasta el centro de la mesa y después balanceó una pierna sobre la otra. Sentado enfrente, Alvarellos jugueteaba con un bolígrafo de pulsador, de color rojo, que no paraba de apretar. La punta entraba y salía, entraba y salía, en una forma de matar la espera. Era un hombre tan o más impasible que la alcaldesa. El clic que sonaba al pulsar el extremo del bolígrafo lo relajaba. Acababa de pedir a García-Frost que agilizase la licencia municipal para que César Riezu pudiese formalizar la venta de la vieja parcela del Madrid. Había muchos millones en juego, millones de todo tipo.

—Me gustaría que lo resolvieses en la medida que puedas —añadió con ese tono seco con que lo decía todo, utilizado por algunas personas para no tener que decir nada más. Alvarellos aborrecía decir las cosas dos veces, incluso una vez—. Seguro que la alcaldesa de Madrid tiene influencia suficiente para hacer eso y más. —Dejó el bolígrafo sobre la mesa, como si fuese una pistola recién usada.

García-Frost parecía prestarle una lejana atención, muy en silencio. Su tranquilidad podía poner de los nervios a cualquiera. Fingía escuchar y, sin embargo, tenía la mirada clavada en Alvarellos, bajo la misericordia que despierta alguien al que has matado y debes enterrar. Su tranquilidad procedía de un lugar muy oscuro. La situación estaba justo donde ella había planeado, pues frente a su lado indecible, sin forma, el futuro poseía una vertiente en la que los acontecimientos seguían un guion perfectamente detallado por alguien que iba por delante de los demás en el tiempo. Sabía que si congelaba la licencia que necesitaba el Madrid para cuadrar sus cuentas, aliviando la deuda dejada por la anterior directiva, Riezu recurriría a su amigo Alvarellos, que antes o después la convocaría a la Moncloa, que era lo que había pasado. Estaba por ver si el presidente quería algo más. Calculaba que sí. A cambio ella podría pedirle al presidente su propio favor. El secreto de la política residía en hacerla sencillísima.

—No estoy al día de todas las formalidades administrativas, ya te figurarás, pero basta que tú me lo pidas para que empuje el asunto. Si todo está en regla, dalo por hecho. Espero que no hayas perdido una tarde para pedirme esto, que habríamos resuelto con una rápida llamada telefónica.

—Oh, no. Me apetecía que conocieses esta casa. Te he pedido que vengas por otra razón, en la que el partido se juega mucho.

Hilda bebió un insignificante sorbo de agua y dejó los labios marcados en el vaso.

—Van a ser inevitables algunos cambios en Caja Nacional.

—Entonces eran ciertos los rumores.

—Hace cincuenta años que hay rumores en torno a Caja Nacional, pero me parece que la entidad, con su actual dirección, no está en condiciones de empujar nuestros objetivos. Solozábal posee demasiados escrúpulos y así no puede servir a nuestros intereses. Necesitamos más sintonía, mayor control sobre la entidad. Sinceramente, creo que su presidente es un problema. Me gustaría saber qué opinas.

La alcaldesa había tenido diferencias con Solozábal, nunca insalvables. Él no tenía un bando, no estaba con nadie, no era su amigo y no acababa de ser su enemigo. En varias ocasiones había intentado ponerlo de su parte, pero él no creía en nadie que no fuese él mismo.

—No le debo nada. Si estás pensando en hacerlo caer, no voy a mover un dedo.

—Me agrada escuchar eso. —Echó su cuerpo hacia delante, hasta apoyar los codos en la mesa—. Sabiendo que piensas así, me resulta más sencillo desvelarte algunos de mis planes. Sé que en su día designaste a dos consejeros de Caja Nacional, de los ocho que elige el partido. Quisiera que hablastes con ellos. Es uno de esos favores que podrás cobrarte. Por ahora, solo deseo que piensen que Solozábal está amortizado y que antes o después se les pedirá que apoyen a otro candidato.

García-Frost se mantuvo en la zona sombreada, casi gélida, donde no se hacían preguntas. Conocía a Alvarellos. Preguntar, por otra parte, quién sustituiría a Solozábal sería infantil. Era una cuestión ociosa, innecesaria. Cualquiera a estas alturas podría responder. Aunque eso significaba que cualquiera podría equivocarse al hacerlo. Con Alvarellos era difícil acertar.

—Todavía ejerces cierto control sobre ellos, supongo.

García-Frost sonrió y extendió los brazos para enfatizar la evidencia.

—Naturalmente. Los citaré para mañana si hace falta —dijo, ofreciéndole por segunda vez su colaboración.

En aras de un merecido descanso, tomaron té y café, e incluso se permitieron hablar del concierto de música barroca que esa noche dirigiría

Philippe Herreweghe en el Teatro Real. A Alvarellos la música y en general las artes lo dejaban indiferente. Para ser sincero, la idea de acudir lo deprimía, pero su mujer estaba entusiasmada y él, recalcó, amaba hacer cosas que a su vez la hiciesen feliz a ella. No tendría más remedio que acompañarla. La alcaldesa dijo que no se arrepentiría. Ella amaba la música barroca. Le contó que durante año y medio, cuando era una adolescente, tocó el órgano de la parroquia de Santa Cruz, durante la misa de los sábados por la tarde. Para entonces no era el órgano maravilloso que había sido cuando un empresario lo encargó para el teatro lírico en el siglo XIX a la casa Cavallé-Coll, en París. La ruina del teatro obligó a trasladar el órgano a la iglesia de Santa Cruz, donde los sucesivos expolios lo privaron de su tubería original, hasta quedar despojado de su mecánica y piezas originales y transformado en un órgano eléctrico. Ese era en el que tocó ella, hasta que la vida universitaria la fue alejando de la música.

La paz duró solo esos minutos de placer. García-Frost había acudido a la reunión con su propia agenda, que deseaba resolver antes de irse. Tal vez porque aún no había llegado el momento perfecto, sacó a relucir el nombramiento del nuevo fiscal general, para felicitar a Alvarellos por su decisión.

—¿Sabías que su abuelo fue un cura de León? Me enteré hace poco. Es una historia enterrada, que no hay que comentar en su presencia —aconsejó la alcaldesa.

—Si disculpamos sus antecedentes familiares, puede ser un gran fiscal general. Se deja aconsejar, aunque tenga criterio propio.

—Ahora hay que acertar en el nombramiento del presidente del Tribunal Supremo. ¿Tienes candidatos?

Alvarellos inclinó la cabeza a la derecha. Significaba que no tenía ganas de hablar de ello. Después tomó un puro que había sobre la mesa y lo estudió con detenimiento, a la espera de decidirse a fumarlo o dejarlo para otra ocasión. Lo acercó a la nariz.

—Creo que voy a fumármelo...

García-Frost lo observó con altanería. Aquel puro encendido duraría años antes de acabarse, pensó. Reparó en la mano que lo sostenía: era peluda y oscura, como los mejillones de una batea.

—Busco un gran jurista, receptivo a las llamadas telefónicas. La justicia es un asunto muy delicado, no se puede dejar en manos de iluminados, al estilo

de Montesquieu, que crean a pies juntillas en la separación de poderes — bromeó.

La alcaldesa tosió.

—¿Te molesta?

—Podría decirse que un poco.

—Cada ejemplar de estos cuesta trescientos euros. Me da pena apagarlo. Equivaldría a un asesinato.

Después de tomar su segundo café, solo por la cortesía de dejar un tiempo de respiro entre una conversación de negocios y otra, García-Frost se aclaró la voz y comentó que le gustaría plantear alguna sugerencia. Eligió la palabra «sugerencia» expresamente.

—Este parece un buen momento para plantearla. —Posó el puro en el cenicero, de vacaciones.

—Ahora que el Gobierno ha tomado velocidad, me gustaría que contemplases el indulto de Enrique Hulet.

—Fue condenado a cuatro años y medio de cárcel por delito fiscal — constató Alvarellos, en forma de reproche.

—Los progresistas lo usaron como chivo expiatorio para demostrar que combatían la corrupción.

—Nos acusarán de ser tibios con los delitos fiscales.

—No voy a defender su conducta, pero nosotros sabemos lo importantes que han sido y son sus contribuciones. El Tribunal Supremo va a fallar en breve y, si se desestima su recurso, podría solicitar su ingreso en prisión. Imagínate que allí dentro se ablanda y se pone a hablar.

Alvarellos se quedó pensando, en silencio. Regresó al puro, que se mantenía en una inmovilidad inhumana, que recordaba al brazo roto de un maniquí. Lo chupó dos veces consecutivas, muy seguidas, tal vez para darle ánimos. Después fue soltando el humo lentamente, con melancolía, reduciéndolo todo a un adiós. Le brillaron las pupilas por accidente.

—Hablaré con el ministro de Justicia. Lo resolveremos.

Ya solo restaban por tratar algunos temas relacionados con inversiones en la ciudad, de vulgar interés público. La vida se redujo a una enumeración. Algunos proyectos ya estaban iniciados y solo requerían compromiso para continuarlos, y otros, como el futuro Museo de la Ciencia, eran tan nuevos que entusiasmaron a Alvarellos.

Cuando salió de la Moncloa con sus zapatos de tacón persiguiéndola,

García-Frost se detuvo y miró al cielo: estaba oscuro y parecía roto. Las nubes corrían, o huían, y ella permaneció un rato en las escaleras, varada, buscando una pauta en aquel desesperado movimiento celeste, que le proporcionaba una gran armonía. Metió la mano en el bolso, sin dejar de mirar hacia arriba, y sacó un caramelo de eucalipto. Le quitó el envoltorio, se lo llevó a la boca y tiró el plástico al suelo. Volvió a meter la mano en el bolso, esta vez para extraer su perfume, que aplicó en ropa y cabello para eliminar el olor a puro.

Se sintió jovial. Después descendió los últimos escalones y entró en el coche, que la esperaba. Le pidió a Luis, con sus modales secos, que la llevase al Horcher. Había quedado para cenar con Enrique Hulet. Cuando el conductor encendió la radio, ateniéndose a los hábitos de su jefa, la alcaldesa le pidió que la apagase. Las voces emborronaban su sabor de boca.

—¿Te huelo a puro?

El conductor la miró a través del retrovisor y negó con la cabeza. Por si acaso, ella volvió a aplicarse perfume.

El motor del vehículo y el tráfico a aquellas horas, ni intenso ni fluido, la acunaron. No lloviznaba. Era agradable detenerse en los pasos de peatones y ver desfilar a un señor mayor, cojo, o a una pareja que se abrazaba, o a una madre solitaria, o al cajero de un supermercado que se retiraba con el uniforme de trabajo, disimulado debajo de una chaqueta.

El automóvil se paró en uno de los semáforos de la calle Princesa. La alcaldesa reparó en un vehículo aparcado a la derecha. Un hombre de mediana edad, con bigote y sin gafas, en busca de la calvicie, dormía en el asiento del conductor, reclinado hacia atrás. Se preguntó si tendría una casa a la que regresar y si lo esperaría alguien para cenar, si al día siguiente tendría que madrugar o, por el contrario, podría quedarse en cama a cultivar alguna de las tristezas que atosigan a los hombres de vez en cuando por las mañanas. No pudo evitar el recuerdo de un viaje a París años atrás, durante su primer mandato. Ella viajaba en el coche del embajador, con el que se dirigía a una audiencia con el alcalde de la ciudad. También se detuvieron ante un semáforo en la Rue Saint Honoré. Ella se fijó en que el conductor del coche de al lado —un BMW de color gris con tapicería de cuero blanco— se desplomó de repente sobre el volante, con la cabeza ladeada. Se quedó mirando con los ojos abiertos, aunque idos, hacia García-Frost. El claxon del coche empezó a sonar ininterrumpidamente. La alcaldesa no pudo ni gritar.

Se quedó paralizada ante el horror. Pronto comenzaron a bajarse los conductores de otros vehículos. Un peatón que cruzaba por el paso de cebra fue el primero en acercarse y abrir la puerta e intentar saber qué le ocurría al conductor. El semáforo se puso verde y el embajador le pidió al chófer que arrancase; llegaban tarde.

García-Frost tardó meses en deshacerse de la presencia de aquella imagen. El conductor se volvió un fantasma dentro de su cabeza, veía sus ojos en blanco, escuchaba el claxon, la acosaba el semáforo en rojo, la parálisis, y finalmente la idea del hombre cadáver sobre el volante.

Cuando llegó al Horcher, la condujeron a un reservado. De camino, distinguió de perfil la figura del expresidente del Gobierno, que accedía a su propio reservado. El poder le había dejado el pelo blanco. Quizá fuese un efecto no del poder sino de la pérdida de poder. García-Frost le reconocía la dignidad que había mostrado estos días al dimitir de sus cargos en el Partido Progresista. Fuera de eso, hacía seis años que no se dirigían la palabra. Se aborrecían tanto que ni siquiera se criticaban. Se daban por muertos mutuamente. Solo el protocolo los mantenía unidos, y por culpa del protocolo habían coincidido en multitud de actos en los que se saludaban cortésmente, pero eso no significaba nada, seguían sin hablarse y se tomaban la presencia del otro como un fantasma de la persona que fue.

Hulet la estaba esperando. Se había quitado el reloj de la muñeca y le daba cuerda con cariño, si eso era posible. Se trataba de un reloj antiquísimo. Lo miraba con las gafas caídas hasta el final de la nariz.

—Es bonito —dijo García-Frost en favor de la brevedad.

Hulet levantó la cabeza, se colocó las gafas, se puso serio, sonrió, se peinó con las dos manos, por los lados.

—Es un Elgin de 1910. Perteneció a mi bisabuelo. Es una máquina perfecta, fuera de precio. Y además tiene un crimen detrás.

—¿Un asesinato, quieres decir?

—¿No te lo he contado nunca?

—Diría que no. Sé breve.

—El reloj —comenzó a contar mientras se lo ponía de nuevo en la muñeca — era de un hermano de mi bisabuelo, que una tarde apareció muerto cerca de su casa, en Getxo. Tenía varias cuchilladas, algunas por la espalda. Lo mataron para robarle. Llevaba encima una cantidad de dinero importante, para pagar una finca, lo que hizo pensar que quien lo mató lo sabía. Debía de

conocerlo. Junto al dinero también desapareció el reloj. Durante tres años no se encontró ninguna pista que pudiese conducir a algún sospechoso. Pero entonces, un día, en una reunión del círculo económico, un empresario amigo de mi tío abuelo se dejó ver con un Elgin de 1910. Nadie más, me atrevo a decir, en España podía tener aquel reloj, salvo el asesino.

—Veo que lo recuperasteis.

—Sí, pero esa historia no te la contaré nunca. Quizá todavía no ha pasado bastante tiempo. Tengo apetito.

—Me he encontrado al expresidente a la entrada del restaurante.

—Cuando he llegado, yo he coincidido con Lihn. Hemos hablado medio minuto. Estarán comiendo juntos.

—Necesitan conspirar. La ambición no se apaga nunca.

—No conozco a nadie más ambicioso que tú.

—No te equivoques; mi ambición solo es coquetería, querido. Me sienta bien, simplemente. Digamos que combina con mi peinado y mi color de piel y mis sueños. Estoy predestinada. En cambio, Lihn tiene la ambición de los resentidos. Es algo enfermizo, que lleva dentro. Debe mucho al expresidente. Es más, el expresidente debe mucho a Lihn, con lo cual, tal vez ya estén todas sus deudas saldadas.

García-Frost tomó la carta y la estudió por encima, lo justo para confirmar que seguían preparando el lenguado enrollado con finas lonchas de calabacín y espinacas fritas. Hulet ya le había echado el ojo al goulash de ternera a la húngara.

—Vengo de la Moncloa.

—¿Todo bien?

La alcaldesa levantó la vista.

El jefe de comedor tomó nota de los platos y el vino y se fue en silencio, casi reptando.

—Tal vez te guste saber que el presidente va a concederte el indulto.

—¿Hablas en serio?

—Desde luego.

—Lo creeré cuando lo vea.

—Me ha dado su palabra.

—Vaya. —Hulet se quedó pensando en su felicidad. Se inclinó hacia delante, emocionado, y puso su mano sobre la de García-Frost—. No sé cómo agradecer lo que has hecho por mí.

—Tranquilo, encontraremos el modo. —Y sonrió—. Pero no esperarás que todo sean buenas noticias. Debes saber que el presidente mira por la buena marcha de los negocios de Riezu.

—Es algo que doy por descontado. Se parecen demasiado. ¿Qué es esta vez, la venta de la parcela?

—Eureka. Era inevitable.

—Tú lo has dicho. —Hulet se puso a juntar miguitas de pan con un dedo—. Siempre ha sido inevitable que el Madrid venda esa parcela, está en su perfecto derecho. Ya sabrá alguna de las empresas de Riezu cómo obtener de paso algún beneficio. ¿Por qué crees que en su día valoré presentarme a las elecciones para presidir el Madrid?

—¿No te llegaban tus dolores de cabeza?

—El Madrid nunca es un problema, sino una inmensa, continua y beneficiosa solución. Por si fuera poco, los saudíes le han encargado la construcción del rascacielos. Confiaba en que podríamos formar parte de ese proyecto. Odio a Riezu. Lo repudio con todas mis fuerzas. Me inquieta la posición dominante que tiene en el nuevo Gobierno. Quedan muchos años por delante. A veces pienso que Alvarellos nunca valorará mi contribución al partido.

La alcaldesa probó el vino y dio su aprobación levantando y bajando la cabeza, en un sí más espiritual que físico. El camarero acabó de llenar las copas y después García-Frost levantó la suya y la acercó a la de Hulet, que aceptó el brindis a regañadientes.

—No seas melodramático. ¿Te importa si me quito los zapatos? No pienso bien cuando me molestan los tacones.

—Descálzate todo lo que quieras.

Se oyó la caída de los zapatos bajo la mesa y un suspiro sucinto. García-Frost estiró las piernas, hasta tocar con una de ellas la rodilla de Hulet. Suspiró de nuevo, para que no pareciese un accidente.

—Sonríe. Me tienes a mí. Olvida a Riezu, a Alvarellos y a los saudíes. Quién sabe cómo puede acabar una alianza con una monarquía absoluta. Además, todavía no te he contado que Alvarellos ha dado el visto bueno al Museo de la Ciencia. Habrá muchos millones en juego.

CATORCE

Eran las dos menos tres minutos y estaba a punto de comenzar la segunda reunión de redacción en la sede de *Tiempo*. Llegaron los redactores jefes y enseguida el subdirector y el director adjunto como expresos de medianoche. Sus caras los hacían víctimas de la vehemencia con la que a veces se pretende aplastar el mundo simplemente con la acción de un pie y una bota. La redactora jefa de Economía apareció con tres dedos de la mano izquierda vendados. Los mostró con cierto sentido del triunfo, como en la infancia, cuando se presumía de una tirita o de un brazo escayolado. Para despejar dudas explicó que anoche su marido —pronunció «marido» con aborrecimiento a la vez que cariño— se los había pillado al cerrar la puerta del coche.

Faltaba Gervais. Mientras aguardaban, comentaron algunos de los asuntos que empujaba la actualidad: las subidas generalizadas del Ibex a primera hora del día, con total protagonismo para el Banco del Norte, con una subida del siete por ciento. Alguien mencionó el monumental atasco que había sufrido el centro de la ciudad a primera hora, a causa de la tormenta. Se refirieron al nombramiento de la directora de la Comisión Nacional del Mercado de Valores, hasta hace unos meses senadora conservadora. Un redactor jefe recordó que esa tarde se anunciarían las nuevas estrellas Michelin y el director adjunto resopló. «Se marcha el intelectual y llegan los chefs, asegurando que cocinan poesía», dijo con sorna y estragamiento. «¿Hasta cuándo podrán seguir inventando ridículos platos? Hasta el día que aparezca un comensal sobrio, sin miedo, y grite en mitad del restaurante: “Esto ya lo comí”. Eso será una hecatombe», respondió su propia pregunta.

Gervais siguió retrasándose. Tras veinte minutos de espera, entró su secretaria a anunciar que el director acababa de telefonar para decir que empezasen sin él. Nadie dijo nada en alto, aunque por dentro todos pensaron

lo mismo, cada uno en su estilo, y que se reducía a un lamento sin solución: «Las cosas de Gervais». Quedaron convocados a las cinco de la tarde para una reunión extraordinaria.

El director de *Tiempo* apareció a las cinco y diez, visiblemente excitado. Subdirector y redactores jefes regresaron a la sala de reuniones otra vez dispuestos a aplastar lo que fuese. Gervais sonreía con una maldad de antihéroe, para la que en el fondo se sentía predestinado. Se quitó la chaqueta, con un estilo desenterrado de una vieja película en blanco y negro, y le pasó una mano para plancharla. Dejó una carpeta sobre la mesa y la señaló varias veces con el dedo índice.

—Aquí hay petróleo —anunció y se frotó las manos a semejanza de un albañil un segundo antes de ponerse a trabajar—. Como decía Juan Aparicio antes de escribir los editoriales de *Arriba*: «¡Se van a enterar en Moscú!».

Los compañeros miraron intrigados la carpeta blanca, sin anagramas, ni símbolos, de pronto misteriosa. Si Gervais llegaba a abrirla, temieron que acabase chirriando como una puerta herrumbrosa.

—Aquí dentro —dijo con una solemnidad que empezaba a volverse tediosa para todos los reunidos— tenemos la documentación que debe forzar la dimisión del presidente de Caja Nacional. Huele que apesta, y ese es el mejor olor que existe.

Pero Gervais seguía sin abrirla.

Su redactor jefe de cultura no se pudo aguantar.

—Voy a ser el primero en morir por el exceso de suspense, qué orgullo —ironizó.

Pero el director esperaba una declaración de escepticismo así precisamente de su jefe de cultura, que presumía de ser el individuo más despreocupado del periódico, y ni siquiera salió al paso.

Al fin abrió la dichosa carpeta. Lo hizo ni despacio ni rápido, para que los demonios no se arremolinasen. Extrajo uno de los varios folios y explicó que hacía seis años la mujer de Iñaki Solozábal había adquirido acciones de un grupo canadiense de alimentación, solo unos días antes de que una cadena de comercialización le lanzase una OPA hostil. La operación estuvo asesorada desde el principio por Caja Nacional y la mujer de Solozábal utilizó información interna para comprar las opciones sobre acciones, con lo que obtuvo unas ganancias netas que superaban el medio millón de euros.

—Está todo aquí. —Y mostró un dossier lleno de cifras que demostraban el

uso de información privilegiada y el enriquecimiento. Todos aceptaron con sus silencios que la historia sonaba bien—. Vamos a aplicarnos a la hermosa tarea de acabar con un banquero millonario. No es algo que se pueda hacer todos los días.

La reunión duró media hora más por inercia. Era un asunto que rodaba con la pesadez imparable de las grandes bolas de nieve. Cuando se levantaron, el director y el subdirector se dirigieron al despacho de Gervais.

—Hay material para abrir varios días, te aviso.

El subdirector tomó la carpeta. La abrió y la estudió de pie. Gervais se sentó en su silla a observar su reacción.

—¿Qué te parece?

Su colaborador siguió leyendo, sin responder. Una vez que finalizó y dejó la carpeta sobre la mesa, y se sentó frente a Gervais, apretó mucho los labios, sin pronunciarse.

—El Gobierno —tomó la palabra Gervais— quiere acabar con Solozábal a toda costa.

—Porque todo esto sale del Gobierno, claro.

Gervais no tenía ni que contestar. Aun así asintió y señaló con un dedo hacia arriba.

—¿De muy arriba?

—De arribísima. El Altísimo ha decidido que Solozábal sobra. No ha querido irse por las buenas, así que hay que echarlo por las malas, con toda su mierda.

Dos horas antes, Gervais había salido con la carpeta del Ministerio de Economía bajo el brazo. Héctor Niza, acababa de comprobar con sus propios ojos, se había hecho definitivamente con el puesto. No solo no le había afectado lo más mínimo la noticia sobre el acoso inmobiliario de Montfort y el hecho de que su mujer, dedicada a la restauración de arte, apareciese como propietaria de la empresa, sino que la sola mención lo puso de buen humor. «Son anécdotas —dijo—, y las anécdotas solo sobreviven en las novelas. ¿Sabes de qué me acuerdo cuando pienso en *Madame Bovary*? De un señor que asoma de un barril en el margen de una cuneta, en el que se esconde para cazar patos. Pues eso, anécdotas». Después de unas semanas de aclimatación, ser ministro parecía no tener ya secretos para él. Ese mediodía descansaba sobre su mesa el informe del Fondo Monetario Internacional, muy positivo.

—Prevé muy buenas perspectivas económicas para España. —Se estiró y

se llevó las manos detrás de la cabeza, ante el peso de la complacencia—. Me gusta levantarme temprano por la mañana y mirar por la ventana a ver a qué ritmo crecemos y creamos empleo, mientras remuevo el café —dijo por boca de quien veía demasiadas películas y creía que nada que pasase en ellas impedía su trasvase a la realidad.

Gervais, reticente a contagiarse de un optimismo tan denso y vulgar, vertió un comentario en contra del Fondo Monetario Internacional y su credibilidad irrealizable, que para el caso específico de España, y seguramente para el de cualquier país, no había dejado de hacer el ridículo a lo largo de los años. Había visto muchos informes como aquellos, que valían tanto como un caldero de agua con un agujero. Pero el ministro, que solo había empleado el informe para romper el hielo, fue al grano y le alargó la carpeta blanca con la documentación sobre Solozábal, a punto de hacerse famosa. La empujó a lo largo de la mesa y fue deslizándose hasta Gervais.

—Hablemos del aquí y del ahora —propuso el ministro—. Hablemos de Iñaki Solozábal. Nos lo vamos a cargar. Ahí —señaló a la carpeta blanca acusadoramente— vas a encontrar información sobre él capaz de destruir a cualquiera. Te cedemos el placer de hacerlo con tus propias manos.

Así comenzó otro día electrizante en *Tiempo*. Pero la vida elegía sus días especiales.

—Tenemos más planes —anunció el ministro, que a veces hablaba de las cosas del modo en que hablan las llamas mientras el mundo desaparece y solo van quedando el humo y la ceniza debajo.

Hizo una pausa teatral, acompañada de un movimiento de manos durante el que parecía que algo bello iba a salir de una chistera. En pocos meses, anunció detrás del imaginario tachán tachán de los circos, el consejo de ministros aprobaría la concesión de una licencia para una nueva televisión.

—Hay que acabar con la hegemonía de Lihn y el Grupo Prensa Nacional.

Gervais apreció la belleza de la demolición que prometía la frase.

—Te escucho.

Niza ofreció pinceladas. El canal estaría en manos de un selecto grupo de inversores. Todos compartían un interés directo por un proyecto que contrarrestase la influencia del periódico de Lihn. Necesitarían profesionales, así que le hizo saber a Gervais que sus propuestas serían atendidas.

—Es urgente equilibrar la disposición de fuerzas —continuó el ministro—. *Crónica* ha retrasado nuestra llegada al poder demasiado tiempo, así que algo

habrá que hacer al respecto. No puede volver a pasar algo así. En lo que a Alvarellos se refiere, es casi una cuestión personal. No le importaría que su biografía, el día que se retire, ocupe solo medio folio a cambio de que recoja que acabó con Lihn. Ya me imagino su lápida: «Aquí descansa Alvarellos, que se las vio con Lihn y ganó». Te llamará. Quiere contar contigo en este proyecto.

Gervais se echó hacia atrás, tratando de exhibir tranquilidad, y cruzó los brazos muy arriba, a la altura del pecho, invistiéndose de una petulancia inesperada.

—Llevo años diciéndoselo. Los progresistas gobernaron durante quince larguísimos años porque supieron controlar la sociedad ideológicamente. Hay que tomar nota e imitar las cosas que supieron hacer bien.

Ya en la redacción, Gervais vigiló el proceso de escritura de la información sobre Solozábal con un empeño poco habitual. Tenía una idea muy exacta de lo que quería en la cabeza y necesitaba que el resultado final se adaptase a ella. Cada poco salía de su despacho y se dirigía a la mesa de la redactora de economía a la que habían encargado el trabajo. Gervais leía por encima de su cabeza y hacía alguna puntualización. Media hora después volvía. Permaneció en el periódico hasta la media noche, cuando al fin consiguió cerrar la portada.

—¿No quieres llamarlo ni a las doce de la noche para que nos ofrezca su versión? —preguntó el subdirector desde la puerta del despacho, sin llegar a entrar—. Quedaríamos como unos señores.

Gervais se tomó medio segundo para pensarlo. Miró a su alrededor, pero solo encontró su risa maligna. Los objetos que se agolpaban en su mesa le habían declarado la guerra. Si intentase averiguar cómo empezó aquel desorden, cuál fue el objeto que llegó primero y dijo que se quedaba allí, seguramente no podría. Abandonó el ensimismamiento.

—Que le den por culo a Solozábal. Su versión de los hechos se la vamos a dar nosotros mañana. Además, ¿qué vamos a hablar con un cadáver? Los cadáveres no hablan.

Volvió a quedarse solo. Esa noche fue de los últimos en irse de la redacción. Antes pasó por la rotativa, lo que hacía solo muy de vez en cuando, a charlar con los trabajadores, algunos de los cuales habían llegado a la vez que él a la dirección. Pese a la hora, ver cómo el periódico del día siguiente estaba en plena gestación, mientras las máquinas rugían, lo reanimó

por dentro, produciendo un efecto parecido al del café por la mañana.

Una vez en el coche, se quitó la corbata y la dejó sobre el asiento, donde agonizó como un pez fuera del agua. Mecido por el ruido del motor que llegaba aplastado de fuera y por la tos del conductor, tuvo un pensamiento más para Solozábal, completamente ajeno al huracán que, en unas pocas horas, se situaría sobre él. Estos instantes, en los que a lo mejor compartía una copa con algunos amigos, después de una cena llena de anécdotas, risas, confidencias, serían sus últimas horas felices verdaderas. Tal vez estuviese malgastándolas en la cama, profundamente dormido. Pensó qué haría él si supiese, por ejemplo, que solo le quedaban unas horas de vida. Casi seguro que se quedaría paralizado, pensando únicamente en que iba a morir, incapaz de hallar las fuerzas necesarias para lanzarse a disfrutar sin pensar en el instante de la muerte. Hacer otra cosa que no fuese eso, no hacer nada en absoluto, se le antojaba una heroicidad al alcance solo de algún inconsciente. Con esta idea golpeando contra los límites de su cabeza levantó todo el ruido posible al llegar a casa y meterse en la cama, hasta terminar por hacer el amor con su mujer, que tenía un sueño muy ligero.

QUINCE

Abrió los ojos en busca de la hora. Estiró el brazo y tanteó la superficie de la mesilla centímetro a centímetro hasta dar con el teléfono. No eran ni las seis de la mañana. Qué horror, pensó Niza. A aquella hora incluso el presente le pareció irrealizable, fuera de su alcance. Quizá al instante exacto que se abrió ante él pudiese llamársele limbo. Era como la vida pendiente, que jamás conocería la luz. Buscó acomodo otra vez bajo el edredón, igual que en la infancia, cuando levantaba muros con las almohadas y se atrincheraba en la cama pensando que podría vivir así siempre. A su lado distinguió una figura femenina de espaldas, incorporada, que se subía las bragas con una belleza lenta, que derretía el tiempo. Sus movimientos se secundaban con un silencio que quería ser la reparación a un acto vandálico.

La mujer acabó de vestirse a oscuras y tomó los zapatos en una mano para calzarse más tarde, al salir del dormitorio, cuando los tacones no molestasen. Se atusó el pelo, que se había aplastado, y a continuación se sentó de nuevo sobre el colchón, para despedirse de Niza. De cerca, y después de cuatro horas de sueño, le pareció más atractivo que durante la entrevista que le había hecho anoche en directo, cubierto de maquillaje. Llevaba puesta una camiseta blanca, con una bandera de los New York Knicks, enorme, lo que la empujó a deducir que en mitad de la noche se había levantado a vestirse.

—¿Ya te vas? —preguntó él por cortesía.

—Sí, es muy tarde.

—¿Tarde? Pero si es tempranísimo. ¿Trabajas esta mañana? —Hablaba con la cara aplastada contra la almohada, lo que daba a sus palabras un tono amasado.

—No, pero necesito descansar o esta noche tendré un aspecto horrible —dijo. Estuvo a punto de preguntar qué haría ese fin de semana, por si le apetecía repetir, pero recordó otras preguntas, otros hombres, y otras camas, y

prefirió no incurrir en los viejos errores.

El teléfono del ministro se iluminó en la oscuridad. Lo consultó, por si se tratase de un asunto urgente, pero solo era un mensaje de su mujer, con el horario de Washington. Su acompañante lo miró y después disimuló para que pareciese que no había visto nada.

—Mi mujer —especificó Niza sin necesidad. Abandonó el teléfono sobre la mesilla, experimentando cierta sensación de naufragio. De pronto, deseaba estar solo, abandonado y triste. Se derrumbó en la cama, sin decir nada, esperando a que ella se decidiese a irse. La mujer, que esperaba que él dijese algo para retenerla, advirtió su ausencia y supo que no había nada que esperar.

—Ya nos veremos —dijo y cogió su bolso. En la puerta se detuvo a calzarse y se fue.

Niza tardó varios minutos en reaccionar y esa quietud acabó por dormirlo. A las siete de la mañana se levantó. Se acercó al telescopio y echó un vistazo a las fachadas, acatando un ritual. Después se duchó con agua templada y se fue a desayunar a la cafetería del Eurobuilding, antes de dirigirse a la Moncloa para asistir al consejo de ministros de los viernes. De camino, en el coche, repasó la prensa. *Tiempo* cargaba un día más contra Solozábal. Era la guerra. Se recreó en la satisfacción por que todo estuviese saliendo según sus planes. La idea era desgastar a Solozábal día a día, hasta que se cayese por sí solo, al modo de una marioneta sin hilos. Por ahora aguantaba, pero la apariencia de fortaleza antecedió al derrumbe. Primero, imaginó, presionaban los afectados indirectos, los miembros del consejo, después las empresas con intereses compartidos, y, en última instancia, presionaba la familia, incapaz de soportar por más tiempo la vergüenza pública.

Niza envió un mensaje de amor al fuego a Gervais y acabó de leer el resto de la prensa, en la que ya no esperaba encontrar nada que lo distrajese realmente.

En la Moncloa, puso a Alvarellos al corriente de las novedades sobre Solozábal que no recogía la prensa, en concreto que ese mediodía, por ejemplo, el Banco de España anunciaría la apertura de una investigación para preservar el prestigio de Caja Nacional. En otro golpe de efecto, el gobernador del banco supervisor, en cuya lealtad Solozábal siempre había confiado, también lo abandonaba.

—Si se marcha ahora, quizá aún pueda encontrar abiertas algunas puertas.

Alvarellos inclinó a un lado la cabeza, como «tal vez», y le contó que al día siguiente acudiría a Galicia y se dejaría hacer un par de preguntas por los periodistas. Por primera vez, dejaría que una estuviese relacionada con Solozábal.

—Me limitaré a decir que no formo parte del consejo de administración de Caja Nacional, pero que si fuese consejero de la entidad no tardaría un minuto en pedir explicaciones al presidente. Creo que eso ya es bastante decir.

Niza cogió una galleta y se la metió entera en la boca. La satisfacción era total. Alvarellos, a un metro de distancia, le sacudió una pelusilla de la solapa.

—Me gusta ver cómo se derrumban las torres.

—¿No te da un poco de pena? —preguntó Niza.

—No. Supongo que soy un desaprensivo.

Niza no lo creyó del todo. Desprendía aquella mirada imperfecta que se le ponía en muy pocas ocasiones, debajo de la que se adivinaba la tristeza, encerrada a cal y canto. Siempre creyó que Alvarellos se había prohibido mostrarse triste, y por tanto débil, a raíz de un luctuoso suceso del que fue víctima su mejor amigo en el instituto, hacía mucho tiempo. Ambos tenían dieciocho años, Alvarellos acababa de matricularse en la facultad de Derecho y Ubi, de Ubiaga, que era como lo llamaban, optó por estudiar Empresariales a la vez que se empleaba en el concesionario de Mercedes de su padre, en Las Rozas. Siguieron viéndose, al menos una o dos veces al mes. Un sábado quedaron para jugar un partido de tenis en el centro deportivo de La Chopera, en el Retiro. Ubiaga, que había empezado a fumar, no ofreció demasiada resistencia. Como en los dos primeros sets arrasó Alvarellos, jugaron dos más. Al acabar, Alvarellos insistió en tomar algo junto al Retiro, y después quedaron en hablar la semana siguiente y se despidieron. El domingo por la tarde la hermana de Ubiaga llamó a Alvarellos para contarle que su hermano había muerto. Ubi regresaba a casa en el coche de su padre, cuando en la propia urbanización, a medio kilómetro ya de casa, se atravesó un hombre delante del coche. Ubiaga frenó y un segundo hombre, con la cabeza cubierta, apareció por el lado izquierdo, abrió la puerta del conductor y lo acuchilló. Según la reconstrucción de la policía, necesitaban el vehículo para escapar tras haber robado en un chalé próximo. Su coche se había estropeado y Ubiaga tuvo la mala suerte de pasar por allí en aquel preciso instante. Fue

medio minuto de fatalidad. Después de acuchillarlo, lo trasladaron al asiento trasero y huyeron con él. En Leganés se saltaron un control policial y unos kilómetros más adelante abandonaron el coche en un descampado. Cuando la policía lo inspeccionó, encontró a Ubiaga ya muerto. Alvarellos tardó en recuperarse de aquella noticia. Pensaba que si hubiesen jugado un set menos, o simplemente no se hubiese empeñado en ir al Retiro, todo habría cambiado y su amigo no habría pasado en su automóvil por allí a aquella hora, y los ladrones no se habrían cruzado con él. Solo un set, o solo una coca-cola. Ubiaga fue el último gran amigo de Alvarellos, el verdadero, con el que hizo más cosas, con quien más intimó. En adelante, con los amigos que hizo después, Niza, Claudia Aibar o Alemany, siempre hubo una última barrera.

A las diez menos cuarto el Gobierno se encerró en la sala del consejo. Durante un par de minutos, los medios gráficos tomaron imágenes mudas. Cuando el personal de prensa y protocolo consiguió hacerlos salir, se aposentó un murmullo de expectación. Tras la reunión de secretarios de Estado del día anterior para acotar los asuntos que se tratarían ese viernes, se habían sucedido las llamadas entre ministros. Existía no poca curiosidad por el alcance del Avance del Plan de Privatizaciones que presentaría Niza. Solo era un documento de trabajo, confidencial por ahora, pero predecía algunas de las medidas más importantes que se iban a adoptar durante la legislatura.

Alvarellos tomó la palabra brevemente para explicar que el país se adentraba en una fase del ciclo económico que permitía que los mercados financieros y de valores absorbiesen un proceso de privatización más amplio que los llevados a cabo hasta la fecha por anteriores gobiernos.

—Hay que aprovechar esa circunstancia. Las cosas difíciles, por las que puedes ser recordado —dijo a modo de proverbio, en segunda persona—, en política hazlas al principio.

El presidente aportó algunas ideas sobre los beneficios de un Estado sin cargas, que deja en manos de la iniciativa privada la tarea de hacer negocios. Creía en la gente audaz y, complementariamente, en un Estado que actuaba de testigo viendo el espectáculo de las grandes empresas en acción.

Cedió la palabra al ministro de Economía, que esbozó mortificantes datos sobre los procesos de privatización que se habían dado en legislaturas pasadas, para referirse después a las empresas más relevantes que aún contaban con participación pública. Mencionó las joyas de la corona, mientras el resto de ministros lo observaban con un rictus durísimo e

inexpresivo.

En los meses venideros, si alguna circunstancia exterior no lo desaconsejaba, como una depreciación de la moneda o alguna crisis en sectores sensibles, el objetivo sería vender no todo, pero sí mucho, y con celeridad, ya fuese por adjudicación, subasta o en la bolsa mediante OPV.

—Vamos a dejar en manos privadas la casi totalidad de los sectores estratégicos.

En el marasmo de porcentajes que manejaba, se aventuró a prever unos ingresos en las arcas públicas de treinta mil millones de euros por la venta de participaciones en la primera legislatura.

—Esa cifra —enfaticó Alvarellos— es más del doble de la obtenida en las seis legislaturas anteriores, para hacernos una idea de qué estamos hablando. —Se cruzó de brazos y el repliegue sonó igual que una ventana que se cierra de golpe por una corriente de aire.

De un modo natural, no ensayado, Niza retomó su monotonía. La voz inmiscuida del presidente simplemente había funcionado como un énfasis, un coro, para aliviar la pesadez que inculcaba a las frases el ministro de Economía. El consejo cobró aspecto de mañana evaporada y poco a poco la atención de sus compañeros se rompió en abismos particulares. Ahí, en la lejanía que proponía cada hombre y mujer encerrado en sí mismo, Niza desgranó la estrategia de las privatizaciones. Pretendía que fuesen los mismos ciudadanos quienes adquiriesen las acciones, si bien garantizando que las empresas resultantes mantendrían un núcleo duro con participaciones en el capital. Puso el ejemplo del «capitalismo popular» que ya había inventado Margaret Thatcher. Esta estrategia provocaría la dispersión en la propiedad del capital, lo que a la postre daría escasa capacidad de influir en la gestión de las empresas a los titulares de la gran mayoría de las acciones. A la vez se cerraba el paso a la posibilidad de una nacionalización de la empresa privatizada por parte de gobiernos progresistas futuros, ya que causarían un grave perjuicio a un enorme número de ciudadanos. Aquel gobierno británico había decidido que el modelo de privatización ideal pasaba por que los ahorros de muchos ciudadanos buscasen refugio en la bolsa, mientras se creían dueños de algo sobre lo que en realidad decidían unos pocos.

El horizonte perdió su angostura cuando la voz de Niza decayó. Sus compañeros no fueron conscientes del final de su intervención enseguida. El final requirió de una breve pausa que lo antecedió, en parte porque

aclimatarse al silencio requería un silencio previo. La mañana se rehizo. Puesto que ningún ministro, salvo Niza, llevaba asuntos de especial relevancia ese viernes, todos consideraron que habían salvado la montaña. Lo peor había pasado, así que no cabía esperar sino un paseo casi triunfal hasta el momento en que Alvarellos levantase el consejo. Cada uno tomó la palabra cuando le correspondió para liquidarla. Eran humanos. Luchaban para huir y vencieron. Al mediodía el presidente dio por finalizada la reunión. De pronto, ninguno tenía ya prisa y compartieron un pequeño aperitivo servido por presidencia.

Solo el ministro de Economía abandonó la Moncloa con prisa, sin apenas despedirse. Desapareció portando su maletín de ministro y otro más grueso, de color negro, en dirección al aeropuerto. Pep Batlles i Pla, con quien debía encontrarse, acababa de salir a su vez desde la sede central del Banco del Norte. Llegarían casi al mismo tiempo. Niza calculó qué hora sería en Washington para llamar a Carroll, que esa noche partía con su hija hacia España, después de varios aplazamientos. A estas alturas, él sabía que el reencuentro familiar desempolvaría, tras la engañosa alegría del principio, el invariable fracaso. La convicción había hecho un lento viaje desde la orilla contraria, cuando llegó a creer que la reagrupación familiar restituiría la antigua felicidad, aplazada, o asesinada, cuando aceptó el cargo de ministro.

Dubitativo, creyó que era temprano para que sonase el teléfono en Estados Unidos. Había olvidado decirle que pasaría el fin de semana en Londres con el presidente del Banco del Norte. Carroll había hecho planes justamente para el sábado, tras mes y medio sin verse, así que no sabía cómo iba a tomarse que no apareciese hasta el domingo, ya de noche.

Padre y madre habían sufrido para convencer a Adriana de que se podía ser feliz en Madrid y de que apenas se relacionase con su nuevo entorno, y al hacer amigas, echaría muy poco de menos Washington. Eran ficciones, pero cómo sobrevivir sin ellas. Los días sometían a las personas a la imperdonable dictadura del cambio. De pronto estabas bien y más de pronto todavía estabas fatal, sometido a la obligación de tener otra vida, en un sentido imprevisto, radical. Carroll y, con menos convicción cada vez, Niza habían intentado persuadirla de que a veces era bueno cambiar de aires, seguir siendo uno mismo, pero aplicando variaciones, unos días pequeñas, como cambiar de sofá o poner una lámpara donde había una bombilla, y otras considerablemente más grandes, como hacerse con un domicilio en otro país

a miles de kilómetros.

Finalmente llamó a Carroll, por suerte saltó el contestador y se limitó a dejar grabado un mensaje pausado, en el que explicaba que era de vital importancia que saliese de inmediato hacia Londres, sin mencionar por qué. Le recordó que habría personal del ministerio para recibirlas en el aeropuerto y acompañarlas a casa. Se despidió diciéndole que tenía muchas ganas de verlas y que estaba seguro de que en Madrid iban a ser muy felices los tres. Lo dijo con una voz ajena, impostada, que ocultaba la corazonada de que el matrimonio se rompería más pronto que tarde.

La llamada lo sumió en un alivio artificial, que le hizo creer que lo pesaroso quedaba atrás. En ese momento le bastó. La cercanía del aeropuerto le insufló más ánimos todavía. Adoraba los paisajes contruidos por el hombre, llenos de asfalto y automóviles y señales de tráfico. Todo junto transmitía la idea de que la vida estaba formada por desconocidos que todo el tiempo se esforzaban por seguir su camino solitario. Se dirigieron a la Terminal de Aviación General, desde la que partían los vuelos privados. Pep Batlles i Pla lo estaba esperando en el jet privado del banco.

Se conocían desde hacía muchos años. Ya no recordaba cuántos, pero muchos en todo caso, suficientes para tenerse confianza y hacerse confianzas que sabían que nunca saldrían de su círculo. Pep Batlles i Pla, que ya había cumplido los setenta años, en su día había mantenido algunos negocios con el padre de Alvarellos. Se rumoreaba que el reciente ascenso de Batlles i Pla a la presidencia del banco, solo una semana antes de la formación de gobierno, aunque necesario y natural tras quince años ocupando la vicepresidencia, había estado alentado por el propio Alvarellos. La cúpula de la entidad había sabido interpretar los resultados electorales. El ascenso de Batlles i Pla había tenido mucho de inercia, pues se trataba de la persona más próxima al núcleo del Partido Conservador. El proceso no estuvo exento de tensión. Cuando llegaba lo nuevo y empujaba a lo viejo, siempre se desencadenaban fricciones. Enseguida todo lo que perdía su lugar lo encontraba de nuevo, y donde existió turbación, se impuso la calma.

La paz que cayó sobre el fragor, igual que un pie aplasta una hormiga, de manera inevitable y cruel, fue aprovechada por Batlles i Pla para, entre otras cosas, adquirir un rutilante avión privado, a disposición de la cúpula. Niza descendió del automóvil y vio ante sí un Bombardier Global Express de fabricación canadiense. Era una aeronave a reacción de treinta metros de

longitud, pintada con los colores corporativos del banco. Batlles i Pla salió a recibirlo, y, tras él, el comandante. Niza no supo resistirse a un comentario de orden general y económico.

—Cuarenta millones de euros bien invertidos.

Batlles i Pla espantó la cifra. Cuarenta millones eran números en un papel. Prefirió centrarse en algo más mundano y vertiginoso, así que se refirió a la velocidad:

—Supera los novecientos kilómetros por hora y tiene una autonomía de unos nueve mil trescientos kilómetros. Es perfecto para hacer negocios en el aire, así que haz el favor y ponte cómodo. —El banquero extendió el brazo para que Niza imaginase el confort y el lujo del interior. La mirada del ministro obedeció hasta llegar a lo que parecía un Braque tremendamente auténtico. La pintura pertenecía a la serie sobre mesas de billar con las que el artista había experimentado a finales de los años cuarenta.

—Un Braque —confirmó el presidente del Banco del Norte al advertir que llamaba su atención—. Es magnífico. A veces olvidamos que este señor fue el primer pintor vivo en exponer en el Louvre.

—Creo que te voy a subir los impuestos.

El comandante los informó de que en breve recibirían permiso para despegar, y les pidió que por favor tomasen asiento y se abrochasen los cinturones. Las condiciones atmosféricas serían buenas y en Londres los esperaba una temperatura agradable de veintitrés grados.

Quince minutos después despegaron. Ni siquiera fueron conscientes del momento en que el Bombardier se separaba del suelo. El presidente del Banco del Norte era un hablador nato, sin llegar a ser cansino, y contribuyó a la distracción de la maniobra de despegue.

Los planes para el fin de semana incluían la asistencia esa tarde a una de las semifinales de Wimbledon y el domingo a la gran final. El sábado cenarían en el restaurante de Gordon Ramsay, en Chelsea. Niza se había hecho asiduo durante el período que dirigió Bening Warren en Europa, y cuando viajaba a Londres buscaba siempre el modo de hacer un hueco para visitar el restaurante. En realidad, su apartamento londinense se encontraba solo dos calles más arriba del local y en aquella etapa al menos dos o tres veces al mes acudía a cenar. Había acabado haciéndose amigo de Ramsay, que por otra parte vivía en su mismo bloque de apartamentos. A Niza le gustaba exagerar y decir que se había propuesto llegar a beber algún día las

treinta páginas de la carta de vinos.

Batlles i Pla tenía el tenis por un deporte aburrido. En general, los deportes le producían fastidio, aunque asistiese en directo. Pero Niza insistió, y las últimas quejas, ya dentro del avión, no sirvieron de nada. Disfrutarían de dos vibrantes citas tenísticas.

Cuando el Bombardier estabilizó altura y adquirió velocidad de crucero, la tripulación les sirvió un Château d'Yquem con una tarrina de fuagrás de oca de los Tres Emperadores y un queso de Roquefort afinado de una granja de Auvernia.

La felicidad a veces se construía por el método de reunir mayúsculas.

—Esta botella cuesta quinientos veinticinco euros —dijo Batlles i Pla, que la apesó en una mano, insinuando que sujetaba un secreto importantísimo. Admitió implícitamente que para cuestiones de comer o beber no le importaba descender al embarrado terreno del dinero.

—Me alegra saber que te has vuelto un bebedor comedido.

—No quiero que me pase lo que a Guillermo Goicoechea.

—No sé de qué hablas.

—Compró una botella de d'Yquem de 1816 en una subasta en Christie's. Pagó veinte mil euros, no fue una tontería. Yo lo sé porque me lo contó el propio Goicoechea. Estaba colocando la botella en una caja protectora, en una pequeña bodega a la que solo tiene acceso él, cuando se le escurrió y se rompió un trozo de cuello. Se le derramó muy poquito, pero imagina el drama. Hablamos de un vino tan antiguo que puede morirse por entrar en contacto con el aire. Era la única botella de la añada de 1816 conocida. Inmediatamente llamó a la enóloga jefa de Château d'Yquem, que le pidió que trasvasase el vino a una botella nueva, procurando que el líquido no entrase en contacto con el nuevo tapón. Esa misma tarde movilizó su avión y se presentó en Burdeos, donde los enólogos de d'Yquem confirmaron que el vino era original y determinaron que estaba en buen estado. Es posible que esa botella ya cueste cuatro veces más.

—Magnífico —dijo sin demasiado interés—. Pero ¿por qué no hablamos de negocios?

Batlles i Pla abrió los brazos, sugiriendo que siempre era un buen momento para mantener esa clase de conversaciones.

—Tenemos que alcanzar un acuerdo para nombrar a los nuevos presidentes de las empresas públicas en las que tenéis títulos de propiedad, y que son

todas las más importantes, en los sectores estratégicos. Alvarellos quiere a Alemany al frente de Telecom y a Entenza en Petrolesa, como ya te adelanté, y le gustaría que los nombramientos se produjesen antes de dos semanas. Pero no desea hacerlo sin antes contar con vuestro respaldo.

—No tenemos nada en contra de Alemany ni de Entenza. Hace dos años yo mismo intenté fichar a Alemany, que prefirió irse a London Group. Su trayectoria está más que acreditada, creo que podremos ganar todos con esa designación. Son personas de absoluta confianza de Alvarellos y el Gobierno tiene capacidad para sacar adelante sus nombramientos. Nada que decir por nuestra parte. Lo que nos interesa es que esas personas tengan capacidad para trabajar en equipo, concertando las decisiones, de modo que gobierne una cúpula, no una persona.

—Estamos receptivos a la idea de constituir un nuevo núcleo duro en cada empresa. Vosotros poseéis una participación relevante, eso debe ser tenido en cuenta, y ponderado. Tal vez en medio año, incluso menos, podríamos estar abriendo los procesos de privatización, pero primero queremos que se designe a los nuevos presidentes y después que estos dirijan el proceso en nuestro interés.

—¿Habéis resuelto la forma en la que se harán las privatizaciones?

—Queremos que las acciones se destinen mayoritariamente al inversor minorista, lo que le restará cualquier capacidad de influencia.

—Me parece bien —afirmó con la cabeza—. Pero eso no evitará del todo que se formen algunas mayorías con capacidad de influencia en los consejos de administración. —El matiz condujo a Batlles i Pla a la botella de Château d'Yquem. Sirvió una copa más para cada uno.

—Por supuesto, y por eso aceptaríamos el acuerdo para reorganizar ahora las cúpulas, empezando con Telecom y Petrolesa, y que Alemany y Entenza se rodeen de nuevos consejeros, cuya parte vosotros designaréis en la medida que os corresponda, y que entre todos dispongan las medidas que hagan falta para dejarlo todo atado. Estoy pensando en un cambio de los estatutos, por ejemplo, como la obligación de llevar tres años en el consejo para ser elegido presidente, o bien lograr el apoyo del ochenta por ciento del consejo, que garantizaría que la privatización posterior no modificase sustancialmente el mapa de poder.

La mirada de Batlles i Pla quedó flotando en el aire, con el Braque de fondo, y a continuación acercó su copa a la de Niza para brindar.

Se entendían.

Niza se apartó de la mesa y se dejó abrazar por su asiento, al fin relajado. Apuró la copa y regresó al Château d'Yquem igual que a un lugar hermoso, pero ajeno. No era un devoto de los blancos licorosos. Sin embargo, lo bebió con apasionamiento. En la vida uno aprendía a estar de acuerdo con las cosas que lo desagradaban. Era una cuestión de modales, de aceptar como agradable lo odioso.

A las dos de la tarde aterrizaron en Londres. Los esperaba el embajador. Vestía de negro y sostenía un sobre en la mano.

DIECISÉIS

Olmo se miró las manos y apretó una contra la otra. Le sudaban como un grifo estropeado. Era así desde la adolescencia, no necesitaba estar nervioso, solo en una tesitura que requiriese atención, de las que había docenas a lo largo del día. Intentó pensar en otra cosa, o mejor en nada, para no fijar en ella la atención y seguir dando vueltas alrededor del sudor. Observó el salón de la casa con una admiración lejana, solo fascinado por su tamaño y las vistas, aunque también por la sensación de lujo, pese a estar casi vacía y sin ninguna clase de lujo a la vista, salvo el que se intuía en algunos de los cuadros. Desde su asiento distinguía la Puerta de Alcalá detrás de las cortinas, que de vez en cuando parecían moverse, e imaginaba que había alguien desnudo y oculto tras ellas. Claudia Aibar le preguntó si le gustaba. Era evidente que sí, pero quería oírsele decir. A ella le fascinaba.

—¿De quién es el piso, si puede saberse?

Aibar sonrió como una mujer culpable y se encogió de hombros.

—De César Riezu —confesó, toqueteándose el pendiente de oro blanco y brillantes de su oreja derecha—. Pero no vive aquí. Es un refugio.

—Entiendo. —Olmo dejó caer su escepticismo al suelo a propósito—. Recuerdo que cuando yo era un niño los refugios consistían en una casa de madera en lo alto de un árbol, de la que te caías y te rompías un brazo por primera vez.

Aibar adivinó la dificultad del acuerdo, entre otras cosas porque al representante del sindicato Fuerza le gustaba llevar por fuera precisamente su escepticismo. Debía verse que, cuando los demás creían, él desconfiaba. Se animó pensando que habría algo en lo que Olmo, y cualquiera que formase parte del consejo, siempre creería. Ese algo era seguir formando parte del consejo, en mejores condiciones si cabe. El consejo equivalía a una forma de superstición agradable incluso para quienes aborrecían las supersticiones o

formar parte de los consejos de administración.

Aibar necesitaba el apoyo de los dos representantes del sindicato. Acaso sus votos no resultasen relevantes para votar la destitución de Solozábal la semana siguiente. Eso requería once votos, que ya tenía. Pero después vendría la votación para decidir quién lo relevaba y once votos no bastaban; precisaba al menos catorce.

Olmo buscó un cenicero o algo que indicase que allí se podía fumar. Como solo le quedaban tres cigarros, los extrajo y usó la cajetilla para arrojar la ceniza. Le ofreció uno a Aibar, que lo tomó por instinto, descubriendo en ese instante que fumar un par de veces al año no complicaba la vida en ningún sentido.

Después se levantó y desapareció en dirección a la cocina, de donde regresó con dos botellas de agua que había encontrado en la nevera y un plato, para mejorar el cenicero.

Esta vez se sentó enfrente de Olmo y, dado que odiaba el suspense, y que las cosas durasen más de media hora, tal vez por la influencia que con los años Alvarellos había ejercido sobre ella, empezó a detallar sus intenciones, empezando por lo que su compañero en el consejo de administración seguramente ya suponía.

—Nos parece que Solozábal no puede seguir presidiendo la caja. —Usó una misteriosa primera persona del plural que en absoluto extrañó a Olmo, que situaba a Alvarellos y Niza al frente de aquella operación.

La situación de Solozábal se había vuelto insostenible tras las informaciones que aparecían en la prensa desde hacía una semana y que eran demoledoras no solo para Solozábal, puntualizó, sino para los intereses de la caja.

—Solozábal, de hecho, me trae completamente sin cuidado.

El problema era que, con él al frente, cada una de las revelaciones de *Tiempo* representaba una vergüenza que también afectaba al resto del consejo de administración, pues tenía la potestad de cesarlo y no lo hacía.

—Se está desprestigiando, por contagio, toda la cúpula de la entidad. Tú, yo, el resto, todos. En el fondo, lo estamos amparando. Y por encima de todo está el nombre y el prestigio de la caja. Algo habrá que hacer, ¿no crees?

Olmo mantuvo un silencio táctico, al que ella respondió con el suyo, en un intercambio casi tenístico del uso de la palabra.

—Voy a suponer que quieres ser la sucesora de Solozábal.

—Aciertas. Cuento con los votos del Partido Conservador, ya te imaginarás, y con el apoyo de los dos representantes del Partido Nacionalista de Cataluña, y desde ayer también con los dos votos de Nueva Izquierda.

—He contado trece votos.

—Por eso estamos aquí.

—¿Qué pasa con el Partido Progresista?

—No me cierro esa puerta, pero prefería un socio menos numeroso. Los progresistas siempre acaban arrepintiéndose de las decisiones que toman por una especie de mala conciencia. Por otra parte, es un partido con una estructura de barones e intereses que dificulta alcanzar acuerdos. Antes de conseguir entenderme con ellos necesitaría que previamente se pusiesen de acuerdo entre sí. Pero están ahí.

—Ya.

—Quiero tu apoyo y el de tu compañero. Pero no lo quiero gratis, lógicamente. Estoy dispuesta a firmar un acuerdo confidencial, cosa que no he hecho con Nueva Izquierda. Estamos aquí para negociar tranquilamente, sin dejar rastro de la reunión. Por mí, hoy no nos hemos visto. Me gustaría salir de este piso, no sé a qué hora, ni siquiera si a una hora del día de hoy, con ese documento firmado. Hay teléfonos en cada una de las habitaciones, por si los necesitas. Elige la que quieras, habla con quien tengas que hablar, y preséntame una propuesta. Negociemos. ¿Lo ves factible?

—No lo veo imposible —dijo y se levantó. Se desprendió de la chaqueta y la arrojó sobre un sofá como si no fuese una parte de sí mismo, sino una mancha del pasado. Después sacó su teléfono y se perdió en dirección a una de las habitaciones, donde se encerró.

Aibar se quedó en el sofá, balanceando una pierna sobre la otra y mirando la chaqueta de pana de Olmo. Estaba tan gastada en los puños y en el cuello que daba pena. Cuántos años tendría, se preguntó. Poseía un vetusto encanto. Uno se encariñaba con ciertas prendas inevitablemente, les tomaba tanto cariño que no apreciaba si estaban viejas. A ella le ocurría con uno de sus abrigos. Ansiaba la llegada del invierno solo por el placer de vestirlo, sacrificando los infinitos defectos de esa época del año. Era *su* abrigo. Un buen abrigo, o un abrigo amado, y un corte de pelo reciente, con el correspondiente peinado, eran las cosas que más amparo podían llegar a darle en un día en que nada le daba amparo. Cuando se lo ponía, se sentía poderosa. No cambiaría aquel abrigo por nada, ni por otro abrigo

absolutamente igual, nuevo, con los bolsillos llenos de dinero; a ella le gustaba viejo. Quizá Olmo sintiese lo mismo hacia su horrenda chaqueta, pensó.

Regresó a la cocina y abrió algunos armarios en busca de algo que pudiese comer rápido. El efecto del sándwich que había tomado a mediodía, a toda velocidad y mal, se había acabado, y otra vez tenía hambre. Encontró una bolsa de patatas. Aquello la aliviaría. Estaba lo bastante cocinado para ella. Era la clase de comida que había siempre en su casa. No creía en las comidas elaboradas con sus propias manos. Nunca se le había dado bien y había asumido que comer bien era algo que siempre sucedía fuera. Había renunciado a las citas caseras, a eso que estúpidamente se llamaba «cena a la luz de las velas». Aborrecía los encuentros en el hogar, y si tenía que seducir a alguien, o dejarse seducir por alguien, había que cenar en un restaurante.

La alertó el sonido de su móvil. Descolgó y se vio amparada por la voz de Alvarellos.

—Es el primer momento del día que dispongo de unos minutos libres para hacer una llamada —dijo el presidente, sin saludar—. Ha sido una mañana de locos; con comida de trabajo incluida. No quieras ser nunca presidenta del Gobierno. Cuéntame algo vulgar, de lo que no dependa el mundo, o al menos España.

—Llevo un vestido corto y mi perfume de siempre, he dormido fatal, me duelen los pies, mi exmarido me manda mensajes en mitad de la noche, se le está acabando la batería a mi teléfono y mañana iré a una misa cantada por Enrique Morente, en Santiago. ¿Te vale?

—Me congratias con la vida ordinaria. ¿El vestido es muy corto?

Esa mañana se había reunido con el rey de Arabia Saudí. En un acto protocolario, y algo embarazoso, porque toda la cultura islámica lo era, habían escenificado el acuerdo para que VHS, en consorcio con otras empresas, construyese el que iba a ser el edificio más alto del mundo, en Riad. Alvarellos le contó que el monarca saudí le había regalado una capa de pelo de camello llamada *bisht*, bastante horrible, que le habría sentado bien si hubiese sido de su talla y no para un hombre de dos metros y ciento veinte kilos.

Aibar echó un vistazo al pasillo para comprobar que Olmo seguía encerrado.

A cambio de la *bisht*, Alvarellos agasajó al monarca con una selección de

documentales de la National Geographic, por cuanto el cine estaba prohibido en Arabia Saudí. Él había propuesto una buena colección de películas de los años cuarenta y cincuenta, pero el ministro de Asuntos Exteriores y también la casa real lo desaconsejaron. Podría tomarse por un gesto de descortesía. Aunque a Alvarellos no le cabía duda de que el monarca veía toda clase de películas.

—Y tú, ¿dónde estás?

Aibar se quitó los zapatos, que le producían menos dolor que melancolía. Los alineó al lado del sofá y después volvió a espiar el pasillo.

—Yo estoy encerrada con Olmo, comiendo patatas fritas caducadas mientras él habla por teléfono con no sé quién, intentando articular una propuesta.

—En España siempre ha sido relativamente fácil alcanzar consensos duraderos entre posiciones muy alejadas a cambio de que todas obtengan un provecho que perjudique a los demás. Sé generosa.

—Me ha hecho ver que el acuerdo es posible.

—Y tanto. Lo que va a pasar es que Fuerza querrá erigirse en salvador de la caja y te presentará una de esas propuestas magníficas encaminadas a que la institución dure otros cien años, con la que se asegure que nunca se privatizará. Querrán ser los garantes de que la entidad no acabe en manos de unos particulares multimillonarios y desaprensivos, buitres. En realidad, lo que intentan preservar es su puesto en el consejo de administración. Me sé su discurso de memoria. Diles que sí, hazles sentirse importantes, pero rebaja un poco sus pretensiones, y para compensarlo dale algo que lo beneficie a él y a su compañero, y que no estaba recogido en su propuesta.

Quedaron en hablar por la noche y se despidieron. En una de esas constataciones brutales que se producen cuando uno se da cuenta de que está en el mundo, Aibar descubrió que tenía que ir al baño inmediatamente. Pasó de una ausencia total de ganas a la desesperación. Al regreso, tras sus pasos descalzos, y más ligera, reparó de nuevo en la chaqueta de Olmo. No supo resistirse a cogerla y probársela. Entre tenerla puesta y deslizar una mano en los bolsillos, en tentación infantil, había solo un pequeño paso, que dio. En uno de los bolsillos exteriores descubrió una hoja de papel doblada. La extrajo y la desplegó. Se trataba de un dibujo coloreado por alguien de seis o siete años. Representaba a un adulto jugando al fútbol con un niño al lado de una casa con puerta, dos ventanas y chimenea, que humeaba otoñalmente.

Supuso que el adulto de la foto podía ser Olmo y el niño, su hijo, aunque ni siquiera sabía si tenía hijos o estaba casado o divorciado, después de cuatro años tomando decisiones conjuntas y acudiendo a comidas y consejos de administración.

Devolvió la hoja doblada a su sitio. En el bolsillo interior tanteó la forma de una cartera. Vigiló el pasillo, por si aparecía Olmo, y la sacó. Pesaba como si ocultase en el forro un lingote de oro. Encontró todo lo que hay a menudo en una cartera, carné de identidad, permiso de conducir, tarjetas de crédito y pequeños papelitos, decenas de ellos. Había un par de recibos, una entrada para el Teatro Real, el resguardo de una tarjeta de embarque de un viaje entre Roma y Madrid, el abono de Las Ventas, una nota manuscrita en un pólit con un nombre que no le sonaba de nada y un número de teléfono.

En ese instante escuchó cómo cedía el tirador de una puerta al fondo del pasillo. Devolvió la cartera al bolsillo y se quitó la chaqueta todo lo rápido que pudo. Se cayó al suelo. Pensó que no tendría tiempo de recogerla sin que Olmo la sorprendiese con ella en la mano. Oía ya sus pasos muy cerca, a punto de doblar el salón. En el suelo la chaqueta se hacía una presencia más extraña que en su mano, porque ¿cómo había acabado ahí? Por suerte para ella, Olmo entró en el baño y Aibar dispuso de tiempo para recoger la chaqueta.

Habían transcurrido veinte minutos. Olmo traía un folio garabateado en la mano. Claudia se calzó y se dirigió a la mesa en la que había dejado su bolso, del que sacó una libreta forrada en piel negra. La tarde adquirió la extraña forma de una madrugada coja, pese a la luz blanca que entraba por las ventanas y el calor que se intuía al otro lado de los cristales, impenetrables. Olmo explicó la posición ideológica del sindicato antes de leer una a una sus demandas. Su voz sonaba a hojas caídas de un árbol. Enfrente, Aibar recibía su discurso sin asentir ni ceñir los ojos, en una forma de autodefensa, y escuchaba con un gélido interés de qué manera copiada se cumplían los presagios de Alvarellos. El sindicato, en efecto, exigía que la caja no se privatizase bajo ninguna circunstancia, y para quedar claro que les preocupaba el futuro, apoyarían a Aibar si cumplía con una serie de condiciones que apuntalasen la posición del sindicato. Mencionó la participación directa en los órganos de gobierno y su presencia en la comisión ejecutiva de la entidad y en las empresas en las que tuviera participación.

Fue enunciando punto por punto el precio del acuerdo, con una mención nebulosa a «las remuneraciones», que deberían «ajustarse», y a las «medidas materiales encaminadas a facilitar la participación de los consejeros en sus responsabilidades», y a «resaltar el perfil institucional de los altos cargos». Menos entusiastas fueron las referencias al compromiso de impulsar políticas en distintos sectores: el inmobiliario, las telecomunicaciones, la energía, el agua o los seguros. Olmo se volvió aburrido paulatinamente. Al llegar al final, quiso remontar todo el hastío de golpe:

—A título personal, me gustaría ocupar una vicepresidencia.

Aibar, que había ido tomando nota en su libreta, escribió esa última petición y la encerró en una nube. Le imprimió tanta fuerza al bolígrafo que la tinta no salió.

Aquel modo timorato, y precisamente al final, con que había pronunciado «a título personal», la llevó a temer que encerraba una petición tan particular que posiblemente no la había discutido con sus compañeros.

—¿Alguna cosa más?

—Esto es todo.

Aibar dejó transcurrir unos teatrales segundos, casi de duelo, y al cabo empezó por decir que no veía las dificultades de recoger las condiciones del sindicato; le parecían hasta sensatas, bromeó. En cuanto a las remuneraciones a las que él se había referido, y que adolecían de concreción, Aibar expuso su oferta, que incluiría tres tipos de dietas: por asistencia al consejo de administración; por pertenecer al consejo de la corporación y por formar parte de otros consejos externos. Esa suma daba una remuneración anual de ciento sesenta mil euros.

—Si no me equivoco, eso sería el doble de lo que estáis cobrando ahora tú y tu compañero.

Olmo solo supo decir que sí moviendo la cabeza con una parsimonia que quería ocultar su sorpresa sin conseguirlo del todo. Aquellas eran cifras muy satisfactorias.

—Al final de cada ejercicio propondré una revisión de las remuneraciones, siempre al alza, y tan pronto acceda al puesto, habilitaré tarjetas de crédito para los consejeros con un margen de gasto amplio sin necesidad de justificar, además de mejorar los gastos de movilidad, representación, y un largo etcétera.

Aibar se tomó un respiro de dos segundos e inesperadamente añadió:

—Comprenderás que no pueda aceptar la condición de la vicepresidencia. Si lo hiciese, esa decisión implicaría perder el apoyo no solo de Nueva Izquierda, sino posiblemente el de algunos de los consejeros del Partido Conservador. Te propongo compensarte, a título personal, con otra consejería externa a las ya previstas, de modo que tu remuneración ronde los ciento setenta mil euros. Yo creo que es muy razonable. A menos que prefieras hablar con los órganos del sindicato para buscar otra compensación a esta salida, digamos, particular que yo te ofrezco.

Olmo era consciente de que acababa de conseguir más de lo que el sindicato esperaba, incluso más de lo que él perseguía, por mucho que su ambición de ser vicepresidente decayese. Esa condición desesperada estaba más destinada a garantizar que todas las otras fuesen aceptadas que a que ella misma se hiciese realidad.

La madrugada volvió a dar paso a la tarde. Se desarrugó. Redactaron las cláusulas definitivas, que hubo que rehacer varias veces. Cuando las hubieron pasado a un ordenador, las imprimieron y firmaron. El día se volvió una promesa cumplida a la hora en que Olmo se puso la chaqueta y, antes de rubricar el acuerdo con un saludo, se secó en ella las manos.

Aibar se quedó un rato a solas en el piso, imaginando lo que implicaba aquel acuerdo. Su vida estaba a punto de cambiar, y de qué manera. Tenía la presidencia de Caja Nacional en bandeja, a una semana vista. La imagen poseía tal densidad que al pensarla sintió que se le hinchaba la cabeza, en un efecto agradable, no exento de vértigo. Como si tanta felicidad la amenazase con hacerla infeliz, se decidió a tomar el teléfono y llamar a Solozábal. Le propuso verse esa misma noche.

—Es urgente; tengo que comunicarte algo —le advirtió.

—Estaré en la sede todavía una hora más; pásate si quieres.

Aibar abandonó el piso de Riezu y, al bajar en el ascensor, volvió a pensar en Lucas Zúñiga. Ahora menos que nunca iba a consentir que su exmarido la atosigase. De repente, emergió el viejo odio. Quizá había llegado la hora de acabar con él definitivamente.

Esa noche, su teléfono se quedó sin batería. No lo conectó a la red eléctrica hasta la mañana siguiente. Al hacerlo, entraron diez llamadas perdidas, muchas de ellas, de una amiga de su madre. La noche anterior, después de mantener una tensa reunión con Solozábal, y mientras dormía en su cama, sola y aliviada, su madre había sufrido un derrame cerebral al subir las

escaleras del dúplex de su amiga en Santander. Una hora después, cuando la ambulancia llegó al hospital, murió.

DIECISIETE

El neumólogo observó a Alicia y Horacio Varela y vio cómo el matrimonio se agarraba de la mano con intensidad, no con fuerza. Estaban unidos el uno al otro por el amor y en ese instante también por el miedo. Se transparentaba la energía viajando de un cuerpo a otro. Quizá el amor fuese una forma más de luz y de ahí su velocidad. Sus dedos se entrelazaban hasta formar algo semejante a una flor en el dintel de una catedral. Ella parecía tranquila, ida, ajena a lo que pudiese decir su médico sobre su salud; preferiría estar en su casa viendo la televisión y recibir el diagnóstico por carta o en un telegrama o a través del horóscopo del periódico. En cierto modo ya sabía qué iba a decirle el neumólogo, incluso había conseguido olvidarlo. Para saber qué iba a pasar en el futuro ella se aplicaba siempre a la tarea de imaginar que ya todo había salido mal. En cambio, Horacio fijaba tanto la atención en el médico que transmitía la impresión de estar memorizando los gestos del especialista para recordarlos años después. Con la mano libre de vez en cuando se tocaba la oreja, de la que sobresalían unos pelillos largos y negros, o la nariz, o se frotaba los ojos o las arrugas de la cara. A diferencia de su mujer, él no quería olvidar.

El neumólogo hablaba despacio. En un tono suave y pausado, que levitaba en las frases, les explicó que la punción había confirmado la presencia de carcinoma en el vértice pulmonar derecho, que había acabado por afectar a la pared torácica y a la base del cuello. Eran muy malas noticias.

—Alicia, habrá que solicitar cita con oncología.

Pero Alicia miraba más allá del neumólogo, de su consulta, del edificio, más allá de la ciudad y, desde luego, a través del cáncer, que seguiría siendo invisible a sus reflejos. Miraba más allá de la vida. Sin embargo, Horacio sintió que el corazón se desenganchaba y caía dando trompicones hasta el zapato derecho. Ya había soñado en las últimas dos semanas que todo

conduciría a ese punto: la metástasis. Antes de que el médico de cabecera encargase la analítica y la radiografía del tórax, y advirtiese una extraña sombra en el pulmón, él ya sospechaba que sus apacibles vidas esperando la jubilación habían llegado a su fin. Lo que más frustración y desconcierto le provocaba era cómo el cáncer, para pasar desapercibido, había elegido un inofensivo dolor de brazo. Esa indefensión, o engaño, era horrible.

A medida que el neumólogo explicaba que en los próximos días tendrían una reunión con un equipo multiprofesional formado por oncólogos y cirujanos, para marcar el tratamiento a seguir, Horacio imaginaba el calendario del declive. Cada poco habría un empeoramiento en su estado de salud, seguido de un período estable, que tal vez les haría albergar esperanzas, y entonces se produciría otra recaída, hasta que un día Alicia no pudiese salir de casa, y después no consiguiese abandonar la cama, y aún más tarde ni siquiera comer o beber por sí misma. Para cuando el doctor mencionó las palabras radioterapia y quimioterapia, Horacio Varela ya se había extraviado dentro de su propia cabeza.

A mediodía abandonaron la consulta. Ahora que los dramas sin solución de la vida diaria tenían más que ver con ellos que nunca, repararon en la sala de espera y vieron en cada uno de los pacientes que aguardaban su turno un reflejo de sí mismos. Nada de aquello les era ajeno. Horacio reparó en un hombre de unos setenta años con una cara familiar. Se le hizo lejanamente conocido, pero lo despistó que no hubiese reaccionado al verlo a él. De hecho, apartó la cara, en clara negación del saludo, y Horacio advirtió la indiferencia. Apretó la mano de Alicia para que se fijase en aquella presencia, pero el apretón solo la desorientó. Avanzaron. Él se volvió para asegurarse de que no se había equivocado al reconocerlo.

—¿Lo has visto? —preguntó cuando entraron en el ascensor.

—¿Ver a quién?

—A Flores.

Alicia arrugó la frente y entrecerró los ojos. Horacio le explicó que se trataba de tal y cual señor. Ella lo detuvo, para ahorrarle palabras. Sabía perfectamente quién era Flores. Simplemente, le extrañaba que fuese él. Se había ido de España hacía demasiados años. Se le haría difícil reconocerlo ahora. Pero es que además, ¿qué iba a hacer Flores allí?

—¿Es que también va a tener cáncer? Qué causalidad.

Horacio se quedó en silencio mientras salían del ascensor, tal vez

calculando las probabilidades.

—Era él —dijo convencido al poner los pies en la calle.

No le importaban los años que pasasen. Él no olvidaba una cara jamás. Aunque no la hubiese visto más que una vez y a gran velocidad. Es más, aunque no la hubiese visto nunca. Él no necesitaba ver, se dijo. Alguna vez, cuando eran más jóvenes y se preguntaban el uno al otro qué les habría gustado llega a ser, al menos en ese instante en el que jugaban, Horacio respondía que algunos días le apetecería ser ciego y experimentar el mundo sometido a las referencias que empleaba cualquier invidente.

—Pues yo digo que no era Flores.

—¿Damos la vuelta y nos aseguramos?

Alicia se detuvo en seco y lo fulminó con la mirada. Fulminado y todo, Horacio se recompuso de los trocitos a los que lo redujo.

—Era él, y me torció la cara.

—Con más razón para irnos. No tienes por qué aguantar desplantes de nadie.

—A lo mejor no me reconoció.

Regresaron a casa en un taxi, sin dirigirse la palabra. No hacía falta. Horacio no soltaba su mano y esa era su conversación. Podían estar días enteros hablando de ese modo. Pero por dentro, el hombre mantenía un diálogo incansable consigo mismo. La figura de Flores le explotó dentro de la cabeza, se derramó igual que un vaso de agua. Recordó cuando hacía treinta años había cerrado el bar Provincial y puesto rumbo a Miami, donde vivía uno de sus dos hermanos. Desde entonces había vuelto solo alguna que otra vez. La última que Horacio conseguía recordar había sido hacía quince años, más o menos. En ese reencuentro, pues se tenían por amigos, Flores le contó una historia sobre su hermano, recién fallecido, quien antes de establecerse en Miami había vivido durante muchos años en Cuba. En 1960 se trasladó de La Habana a Santa Clara para estudiar mecánica, y un día conoció al Che Guevara. El comandante se presentó en la escuela y dijo que necesitaba ingenieros hidráulicos para realizar obras a lo largo del país. A quienes mostraron interés les ofrecieron la oportunidad de estudiar en la Unión Soviética. De ese modo el hermano de Flores acabó en Minsk, Bielorrusia, para aprender ruso durante un año y después cursar ingeniería. En la universidad conoció a un norteamericano casado con una amiga de una novia que se había echado por entonces. Hablaba bastante bien el español, que

había aprendido durante una estancia en Bolivia. Al grupo de cubanos en que se movía el hermano de Flores les parecía que aquel tipo bien podía ser un agente de la CIA. Un día desapareció sin despedirse ni dejar rastro. Se lo comió la tierra, o el aire. No volvieron a saber nada de él hasta finales de 1963, cuando mataron a Kennedy en Dallas y pusieron en la televisión y en los periódicos la imagen de su asesino, o su presunto asesino, y todos se quedaron muy sorprendidos porque aquel tal Lee Harvey Oswald era el mismo con el que el hermano de Flores y sus amigos alternaban en Minsk.

—Pero ¿aún estás pensando en eso? —Su mujer le tiró de un brazo y sofocó de repente su incendio. En su tono se adivinaba decepción.

En el taxi olía a pino muerto. El conductor intentó establecer algún modo de conversación, pero tardó poco en darse cuenta de que sería difícil. Alicia y Horacio hablaban en silencio y solo entre ellos, agarrados. En la radio informaban sobre una empresa a la que el Ayuntamiento de Madrid había abonado «más de tres millones y medio de euros en primeras piedras, folletos, relaciones públicas y regalos para publicitar algunas obras municipales», y el taxista lo atribuía a una «miserable campaña de desprestigio contra la alcaldesa». La falta de reacción de Horacio y Alicia lo fue apagando.

—Pare aquí, por favor, pare, pare —pidió de repente Alicia cuando el taxi pasaba por la glorieta de Bilbao.

El conductor aminoró la velocidad hasta detenerse poco después. Otro taxista estaba en ese momento recogiendo a una pasajera con el pelo de color rojo. Apagó la radio, de pronto necesitado de tranquilidad.

—¿Aquí? —preguntó Horacio, que no entendía por qué su mujer había pedido bajarse en ese punto. Estaban aún lejos de casa.

—Aquí es perfecto.

—Son ocho con setenta y cinco, señores.

—Paga —le indicó a su marido, mientras se quitaba el cinturón de seguridad y bajaba a la acera con cierta dificultad.

Lentamente, el taxista se desdibujó entre el tráfico, a semejanza de un líquido en la lluvia, y Alicia se echó a caminar. Horacio aceleró el paso, se puso a su altura y la tomó de la mano, para retomar su conversación.

—No me apetece ir a casa. Y quiero hacer algunas compras. ¿Por qué no te vas a trabajar?

—¿Ahora? ¿Y dejarte sola? Bueno... no sé.

Horacio se sintió desconcertado, pero por otra parte no deseaba contrariarla. Alicia tenía tan pocos caprichos que cuando decía que le apetecía hacer algo, lo que fuese, intentaba satisfacerla. Le dio dos besos y se alejó en dirección contraria. Se volvió un par de veces para mirarla. En la segunda, ya no pudo distinguirla.

Ahora que estaba solo volvió a reflexionar sobre todo lo que había dicho el médico. Repasó las palabras y los gestos que se le habían quedado grabados, y que eran muchos. No encontró nada que le hiciese albergar esperanzas. Tampoco, para exponer la verdad completa, el médico había expresado nada que los arrojase al fatalismo de un modo inevitable. Los hechos simplemente eran dolorosos, y ofrecían un destino incierto. Pero nunca se sabía, no había que rendirse, eso no lo había dicho el neumólogo, pero sí miles de testimonios que él había oído en televisión o leído en la prensa. La enfermedad estaba lo suficientemente cerca de uno para conocerla casi en persona y saber cuál era la mejor manera de hacerle frente. El cáncer funcionaba según las reglas de una soga que se iba estrechando alrededor de uno: unas veces se quedaba relativamente lejos y afectaba a un conocido, y otras golpeaba a un familiar, o a uno personalmente. Horacio sintió calor en las mejillas. Solo en una ocasión había tenido un trato directo con alguien que había atravesado por la experiencia del cáncer. Se trataba de su vecino, que lo había superado. Tres años después de que se lo diagnosticasen y lo tratasen, había sufrido un infarto, y tampoco eso acabó con él. Un día su hijo se lo llevó a vivir a otra ciudad, junto con su mujer y su hijo, y ahora Horacio no podía decir si estaba vivo o muerto.

Producía escalofrío cómo uno se daba prisa por mimar su salud cuando ya estaba demasiado deteriorada. Ese modo en que se corría de repente hacia la enfermedad causaba mala conciencia, porque al final llegaba tarde. Cada uno era puntual a su estilo, se dijo con doloroso sarcasmo. Cuando el desastre ya no tenía remedio, nuestra mentalidad ultramecánica se ponía en marcha y enviaba todos los medios que tenía a su alcance al lugar del dolor. Sin reparar en gastos, esfuerzos, sacrificios, llantos.

Horacio Varela fue consciente, por primera vez, de que mientras avanzaba por la acera con su aire obstinado, a pequeños pasos, para no chocar con la luz de la mañana, se le escapaba de vez en cuando un aspaviento que enfatizaba alguno de sus razonamientos. No se sentía tonto por incurrir en ellos. La gente que hablaba sola por la calle le producía una simpatía

automática. El aspaviento poseía un atractivo viejo, regio, igual que el pelo blanco y abundante, o los jerséis gastados, o las tardes con niebla. Fue así, pensando en que al pensar gesticulaba, como notó que alguien lo agarraba por un brazo. Se volvió asustado. Era un peatón desconocido, que lo había detenido antes de cruzar la calle por donde no debía, sin mirar, justo cuando pasaba una moto.

—Cuidado, hombre, que va a conseguir que lo maten —dijo el viandante, que continuó su camino.

Horacio se sintió aturdido. No se sobrecogió tanto porque hubiese estado a punto de ser atropellado, cosa que sucedía con una periodicidad preocupante, como porque el peatón, al agarrarlo, lo había asustado. Temió que fuesen a robarle y sintió pánico. Repuesto del susto, avanzó a través de la luz y su frescor con mayor atención. Durante un instante algo, tal vez la luz, tal vez el frescor, le recordó a Montevideo. Después, la constatación de que todo era Madrid lo aplastó de nuevo.

Al pasar ante el escaparate de una joyería, se detuvo y se quedó mirando con nostalgia hacia el interior. Después siguió caminando, para enseguida abismarse ante un nuevo escaparate, esta vez de ropa. Se le ocurrió que tal vez podría hacerle un regalo a Alicia, para animarla. Hacía tanto tiempo que no le regalaba nada que no fuesen unas flores por el día de su cumpleaños que no se le ocurrió el qué. Quizá ya lo tuviese todo, pensó. Aun así, entró. Hizo un rápido inventario de qué podía agrandar a su mujer. Quizá una chaqueta, o un fular. Cada vez que algo llamaba su atención se lanzaba a comprobar su precio. En el fondo, ¿a quién no le gustaba conocer el precio de las cosas? Tal vez le gustase sin querer, según una forma de instinto. No querías conocerlo porque fueses a comprar esas cosas necesariamente. El precio completaba el círculo del conocimiento. A veces no sabías si las cosas te gustaban hasta que no las veías desde todos los ángulos, y eso incluía su valor de compra. Ese último paso hacia el saber era un instante de enorme suspense: algo te llamaba la atención, buscabas la etiqueta, le dabas la vuelta y, *boom*, el precio. Parecía difícil dejar de mirarlo. Cuando algo reclama el interés de uno, nadie se queda calmoso mientras no ve cuánto vale y si podría permitírselo, aunque no esté pensando en quedárselo.

Se fijó en un sombrero. Le pareció que tenía un precio razonable. Le gustó más todavía. No lo disuadió el hecho de que Alicia jamás hubiese usado ese complemento. Precisamente eso fue lo que lo empujó a llevárselo.

DIECIOCHO

Tomó un diazepam y después todo fluyó. Dejó de dar vueltas en la cama, de oír los ruidos de la nevera, el tráfico de la madrugada, los tacones lejanos, que parecían próximos, el golpeteo de su corazón como una bola de tenis contra la raqueta. Notó una agradable muerte, necesaria, después de la cual, tras unas reparadoras horas de sueño, se encontró ante sí con la vida. Para cuando abrió los ojos, y tomó consciencia de su cuerpo, de la existencia, de la luz que entraba por una persiana a medio cerrar, era ya tardísimo. Morelli hizo un chequeo de su estado e intuyó que no sufría una resaca estruendosa, solo cansancio, algo de lentitud.

Quiso ducharse y que aquella fe en los milagros del cuerpo y la droga se convirtiese en ciencia, pero entonces descubrió con desolación que no había agua. Recordó que, por obras de mantenimiento en la calle, estaría cortada hasta la una. Por suerte, faltaba poco. Cuando desayunó y ordenó el dormitorio, ya habían restablecido el suministro.

Necesitaba comprar camisas y calzado de verano y se dirigió a Fuencarral. Para cuando acabó, se sintió tan bien que en ese momento ya empezaba a dar vueltas a la idea de salir esa noche de nuevo. Lo encontraba el sustitutivo perfecto al malestar que le causaba la ausencia de Inés. Al irse, su exnovia había dejado en el apartamento todo lo que habían compartido, unas veces en forma de recuerdos nostálgicos y otras de simples fotografías.

Después de las compras y de una siesta de la que emergió a las siete de la tarde, llamó a Picaso. Le gustaba decir: «Voy a llamar a Picaso». A veces incluso lo decía con dos eses, como si uno pudiese contarse chistes a sí mismo. Quedaron en verse en El Negro Jefe.

—¿Lo de siempre? —preguntó Horacio Varela cuando tomó asiento en la barra, al tiempo que levantaba la vista hacia el reloj de pared que había a su espalda.

—Pst —farfulló, y eso era un sí.

Un cliente y un camarero que se entendían entre ellos con frases enigmáticas, a medio hacer, o con gestos, simbolizaban una forma de amor duradero. Aquel «¿Lo de siempre?» se traducía en una especie de «Te quiero». Significaba que había alguien en el mundo que sabía qué querías cuando entrabas por la puerta y te ahorra palabras innecesarias. Morelli confería a Horacio superpoderes mundanos, como adivinar la bebida que quería según la hora, o si estaba de mal humor, o solo frustrado, o si había tenido una buena noticia, o si su exnovia lo había dejado.

—¿Y tú? —preguntó Horacio a David Picaso.

—Lo mismo que él, siempre y cuando él vaya a tomar un Macallan, que es lo que yo quiero.

Horacio se alejó.

—No hay Macallan —anunció, dándose la vuelta.

—Entonces cualquier whisky. Me da igual. —David se acercó un poco más a Morelli—. ¿Por qué siempre me citas en este sitio? No me gusta.

—Me lo has dicho cien veces. Y no lo entiendo. Cuando hacíamos la carrera, estos eran los sitios a los que íbamos a emborracharnos a primera hora.

—Cuando hacíamos la carrera, yo no tenía futuro. Ni vestía estos trajes a las ocho y media de la tarde. —Se estiró la chaqueta, para enfatizar que llevaba un traje hecho a medida que costaba un dineral.

—Relájate y disfrutemos. ¿Me has traído eso? —Morelli reparó mejor en la ropa de su amigo—. ¿Qué pintas son estas, por cierto?

—Te he traído eso, sí, y después de dártelo y beber un whisky contigo en este sitio, me voy a una fiesta en el Relais Châteaux Orfila. Comprenderás que no me presente en vaqueros y con una camiseta sucia.

Morelli se miró su camiseta, por si David le estaba enviando una indirecta. Le pareció que estaba relativamente limpia.

—¿A quién asistes en una fiesta en el Orfila?

—Sabes que no hablo de mis clientes con otros clientes.

—¿Y con tus amigos?

—Cuando mis amigos me llevan a estos bares, dejan de ser mis amigos.

Horacio dejó dos vasos sobre la mesa. En uno sirvió un whisky y en otro un vodka con tónica. Después se perdió en la otra esquina de la barra, para no hacer ruido.

—¿Te he hablado algún día de la primera vez que entré en este bar? — preguntó Morelli.

—Zzzzzzzzzzz.

Morelli había pasado decenas de veces por delante de El Negro Jefe antes de decidirse a entrar. Solo estaba a unos cuantos portales de su apartamento. Algunos días miraba al interior, dudaba y continuaba su marcha. Desde fuera transmitía la imagen de un lugar desangelado y decadente, que tal vez al día siguiente amanecería con un cartel de «Se traspasa». Puesto que a menudo a la hora que pasaba era tardísimo, el bar estaba vacío y Horacio colocando las sillas sobre las mesas, patas arriba, para barrer y fregar. La imagen le deprimía. Por eso no entraba nunca. Tardó meses en desengañarse y descubrir que lo inhóspito también acogía. Inopinadamente, una tarde que había librado, y regresaba a casa después de hacer algunos recados, se rindió a la tentación. Se había quedado sin tabaco y le pareció la excusa perfecta para atravesar la puerta. Cuando ya estaba dentro, ir en busca de tabaco a su vez le pareció un buen pretexto para pedir una caña y acodarse en la barra. En una mesa, al fondo, se jugaba una partida de mus, que languidecía a imagen de un calendario. En la barra dos grupos se reían y hablaban sin parar, fingiendo que había realmente de qué hablar durante tanto tiempo seguido. Era un toma y daca. Le sirvieron su caña y le pegó un trago. En ese instante, justo detrás de él, escuchó cómo se accionaba una cisterna y dedujo —bastante bien— que se había acodado al lado del váter. Experimentó un fastidio casi cruel. Odiaba estar cerca del cuarto de baño. Cuando la puerta se abrió, Morelli se volvió y se quedó boquiabierto al ver a Gento.

—Me has contado esa historia tres veces y con esta cuatro. Es magnífica, pero eso no hará que me guste este sitio. Gento me la suda y todo el Madrid me la suda.

—El Madrid te la suda, pero eres un fijo en el palco de su estadio.

—En ese sentido exacto no me la suda. Digamos que solo me la suda lo que pasa en este bar.

—Otra vez coincidí con Mario Benedetti.

—Eso es estupendo.

—Y otro día con J, de Los Planetas. ¿Te lo conté?

—No. Sí.

Horacio Varela le pareció esa clase de gente —y por eso le gustó— que no estaba dispuesta a aguantar tonterías fácilmente y te mandaba a paseo. No

quedaban ya muchos individuos así. Menos aún en la hostelería, donde tener buenas formas se había convertido en un mandamiento para no asustar al turismo. Para tener la mala educación de enviar a alguien a la mierda en el momento oportuno había que cultivar muy buenos modales. Morelli los sufrió en la tercera cita y eso acabó de seducirlo. Era de noche, tarde, y entró a tomar una caña y a fumar dos cigarros antes de subir a casa. Horacio le respondió que no había más cañas. En el primer momento Morelli creyó que se refería a que no había vasos limpios y se conformó con que le diese de beber en uno sucio. No era dogmático.

—Ni sucias, ni limpias ni de ningún tipo; voy a cerrar. Vuelve mañana y la primera caña será gratis.

Nadie le había negado la última de esa manera. Pero lo primero que hizo al día siguiente fue volver a El Negro Jefe y ya todo fue bien.

David se dirigió al baño y Morelli recordó que tenía ganas de fumar y que ya no le quedaba tabaco. Le pidió uno a Horacio, que guardaba un paquete para clientes desesperados detrás de la máquina de café. Morelli odiaba los cigarrillos Winston, pero lo aceptó de buen grado, pese a todo. Después metió la mano en el bolsillo y sacó una montaña de papeles, tarjetas y billetes. Cogió uno de veinte euros y lo alisó contra la barra, mientras se figuraba la vida que podía tener detrás un billete así, un billete cualquiera. Había tantísimas cosas que se podían llegar a hacer con un billete a lo largo de sus días... Aquel billete bien podía haber recorrido ya medio mundo, todos los continentes, decenas de casas, miles de carteras. Los bolsillos en que había viajado, los bienes que había comprado, los préstamos, los cambios por billetes más grandes, la compañía de las monedas, las vistas que tenía cuando lo posaron sobre una superficie, los maletines en que durmió, el mercado negro en el que entró y salió, o al revés, las bacterias que transmitía, todo eso, y más, permitiría conocer la vida de las personas que lo poseyeron.

Pagó con él. Cuando Horacio se lo llevó, Morelli le dijo adiós en voz baja.

David regresó del baño y se acabó el whisky de un soplo, de ese modo aliviado con que uno tomaba la última cucharada de la sopa en la infancia. Al final, estudió el fondo del vaso. Empujado por ese gesto, Morelli apuró lo que quedaba de su vodka y mató el Winston en un cenicero con otras víctimas. Estaba a punto de pedir una segunda ronda cuando le propinó un leve codazo a David en las costillas.

—¿Subimos a casa y probamos el material?

—¿A tu casa? ¿Y qué le va a parecer a Inés?

Morelli soltó una carcajada jovial, espontánea, muy dura consigo mismo.

—Inés no está en casa.

David se sentía tan amargado en El Negro Jefe que no siguió preguntando.

La casa de Morelli era un caos. Ni siquiera ese orden confuso bajo el que se oculta una pauta, que a veces tienen las personas que de pronto se ven arrolladas por una soledad imprevista, se había mantenido en pie. Tomó el montón de ropa limpia y arrugada del sofá, a la espera de que alguien la doblase, y lo llevó hasta al dormitorio, donde lo dejó caer sobre la cama. No eliminó el caos, solo lo transportó.

—Inés...

—Lo hemos dejado —atajó Nico, regresando de la habitación con fría normalidad—. Hace unas semanas hizo la maleta y se fue, y cuatro días después, mientras yo estaba en el periódico, volvió para acabar de llevarse sus cosas. No sé nada de ella. Y lo prefiero así. Todo lo que ves es lo que he sido capaz de desordenar desde que se marchó. Me he empleado a fondo. — Se quedó parado, tratando de recordar qué era lo que iba a hacer a continuación.

—Seguro que hay cajones vacíos en las habitaciones en los que cabe todo este sindiós. Y un cubo de la basura. —Y señaló un cenicero del que estaban a punto de desbordarse las colillas.

David levantó un muslo y sacó de debajo una pinza rosa de tender la ropa que se le estaba clavando. Buscó donde dejarla. Le pareció que la mesa auxiliar estaba ya suficientemente llena de periódicos y la puso donde estaba, debajo de su pierna. Morelli, que había desaparecido momentáneamente, reapareció con dos vasos con hielo, y una botella de whisky y otra de vodka atrapadas bajo el brazo.

—El hielo es una mierda. Lo hice yo con agua. Se derrite a los dos minutos de servirlo —advirtió en una invitación a beber rápido.

Empujó los periódicos para hacer un hueco en la mesa a la bebida. David tomó uno de aquellos ejemplares para matar los segundos y lo abrió. Simplemente no sabía qué hacer con las manos.

Morelli sacó de nuevo el amasijo de papeles y billetes del bolsillo. Puso encima de la mesa una tarjeta de crédito y su DNI, y un billete de diez euros que tenía diez mil sudores dentro. Dibujó despacio los tiros, con cierto espíritu artesano, como si la perfección fuese posible en cualquier ámbito. A

su lado, David iba cambiando de canales en la televisión, desesperado por dar un quehacer provechoso a sus manos.

—¿Qué buscas? —preguntó Morelli, estirando el billete, que adquirió forma de juguete para niños entre sus dedos.

—No sé. Algo.

—No lo encontrarás. Cuantos más canales, menos cosas que ver —sentenció y se quedó mirando el billete con la misma conmoción que hacía un rato en el bar.

Casi sin querer, se vio pensando en todo el dinero que había pasado por sus manos a lo largo de su vida. Cuánto había ganado, cuánto gastado, en qué, para qué y con qué —casi siempre— ridículo resultado. Era posible que prefiriese no saberlo. Tendría que recordar la historia de sus bancarrotas de los sábados, a veces incluso de los viernes y los jueves; la historia de sus préstamos, la de sus días sin blanca, la de los grandes derroches. Imposible, consideró. Pero, en secreto, tal vez sí fuese capaz de recordar algún que otro billete concreto, ya porque lo salvó en un momento dado, ya porque hizo algo muy especial con él.

—¿Alguna vez has manejado billetes de quinientos euros? —preguntó de repente a David, que había apagado la televisión y esperaba a que Morelli se decidiese a meterse su raya y le permitiese a él hacer lo mismo con la suya.

—Continuamente.

—¿Continuamente, en serio?

—A veces. Mi trabajo es muy distinto al tuyo, te recuerdo. En general, resultan bastante inútiles. Les falta cintura. Son incómodos. Aunque para almacenar están bien.

—Yo la primera vez que vi un billete de quinientos euros, en realidad no vi uno, sino seis. Estaban dentro de un sobre y se suponía que eran míos. Había ayudado a un partido político a redactar su programa electoral y me pagaron en negro.

—Espero que por lo menos el programa prometiese perseguir el fraude fiscal hasta el último rincón del planeta.

—Estuve un buen rato mirándolos, como si tuviesen aspecto de seres humanos, y enseguida me di cuenta de que aquello no era dinero, sin más. Dinero eran los cinco euros y medio que llevaba en el bolsillo, o este de diez euros. —Levantó el que tenía entre los dedos—. Estaban tan nuevos que imitaban a esas camisas que vas a recoger a la tintorería, recién planchadas.

—Uno no puede prever cuándo se va a convertir en un millonario más.

—No supe en qué gastarme la pasta.

—No me jodas.

—Las cosas que me gustaban de verdad costaban mucho menos. O infinitamente más.

—¿Y qué hiciste, tirarlos?

—Los guardé dentro de un libro y esperé a que el tiempo hiciese estragos y mis colegas se fuesen casando. Me deshice de los billetes boda a boda, aunque con miedo a que, si un día me caso yo, vuelvan conmigo.

—Ya está bien de charla, ¿no?

—Eso digo yo.

Morelli enrolló el billete y se lo cedió a su amigo. David hizo desaparecer su raya con una elegancia imperial, sin prisas, con swing. Al llegar al final, apartó la nariz de la mesa y se incorporó muy despacio, con los ojos cerrados, para prolongar el placer. Dejó escapar un suspiro y se sacudió la cabeza.

—Brrrrrrrr. Ten. —Cedió el billete enrollado.

Morelli obvió los rituales. Cada quien debía elegir sus propias pérdidas de tiempo. Al finalizar desenrolló el billete con el cuidado que se dispensa a las criaturas amadas.

—Definitivamente, no me vas a contar nada de esa misteriosa fiesta en el Orfila.

—Si me dejas un mechero que encienda —dijo mientras daba el suyo por muerto y lo lanzaba sobre la mesa—, a lo mejor podemos empezar a hablar.

Morelli se levantó, no tanto por cumplir los deseos de David como los suyos propios. En ese momento estaba sonando su teléfono y se dirigió con él a la cocina. La conversación duró apenas un minuto. Cuando regresó, lo hizo con un mechero rotulado con las iniciales del Partido Conservador y el lema de la última campaña electoral.

—¿Y esta mierda? —preguntó David al tenerlo entre las manos.

—No sé cómo ha acabado en la cocina, pero enciende de maravilla; es lo que importa.

—Veamos.

Una potente llama iluminó el salón, casi el universo. David se mostró conmovido y empezó a contar que a los «nuevos dueños del país» —engoló la voz al decirlo— se les acumulaba la felicidad. Por eso organizaban una fiesta exclusiva, simplemente para deshacerse de algunas de las cosas buenas

que les pasaban.

—Yo los llamo «el sector privado gubernamental» —dijo Morelli—. Supongo que estará tu gran amiga y rutilante nueva presidenta de Caja Nacional.

—Y los rutilantes presidentes de las empresas telefónicas, energéticas, gasísticas, por no hablar de la banca y de algunos ministros también rutilantes. Van a celebrar que habrá mucho que celebrar y que les gustan las *rutilancias*.

—La derecha es incorregible, pero sabe cómo divertirse.

—Los odio, por muchas cosas, pero son mis mejores clientes. Ojalá duren y estén siempre tan contentos.

—Seguro que los votaste.

—¿Yo? —Se señaló con el dedo índice a sí mismo—. Hace mucho tiempo, no lo recuerdo. ¿Otro tirito?

Morelli sirvió más bebida en los vasos mientras David preparaba las rayas. Producía vértigo ver la rapidez con que actuaba. Merecía estar en un circo, pensó.

—¿Crees que es buen momento para que me presentes a Claudia Aibar? Es la mujer del momento.

—¿Estás de broma? Olvídate, no es tu tipo. Además, acaba de morir su madre, no tendrá ganas de citas, y menos con periodistas.

—Yo no tengo tipo a estas alturas. En cuanto a lo otro, el sexo es bueno para pasar los duelos.

—Claudia... digamos que no te haría feliz. Su primera llamada después de ser elegida presidenta de Caja Nacional ha sido al rector de la universidad en la que trabaja su exmarido para que lo eche. Imagina qué podría hacer contigo si la defraudas.

—Vaya, yo solo estaba pensando en quedar un par de veces, nada serio.

—Los periodistas debéis conformaros con follar entre vosotros. Lleváis siglos haciéndolo. No os va tan mal.

Bebieron para pasar a otro tema.

—Y tú, ¿qué vas a hacer esta noche?

—Lo mismo de ayer. He quedado con gente del periódico. Saldré hasta las tantas, me emborracharé, me drogaré y, si tengo mucha suerte, me acostaré con una periodista, como tú dices.

—Yo no puedo vivir dos días iguales.

Morelli no había dejado de repetir los suyos desde la marcha de Inés. Había entrado en un bucle y todos los días vivía en el ojo del huracán. Resistía mal la opresión que le provocaba la casa, el desorden que reinaba en ella, incluso el olor. A raíz de la separación, flotaba otro aire. Intentaba pasar el menor tiempo posible en casa. La temía. Salía casi todas las noches. Madrid era lo suficientemente inmensa como para encontrar siempre a alguien con quien tomar algo y olvidar a Inés. Esa era la pauta de sus días. Salía del periódico, quedaba para picar algo y después continuaba hasta las dos, las tres, o las cuatro de la mañana, algunos días hasta las siete, si al siguiente no trabajaba. La soledad se verificaba en ocasiones en mitad de una gran multitud, rodeado de ajetreos y gritos. Pero al menos, en el huracán, no percibía cómo esa soledad le hablaba, que en el fondo era el extraño olor que descubría cuando estaba en casa.

DIECINUEVE

En el vestuario del Madrid, mientras los jugadores se vestían para salir a calentar, se escuchaba el ruido que emiten los nervios al chocar entre sí. En un último tramo de temporada vibrante, tras una racha de doce victorias consecutivas, ahora se encontraban a un solo paso de ser campeones de Liga. La trayectoria tenía algo de milagro. Hacía solo diez jornadas el equipo estaba catorce puntos por detrás del Barça. Solo restaba un milagro más. Quizá no fuese tanto pedir. Los milagros nunca se daban, pero cuando se daban, podían producirse varios consecutivos. La remontada solo adquiriría pleno sentido y mérito si era completa. El capitán del equipo llevaba varias semanas alentando a sus compañeros con la idea de que no había nada más sencillo que un milagro. «Uno no tiene ni que mover un dedo. Lo hace todo el milagro».

El ritual de ponerse las medias, enfundarse la equipación, cubrirla con una sudadera, atar las botas los fue introduciendo definitivamente en el ambiente. Apreciaban el rugido de las gradas, a reventar. Los jugadores más jóvenes gritaban para motivarse, otros se aislaban escuchando música. Los más veteranos hablaban entre sí, despreocupados. Entonces, la puerta del vestuario se abrió y apareció el presidente. A su derecha, con corbata y chaqueta, lo acompañaba el director técnico, que le sacaba al menos cabeza y media. Pero el poder no entendía de altura, y ni los jugadores ni el entrenador repararon en su presencia.

Riezu saludó con la mano en alto. Dejó el brazo arriba para reclamar atención, hasta parecer una pieza de porcelana.

—Hola, muchachos.

En mangas de camisa, y notablemente acalorado, se pasó una mano por la frente, cubierta de sudor. Reparó en la pizarra en la que el entrenador había escrito los nombres del equipo titular y su disposición en el terreno de juego.

Al menos tiene buena letra, pensó Riezu, que nunca creyó que el equipo pudiese rehacerse con este técnico. Su contratación había sido una medida de urgencia, un torniquete para contener la sangría del equipo. Lo echaría a final de temporada. Ni ganar la Liga serviría para modificar su determinación. No encajaba en el Madrid moderno, más parecido a una multinacional que a un club con aires románticos. Era demasiado mayor y su carácter excesivamente entrañable. A veces creía que no existían entrenadores para vivir en el Madrid una etapa larga y próspera. Era la clase de club que se entrenaba siempre peligrosamente, durante un período en que el técnico vivía a la desesperada, en mitad del océano, agarrado a un trozo de madera. Había que estar muy loco para querer ser feliz en el banquillo del Madrid. Y más loco, pensó Riezu, para no querer ser entrenador del Madrid.

El sonido de los tacos de las botas se inmiscuyó en los gritos de ánimo que se lanzaba la plantilla, que siguió alentándose aun con Riezu delante. La fusión parecía la comunión de una pastilla efervescente con su agua. Las voces evocaban el caos de un bombardeo en mitad de la noche, pero con entusiasmo, sin pena. La efervescencia flotaba. Strogoff pasó despistado al lado del presidente. Si había milagro, creía Riezu, que le puso una mano en el hombro, sería porque Strogoff lo habría ordenado. El centrocampista se volvió abstraído y le devolvió la complicidad elevando las cejas. Estaba tan concentrado que a esa hora no sabía quién era el presidente. Riezu se fijó en que el jugador caminaba desnudo. Sin querer, reparó en su miembro, de proporciones notables, y creyó entender muchas cosas, referentes a los milagros.

Alguien gritó desde las duchas algo sobre el rival, con la intención de calentar los ánimos. La frase alcanzó la zona donde se encontraba Riezu, que apenas entendió «follárselos». Sonrió nerviosamente y, para sí, desconfió. Había vivido ya partidos así, en los que iban a destrozarse a su rival, o a follárselo, y al final el gozo se quedaba en el pozo, pensó. La vida real, tal como él la veía, tenía siempre mucho que ver con las esperanzas y después con el desengaño. Eran una pauta.

El entrenador dejó la libreta en la que realizaba una última anotación y se acercó a Riezu. Imaginó que querría decir algo capaz de motivar a los jugadores, quizá referido a la historia del Madrid, llena de gestas, o sobre los días importantes, en los que un equipo elegía entre ser uno más o ser el más grande. Para su sorpresa, Riezu habló de dinero. El presidente tenía la

sospecha —que enfatizó con el gesto de poner comillas a la palabra para que quedase claro que tenía algo más que meras sospechas— de que el Barça incentivaría al Celta —de nuevo usó comillas— por ganar o empatar.

—No me gusta tirar el dinero —recitó dramáticamente—, pero doblaré la prima por ganar la Liga: quince millones a repartir. No se nos puede escapar este título.

Pero los jugadores desconocían, en aquel momento, el significado del dinero. Ya se apretaban los cordones unos, se recolocaban los auriculares para escuchar la última canción otros, o se cubrían con la parte de arriba del chándal dispuestos a salir al campo para realizar el calentamiento preceptivo.

Riezu se retiró del vestuario animado por sus propias palabras. Hablar de dinero activaba sus sentidos, incluso creaba otros nuevos. Camino del palco, repasó el once titular recitándolo a media voz, igual que un soneto. Recorrió el trayecto con las manos metidas en los bolsillos, aferrándose a su medalla de la virgen. Las ideas nacían, morían y resucitaban en su cabeza, que se volvió un frontón. La medalla las puso en fila. Por ahora, solo había que pensar en ganar.

En la antesala del palco se arremolinaban ya algunos invitados. Para sorpresa del presidente, que había recuperado la chaqueta y dejado de sudar, García-Frost había llegado con antelación. Llevaba un vestido rojo y unos zapatos a juego. Cuando se volvió hacia él, lo sorprendió mirándole las piernas. Compuso un gesto avezado y lo ignoró. Mantenía a diario reuniones con hombres que la miraban de arriba abajo y al revés.

—Si hoy dejáis escapar el título, es para mataros.

—El Celta está primado. Te sorprenderías de qué es capaz la gente por cinco millones.

—Mi padre conoció a su presidente durante los años sesenta. Fue uno de los primeros capos gallegos del tabaco. El equipo se desplazaba en un autobús Dodge que cargaba con los jugadores y con el contrabando. El «Celta del Marlboro», llamaban a aquel equipo. Aquellos sí eran presidentes, ¿no te parece?

Hilda depositó la copa vacía sobre la bandeja que portaba un camarero y subsanó el hueco que le dejaba en la mano con una copa llena.

—Yo odio el tabaco —dijo Riezu, poco interesado en el tema.

—Hablando de presidentes. —La alcaldesa bebió y miró a los ojos a Riezu por encima de la bebida, y después lo tomó por el codo y lo acercó hacia sí

—. Estuve con Alvarellos hace algunas semanas y resolvimos tus problemas con la burocracia.

—Sí, lo sé. Te escribí una carta de agradecimiento por la gestión.

—La recibí, pero ese día me olvidé las gafas de leer en casa. Esperé infructuosamente a que me llamasen por teléfono.

—Supongo que extravié tu número. —Sonrió. Cansado del cinismo que le había contagiado la alcaldesa, añadió—: Hilda, estuviste meses demorando la licencia sin necesidad.

La alcaldesa también sonrió. No obstante, ella nunca era partidaria de abandonar el cinismo del todo.

—En este país hasta las cosas más sencillas poseen trámites.

—Bueno —dijo Riezu, cambiando radicalmente el tono—, después de estos sanos reproches, deberíamos concentrarnos en cosas agradables, como pensar en el modo de seguir ganando dinero. Y la Liga.

La alcaldesa sintió un roce en su espalda. Se volvió y distinguió el cabello brillante, peinado hacia atrás, donde se formaban unos aristocráticos rizos, de Juan Alemany. Era su segundo día en el cargo de presidente de Telecom. Departía con el director del diario *Tiempo*.

—Ya seguiremos hablando —se despidió de Riezu, mezclándose con Alemany y Gervais.

El presidente del Madrid estiró el brazo izquierdo, con esa alegría insensata de los rayos, y lo replegó para mirar la hora en su reloj. Entre los nervios y el miedo no sabía si el tiempo se acercaba o se alejaba. Consultó el reloj una segunda vez. Cuando constató que solo restaban diez minutos para el comienzo del partido, tenía a Claudia Aibar a unos pocos centímetros, con los brazos abiertos, echándose sobre él para darle dos besos. Estaba exultante y le bailaba la mandíbula. Llevaba un pañuelo negro anudado al cuello.

—Pero si está aquí la mujer más poderosa del país —le dijo cuando consiguió separarse de ella. La olió con discreción—. Antes de nada, permíteme decirte cuánto lamento el fallecimiento de tu madre. Es una pérdida terrible. Siempre.

La presidenta de Caja Nacional sonrió con locuacidad, abarcando varios metros del palco con su euforia. Notó el sabor de la cocaína en la garganta. Era una sensación violenta pero agradable. Tenía calor y ganas de salir corriendo, incluso de desnudarse y bailar, inventando ella misma la música y los instrumentos.

—Gracias. Era una mujer increíble.

Riezu la tomó por un brazo para acompañar las palabras, siempre insuficientes en casos así. Después de dos segundos de silencio, como si todo condujese a la larga a un solo sitio, dijo:

—Tenemos que hablar de negocios.

Aibar le acarició la cara, con la parte entrañable que le despertaban los negocios.

—Estás ante la persona adecuada.

—Quiero fichar al mejor jugador del mundo y eso me va a costar ochenta millones de euros.

—¿Pero ese jugador no es Strogoff?

—Me refiero al *otro* mejor jugador del mundo. Gottlob Brauchitsch.

Aibar lo miró sin entender nada.

—Gottlob Brauchitsch —repitió más despacio.

Riezu le contó que la semana próxima se reunía con el presidente del Borussia Dortmund. Ochenta millones de euros era la cifra que el Madrid estaba dispuesto a pagar. No los valía, pero el mercado era así. Al decir «así» elevó los hombros.

—Ochenta millones. —Aibar pronunció la cifra imitando a esos fumadores que levantan la cabeza y con el humo del tabaco van haciendo círculos.

—Parece mucho dinero, pero el mercado ha entrado en una espiral perniciosa y estás dentro o estás fuera. Somos el Madrid. —Se golpeó el pecho con delicadeza—. Y tenemos que estar dentro. Dentro y arriba.

Aibar entendió a la primera. No necesitaba tantas explicaciones.

—Si me preguntas si es factible, te digo que lo es. Tendríamos que hablar de contrapartidas.

—Cenemos el lunes. —Riezu consultó la hora de nuevo. Faltaban solo tres minutos para las siete de la tarde—. Ahora hay que ganar la Liga. —Y volvió a tocar a Claudia, esta vez en la espalda, para invitarla a caminar hacia el palco. Y otra vez inspiró su perfume y fue feliz.

El presidente del Celta departía a la entrada del palco con Alvarellos, que mostraba un inusual buen humor. Su rostro era serio, pero se notaba, o se adivinaba, que detrás se animaba cierta informalidad. Cuando se les sumó Riezu, ocuparon sus asientos en la primera fila, junto a la alcaldesa y los ministros de Economía, Justicia y Fomento.

El partido empezó con un Madrid volcado al ataque, con dos balones al

poste en los primeros minutos. La ofensiva llevó la tranquilidad al palco. Si el equipo seguía así, sería solo cuestión de tiempo que llegasen los goles.

—Esta Liga nos pertenece —dijo Alvarellos y cerró el puño, para apropiársela en persona.

Sus palabras coincidieron con el primer gol del Barcelona en el Camp Nou, contra el Sevilla. Si cabía, ese resultado metía todavía más presión al Madrid, al que ya no le bastaba el empate. Un minuto después, llegaba el segundo gol catalán.

—Esto no cambia nada —aseguró Alvarellos, ajustándose la chaqueta al cuerpo—. Como si meten veinte. Nosotros tenemos que ganar. No es difícil de entender.

A medida que las acometidas del Madrid encontraron respuesta en contraataques rapidísimos del Celta, que no se amilanaba ante un estadio que rugía al unísono, el palco empezó a llenarse de tics nerviosos. Cada invitado expresaba su inquietud a su manera. Se mezclaban los silencios muy hondos, chirriantes, con los suspiros ahogados y a veces los gritos a consecuencia de alguna jugada electrizante, que se quedaba en nada, o una decisión del árbitro, cuestionable.

Demasiado perdida en sí misma, en donde se había atrincherado con su subidón, Aibar sobrellevaba el partido con una gran indiferencia. Podía afirmar —y ya se vería si estaba o no en lo cierto— que ignoraba que hoy hubiese partido. Era un desconocimiento compartido con el presidente de Funesa, sentado a su derecha, con quien intercambió dos o tres comentarios al comienzo. El magnate de la energía estaba demasiado pendiente de la joven con la que había acudido al estadio. Su atractivo absorbía las miradas. Llevaba un vestido verde y era evidente que no llevaba nada debajo.

El director de la televisión pública, que antes había sido jefe de prensa del Partido Conservador y que se sentaba a su izquierda, se incorporaba del asiento y se sentaba en cada aproximación del Madrid al área del Celta. Actuaba mucho más preocupado por el fútbol que el presidente de Funesa. No tenía nervios, sino que los nervios lo tenían a él. Quizá para rebajarlos hablaba todo el tiempo con Aibar, mezclando la actualidad política con lo que pasaba en el terreno de juego, observaciones que ella recibía de un modo muy melancólico, aunque sin melancolía. En una de esas combinaciones de fútbol y noticias, le contó que Iñaki Solozábal, en un gesto de corazón roto, había devuelto todos los regalos de boda que le habían hecho los consejeros.

—No había oído nada —admitió Aibar.

—¿Tú fuiste a su boda? —preguntó el director de Televisión Española.

—¿A cuál de ellas? Se ha casado dos veces.

—A la última, supongo, hace seis meses.

—Ni a esa ni a ninguna otra, por fortuna.

—Y ahora ¿en qué situación está vuestra relación?

—En ninguna. En nuestra última conversación civilizada, una semana antes del consejo de administración, le hice saber mis intenciones de optar a la presidencia. «Eres una zorra hija de puta», me dijo. Y no volvimos a hablar.

—No está mal.

—Eso creo yo también.

—Por cierto, siento lo de tu madre.

—Claro, gracias.

Las condolencias empezaban a incomodarla. Debería haber un límite de tiempo, pensó, después del cual nadie tuviese derecho a recordarte que estabas de duelo, triste, en vías de una reconstrucción lenta, a lo mejor imposible. Quizá un día, dos a lo sumo después del entierro. Aibar solo quería olvidar, no a su madre, sino que estaba triste, y por primera vez, sola en la primera fila. Cuando viven los padres, y aún más los abuelos, uno tiene cierta seguridad en la vida, instalado en la segunda o la tercera fila. No existe razón para temer al abismo. Sabe que si la naturaleza sigue su curso normal, antes habrá de morir la primera fila, y eso llevará un tiempo, y aún después la segunda. Cuando uno se sienta al principio, sin embargo, y entre la muerte y él no hay nada, solo incertidumbre y tictacs, todo cambia. Pero ahora se encontraba bien, su cuerpo volaba, y la complacía el homenaje que había podido organizar a su madre, echando sus cenizas al mismo mar que a su padre.

A cinco minutos del final de la primera parte, el estadio estalló en una gran algarabía. Un defensa del Celta derribó en el área a Strogoff. El árbitro no dudó en señalar penalti. El propio Strogoff tomó el balón y lo colocó bajo el brazo. El área se vació poco a poco de jugadores, hasta que se vieron frente a frente Strogoff y el portero, que se situó bajo los palos, ensayando un extraño baile para poner nervioso al madridista. El fantasma del último penalti fallado por Strogoff, meses atrás ante el Arsenal, recorrió el estadio.

La estrella del Madrid depositó el balón en el punto de lanzamiento.

Retrocedió dos, tres, cuatro, cinco pasos y se detuvo al borde de una especie de abismo que solo conocían los lanzadores de penaltis. Apoyó los brazos en las caderas y miró al árbitro, después al portero, que seguía moviéndose a derecha e izquierda, y otra vez al árbitro. Chutó con fuerza, sacrificando la colocación, y el balón se fue rozando el poste, a ras de suelo. Increíblemente, había vuelto a fallar.

La vida regresó a la brutal normalidad del empate.

El descanso llegó como una imitación casi perfecta del final. Fue casi un alivio. El palco se vació rápidamente. Quien más quien menos necesitaba deshacerse de los nervios a toda costa. Mientras Alvarellos y los presidentes de Madrid y Celta se dirigían al interior, Niza se quedó un rato sentado, estudiando el campo vacío, en el que se había conectado el sistema de riego, y algunos empleados trataban de arreglar las partes donde el césped se había levantado.

Gervais lo observó desde seis filas más atrás. Pretendía bajar a saludarlo, pero tenía a su lado a la marquesa de Casa Peñalver, que amenazaba con amargarle el descanso después de chafarle la primera parte con su conversación incesante. Dicharachera, trataba ahora de hacerle ver que cierta prensa seguía buscando verano tras verano su yate, para fotografiarla sin bikini.

—Algo ven en ti, está claro —bromeó Gervais con desgana.

La marquesa ataba unos temas con otros, de modo que con cada uno retrocedía en el tiempo. Remontó casi cien años. Ahora pasó a mencionarle el entierro de uno de sus bisabuelos, al que no llegó a conocer. Su padre aseguraba que se trataba de un tipo muy inteligente, muy perspicaz, además de muy alto, altísimo, fuerte, muy bueno, muy apuesto, muy simpático, muy generoso.

—Tal vez falleció por eso, por acaparar mucha ambición y ser tan superior en todo —la interrumpió Gervais.

La marquesa lo ignoró, aunque sonrió tímidamente, y le contó que el día de su muerte, a los noventa y dos años, nevó con tanta fuerza, tan continuamente, que fue imposible salir de casa con el féretro. La nieve cubría por la cintura. Ya no era que no pudieran llegar al cementerio, era que no iría nadie a despedirlo, y se trataba de un ser muy querido, muy admirado. La nevada duró nueve días y en ese tiempo hizo tanto frío que la tierra se congeló.

El presidente del Senado acudió a interrumpirlos. Se había divorciado hacía algunos meses y por una extraña razón, o por arrepentimiento, intentaba casarse de nuevo a toda costa. Primero casarse y después descubrir quién era su esposa parecían sus prioridades. En los palcos se decía que no acudía a hacer negocios, o afianzar su posición, sino a pedir la mano. Gervais no dejó pasar en balde su presencia y se alejó mientras la marquesa seguía retrocediendo en el tiempo, ahora en otra compañía.

—No te preocupes, el Madrid ganará la Liga, pero esperará al último minuto para hacerlo; va con su naturaleza —dijo para tranquilizar a Niza.

El ministro de Economía desconfiaba de las victorias agónicas y propuso tomar algo antes de que la vida ya no tuviese remedio. Cuando intentaron hacerse un hueco en la sala vip, parecía que hubiesen llegado tarde al siglo. Se dejaron caer en el corrillo formado alrededor de Alvarellos y Riezu. El tesorero del Madrid hacía notar que la última jornada de Liga, con tantas cosas por decidir, era un día perfecto para deshacerse del dinero negro.

—Si lo tienes y no te importa malgastarlo en primas a terceros, por supuesto —matizó.

—Si perdemos esta Liga —repitió Riezu por enésima vez esa tarde—, el Celta se embolsa cinco millones de euros, que alguien le hará llegar en negro desde Barcelona. —Buscó con una mirada veloz al presidente del Celta, al que no vio, y se quedó tranquilo.

—Siempre he querido saber cómo se realizan ese tipo de pagos, digamos, turbios que hay en el fútbol —dijo el tenor Félix Dijous.

—Es sencillísimo —se apresuró a contestar el tesorero del Madrid—. Un empleaducho del club, que se puede llamar Sergio o Manolo, acompañado tal vez por un primo, que trabaja en un bar, se presentará en un viejo Opel Corsa, con ciento ochenta mil kilómetros y varias abolladuras, en algún área de servicio de la A-6. Es el punto acordado. Llevarán una bolsa de deporte, con el dinero dentro, e irán buscando a un tipo con una gorra de los Chicago Bulls, que estará leyendo un ejemplar de *La Voz de Vigo*. El tipo es a su vez primo de un empleado del Celta y está en paro, o mejor aún, trabaja en Citroën, pero ha pedido el día libre, alegando que su hijo está enfermo. ¿Quieres que siga?

El tenor no supo qué pensar. Adivinó que lo siguiente sería hacer la entrega y, en el caso del tipo de Citroën, salir pitando hacia Galicia sin bajar de ciento cuarenta kilómetros por hora, pero tampoco sin pasarse de rápido,

por si le daba el alto la Guardia Civil.

—Creo que lo puedo imaginar —dijo al fin con voz de cantante country, sin tener claro si el tesorero hablaba en serio o en broma, y si entre una cosa y otra existía alguna diferencia.

—¿Y nosotros no le hemos ofrecido unas calderillas al Sevilla para que empate o gane al Barça? —preguntó el responsable de la patronal, Eloy Galindo, con los labios en una copa de vino blanco.

—Nos sale más caro ganar la Liga sin pagar a nadie. Y el Madrid siempre debe hacer lo más caro —dijo un Alvarellos eufórico y arrogante, que elevó la barbilla y se rascó el cuello con ansia, produciendo un sonido que recordaba a una escoba barriendo el suelo.

Todos rieron su gracia menos Galindo, que pensó que Alvarellos no era más que un imbécil. Cuando nadie le prestaba atención, se descolgó del grupo y se fue en busca de Claudia Aibar. La presidenta de Caja Nacional le debía su apoyo en el proceso de destitución de Solozábal y su posterior nombramiento. En realidad, ya había empezado a pagárselo con la autorización del crédito de diecisiete millones que necesitaba su empresa para sobrevivir.

Aibar no tuvo ocasión de esquivarlo.

—Los gallegos se nos resisten —dijo Galindo.

—¿Ahora te interesa el fútbol?

—Ni ahora ni nunca. Prefiero hablar de asuntos más prácticos —dijo, dando el paso adelante que Aibar temía. Volvía a percibir su desagradable aliento cerca. Se podían olvidar muchas cosas, casi todas, pero aquel olor, que entraba por la nariz como un alfiler, era imposible—. Como sabes, en la escritura de constitución del crédito se establecía una primera disposición por nueve millones de euros, que se llevó a efecto el mismo día de la instrumentalización del crédito.

—Exacto. La disposición de los ocho millones restantes, si no recuerdo mal, estaba condicionada a la existencia de una oferta vinculante por la compra de Oklahoma. ¿Hay algún problema?

—La oferta que tenía... El caso es que ya no la tengo. La han retirado.

—Galindo.

—Espero que se formalice otra oferta pronto. Mi socio y yo ya estamos en negociaciones preliminares. Pero entretanto es preciso desatascar los ocho millones de euros.

—¿Sin la garantía de la oferta?

—Te lo pido como favor personal, casi profesional. Yo te aseguro...

Aibar bebió de su copa y sonrió. Sonrió mucho, feliz por todo.

—No me asegures nada. La gente que dice «yo te aseguro» es la que menos puede asegurar. Me lo estaba pasando muy bien. —Miró al suelo pensando que aborrecía a la gente aprovechada y oportunista como Galindo —. El lunes hablaré con el jefe de negocios. Y ahora dejemos esta conversación.

Los invitados comenzaban a desplazarse otra vez al palco. Empezaba la segunda parte. Alvarellos fue de los últimos en ocupar su asiento. Al pasar al lado de García-Frost, se detuvo y se acercó a su oído.

—Hay buenas noticias.

—¿El indulto?

El presidente sonrió y dejó de sonreír, y ella lo entendió todo. No precisaba detalles. Movi6 la cabeza hacia atr6s, para apartar el pelo del rostro. Su enorme collar se desplaz6 al modo de un p6ndulo en su escote, pero Alvarellos ni siquiera se fij6 en el escote. Avanz6 hasta su butaca y, al sentarse, descans6 una mano sobre la rodilla de Riezu y la apret6.

—Todo va a ir bien —lo tranquiliz6. Riezu le pareci6 en ese momento una persona a merced de la intemperie, atrapada en un bucle de miedo.

El Madrid sali6 otra vez como una apisonadora, pero en el minuto cinco, tras una jugada desafortunada en su 6rea, se adelant6 el Celta. El tanto llegaba tan pronto que casi no produjo un efecto doloroso.

—Queda mucho —dijo Alvarellos.

—Mercenarios —acert6 a comentar Riezu, que solo veía a los jugadores del Celta repartiéndose cinco millones de euros.

Poco a poco el partido se hizo viejo. Los minutos pasaban y no ocurría nada terrible, ni siquiera bello, simplemente dejaba una herida. En sus asientos, los aficionados apretaban los puños, cerraban los ojos y rezaban. En el campo, el Madrid empujaba y empujaba al Celta a su 6rea, haciendo creer que el gol era algo a punto de ocurrir. Y ocurri6. Strogoff empat6 el partido con un remate desde fuera del 6rea. El estadio se rompi6 a la manera de un espejo y un caos ensordecedor lo ocup6 todo. Incluso Aibar, que despreciaba el f6tbol, empez6 a sentir un vago inter6s por 6l. Tras una visita al baño interpret6 que el partido estaba en llamas, y ni ella podía vivir ajena a la emoci6n del resultado. Eso no le impidi6 reparar con enorme sorpresa y

diversión en que el presidente de Funesa se había desprendido de la chaqueta, un hecho absolutamente normal, y la había estirado sobre sus piernas, lo que la joven del vestido verde, que era evidente que seguía sin llevar nada bajo, había aprovechado para deslizar su mano bajo la chaqueta. Aibar constató un movimiento pautado, rítmico y lento. Tuvo que esforzarse para no romper en una carcajada. El máximo responsable de Funesa tenía los ojos en blanco, ausente, dejándose masturbar por una acompañante que se fingía entregada a la vida quieta.

La emoción de los minutos finales generó una distracción perfecta. Nadie vio nada, nadie oyó nada. Cuando Aibar volvió a espiar la escena, el presidente de Funesa tenía la chaqueta puesta.

El Madrid necesitaba un segundo gol si quería conquistar la Liga. Tras el empate, que fue el primer milagro, la grada empezó a creer en nuevos prodigios. El tanto de Strogoff restauró la esperanza. Vibraba el hormigón. En el aire, el clamor pesaba. Había que sostenerlo en los hombros.

Riezu se mordía los labios, hombro con hombro con un Alvarellos que mantenía los brazos cruzados al pecho, como aquel que ya conoce el futuro, que en el fondo solo es algo que ya ha pasado otras veces.

En la agonía del tiempo de descuento, el lateral izquierdo alcanzó la línea de fondo y centró un balón templado a la media luna del área. Strogoff, que parecía llevar años esperando allí, emprendió a cámara lenta el movimiento de bolea, que quizá alguien le había enseñado en clases de matemáticas. Cuando golpeó el balón, mezclando belleza y guerra, Alvarellos desenredó los brazos. Riezu empujó los ojos hacia fuera. Niza apretó una pierna contra la otra. La marquesa de Casa Peñalver se llevó el cabello detrás de las orejas. El presidente de Funesa descubrió una enorme mancha en el pantalón. Aibar aspiró con la nariz, que le goteaba. Alemany descruzó las manos. El director de la televisión pública se rascó una pantorrilla. Gervais estiró la chaqueta para que no hiciese arrugas. García-Frost se mojó los labios. La mujer de verde miró al presidente de Funesa, que observaba la mancha de semen. Pep Batlles i Pla siguió tal cual estaba, impertérrito. El ministro de Fomento tragó saliva. Eloy Galindo notó la lengua pastosa. Félix Dijous empezó a cantar «ay, ay, ay». El sonido de la red, fulminada, llegó antes que los gritos.

CONTROL TOTAL

VEINTE

Niza reparó en el anillo del embajador. Era grueso, de oro, con sus iniciales en relieve. Y lo llevaba con aparente orgullo. Al ministro le pareció una señal de malísimo gusto. En su familia —recordó en un gesto de autocritica—, usaba uno muy parecido un primo de su padre. Lo enterraron con él puesto. Nadie lo reclamó en un ataque de nostalgia postrero. En el entierro se deshicieron de ambos sin pena.

—Bonito anillo —comentó el ministro, pese a todo. Existía un tipo de ironía que resultaba tan evidente que se volvía indetectable.

El embajador levantó la mano, la puso a la altura de su cara, extendida, la miró por un lado y por el otro, y sonrió.

—Gracias. Tiene una bella y larga historia detrás. Me dejaría contar el dedo para no perderlo.

—Qué menos. Solo se trata de un simple dedo; tendrás más, supongo. Un día de estos, con tiempo, me tienes que contar esa historia —le pidió Niza, que dirigió la mirada a la ventanilla del coche, imaginándose esa larga historia sin necesidad de que se la contase. En cinco años de gobierno los chismes de diplomáticos se habían vuelto las anécdotas más comentadas al final de los consejos de ministros. El titular de Exteriores pasaba por ser una persona cotilla. Gracias a él, la vida del embajador en Estados Unidos era más o menos célebre. Al año y medio de adquirir las credenciales se casó con una antigua miss Dakota del Norte. Se conocieron en un taller de escritura creativa al que el embajador había empezado a asistir con grandes esperanzas.

El padre de miss Dakota del Norte era uno de los propietarios de la empresa que surtía de bolas de béisbol a las grandes ligas estadounidenses, producidas en una fábrica de Costa Rica. Y por ello era millonario.

Mecido por el movimiento del coche, llegó a creer que no estaba cansado y ni siquiera despierto. Lo relajaba bajar de los aviones y, durante ese breve

trayecto hasta su destino en automóvil, observar desde el cristal el mundo pasar, como si fuese de juguete, o una exposición. Pero estaba molido. Esa misma mañana había volado desde Madrid para asistir en Bruselas a un consejo de ministros de Economía, para lo cual se había levantado a las cuatro y media de la mañana. Casi sin despedirse de sus colegas, partió hacia Washington en un Falcon de las fuerzas aéreas con el resto de su gabinete.

Al día siguiente debían reunirse con el secretario del Tesoro y su equipo. El encuentro no formaba parte de la agenda pública ni del secretario ni del ministro, que se verían para definir la parte económica de la visita de Alvarellos a la Casa Blanca. Si los acuerdos cristalizaban, lo que aún estaba por ver, iba a ser el viaje institucional más importante de la era Alvarellos. Este tipo de ambiciones motivaban a Niza más que nada.

El vehículo aminoró la velocidad y se detuvo. Habían llegado a la embajada. Niza y el diplomático acordaron mantener una breve conversación antes de retirarse a descansar un par de horas. A las nueve, el ministro cenaría con el secretario del Tesoro en su residencia. Thomas Stone encarnaba a una saga de estadounidenses de pura cepa, anteriores incluso a los Estados Unidos, que aborrecían entrar en materia con desconocidos en frío. Si tenía que negociar, primero era partidario de conocer bien a la persona con la que iba a hacerlo. Y qué mejor que una cena en un ambiente familiar. Niza se mostró absolutamente de acuerdo. Después de todo, también él procedía de una saga de españoles de cepa purísima, aunque hubiesen pasado por la cárcel, o quizá por eso.

El embajador lo condujo a la biblioteca y, después de tomar asiento, le mencionó de pasada el accidente de hacía una semana en Cabezón de la Sal, cuando un tren arrolló en un paso a nivel sin barrera a decenas de jóvenes, matando a doce.

—¿Es cierto que hubo un fallo en la señal semafórica? Anoche me refirieron algo en ese sentido las autoridades americanas, que lo achacaron a los viejos semáforos.

—Los americanos están siempre al cabo de la calle, por lo visto —comentó el ministro con un leve cinismo sin importancia—. La hipótesis de la imprudencia no pudo mantenerse ni veinticuatro horas, eso es cierto. Entre nosotros, todo apunta a que el paso a nivel estaba en condiciones lamentables. Con el agravante de que solo dos semanas antes, en una comisión parlamentaria, el ministro de Fomento defendió el buen estado del

ferrocarril en toda Cantabria.

El diplomático se refirió a Pablo Gosálvez. Habían estudiado juntos en el colegio Nuestra Señora del Pilar. El ministro siempre fue un alumno destacado, de gran personalidad y carisma ya entonces.

—Para él todo poseía trascendencia. Era un hombre de acción. Creía que el mundo solo podía cambiar por lo que se hacía con él y no por lo que se decía. Creía que la humanidad nunca se reponía de un acto. —Hizo una pausa—. Tiene una férrea determinación. Aguantará lo que le echen —concluyó.

—Ya le están empezando a echar de todo y ni siquiera llevan tres días enterrados los cuerpos. ¿Leíste ayer *Crónica*? —preguntó Niza, en referencia a los testimonios de varios padres y hermanos de los niños muertos en el accidente, que denunciaban que desde meses antes del siniestro habían advertido del pésimo estado del paso a nivel—. No han respetado ni los tres días de luto oficiales. ¿Pero es que esos familiares no lloran a sus víctimas? ¿No están tan tristes, que no se aguantan las ganas de hablar con periodistas? —resopló—. Cualquier cosa vale para desgastar al Gobierno. Dejemos este tema. Me pongo enfermo. Hablemos de cosas alegres.

—¿Un porrito? —preguntó el diplomático, mientras abría un cajón de su mesa y sacaba una bolsa con marihuana.

Niza se mostró pensativo. Declinó con una lejana desidia. El embajador ni se inmutó, y empezó a liar un cigarro.

—Tal vez haya algunas cosas que te interese saber sobre el secretario del Tesoro antes de la cena.

Stone llevaba pocos meses en el cargo.

—¿Puedo? —El ministro señaló el sofá. No esperó a que el embajador asintiese. Se tumbó y se descalzó.

—Participó en la guerra de Vietnam hasta en tres períodos distintos. En 1965 fue el único superviviente de uno de esos pelotones que solo patrullaban de noche. En el 66 regresó al campo de batalla después de un permiso, formando parte de las Fuerzas Especiales, y, tras una emboscada, sobrevivió escondido bajo los cadáveres de sus compañeros, a los que el Viet Cong remató a cuchillo. Milagrosamente, Stone se salvó, aunque perdió una pierna; se la amputaron unos centímetros por debajo de la rodilla. —Se señaló la suya—. Por aquí, más o menos.

—No iba a proponerle jugar al baloncesto, pero es bueno saber estas cosas. La pata se mete en cualquier momento.

El diplomático dio una calada al cigarro y cerró los ojos para generar la ficción de que así lo degustaba mejor. Aguantó un par de segundos la respiración y expulsó despacio el humo. Después estudió la punta del cigarro con una compasión que parecía sincera.

—Su sentido del humor... está más allá del sentido del humor de cualquiera. La embajadora canadiense cuenta que hace unas semanas, después de una reunión de los ministros de finanzas del G-8 y los gobernadores de los bancos centrales, Stone se quitó la pierna ortopédica y la dejó sobre la mesa. Estaban en la cafetería del hotel, distendidamente, tomándose un whisky.

Niza se incorporó para mirar al embajador y discernir si le hablaba en serio. Le pareció que sí, aunque tuvo dudas.

El porro hizo su efecto en silencio y el diplomático emprendió un rápido repaso a la situación en que se encontraban las conversaciones que mantenían desde hacía semanas con la Administración estadounidense a propósito de la cumbre. En la Casa Blanca se seguía «con admiración» el espectacular crecimiento de la economía española, al igual que la expansión de algunas de sus empresas en el extranjero, en especial en Estados Unidos. Niza acompañaba sus frases desde muy atrás, asintiendo, y a veces con los ojos cerrados; casi se le hacían pequeñas desde donde estaba, y se quedaba apenas con algunos verbos o algún nombre propio. En los últimos días, aquella conversación la habían mantenido varias veces por videoconferencia.

Adormecido por la repetición, o por la voz, Niza se puso a pensar en la mujer del embajador y si tendría ocasión de conocerla en las siguientes horas. Se le hacía difícil imaginar a una miss en una embajada y eso provocaba que todavía tuviese más ganas de verla. ¿Poseería una de esas bellezas robadas por el tiempo? ¿O tal vez ni siquiera habría envejecido y una miss es siempre recién miss? Para ser justos, también lo intrigaba esa obstinación tardía por la escritura creativa en la que el embajador y su mujer habían caído, y que les había permitido conocerse. La literatura le parecía un tipo de vocación que se manifestaba con la juventud. En estos pensamientos se le fueron varios minutos, hasta que decidió incorporarse del sofá, aprovechando una pausa en la conversación.

—Acabo de recordar que tengo que hacer una llamada urgente y después dormiré un rato antes de prepararme para la cena.

El embajador había matado el porro y balanceaba una pierna sobre la otra.

Las desmontó despacio para levantarse, igual que a piezas del ajedrez que se ordenan sobre el tablero para jugar, y acompañó al ministro. Cuando al fin Niza se quedó a solas en su habitación, prefirió olvidarse de la llamada. De pronto, no supo a quién llamar con urgencia. Simplemente, se desnudó y se dejó caer sobre la cama, boca arriba. Solo cuando estuvo relajado, y los ojos se le cerraban y se le volvían a abrir, reparó en una enorme caja de madera encolada. Dedujo que se trataba de una vieja radio. En casa de sus abuelos había una parecida, quizá más pequeña. Su abuela la encendía todos los días a la misma hora, aunque no funcionaba. Se oía un crujido, parecido a cristales aplastados por un zapato, y enseguida tenía que apagarla. Aquella mujer repetía todos los días el mismo absurdo ritual. Cuando la veía, en los días de vacaciones, siempre le preguntaba por qué no la llevaba a arreglar, o mejor todavía, por qué no compraba una radio nueva. Y ella siempre respondía lo mismo: «Para qué, total...».

Lo despertó una llamada telefónica. Era Ann Satter.

—Vaya... Qué agradable sorpresa —respondió muy fascinado.

—Sorpresa la mía, que acabo de enterarme por casualidad de que te encuentras en Washington y que no entraba en tus planes llamarme.

Héctor se incorporó para hablar con más naturalidad. Se quedó sentado en la cama, con vistas a una gran cristalera por la que entraba la noche y las luces sangrantes de los coches que cruzaban Pennsylvania Avenue en una dirección y en otra.

—Había oído que eras feliz en tu nuevo matrimonio.

—Te informaron mal. La felicidad siempre es pasajera, y me alegro de que sea así. Dicho esto, creo que deberíamos quedar antes de que vuelvas a desaparecer durante meses.

—Hoy tengo una cena y mañana una larga e importante reunión. En principio, regreso a España a última hora, con todo mi gabinete. Pero...

Hubo un silencio en la línea.

—Me gustan los *peros* —avisó Ann Satter.

Un helicóptero cruzó la vertical de la embajada.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Niza, aturdido quizá por el exceso de presente en el que vivía muchos días.

—Jueves.

—Jueves... Si me quedase hasta el domingo, ¿te irías a Las Vegas?

Al otro lado hubo un silencio obstinado y manual, en el que Ann pareció

que se hubiese retirado a comprobar en la cabecera de *The Washington Post* que hoy realmente era jueves.

—Me iría. —Empleó un tono decidido, sin llegar a sonar altisonante.

Niza no necesitaba escuchar nada más. Tal vez hubiese más cosas que decirse, pero ya estaban todas dichas. Su cabeza empezó a reordenar los trozos rotos de los próximos días. Cuando se dio cuenta, comenzaba a ir mal de tiempo. Se despidió de Ann y se pegó una ducha rápida. Después bajó a la primera planta, donde ya lo estaban esperando su secretaria y su jefe de gabinete, que se toqueteó la esfera del reloj para hacerle ver que el tiempo volaba.

—Tengo buenas noticias para todos. Nos quedamos hasta el domingo. Por favor —señaló con el dedo a su jefe de gabinete—, habla con el comandante y ponlo al tanto de los cambios. Ah, y dile que en cuanto acabemos de hacer lo que hemos venido a hacer, necesitaré el Falcon para volar a Las Vegas. Y ahora, me voy pitando —dijo y dejó a sus colaboradores atrás, mirándose entre sí.

La residencia del secretario del Tesoro era un edificio del siglo XIX. Cada habitación parecía tener una historia, que el mismo Thomas Stone le relató en un recorrido minucioso, que incluyó una parada en uno de los cuartos de baño, inexplicablemente grande, al igual que su historia.

—Aquí pasó largas horas el vicepresidente Henry Wallace cuando el país entró en la Segunda Guerra Mundial. Era una especie de habitación de seguridad. Había estanterías llenas de libros de agricultura. Era su lectura preferida. Cuando llegó Truman a la presidencia, el sucesor de Wallace entró aquí y, al ver todos esos ejemplares, ordenó: «Llévense toda esta mierda».

Thomas vestía un traje cruzado, color verde claro, impecable, recién planchado, hecho a medida. En cambio, la elegancia y el buen gusto de su esposa iban más allá, flotaba en los gestos, el pelo y el vestido como una especie de sacrificio.

Por fuera, Stone le pareció arisco. Le hizo pensar en esas personas que para bromear se ponían serias y cuya risa viajaba hacia dentro, produciendo el extraño efecto de esas otras personas que caminan hacia atrás. Pensó que si estuviese a su lado en silencio el tiempo suficiente, llegaría a escuchar su escepticismo, que sonaría bajo unos finos silbidos en el pecho, parecidos a los ruidos que levantan por dentro los enfermos de bronquios. Sin embargo, lo que se escuchó durante los breves instantes en que el silencio ejerció

fuerza sobre la conversación fueron las tripas de Niza. Se moría de hambre.

—Héctor, ¿estás casado?

—Lo estuve. Nos divorciamos hace tres años. Mi exmujer es estadounidense. Tengo una hija de doce años que vive en Nueva York con ella. Intentaron adaptarse a España, pero en España se vive demasiado bien y no conseguimos que el matrimonio lo resistiese. —Niza reparó en una de las paredes del salón, de la que colgaba un enorme colmillo de elefante, y justo debajo un tremendo rifle, que invitaba a pensar que era el arma con la que se había abatido al animal.

—Mi mujer y yo nos casamos después de varios matrimonios frustrados.

—Tú más que yo, todo hay que decirlo —intervino la esposa, que entraba en ese momento en el salón.

—Solo te llevo un divorcio de ventaja; no exageres, querida —respondió Stone.

—Un divorcio es una diferencia fácil de enjuagar, no hay que confiarse —dijo a modo de consejo Niza.

Se rieron.

—Bebamos algo antes de cenar, para rebajar el buen humor.

Niza asintió, como ante toda buena idea.

—Te contaré algo verdaderamente notable, ahora que vamos a tomar un vino de California. He conocido a grandes bebedores, bebedores de todo tipo, algunos de ellos alcohólicos, dentro incluso de mi propia familia. Otros simplemente bebedores de exquisito gusto, intelectuales de la bebida. Pero no existe, o yo no conozco, un bebedor como yo, permíteme la modestia.

El ministro lo miró sin encogerse de hombros, pero con ganas de hacerlo.

—Nunca tengo resaca. Jamás. No importa cuánto beba. No sé qué es una resaca. Dicen que es horrible. Lo ignoro. Mi mujer no me dejará por mentiroso. —Ambos se volvieron hacia ella.

La mujer asintió para darle la razón, aunque sin dejar de mirar al mayordomo, que depositaba copas sobre la mesa con una inmensa seriedad.

—Solo por una cualidad así, uno debería ser presidente de los Estados Unidos, en lugar de secretario del Tesoro —dijo Stone, riéndose de su propia broma—. Eso le proporcionaría una ventaja estratégica sobre otros jefes de Estado.

Thomas probó el vino y el mayordomo acabó de servirlo. Se retiró caminando hacia atrás. Solo eran pasos, pero conmovieron a Niza. Intentó

que la impresión honda de aquel señor alejándose de espaldas no se transparentase a su cara, así que probó el vino, lo saboreó y se dirigió a Stone.

—Y esa cualidad, que parece un pequeño milagro de la naturaleza, ¿viene de familia?

—Me temo que no. En mi familia todos han sido grandes bebedores y todos han sufrido resaca después de beber.

—Al menos ha habido grandes bebedores; en la mía, la mayor parte de miembros han sido abstemios. No deja de ser algo aburrido y extraordinario.

—En realidad, sería inexacto reducir la gran aportación de los Stone a la bebida y la resaca, o en mi caso a su inexistencia. Dime, Héctor, ¿has oído hablar alguna vez de Phil Stone?

Niza negó con la cabeza, para reducir su ignorancia a la menor expresión.

El secretario del Tesoro tomó un pequeño sorbo de vino y dejó la copa sobre la mesa con suavidad y un poco de tristeza.

—Pero sin duda habrás oído hablar de William Faulkner. Nuestro querido premio Nobel tal vez no lo habría sido nunca, tal vez ni siquiera habría sido escritor sin la ayuda de mi abuelo Phil.

Stone tomó otro pequeño trago de vino. Fue un tic. Después, volvió a acomodarse en el sofá.

—Antes de que Faulkner decidiera abandonar la escuela, pasó varios años bajo la tutela de mi abuelo Phil, que más tarde se convertiría en un brillante abogado. Lo apasionaban los libros y su influencia sobre el futuro escritor fue decisiva.

Un gato blanco, esponjoso, atravesó el salón muy despacio, con total indiferencia por las personas que había alrededor. Fue un paseo glorioso por parte de un animal que no malgastaba energías en constatar que existían otros mundos, aparte del suyo. Rozó con el rabo la pernera del pantalón del secretario del Tesoro, que inclinó la cabeza con levedad y también con desagrado.

—Mi bisabuelo —continuó— tenía un Studebaker de siete pasajeros y de vez en cuando Phil lo llenaba de libros para prestárselos a Faulkner, que se iba en el coche y se pasaba el día leyendo en alguna pista por la que no pasaba nadie. Cuando Phil decía que algún día la gente iría a Oxford porque era el pueblo de William Faulkner, los vecinos y las viejas familias lo tomaban por un pobre hombre. ¿Más vino?

Inopinadamente, el mayordomo apareció de la nada y sirvió el vino y se fue, otra vez caminando hacia atrás. Aquella presencia casi fantasma empezaba a parecerle a Niza lo mejor de la casa.

—Pero no hablemos tanto de los Stone, siempre tan presuntuosos con sus historias familiares. Cuéntame, ¿hay grandes hombres en tu familia?

Héctor optó por quedarse en mangas de camisa, para enfriar el recuerdo, inevitable, de los días en que su abuelo se hizo millonario fabricando motos. Antes de acabar de quitarse la chaqueta, el mayordomo estaba de regreso a su lado, quieto como un olmo seco, para llevársela al guardarropa.

—En mi familia, salvo una oveja negra, que publicó un librito de poesías lamentable, todos hemos sido hombres de negocios o militares. Mi bisabuelo materno, que trabajó para el rey Alfonso XIII, fue el primero en conducir un Duesenberg en España.

—¿¡Un Duesenberg!? Pero eso es maravilloso. ¡Duesenberg son palabras mayores en Norteamérica! Sin duda tu bisabuelo fue lo que yo entiendo por un gran hombre. No existieron coches comparables a los Duesenberg. Un primo de mi abuelo conoció a Erret Lobban Cord, que en los años veinte se asoció con los hermanos Duesenberg para construir el coche más grande, rápido y caro de la historia, y desarrolló el Modelo J, con el que consiguió competir con las marcas europeas más prestigiosas. Tenía doscientos sesenta y cinco caballos y alcanzaba las ciento diecinueve millas por hora. Costaba la friolera de diecinueve mil dólares de entonces. Una barbaridad. Se hicieron con el Modelo J todos los millonarios de los Estados Unidos y las estrellas de Hollywood: Clark Gable, Greta Garbo, Howard Hughes, Rodolfo Valentino...

—Mi abuelo acudió a buscarlo a París en 1930, por encargo del rey. Era el Modelo J con carrocería de Hibbard & Darrin.

El gato hizo una segunda aparición triunfal, propia del que libra una guerra y la gana. Esta vez, con el rabo muy levantado, el animal se restregó en las piernas de Niza, que sonrió endeblemente. Entonces, de un modo inesperado, que sorprendió al propio Niza, el secretario del Tesoro se puso en pie y propinó una patada nada complaciente al animal, que maulló asustado y se fue corriendo.

—Maldito gato impertinente.

—Pero Thomas... —dijo su mujer, sorprendida a medias.

—Me saca de quicio. Estaba molestando a nuestro invitado. ¡Cenémoslo

esta noche! —propuso estirando un brazo al frente. Después, tomó asiento de nuevo, muy satisfecho con la idea de matar al gato.

Las tripas de Niza volvieron a elegir el peor silencio, un silencio total, para retorcerse de hambre y rechinar como hierros oxidados.

Solo en ese momento advirtió que Stone sujetaba la copa de vino en la mano, y aunque se acababa de levantar cual un cohete y había lanzado una patada con su pierna ortopédica, no se había descompuesto su figura en absoluto, y ni mucho menos derramado una gota de su vino.

—Estábamos hablando de tu bisabuelo —recordó la esposa.

—Sí, es cierto. En realidad —señaló el ministro, un poco hastiado por el tema—, no hay mucho más que decir. Fue un hombre común, pese a lo que diga; tuvo suerte. —Se volvió hacia el secretario, que empleaba ese segundo en mirarse las axilas. Héctor desvió la vista y reparó por primera vez en una mesa que había al lado de su sofá. Sobre ella había un mechero que le pareció de plata, en forma de águila, y un par de portarretratos. En una de las fotografías distinguió perfectamente a Thomas y su mujer vestidos de cowboys, al lado de un caballo. En la otra advirtió una escena muy familiar, que lo hizo pensar.

Stone reparó en el esfuerzo del ministro.

—¿Miras la fotografía? —preguntó.

—Sí. Es...

—... *Desayuno con diamantes*. Es un fotograma de la fiesta en el apartamento de Holly Golightly a la que acude medio Nueva York.

—Claro —dejó escapar Héctor, casi avergonzado por no haberse dado cuenta antes.

—Está ahí no porque yo sea un fan de la película, aunque la he visto diez veces, ni siquiera de Audrey Hepburn, aunque todos somos fans de Audrey Hepburn, naturalmente, yo el que más. —Thomas Stone tomó el portarretratos y lo sostuvo en un punto intermedio entre él y Niza—. Este de aquí es nada menos que mi padre. —Señaló a un varón atractivo que fumaba y agarraba un vaso en una mano, rodeado de una multitud que hacía lo mismo que él: pasárselo en grande. Al fondo, se veía a Audrey Hepburn charlando con George Peppard—. Mi padre y el director de *Desayuno con diamantes*, Blake Edwards, sirvieron juntos en la Guardia Costera durante la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces mantuvieron el vínculo. Un día, durante la producción de la película, se vieron en Nueva York y Blake le preguntó si le

apetecería participar en calidad de extra en una de las escenas. Mi padre... cómo te lo diría sin que yo me ofenda... era un gran vividor. Cuando Blake le explicó que en esa escena se fumaría y se bebería, se apuntó sin dudar.

El mayordomo entró en el salón con su turbador sigilo para anunciar que la cena estaba preparada.

—Magnífica noticia. Estoy hambriento y —Stone se volvió hacia Héctor— deseando que me cuentes algunas cosas sobre Alvarellos. Te confieso que en la Casa Blanca se cultiva cierta fascinación por vuestro presidente. Por lo que sé, tú estudiaste con él.

—Así es, y estaré encantado de contarte algunas cosas; pero antes me gustaría ir al baño.

—Ya sabes donde está el lavabo del vicepresidente Henry Wallace.

Héctor se dirigió a la planta superior y se encerró en aquella enorme estancia. Se detuvo ante el espejo y se acercó hasta casi tocarlo con la nariz. Estudió sus ojeras, sus poros, y a la vez abrió el grifo y vertió un poco de jabón líquido sobre la mano derecha, sin dejar de mirarse. Se secó las manos y en uno de esos movimientos impensados, en forma de tic, abrió un cajón para comprobar si había lo que hay en casi todos los cajones de todos los baños del mundo. Distinguió un cepillo del pelo, gomas, horquillas. En el siguiente se apilaban con un orden desasosegante distintos frascos de perfume. Le pareció que eran todos femeninos. Tomó uno de ellos y lo acercó a la nariz. Cerró los ojos y aspiró su perfume. El olor lo balanceó. En el último cajón solo había una pistola.

Se apartó de la pileta y caminó hasta el urinario, unos diez metros más al fondo. Tuvo la impresión de llegar agotado. La escala de las cosas le recordó a una catedral. Aquel era un cuarto de baño absurdo, de dimensiones desproporcionadas. Cuando estaba desabrochándose, decidió que prefería sentarse, pensando que así imitaba más fielmente a Henry Wallace en los lejanos días en los que aquel lavabo acogía también una biblioteca y podían pasar las horas sin que pasase el tiempo. A su derecha reparó en lo que parecía un cesto de la ropa sucia. No pudo resistirse a levantar la tapa para husmear y dilucidar si en la residencia del secretario la ropa sucia era como la ropa sucia de cualquier otra persona, por ejemplo, un ministro español. Se llevó una pequeña decepción al descubrir el cesto vacío. En cambio, a su izquierda, apilados sobre una pequeña mesa, había una montaña de periódicos y revistas.

En ese momento, vibró el teléfono dentro de la chaqueta. Era un mensaje de su jefe de gabinete. Se quedó sin saber qué pensar al leerlo. Un juzgado acababa de imputar a César Riezu por tráfico de influencias para hacerse con la adjudicación de las obras del nuevo hospital de Valencia. Sostenía el teléfono como si fuese un pájaro muerto. Volvió a guardarlo. Le extrañó que la iniciativa hubiese partido de la Fiscalía. Pero ahora no le apetecía pensar en Riezu. Tomó el primer ejemplar del montón de periódicos. Era un número de *The New York Times*. Lo hojeó sin interés, heladamente, solo porque estaba allí. Lo abrió al azar y se puso a leer un largo artículo sobre el primer ministro de Italia. El diario publicaba varias fotos de la última gran fiesta que él había organizado en su mansión, con cientos de invitados, entre los que se encontraban más de cincuenta azafatas, muchas de las cuales, según leía, rondaban los dieciocho años. El asunto prometía ser un escándalo internacional, es decir, uno de esas crisis que no afectaban para nada al dirigente, cuya vida había tomado hacía tiempo aspecto de error imperdonable sin importancia. Ahora pasaba por esa etapa en la que cumplía años aleatoriamente. Hoy setenta y siete, mañana diecinueve. A veces moría, pero resucitaba. Y con más pelo. Le había tomado gusto a mezclarlo todo: dinero, sexo, política. En privado, Alvarellos lo despreciaba. Siempre decía que le recordaba a un presidente de la Diputación gallego que los primeros jueves de cada mes dormía en la suite de un hotel con una mujer que nunca era su esposa, casualmente.

No acabó de leer el artículo, bastante extenso. Le pareció que ya se había tomado demasiado tiempo, así que dejó el diario donde lo había encontrado, y se incorporó, se vistió y se lavó las manos de nuevo. Tenía mucha hambre. Volvieron a sonarle las tripas. Thomas Stone y su mujer lo esperaban. Había mucho que hablar. Deseaba acabar rápido, que el tiempo hiciese estragos con lo que restaba de día y con la jornada siguiente, hasta el reencuentro con Ann Satter. Ya no se sorprendía cuando se modificaban rápidamente sus prioridades. De pronto, allanar el camino para la visita de Alvarellos a la Casa Blanca lo estimulaba mucho menos que la idea de acostarse con aquella mujer. Pero ¿quién decía que la vida ponía facilidades?

VEINTIUNO

Morelli vio entrar a Fonseca y le hizo señales desde la máquina de café. Su compañero llegaba directamente desde el aeropuerto y ponía fin a una semana viajando por todo el país en busca de las obras en construcción más caras impulsadas por los distintos gobiernos autonómicos. El resultado era un mapa por momentos absurdo.

—¿Has visto cosas que no creerías más allá de Orión? —preguntó Morelli.

—Sí, he visto cosas absurdas, que me llevan a creer que cuando tienes dinero haces lo que sea por gastarlo, pero lo que sea.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo una Ciudad de la Relajación. En Huelva están construyendo un parque de dimensiones colosales para que vayas a olvidarte de todos tus males, incluso de que estás vivo. Ya se han gastado cincuenta millones de euros y no van ni por la mitad. Aunque mi edificio preferido es el Museo del Urogallo que han proyectado en Lugo. No quiero aburrirte.

—Toma. —Le tendió un vaso—. Este café es probablemente el peor del mundo —dijo en voz alta. Era el mismo café que él tomaba todos los días, en ocasiones hasta dos veces.

—No lo niego, aunque yo me he acostumbrado y me gustan las costumbres. ¿O no me he acostumbrado a ti? En mi primera semana en esta redacción me pasaba las tardes invitando a cafés, manda cojones.

—Se correría la voz de que eras un pardillo.

—Desde luego. Pero fue la única forma de aprender un poco de periodismo.

Dejaron atrás la máquina y se adentraron en la redacción. Morelli se sentó en su silla, que hizo girar hasta quedar enfrente a Fonseca. Su teléfono móvil empezó a vibrar dentro de su bolsillo. Lo sacó para ver quién llamaba y volvió a guardarlo. Era su madre.

—Mi maestro en este periódico —retomó Fonseca la conversación— decía que es imposible hacer buen periodismo si no tienes una mala máquina de café cerca. Si el café es una mierda auténtica, te tomas cuatro nada más llegar, sin azúcar, y después las frases fluyen solas, facilísimamente, tamborileando los dedos. «Si la máquina es buena, olvídate del periodismo; hazte camarero, te irá mejor», decía. Aunque también hay que puntualizar que el periodismo recién salido de una mala máquina de café a veces no sirve de gran cosa. Solo hay que ver la indiferencia en la que ha caído tu última exclusiva.

Fonseca cogió el periódico del día anterior, en el que Morelli publicaba que la presidenta del Congreso había mentido en su currículum, arrogándose una licenciatura en Derecho que no tenía, y lo sacudió en el aire. Casi salió arena del desierto. Esa misma mañana, el presidente Alvarellos había restado importancia a los hechos diciendo que la valía de algunas personas «está más allá de un papelito que dice “licenciada”».

—Eso es porque hay una burbuja de currículos y al fin nos hemos dado cuenta de que un currículum no importa nada. ¿Qué hay más triste y aburrido que la verdad de un currículum? Un buen currículum debería hacer referencia a que el individuo es maniático, se saca pelos de la nariz, o que roba el albornoz de los hoteles. Es horrible inventar méritos, sí. Casi tanto como no inventarlos. —Morelli hizo una parada para respirar del cinismo y después continuó—. Este país nunca ha tenido vergüenza, así que no la iba a tener ahora, de repente. —Acabó el café, arrugó el vaso de plástico y lo encestó en la papelera—. Tres puntos.

Fonseca asintió sin demasiada emoción y abrió una lata de coca-cola. La presión le salpicó la camisa. Dio un respingo hacia atrás.

—Pero ¿cuántas de esas bebes al día?

—Unas tres. Es buenísima para la salud.

—No sé cuándo, leí que alguien había muerto por beber demasiadas coca-colas.

—No inventes.

—Lo leí, en serio.

—Pero ¿murió porque bebió demasiadas seguidas, igual que esa gente que muere en un concurso de hamburguesas, por comer, digamos, cuarenta?

—Murió porque tenía que morir, porque bebió muchas a lo largo de su vida, creo.

Fonseca hizo un gesto despectivo con la mano. No se creía nada. Y bebió media lata de un trago. Después, eructó hacia dentro. En una de las televisiones de la redacción apareció la imagen del ministro de Fomento.

—Sube el volumen —le pidió a un compañero.

Esa tarde, el ministro Pablo Gosálvez había comparecido en el Congreso para dar explicaciones sobre el accidente de tren en Cantabria en el que habían fallecido doce niños arrollados en un paso a nivel sin barrera. Según todos los informes técnicos, dijo el ministro, «el semáforo funcionaba perfectamente» y el siniestro se debió a una «dramática imprudencia humana». No obstante, para evitar otros accidentes en el futuro, anunció que el Ministerio de Fomento revisaría a fondo la red de pasos a nivel.

—Esta gente es acojonante. Pero ¿es que no tenemos derecho ni a una buena mentira? ¿Nos tenemos que tragar esta mierda? —Fonseca meneó la cabeza, contrariado—. Ya puedes bajar el volumen si quieres.

Se volvió hacia Morelli, que escuchó en silencio el resumen de la comparecencia de Pablo Gosálvez en Televisión Española, y así siguió cuando el televisor se quedó sin volumen.

—Ahora me fumaría diez cigarros seguidos. No sé qué daría por poder fumármelos y después olvidar que los he fumado. Nunca debí dejar el tabaco, maldita sea; era mi mejor vicio —dijo con nostalgia Morelli.

—Siempre puedes empezar de nuevo.

—¿Estás loco o qué coño te pasa? ¿No sabes lo que me costó? Sería el mayor error de mi vida.

—Uno de los mayores. No exageres.

Morelli y Fonseca habían abandonado el tabaco al mismo tiempo. Fonseca se gastó ciento cincuenta euros en un terapeuta que lo ayudó a dejarlo en seis semanas, sin sufrimientos. Al final resultó un proceso sencillo. La única objeción, según sus amigos, que tenía todo aquel proceso era que encontraban a Fonseca mucho más feliz y menos cínico. No solo le habían robado un vicio, sino también un carácter. En cambio, Morelli había encontrado muchas más dificultades. La vida casi siempre regalaba piedras. Escribir con un cigarro entre los dedos, o en el cenicero, le proporcionaba seguridad en lo que hacía. En cierto modo mentiroso, pero bello, no era él sino el cigarrillo el que escribía. De pronto, no tosía, se sentía de maravilla y tenía las manos libres, desocupadas, dispuestas a escribir mucho más rápido, pero al mismo tiempo esas manos estaban vacías, carecían de un sitio propio. No sabían escribir. Al

contrario que Fonseca, Morelli se sentía desgraciado, aunque bien de salud.

—Al menos te queda la satisfacción del trabajo bien hecho —observó Fonseca, en referencia a la exclusiva.

En la teoría de Morelli, muy parecida, el periodismo tenía que aspirar a ejercitarse bien técnicamente, sin más, igual que cuando un futbolista le pegaba con perfección al balón, pero no marcaba gol. Lo importante es el gesto. No se trataba de derrocar al Gobierno, o al menos de hacer dimitir a la presidenta del Congreso, lo cual no estaría nada mal, sino de informar con veracidad de la mentira que esta había incluido en su currículó.

—Aunque no lo parezca —Morelli fumó un bolígrafo—, lo más divertido del periodismo es hacer periodismo y no lo que ocurre después de publicar la noticia. Ayer me pasé media tarde viendo trabajar a Bruguera, el de obituarios. Desde el punto de vista de la técnica periodística, fue un espectáculo de luz y sonido. A media mañana, el director adjunto le encargó la necrológica de un escritor. No recuerdo el nombre. Aquí debe de estar. —Cogió el periódico del día y pasó páginas hasta hallar lo que buscaba. Golpeó con la mano extendida sobre el texto—. Un tal Ortega. La escribió en tres cuartos de hora, quizá media hora, da igual. Todavía no la he leído, aunque leerla es lo de menos. El caso es que, como buen periodista, al acabar de escribirla preguntó si estaba confirmado que el protagonista había muerto. Ya ves tú, qué bobada. «Bueno, hombre, casi seguro que sí», le dijo el director adjunto, se supone que de coña. Por si acaso, hizo algunas llamadas a varios tanatorios de Ourense. En uno le aseguraron que, hasta hacía solo unas horas, habían tenido allí a un hombre con el nombre y los apellidos del escritor. Pero él no se dio por satisfecho y buscó más confirmaciones. No deseaba contactar con la familia. Le parecía que quedaba mal preguntar «Oiga, ¿ha muerto por ahí fulanita de tal?», y llamó a *La Provincia*, donde tiene un muy buen amigo, que le aseguró que el escritor en cuestión había fallecido, en efecto. No obstante, en tanto que buenísimo periodista, Bruguera se procuró una fuente más para confirmar el óbito. Y llamó al teléfono del muerto. «Como no me lo cogió, di por seguro los hechos y publicamos la necrológica», me contó al final de la tarde.

—Maravilloso.

—¿Para qué voy a leer la necrológica, si vi en directo cómo intentaba contrastar la muerte del protagonista? Así que con todo esto quiero decir que casi me importa una higa que Alvarellos y su gobierno actúen como los amos

del universo. Hicimos lo que pudimos. ¿Te falta mucho?

—Me falta todo. Solo he empezado a hacer algunas llamadas, pero no es un reportaje para ya. Si esperas media hora, me voy contigo.

—Vente a cenar a casa. No hay tabaco —propuso Morelli.

Fonseca le mostró el dedo pulgar hacia arriba, en señal de que aceptaba, y se lanzó hacia el teléfono.

Diciembre estaba siendo un mes glacial y la calefacción del coche de Morelli solo comenzó a funcionar de verdad al enfilear la pendiente del garaje. Creía en los coches viejos, que nunca morían, aunque pudiesen helarte dentro, o quedar tirados en una cuneta. Cuando entraron en el apartamento, tiritaban. El ambiente era cálido, pero Morelli se abalanzó sobre el termostato y lo subió al máximo.

—Menuda batalla campal —dictaminó Fonseca, echando un vistazo a su alrededor. El desorden clamaba desde las alturas.

Morelli llevaba semanas preparando la mudanza y el salón estaba tomado por cajas a medio rellenar, que se apilaban hasta formar rascacielos.

—Quería irme al nuevo piso en enero...

—Pero si faltan solo quince días para eso y por el medio está Navidad.

—Por eso digo que quería; ya no quiero, no es viable, ocuparé el nuevo apartamento en febrero, con suerte. Me parece un planteamiento menos ambicioso, pero... —Volvía a sonar su teléfono, y por tercera vez en el día era su madre—. Creo que ahora voy a contestar; es mi madre. Seguramente se trata de algo urgentísimo, querrá contarme que hoy ha hecho frío o que el perro ha excavado otro agujero en el césped. —Se dirigió a la cocina.

Fonseca se asomó a una de las cajas de la mudanza, que contenía ropa de verano, y después a otra, en la que había libros y herramientas de oficina, además de tres o cuatro portarretratos. Tomó uno con el marco de madera pintado en rojo. Se sorprendió al ver en la foto a Morelli con Inés. Esa fotografía representaba la clase de material delicado del que cualquiera se deshacía cuando finalizaba una relación, por si explotaba. Se tiraba a la basura, se quemaba, lo que fuese, pero se alejaba de uno para siempre. Era raro, porque Morelli e Inés no solo no mantenían ningún tipo de contacto, sino que, en el caso de él, la aborrecía desde que supo que ella se veía con un amigo común. En el fondo, siempre sospechó que se citaban cuando ellos aún vivían juntos, y se engañaban con la idea de tener hijos y pensar en un futuro lejano, en el que todavía seguían juntos, imitando a una familia sólida.

Dejó la foto donde estaba y tomó otra, en la que aparecía un muy joven Morelli a las puertas del periódico. Tal vez fuese su primer día, así que la foto podía tener siete u ocho años. Llevaba una chaqueta lobo de mar y ocultaba ambas manos en los bolsillos. Ya entonces tenía largas patillas.

Oyó pasos de zapatos. Cuando se volvió, Morelli regresaba al salón metiéndose el móvil en el bolsillo, como si fuese una nota manuscrita que rompes en dos, luego en cuatro y en ocho, que te gustaría arrojar al aire para que nevase.

—Madre no hay más que una y a mí me tocó. —Abrió los brazos y los dejó caer a plomo, chocando contra las caderas—. Mi padre ha jurado no volver a tomar nunca más Cola Cao con galletas después de cenar. Es una tontería, sí, pero de las importantes. Desde que tengo memoria, he visto todas las noches a mi padre calentar una taza de leche, añadirle dos cucharadas de Cola Cao y después romper tres o cuatro gallegas. Todas las noches es todas las noches. Y de pronto, zas, nunca más.

—¿Y por qué ha tomado esa decisión?

—Ha dicho que estaba aburrido de tanto Cola Cao. Justo ahora, después de treinta años, sintió que se aburría. No antes.

—¿Has hablado con él y te ha dicho eso?

—Yo nunca hablo con mi padre por teléfono. Si tenemos que decirnos algo, lo hablamos con mi madre.

—¿En serio? ¿Pero os lleváis mal, o algo?

—No, no. Nos llevamos de maravilla, pero no tenemos la costumbre de hablar por teléfono. Cuando se trata de hablar entre nosotros, hacerlo a través del teléfono nos parece absurdo, lo cual es todavía más absurdo, lo sé; pero así son las cosas entre nosotros. Cuando nos vemos, hablamos horas seguidas, pero hasta entonces, nada; solo recados a través de mi madre.

—Ok. —Fonseca desistió de entender algo que no tenía sentido—. ¿Me preparas la cena, entonces? —preguntó para cambiar de tema.

—Pero ¿qué le pasa a la gente últimamente con la comida? Todo el mundo se muere por cocinar con sus propias manos. Yo odio cocinar.

—Entonces, ¿pedimos algo de cenar?

—Digo yo.

Fonseca se dirigió a la cocina. Cuando regresó con sendas latas de cerveza, Morelli hablaba con los de la pizzería. Fonseca le entregó su cerveza y siguió el rastro de las cajas, desperdigadas también por el pasillo. Al asomarse al

despacho, experimentó una extraña sensación al ver todas las estanterías vacías, llenas de un intenso blanco. Todos los libros habían sido ya guardados en las cajas. En la mesa, también vacía, descansaba, o pensaba, una máquina de escribir. Traslataba una gran soledad.

—¿Dónde estás? —preguntó Morelli desde el salón.

—Aquí.

Era una Olivetti 32, de color verde, con las teclas negras. Fonseca recordó que en su casa nunca hubo una máquina de escribir, ni libros, y eso no impidió que acabase de redactor de periódico. La hierba podía crecer en el asfalto, pensó.

—Me habría gustado tener una —dijo y pulsó la letra «a»—. Pero en mi casa prefirieron comprar una yogurtera, que durante algunas semanas se convirtió en la atracción del edificio, hasta que cayó en una lenta decadencia, igual que unos pantalones pasados de moda.

—Esta era de mi padre. Es preciosa. Que se quiten todos los portátiles. Existe algo que se llama «tacto Olivetti» y esta máquina lo tiene. Si un día vas a escribir un libro, hazlo en un aparato de estos —le recomendó y pegó un trago extenuante a su cerveza—. Tendrá otra música.

—Uff. Una máquina de escribir... Si aún fuese una máquina eléctrica...

—¿Estás loco? ¿Una máquina eléctrica? Qué horror. Hace años, en un viejo recorte de periódico, leí que las máquinas eléctricas engordaban. Un profesor de una universidad canadiense sometió a una secretaria a prueba, y esta quemó ochenta y siete calorías por hora escribiendo en su vieja máquina manual. Pero cuando cambió a una eléctrica solo eliminó setenta y dos, pues necesitaba menos energía para oprimir las teclas. Además, la secretaria aumentaba cuatrocientos cincuenta gramos de peso cada ocho semanas de trabajo con la máquina eléctrica.

—¿Cómo llevas tu novela, hablando de libros? —preguntó Fonseca, poco interesado en las teorías de las universidades canadienses—. ¿Escribes con regularidad?

La novela de Morelli era una vieja conversación que retrocedía hasta los primeros tiempos en el periódico. Entretanto, había manejado más de veinte historias diferentes, sin llegar a escribir nunca ninguna. Pero desde hacía dos años, cuando rescató de entre los muertos la idea de escribir definitivamente esa novela, había algo en su entusiasmo que sugería que en esta ocasión sí podía estar ante el comienzo definitivo.

—¿Escribir? —preguntó a su vez, para ganar tiempo y poder ofrecer una respuesta contundente, lapidaria.

—Sí.

—Bueno, supongo que sí.

—¿Supongo que sí?

—Supongo que sí. Es una forma de hablar. Kurt Vonnegut tenía un amigo que bebía mucho, y si le preguntaban si se había emborrachado la noche antes, siempre contestaba con brusquedad: «Bueno, supongo que sí». Siempre me ha gustado esa respuesta.

—¿Cuántas páginas supones que has escrito, entonces? —Fonseca se dejó caer sobre el sofá de una plaza que había delante de la mesa.

—En realidad, en un sentido estricto, todavía no he empezado a escribir.

—¿No has escrito ni una sola página en dos años? ¿Me estás tomando el pelo?

—Bueno, escribir una novela es algo mucho más complejo que ponerse a escribir sin más, de buenas a primeras. Antes hay que tomar un millón de pequeñas decisiones. ¿Has oído hablar alguna vez del peligro de la dictadura de las decisiones individuales racionales? Estoy en esa fase. Yo necesito saber cómo se van a vestir mis personajes, si estos personajes tienen familia, de dónde vienen, qué estudiaron, qué comen... ¿Sabías que Thomas Mann era tan exhaustivo en el proceso anterior a escribir que hasta ensayaba la firma que tendrían sus personajes? Escribir una novela no es simplemente teclear.

—¿Lo dices porque has escrito muchas novelas?

—Lo digo porque no tienes ni puta idea y a lo mejor aprendes algo. — Morelli, que se había sentado en la silla giratoria, apoyó los pies en la mesa.

—Pero es que ni una página, después de dos años, me parece un bagaje escaso. Veo que al menos tienes un folio en blanco en el rodillo, a punto.

—Quédate con que la estoy escribiendo primero en mi cabeza y que ahí está casi armada. ¿Quieres que te la resuma?

—Déjalo. Así nunca te harás rico.

—Y ¿escribiendo en un papel te haces rico?

—Supongo que tampoco, salvo excepciones. Quizá habría que seguir el orden inverso, primero hacerse rico y después escribir. Hace unas semanas, un concursante de *Completa la frase* ganó un millón de euros, y cuando el presentador del programa le preguntó a qué iba a dedicar todo ese dinero, el

chaval respondió que a escribir.

Morelli iba a decir algo, pero en ese momento sonó el timbre del portal.

—¡La cena!

VEINTIDÓS

El helicóptero descendió muy despacio sobre la azotea del Museo de la Ciencia. Desde el aire, el edificio impresionaba con esa ferocidad con que una bota aplasta una hormiga sin darse cuenta. En altura, su silueta resultaba muy diferente a la que ilustraban las imágenes impresas y casi opuesta a la que tenían los viandantes a ras de calle. A cuarenta metros de altura, los volúmenes de ladrillo y madera no parpadeaban contra la luz del oeste, pero, a cambio, parecían prolongar de forma cuidadosamente orgánica la curva artificial del río hasta entretejerse con el trazado de las calles de Arganzuela.

Cuando el aparato se posó, transcurrieron algunos segundos antes de que se abriese una puerta y se vislumbrasen, en forma de una luz potente entre una grieta, unas piernas de mujer. Sus medias brillaron como un ojo de cristal. Eran las piernas de la alcaldesa, que sonreía con total menosprecio hacia el frío y las turbulencias de las hélices, que le ceñían la ropa a la piel. A la hora de la verdad, en el oleaje que producían las hélices, su peinado no se inmutó. Encarnaba una estatua de mármol doblegando todas las miradas.

A continuación salió Alvarellos, acorazado en un abrigo que se cerraba en torno a él a cal y canto. La solapa era abierta y tenía doble botonadura. Era un abrigo de estreno. Lo había comprado hacía cuatro días durante su visita institucional a Berlín, para reunirse con el canciller, en lo que representó la primera parada de una gira que la semana próxima lo llevaría a Moscú. Aquella prenda irradiaba un oscuro control sobre el mundo y proporcionaba a sus pasos un vaivén militar.

Cuando se alejó varios metros aún descendió del helicóptero una tercera persona, menos abrigada, de todas maneras imponente, quizá por razones contrarias a las de Alvarellos. Era Norman Malone, el arquitecto del Museo de la Ciencia que se disponían a inaugurar en el parque Arganzuela. Sus dos metros de altura intimidaban, aunque no menos que su traje blanco en mitad

del invierno, que hacía sospechar que, por dentro, Malone despreciaba el frío y sus suciedades, a las que su vestimenta blanca parecía retar con la frase: «Atrévete a mancharme». Se movía con una ligereza impropia de su corpulencia, que sugería torpeza, incluso de pensamiento. Quienes lo trataban de cerca, tal vez intimidados, sentían sin embargo que su tamaño no era incompatible con tener en la cabeza mil ideas a la vez. Por algo todas las ciudades del mundo soñaban con que levantase en ellas uno de sus edificios. Le faltaba un dedo en la mano izquierda, pero le faltaba sin dramas, menos por una acción violenta que por un olvido. La merma, en lugar de proporcionarle un aspecto desvalido, lo volvía todavía más respetado. Al contrario que García-Frost, su enorme mata de pelo se descontroló apenas asomó la cabeza a la azotea. No tenía nada de que reírse, así que su gesto ante la presencia de periodistas gráficos se zanjó con un canto a la indiferencia. No concedía una entrevista desde hacía décadas. No tenía nada interesante que decir ante un micrófono, afirmaba a menudo, y cuando se le ocurría algo, lo construía.

Guiados por los servicios de seguridad y protocolo, Alvarellos, García-Frost y Malone se dirigieron al interior del edificio, a una sala en la que esperarían la llegada de los reyes. Habían salvado la dificultad del día llegando en helicóptero. Ya parecía una costumbre, después de la huelga general de hacía mes y medio, que a la entrada de los actos a los que acudía el presidente se concentrasen las fuerzas sindicales.

—Son los rescoldos —dijo el presidente cuando la alcaldesa hizo una observación sobre lo molestos que eran los megáfonos que empleaban para lanzar sus consignas—. La reforma laboral ha dado en el clavo —añadió, feliz por las desgracias ajenas.

—Ya se cansarán.

Alvarellos tosió oscuramente y se desabrochó el abrigo, que dejó deslizar por sus brazos como una avalancha de peñascos y nieve. Ni siquiera vio qué colaborador se lo llevaba. Se limitó a sentirse ligero, casi capaz de volar, pero fuerte, como si estrujara el mundo con una mano, tomándolo por el nido de un pájaro hecho de ramitas.

Entretanto, la alcaldesa presentó a Malone a la ministra de Cultura, al nuevo presidente de la comunidad autónoma, que habían llegado antes, y a la dirección del museo. Malone hablaba un español fluido, aunque sin herencia de su abuela, nacida en la provincia de Buenos Aires, y entabló una

conversación animada y surrealista con la ministra sobre el frío «absolutamente insoportable de Madrid», según ella, que a él le resultaba «agradable, casi cálido», en comparación al que tenía que soportar en Nueva York o Chicago.

Alvarellos dio un par de pasos que sonaron a vasos rotos y se detuvo frente a García-Frost.

—¿Has visto *Tiempo*? —Le puso los ojos en la cara, como si fuesen los restos de los vasos.

Impasible, poniendo en práctica lecciones que había aprendido de su madre, quien había traído de Boston el orgullo de una saga familiar que conoció épocas de esplendor y de ocaso, sin venirse abajo nunca, García-Frost dejó ver que había leído ese periódico hacía años y lo conocía muy bien desde entonces, hasta sus secretos más oscuros y volátiles, tan bien que ya no necesitaba ni abrirlo.

—Anoche me llamó Gervais para leérmelo personalmente, así que nada me coge por sorpresa. Es muy atento para algunas cosas.

El diario publicaba en páginas interiores que el Museo de la Ciencia «había costado un setenta por ciento más de lo presupuestado inicialmente, en total doscientos cincuenta y cuatro millones de euros», que contribuían a financiar el Ayuntamiento, la Comunidad de Madrid y el Gobierno central. Y añadía que el proyecto de Malone había sido ejecutado «por la constructora de Enrique Hulet, amigo íntimo de la alcaldesa, al que el gobierno de Alvarellos había indultado tras ser condenado por un delito fiscal». No se trataba de ninguna exclusiva. En realidad, era información publicada hacía meses por *Crónica*, simplemente actualizada en algunos datos. Rescatarlo ahora, produciendo la impresión de asistir a la recopilación de viejos hits, respondía, según García-Frost, a un simple «bofetón en mi cara».

—No es un titular que me haga muy feliz, como comprenderás, y menos hoy.

—No dice nada que no se hubiese dicho ya.

—Peor. No me gusta que me recuerden las cosas que ya sé. ¿Ha pasado algo entre tú y Gervais? —preguntó Alvarellos, que sabía perfectamente qué había ocurrido entre el director del periódico y la alcaldesa, pero prefería que ella se lo recordase.

—En realidad somos amiguísimos, pero algunos días Gervais actúa como un hijo de puta; y yo también, por supuesto —añadió con orgullo, sin el

sentido de la gravedad que a veces parecía tener el concepto «hijo de puta».

El presidente movió la cabeza de tal forma que no significaba asentimiento, sino profundo malestar, adornado con escepticismo. Después se miró los gemelos, que toqueteó, víctima de la enfermiza necesidad de asegurarse de que todo estaba en su sitio, apretado, brillante. Había una pelusilla en la manga de su chaqueta y la mató de un manotazo.

—Es una rabieta de invierno, y las rabiets del director de *Tiempo*, eso ya lo sabrás, duran solo un poco más que las de una persona normal.

—No me importa lo que duren mientras no salpiquen a mi gobierno, y menos hoy. Es muy desagradable levantarte temprano, con el estómago vacío, y leer eso el día que inauguramos este descomunal edificio. Nunca he tenido problemas con *Tiempo*, es fácil de comprender, así que no quiero empezar a tenerlos ahora por culpa de otros. —Dijo «otros» por delicadeza hacia García-Frost.

A la alcaldesa la molestó que la trataran de «otros». Se humedeció los labios con la punta de la lengua y los apretó. Era su gesto de matar fríamente, sin levantar la voz.

—Todo se arreglará —dijo, sustituyendo el tono elevado por uno más terrenal— cuando el periódico empiece a perder dinero porque dejamos de contratar publicidad. Entonces, volveremos a querernos. Nos ha pasado más veces. El amor necesita morir de vez en cuando. Creo que estas cosas ya se dicen en la Biblia.

—¿Vas a ir a una guerra?

García-Frost se volvió hacia Malone y la ministra, y los vio absortos en una cadena de gestos que le recordaron a una fábrica de coches.

—No tengo demasiadas opciones, si te digo la verdad. Y yo no lo llamaría guerra, sino simple batalla campal —alegó, volviéndose hacia Alvarellos, con un melancólico giro.

Consciente de que había privado al presidente del origen del conflicto con *Tiempo*, la alcaldesa empezó desde el principio. La mujer de Gervais había adquirido hacía un año un local centenario en la Carrera de San Jerónimo con el propósito de convertirlo en una galería de arte.

—Como sabes, algunos días, por la mañana, esa mujer tiene inquietudes.

En el proyecto de remodelación incluía un sinfín de cambios dentro del inmueble que contravenía las ordenanzas municipales en materia de urbanismo, muy estrictas cuando se trataba de edificios centenarios. Los

arquitectos, le explicó, habían denegado ya hasta cinco veces las sucesivas modificaciones del proyecto presentadas por la pareja de Gervais, que siempre incluían una pretensión inviable.

García-Frost no sabía ni de qué le estaba hablando Gervais cuando consideró que debía intervenir para desatascar el conflicto y la llamó por teléfono a las once de la noche. Quedaron en verse unos días después, para tomar un café y hablar cara a cara. Si no había acuerdo, un café era algo rápido y podrían irse al terminarlo, mientras que una comida podría volverse una lenta agonía. Se vieron en el hotel Reina Victoria. Ese día no hacía frío y subieron a la terraza. Ella tuvo que llamar a los arquitectos, informarse, y después explicarle al director de *Tiempo* que las obras que su mujer pretendía acometer en el edificio eran ilegales.

—Una alcaldesa no puede exigirle a unos arquitectos con plaza que prevariquen y autoricen el proyecto de la mujer de Gervais porque justamente es la mujer de Gervais. «Entonces, cambia la normativa. Eres una alcaldesa liberal, no puedes consentir que unas trabas administrativas aborten iniciativas empresariales», esto fue lo que me dijo. Lógicamente, le respondí que no, que se olvidase. A la alcaldesa de Madrid no se la amenaza —dijo, regresando a la tercera persona.

Ni diez minutos aguantaron en la terraza del Reina Victoria.

—Pero tú eres una alcaldesa liberal; en eso Gervais no se equivocó. —Alvarellos lanzó una sonrisa irónica, que Hilda cazó al vuelo.

—Sí, soy una alcaldesa liberal, pero me llamo Hilda García-Frost, y ya no tengo edad para someterme a chantajes, por muy director de *Tiempo* que sea Gervais. Podría exagerar y decir que los chantajes los inventé yo y no pasaría nada. Sé bien que no hay que someterse a ellos jamás. Lo peor es que se lo dije con estas palabras, más o menos, y me avanzó que pasaría algo como lo de hoy. Como estaba caliente, lo animé a contar que la alcaldesa apoyaba a los arquitectos municipales que denegaban a su mujer los permisos para acometer obras ilegales.

—Eres la repera —dijo Alvarellos, casi con admiración—. Solo te pido que, en la medida que puedas, contribuyas a desatascar el problema. Aparta a un lado tu orgullo, aunque solo sea un poco. No me crees problemas, quiero decir; tengo los míos propios.

Malone, cuyo traje claro hacía de imán para la vista, juntó los labios y emitió un silbido de admiración, bizarro.

—Vaya, vaya —añadió a continuación, ante el ruido que llegaba amortiguado de la calle—. Debe de haber un buen lío montado ahí fuera.

No se dirigió a nadie en concreto. En el fondo, estaba hablando solo. Metió una mano en el bolsillo del pantalón y no abultó.

—Sí, ¿verdad? —constató la alcaldesa de buen humor.

—Todas las democracias necesitan ruido —señaló Alvarellos, en un intento, casi convincente, por apuntarse el tanto de los manifestantes que clamaban contra su reforma laboral—. Imagina gobernar un país de gente callada. Sería cómodo, sin duda, pero acabarías por no convocar ni elecciones.

Malone no acabó de creer a Alvarellos. Desde el principio de los tiempos el poder aborrecía las protestas, a menos que fuesen lejanas, preferentemente en el desierto. Daba igual qué poder. En casa, recordó, su madre no admitía quejas ni cuando había potaje. La autoridad, en contra de lo que acababa de escuchar, tenía predilección por el silencio.

—¿Qué les habéis hecho para enfadarlos?

La pregunta del arquitecto produjo, qué causalidad, un incómodo silencio, que el equipo directivo del museo aprovechó para volverse a comentar entre sí otros asuntos y no meterse donde no lo llamaban. La ministra de Cultura miró a Alvarellos de reojo. García-Frost ni siquiera eso: supervisó sus zapatos.

—No hay que hacer nada. Son liberados sindicales, su trabajo es ese: estar enfadados. Seguramente fingirlo. No me creo que alguno no acabe votándome.

—Entiendo —dijo poco convencido Malone—. Creo que hemos hecho bien llegando en helicóptero.

Alvarellos se sintió poco conforme con su respuesta. Había soltado un brochazo, y además rencoroso, contra los sindicatos, así que se aplicó en explicar mejor su reforma laboral, y por qué creía que la rechazaban la izquierda y los sindicatos, y por qué estaba seguro, sin embargo, de que contribuía a generar más puestos de trabajo, que era lo que la gente deseaba. Para satisfacción general, fue breve.

Malone se quedó callado, y muy aburrido, tras la respuesta. Miró a los techos del edificio, ondulados, en un movimiento que cualquiera consideraría muy propio de un arquitecto, tal vez en busca de algún defecto de ejecución, aunque él lo empleó para distraerse de Alvarellos y con discreción depositar

su atención en una García-Frost tocada con la virtud de no aburrir a la gente. Pensó que no habían hablado ni una vez en todos sus encuentros, desde el primero, cuando lo convenció para que dejase su impronta con un edificio en Madrid, de los orígenes del apellido Frost, y le preguntó de dónde venían. Sus abuelos maternos, le contó la alcaldesa, regentaron durante más de treinta años una enorme tienda de muebles en el barrio de North End, el más antiguo de Boston. Su madre, sin embargo, acabó desarrollando un inexplicable interés por el diseño gráfico. Primero en Boston y enseguida en Nueva York, trabajó para varias agencias de publicidad.

—¿Recuerdas el logotipo de los estudios Hanna-Barbera? Era una «H» bajo un fondo lila y una «B» tras un fondo rojo.

—Dios mío, cómo no voy a recordarlo. Mi infancia transcurrió entre los dibujos de Loopy De Loop y Quick Draw McGraw.

Fue un diseño de su madre, Adriana Frost, a finales de los cincuenta, cuando los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer decidieron apostar por la animación. El mundo de la publicidad empezaba a florecer y se suponía que lo mejor de la carrera de Frost estaba por llegar, pese a ser mujer, pero en el verano de 1958 viajó sola a Europa, para expandir su mente. En Roma conoció a Rodolfo García, en cuyas manos su padre estaba a punto de entregar el futuro de los Almacenes García Peinado. A partir de ahí pasó lo que en muchas historias de amor apasionadas, que uno reinventa su vida, papel que le correspondió a su madre, y el otro lo alienta a dar el paso. A los cinco meses se casaron y, cuando llevaban año y medio juntos, en Madrid, nació Hilda García-Frost.

—¿Y el diseño?

—Derivó en la pasión por la pintura.

Adriana Frost había muerto sin oportunidad de ver a su hija convertida en la alcaldesa de Madrid. Falleció joven, a los cincuenta y cinco años, dejando tras de sí una obra pictórica que debía aún darse a conocer. García-Frost le adelantó que en unas semanas la Academia de Bellas Artes de San Fernando inauguraría una exposición con lo más destacado de la producción de su madre.

Eran las cinco y media de la tarde, y en ese momento se escuchó el rumor que antecedería a una comitiva de gente. Se divisó en medio de escoltas y asesores a los reyes. García-Frost dio dos pasos al frente, se frenó y después dio dos más, sin miedo a que el suelo se rompiera. Saludó a los monarcas con

una técnica alejada de peripecias, como en una trama perfecta. Antes de que nadie dijese nada primero, se disculpó por el ruido que llegaba de la calle. Esperaba que en el auditorio no se notase en absoluto esa presencia. La reina le restó importancia moviendo la cabeza hacia un lado. El monarca le dijo algo en voz baja. La alcaldesa no se inmutó. Solo le llegaron trozos de frase, palabras sueltas, entre ellas «piernas». A solo unos pocos centímetros de su rostro, recibió un olor familiar. Se retiró enseguida, para que saludasen otros. Al acabar, el monarca preguntó cuándo se serviría el cóctel. Alguien dijo que al finalizar el acto y se contentó.

Alvarellos estiró el brazo izquierdo y lo recogió para consultar el reloj. En el resoplido que emitió después quedó al descubierto cierto aburrimiento. La presencia de los reyes exigía siempre un ejercicio, no siempre agradable, de contención.

En cuestión de segundos, el rey advirtió la presencia de la directora del museo, a la que todavía nadie le había presentado. Lo hizo él mismo, añadiendo uno de esos chistes malos que cuando están bien contados son mejores que los buenos, pero sin conseguirlo del todo.

La responsable del Museo de la Ciencia condescendió con una sonrisa educada, benévola. La hizo desaparecer enseguida. De pronto, su seriedad equivalía a una sierra. Le tendió al rey la mano, fría y escarpada, y acompañó el gesto con una mirada que se reservaba para ocasiones lamentables. Él la recibió sin rechistar, consciente, sin embargo, de la dura derrota. Por suerte para el monarca, a su lado se encontraba Norman Malone y para salir del paso le preguntó qué secretos guardaba el edificio, para que hubiese tardado tanto en acabarlo. Malone le explicó que cuando proyectabas un edificio en un emplazamiento tan significativo, el objetivo no podía limitarse a crear un artefacto más o menos emblemático.

—Hay que entender todas las preexistencias: el antiguo río, el parque lineal entendido como lugar de tránsito y también como eje de la ciudad. Lo que intentamos hacer, y creo que hemos conseguido, es generar un nodo que articule todos estos flujos y ofrezca un nuevo espacio de activación social, no solo para los visitantes del museo, sino para todos los madrileños que caminan cada día por el parque o por el barrio.

El rey se dio por satisfecho y le concedió dos palmadas en la espalda. García-Frost resopló. Sabedora de que, en el fondo, acaso en esa oscuridad que uno nunca deja salir a la luz, el rey tampoco era santo de devoción de

Alvarellos, la alcaldesa buscó su compañía.

—Creo que nuestro rey preferiría comenzar el acto por el cóctel. En cuanto a la reina, simplemente preferiría seguir en palacio.

Alvarellos apretó los labios, sin saber qué pensar. La apreciación de la alcaldesa resultaba vulgar, pero, por otra parte, la vida lo era, estaba formada de un sinfín de vulgaridades que la convertían en lo menos vulgar que se podía imaginar.

—Ya lo conoces. Aunque, en el fondo, quién no aborrece las pérdidas de tiempo. Le gusta ir al grano.

—Sí. Le gusta ir a sitios —dijo la alcaldesa sin precisar, para no decir nada más. Algunos días aborrecía la concreción.

Después de las conversaciones protocolarias, la comitiva abandonó la sala y se dirigió al vestíbulo del edificio, donde la aguardaba la prensa, expectante. Había más de doscientos medios acreditados. Las apariciones públicas de Malone, tras la concesión del Pritzker, se habían vuelto una rareza, así que cuando se dejaba ver, su presencia devenía en un acontecimiento mundial al que los medios no querían faltar.

García-Frost adoraba aquellas congregaciones masivas de cámaras, micrófonos y libretas, que la miraban directamente. En ellas veía una modalidad de reencuentro familiar, siempre pospuesto. Se pegó a Malone y sonrió. Cuando lo advirtió desprevenido, lo agarró de un brazo, imitando a dos íntimos. Él la estudió con un interés vago y le sonrió, de modo que ella siguió aferrándolo. Se sentía exultante. Acaso era uno de sus momentos más importantes como alcaldesa, pues el museo iba a trascenderla en el tiempo. Era uno de sus legados, en alguna medida sentía que todo aquello, Malone incluido, le pertenecía, era de su propiedad. Se trataba de un pensamiento perfecto. Había luchado hasta la extenuación por conseguir la financiación y todavía más por persuadir a Norman Malone para que firmase un edificio en Madrid. Se había ganado el derecho a caminar a su lado.

—Construye lo que quieras. ¿Qué te ilusiona? ¿Un museo, un auditorio, un estadio deportivo, un nuevo ayuntamiento? Dime que sí y ya se nos ocurrirá algo, lo que sea —le había planteado. Su sueño era que Madrid tuviese un Malone. Eso era lo primero. Después, ya se vería si la ciudad necesitaba o no su edificio. Las necesidades eran ficciones. Podían inventarse y después hacer que fuesen imprescindibles.

Levantar edificios que hablasen de las personas que los habían ordenado

construir era una vieja constante de la civilización. En todos sus años de alcaldesa ella no había dejado de soñar con legar a la ciudad un edificio grandioso, que el mundo admirase sin necesidad de entrar, y después de doscientos años se siguiese hablando de él, y visitando, y recordando que un día García-Frost ordenó levantarlo. Quizá un día el nombre de Norman Malone se olvidase y dejase al descubierto el de la verdadera artífice: ella.

El Museo de la Ciencia simbolizaba una obcecación íntima y carísima, un empeño de la mente humana, que de una forma u otra necesita siempre una obsesión para dotar de una trama la vida y que los días dispongan de una conexión entre sí, y no se reduzcan a un continuo empezar otra vez y otra vez. En el caso de García-Frost, aunque la obsesión había costado muchos millones, hacía las veces de legado, y eso era gratis. Si por una parte su obsesión la esclavizaba, por la otra la guarecía.

Desde el vestíbulo, en el que se dejaron grabar con gestos de admiración hacia el edificio, señalando a las paredes y techos y dejando hablar a Norman Malone, emprendieron un recorrido por varias dependencias del museo, que debía desembocar en el auditorio. Allí aguardaban sentados más de mil invitados la llegada de Malone, los monarcas, el presidente del Gobierno, la alcaldesa y compañía. Antes, el rey insistió en conceder a la prensa uno de esos planos, de reminiscencias cinéfilas, en los que las autoridades se meten en un ascensor de paredes de cristal y ascienden. No estaba previsto, pero durante el paseo el monarca reparó en uno e insistió en subir.

—Quiero subir —dijo y todos lo tomaron menos por un capricho que por una orden.

Como si la tarde solo consistiese en una sucesión festiva e hipnótica de gestos inútiles, la comitiva se prestó, dejándose llevar por aquel deseo imprevisto.

Todos se subieron al ascensor con él. Aunque apretados, se hicieron sitio unos a otros. Alguien ensayó una broma, con motivo del espacio y lo apretujados que estaban, que produjo otra broma, y una tercera. Entremedias, el rey advirtió que tenía justo delante a la directora del museo. Avanzó medio paso y se pegó a su espalda. Lentamente, mientras el ascensor comenzaba a moverse, acomodó su entrepierna a los muslos de la mujer y empujó con suavidad, jugando a que las inercias provocaran inesperados vaivenes. La directora del museo se giró y lo miró con fuego en los ojos. Después se volvió al frente, en un conspirador silencio del que se desprendió otra inercia

inusitada, cuando clavó un tacón en el pie del monarca. Pese a la falta de espacio, el rey retrocedió dolorido, aunque sin exclamaciones de dolor. En su huida, pisó a su vez a la reina, que dejó escapar un quejido y, al levantar el pie, perdió el equilibrio. Echó las manos hacia atrás, en busca de un punto de apoyo, y consiguió tocar la inglete de Alvarellos. Los efectos dominó producían a veces combinaciones violentas. La reina fue consciente enseguida del contacto y retiró la mano. Alvarellos no se inmutó. La presidencia del Gobierno dotaba al carácter de uno de adjetivos, si es que no los tenía, como el de ser impasible. Los hombres implacables —un segundo adjetivo natural en presidentes— sabían cuándo ignorar el mundo que los rodeaba, incluso los atosigaba, y comportarse como si no estuviesen allí, cuando estaban en el centro justamente. En silencio se extendió un vago desconcierto por el ascensor, en el que nadie supo exactamente qué había pasado. Cuando al fin se detuvo y se abrieron las puertas, todos experimentaron un gran alivio, sin saber por qué.

En el auditorio los recibió una imponente ovación, también desconocida. Avanzaron despacio por el gran pasillo central. Los reyes, el presidente, la alcaldesa, toda la comitiva saludaba a los presentes con la mano.

—Qué manera de aplaudir, qué maravilla —susurró la alcaldesa a la reina mientras aplaudía a su vez a los aplausos. Pero el ruido era tanto que la reina no la escuchó.

La alcaldesa creía que nadie ovacionaba con mayor entusiasmo a sus líderes que el Partido Conservador. También en eso eran los mejores. Los simpatizantes, incluso los cargos intermedios, tenían costumbre desde que eran pequeñitos, guapos y ricos. Les salía natural. A poco que uno dijese, incluso sin decir nada, le caía una ovación cerrada de su militancia. A veces, se dijo, del sonrojo se preguntaba «pero yo qué he hecho». Era devoción lo que sentían en este partido por sus dirigentes. Les aplaudían sin querer. Tal vez existiese la superstición de que el líder, con un simple dedo, podía hacer cualquier cosa. Una sola frase parecía que lo curase todo.

Muy despacio, la comitiva alcanzó la primera fila, donde estaban reservados sus asientos. A punto de sentarse, García-Frost vio cómo Eloy Galindo se abalanzaba sobre ella. La mujer cayó en sus manos, sin posibilidad de evitar su abrazo, que la aferraron. Simplemente se dejó tragar. Le produjo repulsión y pena. No paraban de circular los rumores sobre su inminente ruina. Se decía que sus empresas estaban otra vez a punto de

quebrar, igual que hace cinco años, cuando en el último momento las rescató un préstamo de Caja Nacional. En según qué círculos incluso llegaba a comentarse que la Fiscalía lo investigaba por alzamiento de bienes y blanqueo de capitales. Sintió que se aferraba a ella un cadáver.

—Tenemos que hablar —escuchó que le susurraba Galindo al oído, sin soltarla—. Estoy en apuros, tienes que ayudarme.

Cuando al fin se liberó del abrazo, lo ignoró.

—Déjame. Ya hablaremos —dijo con una promesa ya incumplida. Pero qué otra cosa podía decirse a un hombre acabado, que no lo sabe, pensó, y por el que ya había hecho bastante y se negaba a hacer nada más. ¿Tal vez «desaparece», «márchate de aquí», «vete al diablo»? Eran buenas expresiones, se dijo. Pero quizá no tanto como «muérete».

No quería que nada desluciese su felicidad. Avanzó y tomó asiento al lado del rey, que le hizo un guiño de complicidad y bajó los ojos para espiar sus rodillas. Ella notó el peso de la mirada, o el calor, y se limitó a atesorar el poder que ser vista de aquel modo proporcionaba. Poco a poco se apagaron los aplausos, y entonces alguien le hizo una señal para que subiese al estrado y se dirigiese a los presentes. Otra impresionante ovación volvió a llenar todos los huecos del edificio.

VEINTITRÉS

Riezu se había acostumbrado a que Eva de Lis hablase de cosas intempestivas, y algo descorazonadoras, mientras hacían el amor. Era el contrapunto perfecto a su mujer, que nunca decía nada, ni siquiera cuando hacía demasiado tiempo que no hacían el amor. Para ella era lo mismo hacer el amor que no: todo equivalía al silencio. Tal vez existiese un punto intermedio entre hablar demasiado y no decir nada. Al principio encontraba absurda la manía de Eva de Lis, y creyó que lo hacía para provocarlo. No tardó en descubrir que aquellos parloteos surrealistas brotaban de modo natural, nada fingidos. Hasta que poco a poco a él mismo llegaron a resultarle encantadores.

—Recuérdame que te cuente con quién me he encontrado hoy en Loewe —le dijo cuando él estaba a punto de correrse.

Al principio de su aventura, comentarios así lo echaban todo a perder. De pronto, el amor que habían hecho no valía nada. Se emborronaba. No valía la pena empezar de cero. Riezu perdía el hilo y muchas veces ya no lo retomaba. Podía seguir haciendo el amor una hora, inútilmente. Al acabar —esto a él le resultaba de lo más curioso—, ella caía siempre en un silencio incesante y solitario.

Cuando se rehizo del placer, Eva recuperó la alianza que había dejado en la mesilla. A continuación se dejó morir de nuevo en la cama, envuelta en las sábanas mirando hacia la pared, en una especie de búsqueda de algún lugar lejano, originario y blanco. Él había aprendido a no preguntar si le preocupaba algo; estaba bien. Riezu tenía su propio silencio para entretenerse, y un Frank Auerbach enorme colgado en la pared de enfrente, que había comprado por tres millones de euros en Bangkok hacía algunas semanas. Una de sus partes preferidas del sexo llegaba cuando al acabar se columpiaba ante aquella pintura. Le gustaba mirarlo en un estado de

relajación, casi vacío. Pero mirarlo no bastaba. Había que *entrar* en el cuadro igual que se avanza a través de un monte espeso, apartando la vegetación con los brazos, sin saber a dónde se va. Aquel cuadro había que mirarlo durante largas sesiones y solo al final, cuando se quebraba esa barrera de caos que ofrecían las pinceladas de Auerbach, se veían las verdaderas intenciones del artista. Siempre le parecía contemplar la obra por primera vez, en parte porque sus visitas al piso de la plaza de la Independencia eran ocasionales. El cuadro había sido un capricho de Eva de Lis.

Se deslizó como un gusano por su parte de la cama hasta quedar sentado. Se atusó el pelo para empezar a poner orden por algún sitio. Oyó la respiración apacible de Eva a su espalda. La paz era tan alta y ancha en la habitación de aquel piso que se acunó en el colchón para provocar algún tipo de ruido. Cuando posó los pies en el suelo, sobre la alfombra, advirtió que había follado sin quitarse los calcetines. Se levantó y quedó frente al espejo. Se miró fugazmente y vio a un hombre bajito, gordo, pero rico y atractivo. Quizá solo rico. Se acercó a la ventana, desnudo, y se encontró la Puerta de Alcalá decorada con el alumbrado navideño. Había alcanzado esa edad en la que no sabía si le gustaba la Navidad o la aborrecía.

—En unos días será Nochebuena, cielo santo; solo de pensarlo me entran ganas de llorar —dijo con fe en las exageraciones, sin volverse, pegando la nariz al cristal de la ventana, hasta que su aliento lo empañó. En la condensación que se formó dibujó un corazón, que a la postre se parecía más a una manzana.

Eva se enroscaba y se desenroscaba el cabello entre los dedos, ejercitando su belleza. No le había oído, pero no le importó. Estaba demasiado cansado para molestarse por algo así. Le pesaban las piernas, la cabeza sobre los hombros, y lo que más las manos, que tiraban de él hacia el núcleo de la Tierra. Ese mediodía había aterrizado tras un viaje relámpago a Arabia Saudí, después de que en las obras del rascacielos de Riad se hubiesen registrado otros cuatro accidentes mortales en una sola semana. Incluso eso era mucho para un sitio como Arabia Saudí, sobre todo porque en los cuatro años que llevaba el edificio en construcción habían fallecido en accidente laboral más de cien trabajadores. Y las obras ni tan siquiera habían llegado a la mitad. Solo conseguir que el armazón de acero empezase a sobresalir del suelo había exigido un año.

Las treinta primeras plantas, ocupadas por su hotel, estaban prácticamente

concluidas, pero eso solo significaba que quedaba mucho trabajo. Si se cumplían los plazos de finalización, y era probable que no lo hiciesen, por delante restaban cuatro años más de obras. Solo en los cuatro primeros los costes ya se habían multiplicado por dos. No constituía ninguna sorpresa. En cambio, la alta accidentalidad sí era un grave problema. En esta ocasión las víctimas no habían sido saudíes, sino estadounidenses, cuatro especialistas en soldar las vigas que tejían la estructura del edificio. Su origen había hecho saltar las alarmas en su país y los principales medios de comunicación, como *The Washington Post* y *The New York Times*, habían puesto su atención sobre todas esas muertes y las condiciones de trabajo. El diario neoyorquino hablaba ya del «rascacielos maldito». No eran necesariamente grandes noticias. Por eso había tenido que viajar Riezu a Riad. El consorcio de empresas encargado de las obras había organizado una reunión de crisis en el momento en que la monarquía saudí le trasladó su inquietud por la trascendencia internacional de todos aquellos accidentes.

Riezu confiaba en que se atajase la crisis. El mundo entero tenía los ojos puestos en el rascacielos. Ahora, incluso estaba sereno. Se acercó a la cama y se puso a recoger las piezas del traje. Las dejó sobre el colchón. El laconismo de Eva lo empequeñeció. Era tan atractiva y a la vez tan distante algunos días... Le habría gustado contar que en el fondo la Navidad le provocaba siempre un leve deseo de infelicidad. Sus padres habían muerto ambos en estas fechas, con un margen de un año. Su madre se había muerto porque la había matado un cáncer y al año siguiente lo hizo su padre porque se había muerto su madre y esa ausencia le resultaba insoportable. Una semana antes de morir se descubrió que también padecía cáncer. Hacía demasiado tiempo de ambas cosas como para odiar diciembre, pero, aun así, tenía motivos para experimentar el encogimiento de su corazón si quisiese. No quería. Procuraba mantenerse ocupado para no reparar demasiado en las fechas. Para él no existían las vacaciones navideñas. Por eso había mostrado toda la disposición a que la reunión del consorcio las interrumpiese. Eso lo alejaba de la tentación de la tristeza total.

—¿Con quién te has encontrado hoy en Loewe? —preguntó, sopesando si sentarse en la cama o permanecer de pie, desnudo, con los calcetines. Su pene marrón, casi negro, traslucía una total apatía por el mundo que lo rodeaba, en un claro caso de solipsismo. Buscó los calzoncillos y los vistió con torpeza, todo lo rápido que pudo. Algunos días, si estabas bastante lúcido, era

imposible no reparar en cómo de ridículas eran esas gestas: ponerse unos calzoncillos, atarse una corbata, usar un condón, hablar por teléfono.

—¿Cómo?

—Me has dicho que te recordase que me contases con quién te habías encontrado hoy en la tienda de Loewe.

—¡Ohhh, sí! —Abandonó su letargo y se volvió hacia Riezu con entusiasmo, por fin deseosa de hablar de algo que realmente le apetecía y no de si era Navidad y si esta era una fecha feliz o tediosa. Se incorporó hasta quedar sentada. Se miró los pechos y se sintió cómoda—. Me encontré a López Madero comprando unas bufandas para regalar.

—Para regalárselas a él, seguramente.

—Me propuso que hiciésemos el amor en un probador. Algunas veces es un disparate de hombre.

—¿Y qué hiciste?

—El amor, no —observó con una mezcla de malestar, o de agradable malestar—. Le dije: «Qué horror, en un probador; pero ¿por quién me tomas, por una de las dependientas? Además, ¿qué iba a decir mi marido?». Ahí se quedó pensando y prefirió posponerlo. «Pero, por lo pronto, te voy a dedicar una columna», me prometió.

—¿Eso fue todo?

—Me dijo algo que me desconcertó un poco. —Buscó su ropa interior entre las sábanas y continuó por el suelo. Riezu reparó en el lunar de su espalda, que tanto le gustaba acariciar en la oscuridad.

—¿A qué te refieres?

—Me preguntó qué tal últimamente por el palco.

—¿Así, sin venir a cuento? ¿Qué raro, no? —Se sentó en la cama.

—Estábamos hablando de lo que hacíamos, de los sitios a los que íbamos, de tiendas, restaurantes, peluquerías. Y entonces me dijo eso. ¿Crees que lo preguntó con segundas y que a lo mejor sabe algo?

El presidente del Madrid llenó la boca de aire, en estado de máxima concentración, y lo expulsó de golpe.

—Me extrañaría mucho. Hemos sido muy discretos en estos cinco meses. Para que lo supiese López Madero, antes tendrían que haberlo sabido otros muchos, que desde luego ya lo habrían propagado a los cuatro vientos.

—Pienso lo mismo.

—Mucha gente sabe que tú vas al estadio y que también va tu marido. Has

salido en docenas de fotos en el palco. Me cuadra más que López Madero haya querido referirse a eso, a tu vida social. Mencionó el estadio del mismo modo que pudo mencionar Lhardy, el Ritz, o la plaza de las Ventas.

—Seguro que sí.

—¿Te dijo algo más después? ¿Notaste si ponía una sonrisita o hacía algún gesto? ¿Qué le respondiste tú?

—Le dije que siempre era agradable encontrarse con gente guapa y rica.

—Y ¿qué más?

—Nada más, me parece. Después nos fuimos a tomar un aperitivo, y seguimos hablando, pero ya de cosas comunes. Bromeamos. Le gusta tomarme el pelo y jugar a que soy una pija tonta. Se interesó por mi marido, yo me interesé por su esposa y por el director de su periódico, se interesó por mis proyectos... Cuando le pregunté en qué estaba trabajando últimamente, y esto fue muy gracioso, me dijo que en su gloria, que ya había escrito demasiados libros, y que ahora le tocaba ganar el Premio Cervantes y después el Nobel.

—Sí, ese es López Madero —dijo, por si cupiesen dudas.

Siguió vistiéndose eternamente. Continuar allí, escuchándola hablar de López Madero, le pareció de pronto una pérdida de tiempo, otro sinsentido equivalente a usar calzoncillos o corbatas.

—Este cuadro es maravilloso —afirmó a la vez que suspiraba Eva, que se recostó sobre el cabezal de la cama y encendió un cigarro. El cigarro diario.

Él lo estudió de reojo, de modo fugaz, y después siguió vistiéndose de espaldas a la pintura. Cuando acabó, se dirigió al baño y dejó la puerta a medio cerrar. Desde la cama, Eva escuchó con nitidez cómo orinaba. Aquel sonido resultaba tosco, pero muy autobiográfico.

Se incorporó y se puso el sujetador con una precisión bellísima, mirando al cuadro de Auerbach. Acudió en su rescate el recuerdo de su marido, que, tras mes y medio de gira por Latinoamérica, y más de veinte conciertos, regresaba esa noche a España. La ilusionaba en la misma medida que la angustiaba, y por eso le había pedido a César que se viesen precisamente hoy, quizá el peor día para verse. Pero había un tipo de jornadas que la hacían sentirse insegura, en las que solo los riesgos inútiles le daban tranquilidad de espíritu.

Cuando Riezu regresó del cuarto de baño, anudándose la corbata, ella ya se había puesto el vestido y se subía las medias. César no supo evitar la fascinación y se quedó en mitad del dormitorio, muy quieto. El movimiento

de Eva de Lis, que otorgaba la victoria de los hechos sutiles y efímeros sobre los fuertes, lo hipnotizaba al tiempo que le producía una excitación antigua. Su aspecto volvía a ser el de una mujer inabordable, rodeada de muros que todos deseaban derribar.

Casi de un modo soez empezó a sonar su teléfono sobre la mesilla, junto a su reloj. Era el director general del club, lo que significaba que se trataba de una llamada importante, que esperaba. Tomó el teléfono y, haciendo señas a Eva para avisarla de que serían solo dos minutos, se alejó hacia el salón.

—Llevas dos días desaparecido —saludó a su manera, con prisas.

—No te imaginas cuánta razón tenía el que dijo que Brasil solo sería un gran país en el futuro, nunca antes. Qué sitio, y qué gente. ¿Qué tal todo por ahí?

—Aquí ni bien ni mal. Esto es España. Cuéntame tú, ¿qué pasa con las buenas noticias? ¿Tenemos a Prouser o no lo tenemos? —preguntó ansioso, en referencia a la gran promesa del fútbol mundial.

—No lo sé. Es decir, no. No lo tenemos aún. Nos hemos reunido con él y está loco por venirse con nosotros, pero eso no es suficiente.

—¿Cuál es el problema, el Botafogo?

—No. También nos hemos reunido con el club y no creo que haya problema para llegar a un acuerdo. Me explico mejor: querrán sangrarnos, pero sin exponerse a que perdamos el interés.

—No entiendo nada. Entonces ¿por qué no eres más optimista?

—El problema es la familia del chaval, que tiene doce hermanos y veinticinco tíos, y todos quieren obtener algún beneficio con el fichaje. Son saqueadores profesionales, César. Me he reunido al menos con media docena de parientes. Primero, el agente nos dice que tenemos que hablar con el chaval; después Prouser nos ruega que, por favor, escuchemos a su tío João, o algo así; este nos pide que no ignoremos la opinión del padre, que en el fondo es el verdadero agente, y cuando estamos con el padre, y casi nos hemos puesto de acuerdo, nos sale con que los derechos de imagen del jugador pertenecen a un tío del padre, un tal Silvestre, y que hay que reunirse con él.

—Me da dolor de cabeza solo oírte.

—Y no te creas que todos estos parientes viven en Río de Janeiro. Hemos tenido que alquilar un coche con conductor para ir a Nova Iguaçu y ver al tío Silvestre. Cada familiar nos pide su propia comisión. Joder, pero si hasta el conductor, que no sé de qué extraño modo se enteró de quiénes somos, nos ha

reclamado una mordida por no salir corriendo a hablar con la prensa.

—Por favor, hazme un resumen.

—Como si fuese fácil... —Se tomó un respiro—. A expensas de que en los próximos días fijemos un precio por el traspaso con el club, o no, ya veremos, y después negociemos el contrato con el jugador, y la comisión del agente, y ya veremos si la del padre, nos urge liberar los derechos de imagen. Eso, según Silvestre, cuesta aproximadamente unos tres millones de euros, y de estos, uno tiene que ser en dinero negro.

—Pero... qué cojones. ¿Es que en Brasil se creen que somos la puta mafia, y que guardamos el dinero en un arcón, y que lo planchamos al llegar la noche para que quepa mejor en el armario?

—Eso es justamente lo que yo pensé.

—Bueno, supongo que habrá que pagar, después de todo —admitió Riezu, tras la mención a la mafia—. Ese chaval es prioritario. No regreséis sin el precontrato firmado. Como si tenéis que pasar ahí la Navidad. No puede ser peor que aquí, hay luces por todos lados.

El director general hizo algunas apreciaciones más sobre el discurrir de las negociaciones, y sobre Río de Janeiro y su animada vida nocturna, antes de que el presidente respondiese que tenía algo de prisa y que ya hablarían.

Regresó al dormitorio. Los cordones de sus zapatos, sin atar, repiqueteaban en la tarima. Eva de Lis había encendido la televisión y se distraía con un absurdo reality show que era chicle para los ojos. Uno podía estar horas enteras viéndolo sin entender absolutamente nada, sin haberlo visto nunca antes y ser un adicto. Miró a César sin reprochar su tardanza y retomó absorta el programa, del que ya parecía una fan. Él farfulló algo de una llamada importante, desde Brasil, sin ofrecer detalles. Ella mató sus *farfullos* con su indiferencia, durante la que ni pestañeó. Estaba muy ocupada siguiendo algo que no le interesaba, de la misma manera que antes, envuelta en la sábana, después de hacer el amor, había estado ocupada contemplando la pared.

—Mañana tengo que estar a primera hora en Londres.

Ella se volvió, intrigada por el viaje o simplemente hastiada del reality show.

—¿En Londres? No me habías dicho nada.

—Me reúno con los abogados.

—¿Por ese asunto del hospital de Valencia? —preguntó sin saber si hacía bien o mal en preguntar.

—Me temo que por eso, sí —respondió lacónicamente, mientras se colocaba el reloj en la muñeca.

—No hemos hablado demasiado de ese tema, ¿no te parece?

—Bueno, somos amantes, deberíamos preocuparnos solo de ser felices. ¿Cómo era aquello que decía Paul Newman a su amante en *El último tango en París*? «Es bonito no saber nada el uno del otro».

—Era Marlon Brandon, no Paul Newman —lo corrigió, sonriendo a su vez.

—¡Brandon!, por supuesto.

—De todas formas, sabes que puedes hablar conmigo —dijo y volvió a mirar la televisión. Se estaba perdiendo el reality show.

—Es un asunto desagradable. Quizá me dé algún quebradero de cabeza. Los procesos judiciales siempre se alargan, a veces innecesariamente, y la prensa se hace eco de cada novedad, aunque no haya novedad, y cuando no es un periódico, es una televisión, o una radio, o todos juntos gritando.

—Pero ¿estás tranquilo?

—Casi tranquilo. No es la primera vez que paso por algo parecido. Además, todavía nos falta mucha información sobre la investigación. Espero que mañana los abogados puedan contarme algo más. Tenemos dos meses para preparar la declaración ante la jueza.

Cuando estuvieron preparados, él como si acabase de salir de la oficina, ella imponente, como si acabase de nacer, pues así correspondía a una mujer de treinta y cinco años, bajaron al garaje, donde los esperaba un coche. Arrancaron en silencio. El presidente del Madrid en una esquina del asiento trasero y Eva de Lis en la opuesta. Ambos llevaban sus abrigos puestos, para protegerse de algo distinto al frío. Se incorporaron al tráfico en la Puerta de Alcalá y después se mezclaron con el flujo de Gran Vía hasta volverse dos seres anónimos, que se difuminaban con la táctica de un vaso de agua que se vuelca sobre la mesa para que no lo beban. Llegaron a la plaza de España y continuaron por Princesa. Unos metros antes del cruce con Alberto Aguilera, el automóvil se detuvo. Eva de Lis hizo un gesto con la mano, de adiós, al que él respondió lanzándole un beso con los dedos. Cuando descendió, se subió los cuellos del abrigo, se ciñó la bufanda, regresó a la fría felicidad de los días de diario, a la que uno se acostumbraba sin dolor. La noche era extranjera y hostil. Un viento tieso cortaba la piel. Nadie miraba a nadie. Todos los peatones parecían huir de algo, aunque no supiesen de qué, ni hacia

dónde, simplemente tenían la necesidad de caminar sin sentido, esperando tal vez averiguar más cosas sobre su huida en el futuro. A los pocos segundos, un taxi se detuvo a su señal y Eva se convirtió en una fugitiva más.

Riezu dio prolongación en solitario al silencio que había entablado con Eva de Lis. Pasados varios minutos, con los sonidos lejanísimos de los cláxones golpeando en las ventanillas, decidió que era temprano para regresar a casa y le pidió al conductor que se dirigiese al Club Montesco. No había quedado con nadie, pero experimentó la necesidad de aplazar su destino y beber una copa a solas y quizá no pensar en nada. Su mujer estaba en Roma por trabajo. La idea de irse a casa le indujo desolación. En el fondo, su ausencia lo sumergía en un estado liviano, muy agradable, parecido a tener toda la vida por delante durante algunas horas, para tenderse y ver cómo pasaba despacio ante sus ojos, sin hacer nada. En todo matrimonio, después de muchos años de convivencia, se añoraban las ausencias puntuales. Cuando se producían, se respiraba por ellas.

Se acomodó en una mesa discreta y se hundió en el sofá. La luz caía desde las lámparas colgantes, que casi tocaban las mesas. Creyó vivir un momento más o menos perfecto. Pidió un whisky, y al poco otro, que le produjo una satisfactoria ligereza de piernas, incluso de pensamiento. A cierta distancia recibió el saludo de Lidia Falcón, que le devolvió aliviado por que todo se quedase así, en un cumplido lejano, sin precipitarse al diálogo. Notó que su mente se elevaba y oscilaba, imitando a un globo. Pero justo cuando disfrutaba de una satisfacción tardía, voladora, se pinchó el globo. Con una sonrisa enorme, claramente exagerada, se detuvo ante él un señor alto, delgado, con gafas antiguas y sombrero. A Riezu le fue fácil reconocer al productor de cine de más éxito del país. En su día, cuando también se dedicó a la construcción, habían hecho algún negocio juntos. Admitía que el productor tenía olfato, y cuando se poseía esa cualidad, daba igual a qué se dedicase uno: se acertaba siempre. Habría podido ser delantero centro, editor, cocinero o un experto en ciclismo, con un blog.

—Acabo de llegar de los Urales —anunció Xabier Echauz.

Riezu se ponía malo cuando alguien presumía de haber estado en algún lugar lejano. Se sentía demasiado cómodo, sin embargo, para que el aborrecimiento floreciese. Lo dejó pasar y se interesó por los motivos de aquel viaje. El productor no se hizo el interesante, sino que tomó asiento al otro lado del sofá y, después de dejar su copa sobre la mesa, le relató que iba

a producir la segunda película de Hoffman, del que dijo que era «el director más prometedor del cine español». Su voz inacabable no tardó en expulsar de la conversación a Riezu, que se puso a pensar en las cosas que había hecho y que se decían de Echauz, y recordó el gran momento que le había reservado Nueva York durante el estreno de su primera película en Estados Unidos. Había querido debutar como productor a lo grande y organizó una fiesta de la que se habló en América y Europa durante mucho tiempo. Todavía se hablaba, ahora de vez en cuando. Había acudido medio millar de invitados, que empezaron a distinguir en la fiesta la presencia de caras famosas. Primero cundió la sorpresa y la dicha por estar presente en el lugar adecuado. Entre la multitud algunos vieron bailar a Julia Roberts, o acodarse en una barra, esperando a que le pusiesen de beber, a Johnny Depp o Jack Nicholson. La sorpresa se volvió desconcierto a medida que la nómina de estrellas crecía: Meryl Streep, John Travolta, Nicole Kidman, Steven Spielberg... Parecía increíble. Aún más cuando las caras conocidas célebres dieron paso a las caras conocidas célebres y muertas, y por la fiesta empezaron a pasearse con una discreción imposible Cary Grant, Ronald Reagan, Bette Davis... Fueron instantes de conmoción, hasta que al fin alguien puso en cuestión aquellas presencias. Incluso en ese momento, cuando se descubrió todo, la jugada del productor había sido maestra: había contratado a decenas de clones de las grandes estrellas de Hollywood. Los parecidos eran asombrosos, hasta el punto de que muchos invitados abandonaron la fiesta convencidos de haber compartido cóctel con Martin Scorsese o Sophia Loren.

Riezu se despidió de Echauz a las once y media de la noche. En casa se encontró encendidas las luces de su habitación, del salón, del baño, de la cocina, de los pasillos, como las había dejado al salir por la mañana. Cenó algo frugal en el comedor principal que la asistente había dejado dentro del microondas y, acatando sus costumbres, con la ropa con la que llegaba de la calle. Cuando regresaba de trabajar, no se ponía cómodo, sin más. La comodidad era una lejanía con la que cumplía solo en el último instante, al ingresar en el dormitorio. Entonces arrancaba la ceremonia diaria de desnudarse con orden, igual de importante que la de vestirse. Había adoptado la costumbre de su padre, que cenaba siempre con chaqueta y corbata. No existía la ropa cómoda para los días de trabajo. «El hogar merece un respeto», lo oía decir a menudo.

Antes de irse a la cama, se detuvo frente al Lucian Freud, en un acto casi

religioso, oratorio, y después recorrió la casa apagando las luces encendidas por la mañana, una por una. Era otro ritual diario. Durante un tiempo tuvo que insistir mucho a su mujer y al servicio para que no apagasen las luces que él encendía.

—Es un gasto estúpido, de una inmensa soberbia por nuestra parte —alegó su esposa durante un tiempo.

—Pero ¿es que no somos millonarios? ¿No podemos permitirnos hacer estupideces de vez en cuando? ¿No te causa horror pensar que un día vamos a morir y dejaremos sin gastar una enorme cantidad de dinero? A mí sí. Sentiría que habría fracasado. Así que, por favor, deja las luces encendidas.

Para él, encender las luces por la mañana y apagarlas por la noche constituía una metáfora del día: todo empezaba y se iluminaba, y unas pocas horas después todo acababa y oscurecía.

Le costó encontrar el sueño. Su cabeza funcionaba a tal velocidad que provocaba remolinos que hacían volar las palabras con las que se construyen los pensamientos. En mitad de cada idea, esta era arrastrada por otra, mezclándose, y después por otra nueva, dando pie a un choque en cadena. El caos no se detenía cuando resolvía no pensar. No pensar solo era una idea más, que a su vez también se veía empujada por otras.

Durmió apenas dos horas, y mal, y a las cuatro y media de la mañana se levantó para empezar a prepararse lentamente y dirigirse al aeropuerto. En Londres empezaba a nevar cuando se bajó del coche que el bufete había enviado para recogerlo. Su abogado lo estaba esperando a las puertas del edificio, en Tudor Street. Dos compañeros más del despacho se sumaron a la reunión, que se había trasladado a la delegación del bufete en Londres porque la mujer del letrado se sometía esos días a un tratamiento médico.

Después de las presentaciones, y de un café de bienvenida, se encerraron a analizar la situación judicial de Riezu y la estrategia de defensa. El caso seguía *sub iudice*, lo que significaba que no tenían acceso a todo el sumario y por tanto desconocían por ahora las pruebas o indicios que habían llevado a la fiscal a solicitar la imputación de Riezu y a la jueza instructora, a admitirla. El letrado vertió algunas observaciones desconsideradas sobre la fiscal que había presentado la querrela. A continuación comentó, quizá para tranquilizar a Riezu, que las acusaciones de cohecho eran muy difíciles de demostrar.

—¿Creéis que serviría de algo hablar con el fiscal general? Es socio del Madrid desde hace treinta y cinco años, y un buen amigo —preguntó el

presidente madridista sin concederse importancia.

Los abogados se miraron entre sí, haciendo esfuerzos para no entusiasmarse. Tenían experiencia, y sabían que en la esfera judicial, y en general en el derecho, no había que alegrarse antes de tiempo, pero precisamente porque tenían experiencia, sabían que la posibilidad de contactar con el fiscal general daba otra dimensión al caso.

VEINTICUATRO

Era temprano y todo bostezaba, incluso la luz. Claudia Aibar tosió dos veces para llamar la atención del grupo. Algunos compañeros del consejo se deleitaban con las vistas a Miami Beach. Se volvieron al mismo tiempo. Aibar les pasó revista: todos vestían corbata azul y camisa blanca.

—Buenas vistas, ¿eh? —comentó la presidenta de Caja Nacional, que portaba un maletín en una mano y bajo el brazo sujetaba un ejemplar del *Financial Times*. Irradiaba excitación. Llevaba un vestido rojo y había elegido un pintalabios pasión para ampliar el efecto.

—Espléndidas —convino casi emocionado uno de los consejeros—. Estoy deseando acabar la reunión para ir a pegarme un baño. —Se frotó las manos como si fuese a cavar un agujero para enterrar un perro.

—Acabo de hablar con Madrid. Están a tres grados bajo cero; aquí debemos de estar a veintitrés y no son ni las diez de la mañana. —Aibar dejó el maletín sobre una mesa auxiliar. Tomó el café que le ofreció una de las camareras y pidió que le añadiese unas gotas de leche. Lo probó y le pareció que no todo podía ser perfecto. Lo bebió de un trago. Si había algo absurdo y estúpido que conseguía sacarla de sus casillas eran esos bebedores de café que necesitaban diez sorbos para tomarse una taza. Un café era un instante que se atrapaba al vuelo y no un drama en seis actos, a cuyo final se llegaba dormido o muerto.

Después del café, desplegó el periódico sobre la mesa. Lo aplanó con una mano abierta, dándole estatus de mapa del tesoro.

—Salimos en el *Financial Times* —anunció. Estaba de buen humor y hacer aquel anuncio la ponía de un humor aún más excelente. En cambio, para hacerlo, eligió un tono grave.

Olmo y una de las consejeras se acercaron despacio, con una mezcla de curiosidad y reticencia. Ella asintió, pues no hablaba inglés y prefirió no

retratarse con una aseveración categórica. Olmo, que sí lo entendía, emitió un sonido sarcástico, gutural.

—En realidad, sales tú en el *Financial Times*. Es parecido, pero no exactamente lo mismo.

—Si salgo yo es lo mismo que si saliese la caja —compuso un gesto simpático que dedicó al representante del sindicato Fuerza, cuyos desacuerdos no evitaban que su relación fuese de gran cordialidad. El poder y el dinero, diferenciados solo por matices, los ponían siempre de acuerdo.

El diario inglés dedicaba una página completa a los nombres más influyentes de la economía financiera europea, entre los que destacaba a «la emergente» Claudia Aibar, con foto incluida. En el interior de la información se hacía referencia a «la política expansiva, arriesgada y audaz» que venían desarrollando desde el cambio de dirección, y que coincidía con los «espectaculares» índices de crecimiento económico que se registraban en España, liderados por el sector de la construcción, así como «la tendencia de creación de empleo, que pronto cumpliría cincuenta y cinco meses consecutivos en positivo». En un lugar destacado se recordaba que hacía medio año, en una decisión muy comentada, Caja Nacional había vendido por seis mil millones de euros su participación en Funesa. Por ahora era un enigma el destino de las plusvalías de la venta, decía el periodista, aunque algunas fuentes apuntaban a que miraba hacia Estados Unidos. La entidad apostaba «por su internacionalización».

Aibar se recreó leyendo el artículo por tercera vez y lo cerró. Aquel ejemplar merecía ser conservado, pensó, en el mismo archivador en el que guardaba la edición en la que también el *Financial Times* se hizo eco de su nombramiento, aunque escribieron mal su nombre.

Aibar miró a su alrededor, contando caras, y consideró que había cuórum. La secretaria confirmó que estaban todos. A modo de molesta verdad, la presidenta de la entidad comentó que era la primera ocasión, en lo que iba de año —y el año estaba a punto de acabar—, en la que se reunían todos los componentes sin excepción. Esta vez nadie había excusado su presencia. No debía extrañar, añadió. Cuatro días en Miami para celebrar un sencillo consejo de administración y acudir a la fiesta en la mansión que la entidad había comprado para establecer la delegación de Caja Nacional en Florida resultaba una oferta tentadora.

En sus cálculos, esa circunstancia debía favorecer la aprobación del único

y más polémico punto del orden del día. Aguardaba un agrio debate en torno a él, pero nada más. Después de posponerse en varias ocasiones, al fin el consejo evaluaría la adquisición del Bank of Orlando. Aibar ambicionaba un golpe de efecto para dar proyección internacional a Caja Nacional. La compra de un banco norteamericano, según los estudios de la entidad, era la estrategia más efectiva. Cara, arriesgada, efectiva. El Banco del Norte había dado un paso en esa dirección adquiriendo el General Bank. En cierto modo, la caja ya llegaba tarde. Pero podía llegar segunda. Tras seis meses de evaluaciones, de debates técnicos, habían concluido que el Bank of Orlando era la opción más atractiva.

El sol entró despectivamente por las cristaleras de la tercera planta del Ritz-Carlton, y como si esa fuese la señal convenida, Aibar explicó que la semana pasada, en compañía del vicepresidente —lo señaló, justo a su izquierda, sin mirarlo— se había reunido con el propietario del Bank of Orlando, después de meses de contactos con intermediarios que sirvieron para entender mejor el funcionamiento de la entidad. Michael Hausband era un judío «absolutamente millonario» que había adquirido en su día el Bank of Orlando para convertirlo en un banco solo para ricos, ricos judíos.

—Solo él posee el quince por ciento del pasivo de su propio banco.

Por supuesto, la entidad estadounidense se alejaba del modelo de banca pública de Caja Nacional, pero eso no era necesariamente malo, señaló. El Bank of Orlando debía servir, ante todo, para posicionarlos en Estados Unidos y llamar la atención de los grandes inversores sin exponer sus recursos a más riesgos de los asumibles, pero a la vez haciendo una apuesta fuerte por la marca. No debían —dio un empujón a su voz— conformarse con mejorar año a año las ratios de beneficios, a base de ampliar oficinas y plantilla en el territorio nacional, adquirir participaciones en sociedades cotizadas dentro y fuera de España, y apostar por los préstamos hipotecarios, accesibles a todas las familias.

—Nos falta dar un paso para ser los más grandes. Y ese paso hay que darlo en Estados Unidos. Aquí está el dinero de verdad y el prestigio internacional. —Golpeó la mesa con la mano abierta.

Además de tremendamente rico, Hausband resultaba pintoresco. Para que los consejeros se formasen una idea de hasta qué punto, les reveló que cuando se citaron en el hotel Taj de Nueva York, que también era suyo, nada más saludarse, el banquero empezó a contarle que su segunda hija acababa de

divorciarse.

—Esto hace especial ilusión en la familia. Normalmente no me muestro así de feliz, espero que sepa usted disculparme —le dijo.

Enseguida se refirió también a su origen judío, para no hablar de negocios en frío. Hausband le mencionó a sus padres, que habían muerto en los campos de Auschwitz. Aibar temió que la conversación tomase unos derroteros muy tristes para una primera cita de negocios. Pero en mitad de algunas consideraciones sobre el carácter de los judíos, le preguntó si le podría contar un chiste. Al parecer, Hausband contaba chistes todo el rato. Siempre eran chistes sobre judíos. Nadie había alertado a Claudia sobre esa circunstancia. Por si fuera poco, ella cultivaba con cierta satisfacción el defecto de no encontrar gracia a los chistes. Nunca se reía con ellos y a menudo ni los entendía. Cuando Hausband le preguntó si podría contarle uno, asintió con temor a que después del chiste todo fuese mal.

Ante un consejo receptivo, Aibar reprodujo el chiste, protagonizado por un tipo judío que va por la calle y lo atracan. Es muy de noche, hay poca luz, y le sacan una pistola y le dicen: «La bolsa o la vida». El judío se queda petrificado, no reacciona, no parece que tenga miedo, pero tampoco les hace frente. Simplemente, se queda en silencio. Los atracadores se impacientan y le plantan la punta de la pistola debajo de la nariz, haciendo fuerza, y le dicen: «¿No has oído? ¡La bolsa o la vida!». Y el judío les responde: «¡Estoy pensando, estoy pensando!».

La vicesecretaria, en la otra punta de la mesa, prorrumpió en una carcajada grotesca, brevísima. Se reía siempre así, al principio con estrépito, a veces de improviso —incluso para ella—, e inmediatamente caía en un silencio que sugería que, después de todo, tal vez el chiste no tenía tanta gracia.

La presidenta experimentó la extraña sensación de haber tenido éxito con el chiste. No la conocía. Eso le inyectó cierto entusiasmo y continuó desgranando los detalles del encuentro. Después abordó las conclusiones del primer estudio de valoración del Bank of Orlando. Consciente de que algunos de los representantes del consejo habían mostrado objeciones en encuentros personales a la adquisición del banco, hizo hincapié en la importancia de «no actuar de modo conservador» cuando el escenario nunca había sido «más propicio para los audaces». Esperaba que el año entrante fuese uno de los más importantes de Caja Nacional. Las previsiones apuntaban a eso, el país generaba grandes expectativas en el resto del mundo, convenía apuntarse al

carro de la marca España. Y, por si fuera poco, cada vez más ciudadanos, dentro, mostraban mayor confianza en los productos bancarios.

—Es el momento de cualquier cosa menos de ser conservadores —dijo, para a continuación insinuar que tenía algunas ideas ambiciosas para desarrollar a lo largo del próximo ejercicio, aunque no se refirió expresamente a ellas. Solo era hora de centrarse en la adquisición del banco estadounidense.

A decir verdad, no podía permitirse el lujo de abandonar Miami sin contar con el respaldo del consejo a ese objetivo. Por eso, y toda vez que la resistencia llegaba de los consejeros más veteranos, propuso que, ante los buenos resultados, en la siguiente reunión se valorase la decisión de elevar las indemnizaciones y los planes de pensiones de los consejeros, además del establecimiento de cláusulas de blindaje acordes con las cifras de la entidad.

—Además, hace dos años que no se revisan los sueldos y los gastos de libre disposición. Es un buen momento. Si somos la entidad que durante los dos últimos años ha declarado más beneficios, eso debe tener un efecto en las retribuciones.

Los consejeros debatieron con cierta ternura los planes de la presidenta durante dos horas. Era una ficción, y todos lo sabían, necesaria. Aibar había aprendido que el destino de los consejos se jugaba antes de su celebración, en reuniones secretas, consejero por consejero. A la reunión final solo se iba a tener éxito, a adivinar lo que ya se sabía. Y jugar a que la vida puede algunos días sorprenderte. Y así fue. Los tres días en Miami, en habitaciones de seiscientos euros la noche, practicando el golf en uno de los mejores campos del país y haciendo compras de Navidad a más de veinte grados de temperatura, conspiraron para ablandar unas reticencias que ya estaban vencidas, en el fondo.

El representante de Nueva Izquierda, que en la comisión de inversiones se había pronunciado con un inusual escepticismo, se limitó a solicitar un segundo estudio sobre la valoración de Bank of Orlando, por una cuestión de formas, y mantener al tanto de la futura operación al Banco de España. Era su modo de salvar su conciencia y la de su partido. Fuera de eso, apoyaría la compra del banco de Hausband por la cifra aproximada a la que se refirió la presidenta. La operación podía rondar los ochocientos millones de dólares. Cuando Claudia pronunció la cifra, su belleza y su frío iluminaron las partículas del aire.

Aibar levantó la sesión con una mezcla de excitación y cansancio. Existía un tipo de días que dada igual que uno no hiciese nada, o hiciese poco, pues todo leve esfuerzo resultaba extenuante. Se acordó de su padre. La evocación fue azarosa, incluso ilógica, justo en el instante en que se sentía en la cima del mundo. No había querido a nadie tanto en toda su vida. Desde niña estaba enamorada de él. Su único objetivo era hacer que fuese feliz. Construyó su vida conforme a lo que él deseaba, había estudiado la carrera que a él le gustaba, y su primer trabajo fue el que él le aconsejó que aceptase. Sin embargo, su padre nunca le pidió nada de esto. Ella lo hizo porque sabía que así él sería feliz. Un día quedaron para comer, tenían que celebrar que Claudia se mudaba a la casa que a él le gustaba. Pero él se retrasaba, se retrasaba mucho, la llamaron al restaurante, su padre había tenido un accidente y había muerto en el acto, con el coche. Entonces su vida perdió todo el sentido. Nada de lo que hacía le gustaba. Se separó. Se mudó otra vez de casa, cambió de trabajo y empezó a pensar solo en ella. De todo esto se acordó de repente, y quiso que toda la felicidad que la dominaba, incluso que casi le hacía perder el control, fuese su particular homenaje a su padre.

Se acarició el vientre fugazmente, en un acto de autodefensa, o de melancolía, y sin querer en realidad. Al acabar de hacerlo, todo encajó, cuando advirtió el vacío y la libertad. La semana pasada había tenido que someterse a un aborto inesperado, después de enterarse, para su descomunal sorpresa, que estaba embarazada de trece semanas. Dos personas, por las fechas, podían ser el padre. En absoluto la disyuntiva la intrigó. Ese embarazo nunca saldría adelante, así que ¿para qué saber? La ignorancia favorecía la comodidad. Ahora mismo su carrera no admitía sombras. Hacía ya años que la decisión de no tener hijos formaba parte de los recordatorios innecesarios. Nada que no fuese ella debía distraer sus sueños. La vida era breve, ella lo sabía mejor que nadie, y si se dividía en más protagonistas, se volvía algo todavía más efímera. No. Nunca. Esa convicción alevosa privaba de cualquier dramatismo al aborto. No se pareció a la primera vez, tantos años atrás. Pero en su primer aborto nunca pensaba. Formaba parte de lo que ella llamaba «prohibiciones personales», esos secretos que había que ensayar a diario para que no se debilitasen.

Lentamente recuperó el ahora. Tal vez la estremeció la contemplación del pasado remoto, o solo fue el aire acondicionado, que le recordó que, pese a las pruebas en contra, que vivían del calor, estaban en pleno invierno. Eso le

produjo nostalgia de la Nochevieja que estaba por venir. En un estado solapado de su conciencia añoró el frío y el cielo gris de Madrid, y hasta los anuncios de El Corte Inglés a todas horas, en todas las esquinas. Fue una caída breve en la nostalgia, un simple bache, al que la misma inercia expulsó hacia arriba.

De pronto, su mente se recreó en la fiesta que la caja organizaba esa noche en la mansión de Cayo Vizcaíno para entretener a la clase distinguida de la ciudad, y el entusiasmo volvió a recorrerle el cuerpo.

Eran las doce de la mañana. En otro momento, o quizá en otro lugar, la idea de reclamar champán hubiese sonado extemporánea, pero se encontraban en Miami, donde las excentricidades venían al caso. La bebida la sumió en una excitación que ya no la abandonó en toda la jornada. Pasaron las horas y ella se mantuvo en las alturas. Cuando los primeros invitados a la fiesta comenzaron a llegar a Cayo Vizcaíno, Claudia los recibió con una vitalidad que se marcaba en sus rasgos. Se sostenía en ese estado animoso y fértil, anterior a parecer borracha a los ojos de los demás, y que la volvía tremendamente divertida y sexy. Tras decretar una tregua, acabado el almuerzo, por la tarde empezó a beber lentamente, desde dos horas antes de que llegasen los invitados al 890 de Harbor Street, cuando quedó con Paul Spencer, quien se suponía que tenía la mejor cartera de contactos de Florida, y que a cambio de unos honorarios de doscientos mil dólares iba a atraer a la fiesta a un montón de gente influyente. Ella disfrutaba de las vistas desde el embarcadero que tenía la mansión en el momento en que Spencer apareció en su lancha, hablando por teléfono. El viento jugaba con su pelo. No se apeó de la embarcación hasta finalizar la llamada. Entretanto, tal vez para que no lo considerase descortés, le envió un beso con los dedos de la mano. Vestía un esmoquin con pajarita roja y su pelo brillaba más que un lingote de oro. Aunque ya conocía la casa, felicitó a Claudia por la adquisición.

—Es fascinante —coincidió ella, a la que casi le parecía imposible entrar en aquella propiedad y no sentir la necesidad de ser muy feliz en ese instante, en el amplio jardín, entre palmeras, al lado de la piscina—. Cuando supe que estaba en venta, no pude resistirme a proponer su compra. Es justo lo que necesitábamos —habló en plural.

Los músicos, que se habían acomodado en un rincón discreto del jardín, entre las palmeras, hacían las primeras pruebas de sonido. La brisa del mar proporcionaba a los instrumentos una calidez que elevaba su sonido en forma

de columna de humo. Finalmente, la organización se había decantado por un quinteto con un repertorio de jazz, blues, swing y bossa nova. A su lado estaba instalada una de las tres barras, contando la del interior. Aibar y Spencer se acercaron a una, sin darse cuenta, en una forma de inercia, o de destino, y pidieron al camarero, de origen cubano, que les sugiriese dos cócteles. La tarde prometía tantas cosas que se podía beber a tuestas, sin saber lo que se bebía. Después, con sus copas, se dirigieron de nuevo al embarcadero.

—No recordaba esta casa, pero acabo de darme cuenta de que la vivienda de al lado... —dijo Paul, después de atender otra llamada telefónica y quedarse con el móvil en la mano, por si acaso.

—Es la residencia de verano de los Nixon —se adelantó Claudia.

—Exacto.

—Se trata de la clase de información que el vendedor te facilita en el primer minuto de la primera reunión. Aunque a mí me sedujo más que la casa del otro lado sea de los Walton. Oh, Dios, los Walton. Aunque he oído que casi nunca la visitan.

—Una de las familias más ricas de Estados Unidos —bromeó Spencer, que consultó durante un fugaz instante la pantalla del teléfono, en donde acababa de entrar un mensaje—... no puede caer en la vulgaridad de vivir en un barrio exclusivo, con vecinos ricos. Consuélate con que tres o cuatro residencias más allá vive Jennifer Lopez. Hace un par de años organicé una fiesta de cumpleaños para su marido. —Spencer bebía un gin-fizz con menta. Le dio un pequeño sorbo y se volvió hacia la piscina—. Pero hablemos de tu fiesta.

El tono de Spencer poseía un encanto oscuro, y sin embargo la voz era diáfana. Recordaba a la buena letra. Claudia no podía dejar de mirarlo cuando hablaba, ya con ella, ya a través del teléfono, lo que sugería una dependencia enfermiza. Ella tenía el mismo defecto, salvo hoy. Emanaba algo hipnótico de su modo de gesticular. En realidad, apenas gesticulaba, pero a veces se llevaba una mano al bolsillo, dibujando el gesto de sacar un secreto de su interior, o de guardarlo, o se acariciaba una mejilla, o tanteaba la pajarita con una mano para cerciorarse de que estaba en su sitio. Todos esos movimientos, acumulados, transmitían una tranquilidad casi santa.

En su compañía el tiempo transcurrió sobre un rayo de luz. No tosió ni un minuto. La vida fluía. Cuando fue consciente de la entidad de la fiesta, estaba

ya recibiendo a algunos invitados. Había banqueros, economistas, profesores universitarios, periodistas, boxeadores, jugadores de golf, exastronautas, modelos, diseñadoras, cantantes... A las seis de la tarde, con el sol ya reclinado, se presentó el gobernador de Florida, Rémi Rorschash, acompañado de su esposa. En un gesto que pasa desapercibido, hasta que es un peligro ineludible, Aibar sintió cómo al acercarse y saludarla deslizó por su espalda descubierta los dedos, suavemente, en forma de hoja caída. Parecía casual, pero la estrategia elegida por los actos deseados pasaba muchas veces por fingir un accidente, o una combinación del azar, o una ráfaga de viento, y que nadie reparase en ellos, salvo sus protagonistas. Claudia sintió al instante algo metálico y eléctrico, ardoroso, que la erizó y la llenó de un miedo agradable. Había sentido muchas veces esa sensación y sabía tratarla. En ese momento, estuvo profundamente convencida de que los servicios de Spencer no eran en absoluto exorbitantes, al contrario de lo que sostenían algunos de sus asesores.

Rorschash exhibía un moreno hereditario, que tal vez había sido de su padre, y antes de su abuelo, y así sucesivamente, hasta penetrar en el túnel de los viejos tiempos, en cuyo extremo se encontraba el Big Bang. En su muñeca derecha, sin embargo, lucía la habitual marca blanca que provoca el reloj en la piel, al contraste con el resto del brazo. Podía deducirse que se lo había olvidado.

—Quizá no sepa —comentó el gobernador tras las presentaciones— que conocí a la que hoy es mi mujer en España. Qué tiempos. —Echó la cabeza hacia atrás, luchando para no recordar los detalles, demasiado hermosos para revivirlos de nuevo.

Pese a todo, contó que él y su mujer se habían conocido en una plaza de Córdoba. En esos días —sacudió la mano para instaurar la lejanía— ella preparaba su tesis doctoral sobre la arquitectura islámica y él simplemente recorría el sur de España «en viaje de borracho» con dos amigos. Claudia sonrió con pasión; estaba investida de esa facilidad, y las historias graciosas y encantadoras, sin encanto ni gracia, le divertían.

—Bonita casa —resolvió Rorschash, observando la entrada, que era un gran espacio que ya estaba atestado de gente, pero desde el que aún se veía el jardín y más allá el mar.

—Salgamos al jardín; es todavía más bonito —propuso la presidenta de Caja Nacional, que invitó a la mujer del gobernador a pasar primero. Su

discreción quedaba aplastada por su altura. No había entendido su nombre. Los nombres siempre se le hacían arena mientras no llamaba a las personas varias veces. Detrás de ella pudo estudiar su vestido rojo y brillante con más detenimiento, aunque en la primera impresión le había parecido precioso, con un corte al lado derecho de los tobillos a la cadera, por el que a cada paso adelante la pierna se mostraba y ocultaba, matando en silencio a quienes la miraban.

En el jardín, las bombillas de colores se encendían y apagaban armónicamente, tendidas sobre las cabezas de los invitados, que formaban grupos casi familiares, por cuanto coincidían a menudo en otros eventos sociales. Las exclusivas fiestas en las mansiones de Miami involucraban a un número limitado de personas que coincidían continuamente y solo se conocían de beber y reírse juntos en casa de terceros. El gobernador debía de conocer a muchas de ellas, pues en su travesía hacia el jardín no dejó de volverse para saludar y sonreír unas veces, y sonreír y después saludar otras.

Las barras bullían de animación y los cócteles partían en todas las direcciones, mientras el quinteto ponía música al invierno de Miami, que en aquel momento no representaba más que una simple modalidad de verano. Aibar se acomodó en un hueco que acababa de quedar libre. Levantó la vista y vio que en la terraza de la planta superior de la casa reinaba un entretenido caos, con varias parejas bailando y dando saltos, en algún tipo de broma que solo ellos y la bebida entendían.

El gobernador llamó la atención del camarero. El modo en que elevó la mano hacia él, y chasqueó los dedos sobre sus cabezas, surtió un efecto inmediato. Equivalió a un disparo de atención.

—¿Dry martini? —preguntó al mismo tiempo a Aibar y a su mujer, en apariencia distraída en uno de esos pensamientos en los que uno trata de dilucidar si conoce o no a alguien que acaba de ver. Ambas asintieron en silencio, satisfechas—. Los clásicos nunca pasan de moda —añadió en relación al dry martini y después, tal vez formando parte de la misma frase, posó la mirada en el escote de Aibar, a la que la verdad de la oración, o su peso, se le hizo insoportable y se volvió hacia la terraza; allí arriba distinguió a la vicesecretaria de la caja entre el grupo de alborotadores—. Veo que tu propósito de hacer negocios en Miami va muy en serio —señaló Rorschash, que había tomado una copa en cada mano y hacía entrega de ellas primero a su mujer y después a la presidenta de Caja Nacional.

—¿Lo dices por la fiesta? Mantengo la consigna de alejarme del aburrimiento.

—Por la fiesta, por esta magnífica mansión y porque Hausband es un buen amigo.

—Miami es, de hecho, nuestra gran apuesta a medio plazo. Tenemos depositadas grandes esperanzas en este salto. Espero que sea de la mano de Hausband.

—Si tienes claro ese rumbo, no será difícil hacer negocios. Solo hay que tomar el camino correcto y no titubear.

—¿Y cómo se sabe cuál es el camino correcto? —preguntó sin tener claro si el gobernador hablaba usando metáforas.

—En Miami el camino correcto es ancho y franco. Se ve. Pero en caso de duda, no tienes más que preguntarme. Quiero que sepas que puedes contar conmigo. Me gusta que la gente haga negocios en Miami. En eso consiste mi negocio. —Sonrió con misterio y crueldad, y alzó su copa, buscando la de Aibar.

Brindaron.

—Cariño. —Llamó la atención de su distraída mujer para que se sumase al brindis.

Aibar sintió que el gobernador acababa de declarar algo definitivo, siguiendo la clase de precaución que toma un hombre inteligente cuando bordea el abismo: no decir nada. Y, sin embargo, pensó, estaba todo dicho. Enseguida obtuvo la impresión de que se las veía con el tipo de persona de sólida fe en sus facultades y que antes o después acababa preguntando: «¿Cuánto pagan?». Eso, si cabe, la puso de mejor humor. En los buenos negocios nunca había nada que negociar. Eran buenos negocios, justamente, porque todo estaba negociado de antemano, antes de empezar. El negocio llevaba la negociación incorporada, para evitarla. No se hacían buenos negocios con las buenas personas.

—Disculpadme; voy a saludar a Overbury. —La mujer de Rorschash empujó un mechón detrás de una oreja y se dirigió hacia la zona de la piscina. A medida que se alejaba, posando los pies con cuidado sobre el césped, para que los tacones no se hundiesen, se revelaba su altura, que se imponía al modo de una verdad de tremenda fuerza. Bordeaba el metro ochenta.

—Disculpa mi ignorancia, pero ¿quién es Overbury? —Aibar acabó la copa y la dejó sobre la barra.

—¿Floyd Overbury? Necesitas un curso acelerado de «famosos en Florida». Overbury es nuestro campeón mundial más insigne; nacido para boxear. —Hizo un movimiento que imitaba al de un púgil sorteando los golpes de su contrincante—. He dejado de contar cuántas veces ha defendido el título.

La mujer dedujo que, entonces, Overbury debía de ser el único hombre negro y musculoso que había en el pequeño grupo de tres personas que rodeaban a la mujer del gobernador en ese preciso instante.

—Es una bestia. Y un excéntrico. Tengo que decir que no conozco a nadie que gaste el dinero como Overbury. A veces creo que es un personaje de ficción, que un hombre real, en sus cabales, no se compra un submarino, o no se presenta en uno de los clubes de la ciudad y esparce noventa y tres mil euros entre las bailarinas. Al menos eso dicen que hizo hace solo un par de semanas.

—Espero que hoy sepa comportarse.

Rorschash apuró las últimas gotas de su copa, con un trago sutil, y miró a Claudia.

—¿Otra?

Ella se encogió de hombros y el gobernador, otra vez con un gesto codificado, con una sola mano, le indicó al camarero que se tomarían otros dos dry martinis. Después se giró y se quedó contemplando a Aibar con la confianza de un amigo íntimo, porque quien conocía a una mujer las conocía a todas, particularmente a las desconocidas. No dejó de hacerlo cuando ella advirtió que lo miraba y lo retó a que fuese él quien apartase esta vez los ojos hacia el embarcadero y más allá el mar. No ocurrió, y ella optó por buscar una puerta de salida.

—Así que tu mujer es arquitecta. —No se le ocurrió mejor modo de enfriar la situación.

Rorschash hizo que no la escuchó. Tal vez no la escuchó. Seguía observándola. Era una mirada, pese a todo, cortés, aunque recubierta de descaro. Dio un pequeño paso hacia ella, obviando si alguien los observaba.

—Deberías soltarte el pelo. Seguro que tienes una melena preciosa. Todos los hombres de la fiesta caeríamos a tus pies.

Aibar cerró los ojos un instante. No fue un instante común. Se prolongó un poco más que un parpadeo simple. Después de todo, tenía que decidir qué iba a decir. El desconcierto la agitó y la hizo sentir incómoda, justo como no

podía mostrarse en aquel momento. El gobernador era una pieza clave del tablero; no podía ahuyentarlo. Pensó en el futuro. Ella era una mujer que vivía sin pasado, el pasado a menudo nunca había ocurrido; en cambio, el futuro podía recordarlo. Y entonces, después de ese instante extraordinario, fugaz, especial, abrió los ojos, se humedeció los labios, se volvió un segundo para buscar a la señora Rorschach, que todavía se divertía en el grupo de Floyd Overbury, y después buscó a su marido.

—La fiesta todavía no se ha acabado, ¿no? —Y abrazó con una mano el dry martini que el camarero empujaba hacia ella, hasta dejarlo en un punto exacto de la barra, un emplazamiento perfecto, si algo así existía.

La tarde había adquirido el aspecto de una frase afortunada, ni corta ni larga. De vez en cuando se acercaba alguna lancha al embarcadero y descendía una pareja guapísima, alta y rica, o simplemente rica, y generaba una gran expectación, o se presentaba a través de la entrada principal, después de bajarse de una limusina. Paul Spencer, que conocía a todos los invitados, era el encargado de recibirlos. Simbolizaba la persona inimitable, única, de la que todo el mundo habla maravillas, que tiene un millón de amigos y no necesita que se mueran algunos para seguir aceptando más. Iba de grupo en grupo, preguntando si estaban cómodos, si necesitaban algo o simplemente proponiendo que se pasasen por la barra para renovar sus copas vacías. En una de esas travesías una de las actrices emergentes de Florida se echó a sus brazos para lamentar que se aburría.

—Oh, Paul. ¿Por qué me invitas a fiestas en las que ni siquiera soy capaz de emborracharme? Llevo una hora y media bebiendo y nada. Debería hacer algo contigo.

Spencer acabó de escribir un mensaje en el teléfono y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Después abrazó a la chica por la cintura y la acercó hacia sí.

—Tal vez debería ser yo quien hiciese algo contigo —dijo y se quedó en silencio, pensando con gran intensidad—. Ven, vamos a conocer la casa por dentro.

Los invitados se habían expandido prácticamente por toda la vivienda, en forma de riada de agua.

—Odio las casas grandes llenas de gente. Son grandes precisamente para no tener que encontrarte con nadie cada dos por tres. —La actriz empezaba a bordear el mal humor.

Spencer la había tomado por la mano y la arrastraba consigo. Pesaba lo que una hoja seca.

—En una casa grande, sin gente con la que chocar, como ahora, podrías acabar igual que Rudolph Mark.

—¿Quién es Rudolph Mark?

—¿Estás de broma? ¿Pero tú no lees la prensa?

—Claro que no.

—¿Y tampoco ves la televisión?

—No, a menos que salga yo. ¿Quién se supone que es Rudolph Mark, en serio?

—Casi nadie sabe, o sabía, quién era Rudolph Mark hasta que hace dos semanas descubrieron su cadáver en una de las quince habitaciones de su mansión. Pero ¿de verdad no has oído nada de esta historia? —Ella negó con la cabeza, orgullosa de no saber de qué le hablaba Paul. Acercó su boca a su oreja y le susurró algo que él no acabó de entender. Sonó a «no». En ese instante, tan pegados, inspiró con fuerza y olió su perfume. Su cabello le rozó la cara y también percibió el aroma del champú—. Era uno de esos millonarios de Dallas que no habían hecho nada por serlo, salvo recibir una enorme herencia de sus padres. No tenía vida social, ni amigos ni conocidos, y no se llevaba con sus vecinos. Vivía solo y rodeado de objetos, miles de objetos. Era un anciano insoportable. Sus vecinos lo odiaban. Hace días encontraron su cadáver momificado. Llevaba cinco años muerto. Entre que la policía abrió la puerta y consiguió encontrar su cuerpo, debajo de toda aquella mierda, pasaron dos días, ¿qué te parece? ¿Te gustaría morirte así? ¿No prefieres las fiestas multitudinarias? Si te murieses, aquí te encontraríamos enseguida.

La actriz no parecía de las que se ablandaban con una historia humana y siguió farfullando contra la multitud, hasta que alcanzaron una parte de la casa que, de pronto, se volvió un rincón íntimo. Spencer empujó una puerta, encendió la luz. Estaban al fin solos.

—Este sí es un buen sitio para morir —señaló la mujer, que de pronto respiraba mejor. Se apoyó en una larga mesa que había en el centro de la estancia.

—¿La biblioteca?

—¿Eres partidario de llamarla biblioteca? No veo un solo libro.

Spencer repasó la estancia hasta dar un giro completo sobre sí mismo. Se

tocó el pecho, pues tuvo la sensación de que había vibrado el teléfono móvil, y supuso que había sido fruto de su dependencia. No daba crédito a lo que veían sus ojos: en efecto, las paredes estaban cubiertas de estanterías en las que no había ni un solo libro. Aquel interior era un enorme descampado.

—Es desoladora. Desoladora pero bonita.

—Imagínate que hubiese libros —sugirió la actriz.

—Pues ahora que hemos llegado hasta aquí... nos hacemos un tiritito, ¿no? Sería como desperdiciar un largo viaje a la Luna.

El gesto de la actriz adquirió fulgor, y en su asentimiento se produjo un estallido primordial que, desde luego, ya no le hacía ver en la fiesta un acontecimiento equivocado. A veces los errores constituían, al final del día, el mejor acierto. Se aproximó a Paul y comenzó a hacerle preguntas sobre los anfitriones. Spencer, que semejaba muy ocupado, y las preguntas le daban pereza, resopló, buscando la frase que respondiese todo con un sencillo y pasota «pst».

—Son banqueros españoles con ganas de gastar mucho dinero, sin saber si van a recuperarlo, pero que al gastarlo ya están sacando tajada.

—No parece un gran negocio.

—Puede llegar a serlo. Las cosas interesantes nunca se ven a simple vista. Hablamos de una entidad que sus dirigentes pueden desvalijar, que no pasa nada, porque el Estado nunca la dejará caer. Sería un desastre si quebrase. Eso da mucho margen para tirar el dinero. Mira esta puta casaza. —Giró en la punta de los pies trescientos sesenta grados—. Han pagado ocho millones y medio de euros por ella. Imagina a alguien arrojando el dinero desde el último vagón del tren. —Spencer hablaba ahora sin levantar la vista de la droga, que preparaba con esmero—. La mansión no vale ese dinero, tal vez seis millones sí, nunca ocho y medio. Pero ellos tienen el dinero, la compran, organizan esta fiesta por todo lo alto, y de algún modo le están diciendo a los peces gordos que han invitado, con el gobernador a la cabeza, que están en condiciones de hacer negocios con ellos.

—Quiero irme a vivir a España.

—En ese país, ahora mismo, hay alguien que está fabricando dinero día y noche, como un hijo de puta. —Levantó la cabeza, contempló su obra e invitó a la actriz a meterse la primera raya.

—Este silencio... es un poco exagerado. —La actriz irguió la vista sobre su cabeza y vio el cielo estrellado a través de la techumbre de cristal que

cubría una parte de la estancia. Se escuchó la aspiración profunda y larga de Paul, en busca de aire puro. Después de unos segundos en los que se mostró ausente, extasiado, regresó al presente total.

—Ufff. —Sonrió de golpe, para celebrar el regreso—. Una vez, en Wisconsin, estuve en una habitación del silencio; se llaman «cámaras anecoicas» y están cubiertas por no sé qué mierda de materiales que evitan que las ondas sonoras reboten y se amplifiquen hasta la audición humana. Si cero decibelios es el umbral del oído humano, en una cámara anecoica se alcanzan -9,6 decibelios. Aquella estancia es la misma que utiliza Harley-Davidson para modular el sonido de sus motores. Para que te hagas una idea, el silencio resulta tan angustiante y absoluto que se escucha el fluir de la sangre circulando por las venas, e incluso los sonidos que produce el propio oído al reaccionar ante el silencio extremo que lo rodea. Yo solo aguanté cinco minutos. Dicen que puedes llegar a volverte loco si pasas media hora ahí dentro.

La actriz se estremeció, pero por razones que no eran el silencio.

—Joe Pesci —dijo al reponerse del golpe de placer— me contó una vez que un primo suyo se fue de aventura a no sé qué desierto con dos amigos y, en mitad de la nada, el coche se averió. El sobrino de Pesci y uno de sus colegas se fueron en busca de ayuda, y el tercero se quedó junto al vehículo. Cuando regresaron, resulta que se había suicidado, y la única explicación que encontraron fue que no había soportado el silencio extremo que había en mitad de aquel desierto.

—Me cago en todo.

De pronto, se abrió la puerta de la biblioteca. Spencer y la actriz se volvieron al mismo tiempo y descubrieron a Claudia Aibar y Rémi Rorschach. Entraron empujados por el ruido de la fiesta, que se cortó de raíz al cerrar la puerta.

—¡Justo a tiempo! —improvisó Spencer, que extendió las manos hacia arriba, con las maneras de un predicador—. Claudia, creo que todavía no te he presentado a mi actriz preferida. Rémi, vosotros ya os conocéis.

—Ohhh, pero ¿qué tenemos aquí? Parece que hemos llegado en muy buen momento —observó el gobernador al distinguir la cocaína sobre la mesa. A continuación, regresó sobre sus pasos y cerró la puerta de la biblioteca, pasando el pestillo. Por un instante, en sus ojos declinó el brillo genuino que había alumbrado unos segundos antes, y en el apagón se insinuó el miedo

repentino que siente todo político cuando está a punto de cometer una imprudencia y, que pese a todo, nada impide que la cometa. El placer es demasiado intenso como para darle la espalda en aras de la razón. No conocía a la actriz más que de algunas fiestas, o de algún evento para apoyar al Partido Republicano, y desde luego no conocía a Claudia Aibar en absoluto, aunque se proponía hacerlo. Igualmente, se dejó caer en la tentación.

El teléfono de Spencer comenzó a vibrar dentro de su chaqueta, primero con suavidad y enseguida estrepitosamente. Quiso obviarlo, pero en aquella estancia el silencio resultaba demasiado transparente y delator. Todos estaban pendientes de la vibración y de qué iba a hacer Paul al respecto. Para sorpresa general, deslizó la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y colgó.

—Estoy hasta las pelotas, de verdad —añadió con una rabia prehistórica—. ¿Bajamos?

—Un segundo —dijo Claudia, que tomó el billete de veinte dólares enrollado que le tendía el gobernador.

Al abrir la puerta de la biblioteca, el silencio adquirió de repente el aspecto desaliñado de un griterío vulgar, que se metía entre la ropa, mojaba el pelo y dejaba marcas en el suelo cuando el zapato emprendía sus pasos. Apenas enfilaron el pasillo advirtieron que durante su encierro había seguido llegando gente a la fiesta. Paul se volvió hacia Claudia.

—Creo que tendremos que hacer una nueva ronda de presentaciones.

La presidenta de Caja Nacional sintió un salvaje y agradable estremecimiento y a continuación una colosal euforia. Ahora la embriaguez era perfecta, parecida a un vuelo a veinte metros de altura. Solo necesitaba ir al baño. Les pidió al resto que bajasen, que ella lo haría enseguida. Se dirigió a la parte de la casa en la que se encontraban los dormitorios. De camino, al pasar por delante de un espejo, se detuvo. Se repasó de arriba abajo y se estiró el vestido. Se situó de perfil y otra vez de frente, hierática, en busca de algún error imperdonable. Sin pensarlo, se llevó las manos al pelo, y una a una empezó a retirar las horquillas que fijaban su recogido. Cuando ya no quedaba ninguna, se sacudió el cabello, que rugió y pobló sus hombros lluviosamente.

Cuando regresó al jardín, donde la noche puso de golpe todo en su sitio, buscó a Spencer y Rorschach, pero en su lugar solo vio a un montón de gente formando un círculo, interesadísima por lo que ocurría en el centro. Aibar solo acertaba apenas a distinguir a un hombre de espaldas, menudo, con el

cabello cano y vestido con un traje blanco. Esa elección le producía siempre una enorme ternura. Nunca dejaría que nadie querido la usase, salvo que buscara un efecto muy concreto; en cambio, cuando la vestía un desconocido, se ponía inmediatamente de su parte. En cierto modo, se apiadaba de él.

Alguien le tocó la espalda. Se volvió, adivinando que no podía tratarse más que del gobernador de Florida, que se rendía ante su pelo suelto. En cualquier caso, no la reclamaba el gobernador, y casi experimentó cierto alivio. Era el vicepresidente de la caja. No lo había visto en la fiesta. De hecho, creía que no acudiría. Pero, ahora que se fijaba en su aspecto, parecía menos borracho que resacoso.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó Claudia, que le puso un brazo sobre los hombros.

—Ehhh, creo que sí. Hasta ahora. —Puso cara de circunstancias, lo que a menudo molestaba especialmente a la gente que, por el contrario, se lo estaba pasando de maravilla.

—¿Qué ocurre. ¿Te vas a poner triste?

—Me acaba de llamar Nicola Morelli, de *Crónica*. —Tenía el teléfono en la mano.

—¿*Crónica*? —Entre la música y el ruido le costaba entender lo que aún no le había dicho.

—Me ha preguntado si el consejo estaba reunido en Miami.

—Ah —exclamó sin una sensación de peligro clara—. Y ¿qué le has dicho? —preguntó a la postre por curiosidad.

—Le he dicho que apenas lo oía, que no tenía cobertura, y he colgado, sin más.

Claudia asintió.

—Bien hecho.

Inmediatamente después se mostró partidaria de seguir pasándose bien. No era día para comparar preocupaciones. En el peor de los casos no había nada de malo en estar en Miami, y menos todavía en hacer inversiones en el extranjero. Le pidió a su vicepresidente que no se preocupase y siguiese disfrutando. Ella es lo que iba a hacer cuando apareció Spencer y se la llevó.

—¿Dónde te habías metido? Te estaba buscando. Tenemos un invitado sorpresa. Era una posibilidad que viniese, pero más bien remota. Vamos, te lo presentaré.

—Pero ¿a quién?

—¿A quién? —repitió Spencer, para prolongar el suspense—. A quién va a ser, a Tom Wolfe.

VEINTICINCO

El miércoles era el día de la semana que se ponía triste, triste sin querer, por inercia, triste oficialmente. En ese estado, desde hacía ya algunos años, se sentía a su aire, natural, aunque por supuesto alicaído. Era el día que Horacio se dirigía al cementerio de San Justo para visitar a Alicia, cambiar las flores viejas por unas recién compradas y dejar pasar la existencia entre piedras. En un cementerio había mucho más que ver. Se había acostumbrado a leer las lápidas y a jugar a ver qué acontecimientos históricos relevantes se habían producido en las fechas de la muerte de los difuntos.

Su vida, ahora y antes, giraba alrededor de sus rutinas y los miércoles se volvían inamovibles porque *debía* hacer siempre el mismo recorrido. Ahora que su mujer no estaba, las rutinas eran, de hecho, lo único seguro y fiel a lo que podía agarrarse. En caso de debilidad o duda, se limitaba a cumplir una pauta y lentamente las cosas ocupaban su sitio. De manera que se levantó a las ocho de la mañana y una hora después estaba en la calle San Bernardo para tomar el autobús 75, o el 46, que lo dejaba a la entrada del cementerio, un poco antes de las diez.

En una de las floristerías que había enfrente compró un ramo de margaritas blancas, las preferidas de su mujer, y se dirigió al nicho familiar. Retiró las flores viejas y colocó las recién compradas. Fue casi una labor hogareña. Le gustaba estar allí, se sentía acompañado, como si los difuntos fuesen gente. Una vez que limpiaba las hojas secas y arrancaba los hierbajos que crecían en el perímetro, se columpiaba en su nostalgia.

Varela se había convertido poco a poco en la sombra de un hombre, y por momentos en la sombra de un árbol sin hojas, con un pájaro negro en una rama, esperando a esperar algo de la vida. Hoy se acordó de la primera vez que pasó Nochebuena en compañía de Alicia. Tendrían veinticinco años. Había sido tanto tiempo atrás que apenas podía rememorar nada, salvo que

residían todavía en Uruguay y ella vivía con su abuelo, un señor muy mayor, mezcla de guapo y feo, que tenía las orejas más grandes que había visto jamás. Grandes, grandes, enormes. Estaban cubiertas de pelos y, en un exceso de ironía, él estaba casi sordo. De ese día también recordaba que una semana o un mes antes había discutido con su novia; todavía tardarían un año en casarse. En aquel momento se discutía por cosas sin entidad, a las que no obstante se daba relevancia.

San Justo le había franqueado el acceso a un nuevo mundo, que, pese a la cercanía del viejo, le resultaba del todo ajeno, igual que dos vecinos que nunca se cruzan y solo se conocen a través de los ruidos que hacen en sus casas, que atraviesan la pared. A veces se fascinaba ante la cantidad de personas que visitaban los cementerios asiduamente. En cinco años había hecho vecinos, cada uno con su propio relato.

A las once de la mañana llegó una anciana de pelo blanquísimo, que poseía la historia más terrible de todas. Visitaba el cementerio desde hacía cuarenta y cinco años, no una vez a la semana, que era su caso, sino todos los días. En verano acudía por la mañana y por la tarde. Al principio, cuando Horacio aún se familiarizaba con el ambiente, seguía el desfile de gente por los pasillos de San Justo en la distancia. De algún modo creía que no había que molestar la tristeza. Pero la anciana estaba demasiado cerca todo el tiempo.

Tenía noventa y dos años y, cualquier día, pensó Varela, ella tampoco acudiría. Se refería a que no acudiría definitivamente. Sus difuntos se quedarían muy solos. Los muertos a los que visitaba diariamente eran su padre y el asesino de su padre, su propio hermano.

Cuando la mujer lo mencionó por primera vez ante él, omitió los detalles que importaban: por qué lo había matado, cómo, qué ocurrió después. Sin ellos no había historia. Pero Horacio tuvo paciencia, supo escuchar, y una tarde ella se puso a evocar la manera fatal con la que su padre se enamoró de la mujer de su hermano. Los dos eran conscientes de la gravedad de aquel engaño e hicieron lo imposible por evitarlo. No pudieron, así que después hicieron lo imposible por que no se repitiese. Lo consiguieron, pero ella se quedó embarazada. Su marido no tardó en atar cabos. Una noche, mientras su hermano dormía, le golpeó la cabeza con un leño.

Al marcharse, Varela se detuvo un rato ante la lápida de Gómez de la Serna, en el panteón de Hombres Ilustres. Le tenía simpatía porque el abuelo de Alicia, que era español, había trabajado durante muchos años en Lhardy y

lo trató en persona, cotidianamente, y le contaba a menudo historias de Ramón Gómez de la Serna. En una ocasión le regaló un abrigo. Era un abrigo usado, viejo, que el escritor había utilizado durante años, casi siglos, incluso para el verano. Pese a estar viejísimo, le daba pena tirarlo. El abuelo de Alicia le propuso que se lo regalase a él como recuerdo. Ni siquiera se lo pondría: lo colgaría del perchero. Estaría allí siempre, a la entrada de casa, exhibido, haciendo la vez de una estatua del propio Ramón. De la Serna accedió. Cuando el abuelo llegó a casa con el abrigo, experimentó un instinto primario y hurgó en los bolsillos. De uno sacó un papelito doblado. Al desplegarlo descubrió una greguería escrita del puño y letra del dueño del abrigo. Nunca le hizo mención a su hallazgo. Se lo quedó y durante años aquel papel permaneció guardado en un cajón del salón, hasta que con el tiempo la greguería se perdió, y no solo eso, también se olvidó.

Era mediodía cuando se subió al autobús de vuelta. Se acomodó en la parte de atrás, desde la que veía las nuca de casi todos los pasajeros. El regreso fue lento. Alguien lo atribuyó a un monumental atasco en el centro de la ciudad, donde habían convocado una manifestación.

—Es por lo de la Ley de Seguridad —precisó un pasajero, en referencia a la aprobación del anteproyecto por el consejo de ministros.

—Bien, entonces —dijo Varela—. Es una vergüenza lo que pretende hacer este gobierno.

Apenas alcanzaron la plaza de España, puso pie a tierra. Subió por Gran Vía y después se adentró en San Bernardo, hasta la calle de la Manzana. La nostalgia era un vicio y caminó hasta su viejo bar, ahora convertido en una peluquería. Le costaba mirarlo sin sentir un dolor lejano y a la vez no disfrutar de esa pena. Los agujeros de la fachada que un día habían sujetado el letrero de El Negro Jefe seguían a la vista, vacíos. Equivalía a asistir a otro funeral.

Le había costado mucho acostumbrarse a mirar hacia allí y no ver a través de los cristales el pasado en movimiento, con la barra, las mesas y la clientela, incluso a él mismo detrás de la barra. Esas ausencias, de las que ni siquiera habían quedado fantasmas para dar fe de su presencia allí durante años, lo ponían tan triste como el episodio final de la peluquería. No tenía nada en contra de las peluquerías, claro. Durante una época su madre había sido peluquera en Montevideo. Simplemente pasaba que una peluquería representaba un giro demasiado dramático respecto del guion original.

Llevaba cuatro meses abierta. El local de El Negro Jefe había sufrido varias transformaciones hasta llegar al aspecto actual. Antes había albergado una tienda de ropa de látex, que duró apenas un año. Ese fue el tiempo que más o menos permaneció abierto el bar después de que se lo traspasase a un matrimonio argentino.

Tras la muerte de Alicia, que llegó después de seis meses de tratamiento, Horacio se mantuvo todavía año y medio al frente de El Negro Jefe. Fueron días fantasmas. Después, se jubiló. La vida imponía sus propias pautas. Se le hizo raro, solitario, muy doloroso vivir sin Alicia. Como el local estaba bien situado, tuvo varias ofertas para alquilarlo. Al principio las rechazaba, le venía bien el dinero, pero a la vez lo incomodaba que alguien tomase las riendas de un lugar que había sido su forma de vida. De su hijo seguía sin tener noticias. Fue Estrella quien lo hizo entrar en razón y al fin traspasó el bar a un matrimonio argentino. Parecían gente agradable. Él había sido jugador de fútbol en Rosario. Llegó a fichar por el Zaragoza, pero nunca debutó. Se lesionó en el último partido con su antiguo equipo y, después de un año y medio de calvario, con varias operaciones, se retiró. Horacio nunca llegó a saber a ciencia cierta a qué se dedicaba la mujer. Sea lo que fuere, firmaron el traspaso. El matrimonio realizó cambios en el mobiliario, introdujeron una nueva decoración, más moderna, y abrieron las puertas, según Horacio, con un nombre demasiado ambicioso: Bar Tartufo. Cuando creía que todo les iba bien, una mañana leyó en el periódico que se había producido una pelea multitudinaria en su interior y que la policía había tardado media hora en calmar la situación. Hubo dos heridos graves por arma blanca y una docena de contusionados. Tardaron una semana en abrir de nuevo al público. Para entonces, el local había caído en desgracia.

Solo el dolor por la falta de Alicia le permitió desatender el dolor que le provocaba la falta de su bar. Pasados ambos duelos, que nunca se pasaban del todo, emergió, lo hizo regresando a otro bar para así retomar el contacto social. Después de todo, la vida consistía en contarla, no solo en vivirla, y un poco también en escucharla. Lentamente y en silencio recaló un día en el Pez Gordo, mezcla de local antiguo y moderno, que, a fuerza de no estar nunca de moda, se convirtió en la última moda. El capitalismo vivía de contradicciones irresponsables. El dueño del Pez Gordo era vecino del barrio, por lo demás bien conocido por Varela. Su suerte cambió cuando su hijo empezó a mostrar interés por su futuro. Su novia era actriz, y a veces el bar se llenaba de gente

del cine y el teatro, lo que favoreció que se acercase otro tipo de clientela, fascinada por que allí fuese la gente del cine y el teatro. En ese flujo se coló Horacio por accidente, o mera casualidad. Algunos días se cruzaba con Emma Suárez, Maribel Verdú o Javier Cámara. Le divertía. Podía llegar a recordarle a la mejor época de El Negro Jefe, al que alguna vez habían ido Gento, Di Stefano, incluso García Hortelano, Juan Benet y también Mario Benedetti en una ocasión, o componentes de bandas de música famosas a los que conocía su hijo Enzo. Por ir, una vez se presentó Berlanga y permaneció durante unos breves, aunque históricos, segundos. No tuvo tiempo de tomar nada. Ni siquiera fue al baño. Entró preguntando por una tienda de maniqués.

Esa mañana, cuando llegó al Pez Gordo, pidió un café con leche hirviendo y empezó a cubrir la quiniela. No empezaba a cubrirla sin más, cogiendo carrerilla y acabando enseguida, para ponerse con otra cosa quizá más importante, o que le exigiese más lentitud. Su segunda cosa importante del día, que erradicaba la tristeza oficial, era su quiniela. Los miércoles, después de visitar el cementerio, no había nada más fascinante que recoger un boleto en la administración de loterías y sentarse al fondo del Pez Gordo. No era un proceso técnico, en el sentido que sí lo era conducir coches o freír huevos o afeitarse a máquina. Había gente que la cubría así, evidenciando una falta absoluta de emociones. La cubrían con los ojos cerrados, deseando acabar, sin deleite. Allá ellos. Eso constituía una barbaridad, a su juicio. Horacio sentía la palpitación de la apuesta. No empleaba menos de una hora en rellenar sus dos columnas. Cerraba los ojos, pensaba, saludaba a un conocido, tomaba su café, que antes debía enfriarse lentamente, sacaba el paquete de tabaco, lo dejaba sobre la mesa, recordaba que ya no se podía fumar en locales públicos, lo guardaba, iba al baño, estudiaba otra vez el boleto, analizaba la trayectoria de los equipos en las últimas semanas. No se trataba de entender de fútbol. Nunca había oído que un entrenador se hubiese hecho millonario con una quiniela. Al contrario. Se hacían millonarios los patanes; eso le daba esperanzas.

Los sonidos que había a su alrededor lo ayudaban a aislarse. La máquina del café, la televisión de fondo, las sillas al ser arrastradas, las conversaciones, el sonido de la calle cuando alguien entraba o salía formaban un extraño clima que equivalía al silencio, al individuo perdido en la gran ciudad. En ese estado, volvió a recordar —aunque ni siquiera lo había

olvidado del todo— que era Nochebuena y que cenaría con su hija. Ese recuerdo lo condujo a otro: debía recoger las nécoras que había encargado. El menú de la cena representaba una continuación más de la presencia de Alicia, a quien las nécoras la volvían loca. Todas las Nochebuenas se comían una docena.

Después de completar la quiniela, se dirigió de nuevo a la administración de loterías, para sellar el boleto. A la salida rodeó una vieja furgoneta Mercedes aparcada sobre la acera. Había sido de un blanco reluciente algún día que ahora devenía en un blanco encorvado. Tres hombres introducían cajas en su interior con la desilusión que se pone al hacer cosas que nunca estarán hechas. Entre ellos discutían y se ponían de acuerdo y discutían otra vez, hasta parecer que su trabajo no fuese transportar cajas, sino disentir sobre lo que hacían. Horacio advirtió con sorpresa que uno de aquellos inconformistas era Nicola Morelli. No se veían al menos desde hacía seis meses. Se abrazaron, como si ninguna relación atase más a dos personas que el verse poco y haber sido un día camarero y cliente durante años. Horacio se quedó parado, ejercitando una lenta decepción, cuando Morelli le confesó que se mudaba del barrio. De hecho, aunque hoy era Nochebuena, y parecía mal día para hacer una mudanza, Morelli odiaba tanto el 24 de diciembre que había reclutado a unos amigos, que a su vez la odiaban más que él, para mover cosas a la nueva vivienda, en la calle Ibiza, muy cerca del Retiro.

Morelli observó cómo Horacio asentía con las manos agarradas por la espalda.

—Así que mudanza... —dijo finalmente, haciendo hincapié en los puntos suspensivos.

—La gente cree que las mudanzas son horribles, pero a mí me gustan. Es raro, ¿verdad? —Horacio se encogió de hombros, sin saber qué pensar, o callándose—. Yo siempre lo digo: en tiempos de tribulación es bueno hacer mudanza. Incluso resulta beneficioso estar atribulado; se evitan optimismos estériles. —Nico hablaba con una extraña convicción, la de quien está realmente persuadido de que un cambio de domicilio no representa el fin del mundo, en contra de lo que se acostumbra a afirmar. En su opinión se decían muchas tonterías en relación al fin del mundo. Ciertamente, una mudanza era un horror, algo terrible, tan terrible que durante una época le gustaba hacer una cada año. Lo ayudaba a empezar de cero y a sentir que al final del trasvase de muebles y cajas no sabía caminar, ni escribir, ni poner en hora el

reloj del horno, y eso constituyese una cura de humildad muy necesaria.

—Pues yo llevo cuarenta años viviendo en el mismo piso y estoy de lo más contento. Si tuviese que hacer la mudanza, debería ser hacia el cementerio, tal vez para otros cuarenta años... Parece un trabajo fácil: coges algo, lo envuelves, o lo empaquetas, y lo trasladas en una furgoneta, pero... Yo desconfío de los trabajos fáciles, aunque los pueda hacer un niño de ocho años. No existen los trabajos fáciles. —Meneó la cabeza de lado a lado, multiplicando su convicción—. Al final se complican. Si alguien te dice: «Tengo un trabajo fácil para ti», recházalo. Será tu ruina. Alega que estás enfermo, o que ha muerto tu padre, o que vas a matarlo con tus propias manos.

—O que estás muerto tú —completó Morelli.

—Esa excusa es perfecta.

Los amigos de Morelli, que habían encontrado en la aparición de Varela una oportunidad proverbial para bajar los brazos, se echaron a reír.

—Yo no me mudo desde hace doce años —dijo uno—, pero en este tiempo he tenido que ayudar a hacer más de diez mudanzas. Contra lo que habría que estar es contra los amigos.

Morelli hizo que no había oído nada y explicó a Horacio que había encontrado un ático con una terraza enorme con vistas al Retiro.

—Es con lo que siempre he soñado, una terraza en la que hacer fiestas y quedarme a dormir en verano.

El día se les echaba a todos encima y se despidieron. Horacio lo hizo bajo la sensación de que tal vez nunca más volvería a ver a Morelli. Las ciudades conspiraban muchas veces para que uno perdiese de vista a sus conocidos. De repente se sintió viejo, pero no viejo en el sentido que ya lo era, sino el hombre más viejo de Madrid. La juventud de Nico y sus amigos, y la posibilidad de que su fugaz encuentro fuese el último, lo hundió y lo puso a pensar en el lejano día en el que él también era joven, un niño, cuando la idea de un buen día podía incluir un brazo roto, o el sarampión, incluso la muerte de su bisabuela, de ciento cinco años. Toda esa gravedad, algo desinflada, adquiriría apariencia de alegría cuando tenías diez años y abrías la caja con tus juguetes. Por suerte, volvió a recordar —era la cuarta o la quinta vez en el día — que hoy era Nochebuena y que tenía que recoger las nécoras.

VEINTISÉIS

El 26 de diciembre era una de esas pocas jornadas en las que en un periódico solo ocurrían en apariencia cosas anodinas, o incluso nada, mientras uno intentaba dejar atrás los malestares de Navidad, cuando todo resultaba tan exuberante que pensabas que el día siguiente solo servía para no hacer cosas. En cambio, después de que todo se inflase con las fiestas, el día 26 bien podía ser el día en el que las cosas sucedían de nuevo con su habitual torpeza. En la redacción de *Tiempo* había poca gente trabajando a las once de la mañana pasadas, muy poco pasadas. De vez en cuando sonaba un teléfono a lo lejos, que se apagaba sin que nadie lo descolgase. A su manera la apatía proveía.

En la tranquilidad rayada de las mañanas comunes, demasiado comunes, las pocas personas que había en la redacción advirtieron con una nitidez temible cómo desde el despacho de Juan Gervais se propagaba una frase que sonó como una sola palabra, en forma de acordeón viejo.

—¡Mecagoendios!

Las paredes de cristal y la puerta no consiguieron amortiguarla.

Algunos redactores y ayudantes de redacción, entre los pocos que había, se volvieron por instinto más que por sorpresa y entonces vieron a Gervais fuera de sí tomar un portalápices y estrellarlo contra un cristal. Los rotuladores de colores salieron despedidos, igual que en una granizada. Cada uno encontró su lugar, y ahí murieron, mientras todavía quedaba en pie el golpe. A solas en el despacho, se quedó pensativo, o lo contrario de pensativo, a merced de una mente desquiciada. El gesto parecía piadoso, como si ante todo, tras lo ocurrido, no quisiese ser el pobre tonto que tuviese que recoger los rotuladores del suelo.

Se había quitado la chaqueta y ofrecía casi su aspecto habitual, en mangas de camisa, salvo porque se llevó la mano al cabello, para atusarlo, y él nunca

se tocaba el pelo. Se tocaba el nudo de la corbata, se estiraba los puños de la camisa, se agarraba la mandíbula, tosía socialmente, metía las manos en los bolsillos y jugaba con lo que hubiese dentro, caminaba descalzo por la redacción, con un transistor encendido en el bolsillo, pero no se tocaba jamás el pelo. El pelo era inviolable, como si no existiese. Volvió a estudiar la portada de *Crónica*, que tenía sobre la mesa. Leyó lo que ya había leído, y que lo había enfurecido tanto, y de nuevo se enfureció. Esta vez agarró el diario rival, reducido a unas solapas indefensas, y abrió la puerta del despacho. Ante una redacción que lo miraba contrariada, y un poco estremecida, empezó a preguntar:

—Pero ¿dónde está la gente? —Consultó su reloj—. Estarán tomando café con alguna jefa de gabinete, que a su vez les estará contando alguna milonga, mientras la competencia hurga donde está la mierda de verdad. —Volvió a consultar el reloj. Lo hizo con ansiedad y a la vez escepticismo, quizá el de quien sentía admiración por la gente puntual, pero no demasiado puntual, que estaba en los sitios ni tarde ni temprano, solo cuando se la necesitaba.

La redacción permaneció callada, aunque atenta.

—Cuando vengan, por favor, que alguien tenga la amabilidad de decirles que *Crónica* nos está pintando la cara todas las semanas. —Levantó el diario rival sobre su cabeza, a la manera de una bandera, o simplemente un trofeo de consolación que entregan a los segundos clasificados—. ¿Habéis visto *Crónica*? ¿No? Os lo recomiendo, es un diario magnífico.

La competencia revelaba que la cúpula de Caja Nacional había permanecido durante cuatro días en Miami, en el hotel más caro de Florida, para inaugurar con una fiesta por todo lo alto una mansión por la que la entidad había pagado ocho millones y medio de euros, y que pretendía ser la sede de la entidad en Estados Unidos.

—Mientras ellos publican estas cosas, ¿qué hacemos nosotros? Eso es lo que quisiera saber yo, qué hacemos. Supongo que no hacemos nada.

La redacción lo seguía ya con más curiosidad que temor, del mismo modo que se observa al trapealista del circo, del que, en la parte más oscura del corazón, se espera que se precipite al suelo. La imagen del director de *Tiempo* sujetando como una perdiz muerta el ejemplar de *Crónica* poseía de por sí fuerza plástica. Sobre eso, la ira proporcionaba un valor incalculable. Desde un rincón discreto, alguien le hizo una fotografía. En los próximos días, o semanas, tal vez al propio Gervais le resultase graciosa. Su secretaria, que lo

tenía casi encima, reparó en sus calcetines. Iba descalzo, según la costumbre. Hoy eran de color rosa y amarillo. A la altura del dedo meñique, el calcetín derecho mostraba un pequeño agujero, un agujero humanísimo. Producía ternura verlo bramar contra sus periodistas porque el diario rival les había dado un pisotón y al mismo tiempo asistir a aquella pequeña miseria humana, entrañable.

Gervais se cansó de hablar solo. Mitad desahogado, mitad derrotado, regresó al despacho y cerró con un esperado portazo, después del cual el silencio quedó retorcido, cóncavo. El golpe hizo volar algunos papeles que había sobre la mesa de su secretaria; aterrizaron sin consecuencias.

Encerrado a cal y canto, el director no dio señales significativas de vida, sin paseos, ni llamadas telefónicas ni aspavientos durante una hora. Cultivó una desaparición secreta, imposible, equivalente a la de esos cajones en apariencia vacíos que llevan años sin abrirse, en los que la vida se balancea hasta quedarse dormida, y a la vuelta de los años, cuando se abren, están llenos de recuerdos. Nadie los ha puesto allí, pero están. Pasado ese tiempo, parecido a un período de duelo, Gervais empezó a levantar el teléfono y cada poco desfilaron hacia su despacho, de uno en uno, subdirectores, redactores jefes y jefes de área. Entraban ya cariacontecidos.

Las conversaciones eran en todos los casos iguales. No había, de hecho, conversación. Hablaba Gervais, con un tono esquivo, y sus colaboradores asentían. No era claudicación; simplemente conocían demasiado bien a Gervais y sabían que en momentos así convenía dejar que su jefatura se reafirmase hablando sin interrupciones, cuyas palabras sonaban a golpes de bastón en el suelo. Entonces daba paso a un pequeño gesto respiratorio, después del cual añadía:

—Tengo tanta razón que me dan taquicardias, joder.

Desde que hacía quince años dirigía *Tiempo*, convertido en el segundo periódico más leído, su sueño siempre había sido conducirlo hasta el último escalón: el liderazgo. No guiarlo como si fuese un coche, sino un pueblo. El liderazgo total. Quería que *Tiempo* fuese el diario más influyente, el más leído, el más citado, el más temido, el que hacía que los políticos, los empresarios, los banqueros, los deportistas, los escritores, los actores, los directores de otros periódicos, sus trabajadores, etcétera, lo comprasen en el quiosco sin fijarse si había más cabeceras a la venta. Soñaba con que toda esa gente se despertase por las mañanas y en ayunas, aún aturdida, preguntase:

«¿Qué saca *Tiempo*?».

Había dejado atrás, precisamente hacía quince años, los días en los que ser un buen periodista bastaba para dormir bien por la noche y al día siguiente lamentar ser periodista, y a la vez no desear ser otra cosa, porque ese era el mejor oficio del mundo, el que te hacía la persona más feliz sobre la Tierra y también lo contrario. En cierto sentido, sus ambiciones habían sido objeto de un retroceso, tal vez suavizadas por la idea de que así viviría más años y podría perseguir más sueños incumplidos; desde entonces se conformaba con convertir *Tiempo* en una forma sutil pero invencible de poder, ese que, sin que lo pareciese, o pareciéndolo demasiado, señalaba con el dedo la dirección que debía tomar un país y los que gobernaban sobre él. Para conseguirlo no bastaba con hacer un periodismo ejemplar. El periodismo ejemplar tendía a desgastar a los gobiernos. Esa agradable sensación ya la había experimentado. Sabía lo que era. No estaba mal, desde luego. Podía decirse que *Tiempo*, durante diez años de acoso, había contribuido a derrocar al Gobierno del Partido Progresista. Ahora aspiraba a ejercer otra modalidad de poder e influir en el Gobierno del Partido Conservador. Cada época tenía sus propios sueños.

Cuando las exclusivas de la competencia levantaban a los banqueros de la cama, en mitad de la madrugada, o a alguno de los ministros del Gobierno, sus demonios se desataban. Era una modalidad de nostalgia que soltaba zarpazos. Añoraba *crear* escándalos y *Crónica* no dejaba de publicar noticias que ponían en evidencia al entorno de Alvarellos. Debía admitir que sus rivales habían completado unas semanas antológicas, propias de *Tiempo* cuando jugaba a tumbar al Gobierno anterior: los sobrecostes en la construcción del gran rascacielos de Riad, la falsificación del currículum de la presidenta del Congreso, los discursos plagiados del ministro de Industria, el cobro de comisiones en la filial brasileña de Telecom, las revelaciones sobre el accidente del tren en Cantabria y ahora la mansión de Caja Nacional en Miami. Eran más escándalos de los que podía leer sin perder los papeles.

Por si no bastase, acababa de descubrir en su propio periódico, separados por un solo párrafo, un «proíbe» que casi le hacía sangrar las narices y una coma metida entre un sujeto y un predicado. Aborrecía las comas mal puestas. Representaban el peor enemigo del periodismo, por encima de las noticias sin contrastar.

La mañana se comportaba con los modos de una bola de fuego cuando la

secretaria anunció que tenía una llamada de Presidencia. Gervais sacudió una mano con un desprecio mayúsculo, para que buscara algún tipo de excusa y dejarla para otro momento. Su humor tenía mal tratamiento, y muy lento. Necesitaba un par de horas para que sus nervios se desinflasen. Pero al instante rectificó e hizo una mueca a su secretaria para que le pasara la maldita llamada.

Podía ser una buena idea hablar con Alvarellos, después de todo. Se sentía confuso y la distracción le vendría bien. Cerró los ojos, respiró hondo, se tocó el nudo de la corbata, estiró los dedos de los pies, todavía descalzos. No había actos, por insignificantes que fuesen, sin una ceremonia previa, a su vez compuesta de otros pequeños actos.

Alvarellos tardó un par de minutos en ponerse al teléfono. Cuando lo hizo, estaba todavía enfadadísimo porque uno de sus perros acababa de destrozar una cortina.

—No paras de recibir malas noticias —apeló al humor Gervais.

—¿Por qué más lo dices?

—No sabría ni por dónde empezar —dijo, echando un vistazo a la portada del periódico—. Tal vez por Caja Nacional. O por el ministro de Fomento.

—¿El ministro de Fomento? ¿Qué pasa con él? ¿No serás también tú de los que piden su cabeza?

—Me gusta ver cabezas cortadas por deporte, no tanto por principios.

—Bajo ningún concepto voy a prescindir de mi ministro. Vale más que mil niños juntos.

—Los familiares ya han acudido al juzgado.

—Los familiares son esos resentidos que en el funeral, con los cuerpos de sus hijos todavía calientes, nos insultaban a voz en grito mientras salíamos de la iglesia. Hay que saber enterrar a los muertos. Me temo que están preparando el terreno para exigir grandes indemnizaciones. No sienten pena, sienten avaricia.

—Bueno.

—Eso digo yo: bueno. Pero no te he llamado para que me recuerdes el accidente del tren.

—Entonces ¿para qué?

—¿Es que el presidente del Gobierno no puede llamar por llamar al director de un periódico?

—No es común.

—Pero ya que lo dices podríamos hablar de tus relaciones con García-Frost.

—Empiezan a mejorar.

Alvarellos se apartó del auricular para reponerse de una tos repentina. Cuando se repuso, ya tenía otro asunto en mente.

—¿Qué te ha parecido mi libro? En dos semanas he de dar mi conformidad a la editorial.

Gervais estaba a punto de explicar en qué medida habían mejorado las relaciones con la alcaldesa. En cuanto al manuscrito, se había olvidado completa y perfectamente de él. Aborrecía los libros de presidentes y mandatarios; solo contaban lo que se podía contar, y que se sabía, o se imaginaba. Ese aborrecimiento era apenas inferior al que le provocaba no poder decirle a Alvarellos que aborrecía su libro desde antes de leerlo. La verdad total, desnuda, fría y limpia era algo que ni siquiera él podía permitirse. A un presidente podías decirle que se había equivocado en una decisión, que había planteado mal una estrategia, incluso que usaba unas corbatas horribles, pero nunca que había escrito un mal libro. Como mucho, eso podías reprochárselo a un escritor. Una verdad así equivalía a un alivio pasajero, una felicidad de un minuto, que solo se apreciaría dentro de cien años, cuando estuviese muerto y un vivo le dijese a otro: «Fue valiente Gervais: le dijo la verdad». En realidad, no podía decir que se trataba de un mal libro, o de un libro horrible: ni siquiera lo había leído para averiguarlo. Lo había abierto al azar, bajo la sospecha de que Alvarellos era de esos representantes políticos que cuando deseaban leer un libro, lo escribían. Nunca había oído al presidente hablar de libros, y menos aún lo había visto con uno en las manos, salvo los de López Madero y Gonzalo Grasès, lo que solo podía atribuirse a su amistad.

—No he podido ponerme con él. —Para qué mentir, pensó—. Tenía previsto hacerlo hoy, pero justo a primera hora he visto *Crónica* y se me han quitado las ganas de leer nada más.

En el silencio se escuchó la respiración de Alvarellos, aplastada contra el auricular.

—Todos lo hemos visto. —En su tono había no tanto una decepción profunda como un antiguo rencor que le hacía respirar con dificultad. No había, en todo caso, preocupación. Se había construido un mundo real en el que ese periódico no existía, o hablaba de cosas inexistentes.

—Es la guerra —resumió Gervais, ahora sí con cierta melancolía por no formar parte de ella.

—Es la guerra desde hace ya varios años. Digamos que estamos ante un recrudecimiento de la guerra, que encontrará una respuesta contundente a no mucho tardar.

—Amo el olor del napalm por la mañana; dame detalles.

Alvarellos estalló en una risa enlatada, que decayó de repente, en aras del hombre deshumorado que era.

—Los presidentes solo hablan de trivialidades por teléfono. Tal vez podamos cenar la semana próxima. Venid a casa tú y tu mujer. Para ciertas conversaciones el teléfono no está suficientemente inventado.

—Mándame un telegrama.

Alvarellos se puso muy serio y tosió para aclarar la voz, o para oscurecerla.

—Queremos sentar a Fulano de Tal en el banquillo.

—¿Lihn?

—Fulano de Tal.

—Suenas muy ambicioso.

—Por ahora nos conformamos con sentarlo.

—Suenas igualmente ambicioso.

—Soy el presidente del Gobierno, no querrás que tenga sueños modestos —respondió Alvarellos a secas, proponiendo un presagio—. Pero dejemos esta conversación para el día que cenemos, o no tendremos de qué hablar.

Gervais empujó la silla hacia atrás, en un estado repentinamente placentero, y apoyó los pies sobre la mesa. Los estudió sin ninguna intención y descubrió casi con horror, un horror casero, vergonzante, que tenían un agujero. La imagen le resultó grotesca a la vez que tierna. Era en esos momentos quizá cuando los grandes hombres se volvían más grandes todavía, cuando solo eran un hombre más. Bajó los pies al suelo, donde no los viese.

—Cuéntame entonces qué pretende Caja Nacional con esas inversiones inmobiliarias tan extemporáneas. ¿Una mansión con un muelle privado? Suena grotesco.

—Conquistar América, eso pretende. ¿También te parece ambicioso?

—Depende, ¿cuánto cuesta?

—América exige sacrificios, pero creo que es un buen momento para hacerlos. Podemos pagarlos.

El subdirector del periódico se asomó al despacho y le dirigió a Gervais un

obtusos gestos que ni él entendió. Gervais respondió con otro, inconfundible, para que lo dejase en paz. Él sí poseía capacidad para comunicar apenas con sacar las manos de los bolsillos y dibujar indicaciones en el aire. Esa habilidad lo ponía en camino de alcanzar algún día a Jean Dominique Bauby, de quien hacía dos días en las páginas de cultura de su periódico se contaba cómo, aquejado de una grave enfermedad paralizante, consiguió dictar su libro guiñando el ojo izquierdo.

En ese intercambio opaco de pareceres, Alvarellos se enzarzó en una jovial defensa de la internacionalización de las inversiones y oportunidades que se abrían en Estados Unidos para todo lo que tuviese que ver con España, que consiguieron desinteresar al director de *Tiempo*.

—Pero puesto que te veo un poco incrédulo, te voy a contar algo que seguramente te devolverá la esperanza —señaló Alvarellos, justo en ese momento peligroso de su discurso en el que parecía asomarse al precipicio, después del cual no había nada.

—Sí, por favor, envíame verbos.

—En febrero me reúno con Gatz en la Casa Blanca; está confirmado. Será una cumbre de dos días, con noche en Camp David incluida. Toma ya.

Gervais percibió un golpe carnal, como si Alvarellos acabase de lanzar al aire (al mundo) un corte de manga vengativo.

—¿Eso se puede contar?

El presidente se retiró momentáneamente del teléfono, que cubrió con la palma de la mano. Gervais lo escuchó dirigirse a alguien, a lo lejos, sin llegar a entender ni una sola palabra.

—Estoy con el ministro de Exteriores —aclaró Alvarellos, dirigiéndose de nuevo a Gervais para explicar su ausencia; a continuación volvió a ausentarse.

—Cuanto antes lo contemos —dijo Gervais sin advertir que Alvarellos se había separado de nuevo del auricular y no podía oírlo—, antes conseguiremos borrar de nuestras retinas tu foto con el dictador libio —señaló en referencia al fugaz encuentro que habían mantenido hacía tres semanas, durante la cumbre euro-africana.

Después de unos segundos sin obtener respuesta, cayó en la cuenta, con algo parecido a la rabia, de que al otro lado volvían a oírse siseos y él había estado hablando solo, igual que un idiota.

—En principio —dijo entonces Alvarellos, como si no se hubiese ido

nunca—, la Casa Blanca nos ha pedido discreción. Vamos a esperar una semana.

Gervais emitió un bufido de protesta, que no necesitaba desarrollo. Pero Alvarellos sabía callar, imitando su propia ausencia.

A los pocos minutos empezaron a sentirse como dos personas sentadas a los extremos de un sofá que hablaban con monosílabos y sin mirarse, y optaron por despedirse. Gervais se calzó rápido. Salió a la redacción en busca del subdirector.

—Está en el baño —dijo su secretaria.

Se dirigió allí sin pensarlo.

—¿Estás ahí? —preguntó, pegándose a una de las puertas.

—¿Pero es que ya no se respeta ni lo más sagrado?

—En un periódico todo es redacción —alegó Gervais, que desde el otro lado le cursó explicaciones sobre el próximo encuentro de Alvarellos con el presidente de Estados Unidos—. Me ha prohibido contarlo, así que hay que obtener la información por otra fuente y darla como sea.

Salió del baño dejando en una necesaria paz al subdirector. Atravesó la redacción con pasos firmes, hasta que se cruzó con uno de los fotógrafos, que le hizo una señal.

—Mira. —Le extendió la cámara y le mostró la instantánea que le había sacado un par de horas antes, cuando emergió de su despacho haciendo aspavientos y gritando.

—Parezco enfadado de verdad, pero solo fingía.

De pronto, el 26 de diciembre adquirió un brío inusitado. Para la reunión de redacción de la tarde había más temas de interés capaces de lucir en portada de los que esta podía acoger. Gervais empezó a decir cuáles sí y cuáles no.

—¿Vas a dejar fuera al tal Ventoso? —preguntó el jefe de nacional. El Partido Progresista de Madrid, después de otra de sus crisis cíclicas, había abierto un nuevo proceso para designar líder y por sorpresa se había impuesto un desconocido, joven y carismático Isaac Ventoso.

—Anda —dijo Gervais, que se agarró el mentón y se mantuvo en silencio—. Quiero un faldón a tres líneas con el siguiente titular: «Un tal Ventoso dirigirá el PPM».

VEINTISIETE

En la cafetería del parador de Gredos no había un alma, salvo las perdidas, como la de un camarero veterano o una huésped inglesa con un perro. Entre las luces dormidas se escuchaban por el hilo musical unas notas relajantes, que agrandaban el vacío. Niza llegó tarde a propósito, para no tener que esperar a su cita. Esta había sido puntual y lo aguardaba en una mesa apartada, aunque a aquellas horas todas lo eran. El propietario de Acartax se acomodó en un sofá bajo, que casi lo engullía. Cuando al fin apareció, con quince minutos de retraso, Niza lo saludó y se sentó sin quitarse el abrigo, para estar incómodo y acabar lo antes posible. Ninguno querría entretenerse sin necesidad. Comentaron el atasco que había causado la cabalgata de Reyes en Madrid y después el empresario se refirió con letanía a la cena de esa noche. Estaría lo peor de su familia, dijo, y ambos se rieron con artificio. Anunciada por una tos, el empresario escenificó una mirada sutil al suelo, a los pies de su sofá. El ministro se asomó y se encontró con todo lo que esperaba. Después comentó algo relativo a unos plazos para la presentación de una oferta y de pronto no hubo más que hablar. Quedaron en volver a verse dentro de unos meses. Niza miró a su alrededor y se agachó a recoger el maletín. Hoy cenaba, dijo, con una vieja amiga, y por la mañana madrugaría. Se despidieron. El ministro salió primero.

Diez horas después, Niza sobrevolaba Suiza. Desde el aire, le pareció que el frío decía la verdad. Miró por la ventanilla y tuvo la agradable sensación de no estar viajando lejos, aunque fuese un país extranjero. El jet se aproximó tan suavemente a la pista que pareció que aterrizaba con palabras. En efecto, el frío cumplió sus promesas, pero con una elegancia que le restaba crueldad.

Menudo día de Reyes, pensó, ojalá fuesen siempre así. Era una fecha perfecta para pasar desapercibido. Cuando encendió el teléfono, le entraron más de veinte mensajes y cinco llamadas perdidas. Ninguna le pareció

urgente. Él y su escolta se dirigieron al hotel Les Armunes. La ciudad parecía vacía, asesinada por la espalda. En la cafetería del hotel, donde acostumbraba a citarse con su socio Michael Martins, y excuñado, reinaban una tranquilidad y una lentitud antiguas. Esta vez Niza llegó con quince minutos de adelanto y echó un vistazo a la prensa en francés, que en general encontró aburrida y optimista, tal vez por la fecha. La dejó sobre la mesa. Entonces, advirtió que tenía resaca. Acababa de hacer acto de presencia. Cuando se levantó, se sintió agradablemente limpio por dentro, lúcido, y se felicitó. Pero nunca había que fiarse de un cuerpo que había estado bebiendo e, inexplicablemente, al despertar se encontraba bien.

Martins tenía la mata de pelo blanco más imponente que había visto nunca. Se hacía difícil no envidiarla; lo contrario transparentaba una envidia aún mayor. Niza se levantó para saludarlo. El movimiento divulgó sus torpezas: casi se cayó y casi tiró una figura decorativa que había sobre la mesa. Se estrecharon las manos largamente. Martins lo hacía siempre durante mucho tiempo, pero Niza lo recordaba siempre tarde. Volvió a tener la sospecha de que no lo soltaría nunca. En ese momento pensó que se saludaba tantas veces a lo largo del día con la gente que estrechar la mano evocaba una idea baldía.

—Así que te prestan sus aviones los banqueros.

—Ya sabemos que a veces son los banqueros los que están en deuda.

—¿Has tenido un buen viaje?

—El mejor. Ginebra es una ciudad perfecta. Me quedaría a vivir aquí, con su frío, su lago, su orden...

—Sus bancos.

—Por supuesto.

—Cuando acabemos con nuestros negocios, deberíamos subirnos a un helicóptero sin perder un minuto y plantarnos en la estación de Zermatt. Fíjate qué día despejado. —Tendió el brazo hacia las cristaleras, a través de las que se veía el frío y detrás, tapado, el cielo, que tenía su color, ni más ni menos.

—Creo que no es bueno esquiar con resaca.

—La nieve es buena para todo, en especial para la resaca. La semana pasada esquíé a tres mil setecientos metros de altitud, sobre nieve virgen. Zermatt tiene los descensos de larga duración más espectaculares de Europa. No me digas que no es tentador.

Niza, que tenía una pierna sobre la otra y se miraba la punta del zapato

mientras lo balanceaba, apretó mucho los labios y levantó la cabeza.

—Lo es; puede que lo sea. Pero no me siento en forma. He estado descuidándome.

—Yo te veo bien.

—Tendrías que oírme toser; doy un poco de miedo. —Se llevó la mano al cuello.

—Lástima. Me he comprado un refugio de dos plantas a seis kilómetros de la estación, a mil setecientos metros de altura. Qué vistas. Te pasarías el rato diciendo: «Qué belleza», y a la hora de irte me harías una oferta para quedarte el refugio.

—No insistas o me convencerás, y entonces tendría que pasármelo bien.

Martins sonrió de memoria y, levantando los brazos hacia su socio, se rindió; no insistiría. Al elevar los brazos, Niza se fijó en que quedaban a la vista sendos relojes, cada uno en una muñeca. Esas manías le llamaban siempre la atención. Sus ojos reparaban en esa clase de detalles: gente con dos relojes, tipos que se rascaban la cabeza sin que les picase, hombres que llevaban sus iniciales en los gemelos, mujeres con doble pendiente, personas que no sabían qué hacer con las manos...

—Limitémonos a hacer negocios; es bueno para la salud. —Niza se agachó y empujó con discreción el maletín que tenía entre las piernas.

—¿El procedimiento habitual?

Niza asintió. La memoria era buena profesora.

—Magnífico. —Martins acomodó el maletín entre sus pies y después se volvió para observar qué ocurría en la cafetería; no vio nada especial, ni tan siquiera la vida pasar. Cada uno de los presentes no solo permanecía ajeno a su reunión, sino que parecía habitar otro mundo.

—En otro orden de cosas, si todo va según lo previsto, Telecom nos concederá un contrato de publicidad. Serán unos seis millones de euros —dijo, con fe en las palabras mágicas—. Estate atento.

—Magnífico.

—Mientras tú esquibas a tres mil setecientos metros en nieve virgen, yo pasaba Nochevieja y Año Nuevo en la Polinesia Francesa con Alemany y su nueva novia, y me confirmó que la comisión de contratos y, posteriormente, el consejo de administración habían dado el visto bueno al acuerdo.

—¿Cuál es la idea, subcontratar las cuñas otra vez?

Niza dijo que sí con la cabeza con tal belleza que esta no requería ni una

palabra.

—Seguimos el protocolo que establecimos con el contrato de Funesa el año pasado; he calculado que en esta ocasión podremos quedarnos con el veinte por ciento. —El teléfono vibró brevemente sobre la mesa. Era un mensaje. Lo consultó por si tuviese interés y volvió a dejarlo. Bajo la indiferencia aparente, se vislumbró un pensamiento y tal vez un cálculo—. A partir de ahora la responsabilidad pasa a tus manos. No me gusta conocer los detalles.

—Magnífico. —Martins era consciente del abuso del adjetivo, pero no le provocaba incomodidad, sino seguridad. Entrecruzó las manos sobre la mesa. Sus dedos eran finísimos y largos, casi independientes. En cualquier momento podrían soltarse y tocar un piano imaginario.

Niza reclamó la atención de la camarera. Miró su café con leche y lo apartó. No lo había probado. Su aspecto era bueno, pero de repente había pasado de moda. Pidió un dry martini. Instó a Michael a que hiciese lo mismo.

—Habrá que celebrarlo —aclaró el ministro, que le sugirió que se olvidase de la nieve. Había días para esquiar y días para ganar dinero, y hoy era de los segundos.

Un grupo de tres hombres de mediana edad, que hablaban español, entraron en la cafetería precedidos por sus risas. Varios pasos por detrás, aparecieron otras tantas mujeres. El hombre que llevaba la voz cantante, calvo y con perilla pelirroja, y que hacía reír al resto contaba que la semana pasada había salido a cenar en París con su mujer, al igual que cada año por esas fechas, para celebrar el día que se conocieron, y en la mesa de al lado estaba cenando alguien cuyo nombre ni Martins ni Niza acertaron a escuchar. Justo en el instante en que el hombre de la perilla advirtió la presencia del ministro de Economía, al que sin duda reconoció, bajó el tono de su voz. Su sorpresa se desmigajó en el aire. Se lo quedó mirando durante un par de segundos, deseoso de poder comentar con sus acompañantes que al fondo de la cafetería se encontraba el ministro de Economía de España.

—¿Lo conoces? —preguntó Martins.

—No estoy seguro. —Se volvió para estudiar una vez más aquel rostro, hasta que se abandonó a la comodidad que sentía y dirigió su mirada a las cristaleras, como si así, sin hacer nada, dedicándose todo el tiempo a eso, a contemplar una ciudad que se despertaba lentamente, se pudiese cambiar el

mundo.

Su socio dejó que se desentendiese y al poco le preguntó por Adriana. Había estado con ella en Nochebuena y Navidad. Su relación con Carroll había mejorado hasta el punto de que su divorcio equivalía más a un asunto literario que a un viejo reproche. Ya eran capaces de verse cuando él visitaba Nueva York; su cita podía incluir una cena en casa de Carroll, como había ocurrido esas Navidades, y resultar una gratísima velada. Padre y madre asistían emocionados a los dos grandes descubrimientos que Adriana había hecho en los últimos tiempos. Uno era el baloncesto, al que había empezado a jugar a la vuelta del verano, y el otro el piano, a cuyas clases acudía desde el año pasado, y a raíz de eso su entusiasmo no había hecho sino crecer. Creció hasta ese punto crítico —le contó a Martins, que se comportaba con su sobrina a la manera de un tío lejano, muy europeo— en el que, después de meses observando la pasión que le despertaba la música, Carroll y él habían decidido comprarle un piano. El debate no fue comprarlo o no, sino qué hacer con él si a los pocos meses Adriana decidía que ya no le gustaba el piano, o peor, que prefería una trompeta.

La mirada furtiva del hombre calvo y pelirrojo se cruzó con la de Niza.

—Parece que tu cara le resulta conocida —dijo Martins.

—Creo que ahora yo también lo conozco a él, pero soy incapaz de recordar de qué. Tal vez debería ir a saludarlo. ¿Cuándo regresas a Barcelona? —cambió de tema Niza.

—Voy a seguir una semana más en el refugio, resolver algunos asuntos en Ginebra, y después todavía viajaré a Liechtenstein. Calculo que antes del 20 no estaré en España. Me pasaré por Madrid, así que podremos vernos.

—Tengo un próximo mes y medio de locos —pensó con amargura tenaz en el futuro—. No querrías ser ministro de Economía. La mitad de los días estaré fuera del país, incluyendo un ECOFIN en Bruselas y la cumbre Estados Unidos-España en Washington, y una reunión preparatoria de la cumbre Iberoamericana en Panamá, y una visita a México y otra a Colombia. No sigo. Los nombres de países y capitales me ponen taciturno.

Propuso salir a dar una vuelta por la Ginebra vieja.

Le encantaban los días gélidos y soleados, y la cafetería empezaba a producirle más resaca de la que tenía. De hecho, era lo más semejante a una resaca ficticia, pues en realidad no había bebido tanto. Algo en su cuerpo, concluyó, se estaba inventando un malestar de aspecto absolutamente realista.

Tal vez un paseo consiguiese desmontar el engaño, pensó. Mientras Martins esperaba la cuenta, él se dirigió al baño y después bajó directamente a la calle, para realizar una llamada. Cerró los ojos y los dirigió directamente al sol, para recibir la caricia, a la espera de que el director del gabinete del presidente descolgase.

—No he podido llamar antes, disculpa.

—Feliz día de Reyes, lo primero.

—Por supuesto.

—¿Cómo tienes el día? ¿Estás por Madrid?

—Ahora mismo no. Aunque solo es cuestión de horas. Llegaré a primera hora de la tarde. ¿Ha pasado algo, o va a pasar?

—El presidente quiere verte. Ya sabes cómo es: no le gusta que haga adelantos. ¿Crees que a última hora de la tarde, aunque sea, podrías pasarte por la Moncloa? Ya sé que es día de Reyes y...

Niza no sabía si le amargaba o le alegraba acabar el día en la Moncloa. Al colgar, siguió mirando al sol con los ojos cerrados. Bajo los párpados le llegaba una luz naranja, que se diluyó cuando Martins le tocó la espalda, y se perdieron en dirección a la ciudad vieja.

Eligieron una terraza con calefacción para almorzar. Martins señaló a una edificación de tres plantas que se veía justo enfrente.

—¿Ves ese edificio? Ahí murió Borges.

Niza miró con una desenfocada intriga. Se sentía tan cerca de Borges como de cualquier escritor del que simplemente sabía su nombre.

—Hacía tres días que se había mudado aquí, después de vivir durante una temporada en el hotel L'Arbalette. Mi padre era amigo del embajador de Argentina ante las Naciones Unidas, que le contó cómo quince días antes se vio con él y Borges emitió una misteriosa frase sobre María Kodama.

—¿Qué frase? —preguntó, interesado por las vulgaridades.

—Algo relativo a su reciente matrimonio, que quizá nunca debió producirse. Se habían casado dos meses antes de su muerte.

—Soy escéptico hacia ese tipo de frases que se pronuncian cuando solo hay un testigo.

—Puede. El caso es que, justo ahí, Borges murió de un enfisema pulmonar. Ni siquiera tuvo tiempo de conocer a tientas el apartamento en el que iba a morir.

No tardó en llegar el almuerzo. Para entonces, Martins había pasado a

hablar del cementerio en el que estaba enterrado Borges, muy cerca de la tumba de Calvino, y a continuación de los cementerios en general, y de qué se entendía por una bella tumba, si una sencilla, austera, pero digna, o por contra una exuberante.

—Por qué no hablamos de cosas más agradables. ¿O es que tienes pensado morirme pronto?

—No, pero si prefieres hablar de cosas agradables...

—Tampoco se trata de eso, supongo. Pero ¿de cementerios? Es día de Reyes, joder.

Martins se quedó callado durante algunos segundos y se consagró a la comida que tenía en el plato. Niza empezó a pensar que tal vez lo había molestado e intentó decir algo que lo hiciese sonreír.

—A lo mejor tampoco es tan mala idea hablar de cementerios. ¿A quién le interesan las historias agradables y felices, que acaban bien? ¿Sabías que en Los Ángeles, en los años setenta, se fundó el *Good News Paper*, un periódico dedicado exclusivamente a las buenas noticias? Solo duró un año. Por ejemplo, los informes de la Administración eran considerados malas noticias y no los publicaban. Enumeraban los nacimientos pero no las muertes. Y solo publicaban las acciones con ganancias en bolsa. En una ocasión informaron de que el año anterior casi doscientos millones de personas en Estados Unidos no habían cometido crímenes. A los diecisiete meses de su fundación, el director anunció que la empresa se declaraba en bancarrota porque nadie compraba las buenas noticias.

Le pareció que Martins sonreía, y al poco, como si esa fuese la verdadera alegría de la vida, los negocios volvieron a ocupar la conversación. Hasta que Niza, sin venir a cuento, explotó:

—¡Ya sé quién es el tipo de la perilla pelirroja!

—Qué susto. —Martins se tocó el pecho con la angustia con que uno se toca la cartera para ver si está.

—Es un juez de la Audiencia Nacional. Me lo presentaron el año pasado, creo recordar que durante la final de la Copa del Rey. ¿Cómo demonios se llamaba? —Miró al cielo y luego al mantel, acumulando cierta frustración—. Tuvimos una breve charla en el descanso del partido. Ahora lo recuerdo perfectamente. Me contó que cuando la Audiencia Nacional intervino al Valencia, y nombró administrador concursal, el presidente del club pidió al entrenador que hiciese todo lo posible para descender a segunda división y

así evitar que Hacienda le embargase los bienes.

—¿Y bajaron?

—Por supuesto. Los negocios siempre triunfan. Pero ¿es que no ves la televisión? Fue un escándalo.

—Aborrezco el fútbol.

—Esto es no fútbol, hombre, son negocios.

Martins regresó al plato. Le daba igual. Si los negocios llevaban la palabra fútbol, eran fútbol.

—Y ¿qué crees que hace un juez de la Audiencia Nacional en Ginebra? —preguntó sin intención.

Niza acabó de masticar. Balanceó la cabeza en busca de alguna hipótesis.

—Negocios, placer, trabajo, quién sabe.

Al acabar de comer, Niza se dirigió al aeropuerto y dos horas después el jet que le había cedido Batlles i Pla lo dejó en Barajas. Llovía, y el agua, gruesa, tenía el sueño de la nieve. Se dirigió a la Moncloa, muy intrigado. Respetaba a Alvarellos, pero sus secretismos le despertaban malestar, odiaba que nadie que no fuese él se diese importancia. Por un momento —un momento de flaqueza— temió que Alvarellos se estuviese cuestionando su propuesta de reforma fiscal. Al principio había mostrado dudas, en especial en lo referente a la rebaja del tipo inferior, pero al final había dado su visto bueno tras la reducción del tipo superior, acompañado de rebajas en los impuestos de Sociedades y Actividades Económicas, que casi desaparecía. No podía tratarse de eso, se animó en un momento de grandeza.

El director del gabinete lo esperaba de pie, con las manos atrapadas en papeles llenos de notas garabateadas a toda velocidad, sobre notas anteriores. Cuando vio aparecer a Niza, reaccionó con alivio y echó la cabeza hacia atrás, siguiendo el movimiento de un techo descapotable. Se disculpó de nuevo por convocarlo en un día tan inusual. También para él había sido una sorpresa estar allí. Tenía dos hijos, uno en edad de estar jugando con los regalos de Reyes.

—El poder es así —resumió.

Alvarellos estaba ocupado al teléfono.

—¿Te han traído algo los Reyes? —preguntó el director del gabinete para entretener al ministro.

—Una misteriosa audiencia.

—¿Y aparte de eso?

—Una bola de béisbol.

—¿Una bola de béisbol, en serio?

—Firmada por Nolan Ryan —aclaró Niza.

—¿Nolan Ryan?

—Nolan Ryan —repitió—. Fue el pitcher más temible de la historia del béisbol. Lanzaba bolas a ciento sesenta kilómetros por hora. Marcó 5.714 *strikeouts* a lo largo de una carrera de veintisiete años.

—No sé qué es un *strikeout*, lo siento. No sé nada de béisbol.

—Bueno, no importa demasiado. ¿Eres de Zamora y estudiaste en La Sorbona, no es cierto? ¿Qué podría pintar el béisbol en tu vida?

Se quedaron callados.

—¿Y tus Reyes?

—Bien. Me han traído estos magníficos zapatos. —Levantó una pierna por encima de la mesa e hizo mover el pie a derecha e izquierda, para exhibir bien el calzado.

—Magnífico regalo. Un hombre con unos buenos zapatos puede hacer frente a cualquier adversidad. En cambio, una bola de béisbol firmada por una leyenda solo sirve para estar en una estantería, o encima de una mesa.

Su interlocutor asintió con desinterés, pero, en el fondo, de acuerdo con el ministro de Economía, que dejaba escapar su impaciencia en un resoplido, o en un cambio de piernas, o en la maniobra de consultar la hora cada treinta segundos.

Cuando al fin Niza atravesó la puerta del despacho y vio a Alvarellos al fondo, en chándal y zapatillas deportivas, tuvo que viajar muy atrás para recordar algo parecido. Llegó hasta los días de la facultad, cuando Alvarellos se encerraba a estudiar en su habitación y era capaz de no salir en tres o cuatro días, salvo para ir al cuarto de baño o a la nevera. Vivía dentro de un pijama de hospital, como él mismo lo llamaba.

—No pareces tú.

—¿Lo dices por el chándal? Es mi uniforme oficial del día de Reyes. Pero además he empezado a correr por las mañanas, muy temprano. Te lo recomiendo. Es lo mejor que hay para la salud.

—¿Desde cuándo haces eso?

—Desde hace dos semanas. Ya noto la mejoría. —Estiró los brazos y sacó pecho con aire presuntuoso y saludable.

Niza pensó que Alvarellos había caído en la ensoñación de la salud.

—Correr es muy útil para hacer otras cosas entretanto, como pensar. A los pocos minutos de acabar, cuando ya me he duchado y bebido, me siento fantásticamente.

—¿Fantásticamente? —preguntó, intrigado por los adverbios en general.

—Casi corro sin querer, por equivocación, o porque me hubiesen informado mal.

—Espero que no acabes convirtiéndote en uno de esos runners que me cruzo a diario en el coche. Son una plaga. Acabarán congestionando las ciudades.

Alvarellos espantó una mosca imaginaria y así, sin palabras, se quitó de encima la exageración del ministro.

—Esa gente corre a propósito, con toda la intención de correr y mantenerse en forma; se toman el ejercicio tan en serio que se ponen a correr a disgusto, para sentirse bien, hasta que acaban por engancharse. A su manera, son drogadictos —dijo Alvarellos, conforme con su propia exageración.

Niza asintió y dijo:

—Cuando veo a alguien corriendo, perfectamente equipado, me recuerda que fumo, bebo y, en general, llevo una vida sanísima, o por lo menos divertida, que por nada del mundo querría cambiar por una mejor. No existe nada más bonito que toser de vez en cuando.

—¿Quieres beber algo? —El presidente señaló despectivamente hacia una estantería llena de botellas de las que no recordaba que nadie hubiese bebido nunca antes. Quizá fuesen solo decorativas.

—Me gusta cuidarme. Ya bebí ayer.

—Pues en ese caso, siéntate. —Adoptó su tono habitual, seco, para amaestrar animales en el circo.

Niza se dejó caer, víctima de un disparo imaginario, tras el cual la muerte no tenía vuelta de hoja.

—Tú dirás.

Alvarellos se entretuvo buscando algo en un cajón de su mesa. La existencia estaba llena de preámbulos para generar la idea de que la vida duraba más. Se acercó a su ministro con dos puros, le ofreció uno históricamente, como si se tratase menos de un puro que de un código.

—Pero... —El ministro no entendía nada, aunque lo aceptó—. ¿Y el deporte?

—No debemos abusar de la salud. Hay que incurrir en tus perdiciones de

vez en cuando.

—En ese caso...

—Qué gloria —confesó a la vez que aspiraba para encender su puro y después cedía el mechero a su ministro.

La escena se cubrió de un humo purísimo, casi sano, salido no de los cigarros, sino de las mentes.

—Voy a nombrarte vicepresidente del Gobierno.

Niza se quedó inmóvil, tras su puro humeante, demasiado sorprendido para saber si en ese instante debía alegrarse o adoptar la desconfianza de quien nunca está seguro de cuándo alguien le habla en serio. Lentamente halló algunos reflejos. Primero movió las manos, después la cabeza, en sentido afirmativo. Abrió un poco la boca, a punto de decir algo. Casi tenía la frase perfecta con la que aceptar la invitación a asumir más poder.

—Mantendré mi oferta durante diez segundos más antes de que digas si aceptas o no —bromeó un Alvarellos que conocía demasiado bien a su ministro de Economía, que a su vez sabía que Alvarellos odiaba bromear.

—Vaya —dijo al fin, en un intento desesperado de reaccionar a la manera de un ministro, pero incapaz—. Me dejas sin palabras.

—Has realizado un gran trabajo en estos cinco años, y gracias a ello hemos conseguido que este país sea un gran centro de negocios. No se puede pedir más.

Niza miró a su alrededor, tal vez buscando algo con lo que brindar. Hizo lo que cualquiera en su lugar: llevarse el puro a la boca, para brindar con tabaco, y pensar que era una persona muy feliz, en la cumbre de su carrera, o casi en la cumbre. Alvarellos, que a veces parecía escuchar los pensamientos de la gente, preguntó:

—¿Qué piensas? —Elevó la barbilla y se acarició el cuello con la mano, sintiéndose dueño de una montaña ficticia.

—Bueno, pienso que será una gran responsabilidad. Y que estoy muy agradecido por la confianza que me demuestras. No te defraudaré —prometió y notó que la verdad podía tocarse.

Alvarellos hizo que no lo escuchaba. Asintió a su voz por inercia.

—Quiero llegar a la cumbre de Washington con el gobierno reforzado, así que habrá más cambios.

—Oh —dejó escapar para no aclarar si la noticia lo sorprendía, lo decepcionaba o, puesto que la exclamación había sido más bien discreta,

simplemente le importaba un bledo que también la vida de otros fuese a cambiar.

—Podría entrar alguien nuevo y quizá renueve la portavocía. No comentes nada. —Se llevó el puro a los labios, pero lo retiró para precisar—: Cuando digo nada...

—... quieres decir nada.

—Exacto. Me tomaré una semana para seguir reflexionando.

Fumaron despacio, dejando que las humaredas impusiesen su silencio y su aroma. En la dictadura de esa tranquilidad, Alvarellos se incorporó un poco de su asiento y comentó que esa noche cenaba con López Madero y su mujer. En su tono, se confundía la pereza con el entusiasmo.

—Va a reclamarme otra vez el Premio Cervantes, estoy seguro. Llevo dos años intentándolo —admitió mientras miraba la punta de su puro, tratando de distinguir en ella el futuro—. Tanto poder, y el presidente del Gobierno —saltó a la tercera persona— no consigue que le concedan el galardón a un buen amigo. Los intelectuales y su sagrada dignidad... —añadió con menosprecio.

Niza imitó una sonrisa.

—En cinco años creo que no he comido nunca con un escritor, y voy a seguir así —dijo sin dejar la imitación.

VEINTIOCHO

La noche estaba sin estrellas y la oscuridad movía las hojas de los árboles a las afueras, cerca de la redacción de *Crónica*. Morelli se agachó a atar un cordón de las botas y notó el bofetón del aire aterido. Se subió el cuello del abrigo hasta las mejillas y se alejó en busca de un taxi. Tenía mal cuerpo. Antes de salir de la redacción había visto las fotos del cadáver de Eloy Galindo. No le tenía afecto, ni podía decirse que fueran conocidos, salvo por un par de conversaciones telefónicas, pero siquiera por eso, por haber existido esas llamadas, y por haberlo visto decenas de veces en fotografías y vídeos y leído sus declaraciones, aunque no le agradasen, el efecto de su muerte lo conmovió. Era una rata estafadora, pensó, que no merecía morir así. En una de las fotos, impublicable, se distinguía el cuerpo casi decapitado. A media tarde, cuando se le identificó, nadie entendía nada. En pocas horas, sin embargo, el hecho se esclareció y la incomprensión se volvió tristeza y, ante aquellas fotos, sobrecogimiento.

Galindo había saltado desde la azotea del edificio en el que estaban las oficinas de su empresa, en el paseo de la Castellana a unos veinticinco pisos de altura. En las fotografías que había visto Morelli, el cuerpo aparecía sin chaqueta. Seguramente la había perdido durante la caída, por la fricción con el aire, en una última pugna entre el cuerpo y la gravedad. El impacto contra el suelo lo había desprendido de los zapatos y el calcetín derecho. Milagrosamente, solo murió él. Impactó en mitad de la calle, en uno de esos claros momentáneos que se abren entre el tráfico cuando un semáforo se pone en rojo. Después de tres llamadas, los compañeros de sucesos ataron cabos y descubrieron que el día anterior la fiscalía acababa de presentar una querrela contra él por alzamiento de bienes, falsedad documental y blanqueo de capitales. En cuestión de horas podían detenerlo.

Cuando se subió al taxi, agradeció la calefacción. En la radio precisamente

informaban de la muerte de Galindo y de la complicada situación económica en la que se encontraba. Morelli le pidió al taxista que cambiase de emisora. Dudó si acudir directamente al restaurante, en el que había quedado, o pasar primero por casa y ducharse y cambiarse de ropa. La camisa que llevaba puesta, además de sudada, estaba arrugadísima. Se acordó de su madre.

—Más arrugadas no pueden llevarse; tengo que felicitarte —le decía a menudo. Ahora que su madre no estaba, y que no tenía que llevarle la contraria, resultaba imposible no ver en la camisa miles de arrugas. Le facilitó al taxista una nueva dirección. Pasaría por casa a cambiarse. Miró el reloj y calculó que iba bien de tiempo.

En el piso reinaba un gran caos, pero, a su modo, la situación era excelente. Se había acostumbrado a esa modalidad de orden. Le resultaba sencillísimo encontrar algo que no estaba buscando y cuya utilidad le sobrevenía. No necesitaba unos zapatos negros, y de pronto aparecía un par en la caja en la que creía haber guardado los guantes y los gorros. Después de veinte días viviendo en el nuevo apartamento, parecía que la mudanza aún temblaba. Una mudanza nunca estaba hecha del todo. Tardaba años en extinguirse. Era un catálogo de pérdidas siempre en construcción y a veces de hallazgos. Desde que se había trasladado a la calle Ibiza había perdido el rastro de objetos sin cuyo concurso apenas era viable la vida, como el cargador del móvil o los calcetines gordos, en lo más crudo del invierno. Aunque siempre había consuelo ante las pequeñas tragedias. Muchas cosas malas en ocasiones formaban una buena. Matemática elemental. Baste decir que, después de varios años desvanecido en el viejo apartamento, apareció en el nuevo un aparejo minúsculo, a la par que utilísimo, con el que se podía preparar un huevo duro en sesenta segundos. A veces había que conformarse con las leves conquistas. A la postre, disimulaban el sabor de fatalidades del tamaño de una cama que no entraba en el ascensor, o un aparador roto por el camino, incluso los defectos del nuevo piso, que se descubrían cuando era demasiado tarde.

Una parte de su ropa todavía estaba en maletas y perchas que colgaban de los tiradores de las puertas, de las estanterías o de cualquier saliente. Después de peregrinar de habitación en habitación en busca de una camisa limpia, volvió a ser consciente de que llevaba veinte años usando camisas que no le gustaban. Así como un pantalón o unos zapatos sí, una camisa nunca lo había hecho feliz. Las usaba, sin más, pues servían para vestirse según cierto estilo.

Una de sus parejas de la facultad lo persuadió, con una estadística seguramente inventada, de que los hombres con camisa estarían siempre un escalón por encima, en clase, de los que usaban camisetas o jerséis. Saber llevar una camisa, según ella, exigía años, y no tenía menos mérito que obtener un título, saber negociar un aumento de sueldo o peinarse de memoria, sin espejo.

Bajó a la calle y después de meses tomó un autobús. Al echar mano a los bolsillos, advirtió que había dejado todas las monedas en el otro pantalón. Sacó la cartera y solo vio dos billetes de cincuenta euros. El conductor le sonrió con hastío y le aclaró que no podía pagar con un billete tan grande. Tenía que apearse. Hablaba en serio y Morelli lo supo. Tal vez por eso, porque sabía que no arrancarían hasta que se bajase, fue por lo que decidió jugar y preguntar si aceptaba American Express.

—¡Acaba ya, payaso! —gritó alguien al fondo.

Morelli se volvió y respondió que no hacía falta insultar al conductor.

—Lo dice por ti —le aclaró otro pasajero.

Morelli retrocedió y, cuando tenía un pie en la calle y otro todavía en el bus, se dio la vuelta y le preguntó al conductor, con la voz dolida:

—Es porque soy negro, ¿verdad?

No tardó ni un minuto en encontrar un taxi, que lo dejó en San Bernardo con Daoiz, desde donde se dirigió a pie al Meridiano 100, fumando un cigarro tranquilamente, fabricándose su propio calor. Su amigo Ray, de Ramón, hacía tiempo en la puerta del restaurante también con un pitillo entre los dedos. Tenía los brazos cruzados al pecho y casi tiritaba. Morelli se alegró de llevar bufanda. Quizá fuese su prenda favorita. Había días que se le iban poniéndosela y quitándosela. Llegaba a un sitio y la desenrollaba. Sin darse cuenta, cuando ya era hora, porque el tiempo pasaba volando, casi sin saber en qué, se envolvía en ella de nuevo y salía al frío. La bufanda mandaba. Iba de un lugar a otro y, aunque lo ignorase, o no se oyese, por dentro se decía: «Menos mal que la tengo a ella». Era lo único de que disponía para combatir el día. En realidad no era para el frío, sino para las inclemencias. Había adversidades que solo se contrarrestaban poniéndose la bufanda y, cuando llegaba el momento, quitándosela. Funcionaba como una espada. Tenía el abrigo, sí, pero el abrigo siempre dejaba resquicios. En cambio, la bufanda sellaba los accesos. Lo hacía invulnerable. El día que la olvidaba, o la perdía, era el peor día del año.

—Hace un frío que pela, pero más bonito es fumar —saludó.

Los golpes en la espalda con los que culminaron su abrazo resonaron en la calle de un modo muy parecido a viejos disparos de pistola, o como sus fantasmas.

—¿Han llegado los demás?

—Aquí solo estamos tú y yo, y nuestro futuro cáncer de pulmón.

—Después de quince años fumando, y los que me quedan, salvo épocas erráticas, en las que lo dejé, me sentiría decepcionado si, tras tantos sacrificios y penurias, estuviese perfectamente de salud.

Permanecieron unos segundos callados. Morelli se fijó en otro fumador que había cerca de ellos. Le llamaba la atención hasta desconcertarlo esa gente que daba una gran calada a su cigarro y, al despegarlo de los labios, se quedaban mirando el filtro con espíritu crítico, a punto de preguntarles por la madre de Dios. «Serán idiotas», pensó. Apartó la vista de él y reparó en un letrero decadente, de un negocio ya desaparecido, que había al otro lado de la calle. Decía «Utensilios Ulloa». Sobresalía de la fachada de un edificio de cuatro plantas. Las letras eran azules y el fondo blanco, pero el tiempo le había ido quitando a ambos colores la seguridad en sí mismos. Ahora palidecían.

—¿Qué venderían ahí? —Señaló al cartel.

—«Utensilios Ulloa». Supongo que toda clase de chismes.

—Sin duda «Chismes Ulloa» hubiese sido mucho mejor nombre todavía para una tienda de utensilios.

Ray catapultó la colilla de su cigarro hasta la otra acera. Se encogió de hombros hacia su amigo, como quien pregunta: «¿Y ahora qué?». Morelli se deshizo de su cigarro con más discreción, enviándolo a una alcantarilla.

—¿Entramos y nos pedimos algo en la barra mientras esperamos?

—Vamos. —Morelli se frotó las manos.

Ray se sentó en un taburete y no se molestó en quitarse el abrigo, que sobre sus anchas espaldas no parecía sino un asunto enraizado que remitía a secretos de familia. Llevaba el frío por dentro, a modo de educación sentimental. Tal vez le habían *enseñado* a tener frío y no entraba en calor sino lentamente, con mucha sensibilidad hacia el invierno.

Morelli apenas había tenido noticias suyas en los pasados meses, en los que se había encerrado a componer y a grabar las últimas canciones del que iba a ser su segundo disco, *The Last Life*. Antes de que llegasen las cañas, le

refirió las penurias del estudio de grabación, donde cada hora que pasaba les costaba trescientos euros. Ese tiempo equivalía a un duelo por un ser querido que acababa de irse. De hecho no eran penurias, sino lujos, lo cual los obligaba a tocar con la mayor perfección posible para no excederse en el tiempo y en su presupuesto, más bien bajo. Aunque eso le otorgaba emoción al proceso. Tener dinero siempre facilitaba las cosas y las facilidades no despertaban el ingenio.

—Me ha dicho David que estás investigando algo en las afueras.

Morelli se había pasado las últimas mañanas visitando a vecinos de algunas viviendas sociales que el Ayuntamiento alquilaba a personas con rentas bajas y que acababa de vender a un fondo de inversión holandés, con unas pérdidas para el consistorio de veinte millones de euros. Era lo de menos, siendo grave. Lo peor estaba a punto de suceder, pues el flamante propietario de los apartamentos había remitido a los inquilinos el nuevo contrato del alquiler y el recibo iba a encarecerse un treinta por ciento.

No entró en demasiados detalles. Volvieron a pasarle por la cabeza las imágenes de Galindo muerto en el asfalto. Puso a Ray al día en unas pocas frases.

—Imagina la cara de uno de los conductores que lo vieron caer —propuso sin afectación, hablando de una muerte muy lejana.

—¿Has visto alguna vez a un suicida? Yo sí.

—¿En serio?

—Sí. En la línea dos del metro. No hacía ni medio minuto que acababa de arrojar al tren. En el momento que saltó estaba leyendo, y no lo vi, pero oí el sonido. Nunca me olvidaré de ese ruido. ¿Has matado alguna vez un conejo con el coche, en una carretera comarcal, de noche? Sonó parecido, aunque mucho más fuerte. Me levanté y lo vi. Estaba ladeado, como cuando te vuelves hacia tu lado de la cama.

Morelli resopló con mal cuerpo de nuevo.

—Lo que no he visto nunca es morir a alguien en directo.

—Yo sí.

—No jodas.

—En el periódico. Yo acababa de llegar y vi cómo se desplomaba un compañero, de un infarto. —Se quedó callado. Para dentro, recordó aquel día, cuando Vergés se desplomó, pero aún más los anteriores, cuando se reía con él. Pasaba de los cincuenta y cinco años y era una institución. Algunos días le

gustaba dictar el horóscopo para la revista de fin de semana. De vez en cuando, si las cartas al director eran flojas, improvisaba una él mismo y al día siguiente era la más comentada. Morelli siempre se acordaba del día que le preguntó qué signo del zodiaco era. Le dijo que acuario, y Vergés miró al techo y al final anunció: «No son tus mejores horas. Controla. Si puedes cerrar un acuerdo, no lo dudes. Mueve tus energías. Saldrás de esta». Un par de semanas después se publicó tal cual en la revista. En el periódico siempre se contaba que en una ocasión, cuando un compañero se fue de vacaciones y dejó un reportaje sin los pies de foto escritos, lo buscó sin descanso y, después de poner un aviso en el diario de desaparecidos de Radio Nacional de España, lo localizó en Normandía.

La llegada de David Picaso con una bolsa en la mano dejó la conversación flotando.

—De qué se trata, que me opongo. —Apoyó la bolsa en el suelo y pidió una cerveza.

—De nada —afirmó Morelli.

—Hablábamos de Eloy Galindo —dijo Ray—. Se ha suicidado.

David no se sorprendió. Esa tarde, reveló, había estado con Claudia Aibar por negocios y la presidenta de Caja Nacional le contó que ese desenlace se veía venir.

—Estaba hasta al cuello de deudas. Se iba a quedar sin nada. Supongo que en esa situación te lo piensas.

Hubo confrontación de pareceres.

—Otra cerveza —pidió Ray, para combatir la gravedad.

Se abrió la puerta del restaurante y los tres se volvieron, con la esperanza de que fuese Silvia. Era una mujer de un metro setenta y cinco, muy abrigada, tanto que podría ser alguien completamente distinto a quien prometían el abrigo, el gorro, los guantes, la bufanda, las botas.

—Bueno, pero ¿qué pasa con esa mujer? ¿A qué hora le habéis dicho?

—A las diez.

Morelli consultó la hora en el teléfono. Pasaban casi quince minutos. Elaboró una antigua hipótesis.

—Habrá ido a comprar cigarrillos. Cada vez hay menos máquinas de tabaco y hay que recorrer diez bares antes de encontrar una.

—Pero si ya no fuma.

—¿Ya no fuma? Pues entonces habrá ido a comprar cigarrillos, y al darse

cuenta de que ya no los necesita porque no fuma, ha tenido que dar la vuelta, y de ahí el retraso. Esos viajes de vuelta producen mucha impotencia. Vendrá deprimida.

Solo dos minutos después apareció Silvia, que se lanzó a una entusiasta ronda de besos y a pedir perdón por el retraso. También portaba una bolsa en la mano. Estaba contenta.

Pasaron a la mesa. Como niños que no pueden esperar al final para que ocurra lo bello, Silvia y David sacaron de las respectivas bolsas dos regalos, que entregaron a Morelli, que había querido invitarlos a cenar por ayudarlo en su mudanza.

—Pero si a mí no me gustan los regalos —dijo feliz, desde una frialdad impostada. De hecho, le encantaban los regalos; lo que más. Representaban un gesto hermoso y técnico, que casi lo acercaba al milagro. Aunque, por otra parte, Morelli admitía que detrás de esa expresión, y su belleza, se ocultaba un horror íntimo. Encontrar el regalo para cada momento y persona representaba un *tour de force* que dejaba al que lo hacía extenuado. Se podían regalar millones de cosas, pero cuando uno se ponía a pensar, solo se le ocurrían una o dos, que eran las mismas que había regalado el año pasado. Hasta llegar al regalo perfecto, o casi perfecto, o al menos el regalo decente, había que descartar muchísimos otros, por millones de razones. El primer regalo fue una lámpara de escritorio, plateada, pequeña pero elegante.

—El otro día nos pareció que la que tenías era de la época de la facultad —explicó Silvia.

—En realidad es de los días del instituto y le tengo mucho cariño.

—Pues ya puedes tirarla. Es una antigualla horrorosa.

Morelli esgrimió una mueca clarividente y a continuación un gesto escéptico. Las antiguallas horrorosas daban luz y él no le pedía mucho más que eso a una lámpara de escritorio. «Tirar» es un verbo muy doloroso.

—Y aquí, ¿qué tenemos? —Tomó el segundo regalo, mucho más pequeño; cabía en la palma de una mano—. ¿Una joya? —Lo desenvolvió lentamente, y dentro descubrió dos cilindros de cinta para máquina de escribir, negra y roja—. Ohhhh.

Sonrió con añoranza.

—No queremos que te quedes sin recambio cuando llegue el día y tengas que interrumpir el libro en el mejor momento —dijo irónico David, que bromeaba a menudo sobre esa novela y la imposibilidad de ser escrita—.

Cada vez es más difícil conseguir recambios para una Olivetti. Casi he tenido que recurrir al mercado negro.

Morelli tomó las cintas una en cada mano, a modo de granadas de mano, de juguete, sin anillas, a punto de explotar, y las sopesó. Una parecía realista y otra más metafórica, quizá una era para escribir, la negra, y la roja para reescribir. Le gustaban. Les explicó que a espaldas de todo el mundo, y en especial de ellos, había empezado al fin las primeras páginas de la novela. No era una leyenda.

—En realidad, he empezado a empezar. No paro de llenar la libreta de notas.

Aunque se encontraba casi igual que al principio, estaba feliz. Mucho se temía que nunca experimentaba un autor tanto entusiasmo por su nuevo libro como cuando se encontraba lejos de estar terminado. Después de todo, *estaba haciendo algo*, y ese instante resultaba más placentero emocionalmente que el momento en el que, acabada la novela, ya *no tenías nada que hacer*. Estaba más cerca de comenzar bien.

—¿De qué tratará? ¿No puedes contarnos nada, aunque sea una idea general? —preguntó Silvia.

Morelli apretó los labios durante un segundo insobornable. Después negó con la cabeza, primero despacio, a continuación más rápido. Negaba y negaba, parecía que iba a estar toda la noche moviendo la cabeza.

—No. Paso —dijo al final.

Esta vez fueron los demás quienes se quedaron callados.

—Creo que existe una clase de escritura que es tan delicada que si te refieres a ella se rompe y te quedas sin nada —precisó Morelli—. Me parece que esto lo dijo Hemingway. En cualquier caso, evitemos referirnos a cosas que están por escribir, no vayan a frustrarse antes de tiempo.

Silvia afirmó con la cabeza, tal vez sospechando lejanamente que, después de tanto tiempo hablando de ese libro, tenía razón David, esa novela secreta no existiría nunca, y todo era una estrategia de Morelli para parecer ocupado en escribir mientras no escribía.

Tomaron las cartas para pedir de cenar, aunque tenían las mismas ganas de hablar que de comer y se olvidaban al instante de leer. El camarero había acudido ya dos veces para preguntar si se habían decidido, con los consiguientes noes. En la tercera, mientras al fin Silvia le detallaba el pedido, Morelli se dirigió a Ray por gestos y puso los dedos en forma de V,

sosteniendo un cigarro invisible y humeante, irresistible, sexy. Era su modo de decirle que saliesen a fumar. Ray rehusó, a su vez con un gesto de pereza imaginaria, pesadísima. Morelli se levantó, arrancó el abrigo del respaldo de su silla, cogió la bufanda y se fue a la calle solo.

La temperatura arañaba las carnes, pero, por lo demás, resultaba una noche saludable, de verano, aunque con niebla, frío, y todas las demás propiedades de las noches de enero, casi febrero. Se palpó los bolsillos dos veces antes de encontrar el mechero, que resultó estar dentro del paquete de tabaco, jugando al escondite. Se subió las solapas del abrigo, ajustó la bufanda y fumó sin moverse en la acera. Volvió a reparar en el letrero de «Utensilios Ulloa». Sonaba bien, a título de novela, que, bajo la apariencia de relato costumbrista, adquiría tintes de historia de terror. Después se fijó en la peluquería que había al lado. Eso lo hizo acordarse de la barbería que había en su pueblo, a la que se entraba por una ventana. No tenía puerta. El barbero también entraba por la ventana. Se llamaba Jacinto. Era barbero y alcohólico, no recordaba en qué orden, quizá en ninguno. La barbería estaba cubierta de almanaques con fotos de mujeres desnudas. Los niños se detenían en la ventana cuando iban y venían del colegio. En aquella época no soñaban con ser futbolistas, o veterinarios, o astronautas, sino con tener barba.

En la mitad del cigarro vio salir a alguien del restaurante de enfrente, con la capucha de la cazadora echada sobre la cabeza. En una maniobra que Morelli adivinó, la mujer se tocó los bolsillos hasta hallar el tabaco y el cigarro. Cubrió la llama con la mano para encenderlo y, al levantar la cabeza, miró a Morelli, que solo era una persona más entre cinco millones. A su vez, Morelli la estaba mirando a ella, porque en ese segundo no había más habitantes en la Tierra. Se quedó pálido. ¡Era Inés!

Estaba desconocida, pero sí, era ella, no cabía duda. No solo era ella: era una Inés más atractiva que ninguna anterior. Por un instante, él quiso que no hubiese pasado el tiempo, que fuese ayer y ella no lo hubiese abandonado y que él no hubiese improvisado un odio sintético para aborrecer que la amó, y olvidarla y pensar en cosas agradables, no asociadas al dolor de las personas desamadas. La última vez que la había visto era verano, y de eso habían pasado tres años. Entonces tenía el pelo rubio, a mechass, y ahora moreno; vestía unos vaqueros y unas zapatillas de deporte, y ahora calzaba tacones y llevaba un vestido corto, que odiaba el invierno.

—La vida solitaria del fumador —dictaminó Morelli desde la otra acera,

acercándose. En la vía, de tráfico restringido, solo deambulaban a aquellas horas fantasmas, docenas de fantasmas envueltos en abrigos y bufandas, tal vez hambrientos, y a los que el frío hacía caminar más rápido.

Ella no lo reconoció hasta ese segundo, en el que sintió que un animal grande, salido de entre la niebla, le hablaba igual que un ser humano, con una voz familiar. Dejó que Morelli llegase junto a ella para sonreír y rodearlo con un brazo por detrás de la cabeza y darle dos besos.

—Pensé que después de estos años habrías dejado de fumar —dijo Morelli, que se quedó mirando el efecto del pelo de Inés mezclado con la bufanda. Resultaba hechizante. Recordó el gusto de Inés también por aquella prenda y en general por toda la ropa de invierno. Quería que hiciese siempre frío para llevar abrigos, botas y bufandas. En ella, el invierno era un estilo de vida. Por supuesto, el verano también, cuando no pasaba nada que no sucediese en primavera y otoño, dos estaciones que la favorecían.

—Pero si ahora es más bonito que nunca.

—Sí, la gente te mira con asco y se dice en voz baja: «Pobrecito, menudo cáncer de pulmón», y después entra en los bares o los restaurantes y tú te quedas a la intemperie. Bonito es.

—Alguna ventaja debía tener el tabaco. Pero cuéntame, ¿cómo te va? —preguntó Inés y se llevó el cigarro a la boca y aspiró el humo elevando mucho la cabeza, hacia el cielo.

—Bien... Normal, supongo. —Se dio cuenta de que a menudo, cuando alguien preguntaba «qué tal», se respondía «bien», aunque la expresión correcta, en ese momento, fuese «horrible» o «me quiero morir»—. Me he mudado, esa es la gran novedad de mi vida. De hecho, hoy estoy celebrando que he acabado el traslado al nuevo piso.

—Oh, qué horror. Yo todavía me estoy recuperando de mi última mudanza, y de eso ya han pasado tres años. De vez en cuando todavía abro alguna caja que no había vaciado y me deprimó tanto que vuelvo a cerrarla y me digo: «Quién me mandó mudarme».

Una ambulancia pasó a toda velocidad con la sirena conectada. El sonido los obligó a dejar de hablar. Cuando se alejó lo bastante, se concentraron de nuevo en ellos.

—¿Otro? —Morelli le tendió el paquete de Marlboro. Ella aceptó el ofrecimiento con un «sí» tácito, que no pronunció. Tenía las manos tan frías que fue incapaz de sacar un cigarro de la cajetilla. Seguía teniendo unas

manos preciosas. Morelli siempre terminaba fijándose en ellas. En todas las manos, en las que sujetaban un cigarro, llevaban una cuchara a la boca, decían adiós al pasar, ponían crema en la cara, escribían una fecha de nacimiento en un papel. La mano no encontraba fronteras. Servía para decirle a alguien que lo quieres, declarar la guerra al mediodía, escribir un endecasílabo, abofetear en *Gilda* a Rita Hayworth, o cerrar un grifo abierto. Lo cambiaba todo en un segundo. ¿Qué no se podía hacer con una simple mano? El poder era algo tan inmenso, y abstracto, que a veces cabía dentro de ella y aún restaba sitio para más poder. Otros días, en cambio, no sabías dónde ponerlas, porque eran demasiado grandes, torpes y aburridas para llevarlas con uno, y se abandonaban en un bolsillo. Cada día inventaban miles de gestos.

Morelli se tomó la libertad de encender el cigarro por ella y después dejarlo en sus labios, reconstruyendo una vieja confianza. Inés sonrió y él espió sus dedos, sus uñas rojas, sus labios pintados, mientras se preguntaba si este podría ser uno de esos reencuentros fugaces, inesperados, en los que los dos se dejaban llevar y acababan echando un viejo polvo, antes de separarse y desaparecer de nuevo durante años, y vivir ajenos en el mismo mundo, igual que una luz artificial cuando se mezcla con la claridad del amanecer. Fuese así o no, Morelli se vio dominado por el inabordable deseo de besar a Inés, parar un taxi y darle la dirección de su casa. En cambio, se conformó con verla fumar. Era un espectáculo bellissimo, una ópera muda, con gestos. Nadie sostenía el cigarro entre los dedos con su clase. Fumar no solo significaba morir lentamente, sino a veces la posesión de un estilo indescifrable, a través del cual la vida parecía larga, divertida y fácil de ejecutar viendo la delicadeza con la que el cigarro se expresaba entre los dedos de Inés.

—Y tú ¿qué tal? Te veo estupenda.

—Ufff. No sabría por dónde empezar. Me fui de Madrid hace tres años. Pedí una excedencia y me trasladé a París. Y ahí sigo.

—Es un buen resumen para estar hablando de tres años.

—También me he casado y he tenido un hijo. —Lo dijo sin énfasis, intentando ocultarlo de alguna manera. Siempre era violento sugerir ante alguien con el que habías salido mucho tiempo, y al final de cuya relación no había quedado nada duradero, que ahora sí eras feliz de verdad y que con esa felicidad bajo tu dominio te habías casado y además habías tenido un hijo.

Siguieron emitiendo telegramas sobre su vida, su trabajo, las novedades

más candentes, la salud, los padres vivos y muertos. A Morelli se le esfumó el cigarro entre los labios, en mitad de su esplendor. Lo retiró despacio, abatido, y dejó que se consumiese aferrado a los dedos, lo que recordaba al momento en que el alma se separaba del cuerpo al morir, en caso de que tal momento existiese. Le tenía cariño a ese cigarro. Inesperadamente, se sentía el hombre más tonto y errabundo del mundo, abandonado en mitad de uno de esos días en los que uno cree que no tiene a nadie y está solo en una esquina de la barra del único bar vacío que encontró abierto en toda la ciudad, lejos de su casa, y tiene resaca de la resaca de la resaca, y lee el periódico del revés, mientras fuera del local es invierno y verano a la vez, y los habitantes se han ido de vacaciones, menos él y el camarero, aunque eso le da igual porque acaba de pedir una cerveza, y el camarero lo mira mientras la abre, entiende perfectamente qué le pasa, y con su silencio, o moviendo un brazo para restar importancia a los problemas, lo convierte (esta es la magia de su trabajo) en comedia.

En el lugar que ocupaba el pitillo quedó una especie de socavón, o vacío, o féretro, que Morelli intentó reponer como pudo. Buscó una frase, pero se le quedaba por la mitad, y se agarró a una muy corta.

—¡Un hijo! —dijo e improvisó un movimiento de los brazos, o un lenguaje, que pretendía sugerir cierto entusiasmo, mezclado con sorpresa, y que a la postre no sugería sino una gran decepción oculta. Experimentó la sensación, y fue horroroso, de que los viejos tiempos eran casi recientes y que todo lo que había vivido con Inés, lejos de estar olvidado, porque había sucedido hacía mucho, había pasado ayer, anoche.

Ella sonrió, menos feliz que aliviada.

—¿Inés? —reclamó su atención un hombre que acababa de asomar medio cuerpo a la puerta del restaurante.

—¿Sí? —Se volvió.

—La cena...

—Voy ahora mismo.

Morelli se quedó pensando si ese hombre sería el padre de su hijo. Ella no lo aclaró, quizá para no hacerle daño o incomodarlo.

—Bueno, me reclaman.

—Oh, claro, a mí también me están esperando.

Se despidieron con dos besos y se dijeron mutuamente que se cuidasen. Inés entró en su restaurante y Morelli cruzó la calle despacio, para no chocar

contra otros fantasmas. De pronto, se sintió muy triste y no supo por qué. Es decir, lo sabía, pero no entendía que ver a Inés pudiese ponerlo así. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ella. No la echaba de menos, no añoraba nada de aquellos días, ni siquiera una mayor juventud. Regresó a la mesa pensando que no diría nada a sus amigos. ¿Y si enturbiaba la cena? Tan pronto se sentó, sin embargo, lo soltó todo.

—¿Inés? —preguntó Silvia.

—¿Casada? —preguntó Ray.

—¿Con un hijo? —preguntó David.

—No es para tanto —comentó Silvia, al advertir que Morelli caía en un silencio que duraba tres preguntas y que solo obtenían de él asentimientos lejanos.

VEINTINUEVE

Rodeada de cuadros que había visto pintar en persona a su madre, cuando era niña y adolescente, la alcaldesa se dejó llevar por la emoción de ver allí expuesta la obra de Adriana Frost, tantos años después. Dio las gracias a la Academia de Bellas Artes de San Fernando por acogerla y reveló a los presentes que se habían acercado a la inauguración cómo una tarde su madre, a su regreso del instituto, le había pedido que hiciese los deberes en su taller, junto a ella, mientras pintaba. Necesitaba compañía. El taller, como el de tantos artistas, era un lugar caótico y cálido, ocupado en cada centímetro por la parafernalia del pintor, los caballetes, los pinceles, tubos y calderos de pintura, fotos, revistas, periódicos, recortes, piezas recogidas de la calle, material inspirador, telas sobrantes, obras inacabadas, obras en marcha, chatarra, libros de referencia, obras acabadas y tal vez insatisfactorias, y docenas de objetos íntimos, de extraño significado. Adriana Frost creía que el taller era una extensión de su cuerpo y también de su arte, por lo que había hecho de él una composición más, una caja de sueños, que la reflejaba. La joven Hilda, siempre tan ordenada, visitaba a menudo el taller, pero nunca se quedaba demasiado tiempo. El caos la mareaba. Aquel día consintió con la petición de su madre y se sentó a una mesa a hacer sus deberes y a estudiar. Después de hora y media, tal vez dos, había acabado y se levantó. En ese tiempo, su madre había empezado y finalizado un cuadro en el que se veía a una adolescente solitaria, de espaldas, leyendo.

—Es este de aquí —dijo la alcaldesa, que se volvió y señaló a la pintura que había justo detrás de ella—. Y esa chica a la que no le vemos el rostro soy yo hace más de treinta años.

La exposición reunía algo más de medio centenar de cuadros, una parte importante cedida por la propia García-Frost y el resto procedentes de algunos museos de Chicago, Boston y Nueva York. La alcaldesa eclipsó a la

comisaria de la muestra, cosa del todo previsible, cuando invitó a la prensa y al resto de presentes a hacer un recorrido por las salas que hablaba no solo de la trayectoria pictórica de Adriana Frost y su evolución e influencias, sino de la historia de su propia familia. La artista la tomaba a menudo por material de inspiración y muchas de las escenas que retrataba hallaban su origen en momentos hogareños, incluso en conflictos.

Por un momento, García-Frost estuvo dispuesta a admitir ante sí misma que entre los grandes sueños a los que podía aspirar una persona a veces se encontraban los sueños pequeños, que reparaban menos una ambición que una pena. Todos aquellos cuadros reunidos, muchos de los cuales García-Frost vio empezados y después acabados, formaban el abrazo de su madre que tanto añoraba.

Fue un final de día perfecto. Cuando llegó a casa, entre unas cosas y otras casi a las doce de la noche, la estremecía la emoción de haber complacido a su madre como solo podían con sencillos gestos los hijos. Esa agitación pura, luminosa, le dificultó dormir. No le causó propiamente insomnio, más bien una lucidez innecesaria, que espoleaba sus sentidos. Buscó sosiego en la poesía de Charles Wright, cuya seriedad la fue guiando lentamente al sueño, hasta que la conciencia decayó, se aflojaron los músculos y el libro empuqueñeció entre sus manos hasta caer sobre el edredón.

El día siguiente la esperaba con toda su vulgaridad. Había tenido la mala idea de dejarse convencer para participar en una de las reuniones semanales del comité ejecutivo del Partido Conservador. Hacía tanto tiempo que no acudía que ya había olvidado por qué las odiaba. Bastaron unos pocos minutos para recuperar la memoria. Después de media hora se las arregló para encontrar amparo en un chicle que le pidió prestado a un compañero. Pero después de un cuarto de hora, también el chicle dejó de tener sabor. Le daba vueltas y vueltas, quizá con lástima, sin decidirse a matarlo. Contenía a duras penas la tentación de escupirlo sobre la mesa y gritar: «¡Qué aburrimiento!». Pero la vulgaridad requería de un mínimo de entrenamiento.

Vagó por su cabeza y, cuando buscó la salida ya no sabía quién estaba hablando, ni de qué: intervenían todos a la vez. No solo se aburría, también se desesperaba. Se cansó del chicle. En algún momento en el que nadie había reparado, las nuevas leyes referidas a la prohibición de fumar en lugares de trabajo habían extinguido los ceniceros. Se trataba de un misterio anodino y de alguna manera trágico. Curiosamente, masticar aquel chicle muerto, o

herido grave, le hacía más leve el comité ejecutivo. Solo escuchaba simplezas, que se mataban unas a otras. Al final, dentro de lo malo, el chicle consistía en un consuelo que hacía de caja de música. Lo sacó de la boca con discreción, hizo una pequeña bola con los dedos índice y pulgar, y lo pegó en un reposabrazos de su silla, según las normas de la infancia. Esa forma de abandonarlo, cruel, la dejó más sola de lo que ya se creía.

—¿Falta mucho? —preguntó sin querer causar heridas.

El secretario de organización la miró sin acabar de creer en la pregunta, o tal vez en su voz, pues García-Frost no había dicho nada hasta ese instante. Un comité ejecutivo no era un partido de fútbol. Empezaba, y el final solo podía ser fruto de una adivinación.

—Hacía tanto tiempo que la alcaldesa no participaba en un comité que había olvidado lo mucho que se puede aburrir uno. —Se fijó en que sus compañeros le lanzaban miradas de desconcierto. No se sabía si estaban sorprendidos ante su sinceridad o ante el uso de la tercera persona—. Pero ya que está aquí, le gustaría hacer énfasis en algunas pocas cuestiones.

Algunos asistentes abrieron mucho los ojos, sin más, y otros modificaron su postura en la silla, en busca de una comodidad imposible. Casi todos aborrecían en secreto a la alcaldesa, cada quien a su modo. Aborrecían lo que ellos consideraban soberbia, por creerse por encima de la disciplina y los órganos del partido. La aborrecían por decir siempre lo que pensaba y que a menudo representaba una crítica hacia la labor de los demás. La aborrecían porque ganaba elecciones sin parar, sin ayuda de las siglas. La aborrecían porque la consideraban una hipócrita que no paraba de hablar de dignidad mientras hacía chanchullos como cualquiera. Sin embargo, todos la escucharon con atención, firmes, pues nunca podrían aborrecerla del todo: era un mito amado. La temían casi tanto o más que a Alvarellos. Por dentro, era posible que le desearan todo tipo de fracasos; daba igual si esos fracasos eran también los del partido. No les importaba, y no lo hacían porque eran fracasos imposibles, que nunca se darían. El miedo les impedía responderle o esgrimir un simple gesto de arrogancia hacia ella. Entre ese espacio libre que dejaba su aprensión por la figura de la alcaldesa, se metió García-Frost, que abrió un soliloquio sobre la importancia de Madrid y cómo el partido había ido creciendo en torno a la ciudad hasta alcanzar las cotas de poder con las que ahora contaba. Si gobernaban el país era porque ella había abierto el camino conquistando años antes la capital. Madrid había sido el principio de

todo y —empleó un tono aterrador— bien podía ser el fin si no abrían los ojos y aceptaban que habría que hacer por la ciudad mucho más que hasta la fecha. El amor también se acababa, a menos que se pagase por uno nuevo, dijo. Después de todo, parecía que por fin los progresistas se habían dado cuenta de la importancia de la ciudad y habían jugado fuerte con un nuevo líder, que, sinceramente, García-Frost creía que se lo iba a poner difícil en las próximas municipales. Se refería a Isaac Ventoso. Desde el anuncio de su candidatura, pese a ser un completo desconocido, además de competente y hábil, su nombre sonaba todo el tiempo. Se había impuesto en el congreso contra pronóstico y su impacto crecía sin freno. Era tan desconocido, joven y guapo que en los medios críticos, y acaso en el Partido Conservador, aún no estaba decidido cómo iban a criticarlo. No se sabía cuánto recorrido tendría, así que García-Frost quería averiguarlo.

—Me gustaría que el partido encargase una encuesta exhaustiva para hacernos una idea de a qué nos enfrentamos realmente —dijo, dirigiéndose al secretario general.

El secretario levantó una ceja. Reconocía el valor político de García-Frost, pero se limitó a tomar nota de su petición.

—Esas encuestas cuestan mucho dinero y las elecciones municipales son dentro de dos años —observó el vicesecretario de comunicación, que jugueteaba con un bolígrafo entre los dedos.

—No te preocupes por el dinero. El tesorero, aquí presente, te dirá de dónde sale. —Miró al tesorero, que no movió un músculo. Asentir era innecesario y contradecirla, inexacto.

La alcaldesa se echó hacia atrás, hasta sentir el respaldo de la silla en la espalda. Lo notó frío, como la mirada de un asesino, salvo porque la asesina era ella. Todos los presentes sintieron la fuerza de su frase. El comité, aunque continuó durante media hora más, murió al minuto siguiente, cuando la alcaldesa se toqueteó el pelo y se levantó.

—Tengo que gobernar esta ciudad —dijo.

El comité se mantuvo expectante. Sus componentes la siguieron con la mirada hasta que atravesó el umbral y se alejó. Todos esperaban un portazo en el que se resumiese su posición. Pero García-Frost ni siquiera cerró. La puerta abierta era una forma sutilísima de expresar la poca consideración que le despertaba aquel órgano ejecutivo. Había que atesorar mucha experiencia y sabiduría para pronunciarse con gestos tan frágiles, pero al poco capaces de

derrocar a una multitud. Su perfume, que el partido conocía de memoria, lo fue conquistando todo a su paso, despachos abiertos, pasillos, salas de reuniones, ascensores. El olor también era poder.

Antes de bajar al vestíbulo, efectuó dos llamadas y envió tres mensajes explicando que había perdido el tiempo de maravilla. «Casi había olvidado por qué nunca asisto a las reuniones del partido», le escribió a su teniente de alcalde. Se sentía hiperactiva, recién salida de una larga hibernación, como si el mundo estuviese a medio inventar y ella pudiese hacer algo al respecto.

En el vestíbulo la esperaba su jefa de gabinete. Estaba sola. Después de todo, los vestíbulos representaban un espacio en el que uno rara vez se detenía, acaso para estrechar una mano, o preguntar algo en recepción. Equivalían a un pasadizo que conducía a un lugar de interés. Se ponían sofás no para sentarse y ofrecer respiro al cansado, sino para ablandar su aspecto inhóspito.

La jefa de gabinete consultaba su teléfono sin apenas parpadear. La alcaldesa la alcanzó. Resoplaba. Su colaboradora escuchó sus tacones lejanos y después próximos, y en ese momento su olor.

—¿Nos vamos o qué?

Su lugarteniente la miró con languidez, sin acabar de creerse que ya hubiese acabado.

—¿Tan rápido? —Se levantó sin decir nada y guardó el teléfono en el bolso.

—¿Te parece poco? Hay gente que en unos pocos minutos te hace perder el día entero.

—No has aguantado ni media hora.

—¿En serio? Me ha cundido no menos que media vida. Este partido está lleno de idiotas. Parece mentira que tengamos tanto poder. —La alcaldesa hablaba para sí misma, aunque se dirigiese a su jefa de gabinete—. Lo que me lleva a concluir que este es un país fantástico, con gente ciega y maravillosa. Da igual lo que hagas mal: los ciudadanos te lo agradecen.

La jefa de gabinete dejó que se desahogase. No convenía contradecirla, ni darle la razón sin más. Aborrecía hacerse con ella de un modo pacífico, por rendición inteligente del oponente. La razón era algo que debía arrebatarse con violencia y dejar tras de sí un rastro de forcejeos.

—Llama a Andrés de mi parte —dijo mientras se disponían a salir al fin del edificio—. Y dile que contacte con el detective. Habría que investigar a

Ventoso. Algo esconderá; que lo encuentre. Y ahora sujeta. —Le tendió su bolso para ponerse el abrigo.

Salieron a la calle. No supieron si hacía buen o mal tiempo. Todo podía ser. García-Frost acabó de abrocharse el abrigo y recuperó su bolso. Caminaron hacia el coche como si en el mundo, según el momento, existiese la normalidad. Varias personas saludaron a la alcaldesa por su nombre, Hilda, en una confianza que se hacía extraña. Ella sonreía y respondía: «Buenos días». Solo era una máquina entonando y sonriendo, sin las variaciones tan propias de la imperfección humana. Su voz empujaba su brazo, que se flexionaba y alzaba para saludar con la palma abierta, moviendo los cinco dedos según una partitura imaginaria, interpretada en un piano fantasma, que flotaba en el aire. La música se rompió de repente, atropellada por un sonido desesperado, violento, que saltó desde la calzada. Antes de que la alcaldesa tuviese tiempo de asustarse, y gritar según otra partitura aún más enloquecida, una motocicleta asaltó la acera a gran velocidad, sin control. El conductor salió despedido, recordando a esas monedas que se caen al suelo y emprenden una ridícula huida, sin futuro, mientras la máquina comenzó a arrollar a un peatón, a otro, y a un tercero, cuando alcanzó a García-Frost. Despistada en algún pensamiento, o tal vez simplemente en un vacío a la espera de saber qué pensar, no vio la motocicleta sino cuando ya estaba a punto de atropellarla. Entonces se quedó clavada, mirándola con la incomprensión con la que uno se ve reflejado en un espejo. Y, sin embargo, pese a la inminencia del golpe, de algún modo pareció que la moto no fuese a llegar nunca hasta ella, siguiendo la cadena de razonamiento de las paradojas griegas, donde un cuerpo nunca alcanzaba su destino porque antes de lograrlo había de recorrer la mitad del trayecto, y antes la mitad de la mitad, y previamente la mitad de la mitad de la mitad, y así siempre, pues cualquier espacio era infinitamente divisible, pero algo se rasgó en este razonamiento y la moto se la llevó por delante. No fue un golpe aparatoso, que dejase sonidos capaces de llegar a ángulos inviolables. El rozamiento de la moto con el suelo había ido aminorando su velocidad. García-Frost volvió la mirada y el impacto la empujó contra la fachada de la sede del Partido Conservador, en una especie de injusticia poética.

Su escolta y la jefa de gabinete, que salieron indemnes, acudieron enseguida en su auxilio. Estaba tendida en el suelo y se quejaba de dolores en la espalda y en la rodilla. Intentó incorporarse, pero su escolta la disuadió.

—Mejor así, quieta. —Estaba tendida boca arriba, como en la playa.

Había otras cuatro personas más en el suelo. El motorista se había incorporado hasta quedar sentado. Se agarraba el brazo izquierdo con el derecho y se le oía jadear dentro del casco. Oía a aceite. La moto había ido a parar a las puertas de la sede del partido. Su rueda trasera todavía giraba. Eran los estertores de la inercia.

Los peatones formaron círculos alrededor de los heridos. Una mujer de mediana edad, enfermera de profesión, rompió la línea y comenzó a evaluar el grado de gravedad de cada uno.

—¡Es la alcaldesa! —gritó un hombre mayor, señalando, en efecto hacia ella, a la que su escolta había cubierto las piernas con su cazadora.

—¿Está muerta? —se escuchó preguntar a una mujer que intentaba asomarse a la primera fila. Hablaba en puntillas y vestía un abrigo larguísimo, que casi tocaba el suelo y que la hacía parecer más pequeña de lo que ya era. Un joven que se encontraba su lado, altísimo, abrigado con una simple chaqueta a cuadros, y que se resistía a cederle el paso, se volvió hacia ella y la miró con un desprecio capaz de rasgar la tela del abrigo en que estaba envuelta.

—No diga estupideces —le replicó.

Lo que ocurrió a continuación pareció solo política, puesta en escena, ejercicio de las emociones. Como si supiese qué esperaba la gente de ella, la alcaldesa levantó un brazo, saludó a ciegas a todos los que la rodeaban, sin mirarlos. Giraba la mano otra vez mecánicamente. El gesto despertó el ánimo de los presentes. Nadie con esos síntomas se iba a morir. Hubo algunos aplausos. Se contagió el optimismo. Algunos conductores tocaron el claxon sin saber por qué razón.

Las ambulancias llegaron enseguida.

García-Frost reclamó a gritos a su jefa de gabinete. Cuando estuvo a su lado, la aferró por el cuello de su abrigo y la atrajo hacia sí, en el momento en que dos sanitarios la empujaban en su camilla hacia la ambulancia.

—Avisa a los medios; hablaré desde el hospital —ordenó, pensando en el nuevo escenario que se abría con su accidente.

Indiferente al caos que estaba a punto de estallar, llegó a la Clínica Ruber, en Juan Bravo, casi feliz. El dolor se había difuminado gracias al calmante que le habían inyectado. En ese estado, mientras la trasladaban en una silla de ruedas a radiología, recibió la llamada del presidente Alvarellós. El celador

que la trasladaba chasqueó la lengua y meneó la cabeza, en clara desaprobación. Un hospital no era un despacho.

—Pero cómo no le voy a coger el teléfono al presidente, amigo —alegó ella con una sonrisa cómplice. Por poco hizo dudar al celador, que acercó los dedos pulgar e índice para instarla a que la conversación durase lo menos posible, poquísimo, medio minuto tal vez. Ella elevó el pulgar, en señal de ok.

Alvarellós se encontraba en Tenerife, pero la noticia sobre el accidente se había extendido muy rápido. Se veía el hongo desde cualquier lugar. Hilda le hizo un breve resumen de su situación, bastante optimista, basado en adivinaciones, principalmente. Alvarellós se alegró de que pareciese poca cosa, comparado con lo que podía haber sido, y después le preguntó si había podido acudir al entierro de Eloy Galindo. Todavía no habían hablado entre ellos de ese asunto.

—Envié al vicealcalde.

—Pensaba que te gustaba ir a los entierros.

—Me confundes con otro.

—Puede ser. En todo caso, qué triste final. Me contó el presidente del Supremo que esa tarde alguien lo llamó para filtrarle que la policía judicial se dirigía a su oficina para detenerlo, y supongo que entonces subió a la azotea y, bueno, ya sabemos lo que pasó. Qué desagradable. Pienso en los hijos y...

—Nos ayudó mucho en su momento.

—Pero después le devolvimos la ayuda, con intereses.

García-Frost estuvo a punto de sentir algún remordimiento pensando que pudo hacer algo más por aliviar la situación de Galindo, pero no tuvo tiempo y quizá tampoco ganas.

El celador empujó las puertas de radiología. Los estaban esperando. García-Frost se despidió apresuradamente y quedó en manos de un amplio equipo médico. Alvarellós le deseó una pronta recuperación en un tono de persona contenta.

En las siguientes dos horas fue sometida a un tac craneal y a tres radiografías. Los traumatólogos decidieron que permaneciese al menos veinticuatro horas hospitalizada. La primera reacción de la alcaldesa fue oponerse.

—Tengo reuniones, mil llamadas pendientes, papeleo... —La enumeración buscaba ser una de esas maniobras que demuestran lo complejo que es el

mundo y cómo no se puede perder un solo minuto en estar cojo o tener dolor de cervicales, o vomitar porque algo le había caído mal al estómago. Pero los médicos, quizá porque las enumeraciones las habían inventado ellos, no se dejaron impresionar.

Con un latigazo cervical, que la obligaría a usar collarín durante una semana, y un esguince de rodilla, que la abocaba a permanecer mucho tiempo sentada, la alcaldesa decidió que nada de eso era óbice para no seguir trabajando... desde allí. A las cinco de la tarde, sentada en una silla de ruedas, se presentó a las puertas de la clínica, donde el gabinete de comunicación del Ayuntamiento había improvisado una rueda de prensa sin informar a los médicos. La propia alcaldesa había descartado el uso del salón de actos con el que contaba la clínica.

—Demasiado formal —juzgó.

La calle, y la silla de ruedas, y los familiares entrando y saliendo, y las sirenas de las ambulancias eran un mensaje en sí mismo; casi no tenía ni que abrir la boca. Antes de que los médicos pudiesen impedirlo, la alcaldesa bajó tres plantas y se dirigió a la entrada de la clínica. La expectación era máxima. Un semicírculo de cámaras y micrófonos, y periodistas que estiraban sus brazos sosteniéndolos se arremolinaron a su alrededor. Sometida al collarín y a la silla de ruedas, su voz sonó entusiasta, felizmente herida, gracias al efecto de los calmantes.

—Es un día igual a cualquier otro. En realidad, la alcaldesa se encuentra bastante bien; su preocupación ahora mismo son los otros cuatro madrileños heridos en el accidente, incluyendo al motorista —señaló.

En aquel minuto a nadie le importaban los otros heridos, empezando seguramente por ella. Le pidieron que relatase el accidente, a lo que accedió sin tremendismos. Todo había sido tan rápido, y repentino, que ella fue capaz de contarlo a lo largo de cinco minutos, a cámara lenta. Cuando los periodistas quisieron continuar haciendo preguntas, ella ya había conseguido aparecer en collarín y silla de ruedas, ante todo el país, en el papel de política abnegada, que jamás pensaba en sí misma. No necesitaba dar más respuestas. Su imagen volvía a estar en circulación. Era la alcaldesa heroica. Se disculpó con un entusiasta «si me permiten, tengo que irme a trabajar y convalecer» y, con las mismas, su jefa de prensa giró la silla de ruedas con cuidado y regresaron a la clínica.

El traumatólogo hosco con el que había discutido por la mañana le pidió

que no repitiese más números de esos.

—Si puede evitarlo... —añadió.

Reposo significaba permanecer en la habitación, apenas recibir visitas y — otra vez añadió «a poder ser»— no abusar del teléfono. Médicamente se encontraba en observación. El tac craneal no había revelado ninguna anomalía, cierto, pero el hecho de haber sufrido un golpe, aunque leve, en la cabeza requería una atención médica continua hasta que recibiese el alta.

El flujo de llamadas al móvil se multiplicó después de la rueda de prensa. Ahora todo el mundo sabía qué había pasado. Al menos, los médicos restringieron las visitas a la familia más próxima y eso mantuvo la tranquilidad en la planta. A media tarde, sin embargo, se abrió la puerta de su habitación y, sigilosamente, apareció Enrique Hulet. Traía una caja de bombones y sostenía un ramo de rosas blancas como si fuese un paraguas roto.

—He tenido que sobornar a dos enfermeras y un vigilante para llegar hasta aquí.

—Eso se te da bien.

—¿Qué hago con esto? —Elevó las flores, para que supiese a qué se refería.

—Te diría que las tirases por el váter, pero no caben. Déjalas por ahí. — Señaló hacia la ventana.

Liberado del ramo, Hulet se acercó a darle dos besos.

—Qué envidia me das. A veces me gustaría padecer una de esas enfermedades bonitas que se curan con largos reposos en una habitación de algún balneario de los Alpes.

—Me gustaría verte con este camión. ¿Te conté alguna vez que no me gustan los bombones?

—Sí, lo sabía; los he traído para mí. —Hulet le arrebató la caja, la abrió y comió tres bombones seguidos, bajo la creencia de que no contenían ni chocolate ni azúcar, y en grandes cantidades resultaban beneficiosos para la salud.

García-Frost lo miró con envidia.

—¿Has recibido la lista con los últimos nombres?

Él tenía la boca llena y simplemente asintió.

—Sí, estamos en ello.

—Algunos tienen una edad en la que empieza a ser difícil encontrar un

nuevo trabajo, así que haced lo que podáis.

—No habrá problemas. Ahora mismo estamos contratando a gente para acelerar las obras. Aunque ya sabes que las condiciones han cambiado ligeramente.

—¿Qué quiere decir ligeramente?

—Quiere decir que después de la reforma laboral nos hemos permitido ajustar salarios en algunas de las empresas del grupo.

—Ja. La reforma laboral, por supuesto —dijo, constatando la frialdad del hielo—. Nunca nos estaréis lo suficientemente agradecidos.

—En eso y en el abaratamiento del despido —bajó el volumen de la voz— debo admitir que habéis estado fantásticos. Negociar con los representantes de los trabajadores, sin someterse al convenio del sector, lo facilita todo. Estamos empezando a pagar el salario mínimo. Ni un euro más. Así que no te voy a mentir, estoy feliz. Siempre es posible vivir con un poco menos de dinero.

Hulet estuvo a punto de tomar un cuarto bombón; en el último instante retiró la mano. Tal vez estuviese abusando. Aunque ¿eso cómo se sabía? No tenía ni idea, admitió, así que tomó ese cuarto bombón. Lo mantuvo en la mano, incluso lo alzó mientras hizo una revelación a su amiga.

—He venido a contarte algo importante.

—Yo pensaba que habías venido a verme porque creías que me estaba muriendo.

—Eso quizá lo haga más adelante —dijo con indiferencia y a continuación se llevó el bombón a la boca. Lo degustó con los ojos cerrados y tan despacio que casi podía oírse el sonido de las muelas hundiéndose en el chocolate. Cuando los abrió de nuevo, se encontró a Hilda atrapada en el suspense, con el gesto desencajado de quien lleva horas esperando a alguien sin moverse del sitio—. Creo que me voy a presentar a las elecciones del Madrid.

—Mmmm. —Se rascó la cabeza. Le picaba cuando no sabía qué pensar, o cuando no quería decir lo que pensaba. Por eso no le picaba casi nunca.

—Es el momento idóneo. Tal vez no exista nunca otro momento mejor. El club lleva cuatro años sin ganar la Liga ni alcanzar las semifinales de la Champions, y Riezu está en sus horas más bajas, imputado por tráfico de influencias, cuestionado por los retrasos en la construcción del rascacielos de Riad. Me han comentado que el asunto del hospital no tiene buena pinta. Hasta donde sé, y digamos que sé mucho, la exconsejera de Sanidad asegura

que recibió órdenes del presidente valenciano para adjudicarle la construcción del hospital.

—Mmmmmm —insistió García-Frost, ampliando la influencia de la eme.

—¿Qué? ¿Te parece una mala idea?

—Puede.

—Puede —repitió Hulet, sin entender qué había detrás de aquel «puede».

—No importan los problemas que tenga César Riezu. Sus problemas nunca son un problema para él. Me temo que todas esas dificultades se quedarán en nada poco a poco. ¿Has visto que se hablen de ellas en televisión, o que se escriba de ellas en prensa, salvo algún caso puntual? Además, él es solo la punta de un iceberg. La presidencia de ese club es una complejísima estructura de poder, que no se hace notar demasiado, pero que si se ve amenazada, actúa en manada. Si alguien tuviese la fuerza necesaria para tirar de la cuerda a la que está atado César Riezu, se le vendría encima el país entero y lo aplastaría.

—Creo que ya he dejado atrás la edad de tener miedo.

—No se trata de no tener miedo. Sé que tienes dinero suficiente para no temer a casi nada, pero...

—También se trata de que hay una fortísima oposición a Riezu y a lo que representa. Digamos que yo también soy la insignificante punta de un iceberg.

Una enfermera abrió la puerta y preguntó si todo iba bien. García-Frost la tranquilizó.

—¿Qué iba a decirte? —Se tocó la frente con el dedo índice—. Ah, sí. Me consta que hay muchos señores, con influencias y dinero, que estarían felices de ver a César Riezu fuera del Madrid, pero ninguno es el rey, ni el presidente del Gobierno, ni los presidentes de los bancos y cajas más importantes del país, ni el ministro de Economía y Hacienda, ni todos esos empresarios casi tan millonarios como él y como tú, ni el presidente del Tribunal Supremo, ni el fiscal general del Estado, a los que cada dos por tres veo en el palco haciendo negocios. Y podría seguir.

—Eso ya lo sabemos —dijo respirando despacio y ahora lanzando una mirada de desprecio a la caja de bombones—. Pero ¿qué le importan todos esos poderosos a los socios que votan y que llevan cuatro años sin celebrar un título y aguantando que los celebre el Barça y el Atlético delante de sus narices?

—El dinero de Riezu trae cada año al Madrid los mejores jugadores del mundo. Aunque sería un error analizar las opciones de tu candidatura solo desde esa perspectiva. Riezu y su junta directiva, y los banqueros que lo amparan y llenan el palco, y el presidente del Gobierno, y sus contactos a su vez con presidentes de comunidades autónomas, alcaldes, o jefes de Estado en decenas de países forman una red muy amplia. No me cabe duda de que estarían dispuestos a hacerte daño, a lanzarse a la vez sobre ti y tus intereses. ¿Acaso crees que no tratarían de desprestigiarte? Buscarían toda clase de trapos sucios, se los inventarían. Y, por supuesto, ahogarían a tus empresas. ¿Cuánto tiempo crees que tardarías en ser imputado por un juez?

Hulet llenó la boca de aire, lo aguantó durante un par de segundos y después lo fue expulsando, desesperadamente.

—No quiero desanimarte, pero estoy segura de que todas estas cosas acabarían sucediendo. Vivimos en una democracia, hay gente intocable.

Hulet miró por la ventana, sin ver nada.

—No tenía que haberte traído flores —dijo, volviéndose hacia su amiga—. Es más, no tenía que haber venido a verte.

La hizo sonreír. Y después sonrió él, sin querer.

—En realidad —lo agarró por un brazo— me gustaría que te presentases. No me atrevo a asegurar que no tienes opciones de ganar. Quizá las tengas. Simplemente, me gustaría que supieras a qué te vas a enfrentar y que estuvieras preparado para aceptar el juego sucio; y, seguramente, las pérdidas económicas, al menos durante un tiempo.

—Sinceramente, creo que subestimas la influencia de Riezu sobre el poder económico y político. A la vez que ha ido tejiendo aliados ha ido dejando enemigos. Hay gente en su junta directiva dispuesta a abandonarlo. Y si hace falta, a traicionarlo.

Hilda se encogió de hombros. No podía adivinar el alcance de aquellas afirmaciones.

—Si algo demuestra la historia es que el poder se obtiene, se abusa de él durante un tiempo, a veces largo, y en algún momento te lo arrebatan. Solo hay salvación si sabes dejarlo a tiempo, y solo *durante* algún tiempo. — Ahora fue la alcaldesa quien miró hacia la ventana, se abismó en las flores y se volvió hacia Hulet llena de juventud—. Quizá debas presentarte. Aunque nunca sea un buen momento, como tú dices: nunca va a haber un momento mejor.

Se quedaron un buen rato en silencio, que rompió ella con una reacción inesperada.

—Creo que me voy a comer uno de estos bombones, aunque no me gusten.

—Buena idea —dijo Hulet, que alargó la mano y cogió el quinto de la tarde.

—Hace unas semanas estuve con el embajador español en la Santa Sede y me contó que en su primera audiencia con el papa, además de los regalos protocolarios de rigor, le llevó una extraña caja de bombones. Bombones españoles, hechos por no sé qué monjas de clausura. El papa abrió la caja y empezó a comer uno, y después un segundo, un tercero, y otro y se acabó la caja, y ni siquiera le ofreció uno de prueba al embajador.

—Tú has sido más generosa.

—Por cierto, he oído que se planean cambios en el Gobierno.

—¿Cambios serios?

—Puede.

—¿Crees que Alvarellos se deshará del ministro de Fomento?

—¿Por lo del accidente del paso a nivel?

—Porque no me trata como me gustaría. Por todo.

—Jamás. Sería una claudicación. Ni una patada hacia arriba puede darle. Llegados hasta aquí, con todas las manifestaciones y esos familiares clamando, el ministro solo puede seguir siendo ministro. Tendrás que ser más detallista con él.

TREINTA

El sexo sonó de pronto hueco, como un tornillo que no aprieta, y Aibar apartó al actor de encima. Su cuerpo se había vuelto tenue y quizá por eso su presencia había tardado tanto en demostrar su molestia. ¿Cuánto tiempo llevaban así? Había perdido toda noción del presente.

—Parecemos una máquina fabricando un coche antiguo —dijo, mezclando poesía y progreso industrial.

El actor no entendió la imagen, aunque sí que él ya no tenía nada que hacer allí. Sea lo que fuere, algo se había roto y no existía reparación posible. Se vistió y se despidió.

—Ya nos veremos —dijo antes de cerrar la puerta.

Aibar se quedó clavada a la cama, en una imitación de un viejo chicle pegado al suelo, incapaz de descifrar su próximo movimiento. No tenía que haber consumido, se reprochó. Estaba acelerada y a la vez inmóvil. Pero se dejó ir. Siempre se dejaba ir. Algún día tendré que parar, se escuchó decir. A veces no sabía cuándo hablaba o cuando pensaba simplemente. Y, por supuesto, no se creía sus propios consejos. Por alguna razón, quizá por mantener la esperanza, o la posibilidad de cordura, se los repetía cuando claudicaba, superada por sus propias acciones. Notaba cómo la vena que cruza la sien le palpitaba sin parar. Tal vez había consumido demasiado, y casi sin querer. A las cinco de la mañana ya llevaba una hora en la cama, mirando el techo. Se levantó, se asomó a la ventana y vio el Big Ben. Por vistas así amaba el Marriott. Decidió meterse en el jacuzzi. Tal vez el agua caliente le bajase las pulsaciones. Su cabeza era un hervidero de luz, casi una fábrica, no conseguía mirar dentro sin cegarse, la noche se le presentaba a trozos, aunque demasiado rotos. La primera parte había rozado la insipidez. Estuvo a punto de decir que esperaba algo más de un cóctel lleno de productores, actores, directores y periodistas reunidos para ver el preestreno

de *Instrucciones de uso*, la película de Hoffman, a la que Caja Nacional había contribuido con tres millones de euros. Pero a mitad de fiesta el guion experimentó un giro dramático, esperanzador, cuando Aibar se vio rodeada de gente dispuesta a divertirse de verdad.

Los siguientes trozos de noche se desperdigaron entre caras desconocidas, a las que tal vez no volvería a ver nunca más en su vida, y eso resultaba muy agradable de por sí. Sin embargo, como si la felicidad fuese solo un instante de lo terrible, por adelantado, en el siguiente trozo de noche ya estaba en el Marriott, desesperada, incapaz de dormir, arrepentida de haberse dejado llevar y de acabar en la cama con un actor secundario.

El aburrimiento absurdo de las burbujas produjo un efecto inesperado: otra vez la excitación. Cerró los ojos. No se imaginó con el actor, sino con el director de la película, al que por alguna razón había dado su teléfono. ¿Por qué no había acabado con él? Igualmente, supuso en una explosión de sentido, habrían acabado fabricando un automóvil, a semejanza de esas factorías de las que desaparecen los seres humanos paulatinamente, reemplazados por robots con su propio ritmo. Su vista se iluminó bajo los párpados, vio un camino, la evasión se volvió locuaz, brevísima, un relámpago menos veloz y eléctrico que otras veces le recorrió la espalda, se tensó siguiendo las lecciones de un arco, pasó de la respiración pausada al jadeo enervante, que se fundió enseguida. Dejó caer las manos hacia los muslos, derrotada y aliviada.

Después se envolvió en un albornoz, que la reconcilió con la suavidad y el color blanco, y se tendió sobre la cama a esperar que la vida le diese alguna orden. Ninguna tuvo que ver con dormir. Como otras muchas madrugadas en las que la realidad se volvía goma, en su mente se le apareció el joven Alvarellos. Era una imagen cerrada a cal y canto, inexistente, un secreto férreo, que cultivaba y olvidaba sin que pudiese florecer del todo ni desaparecer en absoluto. Era un secreto en una urna inatacable, sin caminos que condujesen a ella.

A veces se sorprendía de que su relación con Alvarellos se hubiese transformado poco a poco en una amistad a prueba de ataques. Se comunicaban en pocas palabras, desentrañaban los gestos más estériles, y siempre sería así. En una huida hacia atrás que se tenía prohibida, pues temía las añoranzas estériles, no pudo evitar el recuerdo de aquel viaje, tan breve e intenso, que no iba a cambiar sus vidas, y por desgracia para ella no las

cambió. Solo tenían veintidós años. Él ya estaba saliendo con Leonora Mur, generosa y comprensible con la amistad que Alvarellos y Aibar habían entablado desde el primer año de facultad. Mur era la novia enamorada y ella, la amiga, y entre ambas habían tendido una complicidad que no se fabricaba, simplemente surgió de la nada. Pero lo fortuito fraguó. Leonora, que había estado interesándose por la Constitución de Estados Unidos durante la carrera, recibió una beca para permanecer durante seis meses en la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia. Lo imprevisto no surgió enseguida. Ya habían transcurrido en realidad cinco meses desde la marcha de Leonora. Claudia, que no acertaba a saber qué hacer con su futuro, decidió hacer un viaje a París. Cuando se lo contó a Alvarellos, que empezaba a flirtear con la política, y con una idea ya muy clara de qué quería hacer en los próximos años, y décadas, y quizá toda la vida, le preguntó si lo llevaba con ella. Serían unos días, le vendría bien distraerse. Empezaba a echar de menos a Leonora de una manera agotadora, que no lo hacía alegrarse de que ya solo faltase un mes para su regreso. La había añorado tanto que ahora estaba exhausto.

París fue testigo de los imposibles, que más tarde se volverían hechos que jamás ocurrieron. Aibar ya era por entonces víctima del presente total, creía en la existencia solo de aquello que fuese posible abrazar al momento. No soportaba la idea de arrepentirse algún día de no haber hecho algo que le apeteciese. Así que cuando la vida dispuso una compleja cadena de azares, una noche después de una cena con demasiado vino en Montparnasse, acabaron besándose. Aquel beso tuvo el peso de lo inevitable. Se habían estado buscando de lejos durante años, quizá sin saberlo del todo, como en esas adivinanzas en las que se masca la solución, pero nunca llega. Tenían tres días por delante antes de regresar a Madrid, cuando tal vez todo lo que había empezado debiese acabar abruptamente, antes de generar recuerdos. Pero, hasta entonces, experimentaron la pura velocidad de las cosas que parecen ocurrir solo en la imaginación. Callejearon, visitaron museos, hicieron el amor sin parar, una vez y otra, en una tentativa de agotamiento, con total desprecio por los números, y en Montmartre incluso se dejaron hacer una fotografía por un señor mayor, a la que se asomaron abrazados. La foto se la quedó Claudia, y durante años de vez en cuando regresaba a ella para no olvidar, pero solo fugazmente, para no recordar demasiado. Hacía tiempo, sin embargo, que la había dado por perdida. Se había movido de la caja en la que la guardaba, empujada al abismo por alguna de las mudanzas.

Pero el tiempo no perdonaba y los días se consumieron a sí mismos. Y sin darse cuenta regresaron a Madrid. Al poco retornó de su estancia en Filadelfia Leonora Mur, y ella y Alvarellos anunciaron unas semanas después a sus amigos, que reunieron expresamente, que se casarían a final de año. Atrapada a su vez por la noria del tiempo, Aibar supo que estaba embarazada de Alvarellos. Naturalmente, abortó, y nunca le contó nada. Todo estaba asumido. Aquellos días habían sido de una felicidad absoluta, pero irrecuperable, y así los recordarían, haciendo de ellos un secreto que los unía para siempre.

Cuando dormir pasó de pretensión inabordable a absurda, Aibar se vistió, hizo la maleta y, a las siete de la mañana, llamó a su jefa de gabinete para bajar a desayunar. Tenía muchísimo mejor aspecto que ella. Se notaba que no se había quedado al cóctel, y que tal vez se había limitado a pedir un sándwich vegetal al servicio de habitaciones y ver la BBC hasta las doce de la noche. Aibar no preguntó para no ver confirmada su teoría y tener que admitir que la triste noche de su colaboradora daba ahora sus mejores frutos.

—¿Estás bien?

—Me duele un poco la cabeza.

Acabó por contarle el fin de fiesta.

—Bueno, a veces un dolor de cabeza es lo mejor que te puede pasar después de una noche de fiesta.

—¿Tú crees? —Esgrimió una mueca ácida.

—Acaba pasándose y, cuando lo hace, recibes una lección de humildad casi automática: estás vivo y eso basta.

—No sé si me consuela.

—Piensa en Tim Madden.

—¿Quién demonios es Tim Madden?

—El protagonista de *Los tipos duros no bailan*, de Norman Mailer, un hombre fracasado y adicto al bourbon, los cigarrillos y las rubias adineradas. Una mañana se levantó resacoso, con una tremenda erección y con un nombre tatuado en el brazo. No recordaba nada de la noche anterior. Tenía algo más que un dolor de cabeza. No tardó en descubrir en el asiento de su Porsche una enorme mancha de sangre y, a continuación, en el rincón donde ocultaba su plantación de marihuana, la cabeza cortada de una rubia. ¿Verdad que ya no te parece tan horrible padecer dolor de cabeza después de una fiesta?

—Joder. —Aibar se preguntaba por qué su jefa de gabinete tenía siempre que contarle todas estas cosas, sacadas de libros y películas. Ella le pedía que no leyese tantas novelas, al menos esa clase de novelas.

—El dossier de prensa. —Empujó un mazo de folios de un dedo de grosor, que el gabinete había enviado a las seis de la mañana y acababan de imprimir en recepción.

—Demasiado temprano. —Hizo una señal de stop con la mano.

—Hay cambios en el Gobierno.

Aibar alzó una ceja y, como parte del gesto, se pasó el pelo por detrás de las orejas para que no molestasen la lectura del dossier. En la portada de *Crónica* leyó que Niza adquiriría rango de vicepresidente. No le extrañó. En cambio, se sorprendió al leer que el ministro del Interior sería también ministro portavoz del Gobierno.

—Me lo imagino al frente de la Policía, de los servicios de inteligencia, de la Guardia Civil, y me estremezco solo al pensar lo que es capaz de hacer ese hombre con todo ese poder.

—Pablo Gosálvez continúa en su puesto.

—Nada por lo que llevarse las manos a la cabeza. Pareces decepcionada.

—Esos pobres jóvenes...

—No los mató él; míralo así.

Aibar acabó de hojear el dossier. Cada página que pasaba sonaba a pájaro muerto. Se olvidó del café templado, que enseguida pasó a ser un simple café frío. No reparó en que le dolía la cabeza y que era incapaz de leer; leyó perfectamente, abierta la posibilidad de que para esa clase de actividades no fuese precisa la intervención de ninguna cabeza. Se detuvo un minuto en *Tiempo*, que se hacía eco de unas declaraciones de Alvarellos en *The Wall Street Journal* en las que alababa su propia política de liberalización del suelo, por permitir que los españoles cumpliesen con su sueño: «Tener su propia casa o dos si querían».

Apartó la vista del dossier.

—Al menos han dejado de escribir sobre Galindo y los préstamos que ya nunca va a devolvernos ese cabrón.

Aibar recordó con incomodidad que horas antes de suicidarse la llamó al móvil varias veces. No quiso cogerlo. Niza le había dicho que Galindo tenía el teléfono pinchado, y hablar con él a esas alturas empezaba a resultar peligroso. Y no había nada bueno que decirse. No deseaba acabar en el

sumario de ningún caso judicial. Ahora se preguntaba qué querría. No tenía mala conciencia por no responder al teléfono, pero sí intriga. ¿Habría podido cambiar algo su destino?

Alejó los folios y arrastró despacio la taza de café, que bebió pese a todo. Estaba pensando demasiado. Las preocupaciones dieron brío a su dolor de cabeza.

—Necesito ibuprofeno.

La jefa de gabinete tomó su bolso y tanteó hasta dar con una tableta de ibuprofeno.

—¿Cuántas?

—Dos por lo menos.

Tomó las pastillas con arrogancia. En un par de horas estaría mucho mejor. Lo anunció para sus adentros, con un tono proverbial, que le recordó a aquel amigo de su padre que un domingo telefoneó a todas sus amistades y les dijo: «Me muero el miércoles que viene», y el jueves lo enterraron. Conocía su cuerpo. Podía permitirse esa clase de predicciones. En el vuelo de regreso a Madrid, de hecho, ya apenas quedaban restos del malestar.

Aterrizaron a las doce. Aibar se fue directamente a casa, a descansar. En un sobre que la asistenta había pegado con un trozo de celo al espejo, a la entrada, para que lo viese tan pronto llegase, encontró cuatro entradas para el concierto de Paco de Lucía que había pedido que le enviaran a casa. Fue un momento de pequeño éxtasis. Su amor por el artista era un legado que le había dejado su padre. La transferencia se hizo en los años del bachillerato y casi sin darse cuenta. Había días en el instituto que creía que no podía ser más desgraciada, cuando su padre se presentaba a recogerla en un Seat 600. Tenían un Mercedes 190, diésel, que solo usaban en trayectos largos. Su padre sostenía que aquel 600 era un lujo, al alcance solo de ricos. Cuando salía del instituto y se subía al coche, él encendía el radiocasete. Sonaban Camarón y Paco de Lucía todo el tiempo. Ella era joven e idiota, y aquella música le parecía horrible; tan o más terrible que el propio coche. A menudo se dejaba escurrir en el asiento para que sus compañeros no la viesen. Una noche les robaron el 600. Pocas cosas cambiaron, salvo el propio coche. En el Seat 127 que lo sustituyó siguió sonando flamenco. Entonces, un día se hizo mayor, casi de repente, y advirtió que ahora sí era una desgraciada de verdad: echaba de menos la felicidad del instituto, cuando su padre pasaba a recogerla en el 600, sin calefacción, y se calentaban con la guitarra de Paco de Lucía.

Ahora amaba el flamenco.

A las cuatro de la tarde se despertó sobre el sofá. La claridad la rodeaba. Tenía saliva reseca en las mejillas. Por unos instantes no supo dilucidar qué parte del día estaba habitando, ¿la mañana, la tarde? Cerró los ojos, y sin hacer nada, la vida se puso en marcha de nuevo. La asistenta le preparó un sándwich y a media tarde se dirigió a la sede de Caja Nacional.

No podía decir que se encontrase bien del todo. La cabeza había dejado de dolerle, sí, pero tenía la sensación de que su cuerpo pesaba veinte kilos más. De vez en cuando experimentaba un escalofrío.

A las seis y cuarto al fin entró en su despacho. Se quedó durante un intenso e incierto minuto mirando su retrato. No se cansaba de hacerlo. De vez en cuando giraba la silla y aún sentada se contemplaba con el ánimo de una desconocida. Se trataba de una obra de considerables dimensiones, con dos metros y medio de alto por uno cuarenta de largo, en la que aparecía sentada informalmente, con una pierna colgando de uno de los brazos del sofá, y en la que casi parecía advertirse un leve balanceo. Se veía intrigante, peligrosa, incluso sexy. El zapato a punto de desprenderse del pie, flirteando con el vacío, la dejaba en suspense.

A las seis y media llegarían los directores de negocios y riesgos. La caja preparaba la salida al mercado de Futuro, un nuevo producto financiero con vistas a una mayor provisión de fondos en el medio y largo plazo. Definitivamente, con ella en la presidencia habían asumido una política, como Aibar insistía en llamar, de «crecimiento audaz». Se suponía que ese nuevo producto haría de red de seguridad. En esencia, se trataba de valores emitidos por la entidad que no conferían al cliente ninguna cuota en su capital ni derecho de voto en la junta de accionistas. Eran perpetuos, no tenían vencimiento y su rentabilidad quedaba vinculada a la obtención de beneficios por parte de la caja. Dada la buena situación del mercado, en este momento sería viable ofrecer a los compradores elevados intereses. En una situación crítica los clientes no estaban a salvo de perder la inversión; en una situación crítica, de hecho, podía suceder cualquier cosa. Pero una situación crítica era la clase de escenario que difícilmente podía darse en el horizonte del que disfrutaba el sector. España estaba en racha.

El debate que se planteaba en la cúpula en aquel momento, ante la buena marcha de la economía, era a quién debían dirigir el producto. Aibar y los directores de negocios y riesgos, entre otros, tenían claro que, si aspiraban a

convertirlo en un éxito, debían actuar con arrojo y dirigir su emisión directamente a particulares. ¿Se trataba de un riesgo innecesario, o una locura, según advertían otros compañeros? Ella consideraba ese planteamiento una exageración. En un contexto estabilizado, próspero, aquel riesgo, si querían llamarlo así, equivalía a una clara oportunidad. Los particulares representaban un nicho inexplorado. Si tomaban ventaja al resto de entidades, que seguían enfocando los productos de riesgo a los inversores, podía obtener enormes beneficios. Ni bancos, ni fondos de garantía, ni fondos de inversión, ni grandes multinacionales ni aseguradoras: un producto de riesgo —moderado riesgo— dirigido a las familias. Todo un botín que se embolsaría el que llegase primero. Ese quería ser el resumen de la época de Aibar: ser decididos para sacar ventaja de actuar los primeros.

Si la red de sucursales se comprometía con el producto, aprovechando la confianza que depositaban en los empleados los clientes de toda la vida, resultaría mucho más fácil colocar a los pequeños ahorradores esta fórmula con la promesa de que daría beneficios rápidos debido a los altos intereses que ofrecían. Recaía en las manos de los empleados, en último término, el futuro del producto. Tal vez los particulares no confiaran en una campaña publicitaria, pero sí en lo que les aconsejase su banquero de siempre. Aibar pretendía jugar con ese margen de confianza, casi ilimitada, y empujarla al límite.

A las seis y media en punto los jefes de negocios y de riesgos entraron en su despacho. El primero llevaba un zapato desatado y hojeaba una revista. Sonreía de oreja a oreja. Levantó la cabeza y distinguió el cuadro, y debajo de él, a la mujer retratada.

—¿Qué lees, de qué te ríes? —preguntó Aibar.

Él irguió la revista sobre su cabeza y la agitó, imitando a un guardia de tráfico. Se trataba de un ejemplar de *Vogue*.

—De la ministra de Sanidad, o, para ser exactos, a partir de mañana exministra. —Los cambios en el Gobierno convertían la entrevista en un acontecimiento trasnochado, al que la actualidad había pisoteado sin misericordia.

—¿Qué dice?

—¿Qué dice? —repitió el jefe de negocios. Dirigió la página hacia Aibar para que la leyese ella misma.

—«La ministra que bebe leche» —leyó en voz alta—. Qué horror, leche.

¿Qué le pasa a la gente?

—«Vuelvo tarde del trabajo, la casa siempre está vacía, estoy allí sola, bebiendo una taza de leche, y quizá he pasado la jornada discutiendo enmiendas con la oposición» —leyó el jefe de negocios sin reprimir una gran carcajada.

—¿En serio?

Él asintió, encantado de descubrir que una ministra del Gobierno pareciese una imbécil.

—Me duele verla así, a punto de ceder la cartera. En el fondo, es una pobre mujer que tuvo la buena suerte, y la desgracia, de pasarle los apuntes a Leonora Mur en la facultad. Alvarellos le tiene aprecio, pero... No está este país, ni ningún país, como para perder el tiempo con vasos de leche. —Se levantó de su silla, se estiró la falda, y el gesto la puso de repente seria—. Bueno, tenemos asuntos que tratar. A las ocho he quedado con Riezu. Vamos a ponerlo muy contento con la concesión del préstamo.

El jefe de riesgos, que había permanecido en un silencio arrinconado, pobre, dejó escapar una fugaz risotada.

—Esos cien millones le van a poner en bandeja la reelección al frente de la presidencia.

—Podrá volver a fichar al mejor futbolista del mundo, un año más. —Aibar se volvió, y el giro puso un punto y aparte en la conversación.

La reunión se prolongó durante una hora plagada de informes de situación y estudios de mercado, tras lo que volvieron a concluir lo que ya habían concluido otras veces, y que convertía Futuro en la baza maestra de la entidad. Llegó un punto, entre las cifras, en que la presidenta olvidó del todo su cansancio. Estaba resultando una semana tan frenética que la velocidad de las cosas la obligaba a borrar el recuerdo de lo que hacía el día anterior para dejar sitio a los recuerdos nuevos, a punto de llegar.

Por épocas, el tiempo se volvía una arena fina. Apenas habían transcurrido siete días desde la formalización de la compra del Bank of Orlando, y desde entonces Aibar había viajado a Bruselas, Davos, Milán y Londres, presidido un consejo de administración y acudido a reuniones con Alvarellos, el ministro de Economía, el presidente del Banco de España y el homólogo del Banco Central Europeo. Cómo recordar un dolor, incluso un placer, en una vida que giraba continuamente.

El jefe de riesgos salió con prisa, alegando algo sobre su hija y unas clases

de chino en la Escuela Oficial de Idiomas, que ella no entendió porque no le prestaba atención; estaba reclamando al jefe de negocios el ejemplar de *Vogue*. No terminaba de creer las palabras de la exministra. Tal vez atesorase una inteligencia secreta, fuera de lo normal, que Alvarellos conocía. Ya no descartaba, tras tomar la revista y ver inscritas sus declaraciones, que el presidente la hubiese nombrado al comienzo de esta legislatura por algo, así fuese para tenerla a la vista y que no jugase con cerillas. Cerca podía ser menos peligrosa que lejos.

—Claudia.

La presidenta irguió la vista. Lo estudió, pero su mirada atravesó su cuerpo, así que en el fondo no lo vio. Creía que su colaborador ya se iba. La sorprendió tenerlo a su lado, de pie. Desprendía la mirada de quien va a decir la verdad.

—¿Hace mucho que no tienes noticias de Zúñiga?

Se lo pensó.

—No sé quién es Zúñiga.

—Tu exmarido.

—Lo conozco, sí. —Lo despreciaba tanto que no quiso pensar cuándo había sido la última vez que había oído mencionar su nombre. Se mantuvo en silencio, en solidaridad con su desprecio—. Intentó chantajearme el mismo día que el consejo me nombró presidenta, ¿te lo conté alguna vez? Lo último que supe es que lo despidieron de la universidad y que encontró trabajo en una academia, dando clases a niños ricos e idiotas.

—Creo que hay algo que deberías saber.

—Sobre mi ex me interesa mucho saber si se ha matado en un accidente de tráfico. ¿Es eso?

—No. La hermana de mi mujer trabaja en una editorial y me ha dicho que han recibido un manuscrito suyo, una especie de memorias. Ella no ha tenido oportunidad de leerlo, pero quien sí lo ha hecho le ha contado que dedica una buena parte del libro a destrozarte.

Aibar vio un fantasma. Primero no acertó a reaccionar, y al hallar el modo, se levantó, gritándose para dentro: «Tranquila, tranquila, piensa».

—¿Crees que podrías conseguirme una copia del manuscrito?

—Sin problema.

—Entonces nos vemos mañana. —Le dio la espalda y regresó a su mesa. No lo vio salir. Escuchó sus pasos, con sonido a goma, y al final el clic de la

puerta al cerrarse. Se asomó a las cristaleras del despacho y distinguió Madrid arrodillada ante la noche. El pecho le silbaba al respirar. Le costaba reaccionar. Consultó la hora. No tardaría en llegar el presidente del Madrid. Entretanto, creía que debía hacer algo, pero todavía no sabía el qué.

TREINTA Y UNO

En el rostro de los futuros ministros se mezclaban de un modo confuso la alegría y los nervios, en aquella hora deshilachados como una prenda usadísima. Héctor Niza los observó desde unos pocos metros de distancia, la justa para apreciar algunos tics: se toqueteaban la nariz y las orejas, ajustaban la chaqueta, espiaban los zapatos, se acariciaban la barbilla mientras ignoraban qué hacer con las manos, que se volvían juguetes antiguos. Intentó imaginar qué pasaría por sus cabezas. Quizá pensasen en su padre muerto, o en su padre vivo, en sus hijos, o solo en ellos mismos y en lo que les costó llegar hasta aquí, y lo que tuvieron que hacer para ello, o en si borraron aquel mensaje que podría leer su pareja, o si podrán usar los Falcon del Estado para volar a donde les apetezca. Tal vez pensasen en aquel día que, después de un accidente, despertaron vivos en un hospital, y desde entonces se tomaron cada jornada como un regalo, o en aquel otro en el que se despertaron y se sintieron solos y desamparados. Él mantenía fresca la imagen que le vino a la cabeza del ya lejano día que juró el cargo de ministro de Economía tras la primera victoria electoral del Partido Conservador. Era la imagen de un recorte de prensa que guardaban en casa, en la que se anunciaba el ingreso de su padre y su hermano en la prisión de Carabanchel en los años sesenta. Ese recorte representaba una vergüenza familiar y por eso se guardaba, donde no se perdiese y a la vez no se encontrase cada poco. Cada vez que lo abría contra su gusto, sentía entre las manos algo semejante al cuerpo de un niño muerto que le helaba el corazón.

Para sus adentros, sonrió ante el cambio de velocidad y rumbo que iban a experimentar las vidas de los nuevos nombramientos. De ahora en adelante, y casi de repente, a partir de un minuto y su segundo concreto, ya no dejarían de gestionar conflictos hasta el día que cesasen en sus funciones. Y aun después; eso ya se vería. Pronto iban a asustarse y a la vez vibrar con un

poder que les provocaría nostalgia de no haber sido ministros mucho antes.

Un poco más a la derecha de la estancia, reparó en el grupo que formaban los máximos responsables de la Policía Nacional y la Guardia Civil, que departían con el ministro del Interior, que iba a sumar a su cartera la de ministro portavoz. Ledesma irradiaba exuberancia. Incluso su discreta cojera, diluida en un gesto que algunos días parecía táctico, brillaba a la manera de una virtud insomne. En su rostro no se mezclaban confusamente nervios y satisfacción. No había mezcla. Disfrutaba de un completo y solitario entusiasmo. La gente como él había asesinado sus propios nervios en su juventud. Mantenía los brazos cruzados al pecho, dominando la situación, o sujetándola, y en su risa quedaban bosquejados todos sus sueños y aspiraciones políticas. Era el hombre fuerte del partido dentro el Gobierno y no había descansado hasta que Alvarellos compensó el poder que concedía a un tecnócrata que pasaba a ser vicepresidente y ministro de Economía, nombrándolo a él biministro. En las últimas semanas, quizá previendo este instante en el que sumaba más poder al que ya poseía, se había afeitado la barba. La pérdida le había legado un gesto árido, desgastado por algún tipo de desierto interior, con sus vientos y sus intemperies. La barba, al cubrir los pliegues, tendía a igualar las reacciones, y la afabilidad podía pasar por la aridez, o al revés, y el buen humor por el malo.

Ledesma estaba licenciado en Derecho, pero carecía de cultura. No la necesitaba; él sabía cómo funcionaba un partido y qué había que hacer para ganar unas elecciones, y eso para Alvarellos era más valioso que un ministro que hubiese leído dos veces la Enciclopedia Británica. En su figura se fundían el confabulador y el ambicioso, el inmoral y el estratega, y eso hacía de él alguien peligrosísimo, y de gran utilidad para un presidente, rodeado siempre de enemigos y necesitado de pretorianos que lo defendiesen de su acecho.

Ledesma era un hombre brusco, pero muy religioso. Su modo de hablar moldeaba una violencia diplomática. No usaba una palabra amable si podía emplear una hosca, que intimidase a su interlocutor. Todas las mañanas acudía a misa, estuviese donde estuviese. Su religiosidad no era incompatible con la mano dura. Después de año y medio al frente de Interior, ultimaba la nueva Ley de Seguridad, especialmente dura y restrictiva. Odiaba a sus rivales, a la oposición, a la prensa, a los moderados. En secreto, también odiaba a Niza. Era un odio sano, compatible con sus ideas de Dios o del

amor. En su cultura política no se podía vivir sin aborrecimientos. Había que odiar algo, a poder ser varias cosas, no solo una. De lo contrario, la existencia se volvía demasiado larga y saludable. Podía decirse que de Ledesma Niza también lo odiaba todo, pero más que nada sus resoplidos. Cuando estaba en silencio, emitía unos sonidos broncos, que demostraban la existencia de fantasmas, y que nunca dejaba salir de la boca. Desde fuera, sin embargo, se escuchaban igualmente. A Niza le recordaban a una pareja de sordomudos que había tenido de vecinos mientras cursaba el máster en Berkeley. Al principio le parecieron vecinos ideales. Pero lejos de permanecer en un completo y obstinado silencio, aquella pareja emitía a determinadas horas bufidos impenetrables, roncos, animales, en una desesperación resquebrajada del lenguaje.

Su mirada y la de Niza coincidieron en la misma línea invisible, demasiado estrecha para dos. Héctor irguió las cejas, a modo de saludo hierático, ajeno, y Ledesma replicó elevando la nariz, con vago interés por cumplir, con indiferencia. A buenos modales, o a modales fríos, no le ganaba nadie. Para eso estaba la religión.

En la rivalidad secreta que mantenían, y que solo ellos conocían, pese a que nunca la habían declarado de un modo formal, con un encontronazo público —para qué, si ellos secretamente sabían que se odiaban—, en momentos así se afirmaban los pilares de todo aquello que los unía y que era lo que no podría mantenerlos nunca cerca al uno del otro. A su manera, aquellas miradas salvajes constituían la prueba de que en ese instante se batían en un duelo invisible, y una tranquilidad como de calle vacía, con sus luces y oscuridades reflejadas en los charcos, los rodeaba e iba empujando ese instante en el que uno retira la mirada y pospone el aborrecimiento para una ocasión aún más perfecta.

Niza acarició la corbata, que estaba torcida, y se dirigió a los nuevos ministros, a los que seguían sobrándoles las manos, los bolsillos, el sudor, los tics, o la calma total, en algún caso.

—¿Nervios? —preguntó a todos a la vez.

—No me equivoco si digo que este es uno de los peores momentos de mi vida —bromeó a medias el futuro ministro de Medio Ambiente, mientras se retiraba el sudor de la frente con un pañuelo de tela.

Niza reparó en que sería el único ministro del Gobierno completamente calvo y sin duda el más gordo. Tembló ante la idea de convertirse él mismo

en un ministro calvo algún día. Le puso una mano en la espalda y notó que hervía.

—Tranquilo, habrá más días así y les tomarás cariño —lo calmó.

La dramaturga que en breve iba a ser conocida también como ministra de Cultura se animó a confesar que antes de salir de casa había tomado una copa de ron Saint James. De ahí su temple, confesó. Niza no supo si creerla. Tratando de descubrir la verdad en su mirada, espío sus pechos y su cintura, ya puesto.

Poco a poco, la estancia se había ido llenando de representantes de las diferentes instituciones del Estado, que acudían a las tomas de posesión para recordar que ellos ingresaron primero en aquel entramado. Niza adoraba estos instantes de solemnidad gracias a que había aprendido a verlos como comedia y no como drama. Abandonó el grupo de ministros y se acercó al jefe del Estado Mayor de la Defensa, al que vio llevarse el empeine de un zapato a la pernera del pantalón para lustrarlo. El mundo se volvía infinitamente interesante si uno posaba la vista en los detalles insignificantes en los que se apoyaba. No hubo ocasión para intercambiar impresiones; en ese momento se abrió una puerta y apareció Alvarellos. Cargaba su gravedad sobre pasos livianos, para sortear charcos invisibles, y su cabeza parecía más caballuna que de costumbre. En el umbral de la puerta, estiró los puños de la camisa y se tocó la corbata, en una sinfonía de gesticulaciones que convocaba las atenciones sobre su presencia. Su figura ardía a lo lejos y las miradas se volvieron interesadas en el fuego. Los muy tranquilos y observadores, entre ellos Niza, distinguieron que se había recortado el pelo. Todo se volvía coincidente y liso en su aspecto, hasta someterse, empezando por su pelo y la dictadura de la raya apostada a la derecha, al hastío de lo uniforme. Y, sin embargo, era un hombre impenetrable, cuyo aspecto anodino, por momentos animal, equivalía a todo lo contrario.

En una maniobra ceremoniosa fue departiendo brevemente con los distintos invitados. A su manera, pero pasaba revista. Al completar la ronda, se demoró con el presidente del Tribunal Constitucional, dueño de unos pómulos hinchados, ojos muy gordos, sin color, que recordaban a un pez muerto, comestible. Podía confundirse también con alguien que no conciliaba el sueño desde hacía años. En las hombreras de su chaqueta se constataba la presencia de caspa, aparecida casi de la nada, del cielo, pues también él era un hombre casi calvo. Estaba muy gordo y, curiosamente, casi delgado de

cintura hacia abajo. Farfullaba de un modo más o menos poético expresiones como «pff», «burr», «uff», «grr». Sabía que la muerte del anterior presidente del Tribunal Constitucional en el parador de Pontevedra lo había empujado a un cargo al que no estaba llamado, pero la vida a menudo reclamaba a uno así, por accidente. Una vieja militancia de su padre en el Partido Conservador certificó el aval que necesitaba. El país se hacía aún preguntas sobre la muerte de su antecesor en una solitaria habitación mientras Alvarellos inclinaba el tablero para situar en la presidencia del tribunal a su favorito.

Intercambiaron comentarios sobre sus vacaciones navideñas, ya demasiado atrás. Parecían no escucharse demasiado entre sí, aunque lo disimulaban. Alvarellos había perfeccionado sus sentidos hasta el extremo de levantar pensamientos sobre asuntos lejanos a la vez que atendía a su alrededor. Los gestos con los que fingía expectativas se habían vuelto enfáticos, así que nadie dudaba que les confería total atención, mientras resolvía otros problemas. Aquel modo de estar en dos sitios a la vez insinuaba un poder secreto.

—¿Cuándo habrá sentencia sobre el asunto catalán? —preguntó, acercándose tanto al magistrado que notó el olor a tabaco de su piel.

El presidente del tribunal asintió despacio, con invulnerable armonía.

—Cuestión de meses, calculo. —Se aferró a su barbilla.

—No habrá sorpresas, ¿verdad?

—Nooo, simplemente, es un tema delicado. Hay que ir con pies de plomo. Comprende que eliminar algunos artículos del Estatuto entraña...

—Sé lo que entraña —lo cortó—. Pero confío en ti. —Alvarellos golpeó con suavidad su hombro izquierdo, en delegación de confianza.

El tiempo pasaba extrañamente, como si lo normal hubiese sido que solo se balancease, pero sin avanzar. Algunos de los presentes empezaron a mirarse entre ellos, señalando sus relojes en una maniobra de refutación. El acto acumulaba un inusual retraso, el rey ni siquiera se había presentado.

—Veinte minutos ya —precisó Ledesma, que con un dedo golpeó con gravedad histórica la esfera de su Rolex, tal vez para ponderar que la vida los aplastaría a todos antes o después.

A su lado, el presidente del Senado hizo las correspondientes averiguaciones en su propio reloj y asintió.

—¿Tienes planes, ministro? —preguntó un Alvarellos surgido del interior de su sombra.

El ministro del Interior meneó la cabeza, imitando a un péndulo. No podía decir ni que sí ni que no, pues en el fondo temía que ambas respuestas fuesen falsas.

—En algún momento he de ir al baño —respondió con poca ambición, en una asunción de que en los instantes vulgares los hombres se igualaban.

—Vete —lo invitó Alvarellos.

—Puedo aguantar.

El presidente del Senado se sacudió una solapa de la chaqueta en la que creyó ver unos molestos pelos. La fricción despertó un sonido parecido al de un arpa.

—De todas formas —observó Ledesma con los brazos cruzados al pecho —, es un poco extraña esta tardanza. Impropia de Zarzuela.

—Quién lo diría, con tantos relojes en todas las estancias... —dijo el presidente del Senado, que giró sobre sus talones y contó al menos tres.

—El día que seamos absolutamente puntuales este será el país más próspero del mundo —vaticinó Ledesma.

—Ese día tal vez nos llamemos Alemania, Suecia, Noruega o una sosería por el estilo, y además de un país próspero seremos un país aburrido. —Alvarellos miró al infinito de la pared, con total desprecio por los vaticinios sobre lo que algo puede llegar a ser y que nunca será—. Centrémonos en ser ricos, divertidos y un poco cantamañanas. No nos ha ido tan mal así. —Y aún añadió—: La puntualidad acaba fabricando gente maniática.

—Qué sería de uno sin manías —aseveró Ledesma, casi sin darse cuenta, intentando olvidar que se hacía pis.

Entre bromas sobre relojes el acto siguió adquiriendo retraso. Algo pasaba, pero nadie parecía saber el qué, salvo quizá el ministro de Justicia. Hacía rato que entraba y salía de la estancia, menos por inquietud de piernas que por una pauta. Sus movimientos sugerían conocimiento. A veces lo abordaba algún funcionario de la Casa Real, con aspecto de jurista, que le mostraba un papel y se alejaba. Alvarellos le dirigió una señal con la cabeza para que diese unos pasos hacia él.

Manuel Pergó era alto y grueso, pero elegante. Su afonía, incurable, endurecía su presencia. Equivalía a un grito que no necesitaba dar, pero que se proyectaba de todas formas en la imaginación. Cuando hablaba, a su lado todos se volvían un poco siervos, aunque al callar se restablecían las jerarquías. La conversación entre Pergó, Alvarellos y Ledesma, que se sumó

sin que lo convocasen, duró apenas un minuto. Fue un minuto intenso, serio, que empujaba las columnas. No quedaban muchos minutos así, quizá solo unos pocos al año. El ministro de Justicia les expuso la verdad y a continuación esta los disgregó. Esa huida marcó el fin del minuto. Alvarellos regresó junto al presidente del Constitucional y Ledesma, más sensible a la verdad, agachó la cabeza y miró sus zapatos, como si quisiese buscarse en su brillo. Enseguida se rehízo y se sumó al grupo en el que ahora estaban Niza, el presidente del Tribunal Supremo y el fiscal general. El círculo olía a un poder impoluto.

En la impaciencia por la espera, los círculos se deshacían y se renovaban. Niza se desligó del suyo y se acercó al ministro de Justicia.

—¿Pasa algo? —preguntó en el tono de quien sabe que antes o después casi todo cae.

Pergó se volvió en un estado de gran sensibilidad. Tenía el teléfono móvil en la mano y estaba sonando. Niza le devolvió un gesto tranquilizador, para que respondiese.

La conversación se prolongó medio minuto, a base de *ajás*, *sísíes* y *por supuestos*.

—Claro que pasa. —El ministro de Justicia arrojó la frase al suelo, igual que una cajetilla de tabaco vacía.

En un locuaz instante tomó a Niza por un brazo y se dirigieron a una zona discreta. Le explicó que el día anterior el director del gabinete de Alvarellos había elaborado los decretos de nombramiento de los ministros y los había enviado al Boletín Oficial del Estado para su publicación. En el caso de Ledesma, el decreto lo designaba ministro de Fomento y portavoz del Gobierno.

—Pero cuál fue mi sorpresa, cuando por la noche me llamó el presidente y me dijo que Ledesma sería biministro. Es decir, ministro de Fomento y ministro portavoz, que parece lo mismo, pero es muy diferente.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto. —Lo miró con una superioridad involuntaria—. El decreto que esta mañana publica el BOE dice que «se dispone que don José Ledesma Prieto, ministro del Interior, asume las funciones de portavoz del Gobierno». Eso es incompatible con que Ledesma sea ministro-del-Interior-y-ministro-portavoz-del-Gobierno. Me he enterado cuando un letrado de Casa Real, al llegar, me ha mostrado el BOE. Tenemos un problema, desde luego.

—Pero algo se podrá hacer.

—Hablar con la directora del BOE para que admitan la publicación de una corrección de errores. Eso es todo lo que se puede hacer por ahora.

—Pero ¿y mientras...?

Pergó iba a responder cuando se les sumó Alvarellos. Por primera vez parecía que el retraso le hacía mella.

—Ministro, ¿has solucionado el problema?

—Estamos en contacto con el BOE. Si aceptan introducir una corrección de errores en su edición digital, el problema estaría resuelto y podríamos empezar.

—Pero ¿quién se va a fijar en si el BOE dice «ministro del Interior y portavoz» en lugar de «ministro del Interior y ministro portavoz»? Estamos hablando de una maldita palabra. ¿Es que una palabra puede paralizar un Estado? —Elevó la voz.

Algunas miradas se volvieron discretamente.

—Me temo que una palabra importa mucho —respondió el ministro de Justicia—. Esa palabra marca la diferencia entre hacer las cosas bien y cometer un acto contrario al derecho.

Alvarellos se alzó sobre la punta de los pies y volvió a posarse en el suelo. No podía creer que, en vísperas del encuentro con el presidente de Estados Unidos, su gobierno se viera amenazado por la gramática.

—Nos exponemos a un ridículo mundial —advirtió.

—No sé qué pensará Casa Real, presidente, pero si pretendemos convertir a Ledesma en biministro con el decreto que hoy publica el BOE, tendré que ausentarme. Soy el Notario Mayor del Reino y no estoy dispuesto a dar fe de lo que no es posible dar fe. Eso sí sería un ridículo histórico. Nos convertiríamos en uno de esos casos prácticos que se estudian de las facultades de Derecho y cada año se reiría de nosotros una promoción de estudiantes nueva.

Alvarellos se pasó la mano por la frente, para asegurarse de que el flequillo no se había movido. La imagen de la facultad de Derecho tensó su musculatura.

Faltaba Ledesma en el grupo y se sumó en ese momento.

—¿Asunto arreglado?

—No —contestó Alvarellos con tono cortante.

El teléfono de Pergó volvió a sonar. Era el director del gabinete de

Presidencia. Buscó un lugar silencioso desde el que hablar y empujó una puerta que no tenía claro a dónde conducía. No se sorprendió al encontrarse al rey hundido en un sofá de orejas, con las piernas completamente estiradas y ojeando una revista. Desprendía ese aire aburrido, pero resignado, de los hombres que no saben qué hacer con una hora inesperadamente vacía. En una pequeña mesa había varios vasos y una botella de ron. Cuando irguió la cabeza y vio al ministro a punto de descolgar el teléfono, lo saludó con escaso espíritu. Pergó sonrió sin sorpresa y le dio la espalda momentáneamente.

La conversación con el director del gabinete se dirimió en términos sucintos. Duró otra vez menos de un minuto, quizá en acatamiento de la suposición de que la vida estaba formada por una concatenación de medios minutos. El BOE acababa de publicar la corrección de errores que permitía a Ledesma jurar el cargo. Pergó respiró hondo y miró a los techos del palacio, y colgó. Al volverse, el monarca le hizo una cariñosa señal con la mano para que se acercase, igual que a un nieto.

—Menuda mañana, eh, ministro...

Este no acababa de creerse que la crisis hubiese encontrado solución. Se concentró en respirar y felicitarse.

—Primero hemos estado a punto de celebrar una toma de posesión ilegal y después a punto de que no hubiese toma de posesión. A los invitados les sorprenderá saber que al final va a haber toma de posesión —dijo.

—Si la gente supiese cómo funciona un Estado por dentro... Es mejor que no sepan. Así estamos todos más tranquilos. ¿Un trago? —El monarca señaló a la botella.

—Nos están esperando, majestad —titubeó el ministro.

—Que esperen un poco más. —El rey tomó sus dudas por un «sí» y vertió unas gotas en un vaso.

Brindaron. Bebieron.

—Las doce y un minuto —dijo el jefe del Estado, para constatar el retraso casi perfecto que llevaba su agenda esa mañana—. Es agradable vivir sin saber si podrás hacer todas las cosas que planeabas. Esto ha sido toda una lección. —Se golpeó las piernas y se puso de pie. Le crujieron las rodillas como si se hubiesen desprendido las rótulas, pero eso no impidiese caminar normalmente.

La realidad se encauzó, produciendo una onomatopeya que remitía a una

especie de clic. Sin más, los hechos fluyeron con fuerza. Todo adquirió hechuras breves, y la vida al fin viajaba rápido, pisoteando sus minutos. Hubo una explosión de escenas y gestos. Los nuevos ministros prometieron sus cargos, se hicieron fotos de recuerdo, hubo bromas, impensables hasta hacía un rato, y cuando los medios gráficos se retiraron, se disfrutó de un aperitivo, durante el que hubo más bromas. Ledesma incluso fue al baño. Pero también eso pasó enseguida. El día estaba desatado. Después del monarca, que desapareció para cumplir con su agenda, empezaron poco a poco a despedirse también los invitados y a continuación los nuevos ministros. En un momento dado, Alvarellos se quedó a solas con Niza, Ledesma y Pergó, su núcleo duro.

—Hay algo que quiero comentaros.

El Gobierno se dispuso a su alrededor. Se tocaban sin querer. Niza metió las manos en los bolsillos y se fijó en las de Ledesma, cuyo tacto le recordó a una lubina. El ministro del Interior se acarició la cara precisamente con las lubinas, extrañando su barba, y el de Justicia ejerció un hieratismo que se comportaba sabiamente. Al tomar aire, a Alvarellos le silbó la nariz.

—Todo apunta a que cada vez está más cerca la alianza de Lihn con Carlos Ginzburg. Y ya conocemos la enorme influencia de Ginzburg en Estados Unidos, México y prácticamente toda Sudamérica. No me gustaría ver toda esa plataforma al servicio del Grupo Prensa Nacional. No nos interesa.

—El secretario del Tesoro estadounidense —intervino Niza— me trasladó que Ginzburg va a firmar en breve un aumento de su participación en Times Company del seis al doce por ciento. Ya es el empresario de la comunicación más influyente del mundo.

Alvarellos interrogó con un gesto a Ledesma.

—Hace un mes Ginzburg y Lihn se reunieron en un restaurante de Estocolmo. No sabemos exactamente de qué hablaron, pero estuvieron juntos varias horas, según nuestra inteligencia. Y hace una semana, ya sabéis, Ginzburg estuvo en España. Después de reunirse con el rey y con el presidente, sabemos que se dirigió a una cacería en la finca La Robleda de Toledo. Es la finca de Lihn. Durmió allí y al día siguiente regresó a México.

—Como veis, la cosa va muy en serio. No sabemos cómo puede estar de avanzada la negociación. Hay que tratar de frenarla sí o sí. Para nosotros sería un desastre, por muchas razones.

—Entonces... —empezó a decir Niza.

—Entonces quiero echar toda la mierda que tengamos contra Lihn. — Alvarellos señaló al suelo con el dedo índice—. Tanta que salpique a Ginzburg, que no tendrá más remedio que apartarse. Sería muy bueno que la Agencia Tributaria abriese una inspección contra él. Ya nos inventaremos algo. Quizá ni sea necesario. —Miró a Niza, y la mirada lo expuso todo, con facilidad para la palabra.

—Entiendo —afirmó el vicepresidente.

—Necesitamos armar ruido. Ya sabemos cómo funciona este circo. Lo importante es lo que suceda al comienzo: la presunta culpabilidad. —Hizo girar la alianza en su dedo corazón—. Ministro. —Se volvió hacia el titular de Justicia.

—¿Sí?

—He hablado con el fiscal general, lo poco que se puede hablar con alguien en un acto como este. No le he comentado nada. Simplemente, le he hecho saber que le pediremos un favor, que esté preparado. Lo normal es que la Agencia Tributaria presente la querrela por algún tipo de delito fiscal, que el Ministerio Público deberá admitir a trámite enseguida.

En silencio, se escuchó el desplazamiento de las salivas.

—No os pregunto qué os parece. Hay que hacerlo, y ya está. Nos jugamos el pellejo. Mientras dure el proceso, no creo que Ginzburg se exponga a firmar el acuerdo. Y ya no digamos si conseguimos sentarlo en un banquillo. Si es imputado, y tiene que declarar en un juzgado, eso ya sería bastante. ¿Quién querría establecer una alianza con alguien así?

El grupo se disgregó. Ledesma fue el primero en marcharse. Dijo que su madre cumplía noventa y dos años al día siguiente y querían celebrarlo lo antes posible, con una misa y una comida especial en las vísperas, por si acaso. Niza se lo quedó mirando con el rabillo del ojo mientras se alejaba. Cojeaba como solo hacía él, siguiendo el ritmo de un vago vals que no sonaba. Tal vez no fuese cojera, pensó, sino estilo. Esa decadencia de los pasos, con su caída y su subida, dejaba un retrato fiel tras de sí. Niza creía que alguien tan malvado, en cuyas manos recaía el control de las fuerzas de seguridad y de los servicios secretos, solo podía ser cojo.

Niza regresó al ministerio. El rango de vicepresidente obligaba a cambios en el organigrama que a su vez exigirían incorporaciones, traslados, mudanzas, ceses, nombramientos. Se encerró en su despacho con sus secretarios de Estado para ultimar lo urgente: la reforma de la financiación

autonómica que se debatiría en el consejo de política fiscal y financiera de la próxima semana, al que los catalanes iban a llegar en pie de guerra.

Cuando se dio cuenta, habían pasado seis horas frenéticas en las que había comido en el edificio, retomado las reuniones, conversado por teléfono con el ministro de Economía del Reino Unido, el presidente del Banco Europeo y por último su hija. Al acabar la jornada, quiso airearse y caminar un rato hasta el restaurante José Luis, en el que había quedado para cenar con Carl Johnsson. Salió por la calle Doctor Fleming con su jefe de gabinete. La noche se había cerrado, como si tuviese un acceso y ahora nadie pudiese salir. Dos escoltas los seguían unos quince metros por detrás, ajenos a la temperatura. Niza sentía un hormigueo en la cabeza, leve, del que a menudo se libraba paseando. Era temprano para acudir al restaurante y le pidió a su colaborador que se tomase una copa con él para hacer tiempo. A los pocos metros, desde la otra acera, una mujer que paseaba a un galgo italiano lo reconoció y le gritó algo que no entendió del todo bien, relacionado con la subida de los impuestos de alcohol y tabaco que había entrado en vigor con el nuevo año. La saludó con la mano y siguió caminando. Con los pasos, se le fue borrando la sonrisa.

Entraron en el Lolita Lounge y Niza pidió un gin-tonic que bebió con una mezcla de avidez y lentitud, ritmo al que se acompasó su jefe de gabinete. Hablaron poco. No estaban tan desesperados. Acariciaron el tiempo mirando a la clientela, parte de la cual a su vez miraba a Niza y lo reconocía en silencio. Después de años haciendo frente a ese tipo de miradas, el hartazgo había acabado por ser una modalidad de diversión. Le gustaba asistir al momento en el que la gente reparaba en él y lo reconocía, y simulaba en muchos casos no conocerlo de nada. Entre quienes ignoraron a la perfección su presencia, Niza reconoció al cantante Coque Malla, que se había dejado bigote y se peinaba hacia atrás, como John Travolta en *Grease*. Acompañado de una pareja, sobre su mesa había ocho cervezas.

Se quedó con ganas de una segunda copa, pero ya era la hora. Se despidió de su colaborador y se dirigió, otra vez andando, al restaurante, que se encontraba apenas a dos minutos. El reencuentro con Johnsson resultó reparador y se volvió un final de día perfecto. No descubrió en su rostro ni un solo desperfecto desde su último encuentro, hacía dos años. Le alabó el cabello, cuya blancura seguía ondulando con brío. No parecía haber perdido ni un solo pelo.

—El secreto está en peinarlo tres o cuatro veces al día.

—¿Sigues llevando el peine en el bolsillo?

Orgullosa, el congresista extrajo un peine del pantalón, con las púas muy finas. En un extremo podía leerse su nombre en relieve, con letras doradas. Lo mostró como un trofeo y volvió a guardarlo, ya como un secreto.

TREINTA Y DOS

Aquel despacho olía a coche nuevo. Qué curioso, pensó Riezu, que se preguntaba si habría un ambientador con esa esencia, o si solo se trataba de una acumulación de objetos de estreno. Pero más que un olor, en el despacho se imponía un orden gélido, casi alfabético, que para existir suponía cierta dictadura humana. Las cosas producían un efecto de intemporalidad, en la que todo tenía su sitio, y solo su sitio, desde el principio de los días. Los objetos pequeños, los grandes, incluido el enorme cuadro que ocupaba por entero una de las paredes, los libros de legislación que llenaban las estanterías de arriba abajo, todo, hasta los bolígrafos o los abrecartas o los pósits, se atenían al cumplimiento de una ley adivinada: la de que cualquier cosa tenía su sitio, y solo uno, y no podía alejarse de él.

Más allá del despacho se intuía que el bufete se había ido quedando vacío. Apenas resistían encendidas algunas luces. De vez en cuando se distinguían, más como una forma de nostalgia que como un ruido, los tacones de la secretaria cubriendo un trayecto a cuyo final uno se quedaba con ganas de más. Riezu y su abogado, en una soledad irreparable, repasaban por enésima vez la declaración que el presidente de VHS prestaría al día siguiente ante la jueza. El abogado insistía una y otra vez sobre lo mismo, y en lo que ya había insistido el día anterior, y la semana pasada, demostrando que no importaba si la vida era corta, porque después de todos los días de que estaba formada, jamás encontraban su fin.

Riezu se había reunido con el fiscal general, que le había prometido hacer lo que estuviese en su mano para que aquel trámite enojoso acabase lo antes posible y bien. Exactamente, le había expresado su confianza en que todo «iría razonablemente bien». Y, sin embargo, ahora lo recorría un desasosiego indescifrable. La confianza del fiscal en el futuro no se transformaba, de un modo automático, en su propia confianza. ¿Qué importaba lo que creyera un

hombre si solo contaba lo que un hombre temía? Su abogado sostenía que era bueno albergar temores. De ahí la obstinación con la que preparaban la declaración. Era un toma y daca sobre sus encuentros con el presidente de la Comunidad Valenciana, los encuentros con otros cargos de su gobierno, o si tenía conocimientos de alguien que los mantuviese en nombre de VHS. El letrado preguntaba y él respondía sobre las adjudicaciones, si alguna vez había hablado de ellas con el mandatario valenciano, o con sus consejeros. Riezu insistía en que sus empresas se presentaban cada año a unas mil setecientas adjudicaciones. De la mayoría, no tenía conocimiento directo. Pero sabía que, por volumen de negocio, había decenas de adjudicaciones más especiales que la del hospital de Valencia. VHS era un conglomerado de empresas que operaba en muy distintos ámbitos, desde el inmobiliario hasta el de servicios, pasando por la tecnología, los seguros o los hoteles. Sabía que las adjudicaciones se ganaban y se perdían. En la Comunidad Valenciana, de hecho, habían perdido el sesenta por ciento de las adjudicaciones a las que se habían presentado.

Después de semanas regresando a las mismas preguntas y las mismas respuestas por caminos distintos, Riezu empezaba a desear el momento tan temido de sentarse ante la jueza y la fiscal. En horas de desesperación, la infelicidad podía ser una buena idea. También encontraba cada vez más heroica la entrega del equipo de abogados, obsesionados con no dejar nada a su suerte.

—¿Falta mucho?

El abogado levantó la cabeza y resopló con una sabia paciencia.

—Siempre falta algo. En Derecho existe un resquicio para todo. Hay que hacerlo lo más pequeño posible, o por ahí llegará la perdición.

—Entiendo, pero...

—Te contaré una historia. En mis primeros años de abogado, cuando trabajaba en el turno de oficio, me tocó representar a un atracador de bancos y miembro de una saga de tipos duros que iban a la cárcel por ir. Después de todo, si no sabes qué hacer con la libertad, la cárcel es un consuelo. Ya había conformado con el fiscal una reducción de la pena de prisión si el acusado admitía la autoría del atraco. Así se evitaba el trámite del juicio y la posibilidad de que el juez acabase imponiéndole la pena más severa. «Conformamos, ¿no?», le pregunté al cliente por mero trámite. «Pero si yo no hice nada», me respondió, agarrándose a la posibilidad, poco probable, de

que se celebrase el juicio y lo absolviesen de chiripa. «Atracaste un banco a punta de cuchillo, está grabado», le dije con mis últimas dosis de paciencia. «Pero solo agarré dos mil euros», alegó. Le recordé que había empleado un cuchillo de treinta centímetros de largo. «Esto es poco, tiene que haber más», le dijo al empleado de la caja cuando le entregó dos mil setecientos noventa y nueve euros, y le puso el arma en el cuello. En fin, esta era un poco la situación cuando trataba de convencerlo para llegar a un acuerdo con el ministerio público. Entonces, procedió al gesto más nihilista y bello que he visto en mi vida de abogado. Metió una mano en el bolsillo, sacó una moneda y dijo: «Mira, si sale cara, conformamos; si sale cruz, vamos a juicio». Fuimos a juicio y él cuatro años a la cárcel, uno más que si hubiésemos conformado con el fiscal.

El presidente de VHS asintió, más impresionado por el carácter irreductible del atracador que por la parábola.

A las diez de la noche se despidieron hasta el día siguiente. Se verían en Barajas, para volar a Valencia en el avión de Riezu.

El presidente de VHS pasó la noche en blanco. Se acostó a la vez que su mujer, después de apagar una por una las luces de la casa que había encendido por la mañana. Ella se quedó dormida enseguida, mientras intentaba contarle a su marido algo que había oído sobre la novia de un futbolista del Madrid. Cayó muerta de sueño con la palabra en la boca. A él le resultaba agradable escuchar su respiración. Había noches que, en mitad de su insomnio, tenía la sensación de que ella dejaba de respirar, pues el hilo del aire entraba con una inquietante demora. Entonces se acercaba mucho a ella, hasta casi rozar su cara, y advertía una respiración muy tenue, suficiente.

No tardó en levantarse. Al principio creyó que podría entretenerse con un viejo libro de relatos de boxeo que había comprado años atrás en un viaje a La Habana y que había redescubierto hacía poco. La lectura decayó enseguida; comenzaron a dolerle los ojos, en los que sentía unas punzadas agudas. Cualquier asunto sobre el que intentase pensar desembocaba en la declaración de esa mañana. No advertía de modo consciente la transición de un pensamiento a otro: de pronto ya solo tenía en mente el juzgado. Trataba de imaginar cómo se desarrollaría todo, aunque enseguida esa especie de recuerdos futuros se embrollaban y él luchaba por pensar en otra cosa de nuevo. Pero esas otras cosas lo expulsaban otra vez hacia la declaración. A veces creía que no había derecho a que las personas que eran felices y

ganaban millones y daban trabajo a miles de hombres y mujeres en muchos países a los que ni siquiera conocían, y que gracias a ello sacaban adelante a sus familias, pasasen por malos tragos, como verse atosigados por la justicia. En el fondo, él solo era un pequeño hombre pensado para la felicidad. Se había ganado ese derecho. No sin enormes esfuerzos y riesgos se había hecho multimillonario, sí. ¿Iba a perseguírsele por eso? ¿La realidad se volvería un lugar más agradable si él fuese pobre? ¿Ya no existía humanidad en el mundo?

A las nueve y media tocaron tierra en el aeropuerto de Manises. Habían llegado a Valencia con bastante adelanto sobre la hora a la que estaban citados. La mañana estaba clara y en el aire, aunque agradable, flotaba la angustia propia de las jornadas en las que las esperanzas se mezclan con los temores y pierden la batalla. Enfilaron la avenida del Cid. Riezu se inclinó hacia el asiento del conductor y le pidió que hiciese una parada en el primer café que pudiese, le daba igual qué bar. Sería una parada de ansiedad y de placer. Salido de la nada, experimentó el deseo de sentirse un hombre cualquiera, humilde, a su suerte, que va a donde su traje lo lleve.

—¿Va todo bien? —preguntó el abogado, ciñendo sus rasgos.

Riezu lo tranquilizó con un golpe cariñoso en la pierna. Solo era un brote de normalidad, el capricho de un café en un bar común, de improviso.

—Todo perfecto. Tengo ganas de mear —se deshizo en explicaciones.

El automóvil aminoró la marcha.

—¿Aquí? —preguntó el conductor, que señaló un café de barrio llamado El Chaparral.

—¿Dónde estamos?

—En Xirivella.

—Puede valer.

Riezu no recordaba la última vez que se había detenido en un extrarradio. En su estilo de vida no existían las afueras, todo se volvía centro, ojo del huracán, núcleo, ese punto en el que el poder y sus influencias irradiaban la energía que hacía que el mundo girase y hubiese afortunados y desgraciados, ricos y pobres, triunfadores y derrotados de antemano.

Azotaba el viento. Habían recalado en un local pequeño, limpio y desapacible, aunque humano, al que un desconocido va una vez en su vida y después nunca lo recuerda, hasta que otro día, quizá empujado por los mismos fantasmas, visita un sitio parecido, que al poco también olvida. A

aquella hora no había nadie en la barra. Olía raro, o mal, pero fue agradable entrar y dejar de escuchar el viento. El único cliente, sentado a una mesa, leía el periódico con la pasión de quien parece que va buscando su nombre, o el de alguien cercano, en el cuerpo de alguna de las noticias. El camarero era un muchacho joven, quizá el hijo del dueño. No pasaba de los veinte años. Había en su modo veterano de desenvolverse una tradición familiar, que esperaba de él que nunca saliese de allí, que el bar fuese el gran mundo que debía recorrer a lo largo de su existencia. En las paredes colgaban viejos pósteres de futbolistas y ciclistas. En el más viejo y grande, que con los años había perdido la viveza del color, aparecía José Vicente Forment, leyenda del Valencia. La foto estaba firmada en la parte inferior. Quedaba flotando en el aire la incógnita de si la firma era auténtica, manuscrita, o una triste impresión.

Pidieron dos cafés y Riezu se dirigió al baño. La puerta no cerraba del todo y se conformó con empujarla. Salió al cabo de dos minutos respaldado por el sonido formidable de la cisterna. Regresó como si su vida no hubiese cambiado en absoluto. Era el mismo que había entrado. Tomaron el café en silencio, con los ojos apoyados en una pequeña y sucia televisión, sin sonido. Riezu distinguió, sin molestarse, que el muchacho lo observaba con los ojos muy abiertos, entusiasmado, pero a la vez contenido, para no hacerlo sentir violento. Semejaba atrapado entre fuerzas opuestas muy poderosas, por una parte la de quien después de reconocer al presidente del Madrid deseaba saludarlo y por otra la de alguien que sabía lo importante que era no molestar la soledad de un cliente.

A la entrada del bar colgaba un atrapasueños, que producía un agradable sonido, muy artesanal, cuando la puerta se abría o cerraba. Sonó afablemente en mitad de los cafés. Riezu y su acompañante se volvieron y descubrieron a un hombre de edad indefinida, barba, al que la barriga le colgaba como un adorno pesado y antiguo. De su descuidado aspecto podían sacarse decenas de conclusiones, quizá todas ciertas. Avanzaba pisando nubes que ya no lloverían nunca.

Se apoyó en la barra, donde parecía esperarlo una copa de vino blanco desde hacía años. Puesto que ni el abogado ni Riezu habían visto al camarero servirla, se infería que estaba allí desde antes de que entraran. El hombre aferró fríamente el vino, con menos aspecto de bebida que de barandilla. La copa estaba por la mitad. La bebió de un trago. Glob glob glob. Fin. En tres

segundos solo quedó en pie el aire, como cuando los buitres devoran una oveja y dan vueltas alrededor de los huesos limpios, preguntándose si ahí acaba todo. Después de limpiarse las barbas con el revés de la mano, se apartó de la barra, tambaleante pero no derrotado, y se dirigió a la puerta. Cuando pasó ante Riezu, se detuvo.

—¡Hala Madrid! —exclamó.

No se discernía fácilmente si el grito era irónico o simplemente una proclama exultante.

Riezu elevó un brazo con el puño cerrado.

Aquel inesperado grito fue el milagro que aguardaba el camarero para soltarse. Le preguntó al presidente si sería mucha molestia posar en una foto con él, mientras sacaba una pequeña cámara digital de un cajón. Riezu lo invitó a acercarse y de repente se sintió lleno de vida y buen humor.

—¿Sabe una cosa? —preguntó el camarero—. Hace muchos años, yo ni siquiera había nacido, entró Cruyff en el bar. Mi padre había ido a la cocina un momento y al salir se lo encontró apoyado en la barra, esperando.

—¿Qué Cruyff? —dudó Riezu.

—Solo hay un Cruyff: Johan Cruyff.

—Y ¿cómo acabó aquí?

El camarero se encogió de hombros.

—Entró a comprar tabaco. No había nadie en el bar, solo mi padre. Algunos clientes todavía no se lo creen. Pero ¿por qué iba a mentir? Además, él no sabría. Para eso hay que tener cuerpo, mucha costumbre. Yo sí que podría inventarme que aquí estuvo Riezu. —Se echó a reír.

El abogado le tocó un codo a su cliente para hacerle ver que debían irse.

Se despidieron del camarero, que no permitió que pagasen. A la salida, el atrapasueños sonó sobre sus cabezas.

—Había olvidado lo agradable que pueden ser estos sitios; es como vivir en otro país, o en otro continente —comentó para sí el presidente del Madrid.

En el coche, el silencio volvió a llenarlo todo.

—¿Tranquilo? —preguntó el abogado, cuando se detuvieron ante los juzgados y vieron la maraña de cámaras y periodistas que los esperaban.

César afirmó con convicción.

—No te detengas. Querrán hacerte preguntas, pero tú sigue caminando. Ya veremos si realizamos alguna declaración al acabar.

A pie de coche los esperaban dos guardaespaldas, que los flanquearon a lo

largo del recorrido hasta la entrada.

En el edificio se unieron a Riezu y el abogado dos letrados más del bufete, y juntos subieron a la tercera planta. Un funcionario los condujo a una asfixiante sala de espera que olía a las cientos, miles de personas que habían esperado antes allí.

—La jueza está en otra declaración; no creo que tarde en acabar —informó sin simpatías. Vestía una camisa estampada, con frases y dibujos de cómics, que tal vez en el pasado, y si eras famoso por tu pésimo gusto, había estado de moda.

La sala transmitía una vulgaridad dolorosa, que vivía en el aire, a la manera de una fuerza estática, y lo empujaba a uno a permanecer de pie, en un esfuerzo, casi hostil, por disimular el asco. Las sillas estaban desgastadas y en las paredes habían quedado las manchas de los respaldos, de las manos, y hasta las huellas de los zapatos de las viejas visitas. Aquí y allí habían escrito un nombre o una fecha, que después alguien había intentado limpiar. En algún momento colgó algún cuadro de la pared, que se llevaron, y en su lugar quedó la silueta de su forma.

Ante la inhóspita idea de sentarse, Riezu dio dos pasos, tres, cuatro, y se asomó a la ventana, también sucia. Las vistas desembocaban en un parque con balancines y columpios en desuso. Distinguió a dos hombres mal vestidos jugando al ajedrez. Esa partida parecía lo único que la vida aún no les había arrebatado. Jugaban sobre un banco, debajo del cual había un cartón de vino para dos.

Uno de los abogados hizo algunas observaciones sobre la jueza referidas a su carácter. Era cortante, no admitía los comentarios ligeros, aunque solo pretendiesen distender el ambiente. En realidad, le gustaba el ambiente tenso. Hablaba con cierta superioridad sobre los imputados, fueran quienes fuesen.

—Se cree que lo sabe todo —resumió.

—Tuve a un compañero así en el bachillerato —comentó Riezu, mirando todavía a través de la ventana—. Se creía tan listo que sabía que un kilo tiene ochocientos gramos. No sabía nada, y un día sacó un diez en historia; hizo el examen perfecto. Respondió a todo, y bien. Pero la profesora tuvo que suspenderlo por hacer un examen demasiado bueno para alguien que nunca iba a clase, repetía curso y tenía una nota media de 0,5.

Sonrieron en silencio y ahí se quedaron, buscando un punto en el que apoyar la mirada y fingir que el tiempo corría a toda velocidad y pronto

podrían abandonar aquella sala, y el juzgado. Pero no dejaban de espiar sus relojes, lo que si cabía demoraba más la espera. En la impaciencia se oían los tictacs. Pasó media hora. Pasaron tres cuartos de hora. Pasó una hora entera. No tuvieron más remedio que sentarse.

En el aburrimiento, Riezu recordó que se había olvidado de encender el teléfono después de aterrizar. Una ráfaga incesante de avisos de llamada y mensajes animó la sala de espera. El número del director general del club era el que más se repetía. Había decidido dejar un mensaje en el contestador. El presidente dudó si escucharlo ahora o esperar al término de la declaración. Puesto que el hastío se volvía insoportable, optó por escucharlo: «Hola. Supongo que a estas horas estarás ya en el juzgado. Enrique Hulet ha convocado una rueda de prensa para esta tarde, en el Plaza. Me aseguran que va a anunciar su candidatura a las elecciones del club. Llámame cuando acabes. Suerte».

Apagó el teléfono de nuevo y lo guardó en la chaqueta.

—¿Todo bien? —inquirió su abogado.

—Mejor imposible —exageró.

Se levantó y buscó otra vez la ventana. Apoyó la frente contra el cristal, del que sintió la dureza y la frialdad, e intentó calcular cuántos metros habría hasta el suelo. ¿Diez? ¿Quince? Pensó en Eloy Galindo y en si se habría hecho esa pregunta antes de saltar desde la azotea. Le llamó la atención lo poco que echaba de menos en su vida a las personas que morían. A menudo no tenía para ellas ni un pensamiento.

—César Riezu.

Se volvió, temiendo una grieta en el tiempo, y vio al funcionario con la camiseta pintoresca, que lo miraba como si no lo viese.

TREINTA Y TRES

Cuando Horacio llegó a la biblioteca del barrio, llovía y hacía sol, y, como siempre que se producía ese fenómeno, miraba al cielo persiguiendo el arco iris. Eran las diez de la mañana. Reparó en la cantidad de cámaras que había a la entrada. Aquello estaba lleno de periodistas. Resopló a disgusto.

—¿Qué pasa? —se dirigió a una joven que sostenía un micrófono de MadridTV, por ser la que estaba más cerca.

—La alcaldesa —resumió la chica, que asumía a su manera que algunos días la vida no necesitaba verbos ni complementos.

—¿Qué le pasa a la alcaldesa? —Recordó que había sufrido un accidente.

—Viene a inaugurar la nueva sala.

La nueva sala, pensó Horacio, estaba abierta desde hacía un mes. Previó que habría jaleo y se puso de mal humor, pero entró con más decisión que nunca a ejercer sus derechos. Apenas cruzó el umbral, escuchó detrás de él el revuelo y los primeros flashes. Los coches oficiales acababan de detenerse y de uno descendió la alcaldesa, en efecto. Los periodistas le acercaron los micrófonos, pero García-Frost los esquivó igual que a telas de araña, sumando soberbia y elegancia.

—Declaraciones a la salida —dijo una mujer que la acompañaba y que abría paso sin excesivas contemplaciones.

La comitiva se metió en el edificio, ayudada por la lluvia. Varela se había detenido para ver su entrada, con una mezcla de indiferencia y curiosidad por ver si alguien resbalaba en el suelo mojado. La alcaldesa reparó en él, le sonrió. Horacio elevó las cejas, sin saber qué pensar ni qué decir, ella le tendió la mano.

—¿Así que es usuario de la biblioteca?

—Pues sí.

—¿Y viene a menudo?

—Casi todos los días.

—No sabe lo que me alegro.

—¿Van a tardar mucho?

—¿Cómo dice?

—¿Que si va a haber mucho follón? Esto es una biblioteca, se viene a leer, a estar tranquilo.

—Ni se va a enterar de que estamos aquí, se lo prometo —dijo sonriente, empezando a caminar.

—Mucho me extraña. —Varela se quedó atrás a propósito, para espiar si la alcaldesa cojeaba, y si cojeaba por cojear, tal vez para hacerse la interesante delante de los madrileños. Cuando creyó que estaban lo bastante lejos, se dirigió a la vieja sala de lectura, que era la que utilizaba habitualmente y a la que ningún político iría a gastar su tiempo.

En los últimos meses había cultivado el hábito de leer historia. Lo hacía en la propia biblioteca, donde permanecía una hora y media o dos. En casa tenía otras lecturas, siempre novelas que tardaba mucho en leer, aunque esa lentitud era metódica y no implicaba abandono.

Buscó un sitio libre, a poder ser entre estudiantes. Los lectores de su edad tenían el defecto de recordarle con su presencia que él era igual de viejo que ellos. Prefería evitarse esas verdades deprimentes, por otra parte, él ya estaba deprimido. Le resultaba agradable ver estudiar a algunas chicas, porque habitualmente advertía esa pauta en chicas, que subrayaban sus apuntes con rotuladores y cultivaban algún tic, como morderse las uñas, o enroscar el pelo en un dedo, o dar vueltas a un anillo, o toquetearse un pendiente, o las gafas sin parar. Había identificado casi una docena de maneras de subirse las gafas.

A las diez y cuarto levantó la vista y vio entrar en la sala a un usuario que lo tenía fascinado. Fascinado era decir poco. Había acabado por espiar su entrada y puesta en escena, y también su marcha. Horacio ya no sabía qué pensar de él, se trataba de un hombre común en apariencia normal, con un comportamiento extraño. Después de todo, la normalidad era una estrategia, un cebo, una trampa para gente incauta.

Tenía unos treinta años. Ignoraba cómo se llamaba, a qué se dedicaba, si tenía hijos, o conversación, o gracia, llevaba un reloj enorme en la muñeca derecha, que tal vez dijese mucho de él, como su profesión, o sus aficiones, o quizá sus obsesiones, pero Horacio no sabía descifrarlo. No usaba gafas, pero daba la sensación de que veía mal y forzaba la vista. En la coronilla se

asomaba un claro sin pelo, del que a menudo todo el mundo tiene constancia menos el propio afectado, que empieza a ser calvo y lo ignora. Sometía la camisa por dentro del pantalón, sin cinturón. Arrastraba los pies al caminar, que apuntaban hacia dentro. En su mirada fija, obstinada, algunos días Horacio Varela adivinaba a un hombre lleno de cerrazones. En definitiva, no sabía con seguridad nada de él, salvo que cada día a las diez y cuarto de la mañana atravesaba la sala de lectura, lento pero obcecado, y extraía de una estantería el primer volumen de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, en edición facsimilar. Siempre, siempre, siempre. En este hecho metódico, desesperante para Horacio, se concentraba toda la fascinación e incompreensión. No se entendía, se mirara por donde se mirase, que todos los días eligiese el mismo libro, así durante más de un año, que era el tiempo que había transcurrido desde que Horacio reparó en aquel comportamiento.

Algunas mañanas estaba seguro de que el individuo podría pasar así el resto de su vida, aferrado a aquella rutina. No le costaba imaginar el día que, a la hora de siempre, no apareciese, y todos en la biblioteca se sintiesen horrorizados y huérfanos y, sin necesidad de esquelas, supiesen de pronto que había muerto.

La perseverancia en Adam Smith, y esto constituía parte del misterio, se consumaba de un extraño modo, pues le dedicaba cada mañana apenas unos minutos de lectura. En todos los meses pasados, y hasta ahora, sin variación, observaba con azoramiento que, tras retirar el ensayo de la estantería, se sentaba, abría el libro y leía durante tres minutos. Ni uno más ni uno menos. Tres minutos, se decía Horacio, de los breves, durante los que avanzaba solo unas pocas líneas, suponía. Tal vez no estuviese leyendo el libro, sino memorizándolo. Transcurrido ese tiempo, cerraba el volumen, lo dejaba sobre la mesa, según las normas de la biblioteca, y se marchaba a casa, o a donde fuese. Al día siguiente regresaba y todo sucedía según la misma estructura. ¿No era sospechoso? ¿Por qué siempre Adam Smith? ¿Por qué tres minutos? ¿Por qué todos los días puntualmente?

En un instante de azoramiento, el mes pasado Horacio no se resistió a preguntar a una estudiante de oposiciones, usuaria habitual de la biblioteca, si conocía a aquel tipo, o si sabía su nombre.

—¿Qué tipo?

—Ese. —Y señaló con la barbilla.

—Es la primera vez que lo veo —aseguró y se encogió de hombros.

Tal vez no tuviese nombre, pensó para sí.

Pasados los tres minutos, de nuevo lo vio cerrar el libro e irse despacio. Horacio lo siguió con la vista, sin entender nada, y sin embargo maravillado. Cuando le pareció que ya habría tenido tiempo de salir del edificio, Horacio se lanzó a por el ejemplar de *La riqueza de las naciones* que había dejado sobre la mesa. Lo cogió y lo sopesó despacio, para saber algo sobre su peso. Al fin lo abrió. En el fondo, lo hizo con la esperanza de encontrar en él alguna pista que explicase la pauta de aquel lector. «¿Qué tendrá?», se preguntó. Se conformaría con lo que fuese; algo. Quizá la dedicatoria, o el comienzo, o una nota a mano en un margen, o en un papelito, o una página doblada, que remitiese a un párrafo concreto, o tal vez una fotografía, o incluso una carta de suicidio, o una al siguiente lector, sin más. Nada halló. Pero puesto que tenía el libro ante sí, decidió leer la primera página. Se aburrió enseguida y regresó a su mesa y a su libro de historia.

En acatamiento de sus rutinas, a las doce cerró el libro y cruzó la sala de lectura. Caminaba siempre en silencio, en el aire, para hacerse invisible. A eso también había aprendido yendo a leer a la biblioteca. Nunca había reparado demasiado en hasta qué punto se volvían molestos unos simples pasos y unas suelas. La biblioteca le proporcionó una perspectiva nueva sobre los pequeños ruidos y los pasos desalentados. Llegaban a ser invasores. El derecho al silencio quedaba pisoteado ante unos zapatos escandalosos. En poco tiempo aprendió a moverse entre las mesas y las estanterías de libros sin dejar rastro de su paso.

Se dirigió a su sucursal de Caja Nacional, donde había quedado con Martín. Comprobó que había cambiado el orden de la mañana: ahora hacía sol y llovía. Pero él siempre llevaba paraguas. Nunca lo tomaría a traición un aguacero. No militaba en absoluto en el odio hacia los objetos ridículos o detestables, por su forma o incomodidad. Cuando se observaba, y después observaba a los otros, y su pelo mojado, y su ropa goteando, y la tos y los estornudos, en muestra de su aborrecimiento por el paraguas, Horacio se sentía de otra especie. Él amaba el paraguas, quería que lloviese, o amenazase lluvia, para salir con él a la calle. No importaba si al final nunca llovía. A Horacio el paraguas le gustaba incluso como bastón.

Camino de la sucursal coincidió con un antiguo cliente de El Negro Jefe, redactor jefe en *Campeón* durante muchos años. Ya no lo era. Se apellidaba Antúnez. Él siempre decía que no tenía nombre. Un día, de buenas a

primeras, abandonó el periódico para convertirse en detective privado. Se dedicaba a investigar a estafadores de seguros, a matrimonios en crisis, a familiares enfrentados por herencias y casos por el estilo. Asuntos de poca monta, decía el propio investigador. Su empresa se llamaba, por supuesto, Investigación Privada Antúnez. De vez en cuando, Horacio lo descubría paseando por alguna calle solitariamente, con gafas de sol, aunque fuese uno de esos días oscuros que preceden a la lluvia, y un bolso cruzado al pecho. Le gustaba pensar que tal vez en ese momento estaba siguiendo a alguien. Hoy iba con prisa.

—¿Ves a aquella mujer? —Señaló al otro lado de la calle, donde una señora avanzaba con ayuda de un palo de invidente.

—¿La ciega?

—Exacto. Creemos que no es ciega del todo.

—¿Quién no cree que sea ciega?

—La compañía de seguros, que tuvo que pagarle un millón de euros después de un accidente de trabajo. Y yo también lo creo un poco.

—Ah, ¿sí? A mí me parece ciega. Mírala, acaba de chocar contra otro peatón.

—Ya, pero... creo que finge. Llevo una semana siguiéndola. Algunos días se queda ante los escaparates. Los mira como si pudiese verlos.

—¿Y eso cómo puedes saberlo?

—¿Por qué iba a detenerse ante un escaparate si no puede verlo?

—¿Y qué más has observado en esta semana?

—Poca cosa. Actúa a semejanza de una ciega, con su torpeza y sus pequeñas desorientaciones. Anteayer casi la atropella un autobús; en el último instante la salvó otro peatón. Si no es ciega, la verdad es que borda el papel. Y si al final lo es, estoy haciendo el ridículo, pero yo voy a cobrar igual.

Cuando se despidieron, Horacio estudió la hora y le pareció que era tardísimo, así que aceleró el paso. Cuando llegó a la oficina de Caja Nacional y volvió a consultar el reloj, creyó que era un poco temprano.

Los años pasaban y se había acostumbrado a su entidad y a sus empleados igual que uno se acostumbra al miedo a las alturas o a la pasta de dientes. Pensó que era un milagro que en todos estos años Martín no hubiese cambiado de oficina, o pedido incluso el traslado a otra ciudad. Había observado que la nueva esencia del mundo se resumía en un cambio

continuo: lo que era una cosa pasaba a ser otra, lo que estaba en un sitio enseguida debía pensar en un emplazamiento nuevo, lo que acababas de comprar, y era nuevo, estaba en trámites de volverse viejo. Y así todo. Para Horacio habría supuesto un drama doméstico que Martín hubiese formado parte del mundo cambiante. Debía de estar chapado a la antigua, igual que él. Se le hacía muy difícil imaginar aquella relación de confianza con otro banquero que no fuese su exyerno. Uno se acostumbraba a un camarero nuevo, a un gestor, a un carnicero, a un peluquero, a un profesor nuevos, hasta a un yerno nuevo. En cambio, un banquero de toda la vida se volvía irremplazable. Lo sabía todo sobre uno y, en especial, lo sabía todo sobre su dinero. Conocer el dinero de alguien se antojaba una tarea titánica. Tal vez nunca se conocía del todo. Podía acercársele, y eso era lo que había conseguido Martín con Horacio y sus ahorros, pensó.

Pese a la separación, a veces imaginaba que Martín y su hija aún estaban enamorados. Esa ficción le producía nostalgia, la sensación de una oportunidad de ser feliz arrojada a la basura. Martín tal vez fuese aburrido, demasiado equilibrado. Siempre parecía atravesar por el mismo estado de ánimo, más o menos monótono. Si se sabía aprovechar, alguien así, tan soso, podía ser divertidísimo, o eso creía Horacio. Estrella era su opuesto. En un mismo día se sentía entusiasta y alicaída, y al revés. No tenía nada que ver con Martín, y por eso Horacio no entendía que no hubiesen estado juntos toda la vida.

La sucursal estaba a tope. En la cola de la caja aguardaban su turno unas quince personas. En el despacho de Martín, que desde hacía dos años era el director de la oficina, distinguió sentada a una pareja joven. Seguramente a punto de firmar una hipoteca, imaginó Varela. De pronto, parecía que todo el mundo quisiese un piso y no se conformase con vivir de alquiler. La ciudad estaba llena de grúas; el país entero parecía en construcción. El dinero fluía. Se decía «mi piso», «mi casa», «mi apartamento», «mi ático», y por todas partes había publicidad sobre hipotecas, para que la gente pudiese decir todo el tiempo, resumiendo, la palabra «mi».

Martín salió de su despacho con un haz de documentos en la mano. Distinguió a Horacio haciendo espera. Enseguida estaría con él.

—Echa un vistazo a las revistas —le propuso, para dulcificar los minutos.

Horacio estudió el género. Se sintió deprimido. Solo distinguió porquería manoseada, hasta que reparó en un ejemplar de la *National Geographic*. La

abrió con una fe relativa. Pasó hojas, recreándose en las fotografías. Le llamó la atención un pequeño texto, bajo una foto de un nido de hormigas. Eran hormigas argentinas (*Linepithema humile*), cuyas colonias, según el artículo, podían extenderse a lo largo de mil kilómetros y por distintos continentes, integradas en sociedades que formaban a veces millones de individuos. Su capacidad de expansión radicaba en el anonimato, según el entomólogo Mark Moffett. Si el funcionamiento de la mayoría de las sociedades animales se basaba en que todos sus miembros se conocían entre ellos, y eso limitaba su crecimiento, en el caso de las hormigas no. Pese a que se conocían entre sí, sus feromonas les permitían distinguir entre amigas y enemigas.

Al acabar el artículo cerró la revista con la que acababa de matar diez minutos sin enterarse. Esa, pensaba él, era la función de una revista. Intentó ojear otra, sobre inversiones financieras. No sacó nada en limpio.

—Hola.

Levantó la cabeza. Saludó con la mano, sin entender. Aquella cara le era conocida, pero ni siquiera podía recordar su nombre. Sin duda se trataba de uno de los empleados de la caja, pero ¿quién? Pasó de largo, por suerte, y no tuvo que entablar conversación. Dispuso de tiempo para fijarse en que llevaba las iniciales de su nombre bordadas en la camisa. Era como si las iniciales, una vez traducidas, afirmasen que aquella camisa era mejor que la suya. Bien podría ser cierto, pues al fin y al cabo Horacio compraba las suyas por quince euros, pero ¿se necesitaba ir declarando algo así? La gente que las vestía, y que a la mínima se quitaba la chaqueta alegando un dudoso calor, lo incomodaba. A veces era la misma que luego iba proclamando su odio al paraguas.

Martín le hizo una señal desde detrás de su mesa para que entrase. Ni se había dado cuenta de que la pareja ya se había ido.

—Te veo estupendamente —diagnosticó el banquero, mientras cerraba la puerta del despacho.

—Porque todavía no me he quedado calvo.

—No como yo, quieres decir.

—Bah, todavía te defiendes.

—Me mentalicé hace un par de años. Ya no me importa quedarme calvo. Tiene algunas ventajas.

—Cada vez hay más calvos, ¿te has fijado? Ya nadie repara en si tienes pelo o no. Antes era una rareza; antes, quiero decir hace cincuenta años. La

gente tenía mucho más pelo.

—¿Tú crees?

—Seguro, además. Las droguerías se han llenado de centenares de productos para lavar, tratar y cuidar el pelo, y el resultado es que la sociedad se ha llenado de calvos. Están por todas partes. Hasta hay calvos guapos, ricos y célebres, que copan las revistas.

—¿Tienes una teoría?

—Lavar tanto el pelo, decía mi madre, no puede ser bueno.

Martín no había parado de mover carpetas de un lado a otro de la mesa. Tantos cambios sugerían una gran actividad, pero lo cierto es que no había hecho nada. Casi todo estaba en el mismo sitio, salvo que ahora alineado.

—Bueno, y qué negocio es ese que me quieres proponer.

—La caja está a punto de sacar un producto nuevo, algo muy especial, dirigido a los pequeños ahorradores como tú. Se llama Futuro. Ofrece una rentabilidad muy interesante; digamos que entre un cuatro y un cinco por ciento. Si las cosas van muy bien, y lo cierto es que el mercado vive unos años extraordinarios, y nada indica que vaya a cambiar esa dinámica, podemos hablar de un siete por ciento.

—¿Un siete por ciento?

—En situaciones muy favorables, podría darse el caso. Hay una enorme confianza en los mercados. El mundo al fin parece que funciona solo.

—De aquella manera —puntualizó Varela.

—No lo dudes. Cualquiera puede al fin tener su propia casa, su coche nuevo. El dinero fluye.

—Bueno —matizó solo por educación.

—Tú porque ya tienes tu piso, y tus hijos fuera de casa, y tus grandes sueños tal vez ya cumplidos.

—Uh —habló por la nariz—. Vamos a parar antes de que me ofrezcas una casa en la playa y un yate. ¿Qué me ibas a decir sobre ese producto? ¿Tiene riesgos?

—Eso es lo bueno: en cierto sentido, equivale a un depósito a plazo fijo. En un par de semanas comenzaremos con una gran campaña publicitaria, pero ahora se lo estamos ofreciendo ya a los clientes de toda la vida. Es un modo de recompensarlos por la confianza.

—Bueno, yo me he fiado siempre de tu criterio. Estas decisiones no puedo tomarlas en base a mis conocimientos. ¿Crees que me puede interesar?

—No te quepa duda, Horacio. Esto puede ser un bombazo. La economía marcha, hay una gran confianza en los mercados, aunque resoples. Mientras reine el optimismo, siempre se ganará dinero. En otro momento de más inestabilidad y fluctuaciones, nunca te lo recomendaría. Ni siquiera gastaría el tiempo en hacerte venir hasta aquí. El tiempo es oro, aunque uno esté jubilado. Pero la coyuntura es muy propicia. Entre tú y yo, los directores de sucursales vamos a ser los primeros en suscribir estos productos. Tontos no somos.

—Pero ¿podré disponer del dinero cuando lo necesite?

—Prácticamente tienes disponibilidad inmediata, salvo alguna dificultad puntual. No hay de qué preocuparse.

A Horacio lo puso de un buen humor instantáneo oír hablar a Martín con aquella convicción. Lo siguió escuchando con atención, aunque ya estorbada por la alegría. Algunos días creía que podría vivir noventa o cien años, y quería disfrutarlos con la mayor tranquilidad posible. El entusiasmo de Martín en que todo iría bien era la mejor garantía que podía recibir. A él le bastaba. Sentía que podía confiar en él en cualquier circunstancia. No quedaban tantas personas así. Muchas menos de las que se creía, en todo caso.

Cuando salió de la sucursal, lo hizo con desbordante ánimo. Solo podía pensar con optimismo. Así, pensó que comería patatas fritas con huevos, su plato preferido; que se echaría una buena siesta y al despertar leería un rato la novela de Stephen King que hacía mes y medio que lo entretenía de a poco. Pensó, por supuesto, que esa tarde el Madrid jugaba partido de Champions contra el París Saint-Germain y que acudiría puntualmente a su asiento.

TREINTA Y CUATRO

Morelli salió del despacho del redactor jefe con las manos en los bolsillos del pantalón, agarrando el mechero con fuerza, por si la salvación solo fuese fumar. Acababan de aplazar hasta nuevo aviso su información sobre unos cobros en una cuenta de las islas Caimán de un exministro de Industria del Partido Progresista y consejero de Estado. A duras penas consiguió mantener la boca cerrada. Esas decisiones antiperiodísticas, tan habituales en periodismo, lo sulfuraban. El silencio lo condujo al desencanto, que era un lugar todavía más inhóspito que la impotencia. Sabía qué era convivir con la impotencia, y la prefería. Se dejó caer en su silla con histórica languidez. Había estado trabajando muy duro en aquella historia y ni siquiera había podido darse el gusto de llamar al exministro para comunicarle que tenía la información, por si quería añadir algo en su descargo. Era uno de los momentos más dulces de las exclusivas, cuando estaban bien armadas y no admitían respuesta. Ya poseía experiencia bastante para saber que el periodista, cada poco, atravesaba una crisis de identidad en la que cuestionaba su carrera, amenazada por los propios periodistas que estaban por encima y habían olvidado qué era estar por debajo y tener entusiasmo. Era la mejor profesión del mundo a veces; otras había razones de sobra para afirmar que se había ido al garete.

—He perdido tres semanas de trabajo.

Fonseca se volvió y se pasó la mano por la barba. No supo qué decirle.

—Invítame a comer y así se te pasa el mal humor —le propuso—. Un amigo mío acaba de abrir un restaurante en Chueca. No nos queda cerca, pero a mí me apetece ir. Se llama A la chita comiendo. Ya solo por ese nombre merece la pena ir.

Se rieron. Era un nombre florido y pésimo.

La propuesta no le pudo llegar a Morelli en mejor momento. Necesitaba

desahogarse. Se fue del periódico sin despedirse de nadie. Aún estaba instalado en el silencio del desencanto. Fonseca se quedó haciendo llamadas. Tenía para un rato todavía.

En cuanto salió, sacó el mechero y fumó como si disparase al aire. Descartó parar un taxi y caminó hasta la parada de metro. Le apetecía estar solo, aunque también rodeado de gente a la que no conociese de nada, con la que quizá nunca volvería a cruzarse. Tardó casi una hora en llegar a Chueca. Cuando uno tenía un mal día, no era muchas veces por una sola razón. A mitad de camino se produjo una avería en la línea seis. Esperó quince minutos en el vagón, confiando en que se subsanase. Al final subió a la calle y detuvo un taxi. Uno se pasaba media vida tomando decisiones que pretendía evitar, a disgusto. Entonces, cayeron en un enorme atasco en Gran Vía. Tuvo la sensación, entre el despacho del redactor jefe, el metro, la congestión del tráfico, que se le fue media vida. Se resarcía deteniéndose un buen rato en una tienda de música. Miró cientos de discos, aunque al final no compró ninguno. Al salir, se cruzó con Jorge Herralde y Martín Amis, y una mujer que Morelli no identificó. Dedujo, aunque no había visto nada en la prensa, que Amis se encontraba de gira para presentar algún nuevo libro. *Campos de Londres* era la última novela que había leído del autor británico.

Cuando llegó al restaurante, Fonseca simulaba ser un hombre feliz que consultaba su teléfono.

—Bórrate esa sonrisa, que la voy a pisar sin querer —le pidió Morelli, que dejó su mochila en el suelo.

—Por la mañana ha ido todo mal, intuyo. —Dejó el teléfono al borde de la mesa, desde donde caen las cosas al suelo.

Morelli le resumió los hechos de ese modo peculiar en que se prolongan más de lo que duran, aceptando que había momentos para los atajos y momentos para los rodeos. En sus días peores, cuando más necesitado estaba, quizá uno solo necesitaba hablar, y que alguien enfrente asintiese para romper la soledad, en una demostración, o milagro, de que la comunicación entre dos aún era posible. Le detalló los pormenores de la investigación, cómo encontró el hilo que lo condujo hasta el exministro, y la aparición, en la caja fuerte de un empresario detenido por una estafa, de los documentos que demostraban los ingresos de aquel en paraísos fiscales. Después de eso, Morelli todavía se deshizo en los detalles de la conversación con el redactor jefe. Pero eso ya los llevó al lugar habitual, en el que uno de los dos, o de los cuatro, de los

periodistas que fuesen que estaban reunidos, constataba con pena que «este trabajo es una mierda».

—¿Pedimos? —preguntó Fonseca—. Me muero de hambre.

En las últimas semanas Fonseca y Morelli apenas habían coincidido en la redacción. No se tenían demasiado al corriente de sus asuntos. El almuerzo los guareció. Sin embargo, no dejaron de hablar de trabajo. Derrocada, la tarde se fue desdoblando en nuevas mitades. Fonseca le detalló una emocionante aventura en la que estaba inmerso, casi sin buscarlo, desde la semana pasada, y que de manera impensada se había convertido en periodismo del viejo, del que siempre se dice que por desgracia desapareció. Todo había empezado por un golpe de fortuna, como en tantos comienzos. Solo fue azar que un amigo suyo, y no de otro, fuese íntimo de una empleada del Ministerio de Exteriores, que esas semanas era un polvorín. El ministro estaba enfrentado a la secretaria de Estado de Asuntos Exteriores a raíz de la preparación de la visita de Alvarellos a la Casa Blanca, pero en este momento, por razones políticas, no podía cesarla. Sería un escándalo en vísperas de la cumbre. Alvarellos cortaría cabezas. Además, la secretaria contaba con la confianza del propio presidente. Su cese sería la clase de decisión que Alvarellos nunca permitiría, y menos después de los recientes cambios en el Gobierno. La guerra entre la secretaria de Estado y el ministro, sin embargo, se intensificó a través de túneles, larvadamente, y se trasladó a sus respectivos gabinetes. Ya no era una batalla entre dos, sino entre sus partidarios.

En mitad de ese juego sucio, casi secreto, Fonseca pasó por allí. La cadena de amistades le puso la historia en bandeja. Su amiga organizó un encuentro con la fuente del ministerio, y el miércoles pasado, tempranísimo, el periodista se subió en un tren de cercanías en dirección a Leganés. El encuentro se produciría durante el trayecto, en el vagón tres. La fuente había insistido en encontrarse en un lugar público, donde las caras se mezclasen hasta que la vulgaridad y la hora los hiciese invisibles. En esas condiciones la multitud se volvía íntima, cosa de dos.

—No hablamos mucho. Estaba muerta de miedo, aunque convencida. Me entregó una carpeta y en la siguiente parada se bajó del tren.

—Como en el cine de espías.

—Salvo por que el tren viajaba a Leganés en lugar de dirigirse a Berlín o Praga.

Fonseca no abrió la carpeta hasta tomar un tren de vuelta a Madrid. El contenido reveló lo que la fuente había resumido: existía una agenda secreta para la cumbre Estados Unidos-España. No había trascendido, precisamente porque era secreta, pero ya estaba en marcha la negociación para ampliar la base militar que los americanos tenían en Morón, como un refuerzo del desembarco de militares americanos en la Europa oriental. La propuesta, que partía de los norteamericanos, reclamaba más terreno para la base y un mayor contingente de soldados. En cinco años pretendían pasar de los mil actuales al triple. Si los terrenos de Morón se ampliaban en veinte hectáreas, esos soldados podrían llegar a quintuplicarse.

—¿Esos son muchos soldados o pocos? —preguntó Morelli.

—Una burrada. Y el Gobierno de Alvarellos va a aceptar, claro. Es el precio a pagar por que te reciba en su casa el hombre más poderoso del mundo.

El periódico pretendía publicar la agenda secreta en vísperas de la llegada de Alvarellos a la Casa Blanca.

—Estos ñoquis están buenísimos —dijo Morelli, muy afectado por el despliegue de soldados extranjeros, y se llenó la boca con un nuevo bocado.

La tarde se rehizo al tiempo que acabaron de comer. Dejaron A la chita comiendo atrás, con bromas, y se fueron en busca de una terraza con un calefactor. Casi propusieron a la vez tomarse un gin- tonic. Creyeron encontrar el local perfecto, todavía en Chueca. Incluso tenía un buen nombre: La Embajada Americana. Allí estarían seguros, pensó Morelli, que se fijó fugazmente en la mesa de al lado, donde una mujer con un abrigo de visón blanco hablaba por teléfono. Nunca sabía si le gustaban o aborrecía esas prendas exuberantes. Admitía que a aquella mujer le sentaba fantásticamente, pero quizá no tuviese que ver con la prenda, sino con ella. Hablaba tan alto que parecía que hablaba con ellos. Cuando al fin colgó, llamó por su nombre a alguien que pasaba en ese momento por la acera. Le felicitó el año, se dieron dos besos, y él alegó que lo estaban esperando y se fue enseguida. Ella pagó y se fue con él.

—¿Hasta qué día se puede felicitar el año nuevo? —preguntó Fonseca.

—Es una vergüenza.

—Hablo en serio. Debería haber una línea que marcara el último día hábil para felicitar el año nuevo.

—Sería útil que sonase una alarma justo cuando la traspasas, como al robar

en una tienda, y que un guardia jurado cayese sobre ti.

—Estamos a punto de entrar en febrero. No es de recibo que te feliciten el año. Si hay que votar para fijar un día más allá del cual no se pueda desear a nadie un buen año, yo voto por el 1 de enero.

Morelli asintió con frialdad, fingiendo que estaba de acuerdo. Cayeron en un transitorio silencio cuando otra mujer ocupó la mesa que la del visón había dejado libre. Traía un libro consigo que apoyó sobre la mesa a la espera del camarero. Era un ejemplar de *Días perdidos en los transportes públicos*, de Roger Wolfe, con la signatura en el lomo de alguna biblioteca. Después retomaron la conversación. La vida lenta se aceleró de repente, sin que fuesen conscientes. Hablaron otra vez del periódico, que pasó a segundo plano durante algunos minutos, cuando Morelli vio pasar a un hombre que le pareció un artista olvidado, que en su día había representado a España en Eurovisión. No recordaba el nombre. Chasqueó los dedos varias veces, para forzarse a recordar. Fonseca no tenía ni idea de qué le hablaba, pero supuso que, se llamara como se llamase, habría quedado último. Morelli negó con la cabeza. Ya le gustaría a aquel artista, y a otros. Quedar último, y no digamos último con cero puntos, era una pequeña heroicidad a la misma altura que ganar. Era muy fácil que, sin tener en cuenta lo mala que era tu canción y la puesta en escena, llegase una nación amiga, con ganas de agradar, y te diese cinco puntos.

Cuando repararon en la hora, Fonseca anunció que tal vez debería regresar al periódico. Dejó el dinero de su copa en la mesa.

—Yo me quedo. Por hoy he cumplido.

Morelli debía decidir en qué perder el tiempo.

Vio a Fonseca detener un taxi, subir y desaparecer. Depositó la otra mitad de la cuenta sobre la mesa. La mujer de al lado había empezado a leer el libro. La estudió sin demasiado recato, ella levantó la vista y lo descubrió, él sonrió, ella lo ignoró y volvió al poeta. Se vio abandonado a su suerte en un mundo hostil lleno de gente más preocupada por leer que por enamorarse a simple vista, en una hora incierta. Todo el mundo parecía tener algo que hacer menos él, y entonces, mediante un milagro, recordó el abandono al que había condenado una chaqueta en la tintorería desde hacía cuatro meses. Ignorado por la mujer del libro se sintió como su americana, que había llevado a limpiar mucho antes de mudarse. Se había olvidado por completo de ella. No era más que una chaqueta vieja, casi pasada de moda, y pese a

ello su chaqueta favorita. Representaba uno de sus bienes más preciados. No la cambiaría por nada. Imaginó que en todos estos meses no habría dejado de dar vueltas en el circuito cerrado en el que colgaba la ropa una vez limpia en las tintorerías y que un mecanismo movía cuando un cliente pasaba a recogerla. Para ser un mecanismo, pensó, se parecía bastante a la vida, que a veces consistía en dar vueltas sin parar, imitando a un idiota, sin ningún sentido especial, siempre a través de los mismos caminos. Cuando te dabas cuenta, y reaccionabas por ejemplo sonriendo a una mujer que leía poesía, nadie te tenía en consideración.

Puesto que no se encontraba demasiado lejos, decidió acercarse a la tintorería. Improvisadamente, tenía un maravilloso plan para un miércoles por la tarde.

El dependiente lo saludó sin demasiado interés por ganar un cliente, haciendo ver que más bien lo único que necesitaba era que alguno se fuese muriendo. Morelli le explicó que venía a recoger una chaqueta de tales y cuales características.

—Deme el resguardo, por favor.

—No tengo el resguardo, lo siento. Hace meses que traje la chaqueta a limpiar. Aunque quisiese guardarlo, sería imposible. No tengo nada que me dure cuatro meses. Solo esa chaqueta —bromeó. Se había dado cuenta de que el empleado no estaba para bromas nada más entrar, pero era miércoles, se había entusiasmado con el reencuentro con su amada chaqueta y nada podría desanimar su buen humor.

Sin el resguardo no podían entregarle la chaqueta.

—¿Y si pretende llevarse la chaqueta de otro? —preguntó el empleado.

Era una alegación razonable. Pero él no tenía el resguardo, y ellos sí tenían una chaqueta, seguramente, que nadie recogería.

—¿No tienen un protocolo de urgencia? No sé, ¿es que nunca nadie ha extraviado el dichoso resguardo? No creo que tengan muchas prendas aquí desde hace cuatro meses.

—Hay prendas que llevan aquí cuatro años.

—¿Y no le gustaría que alguien se las quitase de encima?

—Basta que se las diese a un mendigo que pasa frío para que al día siguiente, cuatro años después, viniese el dueño reclamándolas. En este negocio hay que ser muy serio.

—Tal vez, si yo fuese capaz de describirle la chaqueta... Es muy

característica. Tiene el forro rojiblanco, como la camiseta del Atlético de Madrid. Y es de la marca Snapes, azul marino. Y tiene coderas, y si no recuerdo mal, una está medio descosida. Si no se los han quedado, en el bolsillo debería haber cinco mil euros. Es broma.

El dependiente se mordió los labios.

—Déjeme ver —dijo con el último gramo de su paciencia.

Cinco minutos después, Morelli salió de la tintorería con su chaqueta. Lo reconcilió con el buen humor, después del disgusto con la información sobre el exministro.

Callejeó durante un buen rato con la prenda, colgada de su percha. Qué importaba. Estaba en Malasaña y nadie reparaba en qué llevaba uno a cuestas. Tal vez fuese un buen momento para irse a casa. Llegaría un punto en el que se volvería engorroso tener la chaqueta consigo todo el tiempo y quedar con alguien, o ir a alguna librería, o a comprar música con aquella penosa carga. Poco a poco, se hizo cada vez más grande, incluso cobró forma humana, hasta convertirse en un muñeco, o en un maniquí, y sintió ganas de deshacerse de ella.

Casi sin darse cuenta llegó a Callao. En unos pocos segundos, improvisó un plan alternativo, pues lo amargaba la idea de irse a casa, así que se metió en los cines de la Asociación de la Prensa. Eligió una película de Richard Linklater. Al entrar en la sala y fijarse en el acomodador, que lo guio hasta su butaca, se percató de que lo conocía. Hacía unos ocho años, cuando Morelli había llegado a *Crónica*, había escrito un reportaje sobre los acomodadores. Aquel resultó un personaje fascinante. No recordaba cómo se llamaba, aunque sí que le contó que en veinticinco años ejerciendo en diferentes cines, le había ocurrido casi de todo, nada comparable al día que descubrió que el crítico de *Fotogramas* se había quedado dormido. Era una escena muy habitual, aunque con otros protagonistas. La gente mayor daba cabezadas continuamente. Le puso una mano sobre el hombro para despertarlo y no reaccionó. Tampoco lo hizo al sacudirlo. Estaba tan profundamente dormido que estaba muerto.

Después del reportaje, durante varios años, cuando iba a los cines, y coincidían, intercambiaban unas pocas palabras sobre la película. Morelli le preguntaba si se había muerto alguien en la sesión anterior, se reían y ahí se acababa todo. Un día dejó de ir a esos cines, no recordaba por qué, y pasados los años, cuando se cruzaron de nuevo, el acomodador ya no reconoció la

cara del periodista. Le pareció normal. ¿Con cuántas caras a lo largo de un día, incluso de una sola sesión, trataba un acomodador? ¿Cientos?

Medio aforo estaba libre. A Morelli le gustaban los cines vacíos. Con la sala por la mitad, pudo dejar en la butaca de al lado la percha con la chaqueta. Fue como descansar de un familiar que llega de visita y es muy pesado. Al finalizar la película se echó a andar por Gran Vía. No paró hasta llegar a Cibeles, y allí tomó la determinación de dirigirse al Thyssen. Fue una concesión a la nostalgia, un brindis por las cosas perdidas, pues de pronto nada deseaba en la vida tanto como extasiarse ante la Yvette Guilbert de Toulouse-Lautrec, quizás pensando que podría encontrarse de nuevo con Inés, dando por hecho que su expareja siguiese citándose con aquella pintura. La visita duró media hora. Al salir se cruzó con el jefe de comunicación del museo, al que hacía años que no veía. Le contó que estaba escribiendo un libro, o al menos prologándolo, y Morelli tuvo la sensación de que todos menos él lo conseguían. Se sentía cansado y se subió a un taxi. Arrojó la chaqueta en el asiento trasero.

En mitad de la pizza fría a la que se había reducido la cena, recibió una llamada de su madre, tan atenta siempre a telefonar en mitad de algo. No hablaron de nada, pero aun así la conversación duró media hora, en la que fueron precipitándose de una historia a otra, en una modalidad de caída. Cuando colgaban, Nico nunca conseguía recordar qué los había mantenido pegados al teléfono tanto tiempo. Las palabras que iban pasando de un lado a otro de la línea acabaron por secarse igual que el agua de fregar. Seguramente su madre le preguntó por el tiempo y por la cena, pues lo hacía siempre. Ella ataba pequeños temas hasta que advertía que su hijo caía en los monosílabos. Ese era el momento en el que se despedían. En Italia también hacía mucho frío, fue todo lo que Morelli sacó en limpio. Acabó lo que quedaba de pizza, recogió la mesa y entretanto descubrió que tenía ganas de escribir. El deseo fue más una idea que una acción.

Llevaba semanas atrapado en un punto muerto, aunque ese era otro modo de escribir. Algunas noches, cuando se sentaba ante la máquina, se limitaba a mirar el pequeño montón de treinta folios que apilaba en un rincón de la mesa. Crecía lentamente, a veces decrecía, pero no importaba. Treinta eran muchos, incluso veinte eran una barbaridad, aunque no contasen mucho.

Hoy tampoco consiguió escribir nada. Se puso a pensar en el viaje de Fonseca a Leganés, para encontrarse con su fuente. Inevitablemente, volvió a

pensar en su información sobre el exministro. Para ahuyentar la impotencia en que eso lo sumía, se levantó a buscar una cerveza. Cuando regresó y se sentó ante la Olivetti, ya no tuvo tiempo de ponerse en marcha. Escuchó hablar a sus vecinos al otro lado de la pared. En el nuevo piso las paredes eran tan finas que no solo escuchaba perfectamente cuando hacían el amor, sino también cuando alguno de los dos se masturbaba. Por la misma razón, ellos escuchaban los ruidos que hacía Morelli. Dos semanas atrás, coincidió con ella en el ascensor y le preguntó si era escritor. Él dudó y al final dijo que sí, tímidamente.

—Lo suponía. Es que algunas noches escucho tu máquina de escribir. Me encantan las máquinas de escribir, no pienses que me molestas.

Esta noche él buscaba algo que no encontraba y acusaba a su mujer de haberlo movido de sitio. Nico tardó en darse cuenta de que hablaban de un sobre con fotos.

—Si alguien las ve, ya sabes qué puede pasarme.

No escuchó nada más. La pareja se trasladó a otra parte de la vivienda. Pero Morelli ya no podía dejar de preguntarse qué se vería en esas fotos para que pudiesen acarrearle fatales consecuencias. A veces fantaseaba con tener poderes para saber qué ocurría a través de los muros. Resultaba difícil no sentirse atraído por lo que ocurría al otro lado, en las viviendas ajenas, o simplemente en la habitación colindante. En las casas, entre paredes, se encerraban a menudo las aventuras más fascinantes. Metido en estos pensamientos, volvió a escuchar las voces vecinas acercándose.

TREINTA Y CINCO

Leonora Mur recorrió con un guía la Blair House, donde los presidentes de Estados Unidos alojaban desde hacía varias décadas a sus invitados. Olía a libro viejo, a cajones vacíos, a lluvia a punto de cesar, a ropa de otra época y muy limpia. Después de completar el recorrido, del que salió pensando que estaba cansada, pero le producía vergüenza decirlo, se dirigió a la planta baja, donde Alvarellos repasaba en un sofá unos papeles, antes de la cena con Gatz, antesala del encuentro de mañana, que incluiría una rueda de prensa conjunta. Esa mañana había impartido una conferencia en Georgetown a la que habían acudido los miembros más destacados del Congreso. En sus oídos aún no se habían apagado los aplausos.

—Hay una cabeza de hipopótamo disecada en uno de los salones —dijo con un tono de asombro y repulsión.

—¿Tiene una historia detrás tan hermosa como la de nuestra zorra? —Alvarellos se esforzó por mostrar interés.

—Es el hipopótamo pigmeo Billy. Fue un regalo del magnate de los neumáticos, Harvey Firestone, al presidente Calvin Coolidge. El hipopótamo bebé y Coolidge se hicieron muy amigos, pero cuando cumplió un año, el animal ya pesaba doscientos cincuenta kilos y no se podía jugar con él, así que el presidente lo donó como semental para garantizar la supervivencia de la especie. Todos los hipopótamos pigmeos de los zoos de Estados Unidos son descendientes de Billy.

—Fascinante.

—Y cuando murió le cortaron la cabeza y la disecaron; qué detalle. Y en lugar de esconderla en algún trastero, acabó en una de las habitaciones de la Blair House.

—Pero no está en nuestro dormitorio, ¿verdad?

—Cielo santo, no.

—No me apetecería levantarme en mitad de la noche para ir a mear y encontrarme con la cabeza de ese animal.

Cambió de folio sin levantar la vista.

—En realidad, cuando Eisenhower supo de la existencia de la cabeza disecada, se empeñó en recuperarla y la colgó de una pared de la Casa Blanca. Fue al final de su mandato, así que duró muy poco tiempo en la pared; cuando Kennedy tomó posesión y se fijó en el hipopótamo, pidió que quitasen «esta mierda de aquí».

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me lo ha contado el guía.

—Ah.

Alvarellos ya no prestaba demasiada atención a lo que decía su mujer. Se había puesto las gafas de leer, y eso significaba que estaba hundido en la lectura y salir exigía un esfuerzo baldío.

—¿Has ido al baño ya?

—Aún no.

—Bueno, ya irás. Me voy a descansar; en una hora vienen a peinarme. — Leonora apartó con discreción la cortina y se asomó a la ventana. Al fondo, distinguió la Casa Blanca, tantas veces reconocida a través de imágenes de cine y televisión, y que ahora proporcionaba a las vistas una liviana sensación de irrealidad. Se apartó de la ventana y subió las escaleras que conducían al piso superior—. Cariño. —Se detuvo y miró atrás.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Por supuesto; yo también a ti.

Una combinación de entusiasmo y angustia conmovió a Alvarellos en la soledad del salón. Solo en unos pocos minutos recorrería la escasa distancia que había hasta la Casa Blanca. Serían los pasos más épicos de su vida, que le darían acceso a uno de los lugares más exclusivos e inaccesibles del planeta. Tuvo la tentación de mirar atrás, al largo camino que había andado hasta llegar a la cima. Pero consideró que era demasiado joven y ambicioso para pensar en el paso del tiempo. Y, sin embargo, cómo no detenerse en los obstáculos que le habían salido al paso. Dos días después de que *Crónica* denunciase la existencia de la agenda secreta en las negociaciones con Estados Unidos, aún se enfurecía al pensarlo. Naturalmente, el Gobierno había salido a desmentir la existencia de tal agenda, lamentando que desde

algunos círculos se atacasen los intereses de España y se prestasen a «burdos montajes» con tal de desgastar al Gobierno del país.

Aquel grupo mediático estaba dispuesto a todo con tal de destruirlo. Era un odio incesante, perpetuo. Se odiaban tanto entre sí que ya no podían pararse a pensar por qué se odiaban, cuándo habían empezado a hacerlo y si había un momento mejor que otro para atacarse. Siempre parecía ser una buena ocasión. Se sintió orgulloso de su capacidad de resistencia. Nadie lo había atacado tanto, primero cuando no era nadie, y después cuando presidía el país, como el editor de *Crónica*, que se había conjurado para acabar con él. Pero iba a salirle caro, se dijo.

Cuando llegó la hora, partió hacia la reunión con Gatz y los secretarios de Estado, Defensa y Tesoro. Era la tercera vez en sus cinco años al frente del Gobierno que se veía con el presidente estadounidense, después de los encuentros, más o menos descoloridos, y siempre fugaces, de las asambleas generales de la ONU y las cumbres de la OTAN.

Cuando lo tuvo ante sí, volvió a parecerle un hombre insondable, con un fantasma dentro, quizá no suyo, sino heredado. Le estrechó la mano con la determinación de quien odiaba más que ninguna cosa las manos endebles, que se dejaban llevar, derretidas. Por un instante Alvarellos temió que tendría que preguntar por el cuarto de baño, al notar con la emoción de pisar la Casa Blanca que su estómago zozobraba de un modo no muy distinto al de un barco. Enseguida recuperó su firmeza. Gatz tenía la piel triste, licuada, pero derrochó buen humor, dando por hecho que no se podía gobernar una nación, ni siquiera hacer un huevo frito, sin reírse de cualquier cosa. Se mostró ágil, aunque bajo la apariencia, por su envergadura, de un señor patoso, y su voz despedía un carraspeo nervioso. En su aliento, poderoso, Alvarellos adivinó un ejército.

Gatz odiaba perder el tiempo, y a riesgo de resultar apresurado de más ante su distinguido invitado, se ofreció a romper el hielo mostrándole el despacho oval. Fue una visita rápida, en la que solo había que constatar lo que la imaginación ya había visto miles de veces. Pasaron después al despacho particular de Gatz, presidido por un cuadro que representaba la firma del Protocolo entre España y Estados Unidos el 12 de agosto de 1898, previo al Tratado de París, por el que los españoles reconocían su derrota y cedían la soberanía de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Alvarellos sintió que era el escenario perfecto para expresar cuánto habían cambiado Estados Unidos y

España desde entonces. No dejaría pasar la ocasión de citar algunos de los hechos históricos que había estado repasando. Viajó tan atrás en el tiempo que se refirió al descubrimiento de la Florida en 1513 y a la fundación de San Agustín, la primera ciudad en el territorio continental de Estados Unidos, en 1565. Gatz movió la cabeza con atención, dejándose dar una lección de historia de América.

—Propongo inaugurar un nuevo modo de relaciones entre Estados Unidos y España —se apresuró Alvarellos, contagiado por el desprecio de su anfitrión hacia los rodeos—. Nuestros vínculos son tan antiguos que ese legado es el que nos ha llevado hoy en día a que lo español esté especialmente presente en la sociedad estadounidense. Formamos una comunidad que asciende a cerca de cien mil personas, que asumen una posición destacada en todos los ámbitos de tu país: el empresarial, el educativo, el cultural, el deportivo, el científico. —Hizo una pausa para enfatizar su siguiente frase—. Querido presidente, el mundo va a cambiar mucho en los próximos años y sería bueno que nos tuviésemos por aliados preferentes. Tenemos que dar un paso más allá.

Gatz apeló al énfasis de sus manos, como un arquitecto que construye un edificio solo con trazar en el aire unas líneas con el dedo, diciendo «así y así y asá», y al cabo la obra se acabó. Las líneas invisibles que trazó, y que Alvarellos apreció en todos sus colores, desembocaron en un nuevo saludo. Pasados unos segundos, Gatz se volvió despacio y, sin acotar ni una coma el discurso de Alvarellos, que lo dejó todo dicho, continuó con la *visita* a su despacho.

—Esta —señaló con debilidad por las anécdotas— es la mesa en la que se firmó el protocolo; aunque yo siempre trabajo en esta otra. —Se dirigió a la que había enfrente, completamente vacía salvo por una carpeta roja con el encabezamiento «Presidente», y golpeó su superficie con el orgullo que producen a veces las cosas normales, que no han hecho historia, y que sirven para hacer a su vez más cosas normales, como escribir una carta o leer el horóscopo—. Acércate, amigo. Tócala, acaríciala como si fuese un tigre.

Gatz se sentó en su silla de trabajo, con Alvarellos a su lado, de pie, y abrió uno de los cajones de la mesa. El presidente español acarició la madera, a la espera de que el cajón deparase algún hallazgo fascinante. Pero Gatz extrajo un sencillo humidificador de puros, con el anagrama de la Casa Blanca.

—Coge uno para después de la cena.

Alvarellos no lo dudó. En cuanto lo cogió, se dio cuenta de que aquel puro estaba completamente seco, era un desastre. Su decepción fue secreta y la disimuló con solvencia. Pero qué pena, pensó. Gatz fumaba puros de vez en cuando. Hasta ese momento, había creído que podía ser un entendido fumador. Aquellos, sin embargo, eran los puros de un fumador patán. Lo guardó, junto con su desilusión, en un bolsillo de la chaqueta, a la espera de un mejor momento para decirle que él siempre viajaba con media docena de sus propios puros y que le gustaría llevarse de recuerdo el que Gatz acababa de regalarle.

Gatz le confesó que admiraba el modo en que estaba consolidando su liderazgo dentro de la política europea. George Miller, su embajador, lo mantenía al corriente. Conocía a la perfección el papel cada vez más relevante que había adquirido en las decisiones de peso de la Unión Europea, en las que España ya no era el país comparsa de etapas anteriores.

—Me gustan los políticos con determinación y no me importa si se equivocan. Crean en lo que hacen y lo llevan a cabo. Estoy seguro de que podremos entendernos en muchos ámbitos. Tienes arrojo. —Colocó su mano de mármol sobre el hombro de Alvarellos y lo apretó hasta notar que la carne se deformaba entre sus dedos.

A Alvarellos se le erizó la piel. Aquel gesto equivalía a una declaración de amistad, una alianza duradera. La cadencia militar de las frases de Gatz adquirió una escala delicada y, sin embargo, épica. Apretó los labios para no diluirse en su satisfacción. Grabó semejantes palabras en su memoria para verterlas tal cual en su diario. Fueron las últimas de Gatz antes de que lo tomase por un brazo y le indicase la entrada a la sala de reuniones, a donde Alvarellos accedió con una confianza inmensa en sí mismo.

John Converse, Addie Bundren y Thomas Stone charlaban entre ellos cuando se abrió la puerta. Se volvieron. Estaban sentados en butacas floreadas, en torno a una mesa en la que se apilaban varias carpetas. Stone, el secretario del Tesoro, era el único al que Alvarellos no conocía personalmente, aunque Niza lo había puesto al corriente. Al secretario de Defensa lo había recibido en la Moncloa en su primer encuentro; en el siguiente, habían cazado juntos en Toledo, en la finca del presidente de Telecom. Converse tenía una puntería excelente y de aquella jornada Alvarellos recordaba cómo no había desperdiciado un solo cartucho. Los estadounidenses mostraban un enorme respeto por la munición, que tradujo a

metáfora de algo más elevado, referente a los grandes dirigentes, a los que jamás les temblaba el pulso en las horas delicadas. Ese día le contó algo a Alvarellos que lo conmovió profundamente, sobre su puntería y la guerra de Vietnam, en la que habría abatido a ciento treinta y ocho combatientes del Viet Cong sin desperdiciar tampoco una sola bala. Fue un día memorable que acabó en una noche perfecta, en el palco del Madrid, que jugaba ante el Liverpool.

Pronto iban a quedar claras la simpatía y la consideración de Gatz hacia Alvarellos, en el que veía al único aliado fiel de la vieja Europa, junto al primer ministro británico, por supuesto.

—Cada uno en nuestro ámbito —señaló— simbolizamos nuevas actitudes, muy diferentes a las conocidas hasta ahora en Estados Unidos y Europa. Los dos estamos convencidos de que los países no progresan con hermosos discursos, sino con hechos y decisiones que devuelvan a las personas la fe en su seguridad y la capacidad de invención. Europa posee por naturaleza una dimensión atlántica, que es la defensa de los valores democráticos y de la libertad en alianza con Estados Unidos y los países americanos.

—España pasó por momentos muy difíciles en los siglos XIX y XX, en buena medida por nuestro aislamiento. Ahora es el momento de devolverle su posición entre los grandes del mundo, y para eso yo defiendo una clara posición atlantista, faltaría más. Nuestra historia no se explica sin el Atlántico. El hecho más importante de la historia de España, después de su demostrada voluntad de seguir perteneciendo a la Europa cristiana, es América.

Gatz celebró aquella coincidencia quitándose la chaqueta. No fue un simple gesto, quizá para prevenir el sudor, sino una sutil maniobra política. Alvarellos estaba en su onda y se felicitó de aquel modo por ello. Dio cobertura al gesto con un afable suspiro, al tiempo que vigiló si la camisa tenía aureolas en las axilas. A continuación carraspeó noblemente, confirmando que la diplomacia era un juego de levedades, y en otro acto de odio hacia las pérdidas de tiempo, se lanzó a fijar las prioridades de su política y el sentido de las decisiones que iba a tomar en los tres años que todavía tenía por delante antes de cumplir el ciclo de ocho años en la presidencia. Habría dificultades, pero eran los Estados Unidos y —esto era lo que pretendía añadir— no se encontraban solos en sus pretensiones. Estaba lanzado y se remangó la camisa un poco por encima de los codos, aplicando

dobleces tan perfectas que evidenciaban que la grandeza de su presidencia empezaba por el estilo, y solo después la audacia, los nervios de hielo, la templanza, el sentido de justicia, y tal vez una o dos virtudes más, siempre menos decisivas que saber remangarse. Como colofón político, aflojó también la corbata, aunque sin desabotonar el cuello.

Hablaron de Oriente Medio y China, y de las necesidades de fortalecer las relaciones de América y Europa, y de lo que España podía aportar desde su posición geoestratégica, que permitiría elevar el nivel de confianza en las relaciones bilaterales con Estados Unidos. Repasaron el Protocolo de Enmienda al Convenio sobre Cooperación para la Defensa, en el que Gatz tenía gran interés, y que decidieron posponer para ser ratificado en un posterior viaje del presidente estadounidense a España, por razones de oportunidad política. Por supuesto, hablaron de la ampliación de la base americana de Morón, punto estratégico del despliegue militar de Estados Unidos en Europa Oriental, aunque acordando que en la rueda de prensa se negaría que esta cuestión hubiese formado parte de los temas tratados durante la cumbre. Alvarellos quería facilitar las pretensiones norteamericanas a cambio del respaldo necesario para sumar a España al grupo de las superpotencias, alentando la creación de un G-9.

Gatz se expresaba con frases cortas que salpicaban sus intervenciones de puntos y seguidos, y procuraba no profundizar demasiado en los temas tratados.

—Pongámonos de acuerdo por encima, y no nos hagamos daño con los detalles; eso queda para los técnicos —dijo.

Entre presidentes casi se volvía una cortesía no manifestar sino vaguedades, que quedaban flotando en el aire como las oes de un cigarro y que poco a poco desaparecían, hasta dejar la sensación de que allí no se había hablado de nada. En ese lenguaje sucinto, en el que una pequeña frase conllevaba una gran responsabilidad, un microsegundo decisivo, también analizaron la Declaración Conjunta que firmarían al día siguiente y que suponía un paso importante en materia de cooperación económica. Esta se había incrementado sustancialmente en la última década, pero la balanza comercial era aún deficitaria para España. Alvarellos quería multiplicar las exportaciones.

Bundren, Converse y Stone asistían al intercambio de pareceres con el cansancio que cada poco fustigaba sus posturas, que los hacían mover una

pierna, o la cadera, o cambiar la posición de un brazo, o rascar un hormigueo, o mirar aquí y mirar allí, igual que en el tenis. La monotonía se quebró al sonar uno de los tres teléfonos que había en una pequeña mesa lateral, cada uno de un color.

—Teléfono amarillo; es el *premier* británico, disculpadme un segundo; no os mováis.

Gatz y el primer ministro intercambiaron valoraciones sobre la muerte, esa mañana, de dos activistas palestinos tras un bombardeo selectivo israelí y la escalada de violencia que podía despertar. Por cortesía, Alvarellos se distrajo de la conversación. Miró a la pared que tenía a su derecha, de la que colgaba un hermosísimo Winchester, y después fue bajando la vista hasta reparar en los zapatos de Stone. Brillaban con la violencia de un hacha nueva. Se preguntó cuál sería la pierna ortopédica. A simple vista, cualquiera de las dos le pareció apta para cualquier empresa humana. Regresó al rifle, que relucía a la vez que se apagaba. En la Moncloa existía un fabuloso ejemplar, regalo de Ronald Reagan durante su único viaje oficial a España. Había servido para rodar una de aquellas películas horribles que Reagan protagonizó antes de llegar a presidente. Disparaba con gran precisión. No había sido inutilizado.

La conversación con el *premier* británico duró cinco minutos. Gatz se incorporó a la reunión de nuevo, en el punto que la había dejado. Se palmeó las manos y las frotó, haciendo creer que había llegado la hora de ponerse en serio manos a la obra.

Retomaron de nuevo los temas calientes, que justificaban la cumbre, y después se inclinaron hacia los asuntos secundarios. Poco a poco todo fue adquiriendo carácter informal. Solo entonces comenzó a llenarse de detalles. Alvarellos preguntó por el nuevo presidente ruso, al que visitaría en Moscú dentro de dos meses, y escuchó un aluvión de anécdotas de la inteligencia estadounidense. A su vez, Gatz quiso conocer algunas intimidades —detalles— del presidente francés y su famosa esposa, con los que el matrimonio Alvarellos habían pasado recientemente un fin de semana en el sur de España.

En una atmósfera cada vez más familiar, que recordaba a las viejas casas de abuelo, Gatz apoyó los pies sobre la mesa. Era la señal de que la hora de ejercer de Comandante en Jefe había acabado y todo lo que pasase a continuación remitiría a historias de seres humanos comunes.

—Ponte cómodo —le pidió a Alvarellos.

El presidente español advirtió con admiración que en la suela de los zapatos de Gatz estaba inscrito, en relieve, su nombre completo y su cargo. Aquello equivalía a la nación elevada a la máxima potencia. Había visto de todo, menos un calzado pensado con tal grado de detalle.

En un momento casi imperceptible, de los que odian la luz, Gatz elevó un levísimo gesto hacia sus secretarios, que segundos después se excusaron y abandonaron la sala. Se despidieron hasta la hora de la cena, a la que también acudirían.

Pasados algunos minutos, durante los que Gatz comentó el carácter de sus secretarios de Estado y lo mucho que confiaba en ellos, aunque no habían casi abierto la boca, se puso repentinamente de pie.

—Acompáñame; es hora de que nos fumemos ese puro —propuso—. Mi esposa es una mujer que rebosa sensatez, sentido común y una claridad de ideas admirable, y por eso no me deja fumar dentro de la Casa Blanca. Por suerte, hace una noche espléndida, fría pero limpia, y podemos fumar al lado de un balcón. Hay que aprovechar los vacíos legales.

Pasaron a un salón con chimenea en el que reinaba una atmósfera que remitía a la fundación de la nación americana. Se respiraba su solemnidad. La chimenea estaba decorada con fotos de Gatz en compañía de líderes internacionales, entre los que Alvarellos se buscó en vano, casi ingenuamente, y se consoló pensando que tal vez era solo cuestión de tiempo que la historia lo colocase sobre aquella repisa.

—Aquí podremos fumar sin que a mi mujer le lleguen los rumores; confío en tu discreción. —Y le clavó levemente el codo en un costado.

Gatz abrió la puerta del balcón, con vistas a los jardines, y sacó su puro y un mechero. En silencio, Alvarellos lamentaba no tener a mano su propio tabaco. Aquel era un momento enfático, que recordaría, y en el que iba a fumarse un puro seco, de tercera división. Los encendieron con pompa, sin intercambiar más que los primeros humos. Alvarellos encendió el suyo mirando a Gatz por encima de las gafas, aunque sin llevar gafas. Casi al unísono experimentaron la placidez de que había momentos en la vida en los que lo único importante era tener un buen puro a mano para fumar y dejar que los minutos se deslizaran a lo lejos.

—No cambiaría estos instantes perfectos por nada, ni siquiera por la paz mundial. A joderse —dijo Alvarellos.

Los dramas y las tensiones a los que hacían frente desde sus cargos solo

hallaban recompensa en horas solitarias en las que se ejecutaban acciones comunes.

—Hay un asunto —rompió Gatz la paz— del que me gustaría hablarte. He esperado hasta ahora porque requiere, digamos, de un buen cigarro.

Alvarellos asintió con el puro en la boca. A la postre, no lo encontró tan malo. Estaba seco, ciertamente, pero menos de lo que había llegado a sospechar. Daba gusto cuando algunos errores se volvían casi aciertos. Exhaló el humo y lo expulsó a cámara lenta, como diciendo «veamos de qué se trata».

—Como sabes, desde hace dos años este país vive momentos delicados. El mundo se ha vuelto un lugar demasiado peligroso. Nuestros enemigos se multiplican, y tienen la capacidad de pasar cada vez más inadvertidos y no por ello dejar de resultar dañinos. En fin, ya sabes de qué te hablo. —Hizo una pausa y se volvió. Al fondo vio una mesa con bebidas—. ¿Te tomarías un whisky conmigo? Creo que es un buen momento.

—Solo faltaría.

—No me gusta beber, pero sobre todo no me gusta beber solo. Si puedo hacerlo con alguien, en un clima cómodo, y este es el caso, ya me gusta más. Mis ideas religiosas, seguro que ya lo sabes, son firmes, aunque me gusta pensar que Dios no puede estar alerta todo el tiempo. A Dios omnipresente, que está en todas partes, le reventaría la cabeza, pobre. Me satisface pensar que de vez en cuando se toma un descanso, en el que tal vez también se sirva una copa. Es imposible vivir continuamente, durante cada minuto de tu vida, en coherencia con tus ideas. —Parecía que hablaba en broma.

Gatz toqueteó con notable habilidad las botellas y vasos, que tomaba, movía y posaba como piezas de ajedrez en plena partida. Tendió su whisky a Alvarellos y unieron ambos en un brindis secreto. Antes de que retomase lo que fuese que pretendía con aquella introducción, el presidente español dio un paso adelante y, aproximándose al balcón, dijo:

—Gatz, ahorrémonos los trámites. —Había adquirido la seductora costumbre de pronunciar el nombre de su interlocutor cuando deseaba resultar fraternal y cercano, y acercarse al meollo de algún asunto delicado—. Tú y yo estamos en la misma longitud de onda. Dime simplemente qué necesitas de España.

Gatz requirió de un par de segundos para dar por buena tanta franqueza.

—Te agradezco que me permitas ser directo. —Se llevó la copa a los

labios y empujó el whisky al abismo sin saber qué era el abismo—. Nuestros servicios de inteligencia han detectado varias células durmientes en España. Contamos con razones de peso para creer que mantienen intereses estadounidenses entre sus objetivos. Los vigilamos desde hace tiempo y entendemos que podrían proporcionarnos información valiosísima para defendernos del tipo de amenaza que representan. Lo que te estoy pidiendo es que nos permitáis detenerlos en vuestro territorio, sin tutela policial ni judicial, y trasladarlos a un lugar en el que podamos interrogarlos. España nos haría un gran favor, que mi país sabrá agradecer, si nos permitís tener un centro de reclusión secreto en Morón.

La Casa Blanca se tensó, Alvarellos tragó saliva ceremoniosamente, se hizo de noche, de día, de noche y se restableció la tarde otra vez. Después se acarició la barbilla con la delicadeza con que antes había pasado una mano por la mesa de trabajo de Gatz.

—¿Eso es todo? —Hablaban con una seguridad en sí mismo tejida en largas soledades.

—Tal vez haya que realizar numerosas operaciones de esta naturaleza a lo largo del tiempo. En el fondo, tiene que ver con lo que ocurre en Oriente Medio. Combatir esta clase de nuevo enemigo requiere de una paciente labor de inteligencia, que nunca ofrece resultados en el corto plazo.

—Cuenta con mi incondicional apoyo. No tengo nada más que decirte.

Los cigarros deshojaron la tarde sin querer, hasta que dentro y fuera todo cobró aspecto de una noche ligera, cuyo peso se podía soportar con dos dedos, aboliendo las diferencias entre la noche y un lápiz amarillo.

—Tú y yo somos hombres solitarios, arrojados a un destino desagradecido; al igual que aquel personaje de no sé qué libro, para nosotros siempre son las tres de la madrugada. —Hizo una pausa—. Simplemente lo asumimos, porque el mundo depende de ello.

Cuando acabaron de fumar y beber, regresaron a las dependencias donde los aguardaban sus directores de gabinete. Se dieron la mano, aunque iban a verse dentro de dos horas, para la cena. Si cabe, Gatz apretó la de Alvarellos con más afán. Ellos sabían, secretamente, que aquel saludo, uno más, en apariencia, en una cadena soporífera de saludos, estaba cargado de significado. Casi hizo ruido, que a su vez casi levantó polvareda. Sus manos eran entonces el equivalente a dos hierros incandescentes en una forja.

Alvarellos regresó exultante a la Blair House y, sin embargo, cansado. El

puro y el whisky le habían dejado un agradable y apaciguador sabor que lo disimulaba. Cuando entró en la residencia oficial de invitados, no fue consciente de haber hecho el trayecto hasta allí. La vuelta era un vacío en su memoria, tampoco sabía decir con qué pensamiento se había distraído, ni cuál a su vez había provocado esta distracción.

Mantuvo una reunión rápida con el ministro de Exteriores, el vicepresidente del Gobierno y su director de gabinete para repasar ciertos aspectos del encuentro. Alvarellos se mostró más bien parco y optó por posponer los detalles para otro momento. Se agarró un brazo con el otro para constatar la realidad. No quería engañarse. Todo había transcurrido, dedujo, tal y como lo recordaba. Quizá temió que los minutos equivaliesen a años.

—Hemos puesto al país donde se merece. —Quiso ser generoso con el uso del plural, que en cambio simplemente sonó a una suma de yoes.

Cuando se quedó solo, recorrió tranquilamente la Blair House. No se demoró. Al final, tuvo la sensación de haber dado una vuelta al mundo completa. En la biblioteca halló una cama fantasmal, muchos libros y otra vez bebida, quizá dispuestos con fines ornamentales. No había que tocarlos o se rasgaría la armonía del clima. Allí sentado, haciendo cumplir el vaticinio de que para los grandes hombres siempre son las tres de la madrugada, y su soledad se volvía a esa hora irrompible, incurrió en una de esas enumeraciones tan humanas: evocó el nombre de su padre y sus sacrificios y fracasos, que a su vez admitían otra enumeración, a sus abuelos, sus hermanos, los amigos muertos, que no podría enumerar porque habían sido pocos y estaban demasiado muertos; evocó a sus colaboradores, a los expresidentes que seguramente habían soñado con estar donde él y al final a sus enemigos. Ojalá todos, por unas razones o por otras, pudiesen verlo a través de una cortina, allí solo, pero sin necesidad de nadie más.

En el dormitorio, iluminado solo por una lámpara de mesa de luz amarillenta como la sopa, se encontró a Leonora en ropa interior y con el pelo recogido. Esta interrumpió un tarareo popular al verlo entrar.

—¿Cómo ha ido?

Alvarellos juntó mucho los labios, en imitación de un beso, y bajó y subió la cabeza varias veces. Después simplemente miró el cuerpo de Leonora. Lo atravesó. Su mirada dio otra vuelta al mundo, aunque sin alejarse porque era imposible. La imagen imantada de su mujer, desprovista a sus ojos de un solo defecto —que de existir sería bello, justo, perfecto y capaz de recordarle por

qué se había enamorado de ella—, reorganizó sus fuerzas. De pronto, se excitó. A menudo la vida cultivada consistía también en una pulsión salvaje. En cierto sentido, se creyó invencible, igual que después de tomar tres martinis. De un modo inesperado, pero ineluctable, cayeron sobre la cama e hicieron el amor empujados por los relojes, entre una luz amarilla, que compareció en forma de niebla. La vida se contrajo brevemente hasta quedarse en un puño. Al finalizar pudieron respirar y se desligaron con ternura, igual que dos hojas que se caen de una rama.

—América —descubrió Alvarellos con humor.

Ella le acarició el pecho en silencio y al poco se dirigió al cuarto de baño. Su marido siguió sus pasos desde la cama, casi asustado de cuánto quería a aquella mujer. Cuando escuchó el cerrojo, aún tumbado, puso las manos debajo de la cabeza y miró a su alrededor. Reparó en un retrato de Thomas Jefferson, que no lo conmovió. Fue posando sus ojos en una butaca, un escritorio, un pequeño tapiz, los visillos, la mesilla de noche. Abrió sus tres cajones, de arriba abajo, esperando encontrar tal vez una Biblia. En el último descubrió un ejemplar encuadernado en piel de la Declaración de Independencia. Hacía al menos veinte años que no la leía. Era un documento perfecto. Buscó sus gafas de leer y se sumergió en las páginas hasta no ser consciente del regreso de su mujer.

Leonora Mur había elegido para la cena un vestido largo, negro, con incrustaciones brillantes, que ya había vestido en una recepción con el presidente de Argentina. No le importaba en absoluto repetir modelos. En su casa, donde eran once hermanos, habían crecido con un gran respeto hacia la ropa, que pasaba de unos a otros y debía durar años. En su idea de las cosas correctas, la ropa no podía permitirse el lujo de pasar de moda. La ropa se compraba, se usaba el mayor tiempo posible, con criterio, y un día simplemente moría. Ese día pasaba de moda.

—Listo —dijo Alvarellos, que cerró el libro con un estrépito del que solo era capaz el papel. En ese instante se dio cuenta de que debía empezar a prepararse para la cena, se levantó de la cama y dejó atrás a Leonora, que se vestía gesto a gesto.

—¿Adónde vas? —preguntó al advertir la decisión con que se encaminaba.

—Creo que al váter, por fin.

TREINTA Y SEIS

Se afeitó a máquina, según sus normas para los días comunes. Eran las nueve menos diez de la mañana. Después se duchó en agua templada. Sin darse cuenta canturreaba por la nariz *O sole mío*. Tenía la radio encendida y espiaba un informativo. Anoche había salido del periódico pasadas las doce, asediado por las noticias, y se levantaba reclamando más noticias. El sonido del teléfono cayó en forma de rayo, sin rozarlo. Todo lo que tenía a su alrededor, incluyendo el agua, vibró con una azul suavidad, asustado. Cerró el grifo y se pasó las manos por el cabello y la cara para escurrir el agua. Entremedias podía escuchar, o suponer, a su mujer durmiendo. Después abrió la mampara y extendió el brazo, goteando, hasta el mueble en el que había dejado el teléfono.

Era su secretaria.

—Murió Rafael Núñez-Heribert. —Lo anunció con su estilo habitual, desprovisto de adornos. Gervais no recordaba a su secretaria incurriendo en un adjetivo. Era una devota de los verbos y sus acciones. Alguien dijo. Fulanito llamó. Su mujer quiere. Mengano rechaza. No sé quién exige. Aquel otro ama.

Colgaron.

Gervais se esperaba aquella muerte desde hacía meses, sin querer. Sabía que estaba muy enfermo, pero odiaba esperar, y dejó de pensar en el viejo actor. Abrió el grifo y se duchó una segunda vez. Miró hacia arriba, para que el agua le golpease la cara. Con los ojos cerrados podía verse casi todo, y en ese instante vio a Núñez-Heribert; no al Núñez-Heribert decrepito ya, enfermo de cáncer, sino al de sus años dorados, en alguno de sus papeles secundarios, interpretando a personajes que después de dos o tres escenas desaparecían, pero quedaba su regusto.

A veces se disgustaba con el pasado que tenían en común. No se

arrepentía, pues la vida lo había eximido de esos sentimientos, pero lo incordiaba la evocación de aquel episodio. Entonces, Rafael Núñez-Heribert ya estaba enfermo y había dejado Madrid abrumado por el presente sofocante en el que se vivía allí, para intentar recuperarse, o al menos vivir sosegado, contemplando el pasado desde su casa en Ibiza. Su patrimonio había empezado a declinar y siguió haciéndolo hasta que un día también perdió la vivienda de dos plantas, y más de quinientos metros cuadrados, que tenía en la calle Velázquez, en la que tantas fiestas había dado para la sociedad más exclusiva de Madrid. Cuando Gervais se enteró, puso sus ojos en ese ático, que había pasado a la cartera del Banco General. Al principio, el banco se resistió a ceder a sus pretensiones. Creían tener compradores más interesantes que Gervais, capaces de pagar por la vivienda mucho más. Infravaloraron su capacidad para poner el periódico a su servicio. Durante dos semanas, *Tiempo* llenó sus portadas de informaciones adversas que al cabo minaron la resistencia del presidente del banco. En el fondo, Gervais también era un hombre de negocios. La vivienda de Rafael Núñez-Heribert pasó a ser suya, y por una cantidad muy inferior a la que fijaba el mercado.

La mañana le devolvió lentamente la lucidez. Asistió a la primera reunión de redacción en un inusual silencio y al acabar se cambió de corbata. Eligió una negra y se dirigió al tanatorio de la M-30.

Rafael Núñez-Heribert había sido una celebridad y, sin embargo, con el tiempo casi todos sus amigos y conocidos olvidaron que lo trataron. Primero lo dieron por pasado de moda, o de época, y después creyeron que ya habría muerto. «Su fallecimiento, el auténtico, los conmoverá», supuso Gervais. Muchos experimentarían la sensación de que Núñez-Heribert había regresado al fin de comprar cigarrillos, cuarenta años después. Su despedida les sonaría a un «hola». Algunas muertes no servían para saber que alguien se iba, sino para descubrir que estaba. Bien pudiera ser cierto que no había nada más recóndito que lo que uno tenía delante. Cuando uno permanecía demasiado tiempo en un sitio, caso de Núñez-Heribert, y se volvía una vieja estrella, cubierta de polvo, llegaba un momento en que debía darse a conocer otra vez. El tiempo poseía una extraña densidad.

Gervais experimentó cierto alivio al bajarse del coche y ver a su vez a López Madero descendiendo de un taxi. El escritor de *Tiempo* farfulló como un señor sin dientes.

—Los taxistas de Madrid son una institución que hay que abolir —lamentó

al llegar a la altura de Gervais. Se miró las suelas de los pies para comprobar que todo estaba en su sitio.

—¿Habéis discutido?

—Por supuesto que hemos discutido. ¡Tenía cáscaras de pipa en el suelo! Yo a un taxista se lo perdono todo. Le perdono que lleve pijama debajo del jersey, que tenga el cenicero lleno de colillas, que no se afeite, o que haga quinielas cuando el semáforo está en rojo. ¿Pero pipas?

Juan Gervais le dio la razón en silencio.

—Hasta les perdono esa mierda de san Cristóbal que llevan pegado en la guantera, pobres ignorantes. —Se metió la mano en el bolsillo, en el que se escucharon los tintineos tristes de unas monedas—. Qué hermoso fue ver cómo aquel taxi se detenía en la Quinta Avenida y descendía Audrey Hepburn lentamente, con gafas oscuras y una leve resaca. En esa escena de *Desayuno con diamantes* el sector del taxi hizo cumbre. No se podía estar más conectado a los tiempos. Todo lo que vino después ha sido decadencia.

—Deberías sacarte el carné y comprarte uno de esos Mercedes de hace treinta años, con tanta clase. Podrías ir siempre en primera.

El escritor lo miró decepcionado.

—Conducir es la última vulgaridad en la que debería incurrir un escritor. Si conduce no puede ver el mundo. Para eso están los taxis. Son el mejor invento que existe.

—¿Los taxis? ¿En qué quedamos?

—Hombre, a mí me encantan los taxis, ese histerismo que les producen las tertulias de la radio, los atascos, su modo de reírse del Gobierno. Incluso su sinvergüencería. Hace seis meses discutí agriamente con uno; me insultó, le devolví el agravio, volvió a insultarme, repliqué con un ataque feísimo; fue un toma y daca precioso. Cuando llegamos al Ateneo, le dejé diez euros de propina. Tomar un taxi en Madrid es una aventura, un todo o nada. ¿Entramos o qué?

El escritor pasó primero, invitado por sus zapatos enormes, que siempre caminaban a la deriva, sin pies. En los largos pasillos del tanatorio la tristeza se solapaba con algunos antónimos. La gente salía de las salas a respirar. El pasillo era un alivio.

Les costó encontrar la sala de Núñez-Heribert.

—Por allí resopla —señaló López Madero literariamente.

En la puerta fumaba un cigarro sin encender el empresario Isaac Rosario,

que había tenido negocios a medias con el actor, antes de que se enemistasen. Después de algunos problemas con la justicia, durante la época progresista, a cuenta de unos cursos de reiki y homeopatía con los que se hizo más rico, de nuevo vivía otra época dorada, ahora en el sector inmobiliario.

—¿Habéis hecho las paces *post mortem*? —preguntó López Madero, que conocía a todo el mundo desde hacía treinta años.

—Los dos sabíamos, sin haberlo comentado nunca entre nosotros, que nos complacería que el que quedase vivo fuese al entierro del otro. Y ahí se acabarían nuestras diferencias.

López Madero se retiró el abrigo, con solapas cubiertas de lana de oveja, pesadísimo, haciéndolo resbalar por sus hombros despacio, con suspense. Bajo el abrigo quedó al descubierto un traje de chaqueta cruzada azul oscuro, de botones dorados, brillantísimos. El conjunto resultaba impecable, coronado por el pañuelo que se anudaba al cuello. López Madero poseía una elegancia caduca y encantadora. Había creado escuela. No importaba el tiempo que transcurriese, él seguía estrenando un traje cada cuatro meses. Odiaba cambiar de ropa cuando la ropa no daba más de sí. Había que adelantarse a ese final patético. En su armario no existían los trajes para los días vulgares. Defendía la teoría de que había tres sitios en los que un escritor debía dejarse ver: uno eran las librerías, otro las fiestas exclusivas, siempre que acabasen antes de las once de la noche, y el tercero eran las *boutiques*. Con esos escenarios se estaba más cerca de alcanzar la celebridad.

—Voy a buscar fuego —dijo Rosario, sacándose el cigarro apagado de la boca.

Se alejó, se hizo pequeño, se esfumó.

—¿Esta esposa es la tercera? —preguntó Gervais antes de entrar en la sala.

—La cuarta. Tiene treinta y dos años menos que él. Me la tiraría sin pensármelo. Aquí mismo.

—No seas bruto. Eres un intelectual.

—Bueno, en una sala adyacente, donde no nos viese Núñez-Heribert.

—Estamos en su funeral. Núñez-Heribert era tu amigo.

El escritor agachó la cabeza.

Seguían sin decidirse a entrar. Cuando al fin dieron el paso, advirtieron que al otro lado de la cristalera, sobre el féretro, cerrado, alguien había tenido la idea de colocar una fotografía de un Núñez-Heribert muy joven, en los años que ejercía de triunfador, aunque solo fuese un secundario. Se respiraba una

tristeza afable, llevadera, habitual en los funerales de las celebridades. Después de todo, habían llevado tan buena vida y hecho cuanto habían querido que los supervivientes se acordaban y se alegraban.

López Madero se sentó junto a la viuda. Puso sus manos sobre las suyas, formando una montaña infantil, y le susurró al oído:

—Querida, a todos nos embarga el dolor. Lo quisimos demasiado. Pero él nos enseñó que la vida nunca se pone triste, solo los hombres. La muerte es ese amigo estúpido y aburrido que se empeña en apagar las luces para que la fiesta acabe cuando está en lo mejor. Pero ¿a quién le importa? Nos tienes aquí, a tu lado, ¿no?

Ella refrenó una sonrisa a duras penas, y sus manos, en el fondo de la montaña, ascendieron sobre las de López Madero. Después, para combinar el entusiasmo con el pesar, hablaron de Rafael y de algunas anécdotas comunes. Y, sin más, fueron tendiendo al silencio, a la manera inevitable en que dos personas un día se conocen demasiado y ya no tienen ni que hablar. Él sintió que se divertía y que quizá allí había una columna.

Tras unos minutos el escritor se levantó distraídamente y se acercó a Gervais, que había optado por seguirlo todo de pie. Caminaron hacia atrás como actores de comedia.

—He querido rezar algo, en homenaje postrero —confesó López Madero—, pero no he recordado ninguna plegaria, así que he recitado en voz baja «Muerte de Antoñito el Camborio». ¿Qué te parece?

—Qué más da. Era un buen tipo —añadió con repentina nostalgia.

—En sus mejores tiempos era un vendaval.

López Madero se recolocó las gafas para recordar cómo lo había conocido.

—Fue en Sevilla Films, que estaba por Pío XII, en un descampado en el que se grababan muchísimas películas en los años sesenta. Una revista me había enviado a hacerle una entrevista a Sophia Loren. Y allí estaba él. Entonces se decía que tenía un romance con la actriz italiana. Todos aquellos rumores, con pinta siempre de ser mentira, eran rigurosamente ciertos. No había mujer que no acabase rendida a sus pies. Su fortuna, hasta que la gastó, procedía siempre de las mujeres con las que se casó, o de las que se enamoraron de él y consintieron en hacer de él un vividor. Qué personaje —dejó escapar con pena—. A finales de los setenta salí con él una noche. Yo estaba recién llegado a Madrid, imagínate. Bebimos como titanes y a las tantas de la madrugada me subí con él a su Mercedes blanco, y a los

doscientos metros nos estrellamos contra una farola hacia el final del Retiro. Íbamos despacio y al coche no le pasó nada. Era durísimo. Pero a mí me quedó una leve cojera.

—Pero si tú no cojeas.

—Claro que no cojeo, qué te creías. Es una cojera psicológica.

A Gervais se le escapó un aspaviento con la mano. Siempre existía un minuto, cuando pasaba demasiado tiempo con López Madero, en que este empezaba a parecerse demasiado a López Madero y se volvía un personaje.

—Pero ya está bien de hablar de Núñez-Heribert. Al fin y al cabo, está muerto. Ya le hemos rezado. ¿Has hablado con Alvarellos últimamente del Cervantes?

—¿Salimos y fumamos un cigarro? —propuso Gervais.

—Pero si ni tú ni yo fumamos, joder.

—Entonces haremos que fumamos.

El escritor se echó el abrigo sobre los hombros, como si fuese un país.

—Estuve con él hace una semana, a la vuelta de Estados Unidos, y me pareció que...

—Pero ¿hablasteis de lo mío?

—Me dijo que en diciembre había cenado en la Moncloa contigo y con tu mujer...

—Eso ya lo sé. Yo estaba allí.

—... y que te había dicho que este año había muchas posibilidades.

—Sé lo que me dijo y también sé que el premio se falla dentro de una semana, y no tengo ni idea de qué va a pasar.

—Hay ministra nueva y el hijo del presidente de la RAE acaba de tomar posesión del cargo de agregado cultural en la embajada de Washington. Son favores que hay que pagar.

—No sé.

—Me dijo que se había implicado personalmente. Quiere que tengas ese premio.

—Me merezco ese premio desde hace diez años.

Gervais otra vez tuvo la impresión de ser el padre de muchos de los intelectuales que colaboraban en su periódico, o que lo tenían por confidente, y que cada tanto acudían a él llorando porque el mundo no los amaba lo bastante.

—No han sido años en balde. El índice de perdedores del Cervantes

adquiere prestigio convocatoria a convocatoria y la lucha por hacerse con la derrota es ya encarnizada.

—No me vengas ahora con que la sucesión de fracasos me hará más célebre y mejor escritor. Ya soy mejor escritor. ¿Para qué quiero serlo más?

El director de *Tiempo* le dio la razón con el único fin de acallararlo. López Madero debía ganar el Cervantes. No había ni que explicarlo.

El velatorio se volvió un hormiguero, y no uno cualquiera, sino uno de moda, inesperadamente. En una jugada por sorpresa del destino, la muerte de Núñez-Heribert se convirtió en la extraña celebración de una omisión injusta. Quizá amigos y conocidos habían esperado a una ocasión tan especial, en la que él no estuviese ya presente, para demostrarle su admiración. Actores, poetas, pintores, banqueros, obispos, autoridades, diputados, viejas glorias que ya no recordaban el motivo de su éxito pasado empezaron a desfilar por el tanatorio de la M-30. El mismo destino obró el encuentro, a las puertas del edificio, de Gervais con García-Frost, quien lejos de evitarlo lo encaró. Sus zapatos trituraron el hielo que los distanciaba.

—No nos veíamos desde que nos declaramos la guerra —dijo la alcaldesa, que retiró su pabela negra con un gesto indivisible, semejante a pasar la página de un libro. Hacía dos días que había abandonado el collarín.

Se dieron un beso que dejó en el aire una interferencia.

—Te mandé flores al hospital, con una nota.

—No vi la nota y las flores se las regalé a la señora de la habitación de al lado, que iba a morir.

—Decía: «Las guerras pasan y queda la paz».

—Muy bonito. Es verdad que a veces queda la paz —constató ella con nostalgia—. Pero la esperanza es lo último que se pierde.

—No seas así. La paz también tiene ventajas. Sales en *Tiempo* defendiendo a Madrid en muletas, al estilo Delacroix, y también cortando cintas en inauguraciones.

—Ojalá la próxima sea la galería de arte de tu mujer. He oído que va a quedar de maravilla.

García-Frost hacía olas con su pabela en la mano.

—Deberíamos aprender a querernos de nuevo —señaló con un repentino cansancio Gervais—. La guerra cansa y la reconstrucción es cara.

—Tal vez tengas razón, aunque es difícil luchar contra nuestra naturaleza: somos escorpiones.

Gervais le ofreció su brazo para acompañarla. Ella lo tomó, sonriendo para dentro, y se dejó llevar. Jugaron a que la vida a veces empezaba de nuevo. Cuando la dejó en la sala de Núñez-Heribert, el director de *Tiempo* se encaminó de nuevo a la salida, casi sofocado, con la impresión de que un día había acabado y otro vuelto a empezar. Temió que otra vez finalizaba y llegaba el siguiente cuando César Riezu y su mujer emergieron entre un montón de caras vulgares. Casi celebró el milagro.

—¿No me digas que erais amigos?

—Vagamente —resumió Riezu, que dedujo del silencio paciente de Gervais que debía más explicaciones—. Nos conocimos hace muchos años, cuando entré en el negocio del ocio nocturno. Yo estaba empezando y él era una estrella que se paseaba con sus compañeras de reparto. Además, fue socio del Madrid durante los años sesenta y setenta. Después renunció.

—No tenía ni idea.

—Pero no hablemos de los muertos. O no de los que están presentes. He visto la entrevista de Hulet en tu periódico: qué horror. ¿Era necesario darle una página a ese desgraciado?

Su mujer le apretó un brazo.

—No te preocupes —se dirigió a ella Gervais, que captó el gesto—. Tu marido y yo tenemos la fea costumbre de decirnos lo que pensamos. No nos duele.

—Es cierto —la tranquilizó también su marido.

—Quedaba feo no entrevistar a uno de los dos candidatos a la presidencia del Madrid.

Riezu resopló por la nariz, como una ballena.

—No seas insaciable. Nadie duda que volverás a ser presidente. Y más ahora —añadió— que te has quitado a la justicia de encima en tiempo récord.

—Por suerte, en este país aún queda algo que funciona —dijo Riezu, con cierto afán por que la conversación concluyese en ese punto—. A lo mejor te interesa saber que fue Hulet quien alentó la denuncia de la exconsejera de Sanidad contra mí.

—La presidencia del Madrid es un oscuro objeto de deseo.

Gervais recordó que tenía un periódico que dirigir y se despidió de Riezu. Volvió a encontrarse con López Madero en la puerta.

—Aquí ya no pintamos nada —comentó el director.

—Vemos caras conocidas que hacía tiempo que no veíamos. Eso está bien.

Gervais hizo la estatua.

—¿Te llevo o regresas en taxi? —preguntó.

—Me quedo un rato. Todavía no tengo mi columna. Voy a entrar otra vez, a ver si la encuentro.

Gervais regresó al periódico, del que en el fondo nunca se ausentaba. Capeó la tranquila mañana bajo el deseo de no tener un resto de día apacible. Le agradaba pensar que las sorpresas se abrían siempre paso; con ellas se hacía mejor un periódico. Ciertos días acataban los deseos de la gente con fe, y a primera hora de la tarde la agencia ELE anunció que el Ministerio Fiscal se querellaba contra Jaime Lihn y toda la cúpula del Grupo Prensa Nacional por un supuesto fraude fiscal detectado por la Agencia Tributaria. Al principio maldijo a Alvarellos, pues quería para él esa exclusiva, pero después simplemente pensó en hacer el mayor despliegue posible sobre la noticia.

—No todos los días tenemos ocasión de ensañarnos con la competencia — advirtió en la reunión de redacción extraordinaria—. Hagámosla trizas.

Estaba emocionado y a la vez nervioso. Pero lúcido. Encargó perfiles de Lihn y sus máximos colaboradores, de la empresa editora, precedentes de fraudes parecidos... En cada una de sus frases se escondía una emboscada. Soñaba desde hacía tanto tiempo con causar un daño irreparable a *Crónica* que el sueño era anterior a tenerlo. Dios sabía que lo había intentado otras veces, pero se había estrellado contra el casco de acero del periódico más importante e influyente del país. Ahora tenía dinamita auténtica, pensó. No importaba si al final la querrela no prosperaba. Eso solo formaba parte del futuro. Y del futuro lo único que sabía es que era el lugar en el que un día estaría muerto.

De pronto, creyó que no tenía nada que perder. Estaban él solo y *Crónica*. El hombre contra la máquina. La idea de superar un día a su competidor, al que odiaba con obstinación, lo empujaba a un estado de ebullición. Volverían a acusarlo de ser aquello que Theodore Roosevelt llamó *muckraker*, una clase de tipo que se abría paso nadando entre las inmundicias, y le gustaba. Nunca como en esos momentos se sentía tan periodista.

TREINTA Y SIETE

La puerta del reservado se abrió y apareció el camarero con una segunda botella de Vega Sicilia Único de 1987.

—¿Señor? —Se lo mostró a Niza, que en una mueca ínfima, cargada sin embargo de semántica, dio su aprobación sin interrumpir su conversación con Claudia Aibar.

—Y dime, ¿qué tal está funcionando el nuevo producto? —preguntó el vicepresidente.

El camarero descorchó la botella con una ternura humana, reduciendo a nada la diferencia entre ese vino y un ser querido. Sonó un plop que lejanamente equivalió a una expresión de amor. Aibar se volvió hacia la botella, de la que le llegó un susurro.

—No vas a creerlo, pero en la primera jornada, en cuanto la CNMV aprobó su comercialización, colocamos mil trescientos millones de euros. Es una salvajada.

Niza removi6 la copa y a continuaci6n se la llev6 a los labios, cerrando los ojos. Palade6 el vino. Levant6 los p6rpados satisfecho y mir6 el techo, y quiz6 vido el cielo m6s all6.

—Eso es casi el doble de la mejor previsi6n comercial calculada para todo un mes.

—Qu6 barbaridad.

Aibar no supo si se refería a los datos, impresionantes, o al Vega Sicilia de 1987, a buen seguro tambi6n extraordinario. Por qu6 no a ambas cosas, pens6. Uno no debía nunca renunciar a matar dos p6jaros de un tiro.

—Se firmaron operaciones en el noventa por ciento de las oficinas. Hoy es el octavo día y a las dos de la tarde habíamos colocado trescientos millones. He de reconocer que yo estaba convencida del 6xito, y aun así tenía mis dudas. Pero esto nos supera.

—La presidenta de la CNMV ha aceptado pasar por alto algunas objeciones de los técnicos que habían elevado informes críticos con el producto.

—Me consta, pero sabré agradecer lo que ha hecho.

Los temas se renovaban y morían. A veces, porque incurrían en cifras, o en tecnicismos, se volvían ininteligibles, pero entonces emergía otro asunto nuevo, o incluso uno viejo, como esos ahogados que de repente no lo están, y arrastraba al anterior de un plumazo, para siempre, igual que la lluvia a una colilla chupada. Hablaron de previsiones económicas, de los rumores de una nueva huelga general, de la imputación de Lihn, que había dado con un juez joven, con ganas de destacar. Hablaron de un viaje a Santander para comer, de un rumor sobre el amante de la ministra de Cultura, de un periodista despedido, de una mentira que habría que contar a la fuerza. Por momentos, la conversación se volvió un espejo de la vida rápida e intangible.

—Esta semana —comentó Aibar aprovechando un silencio— he estado con Riezu. Ya sabrás que me ha pedido trescientos millones.

—Para hacerse con Hochtief.

—Entonces estás al tanto de los detalles.

—Sí. El Gobierno bendice la operación. Hochtief es la segunda eléctrica más importante de Alemania. Sería todo un golpe de efecto.

—¿Empujamos la operación?

—No vais a estar solos. También participarán el Banco del Norte y casi seguro que Barclays Bank, Royal Bank of Scotland, Société Générale y un par de bancos alemanes.

—Estamos —dijo, filosofando— en uno de esos momentos en los que cualquier decisión que se tome parece acertada. —Y por fin palade  el Vega Sicilia, del que solo cabía pensar una cosa: qué barbaridad.

Niza acabó de masticar su bocado y balanceó la cabeza a un lado y a otro.

—A veces —dijo— pienso si esta forma de crecer, sin pensar en más allá de mañana, no puede interrumpirse abruptamente. No a la manera de los cracks que conocimos en los años veinte o en los setenta, pero sí una gran crisis de este tiempo, que no consigo imaginar.

Ambos se quedaron en silencio y, sin embargo, unidos, quizá compartiendo la idea de que los derrumbes eran un acontecimiento común a todas las vidas. Incluso también a los sueños. Las cosas no tenían que haber sucedido como a ellos les gustaría para que, al poco tiempo, o tras un tiempo

razonable, incluso largo, se viniesen abajo. Las esperanzas y las ambiciones, que eran cosas que no habían pasado, pero en las que uno depositaba su fe para que sucediesen en algún instante, también se desplomaban. Antes o después, casi todo caía. Cada vida, por supuesto, se derrumbaba a su manera. Aibar y Niza aspiraban a que si algo iba mal, no tuviesen que sentir los efectos en persona.

—Esto es política y ahora nos toca estar dentro. Solo se está de dos formas: dentro o fuera. Casi todo el mundo está fuera.

Aibar obtuvo la impresión de que ahora Niza hablaba con una determinación y un énfasis de los que carecía cuando llegó al Gobierno. Su aire de tecnócrata llegado de Washington había ido dando paso al político, con todos sus instintos. Quizá ser vicepresidente consistiese también en eso: hallar de pronto aquello de lo que uno carecía. Los años al lado de Alvarellos no pasaban en balde. ¿Acaso no lo sabía ella mejor que nadie? Había algo en la personalidad del presidente que abocaba a la imitación, hacía sentir a los demás que su compañía era inexpugnable. En el caso de Niza, casi todas las diferencias que lo separaban de Alvarellos al principio se habían ido convirtiendo en similitudes. Cada vez le costaba más evocar al Niza desenfadado de las imposibilidades, que podía estar horas hablando con fe de algo en lo que no necesitaba creer, como juego, y que destilaba de las cosas graves un destello cómico. Ahora ni siquiera era locuaz. Su expresividad incurría a menudo en gestos, frases cortas que golpeaban la conversación, siempre severas. Si hacía una broma, pesaba en el aire.

Después de tantos años juntos, y advertir hasta qué punto su ambición y su carácter se habían acercado a los de Alvarellos, calculó que lo conocía mucho menos. Era otro Niza. Podía predecir al viejo, tan familiar; en cambio, el que ahora tenía ante sí, en ese preciso momento, en cierto modo era un nuevo Niza. No le extrañó. Las contradicciones a veces se volvían naturales. Que algo no coincidiese con sus presuposiciones poseía una lógica secreta. A veces a la gente se la conocía peor a medida que se la trataba más en el tiempo. Recordó que le pasó alguna vez con cierta pareja. Salieron juntos catorce meses, y al final, después de intimar en todas las facetas que se espera que dos personas lo hagan, bastó un hallazgo inesperado en un cajón, en el que por casualidad descubrió un sobre con fotos en las que su novio posaba con otros hombres, siempre desnudos, para desconocer del todo con quién salía.

El almuerzo transcurrió entre gravedades y confidencias comunes, en las que Aibar descubría de vez en cuando retazos del viejo Niza, lo que sugería que las personas, después de ser las de siempre, y a continuación ser distintas, acababan volviendo a ser ellas mismas. Los grandes viajes eran siempre regresos, movimientos circulares.

Tal vez porque se conocían inevitablemente, y no había forma de modificar eso, Niza sacó a relucir a Lucas Zúñiga. Se había quedado preocupado cuando Aibar le reveló la existencia de ese manuscrito que amenazaba su estabilidad, y por extensión la de la caja y quizá la del Gobierno. Aibar resopló como si Niza hubiese roto el encanto de la vida con las manos. Escuchar el solo nombre de su exmarido la trastornaba porque la exponía a un odio que la envenenaba. Sin embargo, sacó fuerzas de ese pozo y le explicó que la editorial a la que Zúñiga había confiado el manuscrito había firmado con él un contrato que al cabo lo conducía a un callejón sin salida. Gracias a los vacíos legales de algunos artículos, dijo, quedaba en manos de la editorial la fecha de publicación. Eso significaba que podía ser dentro de diez años, tal vez veinte o treinta. Es decir, nunca. Zúñiga no vería nunca su libro publicado. Aibar prefirió guardar silencio sobre el contenido. En la copia que le habían proporcionado había leído pasajes terribles con ella y su familia, de una crueldad duradera. La obra aireaba un sinfín de confidencias que Aibar le había hecho cuando formaban un matrimonio razonable, como el robo de que había sido víctima su padre por parte de un hermano, que le había estafado veinte millones de pesetas, o el episodio de acoso que la propia Claudia había sufrido en el instituto, por no hablar de su primer aborto. Después estaban las mentiras o medias verdades que Zúñiga dejaba caer para desprestigiarla.

A la hora del café, Niza propuso salir al jardín japonés del restaurante. Había llegado a Madrid el buen tiempo y pensó que sería delicioso fumar y beber algo al aire libre.

—Mañana me voy de caza a Rumanía.

Sacó un paquete de Marlboro y una cajetilla plana de cerillas con el emblema del Ritz.

—Me fascinan las cerillas —confesó Aibar, tomando la caja—. Yo quise ser fumadora por el gusto de encender los cigarros con cerillas como Lauren Bacall. Todavía tengo en casa una cajita, herencia de mi padre, de aquellas que regalaba el hotel Sands de Las Vegas para atraer a gente normal y

corriente a su casino, y que decía: «Venga a jugar como esté vestido».

Niza insinuó un «claro». Después dejó que hablase el fósforo, que rasgó con vértigo la atmósfera y se incendió con extraordinaria felicidad. El fuego produjo una música mezcla de órgano religioso y experimento científico. A la luz la sucedió una gran calma, parecida a la de un libro al cerrarse. Claudia pensó que había pocos gestos más hipnóticos que el de acercar la cerilla al extremo del pitillo lentísimamente, que sugería que al apagarse se acabaría también el mundo.

—Parece increíble que hayan sobrevivido a los mecheros, ¿no crees? — sostuvo casi sorprendido Héctor mientras apagaba la cerilla, creyéndose Humphrey Bogart.

Claudia no respondió, subyugada por la estética de aquel breve fuego. Cuando lo hizo, las cerillas habían dejado de interesarle.

—¿Qué se caza en Rumanía?

—Un oso pardo. Me ha invitado el presidente de la Reserva Federal.

—Qué horror. Preferiría que no me contases estas cosas. Un oso pardo... Pero ¿no están protegidos los osos pardos? Deberías permitirte lujos que no sangren.

—Y tú ¿qué vas a hacer?

Aibar amagó con no revelar sus secretos, pero solo durante un segundo.

—Me voy a pasar el fin de semana a París, a comer el langostino frío con caviar del Alain Ducasse au Plaza Athénée.

—Eso suena incluso mejor que matar un oso. Estarás bien acompañada, supongo.

Claudia sonrió y mató la suposición.

Niza propuso pedir vodka-tonics. Faltaba poco para que la vida se volviese invisible, casi inútil, y nadie quisiese cambiarla por algo mejor. Claudia aceptó sin diálogo. Al cabo, la tarde se llenó de energía. Por momentos, la vida se aceleró y voló el suelo, con una gélida indiferencia por todo lo que significaba la ley de la gravedad. Pero no quería echar por tierra lo que restaba de día. Pidió un vaso de agua con mucho hielo y lo bebió con enorme asco, avivando el loable propósito de ponerse triste. El agua tenía tantas posibilidades, después de todo. La bebió a secas, como podía hacerlo un hipopótamo o un gato. Surtió efecto. Solo un rato después, dejó a Niza con el presidente de Funesa, que, sin saber nada unos de otros, había estado comiendo solo un reservado más allá. Coincidieron en la terraza. Claudia

aprovechó la ocasión para alegar que debía preparar la maleta.

El tráfico era lento y, al pasar por delante de El Corte Inglés de Goya, le pidió al chófer que se detuviese. No sonó cortante, pero tampoco amable. Simplemente, tuvo la ocurrencia de comprar una maleta nueva.

—No tardo nada.

El guardaespaldas la siguió de cerca hasta entrar en el edificio, donde le concedió más distancia.

Pareció deambular por los pasillos sin una idea precisa de qué estaba haciendo allí. Algunas personas la miraron al cruzarse, conscientes de conocerla de algo. Se entretuvo en la perfumería, probando algunos aromas masculinos. Uno de ellos la condujo a un chico con el que había salido durante la carrera. Estudiaba Farmacia y jugaba al hockey sobre hierba. Era especialmente guapo, simpático y borracho. Todo por igual. Olía a ese perfume que acababa de probar. En su pensamiento, lo vio echado en su sofá, donde se pasaban noches enteras, muy pegados, en un contacto diario que le había impedido olvidar del todo su particular olor.

Fue una evocación breve. Desapareció nada más advertir justo al lado la colonia que siempre había usado su padre. Ese sí era un olor indeleble, eterno, exagerado, que jamás podría desterrar. Siempre estaba en el aire. El recuerdo de su padre, si no consideraba el día de su muerte, en condiciones terribles, era ante todo un olor, ya más intenso que su rostro, que con el paso de los años había perdido matices. Por ejemplo, había olvidado de qué color eran sus ojos, o si alguna vez llegó a tener una pequeña calva en la coronilla, o si en verano le costaba ponerse moreno cuando iba a la playa. Pero el olor todavía hoy estaba en pie. Claudia había crecido viendo en el armario del baño de sus padres el frasco de su colonia, al lado de un vaso con una cuchilla, que siempre le parecía la misma, y la espuma de afeitar. El frasco dentro del armario —y el olor de la colonia— se convirtió en un paisaje que no se alteraba.

En una caja, pagando por un bolso horrible, o eso le pareció desde lejos, distinguió a Massiel. La artista, o lo que fuese ahora, marcó el número secreto de su tarjeta de crédito y se quedó esperando a que el sistema validase el pago. Entretanto jugueteó con la cartera, que abría, consultaba y cerraba, abría, consultaba y cerraba, como si contuviese una historia de terror.

Miró el reloj y se dio prisa. Siempre había sido decidida, así que entre una desoladora multitud de maletas distinguió la que quería. Lo peor estaba por

llegar. Hacer una maleta se volvía siempre una pesadilla. Las suyas estaban plagadas de errores. Podría llenar varias solo con aquello que nunca metió en ellas y que justamente eran los aciertos. Los errores saltaban a la vista cuando llegaba a su destino, subía a la habitación, más o menos contenta, y las abría para que todo lo que contuviesen se estirase y reposase en el armario. De pronto, cuando nada tenía ya remedio, echaba de menos un montón de cosas que no había incluido, mientras todo lo que contenían adquiría un aire de inutilidad insoportable. Para cuando descubría todas las equivocaciones, su casa estaba lejísimos, y ella ya había subido a un coche, y después a un avión, y otra vez a un coche, y empujado la maleta a través de escaleras, ascensores, vestíbulos, pasillos, camas.

La maleta vacía, presta a llenarse, se volvía un trauma. Había que hacerla no tanto con prendas y objetos como con pequeñas decisiones. Eso era lo que la mataba: incluir y excluir. ¿Cómo no sentir miedo al empezar? ¿O cómo quedarse serena al acabar y salir hacia el aeropuerto? ¿Era posible no olvidarse de algo? ¿Quién no había salido convencido de llevar todo lo necesario, y a lo mejor así era, y al llegar al destino había sentido el filo del arrepentimiento? ¿Existía la maleta perfecta, una en la que no faltase ni sobrase nada?

Seguía paralizada cuando la llamó el director de *Instrucciones de uso*. En una hora pasaría a recogerla.

PÉRDIDA DE CONTROL

TREINTA Y OCHO

Solo eran las ocho de la mañana cuando le trajeron la prensa y el café. La secretaria escuchó un grito, que trajo consigo un silencio nuevo. En ese ínterin en el que el ambiente temblaba, la alcaldesa se tocó el pelo, buscando la salvación.

—Qué asco —dijo al fin, en un tono relajado, aunque desabrido, arrojando *Crónica* al suelo, donde pisoteó el ejemplar.

El teniente de alcalde accedió al despacho por la puerta auxiliar. También había escuchado el grito. Distinguió el periódico en el suelo, agonizante, y su cabeza se llenó de suposiciones.

—¿Estás bien?

En las cosas rotas había siempre una belleza abandonada y él la apreció. No dijo nada que modificara el escenario, pues atravesar algunos silencios requería de trámites.

—¿Lo has visto? —García-Frost recogió el diario del suelo y le entregó lo que quedaba.

Nada podía hacer desaparecer la información sobre las cincuenta personas vinculadas a dirigentes del Partido Conservador —esposas, cuñados, concuñadas, primos carnales, primos segundos, hermanos, sobrinos, hijos, nueras, yernos e incluso amigos de la infancia— que trabajaban de asesores en el Ayuntamiento de Madrid, según los cálculos del periódico.

—Se nota que no tienen ni idea de lo que es gobernar. ¿De qué árbol se habrán caído estos merluzos? ¿Es que se creen que un gobierno se forma con gente a la que acabas de conocer a la salida del metro y que te cae simpática y te parece competente? ¿Tú de quién te fías? De alguien a quien conoces bien, ¿no?

El teniente de alcalde se limitó a apretar los labios, dándole la razón de un modo descarriado. Aquellas escenas lo hastiaban.

La alcaldesa volvió a tocarse el pelo y a continuación, sin explicaciones, ni muecas ni suspiros, ahogada por un presentimiento y condenada a vivir en secreto con ese instante, se retiró al cuarto de baño para someter al espejo sus temores, de repente lúgubres. Cerró de un portazo. Estudió su aspecto a un par de pasos de distancia, en una quietud total. Entonces, con la delicadeza y gravedad que se mueve un cuadro torcido en la pared, se quitó la peluca, muy despacio, con una delicadeza casta. Se miraron de frente, por si hubiese alguna distancia imposible entre las dos mujeres. Se acarició la cabeza con desolación, de ese modo traumático con el que se hinca uno en el suelo y toca la tierra baldía, vacía de explicaciones, a la que se regresa tras un doloroso exilio. Un problema endocrino la había condenado en su momento a cabello escaso, muy débil, y después a sentir vergüenza, y al final a buscar refugio en aquella peluca, que le ocultaba una versión de sí misma que no reconocía. No resistió la visión más que unos pocos segundos, y con la ternura con que se la quitó, se la puso otra vez, dejando que sus manos se volvieran madres, y en ese momento la vida empezó de nuevo. Pero en esta ocasión de modo distinto, y algo se reveló en ese acto simple, y enseguida supo el qué. Se acercó al espejo hasta apreciar la existencia pálida, doble, que había entre los pliegues de la piel. Abrió la boca. Descubrió una pequeña mancha de carmín en los dientes, que retiró con la lengua.

De vuelta al despacho, la recorrió la suposición de estar sola en el mundo, no sola en el sentido, por ejemplo, de llegar a un restaurante, en el que todo el mundo cena acompañado, y pide una mesa para uno, y mientras cena abre un libro de relatos y lee feliz de la vida, y cuando levanta la vista sorprende a la mujer de al lado, acompañada por su marido y sus dos hijos, mirándola con pena, porque, según ella, no tiene con quién compartir la noche, y por eso le hace compañía un libro abierto. No, sola en otro sentido, casi inasible, quizá en el sentido de viajar al futuro y no verse en las enciclopedias, ni entre las nuevas estatuas, ni en los callejeros. Sola, pues, en el sentido de saberse sin porvenir ni nadie con quien compartir ese temor, sola al estilo de una incomprendida entre una saga de incomprendidos, de la que su madre había sido el último representante, que tuvo que morir para que su obra artística adquiriese reconocimiento.

No era la primera vez que se veía arrojada a una intemperie así, paupérrima, bajo la sospecha de que malgastaba sus días, o quizá sus años, en el ayuntamiento. Al fin y al cabo, ya lo había hecho todo, y ahora solo le

quedaba la inercia, su movimiento perpetuo entre una nada y otra. A lo mejor había llegado la hora de pedirle a la vida nuevos retos, que la enfrentasen al dilema de no saber cuál era la decisión correcta. Muchas veces había dicho, aunque solo fuese para que los demás la escuchasen, que un político ambicioso dejaba de hacer lo que estaba haciendo cuando ya lo sabía hacer, y se preparaba para lo desconocido, hacia lo que se movía sonriente.

Su frustración se manifestaba de una manera menos ocasional que reiterada. No se trataba de un día, sino de los días del hastío, sucesivos, copiados, circulares. Empezó a experimentarla tras imponerse en sus quintas elecciones, hacía ocho meses. Los madrileños le habían dado un apoyo rotundo, que sin embargo no la curó de la amargura de haberse impuesto por una diferencia exigua, para ella vergonzosa, en las anteriores. García-Frost no necesitaba curas de humildad, se decía cuando alguien le recordaba que aquella victoria ajustada había sido un aviso. Equiparó la pérdida de votos a una deserción y los siguientes cuatro años los vivió bajo un secreto rencor. Recuperar su apoyo hacía ocho meses no la hacía olvidar.

Entremedias tuvo que pasar por la tremenda experiencia del accidente isquémico, que puso a prueba su fortaleza y su destino, que de repente se volvió una acumulación de preguntas enfermas. Ese día acudió al ayuntamiento, mantuvo un par de reuniones con colectivos sociales, despachó la agenda de la semana siguiente y a media mañana asistió normalmente a la inauguración de la exposición de Tiziano en el Museo del Prado. En el coche, camino al restaurante en el que había quedado para comer con Paul Auster y su editor, en plena promoción de su novela, la sacudió un dolor de cabeza terrible. Nunca le había dolido nada igual, y en verdad no pensaba que pudiese existir un dolor semejante, tan voraz, concentrado en un punto minúsculo, pero capaz de hacerla enloquecer. «¡Para, para, para!», le pidió al conductor. Su jefa de gabinete pensó que se había olvidado algo y habría que dar la vuelta. Cuando el automóvil se detuvo, y encontró la orientación perdida, García-Frost pidió que llamasen a una ambulancia. «No sé qué me pasa, pero es grave», dijo y después solo pensó que no podría conocer a Paul Auster, antes de que una nueva ola de dolor la sacudiese como a una alfombra sucia. El conductor se dio cuenta de que llegarían al Gregorio Marañón, que estaba al lado, mucho antes si iban en el coche que aguardando a la ambulancia. La gestión del tiempo fue crucial. Apenas alcanzaron urgencias, y entre la jefa de gabinete y el conductor la bajaron, y enseguida

también acudieron los primeros celadores, se advirtió la asimetría de su cara. Ella notó que tenía dificultades para mantener el equilibrio y que el lado derecho de su cuerpo empezaba a dormirse. No tardaron en diagnosticarle un accidente isquémico transitorio, resultado de la interrupción del flujo de sangre a una parte del cerebro por un breve período de tiempo. En su caso, no debió de ser más de dos minutos. Permaneció cinco días ingresada, en observación, mientras trataban de averiguar qué había originado el problema y decidir cómo tratarlo para prevenir en el futuro un posible ictus. Durante algunas semanas, en las que permaneció en casa, de vez en cuando experimentaba dificultades para hablar con normalidad y sufrió episodios de hormigueo, que a veces le impedían moverse ágilmente.

Ella se repetía que era Hilda García-Frost, para infundirse fuerzas. Pasados dos meses recuperó su actividad normal. La enfermedad la rearmó. De vuelta a las urnas, amplió su mayoría absoluta. Para su propia sorpresa, entonces la invadió un vacío que recordaba a bosques sin árboles, de arena, muy parecidos al desierto. Cerraba los ojos y notaba que el espacio se achicaba y, sin embargo, al abrirlos todo remitía a movimiento, actividad, techos altos, decisiones, viento frío. Decenas, cientos de personas iban y venían realizando tareas, hablándole, cumpliendo órdenes. Todo simulaba estar lleno, vivo, solo ella advertía el vacío.

Al principio no pensaba demasiado en ello. Madrid era un gran negocio en marcha, que debía mantenerse en un movimiento perpetuo. Reuniones, actos públicos, privados, almuerzos, recepciones, entrevistas, mediaciones, viajes, adjudicaciones, nuevas construcciones, su medicación, presupuestos la mantenían alejada del punto de rotura, pero no ajena. En horas de debilidad, la visitaba la duda de seguir o no en política. Madrid era hermosa, enorme, inabarcable, y sin embargo la conocía demasiado. La vida necesita misterios y ella, otros retos. Pero ¿cuáles? ¿Qué era lo siguiente a ser alcaldesa de Madrid? ¿Ministra? Los ministros rendían cuentas. ¿Acaso presidenta? Eso estaba por ahora lejos de resultar verosímil.

Por primera vez pensó que ya no disfrutaba de lo que había conseguido. Tenía contactos, amigos, dinero, quizá hasta ese punto absurdo en el que en realidad no sabía cuánto dinero tenía repartido en distintos países. Pese a ello, los días eran solo una acumulación de hechos, objetos, discursos, números. Entonces, frente al espejo, lo vio todo claro. El caos se ordenó y ella escuchó algo semejante al clamor de un coro. Adquirió lucidez y ligereza de

pensamiento, y, tras confusas semanas, supo que había tomado una de esas decisiones sin retorno, que no solo no se pueden cambiar, sino que impiden el arrepentimiento. Sin sombras, ni miedo, la vida se volvía más valiosa si había algo que dejar atrás. Carecía de mérito hacer las mismas cosas durante mucho tiempo, pensó, los días se volvían una manía, algo automático, una página, el simple ruido de pasar esa página cada día. Adivinó que el país se convertiría pronto en un lugar inhóspito y que la alcaldía la desgastaría sin solución. Se abría un minuto final en el que aún podía salvarse, se dijo, y era ahora.

En las últimas semanas había ya demasiados rumores sobre su partido y posibles deslealtades, y en parte también temió ser víctima de las acciones de otros. En algunos ministerios había estallado la guerra, con filtraciones de informes y contrainformes. Se decía que la división afectaba a las cúpulas de las fuerzas de seguridad e incluso a los servicios de inteligencia. A veces la vida emitía señales de cambio que nadie advertía y había que vaticinarlas. No sonaba una alarma, o parpadeaba una lucecita, que marcaba la hora de huir, empezar de nuevo, reinventarse.

Reclamó a gritos a su secretaria.

—Necesito verme con Alvarellos. Tiene que ser hoy. Si hace falta, di que es cuestión de vida o muerte.

La mujer acató la orden y salió del despacho. Dos minutos después volvió.

—Presidencia propone cenar.

—Me vale. Y ahora ponme con el consejero delegado de *Crónica*. — Necesitaba desahogarse.

—Hilda —se animó a susurrar el teniente de alcalde, que no se había movido en todo aquel tiempo.

—Ah, estás ahí; tengo que hacer una llamada importante.

—¿Y ese asunto?

—¿Qué asunto?

—El senador Sepúlveda. Te lo comenté ayer. Ha estado haciendo algunas labores de asesoría verbal a través de su empresa para Hulet, pero se queja de que desde hace dos trimestres no le han encargado nada más.

—¿Te extraña? Se habrán hartado de pagar por informes basura. Hasta los grandes empresarios se cansan de regalar dinero a los diputados y senadores a cambio de tomarse un café con ellos.

—Sepúlveda dice que esos ingresos le son imprescindibles. Tiene a dos hijos estudiando en Estados Unidos.

—Y a su mujer todas las semanas comprando bolsos en Gucci.

—¿Qué hacemos?

Sonó el teléfono. Era su secretaria. Tenía a la espera al consejero delegado de *Crónica*.

—Dile que hablaremos con Hulet, pero no le prometas nada. Píntaselo negro. Dile que las vacas gordas se han acabado. Ya hay gurús diciendo que vendrán tiempos difíciles. Todo el mundo se cree con derecho a una parte del botín, hay que joderse.

Rescató la rabia aplazada. El teniente de alcalde desapareció como el agua de un fregadero abierto.

—Ojalá me alegrara de hablar contigo —saludó.

—Creía que no me llamarías. Son las diez de la mañana, llevo horas esperándote.

—Sois unos hijos de puta, ¿lo sabes?

—Hilda, son gajes del oficio. A estas alturas...

—Estudiamos juntos, me pedías los apuntes, creo que también me copiabas en los exámenes. ¿Eso también eran gajes?

—Digamos entonces que son negocios, no es personal.

—Nunca os vi afearle a un gobierno progresista que tuviese asesores progresistas. Es tan raro, ¿verdad?

—Vuestro problema es que no os esforzáis ni lo más mínimo en disimular. Cualquiera entendería que estuvieseis rodeados de personas de vuestra confianza. Pero respetando unos límites. ¡Hay familias enteras enchufadas!
—Soltó una sincera carcajada.

—No sé si hay familias enteras; lo que sí sé es que la sobrina de vuestro director trabaja en un organismo municipal.

—Vaya, pues eso habla muy bien de vosotros.

—Me gusta cuando te pones cínico. Por eso te dejaba los apuntes en la carrera. Haces que se me ablande el corazón.

—Alcaldesa, con lo que yo te quiero.

—Las muestras de cariño de tu periódico hacia mí son incontables.

—Todo lo que sé de cinismo lo aprendí de ti, por lo que veo. —Hizo una pausa en la que se le escuchó tragar saliva—. Esto ha sido algo, digamos, puntual. Sabes de sobra que solo tenemos interés en acabar con Alvarellos, y eso para evitar que él nos destruya antes a nosotros. Mera autodefensa.

—¿Puntual? Hace casi cinco años contasteis a los cuatro vientos que a mi

marido le había tocado el Gordo de Navidad por segunda vez.

—Sí, es que te tocó dos veces, Hilda.

—Lo contasteis un mes antes de las elecciones. Y le tocó a él, no a mí.

—Lo contamos cuando lo supimos.

—A veces piensas que me he caído de un guindo.

Casi sin llegar a ser consciente de ello, redescubrió la templanza. Ahora caminaba despacho arriba, despacho abajo. No quedaba resto de tensión en el ambiente. Se acercó a la ventana y alineó los pies hasta que se tocaron. Al fondo, lejísimos, se abrió la puerta y entró la secretaria. Avanzó hasta entregarle un portafolios azul.

—Ha llegado el pintor —le susurró.

García-Frost encajó la noticia como una pequeña catástrofe y se tomó unos minutos más con el consejero delegado, para mentalizarse. Se despidieron deseándose todo tipo de Buenaventuras futuras, todas falsas, porque en eso consistía su juego. Cuando colgó, se dirigió al sótano, donde Gaspar Belano trabajaba en su retrato desde hacía un año.

El artista aguardaba con una copa en la mano, por costumbre. Belano era alcohólico de un modo no demasiado peligroso para él. Se había labrado el prestigio de ser uno de los retratistas más talentosos del país. En el acuerdo al que había llegado con García-Frost, el pintor ponía el arte y la puntualidad, y la Alcaldía, un camarero, además de sus honorarios. Bebía vodka con soda, siempre bajo una mezcla exacta. El camarero debía acertar, pues Belano percibía los cambios enseguida. Se irritaba si el alcohol no era el adecuado, ya por exceso, ya por defecto. Se mostraba un anciano irritable que despreciaba los consejos, las sugerencias, incluso las preguntas por su trabajo. No necesitaba ni quería la aprobación de nadie.

En secreto, habían acabado por caerse bien, aunque sin admitirlo. No fue sencillo y, sobre todo, no fue rápido llegar a la aceptación. Sus primeros encuentros estuvieron plagados de silencios desconfiados que se hacían pasar por respetuosos. Eran sesiones de acercamiento. García-Frost posaba sin dejar de moverse, atendiendo llamadas de teléfono y hablando con sus colaboradoras, para dejar claro que en aquel sótano también mandaba ella. En respuesta, Belano se limitaba a beber y a hacer que trabajaba sobre el lienzo intensamente, pero sin llegar a pintar nada, a sabiendas de que la alcaldesa vigilaría el resultado y caería en la trampa de sus demonios.

—Por primera vez, y sin que sirva de precedente, creo que yo también me

voy a tomar un vodka. Vamos, ¿a qué esperas? —azuzó al camarero.

—En ese caso, a mí no me importaría en absoluto tomar una segunda copa. ¿Sería tan amable, amigo? —Y tomó su copa vacía e hizo repicar el hielo del fondo, como si se tratase de un timbal.

—Gaspar.

—Dígame.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para acabar ese cuadro dichoso? No te lo pregunto por meterte prisa, pero imagina que, no sé, de pronto la vida nos deparase uno de esos cambios bruscos, en los que hay que hacer algunas cosas rápido o se perderá para siempre la ocasión de hacerlas.

—¿Se va a morir?

—No creo. Es decir, en el futuro, sí.

—Yo nunca sé cuándo acabaré un cuadro. Si lo supiese, no lo pintaría. Un día, sin más, descubro que está acabado, casi soy el último en saberlo.

—¿Y si yo no pudiese posar?

—Seguiría pintando. No necesito que pose. La tengo en la cabeza.

—Entonces, ¿por qué pierdo mi tiempo viniendo aquí una vez por semana? ¿Y por qué lo pierdes tú, me puedes decir?

—Me gusta tener camarero en horas de trabajo. En mi estudio tendría que servirme yo mismo el vodka. ¿Seguro que no se va a morir? Parece más joven que yo.

—Soy mucho más joven que tú. —Se arregló la camisa y se volvió una efigie. Le agradaba ver trabajar a Gaspar en silencio. Era relajante. La ayudaba a pensar y a veces a no pensar en absoluto.

Pero hoy el pintor tenía ganas de hablar. Le ayudaba a no pensar y a veces incluso a hacerlo. Le preguntó si recordaba a la vecina que le había mencionado alguna vez, hacía ya algunos meses. La alcaldesa dijo que sí y se miró el pecho. Gaspar le refrescó la memoria, por si mentía. Se trataba de una joven de unos treinta años, profesora de matemáticas y escultora vocacional, que lo reconoció tan pronto coincidieron el primer día en el portal. Se declaró una admiradora de su obra. Un mes atrás, para su desconcierto y el de su mujer, los invitó a cenar. Y puso fecha: ese viernes. Mostraron entusiasmo por educación. Los admiradores le producían pereza. Pero el viernes, a las nueve y media, se presentaron en la casa de la vecina con un par de botellas de vino. Llamaron y llamaron y nadie abrió la puerta, y se marcharon y cenaron lo que había en su nevera. Ni al día siguiente, ni en los venideros,

coincidieron con ella.

—Bueno, y entonces ¿qué?

—Hace dos días la policía entró en el piso y la encontró muerta sobre la cama, sin signos de violencia.

—¿Paro cardíaco?

—Suicidio.

—¿Por qué me cuentas esto, si puede saberse?

—Dejó una carta para mí. Y desde ese día no he pegado ojo.

—¿Y qué te decía?

Gaspar dejó de pintar y bajó la mirada hasta sus rodillas, en las que apoyó una mano.

—Bueno, no sé...

García-Frost se incorporó del sofá de golpe.

—Odio cuando la gente se hace de rogar. Me has soltado toda esta historia, que si puedo serte sincera me importa un bledo, y justo cuando se pone interesante, me dices que no sabes.

El pintor le dio la razón basculando el cuerpo hacia delante. Abandonó el pincel sobre una mesa llena de tubos de pintura.

—Era una carta bastante amarga. La policía me la dio a leer y la letra se entendía mal. Al principio hablaba de su familia, en concreto de su padre, del que decía que había abusado de ella desde que tenía siete años, y que se alegró mucho el día que se murió. A mí se refería al final. Nos pedía disculpas por no abrirnos la puerta la noche de la cena. Y después... —Dejó la frase inconclusa, rota de brazos.

—Y después ¿qué? —García-Frost se había vuelto a tender sobre el chester, con una pierna estirada y la otra formando una sensual cota. La falda caía hasta la mitad del muslo.

—Después me pedía que la pintase tal como estaba sobre la cama, muerta.

—¿Llegaste a verla?

—¿Muerta?

—Sí.

—No exactamente. Pero un policía nacional me mostró una foto. No parecía muerta en absoluto. Estaba guapísima, vestida para que la retratase.

—¿Y la vas a pintar?

—Puede. No sé.

García-Frost había bebido media copa de vodka y se sentía ingrávida.

Cuando reparó en la hora, se despidió de Gaspar hasta la próxima semana y se fue.

El día levantó el vuelo. Ella no volvió a pensar en Alvarellos y en su decisión hasta que ya iba camino de la Moncloa. Alvarellos la recibió en la biblioteca. Estaba sentado en un sofá orejero y tenía una manta sobre las piernas. Se quitó las gafas, mordisqueó una patilla y se las volvió a poner.

—Acércate, querida.

García-Frost reparó en la manta, con el anagrama de la Casa Blanca estampado, y después en algunos libros que había apilados en la mesa, junto a dos fotos, en las que aparecía Alvarellos con el expresidente Gatz y con el papa.

—¿Qué escribes? —preguntó García-Frost al reparar en el cuaderno abierto que reposaba sobre sus piernas, lleno de anotaciones. Temió que fuese otro libro.

—Son notas sobre algunas de las cosas que hago cada día, o que me llaman la atención, o que oigo. Con fechas y nombres, para que no se me olviden.

—¿Un diario? Esos trabajos me dan una pereza insuperable, podría recordar lo que he hecho o pensado en el pasado, y la fecha, qué horror.

—Mi abuelo también llevaba uno. No tenía demasiado interés, pero sí encanto. Te lo enseñaré. —Se levantó, se acercó a una estantería, de la que desplazó un par de libros que formaban un escondrijo, y detrás aparecieron varias libretas del tamaño de una mano abierta. Tomó una de ellas y se la mostró a García-Frost—. Fíjate, son viejas, pero están perfectamente conservadas. Anotaba las cosas más peregrinas que te puedas imaginar. Por ejemplo: «Martes. 14-VI-21. Compré una maleta. Me costó treinta pesetas». «Sábado. 18-VI-21. Se acercó a saludarme el juez de instrucción». «Lunes. 20-VI-21. Recibí carta del magistrado Sr. Real: la contesté. Vino el barbero. Resfriado». Las hay absolutamente ridículas, como esta otra: «Sábado. 29-X-21. Me levanté». O esta otra: «Martes. 31-III-22. Felicité al jefe». «Jueves. 2-IV-22. Cobré la nómina».

Mientras Alvarellos seguía enamorándose del cuaderno de su abuelo, García-Frost paseó la vista por la biblioteca. Después, simplemente se sentó y consultó algunos de los libros que había en la mesa.

—Pero ¿de verdad lees a López Madero? —preguntó tomando uno de aquellos volúmenes.

—Le tengo aprecio. Y él a mí.

—Normal, le diste el Premio Cervantes.

Alvarellos despreció aquella observación con el látigo de la indiferencia.

García-Frost husmeó el libro con curiosidad moderada, incluso con sopor. En realidad, ojeó solo las primeras páginas. Estaba dedicado por el autor. «A Alvarellos, mi amigo del alma, que gobernó y puso las cosas en su sitio». Lo entendió todo a la primera. Cerró el libro y lo dejó donde estaba. Para ella no era más valioso que unas cenizas.

—Por cierto —dijo Alvarellos, cambiando de tema—, he visto que *Crónica* te dedica sus mejores páginas.

—Gajes del oficio —respondió con una frase robada—. Tengo la piel dura.

—Más nos vale a estas alturas.

—A veces creo que debimos forzar el Estado de derecho y acabar con Lihn. Nos habríamos ahorrado viejos problemas.

—Bueno, lo obligamos a pisar los juzgados y desbaratamos su alianza con Ginzburg. Es lo que pretendíamos.

—Nos faltó ambición —respondió, antes de desdibujarse. En su distracción, se fijó en un mechero de oro, acanalado, con las iniciales del presidente grabadas en la parte inferior—. Es tan bonito que entran ganas de hacerse fumador de cigarros.

El presidente no la escuchó. Se levantó y guardó la libretita de su abuelo, cubriendo el escondite con libros. Al volverse hacia la alcaldesa, lo hizo con la palabra en la boca.

—Así que quieres hablar conmigo.

García-Frost se puso de pie.

—¿Prefieres que lo hagamos ahora?

—Lo que tú desees.

—Entonces, mejor antes de cenar. Nos sacaremos un peso de encima. Voy a dejar la alcaldía y la política.

Alvarellos arrugó la frente, y metió una mano en el bolsillo del pantalón y después la otra. De pronto, no tenía nada claro.

—¿Estás enferma otra vez?

—No, no. Me encuentro mejor que nunca. De hecho, hoy he desayunado vodka con soda.

—Entonces ¿cuál es el problema? —Alvarellos tomó por un acontecimiento gravísimo el anuncio, mientras ella trataba de banalizarlo.

—No hay ningún problema, en realidad. Me he aburrido, en pocas

palabras, y eso es peor que un problema. Me sé esta ciudad, y la gente de esta ciudad, demasiado de memoria. Si finalizase este mandato, estaría veinticuatro años al frente del Ayuntamiento. ¿No te parece una temeridad? De la noche a la mañana, a mí sí.

Alvarellos la miraba sin acabar de creer que le estaba hablando en serio. No la miraba con desconfianza, sino con una sombra de admiración.

—Me desconciertas. Creías que ser alcaldesa era más importante que ser papa de Roma.

—Un día el amor también se acaba. —Se tocó el pelo, por hacer algo con las manos.

Alvarellos basculó suavemente.

—Ganar las elecciones me dejó muy liberada después de mi enfermedad. Los últimos cuatro años fueron un suplicio.

—Eso lo entiendo, pero ¿es una razón para irse? De hecho, me parece una razón para seguir. Las cosas van a ser diferentes.

—Bueno, pasar tan cerca de un ictus, que podría acabar con mi vida, me dio otra perspectiva de mi trabajo. Lo relativizó.

—Es un desastre... —dijo Alvarellos, pensando más en sí mismo que en ella—. Ahora eras más necesaria que nunca. Dentro de dos años habrá elecciones generales, en el contexto de una situación económica tal vez difícil. Algunos datos empiezan a ser preocupantes. Nuestra hegemonía en la ciudad podría verse mermada sin ti.

—No me voy mañana, pero sí quiero hacerlo relativamente pronto, en semanas. Creo que hay tiempo para hacer las cosas bien, con cabeza.

Alvarellos se llevó una mano al mentón, para meditar rápido, con mayor profundidad.

—¿Has pensado en tu sucesor?

—Prefiero dejar la decisión en tus manos. Eres el presidente del partido y Madrid es una ciudad demasiado importante para dejarla en manos de unos pocos madrileños.

—¿Y qué planes tienes para el futuro?

—Eso también quiero dejarlo en tus manos. Tengo una idea, que depende de ti que pueda salir adelante.

Alvarellos la miró, intrigado, y la acompañó en el asiento.

—Puedo conseguirte un buen puesto de asesora en alguna de las grandes empresas, sin tener que asesorar, por supuesto, o en algún banco, el que

quieras. Aunque, bueno, también puedo ofrecerte una embajada.

—Me quiero apartar, pero no retirarme. Estoy en forma. Mira mis piernas —bromeó.

Alvarellos obedeció, ingenuamente. Eran, en efecto, aún unas bellísimas piernas, en todo caso.

—Entonces, tú dirás. —Elevó los dos brazos al mismo tiempo y los dejó caer sobre los reposabrazos del sofá.

—Quiero la presidencia del consejo de Estado. Sé que has tenido diferencias con Garzón. Lleva seis años al frente del Consejo... Relévalo. Nadie dirá que ha sido una componenda. Ningún otro presidente ha estado tanto tiempo en el puesto. A cambio, tienes vía libre para designar al futuro alcalde y para elegir una nueva dirección del partido en la ciudad. No es poca cosa. Como tú dices, sin Madrid no se llega a la presidencia del Gobierno.

Alvarellos cerró los ojos. Apretó los párpados, imitando una clausura definitiva. Los abrió al cabo de algunos segundos. Tenía la mirada de un león a punto de caer sobre una gacela.

García-Frost se dejó tentar por la idea de que rechazaría su plan.

—Está bien. Hagámoslo. ¿Quieres presidir el consejo de Estado? Concedido. Es un momento perfecto —dijo, a la vez que pensaba que se quitaba un peso de encima sin ningún esfuerzo.

La alcaldesa sonrió en secreto.

TREINTA Y NUEVE

En la terraza de Morelli reinaba una paz de reloj de pared por dentro. Al fondo, en un tendedero, colgaban algunas camisetas, calcetines, bragas, calzoncillos, una camisa a cuadros, un mantel y una toalla de Superman. Alguien, es decir, él, se había olvidado de regar las hortensias y las hojas lucían flácidas. En cambio, los tres tipos de enredaderas que había plantado tan pronto se había mudado, crecían y crecían y ya formaban un pequeño techo sobre su cabeza, ideal para el verano. Más allá de la terraza solo vivían la calle, el Retiro y el resto de Madrid, que en aquel momento para él no era sino una ciudad inexistente. La hamaca en que estaba tumbado había renunciado casi al movimiento y solo se balanceaba tímidamente, como la aguja de los minutos, cuando respiraba o expulsaba el humo del tabaco. En la novela de Raymond Chandler que sostenía con una sola mano, Philip Marlowe justo se despertaba después de que alguien lo hubiese golpeado en la cabeza con un objeto contundente y perdiese el conocimiento. Estaba tan mareado que hablaba solo, e, incapaz de soportar su propia voz, se tenía que decir a sí mismo: «Cállate, pedazo de mendrugo». Morelli apartó la mente de la novela un segundo y pensó que ya nadie decía «mendrugo». Con la mano libre sostenía un porro de marihuana. A aquella hora el mundo era un lugar habitable, que lo libraba de pensar en el periódico, en los cambios que se avecinaban, en los despidos de compañeros y en el miedo a que se produjesen más. La realidad estaba acorralada por problemas, unas veces personales y otras comunes, pero él tenía en la mano la solución, y cada poco le daba una calada.

En mitad de la paz perpetua de la terraza escuchaba de vez en cuando una voz lejana, o una persiana en acción, o el golpe de un excremento de pájaro contra el suelo.

Ajeno a su inconsciencia, el galgo que había adoptado entraba en casa y

salía, sin encontrar su sitio. Detrás del silencio que esparcían siempre los libros, aunque fuesen de Chandler, Morelli podía oír las uñas de la perra al rasgar el suelo.

—Gilda —llamó a la perra y le acarició la cabeza, sin apartar la vista de la novela, mitad dormido, mitad atento.

En el interior de la casa el cedé de Count Basie había llegado a su fin. De un modo lejano, se apreciaban a veces los sonidos de la actividad de Laura en la habitación del bebé, que nacería dentro de un mes, o en el estudio, en el que siempre encontraba la manera de cambiar algo de sitio.

Su octavo mes de embarazo se traducía en una peculiar manera de arrastrar los pies. Sus pasos habían languidecido hasta producir una fricción a la que costaba mucho acostumbrarse. Morelli había necesitado oírlos una vez y otra para alcanzar ese punto en el que su sonido se volvía inaudible. Fue por eso, porque su oído había construido ya una cómoda sordera hacia sus pasos arrastrados, por lo que Morelli no se dio cuenta de que Laura había salido a la terraza y estaba desangrándose. A ella la conmoción le impidió en el primer momento gritar para llamar su atención. Solo cuando él no reaccionó, absorbió en su libro, encontró su voz.

—Nico, estoy sangrando —dijo sin aliento, atrapada en el pánico, sin fe. Tenía los pantalones a medio bajar y en su rostro se revelaba el miedo a que el bebé muriese dentro de ella.

—¡Vamos al hospital! —Nico se tiró de la hamaca, confundido por el horror. Cuando por fin alcanzó a Laura, ella seguía paralizada. La sangre se deslizaba por sus piernas. Morelli la condujo al interior. Sus existencias se precipitaron a una explosión de segundos. Bajo un mundo que parecía que iba a romperse, se pusieron a buscar su documentación y los teléfonos, antes incluso de encontrar con qué calzarse. Nico tomó unos vaqueros sin planchar de una silla. Perdieron instantes preciosos en hacer cosas por la mitad, que no sabían si resultaban útiles: acariciar a Gilda para que no se contagiase del nerviosismo, apagar algunas luces, cerrar ventanas, llevarse todos los juegos de llaves de casa.

El ascensor tardó meses en subir. Era antiguo, con doble puerta. A Morelli su movimiento le traía a la mente siempre las cosas viejas a punto de romperse, ante las que pensaba: «Pero ¿cómo va a romperse justo hoy?». En estos años, desde que se había mudado al edificio de la calle Ibiza, solo había dejado de funcionar en tres ocasiones con alguna persona dentro, y nunca él.

—Todo va a ir bien. —Rodeó a su novia con un brazo, mientras al fin entraban. Su voz planeaba sobre las palabras. Olía a ropa demasiado usada.

Presa de un miedo que le impedía expresarse con frases, Laura se miró al espejo y se acarició la barriga con las dos manos, con la esperanza de que el bebé percibiese el tacto.

—Menuda camiseta —lamentó por fin, estrujando la tela con una mano.

Morelli la miró. Era una camiseta vieja, de andar por casa, gastada.

—No es para tanto; fíjate en mí. —Morelli se veía, después de las prisas, con una camiseta de hacía quince años, de las que usaba para dormir, con publicidad de whisky J&B—. Además, apesto a cerveza. —Expulsó el aliento contra una mano y lo olió—. Me he tomado cuatro. Y además un porro.

Laura parecía no oírlo.

Encontraron un taxi enseguida. Morelli le dio la dirección de la maternidad.

—Muy rápido, por favor.

En la entrada a urgencias los hechos volaron. El taxista llegó tocando el claxon. Morelli echó pie a tierra con el coche todavía en movimiento. En menos de un minuto salió un celador empujando una silla de ruedas. No tardó en aparecer una médica y a continuación un doctor, y una enfermera, y Laura dejó de sentirse sola, y Morelli respiró porque nada dependía de él y podía centrarse en inventar fantasmas. Acompañó a la comitiva hasta una puerta doble, abatible, ante la cual la enfermera se volvió hacia él.

—Lo siento, pero tú no puedes pasar, tienes que esperar por ahí. Ya te avisaremos. Está en buenas manos. —Le tocó un brazo y el gesto estuvo a punto de detener el tiempo.

Morelli lanzó un beso a Laura con la punta de los dedos, que ella recogió antes de que se rompiese por cansancio. Algunos besos no estaban pensados para recorrer grandes distancias. Se extenuaban, no sabían viajar. Un beso real, carnoso, debía tenderse y tocar unos labios enseguida, o de lo contrario moría; se convertía en un simple gesto, en una palabra escrita, muda, en un dibujo al final de una carta de amor.

Después de eso, las puertas se cerraron ante él imitando una cabeza que va diciendo «no, no, no, no» y se resigna. En una lección aprendida tal vez siglos atrás por su árbol genealógico, intuyó que tenía por delante una horrorosa espera. No se podía estar más solo; ni en una pequeña isla en mitad del océano, sin comida, sin peces que pescar, sin agua, sin árboles, sin cofres

del tesoro, sin hablar solo por las noches. Cayó en un vacío, o entresuelo, cuya atmósfera al principio conjuró con paseos por el pasillo, arriba y abajo. Pero enseguida tuvo que sentarse. Las reiteraciones también eran desesperantes. Su mente aplastaba cualquier pensamiento en el que pretendía centrarse, como cuando tocaba con un dedo las pompas de jabón. Todo lo que pensaba se contagiaba de su desesperación. Se acordó de un terrible episodio con un bebé que conoció mientras cubría juicios durante la época de prácticas. En aquel caso había una mujer acusada de tráfico de drogas. El día que la detuvieron acababa de dar a luz. Horas antes, cuando aún esperaba al bebé, y se encontraba en el sexto mes de gestación, había ido a buscar droga, y al llegar a casa calentó un poco de agua en una cuchara y espolvoreó la heroína en el algodón. Se pinchó y se quedó dormida. Al cabo de una hora, cuando se despertó, notó un farragoso calor en las piernas. Acababa de romper aguas. Su marido no se encontraba en casa. Estaba mucho más enganchado a la heroína que ella y a menudo desaparecía durante días. Llamó al teléfono de emergencias. Cuando llegó la ambulancia, estaba totalmente dilatada, el bebé nacería en breve. Ella se mostraba todavía un poco aturdida por la droga. Sufría enormes dolores. En el hospital, después del parto, se llevaron a su bebé. No lo oía llorar. Luchó para no ser derrotada por su dolor y para no desmayarse. Después de un rato, apareció una enfermera que le dijo que el bebé había nacido demasiado pronto y no había sobrevivido. Estuvo todo el día en una habitación. Al día siguiente se presentaron dos agentes de policía, los servicios médicos la habían alertado. A ella le hicieron algunas preguntas, registraron su ropa y hallaron siete gramos de heroína.

Morelli perdió media vida en el cuarto de hora que tardó la enfermera en empujar las puertas con la cadera.

—La madre y el bebé están bien.

Él solo acertó a asentir. Se conformó con esa información y no preguntó nada. En cambio, se fijó en las manos de la enfermera, y le llamó la atención su profunda, casi filosófica, delicadeza. Transmitían el rumor de que no habían conocido nunca el frío, la crueldad, la aspereza, las astillas de las cosas que se rompen, el desamor, el lomo de los perros mojados y abandonados. Morelli acudía siempre a las manos, que se volvían un rincón espiritual desde el que acertar si alguien le acababa de gustar o no.

—Pero ha perdido un poco de sangre y tendremos que practicarle una cesárea.

Más que las palabras, a Morelli lo calmaron sus manos. Sus movimientos parecían dirigidos a una orquesta filarmónica, cuya suavidad de partitura la hacía invisible. Volvió a quedarse solo.

De pronto, experimentó con desconocida brutalidad el hecho de ser padre. Ahora sí. Hasta entonces sentía siempre que ese momento se perdía en las limitaciones del ojo humano. Ser padre era algo futuro. Algo que podía pasar, seguramente iba a pasar, pero aún no. Ahora se hallaba en el ojo del huracán, a merced de un presente salvaje, en el que, en breve, tendría un bebé entre los brazos. Nada le entusiasmaba más y a la vez le asustaba tanto.

El bebé lo transformaba. Siempre había una hora, quizá un minuto exacto, en el que uno dejaba de ser el de siempre. Debía volverse otra persona. Aunque uno en el fondo era varios. Pensó que llegaba una mañana en la que se levantaba de la cama, se miraba al espejo y advertía que, en esa exactitud con la que se parecía tanto al de ayer, había alguien dentro dando puñetazos para salir.

Nunca creyó que su vida cambiaría tanto como en los últimos tres años. De hecho, había cambiado solo parcialmente: siguió viviendo en la misma casa, trabajando en el mismo periódico, conduciendo el mismo coche, yendo a los mismos bares, y sin embargo nada era ya igual. Laura había entrado en su vida, en su casa, en su cuerpo, en sus convicciones. Incluso le había dado una memoria nueva, y ahora recordaba cosas maravillosas que nunca le habían sucedido y que explicaban —de aquella manera— su nueva manera de pensar.

En mitad de aquella tormenta perfecta, experimentó un haz de lucidez, al advertir que no había avisado a las familias. Ni a sus padres, ni a los de ella, ni siquiera a sus hermanas. Pero de repente contuvo la decisión. Esperaría a que la niña naciese. Entremedias, reparó en un hombre al final del pasillo. Estaban tan solos que no había nadie más que ellos y todavía no se habían visto. La soledad total era ciega. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Se balanceaba suavemente en el asiento, adelante y atrás. Permanecía con las piernas muy juntas, y entre ellas había salvaguardado las manos, imitando un día frío. El pelo rizo rebajaba su edad. Las gafas no producían ningún efecto, salvo el de que tal vez no eran para ver, sino para pasar desapercibido, con los cristales oscurecidos. Tenía un bigote blanco y poblado, y lo hizo pensar en uno de esos programas de la televisión estadounidense sobre gente que compra utensilios viejos, los restaura y los pone a la venta. Le pareció alguien

capaz de comprar una lancha por cien dólares, destartalada, y con su habilidad convertirla en una de dos mil quinientos dólares, radiante.

En una fracción de tiempo equivalente a un chispazo, sus miradas quedaron enfrentadas. El hombre se encontraba cerca y lejos, y despedía curiosidad y comprensión. Su afeitado era recientísimo. Vestía un polo rojo y tenía muchos pelos en los brazos.

—¿Nervioso? —preguntó el hombre, colocándose las pesadas gafas, que acababa de limpiar contra los bajos del polo, sobre la nariz.

—Me iría corriendo y no pararía hasta llegar a Polonia.

—Es el primero, supongo.

—Sí. Y tú, ¿también el primero?

—Mi primer nieto.

—Eso quería decir, perdón.

El hombre sonrió con levedad. Morelli se encontraba en un estado de tal nerviosismo que creyó que la confianza con aquel señor venía de muy atrás y empezó a hablar de que la ciencia había borrado la distancia entre padres e hijos. Había madres que daban a luz a los sesenta y cinco años y hombres que se estrenaban en la paternidad durante la jubilación. Eso, precisó, en cuanto a la ciencia. Comentario aparte merecía la torpeza humana, la suya, que a veces le hacía ver hijos donde no los había. Le pidió disculpas otra vez.

El hombre se levantó y se acercó a Morelli.

—Por cierto, me llamo Carlos Azúa. —Le tendió la mano.

Morelli se fijó en que no tenía pliegues en la piel. Eran unas manos blanquísimas, lisas, que parecían no haber tocado nunca nada, salvo el aire. Eran unas manos inmaculadas, largas, inspiradas en el humo de las chimeneas.

—Encantado. Yo soy Nico Morelli.

—¿Morelli? ¿Trabajas en *Crónica*, por un casual?

—Ajá.

—Te leo de vez en cuando.

—Bueno, gracias. —Nico no supo qué más decir.

Azúa sacó un paquete de tabaco aplastado de una riñonera.

—Tengo que salir a echar un cigarro.

—Con los nervios yo me he olvidado hasta de fumar. Te acompaño.

Enfilaron el pasillo comentando el olor de los hospitales y el color de la ropa de las visitas.

Mezclados entre el resto de fumadores, consumieron sus cigarros en un estricto silencio, perfeccionado por los nervios. El humo simplemente hizo de cortina, para la soledad común. No regresaron enseguida y, después de apagar los cigarros en un cenicero con arena, encendieron otros dos.

—Algunos días estos condenados son buenísimos para la salud —dijo Morelli, mirando al cigarro con admiración.

Desecharon el silencio del todo, y Azúa le preguntó por su trabajo y por cómo se había vivido desde dentro el proceso judicial contra Lihn. A Nico le extrañó la pregunta. El «caso Lihn» había sido archivado hacía ya tres años. Estaba demasiado lejos. Hizo una observación general, por pereza.

—Esa causa fue un empecinamiento del Gobierno, que contó con la complicidad de la Agencia Tributaria, del ministerio fiscal y de un juez joven en busca de fama.

—Ya me imagino, ya.

—Pero de eso hace ya demasiado tiempo, ¿no? —Hundió otra vez el cigarro en la arena, sin adioses.

—Bueno. —Azúa se quedó pensativo—. Siempre me han fascinado esas luchas oscuras entre enemigos acérrimos, intentando destruirse mutuamente.

Regresaron al interior. A Morelli, para acabar de conocerse, le pareció que Azúa hacía preguntas poco casuales. Entonces reparó en que mientras su interlocutor empezaba a acumular cada vez más información sobre él, Morelli nada sabía sobre su acompañante.

—Y tú ¿a qué te dedicas? —se decidió a preguntar.

—Trabajo para el Gobierno —confesó sonriente.

—Bueno, alguien ha de hacer ese trabajo.

—En realidad, trabajo en el Centro Nacional de Inteligencia.

Morelli lo miró con vago asombro. No lo creyó del todo y, sin embargo, le pareció que una frase así tendía siempre a la verdad.

—¿Eres eso que se llama un agente de campo?

—Lo fui. Ahora mis funciones se desarrollan en un despacho.

El periodista calculó su edad. Aunque sus manos parecían jóvenes, en su cara ya estaban las cartas sobre la mesa. Pasaba de los cincuenta años, no cabía duda.

—Siempre había creído que un agente de inteligencia era alguien del que nadie sabía que era un agente de inteligencia.

Azúa sonrió. También él había visto todas las películas sobre espionaje que

había visto Morelli.

El periodista siguió estudiando sus gestos, por si de ellos se desprendiese algún indicio de mentira. Durante varios minutos intercambiaron generalidades sobre el trabajo de los agentes de inteligencia. Azúa contó que durante años se dedicó a la investigación de grupos terroristas. Morelli preguntó qué hacían cuando reinaba la paz, y Azúa se echó a reír y después dijo que nunca había paz. La paz no existía. Cuando se cansó de hablar de él, volvió a interrogar a Morelli acerca de la situación del periodismo, de los despidos que comenzaban a producirse en toda la prensa.

—¿Qué te parece si intercambiamos teléfonos? —dijo al final. Morelli se había fijado varias veces en su riñonera. Ahora siguió con atención cómo la abría y sacaba una cartera de piel negra. Abultaba como si dentro guardase un diccionario. Extrajo una tarjeta y se la extendió.

Nico la estudió con curiosidad disimulada y después se la guardó.

—He salido de casa simplemente con los pantalones puestos. —Se golpeó los bolsillos para demostrar que en ese minuto no era menos pobre que una rata—. ¿Tienes papel y bolígrafo?

—Por supuesto.

Morelli anotó su número de teléfono y su correo electrónico y le devolvió la libreta. Iba a decir algo sobre el CNI, o tal vez sobre la vida en los periódicos, cuando se abrieron las puertas y apareció la enfermera.

—Nicola.

—Sí.

—¿Quieres conocer a tu hija?

Morelli suspiró con emoción y se encaminó a la puerta con un entusiasmo aturrullado. A punto de desaparecer, se volvió hacia Carlos Azúa.

—Si no nos vemos, que vaya todo bien.

Azúa se despidió con la mano, en silencio.

CUARENTA

Se levantó de la cama como si hubiese escuchado un disparo y después se quedó sentado, como si en cierto modo lo hubiese recibido él. Entonces regresó a la lentitud, y se acercó a la ventana y se sentó al lado del telescopio. Echó un vistazo en acatamiento de la rutina. Eran las siete y media y la noche empezaba a retirarse, aunque la luz de las farolas la vigilaban. Ya había vecinos desayunando, vistiéndose o apagando las luces de sus viviendas para salir a sus trabajos. Conectó la radio y escuchó el sumario de algún informativo; después sintonizó una emisora musical. Cuando se sintió firme, se metió en la ducha. Al salir, constató que estaba llena de pelos, decenas, otro día más. La visión lo abatió. Niza podía soportar muchas cosas, menos el abrasador pensamiento de quedarse calvo. Su preciado cabello... Cualquier cosa, menos calvo. Prefería un cáncer, se dijo, sin calcular bien si eso era realmente lo que pensaba o solo un efecto de la frustración, tras enfrentarse cada mañana a la misma escena. Como la visión de los pelos muertos lo trastornaba, tomó la alcachofa y apuntó el chorro hacia el plato de la ducha, hasta que quedó despejado.

Compadecía a los calvos en secreto y juraba que él jamás ingresaría en ese estrato de población, nunca sería calvo, por nada del mundo, y en caso de máxima necesidad se realizaría implantes, aunque le costaba creer, sinceramente, que pudiese llegar a esa situación, toda vez que su abuelo no se quedó calvo, ni lo hizo su padre y, por lo que le contaron, tampoco su bisabuelo. Perteneecía a una saga de hombres con pelo.

La tensión a la que estaba sometido su cargo empezaba a pasarle una extraña factura a su cuerpo. Las cosas habían cambiado en los últimos años, pensó. Ni siquiera el horizonte económico era ya ese secreto a voces al que se fiaba todo. Un incierto futuro, con previsiones desalentadoras, lo estaba afectando por primera vez de modo físico. Los asesores pronosticaban un

cierre de año con varios miles de puestos de trabajo perdidos. No había vicepresidente que resistiese impasible a algo así. Él debía detener los golpes que se dirigiesen al presidente. Los ingresos caerían en picado y, por tanto, las inversiones, así que habría recortes. ¿Cómo no perder pelo? La contracción del producto interior bruto, la caída de las afiliaciones, el paro podían no ser una nube pasajera.

Los tres últimos meses ya habían apuntado a una desaceleración. ¿Se acentuaría la tendencia? Difícil asegurarlo. A veces las crisis se formaban y desarrollaban a espaldas de los análisis, y cuando se evidenciaban, estaban demasiado encima, y resultaban demasiado grandes, y otras veces las crisis se desmentían y no lo eran. Por ahora, la consigna en el Gobierno era quitar hierro a los datos. Tres meses no eran una muestra significativa. Volverían enseguida a la senda del crecimiento, sostenían. Sin embargo, todas las miradas se volvían al vicepresidente. Empezaba a cansarse de servir de escudero al presidente, cuya agenda pública había decaído para protegerse. Se comportaba como si la economía de su país no tuviese nada que ver con él, sino con sus colaboradores. A menos que los datos fuesen positivos.

Niza veía cada vez más claro que esta debía ser la última legislatura de Alvarellos, so peligro de hundimiento del Partido Conservador. Su figura había perdido popularidad y atracción. Generaba más rechazo del que su carisma y liderazgo podían compensar. Pero ¿quién abría ese debate? Popular o impopular, su poder atravesaba muros, veía en la oscuridad, propagaba el miedo. Él y, lo que era peor, todos los que lo rodeaban, en los que recaía la responsabilidad de decirle la verdad, actuaban bajo la convicción de que Alvarellos era aún el hombre invencible de sus primeras victorias electorales. Nadie sugería la posibilidad de su ocaso. Por si no bastase, al fin los progresistas contaban con un liderazgo firme y remontaban en las encuestas, amenazando con gobernar si alcanzaban algún pacto con los nacionalistas, que aborrecían a Alvarellos.

Quizá había llegado la hora de dar un paso a un lado. Niza aguardaba desde hacía tiempo a que el presidente realizase algún gesto que se interpretase en esa clave, sin fortuna. Su esperanza de convertirse en el próximo candidato del Partido Conservador a la presidencia se alejaba en la medida que Alvarellos seguía creyendo en su aura. Después de su tercer triunfo electoral, más ajustado, había insinuado que ese sería seguramente su último mandato, y después llegaría la hora del vicepresidente. El propio Niza

había sido testigo. Pero transcurrieron los meses y entretanto ya parecía haber descartado la retirada. Tal vez temiese los solitarios días que seguirían a su adiós. Ya no lo conocía. Por momentos, Alvarellos no le recordaba a nadie; ni siquiera a Alvarellos. A medida que transcurría el tiempo, y el presidente creía que se hacía joven y esbelto, Niza se preguntaba qué había sido del viejo Alvarellos. Conservaba algunos gestos, sí, de aquel lejano expresidente, la manera de hablar, de cerrar los ojos en señal de desaprobación, de suspirar, incluso de pasarse la verdad de una mano a otra, hasta que adquiría la forma que necesitaba. Tal vez también las corbatas y la soberbia y el modo de caminar y de decir no. Desde luego, mantenía el ánimo combativo, los odios privados, el afán de poder. Pero el Alvarellos actual resultaba más huraño, más oscuro, más suspicaz. Si hubo un momento en el que podía decirle que se fiaba de su criterio y que hiciese el favor de no molestarlo con los detalles, ya no. Ahora desconfiaba y delegaba lo menos posible. Si había detalles, quería estar encima de ellos. Niza alimentaba la impresión de que ya no se fiaba de él; también era posible que Alvarellos sospechase que Niza veía en él un obstáculo que había completado un ciclo.

Se afeitó bajo el miedo a cómo sería la vida de un hombre calvo. A través del espejo, en cuyo vaho había abierto un claro con la mano, apareció a lo lejos la silueta desnuda de la vicepresidenta del Banco General. Recolectaba su ropa interior en los alrededores de la cama como si fuesen trozos de un corazón roto. Unos segundos después entró en el cuarto de baño en modo fantasma, agarró el pene de Niza con delicadeza, susurrándole algo al oído, mientras él se afeitaba, y se metió en la ducha.

Niza se vistió y aguardó a que ella terminase de prepararse consultando los correos electrónicos que le filtraban desde el gabinete.

—¿Pido el desayuno?

—Sí, por favor; estoy hambrienta.

Desayunaron en la terraza. El aire libre, aunque contaminado, a Niza le producía siempre unas enormes ansias de llenar los pulmones, y respiró profundamente.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —preguntó la vicepresidenta del Banco General, que se había puesto la ropa de ayer.

—Me voy a Washington tres días y desde allí bajo a México, Colombia y Argentina, para verme con sus ministros de Economía. No es el plan más apasionante, pero durante una semana no tendré a periodistas preguntándome

por la contracción de la economía, ni a empresarios advirtiéndome de que van a empezar a prescindir de miles de trabajadores y que tenemos que abaratar aún más el despido, cosa que ya vamos a hacer.

La banquera estudió la mesa con los restos del desayuno y habló por boca de la mujer de negocios que era.

—Nuestros análisis también vaticinan malos datos, pero no catastróficos. Nos preocupa más la situación en Estados Unidos, donde empieza a aumentar la tasa de morosidad y el nivel de las ejecuciones de embargo. Algunos analistas se atreven a hablar de una burbuja inmobiliaria. A mí me parece aventurado.

—Me ponen nervioso esos rumores sobre la quiebra de bancos de inversión que gestionan miles de millones de dólares en hipotecas.

—Mi padre siempre decía —afirmó, buscando un punto de distensión— que no había que entristecerse del todo por la pobreza de los demás, porque con ella nosotros nos hacemos más ricos.

—No me refiero a la oportunidad de seguir ganando dinero, sino de perder el Gobierno.

La vicepresidenta del Banco General arrugó la frente con ensayado énfasis.

—¿Hablas en serio?

Niza se quedó pensativo, apretó los labios en un simulacro de preocupación, y desde un interior poco explorado llegó amortiguado un «mmmm».

—No lo descartaría. Imagina un escenario en el que el paro se dispara, las empresas cierran, los jóvenes tienen que emigrar, se congelan los sueldos públicos y las pensiones, incluso se reducen...

—Faltan casi dos años para las elecciones —alegó, casi negando la existencia del futuro.

—Esa variante me parece, de hecho, la más peligrosa. Si estuviese en mi mano, las adelantaría a finales de este año.

—¿Con qué argumento?

—Es lo que menos me preocupa. Dame unas pocas semanas y construyo las condiciones para justificar un adelanto por la razón que se te ocurra.

—¿Y qué ganarías adelantándolas?

—Gozar de una posibilidad real de permanecer en el poder cuatro años más. No tiene un sentido más primigenio la política.

—¿Qué piensa el presidente?

—Nunca lo hemos hablado. Ya sabes cómo es Alvarellos. Nadie sabe cómo es —concluyó.

—¿Repetirá?

—Me gustaría decir que no, pero...

La mujer lo interrogó en secreto. No hacía falta la pregunta.

—Soy el vicepresidente. Digamos que aún no he tocado techo.

Se erigió un silencio candente, durante el cual ambos esperaron que Niza añadiese algo.

—¿Te parecería descabellado que aspirase a relevar a Alvarellos? No quiero parecer arrogante, ni demasiado ambicioso, pero no creo que haya nadie que se lo merezca más que yo. Juntos le hemos dado la vuelta a la economía de este país. Esta es mi hora. He esperado pacientemente. —Miró al horizonte—. Creo sinceramente que él es un lastre y que nos conducirá a la derrota.

—Sería una sucesión natural —respondió, sin exacerbar la fe en esa idea—. A mí no me disgusta, pero a lo mejor es porque yo no me acuesto con Alvarellos.

Consiguió hacerlo reír.

—Lo malo es que el Partido Conservador se reduce a lo que este hombre diga.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea.

Era temprano, pero enseguida empezó a hacerse un poco tarde para los dos. Adivinaron la premura. Ella recogió su bolso, se despidió sin gestos de despedida y se fue. Sus reencuentros nacían de la nada y volvían a ella. Inesperadamente un día se llamaban, o ese día sus agendas coincidían en el mismo acto, y se citaban para cenar en algún lugar discreto.

Niza tuvo un viaje plácido a Washington. Ocupado por su hija desde hacía un año, encontró su apartamento limpio, incomprensiblemente en orden y vacío. Puesto que eran las doce de la noche, encargó algo de cenar por teléfono y comió ante la televisión. Cuando acabó, se dejó llevar y vio por enésima vez *Mientras Nueva York duerme*, de Fritz Lang, que pasaban en TCM.

Se quedó dormido en el sofá. Al abrir los ojos, la luz estaba por todas partes y una mujer pasaba un paño a una estantería. La enviaba la agencia dos días a la semana. Intercambiaron algunas frases, sobre todo para hablar de la

hija de Niza y sus hábitos domésticos, como si olía la casa a marihuana o había preservativos en el cubo de la basura, y después se dirigió a la ducha.

Calculó que tenía tres horas por delante antes de su cita con Carl Johnson para comer y visitar la Smithsonian Institution, así que se dirigió sin previo aviso a la barbería de D'Ambrosio, en aras de un ritual íntimo. No podía pisar Washington y no visitarlo. Apenas empujó la puerta de la barbería, tuvo la impresión de viajar más de una década atrás, pues en el tocadiscos seguía sonando una vieja grabación de Renato Carosone. D'Ambrosio, que parecía tener la misma edad que entonces, o incluso menos, se volvió hacia la puerta y se apartó del cliente al que afeitaba.

—¡Ohhhhh, Dios mío! Pero ¿a quién tenemos aquí? —Dio unos pasos hacia atrás, de homenaje, y después hacia delante hasta fundirse en un abrazo con Niza.

—¿Ha venido a visitarte un primo lejano? —preguntó el cliente, mirándolos a través del espejo.

—Mejor todavía, Gore. Te presento a Héctor Niza, un entrañable amigo y vicepresidente del Gobierno de España.

El cliente hizo girar la silla de afeitado y quedó frente a frente con Niza y D'Ambrosio.

—Te presento a Gore Vidal, el escritor vivo más importante de América.

—Ya veremos por cuánto tiempo —dijo Vidal, sin desmentir que era el mejor.

Vidal era un hombre grueso, derretido sobre la silla, dispuesto a presidir el Juicio Final. Le extendió la mano. Cuando la apesó, se sorprendió de su tamaño y su peso.

—Vengo observando que su país se ha enamorado perdidamente de los Estados Unidos de América —entonó con lentitud y ronca profundidad.

—Los españoles todavía ponemos pasión en algunas cosas. Quizá sea nuestra mejor seña de identidad. Debería visitarnos.

—Mi país no cree en el amor; dígaselo al señor Alvarellos, que tanto se esfuerza en ser íntimo amigo de nuestros presidentes. Estados Unidos no tiene novias, solo delegados regionales, que eso sí, presiden países llamados Inglaterra, Australia o España. Yo no presumiría en voz alta de ser amigo de una nación como la mía.

—Todavía son el Imperio; no sea usted modesto.

—Si por ese imperio entiende a Lockheed Martin, Northrop Grumman,

Boeing, McDonnell Douglas, General Electric, Mickey Mouse y compañía, sí, tal vez todas estas compañías que deciden quién debe gobernar este país formen un gran imperio.

—¿Añora un país sin empresas privadas? Me temo que tendría que haber nacido usted en otro lugar.

Se rieron al mismo tiempo, pero con distintos entusiasmos.

—Tal vez un país deba estar formado por grandes empresas, pero ¿también su gobierno? Pero a quién le importa. —Intentó cambiar de postura sin conseguirlo—. Ya quedan muy lejos los tiempos en los que la política auténtica tenía que ver con explicar el destino que se daba al dinero de nuestros impuestos y cuáles eran las razones de que se le diera ese destino. Ahora hay que combatir a los enemigos todo el tiempo.

—Qué país democrático no haría todo lo posible por la paz. ¿No es usted partidario de hacer lo que sea?

Vidal sonrió irónico. Meneó la cabeza. Volvió a sonreír con más ironía todavía.

—Veo que a usted los problemas morales le preocupan mucho más que los problemas reales. Pero, demonios, no haga caso de los comentarios de un Gore, que es una de esas sagas siempre bien dispuestas a aportar su sardónico testimonio sobre lo que sea. Estamos en la barbería de nuestro gran amigo D'Ambrosio, hablemos de cosas agradables y pasadas de moda.

—Eso digo yo —se metió en medio el celeberrimo barbero—. Los Gore tienden a ser brillantes, pero en mi opinión les falta sentido común; no hay que tomárselos demasiado en serio. —Contó con la complicidad del propio Gore Vidal, que elevó con pesadez uno de sus brazos para otorgarle gracia a su comentario. Lo ungió, de algún modo.

—¿Está usted de paso? Tenía entendido que vivía entre Italia y California —preguntó Niza, tomando asiento en la silla de al lado, feliz por no tener que discutir con alguien que en parte había convertido el hecho mismo de discutir en su profesión. Nunca podría derrotarlo y a lo mejor ni siquiera rozarlo.

—Todo el mundo está de paso en Washington. Pero, por si le interesa, le contaré que me dirijo a Misisipí. Allí se celebra cada año algo parecido al Día de los Gore. Mis antepasados compraron en el siglo XIX un trozo considerable de tierra y les gusta jactarse. Si ha leído a Faulkner, debe saber que el condado mítico en el que transcurren parte de sus novelas está habitado por tres grandes clanes. Los Sartoris son los aristócratas, de los que

formaba parte el propio Faulkner; los Snopes son la basura blanca, siempre pariendo y multiplicándose, y por último están los Stevens, que en realidad son los Gore, una clase formada por profesionales con educación.

—Entonces a esa fiesta acudirá su primo Albert, el único Gore al que he conocido en persona, hasta esta mañana.

—Mucho me temo que mi primo, al saber que este año acudiría yo, se ha echado para atrás, con el loable pretexto de que «tenía que acudir a un evento con objeto de recaudar fondos». —Varió su tono de voz, se suponía que imitando la voz de su primo.

—Habría podido ser un buen presidente.

—Cielos, habría sido un horrible presidente. Solo hay que ver la clase de vicepresidente que llegó a ser. Aunque reconozco que fue un gran candidato a presidente. Ya lo era de pequeño. En el clan de los Gore la ambición política nunca ha sido una novedad y se manifestaba en cualquiera de sus miembros, por chiquillos que fuesen. Confieso que en una etapa de mi vida yo también aspiré a llevar a la cima el *negocio* familiar. Pero después de tres años en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial, ya me había convertido en novelista.

La mañana empezaba a ponerse verdaderamente divertida cuando D'Ambrosio acabó de afeitarse a Gore Vidal y este, con una lentitud quebradiza, se incorporó y anunció que debía abandonar la grata compañía en que se encontraba.

—En nada debo subirme a un avión que me llevará a ver a unos parientes con los que inevitablemente voy a chocar y a los que con un poco de suerte nunca más volveré a ver.

Renato Carosone siguió sonando, atrapado en la barbería para siempre. Cuando Gore Vidal se fue, D'Ambrosio se lanzó a un soliloquio de lo mucho que había cambiado su país en estos años.

A Niza le pareció que el tono del barbero se volvía sombrío, aunque pasase a hablar de temas felices, como la temporada de los Wizards, o de un reciente viaje a Europa, con su mujer, en el que tuvieron ocasión de visitar Italia de sur a norte. Cuando empezó a afeitarse, dejó caer que en unos pocos meses se jubilaría. Lo expuso con una mezcla de tristeza y satisfacción.

—He trabajado demasiado. Aunque a veces pienso que debería seguir trabajando. No sé hacer otra cosa. Para estarse quieto, o llevar una vida contemplativa, hay que saber. Hay que haber *trabajado* en ello durante

mucho tiempo. Creo que yo no valgo.

Hablaba en serio y eso era lo que más gracia hacía a Niza.

—Este sitio tiene demasiados recuerdos. ¿Cómo voy a deshacerme de él? ¿Tú te cortarías un brazo? La barbería es una parte más de mi cuerpo. Mucho más importante que un brazo. Si te cortan un brazo, tienes otro; matemática pura. Si yo me cortase la barbería, sin embargo, no tendría otra. Estaría arruinado. Pero mi mujer y mis hijos insisten: es hora de descansar, de viajar, de pasear, de morirse de sueño a las cinco de la tarde. Me habría jubilado de buen gusto si alguno de mis hijos hubiese mostrado interés por continuar con la barbería. Pero odian este trabajo.

Niza lo habría invitado a comer, emborrachado y después llevado a casa para convencer a su mujer de que no permitiese por nada del mundo que su marido se jubilase, pues alguien con su pasión por el trabajo debía morir precisamente en el trabajo, pero el tiempo se le echaba encima. Nada menos que cuatro meses había estado esperando para almorzar en Minibar, que habrían sido ocho de no producirse una cancelación por fallecimiento.

Johnsson pasó a recogerlo a su apartamento y de camino le desglosó su encuentro con Gore Vidal.

—¡Ja! —saludó la noticia el congresista—. Es el mejor Gore de todos, lo que debe servir para hacerse una idea de lo terrible que es.

En Minibar no había carta y la comida llegaba a las mesas sobre susurros admirativos. Entre plato y plato se pusieron al día de sus vidas. Niza hizo un somero, nada aburrido repaso de la situación política en España. Se ahorró cualquier frase complaciente y no se dejó ninguna verdad en el tintero. Johnsson era su más veterano confidente. Se sinceró y le confesó sus aspiraciones a la par que sus dudas, y le refirió la debilidad de Alvarellos. Los dos cayeron en el optimismo. Johnsson lo animó a dar el paso. La vida no daba demasiadas oportunidades a la gente humilde, que se conformaba con lo que había alcanzado. Era partidario de la ambición total desplegada con inteligencia, de manera que no pareciese ambición.

A media tarde, cuando se dirigieron a la Smithsonian Institution, seguían dándole vueltas al momento de dar o no el paso. El castillo de ladrillo rojo, con torres almenadas, que constituía el edificio principal del instituto, se levantó ante su vista. Se quedaron en silencio. Parecía vivo. El puente levadizo por el que se cruzaba el foso estaba bajado y el coche del congresista avanzó hacia uno de los patios.

—¿Es cierto que si saliese a la luz el contenido de los Almacenes Secretos del Smithsonian se produciría una revolución mundial? ¿Son tan importantes los descubrimientos arqueológicos que se esconden? ¿Y qué me cuentas de la información sobre vida extraterrestre? —preguntó Niza, dejándose llevar por la emoción y por todo lo que había escuchado y leído sobre la institución.

—Bueno, estamos aquí; vamos a verlo.

CUARENTA Y UNO

El calor inventaba sonidos, pero de vez en cuando una brisa, que Aibar notaba envuelta a sus piernas, agitando por dentro y por fuera su falda blanca, aliviaba el ambiente. Entre las crepitaciones de la temperatura, se acercó a departir con el presidente de Cielaria, exultante. Intercambiaron unas frases breves y pretenciosas sobre el motivo de su exaltación, de conocimiento público, pues los medios de información no hablaban de otra cosa. Cielaria había experimentado esa mañana, y en especial los tres días anteriores, una extraordinaria revalorización en bolsa a raíz de los rumores de una inminente compra de su competidora británica. Entrar en el accionariado de la compañía formaba parte de los planes futuros de Caja Nacional, con la vista puesta en el sector del transporte aéreo, y a ese fin se habían establecido ya los primeros contactos, que se preveían largos.

Enseguida sonó una señal que avisaba del inicio de la semifinal y se despidieron hasta pronto. Una negociación dura incluía continuas suspensiones. Se dirigieron cada uno a su palco, por distintos caminos. Aibar encontró a la cúpula de la caja muy animada, y todos cubiertos con los habituales sombreros de Roland Garros para combatir el sol. El calor era apabullante a las tres de la tarde en la pista central. En su asiento, casi tranquila, se fijó mejor en el tenista español, que se ataba una cinta a la cabeza para salir a la pista. Además de todas sus virtudes deportivas, que por el hecho de no entender nada de tenis a ella se le presentaban un poco abstractas, tenía que reconocer que poseía un atractivo, incluso vestido así, y sudado, al que difícilmente se resistiría. No era guapo, sino sexy, y eso era lo que la hacía temblar cuando lo tenía delante. También le gustaba porque les hacía ganar dinero, y eso equivalía a otra forma de sensualidad. Patrocinar a ese chico simbolizaba un dinero perfectamente empleado. Sus éxitos empezaban a dar frutos. Eran seis millones al año, pero qué seis millones. Se

echó la melena hacia atrás. Le sudaba la nuca.

El partido comenzó con un ritmo endiablado. Cualquiera que no entendiese de tenis habría dicho que tenían interés en acabar pronto para ir a bañarse. Los tres primeros juegos cayeron del lado del tenista español, en estado de gracia.

Aibar escuchó al director de negocios, quizá el único de los ocho directivos que habían acudido a la semifinal al que el tenis le interesaba de verdad, decir por enésima vez que su hijo de doce años apuntaba a profesional. «Tiene maneras», dijo con una expresión manida, si bien todavía con encanto. En todo el día no había hecho más que hablar de tenis, solo por el hecho de disponerse a ver un partido: que si tal jugador, que si su golpe de revés era el drive, que si la bolea del rival y, en última instancia, que si su hijo otra vez. Ante semejante reiteración, Aibar solo pudo sacar un abanico del bolso y sacudirlo con cierta fe en sus corrientes, para distanciarse de aquella letanía. Imaginó que se levantaba y se dirigía al baño, donde se encerraba ajena al jefe de negocios, al ambiente, al tenis, incluso al atractivo del tenista español. En sus figuraciones, de la puerta del baño hacia fuera nada existía. Imaginó que sacaba del bolso un tubito transparente, provisto del irresistible encanto de las cosas pequeñas, diminutas, y que le retiraba el tapón y después introducía la punta de una llave. Imaginó que la montañita de cocaína que extraía, otra vez bajo la belleza de las cosas ínfimas, desaparecía según algún truco de magia. En un sentido figurado, y qué otro sentido podía tener si todo sucedía en su imaginación, aquel tiro equivalía a emprender una aventura por el interior del ser humano. Nunca esnifar poseyó tanta plástica ni tanta música. Pero la imaginación siempre deseaba más y después de dejar que muriesen algunos segundos repetía la acción, para intensificar la metáfora, y el mundo adquiriría otro pulso, que acompañaba su vuelta al palco, donde descubriría con felicidad que el partido ya estaba en el segundo set.

Exigía un constante esfuerzo someterse a la imaginación y no moverse de ahí. Ya se había cumplido un año desde que había dejado de consumir, pero todavía sufría impulsos casi irrefrenables.

—Creo que estoy un poco borracha; lo anterior a completamente borracha —comentó en alto la vicesecretaria de la entidad, sin querer dirigirse a nadie; de un modo anónimo, poco menos. Simplemente, le pareció una buena noticia y la dio a conocer.

Un año antes Aibar asumió sin remisión que su estilo de vida la había

empujado al ojo del huracán y sobrevivía en un equilibrio ininteligible. Se mantenía en pie, firme, e ignoraba cómo no se precipitaba al abismo. No había afectado aún a su estado emocional, por supuesto tampoco a su trabajo, y desconocía cuándo podría hacerlo, y eso significaba que quizá el punto de ruptura estuviese cerca, o lejos, imposible saberlo, y eso era lo peor de todo. Cuando se produjese la crisis sería repentina. E implicaría el final, porque seguramente no existían las segundas oportunidades para los errores que inventaba la droga.

—En caso de clasificarnos para la final —dijo de pronto Aibar— tal vez deberíamos quedarnos todo el fin de semana. Es un pecado desaprovechar estos días soleados, y los restaurantes y los hoteles de lujo que nos ofrece París. ¿Cómo lo veis? —Miró a un lado y a otro, para que todos se diesen por interrogados.

La mayoría decidió que sobraban las palabras. La idea resultaba tan imponente que se contestaba con el silencio que imponía su propio peso. Solo Olmo mostró vagas dudas para dejar claro que era Olmo.

—Mañana es el cumpleaños de mi suegra, aunque por otra parte, creo que con una llamada telefónica será más que suficiente. Tampoco la conozco tanto —bromeó.

Aibar necesitó dos avisos para aceptar que de los días artificiales solo podía esperarse el final. Entonces, adivinó que tal vez existiesen terceros actos en la vida de las personas que jugaban con fuego, pero no más. Esa ruina la salvó de una mayor. El primero la sorprendió en México, durante el pasado invierno, cuando Caja Nacional acordó la entrada en el accionariado de los astilleros Barmex. Las negociaciones se prolongaron meses. Los mexicanos pronto recibirían grandes paquetes de encargos desde Noruega, y sobre todo de China, así que más pronto que tarde la compañía se volvería un objeto de deseo. En su tercer viaje a México D. F. para, esta vez sí, cerrar el acuerdo, las posiciones, que se creían muy próximas, saltaron por los aires cuando un grupo inversor estadounidense intentó lo que, de pronto, parecía una puja. La situación se tensó hasta el punto de que Aibar reclamó la intervención urgente de Alvarellos, con una acción diplomática. Esa noche la crisis se recondujo y se firmó el acuerdo. Claudia estalló. Pocas veces la habían empujado tan al límite, así que se sintió eufórica por sacar adelante una negociación que se sobrepuso a un naufragio. ¿Cómo no celebrarlo por todo lo alto?

—Un poco de emoción no es tanto pedir, ¿verdad? —lamentó el director de negocios, hablando para sí.

El primer set se pasó volando. Se quedó en la memoria de milagro. En las gradas se extendieron los murmullos y cundió el miedo a que el partido acabase por la vía rápida, contra el placer.

Los propios mexicanos, que no estaban menos eufóricos con el cierre del acuerdo, se encargaron de disponer los detalles para la gran fiesta en un visto y no visto. Esa minuciosidad la condenó. Todo se volvió demasiado bonito en poco tiempo. A las tres de la madrugada Aibar comenzó a sentirse mal, aunque lo tomó por una señal para retirarse al hotel. Cuando se quedó sola, en una habitación enorme, que intensificaba la soledad, presionándola, le faltó el aire. Su corazón bombeaba con tanta fuerza, y tan rápido, que notaba cómo esas vibraciones ascendían por sus entrañas hasta llegar a las sienes. Iba a estallarle el corazón, que iba a hacerle estallar la cabeza. Intuyó que había sobrepasado la línea y llamó a recepción, que avisó a una ambulancia.

Pero aquel aviso, que la tuvo seis horas ingresada en una clínica privada de la ciudad, no fue lección suficiente, definitiva. El miedo, sí, la alejó durante semanas de la coca. Las semanas, sin embargo, pasaban, siempre sucedía así, y las sustituían semanas nuevas, por estrenar, que no se sometían a las promesas y los miedos de las anteriores. Volvió a consumir. Pero hace seis meses recibió una llamada. Acababan de detener a David Picaso en una redada contra el tráfico de drogas en distintos puntos de España. En su casa se habían incautado de medio kilogramo de cocaína. Al parecer, la policía llevaba año y medio vigilándolo, con su teléfono pinchado. Ese detalle, empujó a Claudia Aibar al pánico. La idea de que su nombre apareciese en las grabaciones, una idea nada descabellada, la horrorizó tanto como que apareciese en fotos o vídeos reuniéndose con él. Creía, no con verdadera convicción, que nunca le había pedido droga abiertamente a través del teléfono. Hablaban, quedaban y, como casi siempre compraba la misma cantidad, David aparecía con la coca. Pero ¿cómo estar convencida de que en alguna de esas conversaciones, en la confianza de que eran seguras, cosa que en su caso ni siquiera se cuestionaba, no había incurrido en alguna imprudencia, llamando a la cocaína «cocaína» y mencionando que quería uno o dos gramos?

Durante semanas, semanas nuevas, envueltas en sus propias promesas, vivió con pavor a recibir la visita de la policía para interrogarla. Entretanto,

David Picaso ingresó en prisión preventivamente. Había transcurrido medio año desde entonces y aún no había accedido a la libertad provisional. Seis meses era también el tiempo transcurrido desde su última raya. Se había hecho fuerte, si bien la fortaleza adolecía de costumbre, por lo que se sometía a continuas tentaciones a las que respondía siempre con la misma frase, que ni siquiera necesitaba un enunciado completo: «Recuerda que». Eso bastaba. De vez en cuando, su imaginación volaba, eso era todo.

—¿Te aburre el tenis? —le preguntó a uno de los consejeros, concentrado en la pantalla de su teléfono.

—Estoy leyendo un teletipo sobre el gobernador del Banco de España.

Aibar cerró los ojos, como si notase el sabor de la coca en la garganta, pero solo le molestaba el sol. Su relación con el gobernador había ido a peor después de empezar mal. Se aborrecían, aunque hacían todo lo necesario para ocultarlo y en público incluso aparentar sintonía. Sin embargo, a él le producía placer advertir periódicamente, en forma de informe, contra los riesgos de la política agresiva de Caja Nacional. Hallaba una extraña pasión, según Aibar, en las llamadas a la calma. Cuando hacía tres años la entidad dispuso parte de la financiación —ciento cincuenta millones— para construir la Ciudad de Vacaciones en Escombreras, con más de tres mil apartamentos, campos de golf, auditorios, spas, piscinas de agua salada, parque de atracciones y todo lo que necesitaba un oasis, solo el gobernador había salido a cuestionar la iniciativa. Hoy la gente estaba haciéndose con su vivienda sin esperar a que las obras acabasen.

—Esta mañana ha protagonizado un desayuno informativo en el Ritz y ha recomendado a las entidades financieras que moderen un poco el endeudamiento.

—Por supuesto. Su llamada a la calma mensual.

—El gobernador —leyó en alto el consejero— blablablá... Esto no tiene interés. Blablablá... Aquí: «El gobernador del Banco de España mostró su “preocupación” ante el hecho de que ciertas entidades financieras españolas hayan elevado su endeudamiento año a año, olvidándose en muchos casos de “fortalecer el patrimonio que debían tener para respaldar sus obligaciones”. Asimismo lamentó que cajas y bancos no hayan aprovechado mejor “la larga época de bonanza”, obviando que una cartera de crédito tan elevada como la que soportan puede “crear problemas en el futuro” si se produce un cambio de ciclo económico y suben los tipos de interés». Espera... «También

expresó su recelo por que “las cajas en especial”, en una época de expansión que está durando ya más de una década, hayan “concentrado en exceso el riesgo en el ladrillo y abusado de la financiación mayorista”. En un futuro escenario de destrucción de empleo, que por ahora aseguró no presagiar, los clientes particulares podrían encontrar “serias dificultades para pagar sus deudas”. Un escenario que se volvería más grave, añadió, si se tiene en cuenta que “las hipotecas que se están firmando tienen plazos muy largos, entre veinticinco y treinta años”, y apenas se han empezado a devolver los préstamos. En un hipotético cambio de ciclo, la morosidad podría crecer “a la velocidad de la luz”, a pesar de las refinanciaciones de créditos».

—No me tortures, por favor. Me siento demasiado bien. —Se colocó la mano en el pecho. Pero al final explotó—: Si la gente quiere tener un piso, o un coche nuevo, o un piso y un coche, y además un apartamento en la playa y un caballo, ¿quién soy yo para destrozar ese sueño? Bastante pobres hemos sido durante mucho tiempo.

Su consejero se volvió para escucharla. El tenis se desdibujó en la lejanía.

—Tiene gracia que todas estas gilipolleces las diga este señor —volvió a la carga Aibar—. ¿Sabes? Hace seis años me llamó por teléfono. Después de muchas dudas, Alvarellos se había decidido por él para el cargo de gobernador. Desde luego, no con mi recomendación. Siempre me ha parecido un trepa. Ni dos semanas después del nombramiento, me estaba pidiendo un encuentro. «Veámonos», me propuso. Yo estaba a ocho horas de volar a Davos con Niza y al acabar la cumbre me iba una semana de vacaciones a Nueva Zelanda, pero aun así inventé un hueco. ¿Sabes qué quería? Necesitaba un préstamo de tres millones de euros para comprarse una casa en Ibiza. Se lo concedimos, por supuesto. Pero espera: medio año después, volvió a llamarme. Ya me temía lo peor: que necesitase más dinero. Era una putada porque no podría negárselo: es el maldito gobernador del Banco de España, el Regulador —pronunció con desdén—. Esta vez me pidió que colocásemos a su hija en alguna de nuestras delegaciones internacionales. No sé cómo, pero sabía que teníamos vacantes en Milán. Fue una suerte que, entremedias, apareciese el Banco General y le ofreciese un puesto en París.

Aibar se sentía tan eufórica que no recordó de qué estaba hablando y se interesó de nuevo por el tenis, que le pareció menos una lid deportiva que una historia de fantasmas, sus preferidas. Después de dos juegos, el relato fantástico la aburrió y abandonó el palco en busca de algo que beber. Imaginó

fugazmente que pasaba por el cuarto de baño a superar más montañas y la vida se volvía un milagro inasible, pero entonces advirtió que alguien la reclamaba. No fue consciente en absoluto de que la llamaban hasta que le tocaron un brazo y escuchó una voz que alargaba su nombre.

Se volvió sobresaltada. Su melena provocó una ola. Detrás de unas gafas de sol descubrió a César Riezu y recibió el impacto de lo irreal. Aquellas gafas, para quien estuviese familiarizado con su imagen insulsa, producían el efecto de un letrero de neón en una fachada, por la noche. Muy moreno de piel, cuando abrió la boca y se distinguieron con tanta intensidad sus dientes blancos, quedó a la vista una luz encendida. Sin duda, Riezu había empezado la temporada de yates. Pero ni una cosa ni la otra la desconcertaron tanto como un tercer misterio que no conseguía desentrañar.

—Pero qué sorpresa.

—No tenía ni idea de que te gustaba el tenis —dijo el presidente del Madrid. Le dio dos besos.

—¿Qué tenis? —preguntó Aibar, que también pudo haber dicho: «Qué besos»—. Lo que a mí me gusta es París. —Se agarró la melena, formó una coleta con una mano, para dejar respirar la nuca, y a continuación volvió a soltar el pelo, desatando una de esas revoluciones que nunca se sabe si tienen lugar.

Riezu la acompañó a buscar una coca-cola light. Hablaron del calor y de la belleza de las cosas francesas, como una insignificante bola de tenis amarilla.

—Y ¿qué te parece la bomba del año? —preguntó Aibar.

—¿A qué te refieres?

—¡A la dimisión de García-Frost! ¡Nuestra alcaldesa se marcha!

—Ah, eso. —No se esforzó en mostrar sorpresa—. Me da pereza solo pensar en los ríos de tinta que se gastarán. Aunque mi conclusión, si le interesa a alguien, es que lo superaremos. El nuevo alcalde es un señor templado y bastante aburrido que sabrá gestionar la ciudad sin estridencias.

—No te hagas el duro. Todos nos habíamos hecho a la idea de que se moriría siendo alcaldesa.

—En eso te doy la razón.

—¿No te extraña la discreción con la que ha dicho adiós? Todo ha sido tan repentino e inesperado... Nunca le oí decir que estaba cansada. Tuvo un ictus, o un miniictus, pero a veces parecía que eso también la hubiera hecho feliz. Tal vez al fin se incorpore al Gobierno.

—Creo que ese tren ya pasó. No está preparada para vivir bajo la sombra de nadie.

Alguien pasó hablando español por detrás de ellos. Aprovecharon para olvidarse de García-Frost y cambiar de tema. Aibar comentó que acababa de ver al presidente de Cielaria. No paraba de hablarse de una gran adquisición. Por supuesto, Riezu estaba al tanto de los rumores. Movi6 la cabeza de lado a lado dos veces y desenrosc6 un escepticismo. Tal vez el mundo hubiese llegado a un tope, señal6.

—El valor de las cosas no crece indefinidamente. Quizá ya hemos alcanzado el límite.

—Supersticiones.

Riezu apret6 los labios y sigui6 perdiendo escepticismo.

—Hace seis meses leí una columna en el *Financial Times* que me hizo pensar. Era de un profesor de la Universidad de Columbia. Me pareció interesante, o quizá me dio miedo lo que leí, y en la primera ocasión que tuve de viajar a Nueva York quedé con él y comimos juntos. Al regreso, en el avión, decidí que había llegado el momento de deshacerme de algunas empresas y participaciones.

—Tuviste un pálpito —se burl6 Aibar, dándose la razón a sí misma sobre las supersticiones. Le pareció que Riezu hablaba igual que un maniático temeroso de Dios que actuaba siguiendo las señales que advierten de las más sórdidas casualidades, como la aparición de un gato o la caída de un salero.

Recorrió el rostro de Riezu en otro intento de desintegrar su extrañeza. De pronto, hizo el descubrimiento y algo en su cerebro se expandió de la misma forma que las ondas del agua al arrojar una piedra. ¡Se había implantado cabello!

—¿Qué ocurrió en esa comida? —pregunt6 para distraer su atención del cabello.

—Me hizo ver hasta qué punto los procesos psicológicos lo impregnan todo. Incluyendo el boom inmobiliario en el que vivimos instalados. —Traz6 un círculo imaginario con el vaso que sostenía en la mano derecha; él y Claudia Aibar cayeron en su interior—. Estamos atrapados en una situación en la que las noticias sobre el aumento de los precios alimentan el entusiasmo de los inversores, y este entusiasmo se difunde por contagio psicológico de una persona a otra y a otra, y así indefinidamente. El proceso atrae a una clase de inversores cada vez mayor, que a pesar de las dudas sobre el valor

real de la inversión se ve atraída por envidia del éxito de otros y en parte por el entusiasmo de la apuesta. Es pura psicología. Todo el mundo tiene la sensación de que nada puede ir mal en el mercado. Los precios no paran de subir, la subida favorece la complacencia, y la complacencia nos empuja a asumir más riesgos en los mercados financieros.

Claudia se esforzaba por seguirlo, pero al mismo tiempo era víctima de los placeres pueriles, entre los que estaba espiar su cabello implantado.

—Hay una idea interesante, y turbadora, en este tipo de análisis psicológicos de la economía, y es que la quiebra de una entidad financiera favorecería la posible quiebra de las demás, porque todos compartimos la misma mentalidad inversora. El sueño de ser propietario forma parte de ese proceso psicológico. —Hizo una pausa y, cuando estaba a punto de beber, encontró nuevas frases—. En Estados Unidos hay cada vez más rumores sobre el estado de algunos bancos hipotecarios, que están favoreciendo los préstamos agresivos, el optimismo en las agencias evaluadoras y una proliferación de prestatarios complacientes que alimentan el boom inmobiliario. Tal vez no sea descabellado pensar que algunas entidades pudiesen quebrar.

Al final de la frase llegó la extenuación. Riezu se llevó el vaso a los labios y apuró la coca-cola hasta que solo quedaron los hielos y la rodaja de limón. En el último trago, chocaron entre sí.

—Pero ¿qué os pasa a todos hoy? El gobernador del Banco de España ha salido esta mañana con los mismos augurios.

Riezu insistió en buscar coca-cola donde no había.

—Me cuesta alcanzar conclusiones a partir de algo que no son más que rumores —observó Aibar—. Yo también los he oído, pero me cuesta darles crédito. Todos los días se incumple algún tipo de apocalipsis. En el peor escenario, me parece infundado hacer paralelismos de la evolución entre Estados Unidos y Europa. En España tenemos una baja morosidad y nuestra sobrecobertura nos aísla de las tensiones que puedan sufrir otros países. Nos separa todo un océano. Aquí tenemos al Estado. No dejará que nada malo nos pase.

—Este profesor sostiene que si entramos en un período de política monetaria restrictiva, con subidas bruscas de los tipos de interés, asistiríamos a un aumento de los impagos de las hipotecas, a una caída brusca de los precios y, en última instancia, al colapso del mercado de la vivienda y al

pinchazo de la burbuja inmobiliaria.

—Me pregunto si hay una palabra más vacía y popular que burbuja. Burbuja —repitió.

—Sabes que el Banco General acaba de desprenderse de su filial inmobiliaria, ¿verdad?

—Me consta y me parece una decisión muy conservadora.

Riezu se había quedado exhausto. Su camisa blanca empezaba a empaparse de sudor. De repente, los esfuerzos por dibujar un mundo en peligro le parecieron vanos.

—Me habré vuelto un hombre temeroso —dijo a modo de rendición.

Aibar le sonrió con recato, de esa manera avergonzada con la que se mastica un bocado en una sala en silencio.

Él consultó la hora.

—Nos hemos olvidado del partido. ¿Regresas esta tarde a Madrid?

—Me parece que nos quedaremos a ver la final; la juegue quien la juegue. ¿Y tú?

—Me la perderé. Mañana me voy a Canadá.

Aibar prefirió no preguntar por el viaje. Adivinó algunos detalles. Una de las filiales de Riezu acababa de adquirir un importante canal de televisión canadiense, solo unos meses después de que se anunciase que el Madrid haría parte de su pretemporada en ese país. Lo pensó todo con una mezcla de nostalgia y envidia. Las sucesivas victorias en las elecciones para presidir el Madrid habían sido, definitivamente, los grandes éxitos de sus empresas.

Se despidieron con dos besos. Quedaron en verse pronto para seguir hablando de negocios. Ella recuperó su euforia y su lugar en el palco. Se fijó en el marcador. El tenista suizo se había anotado el tercer set. El calor empujaba la piel hacia dentro. Cuando iba a concentrarse en el juego, en la grada distinguió de nuevo la figura del presidente del Madrid. Se movía con torpeza, camino de su palco, tras sus gafas de sol, bajo su nuevo cabello. Le costó reconocer a sus acompañantes. Aun así, a su derecha distinguió a una mujer bellísima, que no era su esposa.

Pensó en lo que le había dicho. Odiaba cuando la gente hablaba del futuro de aquel modo, sugiriendo que había estado previamente en él y sabía qué se decía. Ese convencimiento con el que se había referido a una posible crisis la ponía de mal humor. Estaba harta de gurús. Había conocido ya a demasiados en los años que llevaba al frente de Caja Nacional. Ni siquiera podía decirse

que la dirección de la caja estuviese libre de ellos. Su entidad había sido bastante previsora hacía cinco años cuando impulsó Futuro con el fin de aprovisionar fondos para el medio y largo plazo. Habían captado miles de millones de euros que funcionaban como una red de seguridad.

El partido finalizó en cuatro sets. Los directivos de Caja Nacional bajaron a felicitar al tenista español a su vestuario. Llegaron a tiempo de encontrarlo sudado, pero aún vestido. Empezaban a hacerse fotos con él cuando apareció el mánager y los invitó a irse. La felicidad todavía era pequeña. Después de todo, aún no había ganado nada. Le esperaba una final durísima dentro de dos días. Fue tan seco, y a la vez derrochó tan buenos modales, que los patrocinadores abandonaron el vestuario contentos de que los desalojasen.

—Nos han echado, ¿no? —preguntó la vicesecretaria, aún borracha.

Mientras, el grupo se dejaba llevar hacia el aparcamiento, donde lo esperaban las furgonetas. La fiesta simplemente cambiaba de sitio.

CUARENTA Y DOS

Todo el mundo hablaba de la fiesta de *Style*. Se había extendido la noticia de que la revista había invitado a Joan Didion. Primero corrió entre el círculo de los medios, pero eso en periodismo no existía, y enseguida saltó a todos los foros. De pronto, nadie quería faltar a la fiesta. A las nueve de la noche, cuando llegó Juan Gervais sin su mujer y con la nueva directora adjunta de *Tiempo*, no cabía un alma más. Aun así, siguieron llegando más invitados. No fue fácil hacerse con una copa, y menos con dos, pero lo consiguió. Y más difícil que todo eso aún fue beberlas reposados, mientras la lentitud las desgastaba.

Las copas viajaban sobre las cabezas. Las conversaciones chocaban entre sí y había que gritar para entenderse. De vez en cuando, las miradas se volvían hacia la entrada principal porque se había formado una bolsa de silencio. Corría la voz de que acababa de llegar Didion. Otras veces alguien decía que estaba en una de las salas adyacentes y se originaba un movimiento masivo. La noche avanzaba y llegaban nuevas voces. Unas afirmaban que se había quedado atrapada en el ascensor, otras que ya estaba subiendo las escaleras, y aún otras distintas que aparecería simplemente con retraso, pero era cuestión de minutos que la distinguiesen entre la aglomeración. El momento culminante de la fiesta, y más desilusionante, llegó cuando alguien dijo que Joan Didion se había marchado.

Camino de casa de la directora adjunta, a las doce de la noche, Gervais recibió una llamada que aclaró tanto revuelo. No fue exactamente decepcionante. Didion no había estado en ningún momento en la fiesta, de hecho, nunca estuvo previsto que acudiese. Sí, la revista le había trasladado la correspondiente invitación, pero ella había declinado. España estaba demasiado lejos para acudir simplemente a saludar a gente que no conocía de nada. Distinto sería que viajase para promocionar su nuevo libro. Pero

seguramente ni siquiera estaba escrito. Hacía varios años que trabajaba, o eso se suponía, en un extenso reportaje sobre los robos de violines Stradivarius a raíz de que su amiga Erica Morini hubiese sido víctima de uno de ellos en su apartamento de Nueva York. Meses después, incapaz de resistir la ausencia del instrumento, Morini murió.

Los editores de *Style* se habían dejado llevar por la expectación que había despertado el rumor y no hicieron nada por atajarlo. Sin duda, la fiesta había sido un rotundo éxito. Durante muchos días antes de celebrarse se hablaba y se escribía de ella en todas partes.

—¿Para qué desmentir algo tan bonito? —preguntó Gervais, que tardó todavía varias horas en irse a su casa.

Por la mañana le dolía la cabeza. Ingirió dos ibuprofenos y se dirigió al periódico. Como era sábado, no llegó hasta mediodía. En el aparcamiento coincidió con el consejero delegado. Este había hecho un rulo con el periódico y lo apresaba como si fuese una raqueta. Sus manos eran larguísimas y huesudas. Comentaron algo sobre la encuesta que publicarían al día siguiente y algo sobre la invitación de Riezu para que la cúpula del diario formase parte de la comitiva a Riad, para al fin ver acabado el gran rascacielos. Castellanos respiró un par de veces por la nariz, que emitió un sonido de cuerda, y contrajo los labios. La inauguración era dentro de un mes y medio, y en esas fechas él tenía un viaje previsto con más antelación. En el ascensor, desenrolló el diario y lo abrió por las páginas de deportes. Las aborrecía, pero le gustaba ojearlas y resoplar. Estudió una foto de la estrella del Liverpool, de quien se decía que sería el gran fichaje del Madrid para la siguiente temporada. El delantero aparecía con gafas de pasta y un traje de tres piezas.

—Algunos futbolistas se parecen cada vez más a esos intelectuales insobornables que ponen contra las cuerdas a Occidente.

—Querrá dejar un legado ilustrado.

—Míralo. —Dirigió la página hacia el director del periódico—. Parece un digno heredero de la Escuela de Fráncfort a punto de decir que «el capitalismo ofrece una legitimación del poder que ya no baja del cielo, sino que puede obtenerse desde la base del trabajo social». Cuando tienes tanto dinero que debes plancharlo por las dos caras para que te quepa en el armario, te vuelves idiota. Esta gente es esclava de su imagen. Que no nos extrañe que algún día el delantero entre al remate de córner con anteojos.

—Bueno, no sería tan extraño. Zitarrosa, el columnista de *La Noche*, cuenta que a los dieciséis años se propuso ser boxeador y se apuntó a un gimnasio. Decía que tenía un buen juego de pies. El primer día, cuando llegó al gimnasio, el entrenador lo miró de arriba abajo. «Las gafas, chaval. No se puede ser boxeador con gafas». Y ahí se acabó su prometedora carrera, justo antes de empezar.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta. Castellanos salió primero. Su calva se había ido extendiendo en silencio y ahora se veía también desde atrás. Se volvió hacia Gervais.

—Acompáñame, quiero hablar unos minutos contigo.

En su despacho colgaba un discreto óleo de Gonzalo Chillida que reflejaba un cielo a punto de explotar, o que quizá ya había explotado. A Gervais le extasiaba mirarlo. Chillida era uno de sus pintores favoritos. En su casa de Ibiza colgaba una de sus tormentas en mitad del mar.

—Al consejo le preocupa la actitud de Caja Nacional. Está poniendo trabas a la refinanciación de la deuda. —Apoyó el culo sobre su mesa, sin llegar a sentarse, y escondió las manos en los bolsillos, en una maniobra de afirmación de que cualquier instante de la vida era teatro—. Es un tema que empezamos a necesitar que se resuelva. Nos dará tranquilidad durante algunos años, que no sabemos cómo pintarán. Creemos que es la hora de que la parte de redacción empiece a presionar.

—Te lo sugerí hace tres meses, acuérdate. —Gervais cerró el puño y a continuación, casi haciendo magia, extendió tres dedos. En uno de ellos se distinguía, por su extraño brillo, la ausencia de su alianza.

—Hace tres meses no era el momento.

—Llamarán de la Moncloa.

—Contamos con ello. Habrá que enfrentarse a esa presión. O hacemos algo con la deuda o tendremos problemas.

En el cielo impenetrable de Chillida, a la espalda del consejero delegado, amenazaba lluvia. Causaba frío mirar la pintura. De hecho, hacía frío. A Castellanos le gustaba vestir de abrigo y apenas llegaban las temperaturas cálidas a Madrid encendía el aire acondicionado para echarse algo por encima.

La conversación se prolongó diez minutos. El consejero había estado recientemente en Estados Unidos, para ver a su hija, y se puso a hacer un resumen de todas las cosas que habían hecho juntos, entre ellas alquilar un

coche y viajar a Boston.

—No lo vas a creer, pero en un restaurante, en la mesa de al lado, coincidimos con Mark Spitz.

—¿Spitz? —preguntó Gervais para que no quedase dudas de que hablaba del verdadero Mark Spitz, el nadador, y no de otro.

—Spitz.

—¿Os sacasteis una foto?

—Hombre, no nos pareció elegante molestarlo en mitad del restaurante; estaba con amigos. Aunque al marcharnos mi hija le pidió un autógrafo.

—Así que Mark Spitz... —Gervais giró sobre sus talones y abandonó aquel despacho. La historia de Spitz era bastante buena. Le hizo recordar uno de sus viajes a Budapest y cómo una tarde casi atropella con un coche de alquiler a un señor bajito, insignificante, regordete y calvo. Gervais llevaba de acompañante a una conocida periodista húngara, que lo había invitado a dar una conferencia, cuando, en un giro a la derecha con poca visibilidad, pero lento, apareció el señor. Emergió de la nada, de la nada, y lo ocupó todo. Gervais clavó el pie en el pedal del freno. Primero pensó que lo había matado, o al menos casi matado. Su acompañante se bajó inmediatamente; él se quedó agarrado al volante, bloqueado. Aquel tipo pequeño y grueso no tenía un rasguño, por suerte. Cuando Gervais se bajó del coche, taquicárdico, no acababa de creerse que no lo hubiese matado, o casi matado. Se deshizo en disculpas, hasta que, en ese instante, su acompañante lo reconoció.

—Pero si tú eres el escritor —dijo admirada la periodista.

Durante todo ese día, la mujer intentó acordarse de su nombre sin conseguirlo. Año y medio después, la Academia sueca le concedió el Nobel de literatura. Ese día Gervais recibió una llamada de su colega húngara para preguntarle si se acordaba del escritor al que casi atropella. Desde luego que lo recordaba.

—Pues era Imre Kertész.

Desde entonces al director de *Tiempo* le encantaba contar esa historia y exagerarla diciendo que había atropellado al Nobel de literatura.

Camino de su despacho se encontró a Alberto Luis de Puebla en un pasillo, envuelto en una bufanda fucsia. El poeta cultivaba la oxidada extravagancia de llevar al periódico su columna de los domingos escrita en una Olympia Traveller de Luxe, que después una secretaria transcribía en su ordenador. Era una rémora.

—¿Qué nos traes hoy, Alberto Luis? —preguntó por preguntar, como si dijese: «Buenas tardes, adiós». Lo acució el temor a un tiempo finito.

—Una pieza maravillosa sobre Sebastián Juan Arbó, que escribió una biografía de Oscar Wilde que yo leí a los quince años y con la que me aficioné a la literatura.

—Suenan interesantísimo. —Gervais empezó a alejarse—. Pero deberías empezar a escribir a ordenador. Nos ahorrarías muchas horas de trabajo al año.

—Imposible. Perdería mi estilo para siempre. Necesito que retumben las teclas en mi cabeza. Sin ese ruido no sé escribir.

—Bueno, haz lo que quieras —dijo a lo lejos el director de *Tiempo*. Y desapareció.

La calma de la redacción era engañosa. En torno a la mesa del jefe de nacional se había formado un corro, que se abrió como la boca de un león de circo al llegar Gervais.

—¿Cómo vamos? —Gervais elevó la barbilla interrogativamente.

—Bien. —El jefe de nacional levantó el pulgar—. Acaban de propinarle una paliza a un matrimonio en su propia casa, en el centro de la ciudad, para robarles. Solo en Madrid, es el cuarto caso esta semana.

—¿La banda de los georgianos?

—No está confirmado.

—Me da igual. Fueron los georgianos. ¿Quién si no iba a ser? —ordenó.

El jefe de nacional asintió. Lo más seguro era que sí hubiesen sido los georgianos.

—Vamos a salir con algo del tipo «La banda de los georgianos destapa la psicosis».

—¿Psicosis?

—Todas las semanas hay víctimas. Yo tengo psicosis, tú tienes psicosis y él seguramente tiene psicosis. —Señaló al redactor que había al lado—. Todos los que estamos aquí tenemos psicosis. Podemos afirmar que eso es psicosis general, ¿no? —Hizo un gesto que zanjaba el tema—. ¿Con qué más estamos?

—Estamos con los gráficos de la encuesta. —Le tendió una página de pruebas.

—Eso es lo que me interesa. —Los estudió por encima, casi sin mirarlos—. Mmmm... me valen.

Tiempo publicaría al día siguiente un sondeo electoral de mitad de legislatura. Por primera vez en catorce años, el Partido Conservador perdía la mayoría absoluta. De hecho, el Partido Progresista estaba en condiciones de disputarle un hipotético gobierno si pactaba con los nacionalistas, hecho hacia lo que todo apuntaba.

—Este dato es demoledor. —El jefe de nacional le entregó una segunda página—. Aquí. —Puso un dedo sobre el detalle en el que quería que Gervais reparase.

Alvarelos obtenía una ínfima valoración. Apenas un 2,9. Se trataba de la más baja que había recibido un presidente en democracia. La contestación social y el desgaste natural después de tres legislaturas y media le pasaban factura. La noticia, sin embargo, no era tanto que el presidente recibiese una nota tan baja como que la valoración del vicepresidente y ministro de Economía fuese tan alta. Sobresalía por encima de todos los miembros del Ejecutivo.

—Me gusta y me preocupa esta encuesta —dijo y dejó la página sobre una mesa.

Se dirigió al despacho. Todavía no había concluido su carta dominical. Se encerró y se quitó los zapatos. El ser humano necesitaba rituales para creer en sí mismo. Pero no le llegó la inspiración. Decidió dejarlo para más tarde y llamó al vicepresidente. Le propuso comer si no tenía compromisos.

—Estaría bien que tratásemos asuntos de tu interés —señaló con intriga.

Niza tenía la voz ronca, lo que trató de simular hablando en un tono muy bajo. Sonó a resaca, o a preocupación. Quedaron en encontrarse a las dos y media en el Club Allard. Gervais pidió a su secretaria que reservase y retomó su carta, que esa semana dirigía contra el juez Emilio Ruso. El presidente de la Audiencia Provincial era uno de los aspirantes a ocupar la plaza vacante del juzgado número dos de la Audiencia Nacional. *Tiempo* lo fustigaba desde hacía años. La gota que había colmado la paciencia de Gervais había sido su oposición a que prosperase el procesamiento contra Lihn por delito fiscal. Había pedido a sus mejores redactores que hurgasen en su vida, que hablasen con quien fuese.

—Tenéis permiso para decir que soy un hijo de puta, si así vais a sacar mejor información de vuestras fuentes.

De nada valió la campaña contra el magistrado, que incluyó imputarle unos sospechosos vínculos familiares con el Partido Progresista, y más tarde

sugerir supuestos tratos de favor a imputados de la mafia rusa. Esta clase de informes salían a menudo del Ministerio del Interior. Todo fue en balde. La Audiencia Provincial instó al juzgado al archivo de la causa contra Lihn.

Gervais no había asimilado aún esa derrota. Ruso se volvió una obsesión personal. Se dedicó a esperar, con un ojo abierto y otro cerrado, a que cometiese un error carísimo, y al fin el director de *Tiempo* creyó encontrarlo hacía tres semanas, cuando la Audiencia ordenó la puesta en libertad del supuesto jefe de una de las bandas de georgianos especializadas en robos con violencia por falta de pruebas sólidas. Solo unos días después, en uno de sus golpes, la banda mató a una mujer. El periódico entró de lleno en el asunto, convirtiendo el caso de los georgianos en el caso Emilio Ruso.

En la carta de este domingo Gervais exigía la intervención de la sección de disciplina del Consejo General del Poder Judicial para suspender de modo cautelar al presidente de la Audiencia de sus funciones y desde luego desestimar su candidatura a ocupar plaza en la Audiencia Nacional.

Para cuando acabó de escribirla, eran casi las dos. Tomó una copia de la encuesta y salió hacia el Club Allard. Llegó puntual, a tiempo de ver aparecer a Niza. Creyó tener ante sí, por primera vez, no al hombre teórico que había sido siempre, con la fórmula para que la economía lo devorase todo, sino a un individuo de acción. En el mundo había gente así, entusiasta, meramente inconsciente, que en su exaltación, creía posible hacer frente a la defunción solo con su afán y un destornillador de estrella. Siempre tenían algo pendiente, un informe, una conferencia, un consejo europeo, un viaje a Londres, una entrevista en *The Wall Street Journal*, algo que no podía esperar, e iba de aquí para allá sin detenerse a descansar. Al fin los años al lado de Alvarellos, al que tenía por el hombre de acción supremo, le habían hecho mella.

—Bonito bronceado —saludó Gervais.

—Es del sol que voy a tomar esta tarde y mañana en Menorca, en el barco de Riezu.

—Los ministros de este gobierno siempre con tan buen aspecto. Es una pena que estéis tan poco valorados.

—No hay nada que no se pueda arreglar con un traje a medida y una aparición en televisión.

El jefe de sala los interrumpió y realizó algunas sugerencias sobre el menú, que aceptaron a la primera, para sacárselo de encima.

—¿Sigues jugando al tenis con...?

—Ya no —adivinó el vicepresidente su pregunta—. Yo llevo cuatro meses con un problema de menisco y él, una vida demasiado ocupada.

—Así dispondrá de más tiempo para intentar convertirse en el hombre más rico de España.

—Bueno... Esa es una lucha estética, más que otra cosa.

—Estética —repitió Gervais.

Niza renunció a probar el vino que acababa de servir el sumiller.

—Está buenísimo; lo sé. —Y lo animó a llenar las dos copas sin pérdida de tiempo. Volvió a dirigirse al director de *Tiempo*—: Cuando tienes tanto dinero, tener más es solo una modalidad de coleccionismo. Me pregunto si existe una cifra a partir de la cual ya no importa cuánto dinero tengas, porque no sirve para nada. Nunca podrías hacer nada con él, porque, hasta llegar a esa parte de tu fortuna, previamente deberías dilapidar otra más caudalosa todavía, y que es imposible gastar. Ni malgastándola como un idiota que cree que el dinero nace en una maceta llegarías algún día a erosionar ese tesoro seriamente.

—Pero se puede intentar.

—Nada más hermoso y ridículo que tirar el dinero. A mí me gusta cómo lo hacían las grandes fortunas americanas, cuando a finales del siglo XIX se dispararon la productividad y la riqueza. Fueron tentativas absurdas y desternillantes de matar el dinero. Los Carnegie, los Vanderbilt, los Huntington, los Folger, los Rockefeller, los Morgan, los Kemp o los Gould, ellos sí sabían derrochar fortunas, que no menguaban porque no tenían límites. Baste decir que no pagaban impuestos sobre su renta. Simplemente, porque ese impuesto no existía. Los ricos nunca fueron tan ricos como en los días en que todo lo que ganaban se lo quedaban. De hecho, esa sigue siendo la aspiración de todo millonario: quedarse con todo lo suyo. —Se detuvo. Le parecía que se había dejado llevar por su propio circunloquio.

Antes de que surgiese cualquier otro tema, Gervais le contó que *Tiempo* publicaba mañana su encuesta de mitad de legislatura.

—¿Una encuesta? —preguntó Niza en un arrebató de incredulidad—. Casi siempre fallan. Aunque ojalá fallasen más. Aprenderíamos a disfrutar de los misterios que nos esperan. Porque en el fondo, las encuestas son eso, maniobras supuestamente científicas para averiguar qué pasó en el futuro.

—Entonces ¿no quieres saber qué dice la nuestra?

—Por supuesto que quiero. Nada me excita tanto.

—Perdéis el gobierno —resumió.

Niza no se quedó congelado, ni siquiera se sorprendió. En esa falta de reacción podía leerse que le daba igual el futuro; incluso asintió con complacencia cínica a las malas noticias. Reaccionó con cordura, casi con desinterés, y luego apartó la copa de vino a un lado por si el efecto de no pestañear y ser un hombre frío acababa vertiéndola sobre el mantel.

—Es una previsión en la que por una vez estoy dispuesto a creer. Nos enfrentamos a algo que se llama «envejecimiento del proyecto político». No hemos sabido renovarnos y nos hemos quedado con todo el poder, pero solos y viejos. ¿Sabes cuando dicen que si algo funciona no hay que tocarlo? Es la peor mentira que existe.

—¿Y tenéis un plan?

—Bueno, es muy difícil realizar cambios drásticos cuando estás en una situación cómoda, gobernando. Es lo ideal, pero por experiencia sé que es lo imposible. El instinto natural te dice que conserves, que dejes las cosas tal cual están, sobre todo si funcionan. Lo grave es que en nuestro caso hay algo que realmente no funciona. —Aplastó una miga de pan con un dedo como si solo fuese una persona—. Mi sospecha es que cuanto más avance la legislatura, y no se tomen decisiones contundentes, peor nos irá y se cumplirá vuestra encuesta.

—No es una opinión generalizada, aunque sí sensata. En el Partido Conservador no se escuchan autocríticas. Tiene que hacérselas la oposición.

Niza iba a asentir, pero no hacía falta. La gente que tenía mucha razón no precisaba que se la diesen.

—Una sola frase de Alvarellos —dijo finalmente—, o del que en ese momento hable por Alvarellos, parece que lo cure todo. Tengamos presente a aquel cardenal que participaba en un fenomenal banquete de carne cuando, de pronto, uno de los comensales, horrorizado, recordó que era vigilia. Entonces el cardenal, impartiendo la bendición a los manjares, dijo: «Yo declaro todo esto pescado». Y los invitados aplaudieron y comieron.

A Gervais le fue quedando claro que el vicepresidente se mordía la lengua. Al fin y al cabo, admitía, un director de periódico era un hijo de puta del que había que cubrirse siempre las espaldas.

Niza, que, siguiendo los consejos de su amigo Carl Johnsson, debía buscar aliados, no ignoraba que, si aspiraba en algún momento a erigirse en el nuevo

candidato del Partido Conservador, debería contar con el apoyo de Gervais. Se trataba de un apoyo necesario, aunque no suficiente. Le pidió que concretase algunos de los datos de la encuesta. Gervais desplegó varios papeles sobre la mesa y comentó las cifras más importantes. Dejó para el final su detalle preferido.

—En la valoración de líderes políticos, el sondeo arroja un dato curioso. Alvarellos saca un 2,9. Eso, más o menos, representa un punto y medio menos que hace dos años, en la última encuesta del CIS, un mes antes de las elecciones. Es una caída al vacío.

Niza apretó los labios y negó con la cabeza, no porque no quisiese decir nada, sino porque no sabía demasiado bien qué decir todavía.

—Digamos que en estos años ha habido cierto desgaste personal. Nos han hecho dos huelgas generales, la campaña de ciertos medios es despiadada y quizás algunos casos de corrupción, si puede llamársele así, nos han granjeado antipatías. Y está la oposición, que una cosa hay que reconocerle después de años de inexistencia: ahora sabe cómo hacernos daño y crecer sobre nuestras debilidades. En fin, son muchas cosas. Pero lo cierto es que un 2,9 es una valoración muy baja, terrible.

—En cambio, la tuya está por encima del aprobado.

—Ah, ¿sí? —Se puso enhiesto y buscó el dato sobre los papeles.

—Aquí está.

El vicepresidente tomó el documento que Gervais le tendía. Lo analizó durante medio minuto, en silencio, y después emitió un mensaje parco:

—Vaya, vaya.

—Estas son el tipo de cosas... —Gervais agitó el documento en el aire, antes de doblarlo y volver a guardarlo en el sobre— que siempre levantan ampollas entre los compañeros. Yo procuraría, entre tanto acierto, incurrir en algún fracaso, para entristecer al resto del Gobierno.

Niza esgrimió una sonrisa, pero enseguida la retiró, como si le hiciese sentir bien y eso le hiciese sentir fatal.

—¿A qué atribuyes tu valoración?

—Uff. —Sacudió una mosca inexistente con la mano—. No creo que haya una respuesta. Si la hay, es seguramente muy compleja. Quizá la ciudadanía visualiza que todos estos años de crecimiento económico ininterrumpido tienen mucho que ver con un tipo de política económica cuya paternidad, por lo que sea, es más fácil atribuirme a mí que al presidente. Me atribuye los

éxitos, digamos, del milagro español, y pudiese ser que, al mismo tiempo, me exculpase del desgaste al que está sometido un gobierno que ha ganado ya tres elecciones generales.

—Interesante.

—¿El presidente está al tanto de esta encuesta?

—Es posible que lo llame esta tarde.

—Está en México.

—No sé si le va a gustar.

—No le gustará. A mí tampoco me gusta, de hecho.

—Salvo una parte.

—Puede.

—¿Qué crees que dirá Alvarellos?

—No dirá ni hará nada.

—¿Te preocupa?

—¿Me preocupa el qué?

—Que no haga nada.

—Desde luego que me preocupa. Me temo que el tiempo juega en nuestra contra. La situación económica puede adentrarse en un escenario no necesariamente favorable para nosotros.

—¿Va a seguir cayendo el empleo durante mucho tiempo?

—Es una posibilidad que no se puede descartar. Es pronto para decirlo. Si agotamos la legislatura, creo que lo pasaremos mal.

—¿Serías partidario de adelantar las elecciones?

—Yo soy partidario de ganarlas y, para cumplir con ese propósito, estaría dispuesto a cualquier cosa. —Hizo una pausa, pensando si no estaría mostrándose demasiado franco con alguien que, después de todo, era un periodista e íntimo amigo de Alvarellos—. Quizá habría que precipitar algunas de las dinámicas que se observan en la encuesta —dijo finalmente, apostando todo a una carta.

Gervais se pasó la servilleta por los labios, bebió un poco de vino, apoyó ambas manos sobre la mesa, siguiendo las acotaciones de un libreto.

—¿Te estás postulando? —preguntó para poner a prueba su ambición.

El vicepresidente se sobresaltó hacia dentro y hacia fuera se esforzó en transmitir serenidad.

—Alvarellos es un líder natural, con mucha experiencia y muy carismático. Eso es algo que no se pierde porque una encuesta constata que

genera desaprobación —dijo, distanciándose de la pregunta.

Pero Gervais olió algo. Se inclinó sobre la mesa, en busca de una cercanía compleja.

—Entre tú y yo, vicepresidente, ¿te ves de candidato en algún momento?

Niza sonrió esta vez con anchura, incluso algo de cinismo, que resultó mucho al final. En unas décimas de segundo concluyó que se había ganado, tras más de una década dirigiendo la economía del país, el derecho a la franqueza y a tener sueños.

—Yo me veo de cualquier cosa.

CUARENTA Y TRES

Horacio Varela removi6 con delicadeza el caf6, tal vez soñando que tocaba un viol6n. Ya estaba fr6o. Irgui6 la cabeza en busca de un punto en el que apoyar la mirada, porque le pesaba. Ten6a en el rostro una sonrisa fr6a, que para su caso era una temperatura m6s que agradable. 6l estaba acostumbrado a los gestos impasibles, hoscos, aunque por dentro se sintiese jovial. Esta mañana estaba feliz. No hac6a ni una hora que hab6a recibido una llamada de las oficinas del Madrid. El presidente del club lo recibir6a junto a veinte aficionados m6s que cumpl6an cincuenta añ6s de socios para entregarles una insignia conmemorativa.

—¿Sevilla-Real Sociedad? —pregunt6 al aire. Su voz son6 enigm6tica, igual que si preguntase: «¿Veintitr6s por catorce?».

Se form6 un silencio pensativo en el Pez Gordo. Nadie respondi6 a la primera. No quer6an equivocarse. A final, uno de los clientes lanz6 un pron6stico a voleo.

—Dos.

Varela agach6 otra vez la cabeza, llev6ndose la pesada mirada a otro lado, y apost6 al empate. ¿En qu6 se basaba el cliente para decir «dos»? ¿Manejaba estad6sticas, antecedentes, qu6? ¿No hablar6a m6s bien por hablar, o porque les ten6a simpat6a a los vascos? Prefiri6 equivocarse con un error propio. En el fondo, su pregunta hab6a sido ret6rica, como cantar en la ducha, o algo parecido a preguntar: «¿Ra6z cuadrada de ciento cuarenta y cuatro?». ¿Qu6 m6s te da la ra6z cuadrada de ciento cuarenta y cuatro, de ochenta o de mil uno? La quiniela equival6a a una cuesti6n personal. Lo 6ltimo que necesitabas era compañ6a, una comparsa. Ten6as que hundirte en la miseria t6 solo. No hab6a ganado nunca con raz6n —una cantidad relevante, se entend6a—, as6 que no esperaba hacerlo esta vez. La felicidad estaba en escribirla. Siempre cubr6a dos columnas de apuestas. No le gustaba tirar el dinero ni

guardárselo innecesariamente. La primera apuesta que cubría era para ganar, con una ambición moderada; en esa, no le importaba apostar contra el Madrid, aunque casi nunca lo hiciese. Creía en los fantasmas y en que a veces, las pesadillas, si las describías, se cumplían. La segunda era para arrepentirse de sus pecados y conciliar mejor el sueño; en esa, el Madrid siempre ganaba.

Pidió un segundo café, que era una bebida que no tomaba porque le gustase, que también, sino porque le hacía bien, y con él completó la quiniela. La guardó dentro de la cartera, junto a una tarjeta de crédito que nunca usaba, el carné de identidad y el del Madrid, la foto de su mujer y los billetes. Alguien a su lado comentó algo sobre la librería Alcaraz, que no entendió bien. Había perdido oído, pero a veces, concluía, eso lo beneficiaba. Como vio libre el periódico, se hizo con él. Para leer no se necesitaba oído. Miró por encima la portada y le dio la vuelta como a un bistec, y con la misma estrategia, ojeó rápidamente la contra. Fue metiendo la mano en un bolsillo para sacar monedas y pagar. Las dejó caer sobre el mostrador. Seleccionó la cantidad justa más veinte céntimos de propina y el resto regresó al bolsillo.

—¿Has estado pidiendo limosna por la calle? —bromeó el camarero mientras empujaba todas aquellas monedas hacia sí.

Horacio gruñó algo indescifrable, tal vez de una civilización antigua.

—El Madrid va a homenajear a los que cumplimos cincuenta años de socios. ¿Ves ahora por qué es el mejor club del mundo? A ti el Atlético no te mandaría un telegrama ni aunque llevases cien años pagando el carné y te estuvieses muriendo.

El camarero le hizo un gesto amistoso para que se fuese.

Varela recuperó su bastón y su cojera, y se marchó saludando de espaldas con la mano libre. Salió despacio, como lo hacía todo desde que la artrosis de rodilla había derivado en un dolor intenso, que a su vez lo había condenado al bastón. Había hecho migas con aquella herramienta después de tenerle alergia. Durante un tiempo —dos o tres días— le tuvo tanta manía que lo olvidaba a propósito en los sitios, pero regresaba a buscarlo.

Al pasar por la librería Alcaraz, la vio cerrada. Dedujo que era de eso de lo que hablaban en el bar. En la puerta había un cartel de despedida. Cualquiera podía suponer que no tardarían en abrir algún otro negocio, tal vez una hamburguesería, o un gastrobar, o una clínica dental. Se había desatado lo que Varela llamaba «la guerra de los dientes». Todo el mundo ansiaba una

dentadura nueva y barata, que hiciese creer que era la original, la que le había dado la naturaleza, y de ahí la proliferación de clínicas. El comercio consistía en hacer y deshacer maletas. La existencia también era una sucesión de negocios fracasados, salpicada por algún que otro éxito, para no perder la esperanza cuando las cosas de nuevo salían al revés.

Había quedado con su hija, que iba a pasar a recogerlo para acompañarlo al dentista. Él no quería, no la necesitaba, pero ella había insistido. Ahora tenía tiempo. Acababa de perder su empleo en la inmobiliaria aunque casi estaba contenta. La perspectiva de irse una temporada al paro, cobrando casi mil euros, no la apenaba precisamente. Se quería tomar la vida con calma y al fin disfrutar las vacaciones que no había tenido en los últimos años.

Habían quedado a las cinco y media, pero Horacio estaba preparado desde una hora antes. Consultaba cada poco el reloj, con la esperanza de presenciar un salto del tiempo. En general, Estrella no era demasiado puntual. En eso no se parecía a su madre. Alicia vivía obsesionada con la puntualidad. Cuando al fin llegó, Horacio se empeñó en ir andando.

—No está tan cerca —alegó su hija para disuadirlo.

—A cuatro manzanas.

—Pero la rodilla...

—Solo es una cojera.

—Hace bastante calor.

—Menos que ayer.

Ella carecía de ganas de discutir y él a aquella hora tenía respuesta para todo. Caminaron buena parte del trayecto en silencio. En la calle del Sueño, Estrella sufrió una regresión a su infancia. Hacía mucho que no pasaba por allí y de repente se acordó de los tebeos de Ibáñez que su padre le compraba en los quioscos. Al acabar de leer las viñetas, muchas veces sentada en la acera, se quedaba mirando los dibujos, repletos de objetos, detalles, que en la mera lectura se perdían. No tenía edad para ir al cine, ni a los bares, y le parecía que un quiosco representaba el sitio más fascinante de la Tierra. Cuando tenía toda la vida por delante, caminaba con su padre y, al pasar junto a uno, se detenía. Él lo hacía un par de metros después, y, al volverse, resoplaba por una esquina de la boca. «¿Qué?», preguntaba con aburrimiento. Ella señalaba alguno de los tebeos y decía: «Este no lo tengo». Y a la semana siguiente, otra vez. La vida daba una vuelta completa sobre sí misma en solo siete días. Porque Ibáñez publicaba a ese ritmo vertiginoso, recordó. Cada

siete días un *Mortadelo*, un *Rompetechos*, un *Pepe Gotera* y *Otilio*, un *13 Rúa del Percebe*. Así hasta que se hizo mayor y la vida se demoraba más en sus giros. Hoy Estrella volvió a detenerse, imitando los días de la infancia, y un par de metros después se paró también Horacio, que se volvió.

—¿Qué pasa?

Estrella cerró los ojos, los abrió y dijo:

—Es que aquí antes había un quiosco. ¿No te acuerdas?

Varela señaló con el bastón hacia el punto de la acera en el que lo recordaba. Sí, allí exactamente estaba.

—Cuando dejaste de leer tebeos, te escapaste de casa.

—Estaba harta de vosotros y de vuestras normas. Lo normal a los trece años. Aunque aquello no fue una escapada.

—Recorriste seis kilómetros con la bicicleta, hasta que te diste cuenta de que querías merendar delante de *Barrio Sésamo* y diste la vuelta.

—Ni siquiera os llevasteis un susto.

—¿Cómo que no? Tu madre casi se muere de un infarto.

—Yo solo recuerdo que me abrazó cuando llegué y que tú no decías nada. Ni siquiera meneaste la cabeza. Aunque por dentro seguro que estabas pensando: «Qué hostias te daba».

Horacio elevó el bastón hacia el frente aprobando sus palabras. Antes de retomar sus pasos también él miró al pasado que había estado justo allí, en un rectángulo ahora imaginario, y recordó que el quiosquero iba a jubilarse, le faltaban seis meses o menos, y una madrugada una furgoneta chocó contra el quiosco con tanta violencia que lo arrancó.

—Murieron decenas de revistas. Había tanto viento esa mañana que las hojas estuvieron varios días volando por el barrio.

Después de aquello quedó solo el hueco del quiosco. Varela nunca más volvió a ver al quiosquero.

Llegaron al dentista con un poco de antelación. Una enfermera con el pelo recogido en dos coletas los pasó a una sala de espera, donde una madre se esforzaba por que su hijo pequeño, de seis años, dejase de tocar todas las cosas, a veces con el propósito de romperlas y a veces solo con el de tirarlas al suelo. El bastón de Horacio comenzó a interesarle al muchacho disimuladamente. No se acercó a él, pero lo miraba y parecía pensar que sería divertido arrojarlo por la ventana. Estaban en un octavo piso. Haría un bonito ruido al romperse contra el suelo, parecía pensar. Varela espío al chiquillo,

que se puso rojo, como si el dueño del bastón pudiese leer su pensamiento y hubiese adivinado lo que pretendía hacer con él.

Entre el caos de revistas, que supuso viejas, Horacio distinguió un ejemplar de *Crónica*. Lo cogió por cogerlo. Era de hacía tres días. La decepción fue relativa, aunque para él, que no leía *Crónica*, aquel ejemplar equivalía a un periódico nuevo. En portada se destacaba la organización para cobrar comisiones que había montado el embajador español en Marruecos, que por ahora seguía en su puesto. Se sintió intrigado y continuó leyendo la información de las páginas interiores.

—En la vida diplomática ocurren a veces cosas terribles, y supongo que hacerse rico es una de ellas —comentó para sí mismo, entre dientes. Estrella le prestó una atención decaída, que no la movió del silencio. Ni siquiera asintió. Tomó aquellas palabras por un ajeteo de la sala de espera.

Horacio recordó que hacía muchos años, en un programa de televisión, vio a un embajador diciendo que en uno de sus destinos usaba la biblioteca de la embajada de caja fuerte. Al parecer, era más segura que la propia caja fuerte. Salvo que olvidases el libro en el que habías guardado los documentos o el dinero, cosa que le había pasado más de una vez.

Solo cuando acabó de leer toda la información reparó en que estaba firmada por Nicola Morelli.

—¿Te acuerdas de Morelli? —le preguntó a su hija.

—Cómo no voy a recordarlo. Ni que hubiesen pasado dos siglos. Me contaste que hace un mes tuvo una hija.

—Es verdad.

Dejó el periódico. Entraron dos personas más en la sala de espera. Una llevaba el brazo en cabestrillo. Horacio la vigiló hasta que abrió la boca y vio sombras.

—¿Sabes? —Le habló a Estrella casi al oído.

—¿Qué?

—Hace dos días estaba haciendo un crucigrama en el *Pez Gordo*. Sería al mediodía, yo nunca hago crucigramas, ya sabes, me frustra, solo acierto a poner tres o cuatro palabras y lo dejo. Soy muy burro para eso, pero igualmente me puse, me crecí y entonces vi que en una casilla me pedía el nombre del emperador romano que legalizó el cristianismo. Esa la sabía: Constantino. Pero se me borró el nombre. Ese nombre y todos los nombres. Fue extrañísimo. De repente, no podía recordar nombres de personas, ningún

nombre. Quise pensar en el tuyo, por probar, y tampoco pude. El mío tenía que saberlo, me dije, y nada. Estuve así cinco minutos, qué se yo. Hasta me dio por pensar si aquello era el primer síntoma de Alzheimer.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, lo pensé. Pero, con la misma sorpresa que lo olvidé todo, volví a recordarlo. Me cayeron todos los nombres encima. Qué curioso: el primer nombre que recordé fue Onetti, pero no el escritor.

—El de nuestro váter.

—Sí. Pero eso no, sino un Onetti que era peluquero en Montevideo, cuando tu madre y yo nos estábamos conociendo.

Se abrió la puerta de la sala de espera muy despacio. En la lentitud, una bisagra tuvo tiempo de chirriar. Detrás del ruido se fraguó la figura de la enfermera. Sonrió hacia Varela.

—Horacio.

Entre los espectáculos más fascinantes y atroces de la naturaleza se encontraba el dolor de muelas. Varela dejaba atrás dos semanas de padecimientos, que provocaban colores dentro de su cabeza. Iban a matarle un nervio de una muela. Se suponía que eso fulminaría el dolor para siempre. Pero apenas abrió la boca y el dentista tocó en el punto exacto del que emanaba todo el horror de los últimos días, Horacio creyó desmayarse. Pensó que no se despertaría jamás. Se produjo una tormenta perfecta en su boca, demoledora.

Una hora después, cuando Estrella lo tomó por un brazo y salieron juntos de la clínica, la situación había mejorado, y no quedaba nada del dolor apenas.

Estrella insistió en tomar un taxi para regresar a casa, aunque estuviese relativamente cerca. Su padre, sin embargo, insistía mejor que ella. Se notaba más ligero, libre del dolor, y prefería ir dando un paseo. Su boca estaba dormida. No tenían prisa. Él era un jubilado y a ella la habían despedido, dijo, quitando hierro a las malas noticias. Estrella seguía sin ganas de discutir y transigió. El silencio de la ida volvió a apoderarse de ellos en el regreso. Cada uno se ensimismó en sus asuntos.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—¿Mañana? —preguntó a su vez Horacio, cogido por sorpresa—. Es miércoles, así que iré al cementerio, a limpiar la tumba y renovar las flores de tu madre.

Hacía más de trece años que Alicia había muerto y Varela seguía fiel a sus visitas. La quería hasta ese punto en el que no había puntos. Le gustaba pensar que ella podía apreciar sus demostraciones de amor.

—¿Cuándo fue la última vez que la fuiste a ver?

—No lo sé. Te he dicho muchas veces que no me hace bien ir al cementerio.

—Pero a lo mejor le hace bien a ella.

—¿A ella? Papá... —recordó que no deseaba discutir—. Hablemos de otra cosa.

No hablaron de nada. Volvieron a pasar por el vacío que había dejado en el aire el viejo quiosco. El tiempo formaba vestigios. En la misma calle, Estrella reparó en un inmueble en el que hubo una vieja tienda a la que acudía a comprar sus primeros cigarros, cuando se vendían sueltos. Estaba regentada por un matrimonio mayor. Él tenía bigote y barba siempre de dos o tres días. Cojeaba, pero peor que su padre. Y no usaba bastón. Arrastraba una pierna. Muchos días calzaba zapatillas de andar por casa para andar por la tienda. En sus camisas siempre había alguna mancha. Los jerséis le hacían bolas y usaba un reloj Casio negro. Los bolsillos del pantalón le abultaban muchísimo, tal vez porque se le juntaban los pañuelos limpios y los sucios. Ella vestía de negro y no era muy habladora. Cobraba en silencio. Aquel negocio también se lo llevó por delante el tiempo. En su lugar ahora había una mercería, o hubo, porque también cerró, y el local estaba en alquiler. La tienda nunca conoció una época próspera. Vendían productos de primera necesidad, frutas, bebidas, galletas, revistas y también tabaco, y al fondo había un locutorio telefónico. El tiempo había desgastado el color del escaparate, en el que habían desaparecido las diferencias entre el rojo, el verde, el naranja, el amarillo o el negro. Por dentro olía a pis de gato. Estrella recordó que siempre había una lata de coca-cola abierta en el mostrador donde se pagaba, al lado de una pequeña caja de caudales, de color azul.

—¿Has visto eso? —preguntó Horacio.

—¿Ver el qué?

—Martín. Se ha cambiado de acera para no cruzarse con nosotros. Allá va.

—A lo mejor no se ha dado cuenta.

—Desde luego que se ha dado. Pero qué se habrá creído. ¿Cómo se ha podido hacer el sueco de esa manera?

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Hace dos semanas fui al banco y también me dio esquinazo. Me dijeron que estaba en una reunión que iba a durar toda la mañana. Solo media hora después, mientras tomaba algo en el bar, lo vi pasar por delante.

CUARENTA Y CUATRO

El Council on Tall Buildings and Urban Habitat, organismo responsable de fijar las dimensiones de los grandes edificios, acababa de certificar que el colosal rascacielos de Riad medía novecientos tres metros de altura. La oficina del consorcio en la capital saudí recibió la notificación por la tarde y solo unos minutos después llegaba a Madrid a manos de César Riezu, que se acercó a los ventanales de su despacho, en el paseo de la Castellana, y cerró los ojos para hacerse una idea de cómo se desplegaban novecientos tres metros hacia arriba en la imaginación. No pudo. Le dolían los brazos, la espalda, las piernas y le sudaban las manos.

—¿Tenemos un termómetro? —preguntó a su secretaria, que le devolvió una mirada elocuente, de pena, porque, lamentablemente, en aquel edificio de veinticinco plantas, desde el que se dirigían todas las empresas que formaban VHS, de muy distintos sectores, no había un solo termómetro—. Creo que tengo fiebre. —Se tocó la frente y la notó caliente y pegajosa, como un caramelo chupado.

Tal vez debiese irse a casa, pensó. Antes de decidirse a marcharse, se volvió hacia la enorme maqueta de Riad, con el rascacielos en el centro, que lucía en una mesa que habían colocado al efecto. Allí estaba desde el inicio de las obras, y algunos días, cuando los años se apilaban como libros sin leer y no se vislumbraba el final de la construcción, miraba al rascacielos y le hablaba: «Date prisa». Si su optimismo caía hasta mínimos deplorables, podía llegar a imaginar que moría antes de ver el edificio acabado mientras sus enemigos (cientos) se divertían diciendo que el rascacielos pudo con él. En el colmo de la desgracia, *The New York Times* retomaba el reportaje de años atrás, sobre la accidentalidad laboral en las obras, y titulaba con un «El rascacielos continúa maldito». Si lo pensaba bien, no había nada de descabellado en aquella hipótesis: a su edad era muy fácil morir de un infarto,

o de un aneurisma cerebral, o de una caída en la bañera, incluso por una decisión personal, consciente, como Eloy Galindo, que se arrojó en su día al vacío.

Pero ahora, por fin, el edificio estaba acabado y dispuestos todos los detalles (fastuosos detalles) para la gran inauguración, a la que los jeques habían invitado a los principales dirigentes mundiales, a los grandes magnates de Occidente y Oriente, y a centenares de periodistas para que cubriesen el evento por todo lo alto. Faltaba mes y medio, muy poco tiempo ya. Atrás quedaban los retrasos, los inevitables desacuerdos por los incrementos de gastos, los accidentes mortales durante la construcción, incluso el fallecimiento del rey y el ascenso al trono de uno de sus hijos, que durante meses hizo temer por la ambición del proyecto, cuestionándose si no convendría renunciar a algunos cientos de metros de altura. A tantos años de distancia, incluso aquel capricho que rubricó el acuerdo, obligando a Madrid y Manchester United a enfrentarse a cuarenta y cinco grados centígrados, hoy se reducía a una minúscula anécdota al lado de los cien millones de euros que se repartieron los dos equipos.

Definitivamente, tenía fiebre y se encontraba en ese punto en el que no se distingue bien el frío del calor. La euforia que lo recorría con sus propios escalofríos aplacaba el deber de marcharse a casa y meterse en la cama. Siguió observando la maqueta, tan colosal y accesible al mismo tiempo, y se dijo, con la tranquilidad de quien sabe que todo lo malo ha pasado, que los grandes sueños solo tenían sentido si se demoraban, o se acercaban y se alejaban, incluso si no se alcanzaban nunca del todo, y se quedaban en sueños muertos, o disecados. Habían pasado doce años y diez meses, es decir, trece años. La envergadura y belleza del edificio, aunque solo se tratase de una maqueta, lo conmovían no menos que aquellos plazos borrosos, después de los cuales parecía imposible que pudiese aguardar el futuro. En trece años se empezaban y acababan tantas cosas, se transformaba en tal medida el mundo, por no decir uno mismo... Dentro de cuatro semanas, para empezar, él cumpliría la friolera de sesenta y cuatro años, dieciséis de ellos al frente del Madrid y treinta presidiendo VHS. ¿No era escalofriante? Pero resultaría engañoso afirmar que se hacía viejo por ello. No había alcanzado el punto en el que se gozaban las decadencias despacio, que era a lo que se reducía la vejez. Él, pensó, solo devendría en un viejo común el día que no gozase de su poder.

Afiebrado o no, aquella cifra inalcanzable para la imaginación, novecientos tres, lo sumió en un mar de comodidad. En otro momento, el hecho de no medir por tan poco novecientos metros exactos le habría molestado. Aborrecía esos números torcidos, que le producían la misma incomodidad que entrar en una habitación y ver un cuadro inclinado. Le gustaban los números redondos, tranquilos, sin aristas, igual que las líneas rectas. Poseían una acústica más contundente: un millón de euros, mil cerillas, quinientos soldados, cien kilómetros, treinta goles, veinte muertos. En eso sí que tal vez podía afirmarse que envejecía: le daba igual si se trataba de un millón o de un millón treinta y siete. La imperfección también era bella.

Acarició la piel del rascacielos, que el nuevo monarca se había empeñado en bautizar como Señor de los Cielos. Después de todo, y de que el nombre le hubiese horrorizado hace dos años, cuando se propuso, de pronto ahora no le parecía tan mala elección, salvo porque le recordaba peligrosamente al nombre de un caballo de carreras. Le vino a la cabeza una visita al hipódromo de Ayr, en Escocia, en la que había apostado por un caballo llamado El Altísimo.

La fiebre al fin ejerció su última palabra y se fue a casa, víctima de aquel enamoramiento imprevisto por los números feos. Se tomó un Termalgin y se metió en cama. No se movió en lo que quedaba de mañana y toda la tarde. Al día siguiente viajaba a Londres mitad por placer, mitad por trabajo, y por nada del mundo querría renunciar a ello. En un juego de despertares y somnolencias, vigiliadas confundidas y pesadillas que narraban extraños periplos, a las nueve de la noche se despertó con hambre. Su mujer le llevó algo a la cama, y después volvió a quedarse dormido. No se despertó hasta las seis de la mañana, sin rastro de malestar.

Cuando el jet aterrizó en Heathrow, la luz golpeó en la lluvia. Al llegar al centro de Londres, sin embargo, el orden de las cosas había cambiado y la lluvia golpeaba la luz. A su lado iban el ministro de Cultura y su secretaria de Estado. Por un casual se habían enterado de que Riezu acudía a una subasta a Sotheby's para pujar por un Eric Fischl, y le rogaron que los dejase ir con él. Daniel Bosch era un experto en todo, así que también en Fischl, y la secretaria de Estado de Cultura, en pintura posmoderna.

Riezu no sentía un aprecio especial por el ministro, pero su departamento construía colegios e institutos que a su vez necesitaban mantenimiento. En cuestión de semanas saldrían a concurso las obras de remodelación de la red

de bibliotecas, en las que algunas de sus filiales tenían interés. Los negocios, que caminaban hacia la sencillez total, y aquel viaje en avión la encarnaba, suplían la falta de afectos. A Riezu le incomodaba su pose, excesivamente intelectual, y su aspecto, siempre tan enhiesto y peinado de aquel modo extrañísimo, inverosímil, con el pelo echado hacia atrás, después barrido hacia delante y finalmente coronado como un helado de crema. En general, le parecía ególatra y pedante. Hacía algunos meses, el ministro de Industria, que nunca perdía la ocasión de ridiculizarlo, le contó que Bosch había tenido un encontronazo con el comisario de una exposición que financiaba el Ministerio de Cultura. Estaban reunidos en su despacho cuando, en uno de esos gestos altivos, ya característicos, se puso a abrir cartas mientras el comisario le explicaba algo relacionado con la exposición. Él hablaba y el ministro lo ignoraba con un estilo frío, nada ensayado. Inesperadamente, el comisario explotó y le preguntó si le costaba «mostrar buenos modales» mientras se dirigían a él. Bosch se quedó parado y se heló en esa postura, con el abrecartas en una mano y un sobre en la otra. El comisario había perdido la paciencia y le afeó que podía ser todo lo ministro que quisiese, que sus «pretenciosos libros solo servían para decorar las estanterías de los salones a la venta en las mueblerías de pequeñas capitales de provincia».

El ambiente en la sala de puja de Sotheby's cambiaba de color cada poco. Ahora iba por el naranja. No comenzarían hasta que alcanzase un rojo intenso y los asistentes se removiesen en sus sillas. Un empleado de la casa condujo a Riezu, al que saludó por su nombre, y a sus dos acompañantes hasta una discreta séptima fila.

—A la primera fila —les explicó Riezu— la llamamos la «Fila de los Asesinos».

—Pero ¿por qué? —preguntó la secretaria de Estado, que fijaba la atención en todo. Parecía un animal acorralado que trataba de saber quién lo acechaba.

—Suelen ocuparla los grandes compradores en las subastas más importantes, aunque ellos no pujen personalmente.

Las grandes ventas se cerraban casi siempre desde el anonimato. Riezu señaló hacia el lugar que ocupaban los empleados que pujarían en nombre de los coleccionistas que se encontraban al otro lado de los teléfonos.

La primera fila estaba casi vacía. La subasta era de interés medio.

Unas pocas butacas por delante del presidente del Madrid tomó asiento Gorvy McKelson, que lo saludó desde la distancia. Como era habitual en el

marchante de arte, lo acompañaban dos supermodelos, con un interés relativo en el arte. McKelson tenía una galería en Nueva York, en plena Madison Avenue. Poco a poco se fueron congregando en la sala caras conocidas. Llegaron los judíos sirios, que amasaban extraordinarias colecciones cada vez que el mercado sufría un desplome. La familia Mugarbi, explicó Riezu, atesoraba decenas y decenas de Wharhols, además de Basquiats, Hirsts o Koons.

—Hace cuatro años intentaron robar en uno de los gigantescos almacenes en los que guardan los cuadros, en Newark. Los ladrones iban a usar un helicóptero para llevarse las obras. Llegaron a aterrizar en el techo. Eran seis atacantes y murieron todos. De pronto, aparecieron guardias con metralletas por todas partes, que no solo los mataron, sino que hicieron explotar el helicóptero.

Bosch se quedó aterrado y ensayó varias caras para su horror. El arte tenía a veces menos que ver con el propio arte que con los negocios, y estos estaban directamente conectados con alguna forma de violencia.

El presidente de VHS siguió señalándoles a importantes marchantes y coleccionistas, hasta que irrumpió el gran Simon de Pury, que, a medida que cumplía años, y ya pasaba de los sesenta, se aproximaba a una extraña juventud en la que las arrugas y el cabello caído morían. Estaba radiante. Llevaba un discreto sombrero que lo hacía pasar bastante desapercibido. Su casa de subastas acababa de cerrar, después de años de esfuerzo en los que soñó con desafiar el duopolio de Sotheby's y Christie's, y su presencia allí parecía unas vacaciones merecidas.

Sus modales eran exquisitos y se acercó a saludar a César Riezu, que le presentó a sus acompañantes. Después, Simon ocupó un asiento en la segunda fila y se abanicó con unos folletos que tenía en la mano. Estaba acompañado por una bellísima mujer, apenas treinta años más joven, y que por tanto no era su esposa, que además había fallecido hacía cuatro meses. El arte era buenísimo para dejar atrás las tristezas, pensó Riezu, que repasó el catálogo de la subasta intentando descifrar qué artista sería el que reclamaba la extraordinaria presencia de Pury. En ese instante, pegado a su oreja, sintió casi antes el aliento que la voz del ministro de Cultura, que empezó a contarle que Simon de Pury era uno de los personajes secundarios —«quizá uno de mis personajes secundarios más logrados», precisó— que poblaban su novela *El rincón esquinado*. Les contó que durante su período de formación, De

Pury permaneció año y medio en la Galería Kornfeld, en Berna. El propietario era un hombre absolutamente preciso y exigente en el trabajo. Elaboraba los mejores catálogos de Europa. Fue amigo íntimo de Picasso, Giacometti y Chagall, entre otros. Las labores asignadas al joven De Pury se limitaron al principio a pequeños recados y, solo después, a actuar de rastreador.

—En cierta ocasión le pidió a Simon que preparase un *passe-partout* para un dibujo surrealista de Max Ernst. Era una obra de extraordinario valor. Ayudándose de un cúter muy afilado, lo confeccionó en unos pocos minutos. Era un trabajo sencillo, aunque de precisión, y también aburridísimo si no fuese porque debajo del cartón del que obtuvo el *passe-partout* estaba el dibujo surrealista de Ernst. Menudo desastre. Acababa de cortar una obra maestra en cuatro grandes trozos. Simon no sabía cómo decírselo a su jefe. Iba a despedirlo, eso seguro, y ahí se acabaría su carrera en el mundo del arte, casi antes de empezar. Pero el dueño de la galería ni se inmutó y, al escuchar la noticia, se limitó a decir que conocía al mejor restaurador del mundo. El Ernst quedó como nuevo. Nadie era capaz de advertir el daño causado y la obra se vendió a muy buen precio, sin que su comprador sospechase que Simon la había destrozado con un cúter.

Puntualmente, pues estaban en Sotheby's, a las once de la mañana empezó la subasta. Las primeras obras se adjudicaron por poco más de dos millones de libras. Cuando llegó la hora de los grandes nombres, como Jenny Saville o Keith Haring, la puja subió hasta los siete millones y medio.

Riezu seguía la acción con una tranquilidad nada hostil, pura y dura, sin gestos. Cuando el subastador dio paso a la puja por la obra de Eric Fischl, simplemente se enderezó en la silla y estiró el cuello, recordando a una oca. El cuadro entró en la sala. Se titulaba *Independence Day* y en él aparecían una mujer y un hombre desnudos, tendidos sobre la cama de una habitación de hotel, mirando aburridamente a algo que estaba fuera del cuadro y que podría ser una televisión. Había una gran distancia emocional entre el hombre y la mujer. Aunque estaban juntos, los alejaba un muro, o al menos una sordera. Era posible que solo un rato antes hubiesen hecho el amor. Más allá de las ventanas se veían varios rascacielos con las luces encendidas. Era un cuadro muy narrativo.

—Es maravilloso —susurró el ministro con gran economía verbal.

El subastador abrió el fuego. Desde los teléfonos empezaron a llegar las

ofertas. El cuadro se fue elevando hasta parecer solo una hoja a merced de las ráfagas del viento. La secretaria de Estado observaba de reojo a Riezu, que había cruzado los brazos sobre el pecho, ajeno a aquel espectáculo, demasiado vibrante como para interesar a alguien que sabía valorar la letanía. Podía concluirse que aquel Fischl no iba con él, que no se había subido a su avión privado y volado hasta Londres para gastarse su preciado dinero en una pintura posmoderna. El ministro miró a la secretaria de Estado. Intercambiaron extrañezas. Les parecía que la emoción no estaba en el cuadro, en la puja en sí, sino más bien en la actuación de Riezu. ¿Por qué no pujaba? A veces se ajustaba las gafas sobre la nariz, o se tiraba de los puños de la camisa para que se viesan bajo los de la chaqueta, pero en vano, pues el traje le quedaba un poco grande. Era su estilo.

Independence Day alcanzó los tres millones y medio de libras, y no había acabado la subasta. Un par de filas más adelante, Simon de Pury miraba el cuadro de Fischl con enorme profundidad. Desde donde se encontraba, el ministro de Cultura solo podía verlo de espaldas. Era una perspectiva pobre, demasiado parcial, pero a la vez era una constante en la vida. Pensó que en realidad no nos pasarían muchas cosas de las que nos pasan si estas no transcurriesen de espaldas a nosotros. A menudo solo podemos aspirar a seguir los hechos acorralados en una esquina desde la que tenemos malas vistas. Mirando a Simon de Pury, y viendo solo su nuca y sus hombros, se afianzó en la idea de que las personas importantes en una escena pueden también ser las que están de espaldas o acorraladas en una esquina, solas, incomunicadas incluso.

El mazo del subastador golpeó al fin la tarima. El Fischl tenía dueño. A través del teléfono alguien acababa de establecer su valor en cuatro millones doscientas mil libras. Hubo un gran aplauso y a continuación hormigueo entre las sillas. Riezu fue uno de los primeros en levantarse, claramente satisfecho. Daniel Bosch, que se incorporó por contagio, no comprendía el porqué de la satisfacción. Acababa de perder su Fischl. Había permitido que otro se lo llevase. Quizá nadie estaba libre de una desafección repentina.

—Hora de irse —decretó César Riezu—; a menos que tengáis dos o tres millones de euros que queráis invertir en la siguiente subasta.

Había más pinturas para subastar, entre ellas piezas de Charles Ray, Schnabel, Lockhart o Baselitz.

El ministro todavía se encontraba bajo el efecto de la puja por Fischl.

Había sido bella y desconcertante.

Ya en la calle, donde la lluvia había desaparecido para dejar que el sol impusiese su tamaño, el ministro se rindió a su desorientación.

—Pensaba que querías hacerte con ese Fischl a toda costa.

—No tenía otra cosa en mente. Para eso he venido hoy a Londres, quería verlo en directo y a la vez con tranquilidad. —Riezu miraba a un lado y a otro, en busca de la furgoneta.

El desconcierto del ministro se acentuó.

—¿Quién crees que es el anónimo comprador que ha desembolsado cuatro millones doscientas mil libras?

—¿Tú? —reaccionó indeciso Bosch.

Riezu sonrió con un placer que se desplazaba hacia los confines y asintió con una mano en el bolsillo. La pregunta merecía un gesto asertivo, crujiente.

Ya en el vehículo, cuando el presidente de VHS conectó el móvil, se encontró con numerosas llamadas perdidas. Le extrañó. El fichaje estrella de la próxima temporada había entrado en una fase delicada, sutilísima, en la que podía cerrarse y casi con las mismas probabilidades frustrarse. Se puso algo nervioso. Marcó el número del director general del club, pero comunicaba. Llamó tres veces. A la cuarta, Riezu se quedó sin cobertura. Tampoco tardaría demasiado en quedarse sin batería.

—¿Va todo bien? —Al ministro le llamó la atención la perseverancia algo torpe con la que Riezu manipulaba su teléfono.

—No lo sé.

Apenas recuperó la cobertura, intentó conectar de nuevo con el director general.

—¿Qué está pasando? —preguntó en cuanto escuchó la voz de su lugarteniente.

—¿Puedes hablar?

—Más o menos.

El presidente del Madrid tenía el teléfono en su oreja izquierda y a ese lado al ministro de Cultura. Lo cambió a la derecha e inclinó el cuerpo hacia la ventanilla.

—Supongo que no has hablado aún con nadie de esto.

—¿De esto de qué?

—*Paris Magazine* publica en su página web una foto en la que apareces agarrado de la mano de una conocida modelo —se esforzaba en no dar su

nombre—, mientras paseáis junto a la Torre Eiffel.

—Me cago en Dios —dijo y miró de reojo al ministro, que hacía esfuerzos para sentirse ajeno a lo que se hablaba entro de la furgoneta.

—Lo peor es que algunos medios españoles han empezado a hacerse eco y también publican la foto.

Riezu se quedó pensativo.

—No sé qué puedo hacer —dijo el director general.

—Llama a Ron, de VHS. Yo me estoy quedando sin batería. Dile que prepare la reacción. En cuanto llegue al avión, me pongo en contacto con él.

Colgó. A los pocos segundos entró una llamada de su mujer.

—Ahora no —pensó en voz alta.

Le quitó el sonido y guardó el teléfono en la chaqueta, donde siguió vibrando. Tenía que pensar, se dijo. Y rápido. Supuso que a estas alturas su mujer ya estaría al tanto de todo. Algunas noticias volaban. Se sobrecogió cuando se reanudó la vibración. Sacó el teléfono del bolsillo. Era ella de nuevo. En ese instante, el teléfono se quedó sin batería. Experimentó un momentáneo alivio. Llegaron al aeropuerto a las dos de la tarde. En el avión pudo recargar el teléfono. Entonces descubrió que había un mensaje en el contestador. «Eres un miserable. Me has humillado ante el mundo entero. Aquí se ha acabado todo. Pero no te va a salir gratis. Me voy a la casa de Menorca. No quiero volver a verte. No me llames. No me mandes mensajes. Prepárate para soltar la pasta». Era la inconfundible voz de su mujer.

CUARENTA Y CINCO

García-Frost tomó a Alvarellos del brazo y lo acercó para susurrarle al oído que ya no se construían escaleras como las que estaban subiendo, en el palacio del consejo de Estado. Le pidió que se fijase bien.

—Son del siglo XVII —precisó y pisó los escalones con énfasis y respeto.

Alvarellos apretó los labios y asintió con un atisbo de pasión, haciendo que le importaban aquellas escaleras, y las escaleras en general, y que al pisarlas advertía perfectamente que eran de ese siglo.

—Da pena subirlas de lo bonitas que son —fingió aflicción.

Detrás de Alvarellos y García-Frost avanzaban los presidentes del Congreso y el Senado, los ministros de Justicia y Presidencia y el resto de consejeros y letrados de la vieja institución. Alvarellos pensó que el consejo de Estado era una casa verdaderamente singular, plagada de fantasmas. Seguía sin entender por qué García-Frost se había empeñado en presidirla. No era distinto a mandar en una caja de zapatos caros, que ni siquiera puedes poner porque son feos.

—Dicen que después de ascender todos estos peldaños, los consejeros nunca enferman y rara vez mueren —afirmó García-Frost.

—Estamos hablando de una bellísima tradición —se admiró Alvarellos—. Si algún día dejo de presidir el Gobierno, creo que debería presidir el consejo.

García-Frost fingió no escuchar, pero pensó que si algún día ella dejaba de presidir el consejo de Estado, debería presidir el Gobierno.

—Al fondo está la capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo.

—¿Es ahí donde se casó la nieta de Garzón?

—Sí, ahí. —García-Frost se cubrió los ojos con una mano, con un alto sentido de la actuación—. Metió a ciento cincuenta invitados que al acabar la ceremonia religiosa se subieron a tres autobuses aparcados a las puertas del edificio y se fueron a cenar al Casino. Yo estoy a favor de las tradiciones,

pero creo que el derecho a usar la capilla para casar a tu nieta no debería ejercerse. En especial si eres el presidente.

—Anacronismos del consejo de Estado.

—Fíjate en los letrados —le sugirió García-Frost, volviéndose lentamente hacia atrás—. No están obligados ni a cumplir un horario ni a acudir al despacho. Algunos vienen porque en su casa no tienen una biblioteca en la que trabajar y otros se presentan una vez a la semana porque tienen otro trabajo en la empresa privada. Son soberanos. ¿Sabías que si mañana elaboran un dictamen que los consejeros no aceptamos, no están obligados a repetirlo? Ayer me contaron un chiste muy apropiado. Un presidente del consejo recién nombrado llegó al despacho y le dijo a un funcionario: «Tenemos que conseguir que los letrados vengan también por las tardes». «Presidente —le respondió el funcionario—, antes tendremos que conseguir que vengan por las mañanas».

—Tal vez no debí hacerte presidenta, sino letrada.

García-Frost volvió a simular que no oía. No le gustaba cómo sonaba que él la había hecho presidenta. En realidad, él se había limitado a admitir una verdad que le venía impuesta, pensó.

—A la vuelta del verano vamos a daros mucho trabajo —le anunció Alvarellos, ahora atrayendo él a García-Frost—. Después de la Ley del Aborto, que tanto ha soliviantado a las feministas, vamos a remitir al consejo el proyecto de la Ley de Huelga. Ya es hora de coger ese toro por los cuernos, así que necesitaremos un dictamen favorable y rápido. Lo dejo en tus manos. Si la oposición la recurre, que es lo que pasará, el Constitucional hará el resto. Pero hasta entonces. —Le guiñó un ojo.

García-Frost bajó la mirada hacia los zapatos, mientras seguían caminando.

—Primero tendré que familiarizarme con la casa y sus poderes y contrapoderes.

—Hilda. —Alvarellos la detuvo, casi decepcionado, y le clavó los ojos. El aire se heló a su alrededor.

—Lo sé, lo sé.

—Contenta a quien tengas que contentar.

La comitiva, togada a excepción de los invitados, se acomodó poco a poco en el salón de plenos. En el centro, presidiendo la toma de posesión, Alvarellos, y a su derecha, la próxima presidenta. El jefe del Gobierno abrió su discurso de un modo pesado, antipoético, al que lo obligaba el protocolo,

para después enhebrar unas palabras de reconocimiento al consejo de Estado, con casi quinientos años de historia. A continuación llegó el turno de despedir a Vicario Garzón, agradeciendo sus servicios. No gastó más que un par de párrafos, antes de dar la bienvenida a la nueva presidenta. Al oír su nombre, García-Frost restauró su atención, que a los pocos segundos, cuando Alvarellos volvió a ponerse teórico, ella distrajo de nuevo. Pensó que vivía en un país maravilloso, que a veces permitía a sus políticos ir de altas responsabilidades institucionales en altas responsabilidades institucionales, sin decaer nunca, ni en pesadillas. España era un país pensado para mantenerse. Una vez arriba existía una especie de gravedad cero que impedía encajar malísimas noticias. Los días estaban revestidos de una tranquilidad que de vez en cuando solo rompía eso que se llamaba «escándalo». En política se sucedían los escándalos, claro que sí. Cada día había uno, o varios. Ignorarlos formaba parte del proceso del escándalo en sí. El escándalo lo era muchas veces porque pese a él no ocurría nada, y eso provocaba otro escándalo, y así hasta el infinito, de un modo más o menos preocupante y divertido, pensó.

La voz de Alvarellos favorecía la distracción. García-Frost siguió meditando en asuntos lejanos. Para atender a algo a menudo había que distraerse. Pensó en el ayuntamiento y en que habría gente que la llamaría alcaldesa siempre, quizá cuando ya estuviese muerta. Ella misma se pensaría todavía durante mucho tiempo como la alcaldesa de Madrid. El modo en que hablaba de sí misma en tercera persona, diciendo «la alcaldesa esto», «la alcaldesa aquello», constituía un automatismo que no se extraía del lenguaje fácilmente, aflojando un tornillo sin más. Pensó en lo que echaría y no de menos, y le vinieron a la cabeza el presupuesto, las cifras largas, de muchos números, las que hacían que su teléfono no dejase de sonar, y que todo el mundo quisiera comer con ella, cenar con ella, saludarla por la calle, decirle que tenía una gran idea, o una hija sin empleo, o un familiar enfermo.

Espió con discreción las hojas del discurso de Alvarellos. El montón la descorazonó. Calculó que había al menos para quince o veinte minutos. Sufrió un calor creciente. Advirtió cómo al resto de consejeros les brillaba la frente, o resoplaban, o se abanicaban con unos papeles, o se subían las mangas de la toga. Alvarellos, en cambio, se mostraba ajeno al calor. Era de piedra, carecía de nervios, quizá de sentimientos. García-Frost se acordó de cuando en broma decía que España nunca sería un país puntero porque hacía

demasiado calor. El calor era enemigo del progreso. Nos podríamos acercar a los países del norte, decía, si refrigerásemos el país con grandes ventiladores.

Los aplausos rompieron el aburrimiento. García-Frost tomó la palabra sin folios en los que apoyarse. Se dirigió al consejo con una mezcla de entusiasmo y desgana, con seriedad y regocijo, y sin escucharse a sí misma. A veces hacía las cosas tan rutinariamente que no sabía qué había hecho en realidad hasta que leía la prensa al día siguiente. El tiempo adquirió una inusitada fluidez; se desatascó. Y otra tersura. Locuaz y suave, hizo un recorrido rápido por su vida pública, para acabar diciendo que hoy empezaba todo. Habló de dedicación, sacrificio, diálogo, historia. Habló de generosidad, experiencia, rigor, modernidad. Habló de reformas, tradición, familia, Dios. Y al final habló de la vida política como único sentido de la vida.

—Será bonito morir con las botas puestas, aunque no necesariamente aquí. Y desde luego no hoy —finalizó.

Alvarellos fue el primero en felicitarla y preguntarle si podía saberse qué sitio era ese en el que pretendía morir con las botas puestas, aunque no esperó recibir una respuesta y se fundieron a negro en un abrazo y a oscuras se dieron dos besos. Al fondo, rugieron las cámaras de los fotógrafos, que captaron a una García-Frost más alta que Alvarellos.

El protocolo se deshizo lentamente, como esos cielos que cambian rápidamente de aspecto. El caos se apoderó del salón. Se formaron colas para dar la enhorabuena a la presidenta y desearle suerte y magnanimidad. Alguien anunció que en el patio se serviría un aperitivo y los asistentes se fueron desangrando por los pasillos. Alvarellos y García-Frost volvieron a recorrer de la mano las magníficas escaleras, ahora en camino descendente.

—Bueno, ya tienes lo que querías —dijo Alvarellos.

En un gesto de cercanía, ella posó una mano en su hombro. Se detuvieron en uno de los rellanos. García-Frost sonrió a una temperatura más o menos fría, que adquirió poco a poco calidez.

—Todos logramos algo. Yo aquí voy a estar muy bien, lo admito, pero reconocerás que he dejado a tus pies la alcaldía más importante de este país. Ahora tienes una gran responsabilidad: hacer que tu hombre esté a la altura. Aquí, yo voy a ser tu reina encerrada en una torre de marfil. ¿Qué más puedes pedir? —bromeó.

Retomaron el descenso. Alvarellos permaneció varios escalones en silencio.

—Nunca entenderé por qué pediste este puesto. Sinceramente, creo que podías seguir siendo alcaldesa de Madrid muchos años más. Miro a nuestro alrededor —estiró un brazo y trazó un semicírculo— y solo veo momias. Podrías acabar convertida en una de ellas, te lo advierto.

—Las momias resisten el paso del tiempo mejor que los vivos. —Se frenó de nuevo en mitad de las escaleras. No había apartado la mano del hombro de Alvarellos. Lo apretó—. Con esto quiero recordarte que son muchos los que creen que perderemos las próximas elecciones.

El Defensor del Pueblo los esperaba al final de las escaleras haciendo gestos para que bajasen pronto.

La frase de García-Frost se mantuvo sin réplica. Solo cuando llegaron a los jardines, el presidente del Gobierno se sinceró, ahora rodeado por dos de sus ministros.

—Conozco bastante bien este país, llevo muchos años presidiéndolo. Algunos días parece que se va a pique, cuando ciertos periódicos y radios airean sin parar supuestos escándalos, dando a entender que mi gobierno o el Partido Conservador los ampara. Escándalos —enfaticó levantando ambos dedos índices hacia el cielo— a los que todavía ningún juez ni ningún fiscal de este país, y espero que siga siendo así, ha dado credibilidad suficiente.

García-Frost dejó escapar un gesto escéptico, no grave, al que Alvarellos respondió con una sonrisa dura y seca por fuera, y seca y dura por dentro.

—Hemos hecho un magnífico trabajo en todos estos años para regenerar nuestra Justicia. Tú lo sabes. A veces es inevitable encontrarse con un juez ansioso por destacar y llegar lejos. Pero ahora hay magistrados muy válidos en puestos importantes. Llegado el caso, sabrán mantener la sensatez. Este es un país serio, en el que se pueden hacer todo tipo de negocios. Porque eso es lo que al fin se puede hacer en España, buenos negocios. ¿Corrupción? Ningún país está libre. Pero lo importante es hacer negocios.

Todos los que lo escucharon se llevaron sus copas a los labios. Era la coartada perfecta para no hablar y quizá sin querer contradecir al presidente. Por primera vez de un modo directo, y casi helado, García-Frost experimentó la sensación de que Alvarellos se creía definitivamente Alvarellos. Nunca bajaba la guardia, ni ante los suyos, ya siempre hablaba como si continuamente se dirigiese a millones de personas a través de la televisión, vivía en un permanente estado de discurso. Tal vez fuese cierto que en la Moncloa las personas se volvían su personaje. Constató de ese modo brutal

que un día se descubre que el fuego quema, lo que se rumoreaba desde hacía tiempo: que nadie decía a Alvarellos lo que pensaba, sino aquello de lo que el presidente ya estaba convencido. Al menos en una cosa se sintió muy distinta a él. Ambos amaban el poder, y su ejercicio total e íntimo, pero al menos García-Frost había sido capaz de adelantarse al futuro y evitar la hora en que ese poder se resquebrajara. Cuando llegase, ella estaría a salvo. Quizá fuese la única superviviente, lo que le abriría la puerta a un regreso triunfal.

—Y si alguno de vosotros pretende hablarme de encuestas —dijo intentando adivinar los pensamientos de la compañía—, en fin, lo creo innecesario. Somos un país envidiado. La gente vive razonablemente bien, tiene trabajo, dinero, una hipoteca, ha cambiado de coche, la educación de sus hijos es gratuita, cuando está enferma va al médico, que la atiende sin cobrarle más que un copago simbólico. Las encuestas no dicen nada de eso, y, sin embargo, ¿crees que los ciudadanos, por los que mi gobierno se ha desvivido, van a dar la espalda a quienes los sacaron del paro, de su pisito de alquiler o de su viejo coche? Las encuestas... os diré algo que no sabéis: volveré a ganar. —Miró al suelo para descansar de la incandescencia de las últimas frases. Allí descubrió un cordón del zapato desatado. Hincó una rodilla en el césped y se ató muy despacio, como si afinase una guitarra, hasta construir un nudo inviolable, sin resquicios. García-Frost lo observó mientras permanecía agachado. Una mata de pelos cubría su cuello. Compadeció toda aquella fe en sí mismo, que constituía una deriva del propio ser humano, que creía guiarse por las estrellas hacia la certidumbre y el éxito.

La llegada de un camarero distendió el ambiente. Hilda titubeó. Había acabado su vino blanco. Arrastrada por la inercia del resto, renovó la copa.

—Creo que la voy a beber con mucha precaución —se dijo más a sí misma que al resto—. Esta noche es la fiesta de la embajada americana. Es la mejor del año. ¿Vais a ir?

—Yo estaré en Bruselas —contestó Alvarellos, con el tono de quien no lamenta perderse una ocasión para pasárselo bien y sospechar que por momentos la vida es maravillosa.

—Yo no me perdería la fiesta del 4 de julio ni que al día siguiente fuese mi boda. —Y dio un pequeño trago a su copa para demostrar que su religión lo permitía todo siempre que fuese sucesivamente.

El ministro de Justicia iba a decir algo cuando el presidente de la Real Academia de la Lengua, y miembro electivo del consejo de Estado, reclamó

la atención de García-Frost para felicitarla. Le impuso dos besos exagerados. La exageración hacía creer que eran besos especiales. Y después le reprochó el uso de la expresión «sacarse de encima», que había empleado en su discurso.

—Lo correcto sería «quitarse de encima».

Hilda lo miró con desafecto, dispuesta a creer que de repente no conocía a aquel señor que sujetaba un vaso de agua con limón. Aborrecía a la gente que hacía continuamente su trabajo y que beber agua con limón no redimía.

—En ese caso, quítate de mi vista —dijo con una paralizante sonrisa García-Frost, que debía seguir recibiendo felicitaciones.

La mañana ganó velocidad y enseguida dejó de serlo. Cuando García-Frost quiso tomar distancia de lo importante que era ese día para ella, pues acababa una época y comenzaba otra, ya estaba de camino a la Embajada de Estados Unidos con su marido. León Higgins-Mora, uno de esos americanos a los que su pasaporte hacía llorar, y exmiembro de la Agencia de Inteligencia, era un entusiasta de la fiesta del 4 de julio, aunque solo fuese por razones alcohólicas. Ese había sido el patriotismo que le había transmitido su padre, que se trasladó a Europa durante la Segunda Guerra Mundial y no regresó. En el viejo continente hizo boyantes negocios y fundó una familia nueva. El abuelo de Higgins-Mora se había suicidado en 1929 ejerciendo de americano modélico y persuadido de que no existía nada fuera de Estados Unidos. Se había arruinado. Era uno de los pocos ricos que podían presumir de haberse quitado la vida tras el crack.

León Higgins-Mora amaba los cócteles. Le agradaba decir que constituían la contribución más importante y amable de su país a la humanidad, por encima de la bomba atómica o algunos novelistas. Esa noche en la embajada americana los servirían de todas clases. Cuantos embajadores estadounidenses había conocido, habían asumido siempre el sano criterio de contratar para esa noche a los mejores especialistas en cócteles de Madrid. Higgins-Mora creía sinceramente que el cóctel era un arte. Se había reafirmado en esa idea durante sus años de espía y empresario. En un acto de amor, defendía que no se dejasen nunca en manos de aficionados o idiotas, algo común en España, que consideraba el país más maravilloso de la Tierra y más lleno de imbéciles. Un cóctel ponía en juego el prestigio de un país como Estados Unidos. Porque, al contrario que el resto de grandes naciones, que se habían dotado de un gran licor que definía parte de su identidad,

Estados Unidos carecía de él. Francia tenía el vino; Irlanda y Escocia, el whisky; Alemania, la cerveza; México, el tequila; los Países Bajos, el jenever; Inglaterra, la ginebra.

—Nosotros tenemos los cócteles, que son el equivalente a tener todos los licores —le gustaba decir.

Los jardines de la embajada jugaban a suponer. En el escenario un cantante de hip hop dio forma al sonido, incluso al aire, y cuando consiguió animar a los invitados, se retiró a tomarse un respiro. Entre tanto, no fue difícil para García-Frost y su marido encontrar al embajador, John Rowlandson. La exalcaldesa decía que él y León simbolizaban almas gemelas. Rowlandson vestía un esmoquin blanco y fumaba un enorme puro cubano, que sujetaba con aparatosidad entre los dedos, en los que parecía convertirse por momentos en un pesado martillo. En su segundo año al frente de la embajada, su gestión diplomática era también un continuo derroche de estilo. Al contrario que su antecesor, que durante sus seis años de ejercicio diplomático se caracterizó por ser altamente aburrido y tosco, además de abstemio, aunque tal vez útil a su país, Rowlandson se dejaba ver en cuantos eventos podía pasárselo bien. Sin llegar a ser alcohólico, era aficionado a la bebida, y, al mismo tiempo, en otro plano, un teórico destacado. Su trago favorito era el dry martini. Le gustaba citar al periodista H. L. Mencken, que decía que era «el único invento americano tan perfecto como el soneto». Siempre que tenía ocasión recordaba que John D. Rockefeller lo bebió con alegría y murió a los noventa y ocho años. «¿Casualidad? Ja». El embajador lo preparaba igual que el magnate del petróleo, con la misma cantidad de ginebra que de vermú seco, lo que según los puristas era una locura, además de una ordinariez.

Podía estar horas hablando de la historia de la bebida y compaginarla con su consumo, sin cansar a nadie y sin emborracharse.

Rowlandson apretó enfáticamente a García-Frost contra su pecho, jugando a las multiplicaciones. Después se separaron, acercaron sus copas y deshicieron las exageraciones.

—Me habría encantado acudir a tu nombramiento esta mañana, pero para ser sincero no me invitaste. Aunque si me hubieses invitado, para ser más sincero todavía, no habría podido ir. Ya ves qué lío tenemos. En estos eventos mi país se juega todo su prestigio. O el que le queda.

—De haberte invitado estaría obligada a hacer otro tanto con un montón de embajadores por los que no siento aprecio.

—Me alegro infinitamente de que hayas renunciado a la alcaldía. Morir de éxito es una vulgaridad. Me encanta cuando la gente admirada se va por sorpresa, en mitad de la partida.

—Me alegra que lo veas así.

—De paso tal vez te libres de una buena. Con el debido respeto —dio una larguísima chupada a su puro y después lo miró de tú a tú, retándolo a un diálogo sin concesiones, descarnado—, en tu partido se está formando una tormenta perfecta.

García-Frost miró al cielo de Madrid, haciendo que no escuchaba, pero de acuerdo en todo.

—Ha quedado buena noche.

—Se habla de dossieres, filtraciones, grabaciones... Algunas conciernen al Centro Nacional de Inteligencia. Mal asunto.

—Elucubraciones de embajador —dijo García-Frost con alegría y posó una mano sobre su hombro—. Necesito otro cóctel. —Cuando se volvió para localizar al camarero, empezó a distinguir caras conocidas.

Higgins-Mora se había alejado de un modo discreto, hasta recalar junto a una pareja de conocidos actores, en boga después de haberse enamorado durante un rodaje. Los dos triunfaban en Estados Unidos. Negaban que fuesen pareja, pero mostraban tan buena sintonía entre sí que era agradable pensar que se podían acostar juntos. Tanto desmintieron la noticia que la gente a la que no le importaba qué hiciesen con su vida empezó a pensar que algo había. Higgins-Mora, que los conocía desde que no tenían nada que ver entre sí, no supo resistirse.

—¿Todavía no sois novios?

Se echaron a reír al mismo tiempo, nerviosamente. Las sonrisas estallaron de un modo natural primero y después se volvieron poco a poco falsas. A veces uno era tan inocente que creía imposible que los demás lo tomasen por tan inocente y automáticamente se ponía nervioso, hasta hacer creer si no sería un poco culpable.

—Tengo que decir que estoy felizmente casado —afirmó el actor tan absolutamente en serio que le delató su broma sobre la felicidad de su matrimonio, a esas alturas ya roto.

La actriz intentaba encender un cigarrillo sin soltar su copa, medio vacía.

—Un novio, qué pereza —se quejó, retirando el cigarro de los labios y expulsando una bellísima bocanada de humo en la que cabía una biografía—.

Aquí fuera se puede fumar, ¿verdad?

Higgins-Mora buscó a su alrededor a más fumadores. Miró a la actriz y se encogió de hombros.

—Esto es América —concluyó.

Ella pareció conformarse con eso e hizo chispa con su mechero, que tenía preparado.

—Aún no he conocido a un novio que sea capaz de ocuparse de mí como me gustaría. Dani —señaló al actor con la punta del cigarro encendido— bastante hace que se cuida a sí mismo, y tampoco demasiado bien. Me temo que soy demasiado complicada —dijo en plena actuación, encaminada a parecer una actuación total.

García-Frost se les unió en ese momento. Llegó a tiempo de escuchar que la actriz era demasiado complicada. Se conformó con saludarlos lanzando algunos besos con la mano. En ese momento acababa de reparar en la presencia de Riezu a muy pocos metros y se dirigió hacia el grupo en el que se encontraba. Lo identificó pese a estar de espaldas. Su aura, la manera en la que se cruzaba de brazos, con una pierna tiesa y otra un poco flexionada, y sobre todo sus hombros caídos, que soportaban un peso imaginario, bastante atroz, lo volvían inconfundible. Por no hablar de sus manos, que parecían pesar toneladas. Como ya ocurría a menudo en el palco, lo escoltaban el presidente de la Audiencia Nacional y la jueza decana de Madrid. Viéndolos, García-Frost pensó que formaban la clase de compañía capaz de sacarlo a uno de problemas serios.

García-Frost y Riezu coincidían por primera vez desde que algunos medios habían aireado el romance del presidente de VHS con una conocida modelo. Las fotografías se habían comentado en todos los despachos de la ciudad y en muchos salones de casa. Pese a que la buscó, la exalcaldesa no distinguió a la nueva pareja del Intocable, como ya se le conocía. Tosió para enfatizar su presencia.

Riezu y los magistrados se volvieron casi al mismo tiempo. Estos se adelantaron a lamentar que hubiese dejado la alcaldía y enseguida a felicitarla por sus nuevas responsabilidades.

—Ah, es verdad —dijo con moderado entusiasmo Riezu—. Algo he leído en la prensa todos estos días. No hay como irse de un sitio para que hablen bien de uno.

García-Frost sonrió sin despegar los labios.

—Sí, parece que hemos compartido protagonismo en los periódicos, por distintas razones —observó.

Riezu y García-Frost se quedaron mirando con una frialdad excavada, pura, en espera de un segundo acto. Pero no hubo ocasión. La escena murió ahí, pisoteada por otra más fuerte. Rowlandson acababa de subirse al escenario y, tras algunos desajustes en el sonido, saludaba a los invitados y hacía aspavientos con los brazos para adueñarse del protagonismo. En apenas dos minutos brindó un discurso salpicado de heroísmos, citas de presidentes y, al final, menciones a lo feliz que se sentía en España y a las cosas maravillosas que únicamente podían hacerse en este país.

—Si llego a viejo, cosa de la que no estoy seguro del todo —levantó su gran puro sobre la cabeza para demostrar que seguía caminos de perdición—, tengo la esperanza de jubilarme aquí.

García-Frost decidió que había oído suficientes discursos por hoy y se distrajo buscando un camarero.

—Sorpresa. —La asaltó un atildado Enrique Hulet.

—¿Ahora usas gomina para peinarte?

—Me favorece.

—¿De dónde has sacado esa idea grotesca?

Hablaban en voz baja, no para no molestar a Rowlandson mientras glosaba su relación con España, sino para no llamar la atención de Riezu, que se hacía el despistado para tardar en saludar a Hulet. Su rivalidad se trasladaba a esas pequeñas actitudes fuera de los negocios. Enfrentarse en las elecciones a la presidencia del Madrid había sido el aldabonazo definitivo que necesitaba su enemistad. Para evitar un embarazoso saludo, Hulet y García-Frost se dejaron arrastrar por unas olas imaginarias que los condujeron hasta sendos dry martinis, el modo que en ese instante eligió la vida para volverse sencilla.

—Tenemos tantas cosas de que hablar... —dijo con melancolía Hulet, confuso por no saber con qué tema empezar.

—No creo.

—Por ejemplo, Niza. ¿Sabías que va por ahí postulándose para suceder a Alvarellos? Ya me ha llegado el rumor.

—En política las cosas casi nunca llegan del todo y, cuando llegan, se van.

—Entonces podemos hablar de Sepúlveda.

—El insigne senador Sepúlveda. Me acuerdo de él, pero me gustaría no hacerlo.

—Menudo hijo de puta.

—¿Qué ha pasado?

—Me pediste que aceptara su asesoría porque los senadores no llegan fácilmente a fin de mes.

—No seas sarcástico; entre nosotros no hay necesidad.

—No sé cómo, pero alguien con acceso a los informes que nos facturaba se los ha filtrado a *Tiempo*, que ha tenido la deferencia de llamarme para que no pegue ojo en toda la noche.

—¿Alguien de tus empresas?

—Supongo que sí.

—¿Y qué ocurre con esos informes? ¿Son muy escandalosos?

—Los informes son una mierda. Tan mierda son, de hecho, que según *Tiempo* son plagios de internet. Sepúlveda descargaba artículos de páginas webs de institutos públicos y de universidades, algunas de Estados Unidos. Sabía que iba a cobrarlos sin que nadie los leyese, ¿para qué esforzarse?

—¿No hacíais ningún tipo de control sobre los informes?

—Aceptamos esos informes porque tú nos pediste que echásemos una mano.

—Ahora la culpa será mía.

—No digo eso.

—Ya somos demasiado viejos para saber que si yo te pido algo es porque antes te he dado algo tan o más valioso. La política funciona así. —Hizo una pausa—. ¿Algún otro tema del que quieras hablar?

—No me gustaría que un juez acabase metiendo las narices en este asunto —dijo Hulet sin abandonar del todo el tema anterior.

—Sepúlveda está aforado y a ti nadie va a molestarte. —García-Frost espió las manos de Hulet, que sostenían una copa vacía—. ¿No bebes? Dicen que a los tres dry martinis todos los problemas desaparecen.

CUARENTA Y SEIS

El pitido de la nevera, que se disparaba cuando alguien dejaba la puerta abierta, salió de la cocina, avanzó por el pasillo despacio, reptando, y al fin se inmiscuyó en la habitación en la que dormían Morelli, Laura y el bebé. Solo se despertó él. Su sueño se resquebrajaba como una media al menor sonido, también el inaudible. Consultó la hora en el teléfono con la esperanza de haber dormido al menos cinco horas seguidas, pero solo eran las seis y media de la mañana. Había dormido tres. Cuando se apagó la luz del teléfono, los ojos bajo los párpados se le llenaron de chispas blancas. Al dirigir la vista a la puerta, por si se colaba algún tipo de claridad con noticias del mundo, constató que desde el otro lado, en el que se extendía un largo pasillo lleno de puertas cerradas, no entraba sino una oscuridad más bruta. En aquella casa, en la localidad de El Cuervo, donde vivían sus suegros, todo se cerraba a cal y canto. No existían los resquicios.

Morelli se escabulló del dormitorio descalzo, llevando en una mano el calzado y en la otra unos pantalones cortos. Apenas abrió la puerta, lo golpeó una oscuridad aún más lisa e inexplicable, que le dejó los ojos hirviendo, pero estaba acostumbrado tras dos semanas de vacaciones allí. No necesitaba tentar las paredes para avanzar. Algo bueno de aquella casa, ajena a los resquicios, era que estaban prohibidos los objetos olvidados con los que pudieses chocar en la oscuridad. Estimaba la falta de decoración.

Cerró la nevera sin hacer ruido, lánguidamente, y muy frustrado porque le hubiese gustado reventarla y despertar a todo el mundo del portazo. Al menos a su alrededor no había ya ruido alguno, y ya se advertía el aleteo del aburrimiento. Eso lo puso de buen humor. No había nada que hacer y todo el mundo dormía, incluida Elsa. En vacaciones, Morelli le pedía a la vida un poco de aburrimiento y una ausencia total de periódicos a su alrededor. En ese aspecto era en lo que más había madurado. Ya no añoraba la información

cuando dejaba el periódico por períodos más o menos prolongados. Le importaba un bledo qué se publicase. Ese bledo era en lo que consistía el aburrimiento feliz.

Ahora que tenía una hija, apreciaba mejor cómo la existencia resultaba más larga en las mañanas y tardes en las que no hacía nada y se aburría. No estaba en contra de la gente que se pasaba las vacaciones haciendo cosas interesantísimas, agobiada porque los días le parecían cortos, y leyendo cómo iba el mundo en su ausencia. En alguna época él perteneció a esa clase de personas. La respetaba, pero en el fondo se decía que era para matarla, por idiota. Agradecía, un mes al año, vivir sin saber qué iba a hacer esa tarde o qué estaban haciendo otros —gobernantes, empresarios, artistas, policías, actores, corruptos y quienes con su agenda llenaban los periódicos— en el resto del mundo según la prensa. Esa sensación de vacío, durante el que no sabía qué hacer, equivalía para Morelli a un oasis.

En El Cuervo resultaba más fácil sustraerse a las cosas. El sopor y el calor, que se volvía insoportable a partir de las doce de la mañana, ayudaban. Este año era distinto: estaba Elsa. Un bebé de dos meses repelía el tedio automáticamente. Como padres primerizos, vivían en un permanente estado de alerta. De ahí la añoranza del aburrimiento. En ese tiempo, desde que Elsa nació, su agotamiento era ya una manía casi sabia. Padre y madre se desplazaban como zombis por casa, o por la vida. Solo la luz solar los ayudaba a discernir el día de la noche, dos mundos que ahora habían dejado de comportarse como opuestos. Elsa anulaba las diferencias diametrales.

En busca de una rutina que lo expusiese a algunos automatismos agradables, repitió el plan de todos los días desde que habían llegado al pueblo: se preparó un zumo con naranjas calientes, pues siempre olvidaba meterlas en la nevera, y salió a caminar en pantalones cortos y sandalias para después acabar desayunando al pie de la carretera nacional.

Eran las siete y diez y ya hacía calor, pero se aguantaba. Se dirigió hacia el humedal de la laguna de Los Tollos. A esa hora se escuchaba cantar a los pájaros. Tomó después el camino a la ermita, donde en mayo se celebraba la romería de la Virgen del Rosario, a la que acudían más de quince mil personas cada año. Todo el pueblo menos él. Prefería los espacios religiosos cuando estaban vacíos. En la visión de la desolación era más fácil hallar restos de algo trascendente. Se entretuvo tirando piedras a la campana. La sensación al acertar lo acercaba a la infancia.

Continuó su camino, procurando no pensar. A decir verdad, no tenía que hacer grandes esfuerzos. Agradecía ese hueco que se formaba dentro de su cabeza, parecido a volar. Le producía ingravidez que todavía le restasen dos semanas de vacaciones. En toda su vida los veranos habían tenido un buen o un mal final, pero los principios siempre eran felices. No le importaron nunca demasiado cómo acababan. Los finales tristes perduraban y, cuando tiempo después se recordaban, adquirirían enseguida el sabor inconfundible de las cosas bellas.

Sin darse cuenta, dejó los senderos y regresó a la Nacional IV. Por alguna razón, de El Cuervo le gustaba aquella carretera llena de camiones que lo atravesaba. Causaba perplejidad que aquel pueblo hubiese renunciado a reclamar una circunvalación que lo librara del tráfico continuo, intoxicante, de motores, frenos, cláxones, sirenas, y de vez en cuando alguna colisión.

Dada la hora, y que era agosto, el tráfico aún se reducía a un murmullo, pero se rompería pronto. Siguió la ruta de siempre y recorrió la carretera hasta llegar al bar-restaurante El Canalla, donde desayunaba todos los días. Ocupó una mesa fuera, junto a la acera, con vistas privilegiadas al tráfico de la N-IV. Podían tocarse con las manos los gases que despedían los tubos de escape.

—¿Qué tenemos hoy? —preguntó Nico, haciendo el abanico con un periódico que había en su mesa, para asestar con aquella indiferencia sagaz un golpe mortal a la prensa.

El propietario del negocio se asomó a la puerta con los brazos en jarra. Se peinaba hacia atrás y lucía un moreno artificial, que tenía que ver con los camiones y no tanto con el sol.

—¿Qué quieres?

—Lo de siempre —especificó Morelli.

—Creo que no hay.

—Entonces ponme lo que quieras; tengo hambre.

—Te pondré lo de todos los días —ordenó el dueño. Después rindió los brazos, que se escurrieron como un líquido viscoso desde sus caderas, y regresó al interior.

Morelli dejó de abanicarse y estiró el periódico local sobre la mesa para una autopsia. A sus ojos ya estaba muerto, solo pretendía disfrutar con el cadáver. Casi sin darse cuenta, comenzó a pasar páginas con un ritmo que producía una música decadente, incapaz de presuponer aventuras. A los dos

minutos el dueño reapareció con una tostada enorme y una botella de aceite. Bajo la axila sujetaba *Tiempo*, que dejó también sobre la mesa.

—¿Para qué tienes periódicos nacionales? ¿Te los piden los clientes? —preguntó Nico—. Con la prensa de aquí, bastaría. Yo es lo único que leo de reojo en vacaciones. Siempre hay historias sorprendentes. ¿Leíste lo del accidente del coche fúnebre?

—Yo no leo —respondió con la convicción de quien asegura que no come carne o que no reza por las noches.

—¿Por qué? ¿Te hace daño? ¿Tienes cataratas?

—Me hace reír y no me gusta pasármelo demasiado bien. Mis clientes me aprecian por eso, porque me miran a la cara y parece que siempre estoy enfadado. Pero esa historia me interesa. ¿Y dices que salió en el periódico de ayer? Nadie comentó nada de un coche fúnebre. —Volvió a apoyar los brazos en las caderas y miró al tráfico. Después se sentó al lado de Morelli—. A ver.

—Un camión chocó contra un coche fúnebre que transportaba un cadáver, a la altura de Guadalcaçín. Con el impacto salieron despedidos el conductor y el féretro, que se abrió, y el cadáver quedó tendido en mitad de la carretera. Al llegar la ambulancia había muchísima confusión en el lugar del accidente. El conductor del coche fúnebre estaba muy grave, bueno, y el cadáver también, así que al parecer metieron a los dos en la ambulancia y salieron pitando hacia el hospital.

El dueño del bar hizo un gesto de satisfacción, no exento de desencanto.

—Somos un gran país —concluyó y desapareció echándose un trapo sobre el hombro, que sonó igual que un punto y aparte.

Nico se centró en la tostada. El dueño del bar pretendía ser tan huraño que no se daba cuenta —o se daba perfectamente— de que resultaba afable. Lo trataba desde hacía tres veranos, cuando visitó por primera vez El Cuervo.

La terraza, formada por tres mesas y sus correspondientes sillas rojas, de plástico, patrocinadas por Coca-Cola, se encontraba tan cerca de la carretera que cuando los vehículos pasaban sin respetar el límite de cincuenta kilómetros por hora, te despeinaban y peinaban sucesivamente. En los últimos meses Morelli se había estado dejando el pelo más largo de lo habitual y un tráiler de João Pires le lanzó los pelos contra la cara.

Al final decidió echar un vistazo a *Tiempo*, que había colocado debajo del diario local, para que se convirtiese en un fósil amarillo. Como tenía las manos sucias de sostener la tostada con aceite, dejó una horrible mancha que

lo sumió en un placer ventoso. El titular principal era un torpedo de los buenos contra Claudia Aibar: «La presidenta de Caja Nacional vende el Bank of Orlando por trescientos millones menos de lo que le costó». Morelli dedujo que algo se habría torcido entre Gervais y Aibar, o la caja en general. En según qué asuntos, y este le pareció uno de ellos, el director de *Tiempo* no informaba por informar. Eso sería propio de periodistas sin intereses, casi sin ambición, absolutamente profesionales. Gervais siempre le había parecido un hombre de negocios. Cada vez que pensaba en él, o lo tenía delante, se acordaba de una vieja viñeta de Chumy Chúmez, en la que uno de sus personajes decía: «Yo ya no creo ni en lo que no dicen los periódicos».

La curiosidad le pudo y abrió el periódico. En páginas de interior se informaba de los entresijos de la operación y de cómo la venta se había agravado con la depreciación del dólar, que en el año de la compra estaba sensiblemente más alto que ahora. Por si no bastase el dolor de las pérdidas, el periódico hacía mención a un informe del Fondo Monetario Internacional que incidía en «las interferencias políticas» y «la falta de controles internos», así como en los riesgos de un «crecimiento agresivo», comercializando productos de alto riesgo dirigidos a clientes que huían precisamente de los peligros.

«Este país es una calamidad, se dijo, negando con la cabeza», en tanto calamidad, era una de las mejores.

Abandonó la sección de economía y cayó en las páginas de deportes. Para su alborozo, reparó en una fotografía en la que el presidente del Madrid condecoraba a los socios del club con cincuenta años de carné. En primera fila distinguió a Horacio Varela, trajeado, con la barbilla alta. Experimentó una mejoría instantánea en su humor.

—¿Qué pasa con ese café y esa magdalena? —preguntó, dirigiendo la voz hacia la puerta. Solo le llegó el sonido de la televisión.

Enseguida salió el dueño con el café y las magdalenas Martínez.

—Ya era hora.

—La restauración tiene unos trámites. Incluso la vida tiene unos trámites. Todo tiene unos trámites.

—¿Ahora eres filósofo? Yo no soporto los trámites.

—Qué sabrás tú de trámites. —Volvió a sentarse a su lado por mero trámite y acercó mucho la silla—. Hace unos días me tomé la mañana libre para resolver algunos asuntos y coincidí con un amigo. Venía de Hacienda,

de trazar una cruz en un papel. En la primera ventanilla le dijeron que patatín y patatán, y que pasase a otra ventanilla. Ahí le dijeron que blablablá, y que comprase el formulario 037, para lo cual pasó a una tercera ventanilla. Blablablá otra vez, más un euro y veinte céntimos. Y regresó a la segunda ventanilla. «¿Por qué no buscaste una ventana de verdad y saltaste?», le pregunté. Porque después, me dijo, aún tenía que ir a la Seguridad Social a seguir asomándose a más ventanillas y cumplimentar más diligencias. Entremedias nos tomamos unas cervezas y lo pasamos bien durante media hora; después seguimos con los odiosos trámites.

—Este café está hirviendo. Lo has hecho a propósito. Me gusta templado. Entre los trámites que más odio está esperar a que el café caliente se enfríe.

—Mañana me esforzaré para hacerlo peor —prometió y volvió a desaparecer.

Morelli dudó si no habría alguien en el bar. No se lo parecía. El caso es que, pese a todo, el dueño parecía ocupadísimo.

—La cuenta —solicitó con la misma estrategia de antes, al pedir por segunda vez el café.

Esta vez el dueño salió sin diligencia. Habló del calor que otra vez volvería a hacer hoy.

Morelli metió la mano en el bolsillo y dejó un billete de cinco euros sobre la mesa. Lo que sobrase, para el bote.

—¿Nunca ha matado un coche a uno de tus clientes, al salir despistado del bar?

—¿Borracho, quieres decir?

—Sí, o no. Borracho o no borracho.

—Nunca. Solo atropellos leves.

—Pues tienes suerte. Este bar es un sitio perfecto para morir —aseguró y se empezó a alejar.

Con el café terminado, experimentó el desesperado deseo de fumar, pero ya no fumaba. Lo había dejado dos días después del nacimiento de su hija. Pensó que esta vez podría ser la renuncia definitiva. Había fracasado tantas veces. De vez en cuando tenía alucinaciones y creía que estaba perdiendo la chaveta. Lo tomaba por un estímulo.

Regresó a casa siguiendo la N-IV, con la añoranza del tabaco ya muy castigada por el calor y los gases del tráfico. Entrar en casa, que también era un horno, aunque menos, le produjo un alivio instantáneo. El bebé dormía

milagrosamente, y Laura y su suegro estaban en la cocina. La oscuridad había sido derrocada. No hacían nada en particular, pero eso era ya un oasis de placer.

—Han dejado esto para ti. —Laura le entregó un sobre almohadillado de color ocre.

—¿Quién?

—Un mensajero.

Le pareció rarísimo. ¿Quién podía saber que pasaba las vacaciones en El Cuervo, además de algunos amigos, que jamás le enviarían nada? Lo tomó y se dirigió al salón, intrigado. Lo abrió y dentro descubrió otro sobre, que rasgó con prisas por zanjar la intriga. Extrajo una nota escrita a mano. «Estimado Morelli. Soy Carlos Azúa. Nos conocimos el día que nació tu hija, en el hospital. Te preguntarás cómo sé que estás de vacaciones en El Cuervo. Prerrogativas de un antiguo espía. Me gustaría encontrarme contigo a la vuelta de tus vacaciones. Tengo información que creo que podría interesarte. Recuerdo que te di mi tarjeta. Hasta pronto». Aquella nota escrita a mano le pareció un gesto de antigüedad, no desprovisto de encanto. Le recordó a las que él alguna vez escribió durante la adolescencia a algunas amigas de Italia.

Devolvió la nota al sobre, que guardó en el interior del libro que estaba leyendo esos días. Se dirigió a la habitación vacía, donde había instalado su máquina de escribir. Hacía dos años que no tocaba la novela, que había empezado y acabado varias veces, y que al comienzo de las vacaciones había decidido reanudar. Solo se trató de un espejismo. En casi dos semanas se había limitado a mirar la máquina de pie, pues realmente era hermosa. En un rincón de su cabeza, deseaba regresar a Madrid para contactar con Carlos Azúa. Mentiría si no admitiese la curiosidad.

CUARENTA Y SIETE

El yate comenzó a moverse y poco a poco se fue alejando de Portals. Eran las once de la mañana. En lo más alto, Pep Batlles i Pla se había situado al timón. Llevaba puesta una de esas gorras de marinero que servían para pasar perfectamente desapercibido en un puerto como el de Mallorca, salvo porque a su yate —adivinaba— enfocaban varios paparazzis en aquel momento. A su lado iba su capitán. No tardó en incorporarse al puente de mando su novia. Traía las manos extendidas y los dedos muy separados. Avanzaba intentando no tocar cosas, pues acababa de hacerse la manicura.

El veterano banquero le ofreció los labios para besarla cuando una ráfaga de viento casi le arrebatara la gorra. La sujetó *in extremis*. En la vida de todo hombre, rico o pobre, había a menudo un objeto con un valor secreto, íntimo, con una larga e intensa historia detrás, que atravesaba casi siempre a la familia. Aquella gorra, a simple vista una gorra común, desgastada por el sol, y el sudor, y su limpieza, resultó ser uno de esos emblemas sin relevancia por fuera, llenos de significado por dentro. Batlles i Pla la había recibido de su padre, junto con un inmenso patrimonio imposible de resumir en una cifra, o en una vida. Acaso su patrimonio se comprendía mejor a través de un simple objeto sin valor como la gorra, de utilidad relativa, estacional, para los días que se hacía a la mar en el *Maremágnum*.

Una vez segura sobre su cabeza la gorra, volvió a proponerle un beso a su novia. Ella acercó sus labios con tanto escepticismo, o con remilgos, que solo los rozó con los suyos. Fue un beso por lejanía, una simple huella en la brisa, desaparecida con los rayos de luz. A continuación, la joven australiana se giró para despedirse del puerto, y la imagen le devolvió tal sensación de libertad y alivio que levantó los brazos y dio un enorme grito.

—Hazte cargo —le dijo el presidente del Banco del Norte al capitán.

Batlles i Pla tomó a la mujer por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Mis uñas —protestó ella para que no se acercase demasiado.

—En ese caso, bajo a tomar una copa de champán con los invitados.

Batlles i Pla se levantó la gorra, se pasó una mano por la cabeza sudada y volvió a cubrirse. Bajó a la segunda planta, esperando encontrar a alguien en el jacuzzi, pero estaba vacío. En el hilo musical sonaba un tema instrumental que se parecía demasiado a la mayoría de temas instrumentales. Nunca sabía quien elegía esa música y siempre se olvidaba de preguntarlo. Escuchó voces que procedían de la cubierta de la popa inferior. Descendió otro piso y vio a Claudia Aibar aplicándose protección solar con una sensualidad que difuminaba el aire. Se había puesto en biquini. Su nuevo novio, un ejecutivo de una compañía aérea francesa, la miraba con atención, convencido de asistir a un espectáculo de la naturaleza, bello y salvaje. A su lado, Niza servía champán al presidente de Baleares. Tampoco ellos supieron resistirse a observar en silencio a Aibar, cuyos movimientos formaban un soneto. Todos llevaban puestas gafas de sol. No hacía falta ver sus ojos para saber a qué estaban prestando tanta atención; en su silencio se escuchó la bebida llenando las copas.

—Sírreme una a mí, por favor —solicitó Batlles i Pla.

El vicepresidente del Gobierno le ofreció la que acababa de llenar para él. El banquero se la llevó a los labios, bebió y dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

—¿No hay nada de que hablar? —preguntó a voleo.

—Estábamos hablando de Gervais, pero hemos hecho una pausa para beber —informó el presidente de Baleares, que tenía desplegado *Tiempo* ante sí, de tal modo que hablaba desde detrás del diario, ocultando su rostro.

—Es lo que yo llamo un linchamiento mediático. Sabía que era un hijo de puta, faltaría más. Pero nadie es *tan* hijo de puta —calculó Aibar, que dejó la crema en el suelo y se tendió en una de las tumbonas, mirando a popa. Se bajó las gafas de sol, que tenía sobre la cabeza, formando una diadema.

—¿Me podéis explicar de qué demonios habláis? No me entero de nada.

—El banquero más importante de Europa no debería levantarse de la cama sin haber leído a conciencia diez periódicos, en cuatro idiomas. —Niza habló con la despreocupación de quien tiene un problema en una mano y una copa del mejor champán del mundo en la otra, para arreglarlo.

Batlles i Pla volvió a quitarse la gorra, se peinó la calva con una mano y la cubrió de nuevo.

—Estoy de vacaciones —alegó—. Y cuando estoy de vacaciones, no me interesa nada de lo que pueda sucederle a la humanidad. A menos que suceda en mi yate —precisó.

—Parece ser que Gervais la ha tomado con Caja Nacional —concretó con vaguedad el presidente balear, para seguir manteniendo a Batlles i Pla en vilo.

—Parece ser, no. —Aibar se incorporó de la tumbona, alzó las gafas de sol, que sonaron a persiana enrollada, y la mirada que desplegó dejó cortado al presidente de Baleares.

—Quería decir...

—No sé qué querías decir. —Aibar lo cortó en seco y se volvió hacia Batlles i Pla, que seguía de pie, a la espera de un relato—. Gervais está chantajeando a Caja Nacional. Punto.

Batlles i Pla le ofreció toda su atención y Aibar le explicó que *Tiempo* publicaba que la caja empleaba su sede institucional de Miami únicamente para celebrar fiestas y cócteles, que puntualmente habían motivado las protestas de algunos vecinos de Cayo Vizcaíno.

—Como si en las fiestas no se hiciesen los grandes negocios. —Niza habló casi hacia el interior de la copa, sin un deseo expreso de entrar en la conversación. Fue una de esas frases que uno se dirige a sí mismo, para precisar algo que acaba de oír.

El diario denunciaba que la mansión, de mil quinientos setenta metros cuadrados, con dos plantas, cuatro habitaciones, cinco baños, una amplia piscina exterior a pie de mar y un muelle de cinco amarres, con capacidad para dos yates de gran calado, «estaba oficialmente en venta desde hacía medio año». En ese tiempo, las ofertas para adquirirla se habían quedado lejos de lo que la caja había pagado en su día por ella. Después de la venta del Bank of Orlando, que ya había supuesto una pérdida de trescientos millones de euros, la puesta en el mercado de la mansión era una muestra más de que «la expansión norteamericana se había saldado con un sonoro fracaso». En un intento por amortiguar las pérdidas, la caja se había decidido a alquilar la mansión a terceros, con vistas a la celebración de fiestas exclusivas. Pero esa medida no cubría los costes anuales que generaba el inmueble. La información del periódico se acompañaba de un durísimo editorial en el que hacía a Aibar responsable directa de la decisión de comprar el banco y la mansión, que después «había derivado en enormes pérdidas para la entidad».

—El problema no es toda esta mierda que están sacando a cuentagotas para que el daño dure más: la semana pasada un poquito, esta semana otro poquito y quizá las siguientes más poquitos. Yo sabía que iba a pasar. —Volvió a bajar las gafas de sol y a tenderse sobre la tumbona, relajándose a medida que la descripción de la realidad empeoraba—. Hace un mes me reuní con Gervais. *Tiempo* necesita urgentemente nuevos créditos para su supervivencia. Pasa por un momento delicado, y sus propietarios y su director pretenden que pongamos encima de la mesa veinte millones porque sí, sin apenas garantías, solo porque son *Tiempo*. Le expliqué que en esas condiciones no era posible. Ya no. La situación económica aconsejaba prudencia, en fin, blablablá, y consideramos que hay que enfriar el crédito. Me amenazó con publicar informaciones en mi contra. «Sabemos cosas sobre ti», fueron sus palabras textuales. Me mordí la lengua y le hice ver que yendo por ahí todavía resultaría más difícil llegar a un acuerdo. Me respondió que, ya que nosotros éramos tan exhaustivos con las garantías de los préstamos, aunque se tratase de *Tiempo*, el diario se veía en la obligación de ser también muy exhaustivo con la gestión de la caja. «Me parece estupendo», le respondí. Y la semana pasada abrió el grifo.

—Gervais es un hombre rencoroso. —Batlles i Pla sostenía una copa vacía en la mano y gesticuló con ella—. Hace cinco años tuvimos un problema parecido en el banco. *Tiempo* publicó algunas informaciones muy tendenciosas sobre unas supuestas desavenencias en el consejo de administración. Le trasladé que no estaban siendo serios y que desde luego no contaban la verdad. Lo insté a rectificar. No le gustó e intensificó los ataques. Di orden de retirar de su periódico toda inserción publicitaria y dos semanas después recibí la llamada del consejero delegado para enterrar el hacha de guerra.

—Me temo que todo el mundo tiene una historia sangrienta que contar de Gervais. Propongo posponerlas y abrir otra botella de champán. —Niza experimentó un brote de lucidez y se levantó. La vida sedentaria le había proporcionado un aspecto orondo. El polo que vestía se ajustaba demasiado a su figura y puso de manifiesto una prominente barriga.

—¿Has adelgazado? —preguntó Aibar al reparar en su silueta y también con pocas ganas de seguir hablando de Gervais.

—Cállate, bruja. La vicepresidencia engorda.

—Pues Alvarellos está en un magnífico estado de forma.

—Porque la presidencia adelgaza; es sabido. Son cosas muy diferentes. Si yo fuese presidente, solo por el hecho de serlo, pesaría quince kilos menos y a lo mejor sería un poco más bajito. Por no hablar de que Alvarellos gasta una hora al día haciendo ejercicio. ¿Habéis oído o leído alguna vez que un vicepresidente salga a correr por las mañanas?

El servicio trajo una segunda botella de champán. El banquero se hizo con ella.

—¿Dónde está tu novia? —preguntó Niza.

—Mirándose las uñas. Hace diez minutos ni me ha dejado acercarme a ella.

Niza se dirigió al baño. En el salón principal encontró a uno de los hijos del dueño del Banco del Norte viendo la televisión. Nunca conseguía saber cuántos tenía, ni a qué mujer correspondían. Una vez incluso le escuchó decir al propio Batlles i Pla, cuando le preguntaron de cuántos hijos era padre, que creía que de seis. Lo dijo más o menos seguro, pero no del todo seguro, como cuando dices tu edad o el nombre de tus padres. Este hijo, de diecisiete años, estaba tendido en el sofá, en disposición de padecer una resaca de grado medio, con la salvedad de que desprendía el aspecto saludable de esos jóvenes que se lo pasan de maravilla por las noches sin beber.

—Me encanta *Los Soprano* —dijo Niza al advertir la presencia del protagonista de la serie entrando en el restaurante de su amigo Artie Bucco y pidiendo sus célebres *cannolis de ricota*.

—¿Y a quién no? —manifestó el chico sin demasiado entusiasmo por conversar.

En efecto, a Niza no le pareció un muchacho muy hablador. En ese momento se olvidó de que tenía ganas de ir al baño y se sentó con él a ver la televisión.

—Cómo admiro a Tony. Podría ser nuestro primo, nuestro tío segundo, nuestro padre. Incluso uno de nosotros en persona. Es un hombre perfectamente común, salvo por algunos matices, como dirigir la mafia de New Jersey. Incluso usa camiseta de sisas. No se puede ser más común.

—¿Usted usa camiseta de sisas? —preguntó el chico, haciendo reír a Niza.

—Ya no. Pero aún tengo varias en el armario, nuevecitas, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso me meto en la mafia. Querré parecerme a Tony. Se le perdona todo. Es cierto que engaña, extorsiona, ordena asesinatos, incluso

mata personalmente, pero todas sus fechorías se diluyen entre sus otras facetas, tan humanas, ¿no te parece?

El muchacho se encogió de hombros. Carecía de parecer.

—Qué importa que sea un asesino, si en parte es como nosotros, y viste esos polos grises, o sale a recoger cada mañana la prensa en bata de casa, descalzo. Va al psiquiatra, se atraca cuando abre la nevera, padece problemas de sobrepeso, sufre a una hija adolescente y un hijo inútil, madruga poco, se levanta con resaca, discute por dinero... ¿Es que todo eso no cuenta?

El hijo de Batlles i Pla siguió sin mostrar curiosidad por el diálogo, y Niza optó por levantarse y dirigirse al cuarto de baño. Mientras meaba, reparó en la ducha que había a su izquierda. Parecía una máquina del tiempo. En realidad, le recordó mucho a la grifería que había visto en la Smithsonian Institution y que había pertenecido al presidente Lyndon Johnson, que al llegar a la Casa Blanca había encargado una ducha igual a la que tenía en su casa, con sendos grifos que apuntaban al culo y el pene. Cuando Nixon lo relevó en la presidencia, alucinó ante el invento y simplemente pidió que lo sustituyesen.

Cuando salió del baño, el muchacho seguía en la misma postura rota. A veces no entendía a aquellos jóvenes, ensimismados ante un videojuego o un televisor. Ni siquiera se emborrachaban esporádicamente, para olvidar la mierda de padres que creían tener y que estaban en el mundo solo para amargarles la vida. Algunos días prefería que su hija saliese y llegase a casa achispada antes que verla con los ojos pegados a una pantalla.

Descartó abrir otro diálogo de sordos y, aprovechando que ni lo miraba, pasó de largo. De camino a la cubierta se encontró con la novia de Batlles i Pla. Iba canturreando un ininteligible «doo do dooo». Supuso que se trataría de la típica melodía tarareada que cuando te preguntan qué cantas, respondes que no sabes. Y, sin embargo, había en ella algo absolutamente elocuente. En algunos momentos, cuando el idioma tendía a la confusión, era cuando alcanzaba su máxima claridad. A Niza no se le ocurrían verdades más locuaces, por ejemplo, que el ruido que emitimos cuando chasqueamos la lengua, o resoplamos, o simplemente al encogernos de hombros. Si quisiésemos traducir esos sonidos y silencios a frases comunes, nos saldrían expresiones de enorme contundencia.

En la cubierta estaban hablando de García-Frost y su repentino alejamiento de la primera fila.

—Hay algo en toda esa historia que no se nos cuenta —dijo el presidente de Baleares, que se había puesto de pie y alejado hacia una esquina, para encender un enorme puro sin molestar demasiado—. Parece una renuncia tan edificante que es imposible no pensar que en el fondo ha querido librarse de algo.

—Tal vez Gervais la estuviese chantajeando —bromeó el novio de Aibar, sin llegar a hacer gracia a nadie.

—Me inclino a pensar que ha previsto que vienen malos tiempos para el Partido Conservador. Caminamos hacia el barranco como ovejas —entró en la conversación Niza, que se desvió hacia el enfriador del champán antes de llegar al barranco.

—Eso lo dice alguien del Partido Conservador —constató Batlles i Pla.

—García-Frost se ha retirado a una torre de marfil —precisó el vicepresidente—. No es precisamente una política acabada. Me atrevería a decir que es la política más lista que tiene este país. Va siempre por delante.

Empezó a sonar un teléfono en algún lugar.

—Puede ser el mío —dijo Aibar, que se agachó a recoger su bolso. Al abrirlo, el sonido se intensificó—. Hablando del rey de Roma...

—¿Quién es? —preguntó el presidente balear, que dudaba entre varios reyes.

—Gervais.

Tomó el teléfono y se alejó en dirección a la proa.

—Qué grata sorpresa —saludó.

—Ya imagino, ya; gratísima. ¿Cómo te encuentras?

—No me había encontrado mejor en mi vida. Estoy en un yate de cuarenta y cinco metros de eslora, con gimnasio, seis camarotes dobles, mármol, madera cubana, karaoke, jacuzzi en cubierta, lavandería, cine, mientras me emborracho con champán rodeada de gente guapa, simpática e inmensamente rica.

—Me das una alegría. En tu situación yo estaría ordenando mi asesinato.

—Para asesinar hay que valer, igual que para mentir o difamar.

—Ya veo por dónde vas. Pero yo te llamo en son de paz. Las informaciones de estos días me duelen más a mí que a ti. No son agradables. Siempre he tenido aprecio por ti, y en todos estos años hemos mantenido una colaboración beneficiosa para ambas partes. Por eso no entiendo vuestro empeño en negarnos un trato especial. Sería una pena que se rompiesen todos

los puentes. Los daños podrían ser irreparables. Tú eres muy joven, tienes un futuro prometedor. ¿Por qué obcecarte en la negativa a llegar a un acuerdo con el periódico? ¿Qué ganas con ello?

—Tienes razón, el problema se podría arreglar enseguida. No tenemos ningún empeño especial en perjudicaros. De hecho, nadie tiene más interés que yo en que *Tiempo* se recupere de su mal momento financiero. Soy una gran valedora de tu diario, y, desde luego, una lectora fiel, no hago otra cosa al desayunar. Por eso creo que bastaría con que asumierais las garantías mínimas que la caja fija para estos casos.

—Nosotros no somos «uno de estos casos», es lo que trato de haceros ver. Somos *Tiempo*, uno de los diarios más influyentes de Europa. Nosotros hicimos posible que en este país gobernase el Partido Conservador, que es el que te situó al frente de Caja Nacional, se da la casualidad.

—Creo que esta conversación ya la hemos tenido.

—Sí, y veo que no has aprendido nada.

—Sé cómo negocias. Ya te he dicho que madrugo para leer *Tiempo*.

—Todo eso que hemos publicado son caricias. Esperamos no tener que ir más allá.

—Yo sé a dónde no pienso llegar. Debo velar por los intereses de Caja Nacional.

—Esa es la clase de frase que puedes colocar en una rueda de prensa, Claudia, a un redactor que no sabe si mañana mantendrá el trabajo. Yo llevo casi veinticinco años dirigiendo periódicos.

—Y te admiro por ello, de verdad.

—Quizá llegados a este punto, y empeñándote en no aproximar posturas, tienes que saber que en los próximos días vamos a publicar una serie de informaciones que te afectan muy personalmente. Gastos desmesurados en hoteles, cargos a la caja de estancias en países en los que no se justificaba tu presencia, abuso de tarjetas de crédito discrecionales, sueldos encubiertos... En fin, yo diría que el material del que disponemos es amplio. Y eso sin mencionar la fructífera reunión que he mantenido con Lucas Zúñiga, tu exmarido.

En el silencio, que recordó al golpe de una cancilla solitaria contra su marco, Aibar se asomó y miró el fondo, pero solo se vio reflejada.

—Simplemente ten presente que los actos conllevan consecuencias.

—Estamos a tiempo.

—Sé algunas cosas sobre chantajes. Las he visto en las películas.

—Esas son unas duras palabras, amén de injustas, pero te disculpo porque te supongo desesperada.

Claudia colgó y miró al sol con los ojos cerrados, mientras apretaba el teléfono entre sus dedos como si fuese una esponja. Sintió el verano sobre los párpados, pero a la vez la tormenta dentro de su cabeza. La rabia le produjo grietas. Pensó que podría estrujar el aparato hasta que saliesen de él astillas, tripas, el hígado, el corazón y al final el primer secreto de la vida. También debió reprimirse para no arrojar al mar todas las heridas. Ni así se habría aliviado. Un teléfono ya valía mucho más que un terrible error.

¿Cómo había podido llegar a aquella situación? ¿En qué segundo escapó a su control? ¿Por qué? ¿Cómo era posible que Lucas Zúñiga volviese a cruzarse con ella? ¿Cuántas veces más tendría que destrozar su vida para deshacerse de su amenaza? No tenía respuestas. Simplemente, de pronto, la realidad había explotado y ahora parecía demasiado tarde para dar marcha atrás. La situación le pareció absurda y tremendamente real. La impotencia casi la hacía llorar. En un esfuerzo por no ser visceral y actuar con frialdad, intentó imaginar qué clase de información podía tener Gervais sobre ella. Con tantos años al frente de Caja Nacional, ¿cómo barruntarlo? ¿Quién no acumulaba decenas de errores graves? No sabría ni contar los enemigos capaces de hacer llegar al periódico información terrible. Entonces, minúscula ante el miedo a lo que pudiese pasar, se produjo un resplandor en su interior, que le permitió ver con claridad que no existía defensa posible, solo ataque. Había algo, una idea desesperada, un objeto en cierto sentido dentro de una chistera, que quizá consiguiese cambiar la cadena de los acontecimientos. Esa idea, largamente enterrada, brotó de milagro, con un grito. La explosión de luz, el relámpago en mitad de la tormenta, la dejó a la vista inesperadamente. Adquirió forma de objeto perfecto, imbatible.

Aibar había guardado durante catorce años la foto de Gervais en los baños del palco del Madrid, en la que se veía a una joven de vestido rojo practicándole una felación. Nunca se había deshecho de ella, por un viejo instinto de conservación, tal vez por miedo a la muerte. Había ido pasando de teléfono en teléfono, cada vez que cambiaba de terminal, como una especie de herencia. Era la foto inexistente, su secreto, que no había enseñado a nadie jamás. Había transcurrido tanto tiempo que de repente recordaba cada detalle de aquel día, cuando estaba encerrada en el lavabo, metiéndose unos tiros, y

el director de *Tiempo* entró en el baño de al lado. En ese instante, que ahora sobre la cubierta del yate de Batlles i Pla se presentaba también luminoso, Aibar decidió subirse al inodoro y enfocar la cámara de su teléfono a la pareja. El resultado inexplicable fue una fotografía nítida, con un buenísimo encuadre, en la que se distinguía a Gervais sentado, con los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, y a la mujer del vestido rojo arrodillada en el suelo, con la cabeza ladeada y un pene dentro de la boca. Pensó que aquella travesura ahora podía salvar su carrera. Catorce años con ese peso en el teléfono parecía demasiado tiempo para no creer que también ella había estado esperando el momento perfecto.

Miró a la lejana línea de costa. Pasaron varios minutos durante los que trató de desentrañar y componer el futuro casi con las manos. Nada se comparaba a la campaña que Gervais estaba desencadenando contra ella, pero, de repente, el futuro se movió de sitio, y eso lo convirtió en un futuro distinto. Escribió un breve correo electrónico al director de *Tiempo*: «Estimado Gervais. Todos acumulamos secretos ajenos. Yo espero no tener que revelar nunca el tuyo. Besos». Después, adjuntó la fotografía y pulsó «enviar». Aibar se quitó las gafas y cerró los ojos. Respiró hondo. Lo vio todo claro. El Mediterráneo ronroneaba y balanceaba el barco. Notó una tranquilidad rectilínea, anaranjada. No sentía rabia, ni nervios, ni preocupación por el futuro, solo ganas de meterse una raya, beber champán y disfrutar del día. «Todo irá bien», se repitió. Nada temía.

Regresó a la cubierta. Ahora había más gente. Todos habían ya abandonado sus confortables camarotes. Alguien cambió la música, lo que a Aibar le pareció digno de agradecimiento. Las conversaciones eran superficiales. Nadie hablaba de negocios y de vez en cuando explotaba una carcajada. El presidente del Congreso lucía un bañador tan ridículo que casi no lo parecía. A Aibar le sorprendió lo peludo que era. Había cierta violencia en aquella abundancia.

—¿Todo bien? —preguntó el presidente de Baleares.

Claudia se volvió.

—¿Me preguntas a mí? No podía ir mejor —respondió. Aquel hombre era la última persona del universo con la que ella podría confesarse. Aunque hiciesen negocios entre sí, lo aborrecía estrechamente.

Se sorprendió para bien al ver aparecer a un camarero con bebidas y canapés.

—Iniciémonos en el aperitivo —se propuso a sí misma y aprovechó para dar la espalda al presidente balear y alejarse. Descubrió a su novio haciéndole señas entre el resto de invitados. Mostraba una blanda sonrisa. Había empezado a emborracharse sin ella. Se dirigió hacia él moviendo los brazos bajo la música como si fuesen olas, o nubes.

En ese instante, Niza y Batlles i Pla abandonaron la cubierta. El vicepresidente sostenía una copa en la mano con la devoción con que se lleva una vela encendida.

—Esta embarcación es magnífica —dijo con carácter general, sin tener demasiada idea de embarcaciones.

—Si pudiese, yo viviría a bordo todo el año. Nunca he estado aquí sin haber sido capaz de resolver un problema irresoluble. Se crea un clima... propicio a las soluciones. Subamos a la planta superior, estaremos más tranquilos.

Niza se fijó en el hijo de Batlles i Pla. Seguía en la misma postura.

—Hace algunos años, en Croacia, con un par de amigos y mi exmujer alquilamos un velero durante diez días. Yo nunca había hecho travesías en barco así de largas. A lo sumo había pasado una noche, pero me convencieron. En uno de esos días que atracábamos y bajábamos a comprar provisiones, o a alguna playa, o simplemente a dar un paseo por la costa, me encontré en mitad de un prado, disfrutando del paisaje, cuando de repente me volví y vi un toro que se dirigía hacia mí para matarme. Eché a correr prado abajo, me caí y di vueltas durante treinta metros, pero me salvé. Fue mi experiencia más salvaje en el mar; ocurrió en tierra —contó el vicepresidente.

Batlles i Pla estaba demasiado emocionado por mostrarle su parte preferida del yate.

—Este es mi pequeño despacho —anunció con el foco de la ironía puesto en el adjetivo—, con una pequeña biblioteca incluida, una pequeña mesa de reuniones —era gigante—, un pequeño Sorolla en la pared y aquí un pequeño Giacometti. —Señaló a una estilizada figura que se deshacía en el aire y que presidía la pequeña mesa de trabajo, como él la llamó.

Niza hizo un gesto de asentimiento, para no tener que decir otra vez que también aquel rincón de la embarcación le parecía magnífico. El mobiliario era clásico, recordaba al de un despacho de un viejo abogado en tierra. En las estanterías, de caoba oscura, se apilaban con un imponente orden libros y libros de la misma altura, y con la misma encuadernación, que hacían

sospechar si no tendrían también el mismo título. A lo lejos, le pareció una de esas colecciones de premios Nobel que nadie lee, ni siquiera abre, tal vez porque la traducción se ha quedado obsoleta. En las estanterías del otro lado dormían los más de cien volúmenes de la Espasa, que recordaban a una gran culebra enroscada a un árbol.

—¿Sabes qué es eso? —Batlles i Pla señaló hacia una estantería con puerta de cristal.

Se acercaron al mismo tiempo, en silencio y lentamente.

—Aquí la tienes, es la primera edición de *L'Encyclopédie*. —Abrió el estante y extrajo el primer volumen, que mostró en sus primeras páginas con cuidado—. Es la joya de esta biblioteca y de cualquier biblioteca. No la conseguí ni en París, ni en Londres, ni en Roma o Madrid. ¡La compré en Marbella! Sin duda, era robada. Yo estaba en puerto cuando un comerciante sirio, al que conozco desde hace muchos años, me invitó a su yate. Es marchante de arte y ese día me dijo que tenía algo muy especial. Me picó la curiosidad. En el salón, guardada en cajas, estaba la enciclopedia completa, perfectamente conservada. Me dijo que el día anterior había estado viéndola César Riezu. No tardamos ni cinco minutos en llegar a un acuerdo. Él necesitaba dinero, y lo necesitaba en efectivo, en negro, y casualmente yo lo tenía en mi yate.

—Soy el ministro de Economía, ¿por qué me cuentas estas cosas? Hay que parecer honrados, aunque no lo seamos.

—Le pagué aquel mismo día y por la noche trasladamos los libros al *Maremágnum*.

—Realmente es una joya. —Deslizó la palma de la mano por los lomos de los ejemplares, domesticados para vivir entre los hombres.

—Si este barco hablara... Aquí cerré hace seis años la compra del England Bank con dos de sus consejeros, los tres más o menos borrachos. Fue el día más importante de esta embarcación. Nos convertimos en uno de los principales bancos de Europa y del mundo por activos y capitalización bursátil. Mira —cogió un portarretratos y se lo enseñó al vicepresidente—, nos hicimos esta foto.

—Parecéis vagamente ebrios, sí. En especial este.

—Buen ojo. Murió el año pasado de un ataque al corazón.

—Adivino el pasado.

Batlles i Pla no completó el recorrido por los mejores secretos de su

despacho hasta acercarse a un perchero de pie que pasaba completamente desapercibido. En uno de sus colgadores pendía un abrigo de cuero largo. El banquero lo retiró de la percha. Pesaba un quintal. Estaba muy lejos de ser nuevo.

—¿Te gusta?

—Mmm, pues no sé.

—Pruébatelo, por favor.

—Estamos en pleno agosto, no quisiera desmayarme.

—Hazme caso; pruébatelo. Es una prenda especial.

Batlles i Pla le tendió el abrigo para que Héctor introdujese los brazos.

—¿Cómo te ves?

—No sé qué decirte. ¿Me queda un poco justo? —Buscó un espejo que no había.

—Pues no hay más tallas.

—Creo que no voy a llevármelo.

—Yo también lo creo. Quítatelo.

Niza echó los hombros hacia atrás y dejó que Batlles i Pla le retirase el abrigo, que devolvió a la percha.

—Era de Adolf Hitler. Es el abrigo con el que en 1939 se dirigió a sus tropas en Polonia, después de invadirla.

Niza, que había empezado a alejarse del perchero, giró sobre sus talones y se aproximó. Cuando se dio cuenta, no tenía palabras.

—No lo cuentes, pero me costó más que *L'Encyclopédie*.

—Pero...

—No es que sea yo sospechoso de filonazi ni nada por el estilo, pero el abrigo no deja de ser una curiosidad histórica. En vez de estar en un museo del horror, está aquí. Pero bueno, dejémonos de tanta palabrería. —Batió las palmas con gran energía—. ¿Qué es eso importante que querías comentarme? —Se dejó caer en un largo sofá—. Ponte cómodo, por favor.

Niza siguió el consejo y lo imitó, aunque sin llegar a tenderse. Lo que tenía que decirle requería cierta verticalidad.

—Como ya sabrás, las encuestas apuntan a un deterioro imparable del Partido Conservador. Cada día que pasa nos hundimos un centímetro. No es un altibajo, o un desfallecimiento, sino una caída perseverante. En septiembre saldrá el barómetro del CIS, que naturalmente dirá otra cosa. Alguien lo está cocinando para que no tenga nada que ver con la realidad y no cunda el

pánico. Más preocupante es que no tengamos un plan para frenar esta caída. Alvarellos cree que a medida que avancemos en la legislatura nos irá mejor, pero es una cuestión de fe, como creer en la eficacia de rezar. Sinceramente, creo que debemos hacer algo, y yo estoy dispuesto a dar un paso al frente.

—¿A qué te refieres?

—A que sea yo el próximo candidato a la presidencia del Gobierno.

Batlles i Pla dio un respingo y se incorporó, buscando una postura más incómoda.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

—Me das una alegría inmensa. Estoy francamente preocupado por la situación. ¿Qué piensa Alvarellos?

—Eres una de las primeras personas a las que le traslado mi decisión. De hecho, si no obtengo tu apoyo, no moveré un dedo.

—¿Crees que Alvarellos se hará a un lado?

—Entre tú y yo, me gustaría que sí. De lo contrario nos encaminamos al desastre. Este partido necesita un revulsivo. Pero, sinceramente, me extrañaría que lo hiciese.

—Nunca hubiese imaginado que pudieses dar un paso así. —Movié la cabeza de arriba abajo.

—¿Te parece una locura?

—No, no, en absoluto. Simplemente, me has cogido por sorpresa. Ahora al menos tengo esperanza. No me pareces una opción descabellada. Nadie duda de que Alvarellos atraviesa un mal momento y que podría no ser un mal momento simplemente, sino una mala época, quizá un fin de época. Para nosotros supondría un absoluto desastre que el Partido Conservador perdiese el gobierno. Hablo no solo en nombre de la banca, sino de quienes contribuimos a generar riqueza. Estos años han sido de una prosperidad inimaginable, de un liberalismo muy positivo. Hemos hecho mucho dinero y se nos ha aliviado de cargas. Nos habéis dejado hacer, que es lo que debe procurar siempre un gobierno. Ante todo, los negocios. Primero los negocios, y después ya los niños y las mujeres. La unión de progresistas y nacionalistas simplemente me aterra.

—Alcanzado este punto, hay que dar un paso. Vienen tiempos inciertos. Es un hecho que la economía se ha ralentizado y seguimos destruyendo empleo. A la vuelta del verano... En fin, tendremos malos datos, malísimos. Va a

cundir la alarma social, e inevitablemente el clima político se va a crispar más todavía. Esto es un caramelo para la oposición. En Estados Unidos ya se da por hecho la quiebra de algunos bancos hipotecarios. Sería un desastre que generaría un peligrosísimo efecto dominó.

—Nos lo estamos temiendo desde hace algunas fechas y empezando a tomar medidas.

—No queda mucho tiempo; hay que moverse.

—¿Con qué apoyos cuentas? —Batlles i Pla daba vueltas a un anillo de oro que llevaba en el dedo anular izquierdo.

—No sé aún si cuento con apoyos. Como te he dicho, eres una de las primeras personas con las que hablo. He tenido muchas dudas hasta hace nada. Ahora, sin embargo, creo que hay que mojarse. Este partido y este gobierno no pueden permitirse el lujo de perder el poder.

—He tratado el tema con alguna gente. La semana pasada vino a pasar la noche al *Maremágnum* Entenza, de Petrolesa, y coincidimos con tu análisis. El partido vive a expensas de lo que se haga y se diga desde el Gobierno, y el Gobierno acumula todo el desgaste que producen los escándalos que se suscitan dentro del partido y del propio Gobierno. Os habéis instalado en la inercia y transmitís sensación de complacencia, y que podréis vivir indefinidamente de los cinco millones de empleos que se han creado en todos estos años.

—Completamente de acuerdo.

—¿Qué pasos tienes previstos?

—A la vuelta de vacaciones quiero sondear, por separado, a los pesos pesados del Ibex.

—Debes hablar con Alvarellos. Si él no está dispuesto a apartarse, tú no puedes suicidarte.

—Alvarellos no va a tomar en consideración la idea de hacerse a un lado si los principales empresarios del país no le hacéis ver que está en juego mucho más que un destino personal. Esta es una situación de emergencia. Gobernar un país es un negocio en sí mismo, el más importante que existe, y que a su vez permite el resto de negocios, y no podemos permitirnos que pase a otras manos. Estamos en el salvaje oeste. O nosotros, o los otros.

—Nosotros.

—Tenéis que hacerlo entrar en razón. Si yo me presento en su despacho y le digo que lo quiero desbancar... Imagínate la escena. Es Alvarellos, no lo

olvidemos.

Batlles i Pla corrigió su postura y se sentó sobre las manos.

—No se trata del destino de Alvarellos —añadió Niza, para enfatizar los peligros a los que se enfrentaba—, sino de todos nosotros. Imagina a los progresistas y a los nacionalistas cumpliendo todo lo que han dicho sobre los impuestos a las grandes fortunas.

—Esa es una hecatombe en la que me da vértigo pensar. No lo podemos permitir. —Se levantó y caminó con decisión hacia su mesa. Abrió un cajón y extrajo una caja de cuero negra—. ¿Un puro? —le ofreció desde la distancia a Niza.

—Tal vez más tarde, después de llevarme algo al estómago.

—Tienes razón, esperaremos. Has conseguido ponerme nervioso. —Regresó al sofá y se dejó caer. Los cojines lo succionaron y después lo impulsaron suavemente.

Se adivinó el tictac de un antiguo reloj de pared.

—Si consiguiésemos poner de tu parte a César Riezu, estaríamos dando un salto de gigante.

Niza dejó escapar un suspiro de lamentación.

—Olvídate. Nadie debe tanto a Alvarellos como Riezu. Y al revés. Forman una sociedad. No necesitas que te diga nada más.

—Además, Riezu ahora mismo tiene demasiados frentes abiertos. Todo el mundo está enterado de su separación.

—Ese es el menor de sus problemas —dijo el vicepresidente—. No sé cuánto hay de cierto, pero ya dicen que la Audiencia Nacional lo está investigando.

—¿En relación a qué?

—Ni idea, pero la investigación la estaría llevando Emilio Ruso. Mal asunto.

Alguien llamó a Batlles i Pla desde las escaleras. Quería saber si iba a tardar mucho en bajar.

—¡No lo sé! —respondió. Después se levantó de nuevo del sofá y se dirigió a su mesa, de donde sacó por segunda vez la caja de piel. Había cambiado de opinión—. Creo que no voy a esperar a tener el estómago lleno. Fumar un puro siempre me ha hecho bien, aunque después vomite. Me ayuda a pensar. ¿Nunca te pasa que estás abstraído y de repente *te ocurre* pensar?

Niza se mordió el labio inferior. Desconocía si algo así le había sucedido

en algún momento.

—¿Qué crees que opina Aibar? —preguntó Batlles i Pla.

—Por lo que he entresacado de algunas conversaciones, está molesta con Alvarellós. Cree que ha podido mediar en la crisis con *Tiempo*, para abortarla, y no ha movido un dedo. Su apoyo también sería importante. —Se levantó, como si necesitase oler más de cerca el aroma del puro—. Nunca he visto a nadie tan ensimismado. Se ha creado la ficción de que los ciudadanos están en deuda con el Gobierno y que al final lo apoyarán masivamente. Ya no se fía de nadie, es rudo, no escucha a nadie salvo que le digas lo que quiere oír.

—Conozco esa forma callada de ejercer el control.

El humo tejió una realidad sobre sus cabezas. Bajo su confusión siguieron hablando del futuro, de lo que podía o no deparar, y de cómo debía Niza jugar sus cartas, que no eran muchas, y fiados a ellas muchos de los empresarios que no deseaban ver al país en manos de la izquierda.

El mediodía avanzó y la misma voz de hacía un rato volvió a llamar a Batlles i Pla desde la planta inferior.

—¿Os falta mucho?

—¡Lo que nos falte! —gritó molesto. Después, con un tono más conciliador, retomó la conversación—. Pase lo que pase, y esto te lo he dicho más veces, tienes abiertas las puertas del banco. Te sientas en el consejo de administración que deseas. América, Europa, Asia, incluso España, lo que más te apetezca. ¿Entendido? Yo sé devolver los favores.

Niza asintió con arrugado orgullo, sin pesar. Iba a decir algo y lo reconsideró. Finalmente, considerándolo de nuevo, lo dijo.

—Este verano he recibido dos llamadas muy interesantes, una para dirigir Saunders & Over, algo que nunca ha hecho un europeo, y la otra para ponerme al frente de Dayamond Stone en Asia.

—Esas son buenas noticias. Como para pensarse si no es mejor dejar que España se vaya a la mierda —bromeó el banquero.

—Acordamos hablar a la vuelta de unos meses. Son oportunidades magníficas. No se pueden dar portazos.

—Quiero que me tengas al corriente de todos los movimientos.

Se levantó. El puro había alcanzado solo la mitad de su vida cuando se sintió mareado y empezó a balancearse a un lado y a otro. Niza llegó a tiempo de sujetarlo antes de que perdiese el equilibrio.

—¿Estás bien?

—Me he mareado. Me pasa algunas veces; no es preocupante.

—El puro. Te has quedado blanco de repente. Y tienes las manos heladas.

—Si no hubiese fumado, creo que me habría mareado el doble.

Niza lo censuró con una mirada oblicua que cumplía con la ficción de mover los objetos. Aguardaron agarrados el uno al otro varios segundos. El vicepresidente cogió el puro y aplastó la punta contra el cenicero.

—A un hombre no se le machaca el puro —lo censuró con tristeza.

—Para fumar puros así, a media mañana, y con dos copas de champán, hay que tener costumbre desde los doce años.

—Yo empecé a fumar a los once.

—¿Te encuentras mejor?

Batlles i Pla pensó la respuesta durante varios segundos, en los que se fue soltando de Niza.

—Cojonudo —respondió y le dio a Niza varios golpes en la espalda. Le pareció que estaba fuerte.

CUARENTA Y OCHO

Desayunó café de ayer y se dirigió al salón, donde se dejó caer en el sofá. Eran las nueve de la mañana y ya hacía calor. Había dormido con todas las ventanas abiertas. Todos los años Horacio valoraba en instalar el aire acondicionado, pero al final siempre encontraba una razón o un desánimo para aplazar ese gasto. Se puso un cojín detrás de la espalda y sintonizó Radio Clásica en el transistor. Su hija también todos los años, al menos un par de veces, le decía que se comprase un equipo de música decente. Pero él amaba el transistor, su sonido defectuoso, a pilas, que le cabía en un bolsillo. Ella amenazaba con regalárselo por su cumpleaños y Varela replicaba con la amenaza de no encenderlo jamás.

Tomó de la mesa la insignia de oro del Madrid, que le había impuesto el mismísimo presidente. La miró durante un minuto entero, con sus horas, y le dio un beso antes de dejarla de nuevo. César Riezu le había parecido una persona encantadora. Entablaron una amena y breve conversación después del acto. Hablaron del equipo, de los fichajes nuevos, de la próxima temporada. Se habían hecho una foto juntos y en el club le prometieron que le enviarían una copia firmada por el presidente. Cada día desde entonces comprobaba el buzón. Si lo encontraba vacío, era un desconsuelo más.

Sonó el teléfono fijo. Descolgó y era otra vez una operadora de una compañía telefónica. Lo atosigaban desde hacía semanas. Había leído en la prensa que lo hacían con mucha gente.

—Lo siento, estoy haciendo el amor —dijo en tono festivo y serio y colgó sin despedirse. La respuesta lo puso automáticamente de buen humor. Era una de esas frases que rejuvenecían a cualquiera.

Su momento preferido del día empezaba cuando se producía esa llamada, descolgaba y decía que era mal momento. Anteayer alegó que estaba fabricando una bomba. Otros días decía que se encontraba en el funeral de su

hermana y preguntaba si era muy urgente, o podía enterrarla primero. Si le decían que ya lo llamarían mañana, les decía que mañana enterraría a su hijo, y así sucesivamente con el resto de la familia. Al principio los escuchaba con buenos modales, sin embargo. Pero pronto pasó a pedirles que por favor no lo llamasen; no le interesaba lo que le ofrecían. Ya tenía un sencillo teléfono, no necesitaba uno complicado. Pero lo llamaban igual. Los mandaba a paseo de todas las maneras posibles y eso no los doblegaba. Dejaba de coger el teléfono, pero eso tampoco significaba freno alguno: volvían a llamar y punto. Entonces cambió de táctica y empezó a inventarse mentiras evasivas, increíbles, como la de la bomba o la de los entierros. Pero en los días siguientes sonaba el teléfono y lo saludaba un operador de una compañía distinta. Supuso que el final de aquel acoso telefónico solo llegaría cuando les dijese que el muerto era él.

Casi sin darse cuenta, se quedó dormido escuchando la radio. Fue una cabezada de quince minutos, después de la cual se despertó pesadísimo, con el desayuno armando escándalo en su estómago. Le pesaban los brazos y las piernas. Sin moverse en absoluto, contempló el salón. Imperaba un caos, susceptible de ordenarse con un chas de dedos. Solo había que recoger alguna toalla, un pantalón, unos periódicos, unos zapatos. Volvió a mirar la insignia del Madrid. Le pareció que allí no estaba bien. Merecía un lugar más destacado. Tal vez podría enmarcarla y colgarla de la pared. Es lo que haría, se dijo.

Pensó si ir a la biblioteca. No tenía muchas ganas. Hacía varios días que sentía dolor en un brazo. Empezó como un pinchazo, justo por debajo del codo. Aguantó por el método, para él infalible, de hacer cosas que lo distrajesen de esa molestia, aunque siguió doliéndole. Después, sin percatarse, el dolor remitió, se fue, o se escondió. Experimentó un gran alivio al recordar que la muerte de su mujer había estado antecedida de un intenso dolor en un brazo que parecía una tontería y que al poco destapó un cáncer.

Esa mañana, protagonista de un milagro indeseado, empezó a dolerle otra vez. Quizá, entre lo que fuese a hacer a lo largo del día, debería incluir la visita al médico. Eso le dio pereza. A lo mejor mañana, o por la tarde, ya no sentía dolor alguno. Decretó una espera media. Podía tratarse de una mala postura al dormir. Eso ocurría a menudo. A su edad, más cerca de los ochenta que de los setenta, era normal que doliese todo. Si no dolía, malo.

Como no era miércoles, tampoco iría al cementerio. Iría al banco. Llevaba

casi dos meses con esa idea en mente. Pero unas cosas y otras lo distrajeron, y después llegó el viaje a Benidorm, y más tarde la repentina marcha de Estrella a Edimburgo, con su novio, que lo sumió en la desorientación. Les había salido un trabajo a ambos y resolvieron dar un cambio de rumbo a su vida juntos. Varela todavía estaba asimilando esa ausencia. De hecho, ni siquiera había empezado a hacerlo. Cuando llegase la hora, se sentiría mucho peor, muy solo, víctima de esa orfandad que dejaba a los padres sin los hijos.

Unos ruidos de voces en el rellano lo espabilaron. Se levantó, se lavó superficialmente, porque ningún tiempo le parecía más perdido que el de meterse en la ducha, y se vistió con la misma ropa de ayer. Las voces persistían. Creyó reconocer alguna y se asomó a la puerta. Lo primero que vio fue a un agente de policía.

—¿Ha pasado algo?

Antes de que contestase, se abrió el ascensor y salieron dos de sus vecinos, dos agentes más y una mujer muy seria, que vestía chaqueta y falda y llevaba el pelo recogido en una coleta.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al vecino que vivía en el primero y trabajaba en la ferretería de la calle. Tenía cara de circunstancia.

—Hay un chico muerto en el patio de luces.

Varela se quedó impactado. Pensó en un crimen.

Los agentes y la mujer entraron en el séptimo B, enfrente del piso de Horacio, donde compartían vivienda varias estudiantes de medicina.

—¿Cómo que hay un chico muerto en el patio de luces? —preguntó Horacio cuando se quedó a solas con su vecino.

—Todo apunta a que se ha caído desde el séptimo.

Horacio se sobrecogió. Le pareció que su vecino hablaba como un portavoz de la policía.

—¿Desde el séptimo? ¿Lo habrán empujado?

El vecino se encogió de hombros.

—Esa señora que va con los policías es la jueza.

—Pero ¿cuándo ha pasado todo esto?

—Hará unas dos horas. ¿Tú no has oído nada?

—Yo qué iba a oír. Estaba durmiendo.

—Según le he escuchado a un policía explicar a la jueza, lo más probable es que el muchacho, que es novio de una de tus vecinas, cayese al intentar acceder a su habitación desde la ventana de las escaleras.

—¡Pero entonces yo lo conozco!

—¿A quién conoce? —preguntó la jueza, que en ese momento salía del séptimo B.

—No estoy seguro.

—¿A la víctima?

—Puede. Si hablamos del novio de la vecina, la chica de pelo corto, nos hemos cruzado muchas veces en el ascensor.

Horacio debió responder allí mismo a distintas preguntas, durante no menos de media hora. Al acabar, uno de los policías se quedó con su nombre y sus datos de contacto.

Se le había puesto tan mal cuerpo que no quiso regresar a casa más que para recoger el bastón e irse. Necesitaba salir a la calle. Tenía recados que hacer. Entre unas cosas y otras era ya mediodía. Se encaminó a la oficina de Caja Nacional. Para su sorpresa, en el despacho de Martín se encontró a un hombre de unos treinta años, perfectamente calvo, con perilla. Pensó que tal vez Martín estuviese de vacaciones otra vez. Al preguntar, su sustituto no fue demasiado explícito y respondió simplemente que Martín no estaba. A Horacio le extrañó, porque antes de irse a Benidorm se había pasado por la sucursal y tampoco estaba. ¿Es que no estaba nunca? Entonces le habían dicho que estaría dos semanas de vacaciones. Se suponía que habían pasado tres.

—En realidad, Martín ya no trabaja en esta oficina —confesó el hombre calvo de gafas indetectables—. Pidió un traslado a Burgos y se lo han concedido. Espero poder ayudarle en todo lo que necesite. Yo soy ahora el nuevo director de la sucursal.

—Pero él se encargaba de todos mis asuntos desde hace muchos años —dijo inmerso en una perplejidad gelatinosa.

—Yo estaré encantado de echarle una mano. Siéntese, por favor. Permítame simplemente hacer una fotocopia de este documento; regreso en medio minuto.

Horacio se notó desconsolado, casi hundido, más incluso que cuando Estrella le dijo que se iba a vivir a Edimburgo. La noticia cayó sobre él como un piano que se desploma desde un décimo piso a la acera y te aplasta. En ese instante, ante aquel desconocido que de repente suplantaba a Martín, experimentó el recambio como el fallecimiento de un ser próximo, una muerte inesperada, en mitad de la vida. ¡Cómo prever algo así! Enseguida

descubrió que su abatimiento se debía a sentirse en parte traicionado y en parte abandonado. No podía creer que Martín se hubiese ido de la oficina, de la ciudad, sin ponerlo al corriente y sugerirle acaso a alguien de confianza que en adelante se ocupase de sus asuntos. Horacio le habría pedido que, aun desde Burgos, o dondequiera que estuviese destinado, siguiese llevándose los, casi seguro.

Martín era mucho más que su exyerno con el que conservaba la vieja cercanía. Él velaba por sus ahorros, a los que sacaba siempre el máximo provecho, se ocupaba de sus declaraciones de la renta, no necesitaba leer ninguno de los papeles que le tendía para firmar, y siempre acertaba. En la vida era difícilísimo dar con alguien en quien delegar asuntos sensibles, de dinero, y que asumiera esos quebraderos de cabeza por ti.

El nuevo director se demoró dos minutos. Llegó cargado de energías y cerró la puerta. Oía a tabaco negro.

—Vamos a ver, Horacio. Creo que no le he dicho mi nombre. Soy Adrián. Por qué no me pone un poco al corriente de lo que tiene, lo que necesita, lo que espera que hagamos con sus ahorros.

Horacio llevaba meses dando vueltas a la idea de acometer algunas obras de reforma en el piso. Empezaban a resultar urgentes. En la cocina, en el salón, en el dormitorio. En el cuarto de baño se había caído dos veces al entrar en la bañera, por fortuna sin consecuencias, así que creía que, dado su estado físico, urgía instalar un plato de ducha, adaptado para personas con dificultad de movimientos. Su hija insistía también en renovar el váter, tan viejo. Pero eso sí que no. Horacio se negaba con vehemencia. El váter había sido de su amigo Juan Carlos Onetti. Varela se lo había quedado después de unas reformas en su casa, cuando aún se dedicaba a la albañilería, al poco de llegar a España. No era un váter, era historia. Cómo iba a deshacerse de él. Hasta un cliente de El Negro Jefe, escritor, había contado en su día la historia del váter en una novela.

A efectos de costear las reformas de la casa, quería tener liberada una parte de sus ahorros, que Martín había depositado en Futuro. No había tocado ese dinero desde que lo depositó en el nuevo régimen, así que ahora podía ser el momento ideal. Se lo expuso con cierta confusión al atento director, que fingió gusto por las aburridas preocupaciones mundanas de un viejo cliente.

Le pidió su DNI y accedió a todos sus datos: cuentas, inversiones, movimientos, etc. En silencio, con las piernas cruzadas y la espalda recta, los

estudió durante un par de minutos, muy concentrado, con las manos unidas, en posición de oración.

—Horacio —dijo al fin, soplando a una vela inexistente—. Voy a precisar más tiempo para analizar detenidamente la situación. Necesito familiarizarme con su caso. Después de todo, acabamos de conocernos hace veinte minutos. Me gusta ser serio en mi trabajo. Es lo mínimo que se merece un cliente de Caja Nacional de toda la vida, ¿no le parece?

Varela no supo qué decir. Supuso que tenía razón. No se podía conocer el caso de un cliente de más de cuarenta años de antigüedad asomándose solo dos minutos a una pantalla.

—¿Por qué no me da un par de días y volvemos a vernos y tomamos la decisión que mejor le convenga?

Horacio estuvo de acuerdo. Se despidieron con un saludo de mano. Notó vigor en el modo en que el director de la sucursal estrechó la suya. La mantuvo asida durante tres o cuatro segundos. En un saludo ese tiempo equivalía a semanas de tiempo vivido. Casi era otoño cuando se soltaron.

Regresó a casa acosado por sus cavilaciones. Se preguntaba qué habría podido suceder para que Martín abandonase Madrid después de tantos años. Y ¿por qué se había ido a Burgos? Su familia era de Murcia. Con Burgos, que él supiese, no lo vinculaba ningún lazo íntimo. Aunque el asunto, desde luego, no era si ahora estaba en Burgos, o Jerez o Santiago de Compostela. El asunto era el desierto en el que se sumía la contabilidad de Horacio.

Por la tarde habló por teléfono con su hija, que se quedó muy sorprendida cuando su padre le contó lo del traslado. No se imaginaba qué se le perdía en Burgos, como no fuese una novia. Las llamadas para preocuparse por sus vidas se habían espaciado hasta casi desaparecer. Quizá se enviaban algún mensaje por Navidad, o el día de su cumpleaños. Lo demás era raro. Notó desazonado a su padre y lo tranquilizó diciéndole que el nuevo director lo atendería igual o mejor. Solo necesitaría algo de tiempo. Horacio le habló de lo animado que estaba al fin para realizar obras en casa. Su hija, que durante años había tratado de convencerlo precisamente para que gastase el dinero en mejorar el piso, se mostró muy feliz.

—Es la mejor decisión que podías tomar. Esa, y en algún momento pedirle a la asistenta que vaya tres días a la semana, en lugar de uno. Te haría la vida más cómoda.

La asistenta era una discusión recurrente entre padre e hija, pero Estrella

no quería discutir de nuevo sobre ese tema.

Esa noche, cuando Horacio bajó a tirar la basura, volvió a encontrarse con su vecino en el portal. Había sido un día larguísimo. Poco después de que Horacio se marchase, llegaron los periodistas.

—Tocaban en todos los timbres, querían hablar con los vecinos, que contasen lo que habían visto, o lo que otros decían haber visto.

—Chusma —los definió brevemente Horacio—. ¿Quién era al final el muchacho?

—El novio de tu vecina.

—Lo sabía. Pobre. Hace tres días subimos juntos en el ascensor. Llevaba puesta una camiseta del Madrid.

—Una tragedia. Al parecer, anoche tuvieron una pequeña discusión; nada grave, según dijo la chica. Hoy por la mañana él estuvo llamándola por teléfono varias veces y, como no se lo cogía, pensó que tal vez le había pasado algo. Al parecer es diabética, yo no tenía ni idea. ¿Tú lo sabías?

Negó con la cabeza.

—Se presentó en el piso y estuvo llamando a la puerta. Debió de preocuparse de verdad e intentó acceder por la ventana de las escaleras, y entonces se escurrió. —El vecino agachó la cabeza para no imaginar la caída al vacío y el golpe—. No levantaron el cadáver hasta primera hora de la tarde. En casa comimos sabiendo que en el patio teníamos a ese chico muerto.

Horacio acabó el día durmiéndose ante la televisión. A las dos de la madrugada se despertó y se fue a la cama. Por la mañana, sin esperar a los dos días que le había propuesto el director de la sucursal, se presentó otra vez en Caja Nacional. Los nervios lo carcomían. El director estaba reunido, le aseguraron, pero él esperaría lo que fuese. Después de una hora, preguntó si tardaría en acabar y le dijeron que había tenido que salir. Media hora más tarde, apenas lo vio atravesar la sucursal, lo asaltó.

—Empezaba a pensar que me querías dar largas —dejó escapar Horacio tan en broma que le salió en serio.

El director soltó una afable carcajada, por si acaso.

—Pero cómo puede pensar eso. Además, me temo que darle largas es imposible. —Sonrió y le cedió el paso.

Una vez sentados, Horacio le reiteró el deseo de disponer del dinero que Martín había depositado en Futuro, que se suponía ofrecía un rédito superior al del plazo fijo.

—Voy a hacer algunas obras importantes en casa, así que al fin tiraré de mis ahorros. Para eso están, ¿no crees?

Adrián se balanceó en el asiento, con gesto de preocupación.

—Desde luego, Horacio, desde luego. Pero me temo que hay un pequeño problema.

Horacio no se incomodó. Pensó que se refería a que tal vez el ordenador no funcionaba bien, o a que estaban a finales de agosto y a lo mejor la operación convenía ejecutarla entrado septiembre.

—Los pequeños problemas no son problemas, hombre —bromeó el viejo.

—Le llamo pequeño problema a que sus ahorros no son fácilmente reembolsables.

—No entiendo.

—Me refiero a que no puede recuperar esos ciento ochenta mil euros tal como los invirtió.

—¿No puedo? ¿Qué quieres decir con que no puedo? —Horacio empezó a incomodarse ante la dificultad para entender lo que le estaba diciendo el director.

—Me explico. Usted adquirió un producto financiero complejo, no exento de riesgo, en el que no acostumbran a invertir su dinero eso que llamamos los pequeños ahorradores, o las familias.

—¿Yo? Yo hice lo que me recomendó Martín. Me dijo que sería bueno colocar el dinero en ese producto, que corrían buenos tiempos y que equivalía a un plazo fijo, absolutamente seguro. No mencionó nada de riesgos. No sé de qué riesgos me hablas.

—Absolutamente seguro, no. Usted tenía, de hecho, sus ahorros a plazo fijo de un año y los movió a Futuro.

—Martín lo hizo todo, yo no hice nada —agitó las manos hacia fuera, apartando cortinas imaginarias.

—Martín no podía tomar una decisión así si usted no firmaba antes el contrato, asumiendo las reglas que fijan el funcionamiento de estos productos.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo. Yo seguí las instrucciones de Martín y en cinco años no he tocado ese dinero. Está ahí, imaculado. Cada vez que le preguntaba por esos ahorros, me decía que estaban ofreciendo rendimientos. ¿Qué es eso de que ahora no puedo recuperarlo? ¿Dónde está mi dinero?

—Horacio, vamos a pararnos un momento a respirar. —Con las manos extendidas, mirando hacia abajo, llamó a mantener la calma—. Empiezo a sospechar que Martín no le dijo toda la verdad.

—¿Martín? Pero ¿cómo? ¿Tú conoces a Martín? Martín es mi yerno, o lo fue, ¿cómo iba a engañarme? Yo firmaba lo que él me pedía. Nunca me engañó.

—No digo que le engañase. Pero si le dijo que el producto en el que invertía sus ahorros equivalía a un depósito a plazo fijo, lo cierto es que eso está muy lejos de ser cierto.

—Pero, entonces, ¿qué pasa con mi dinero? ¿Dónde está? ¿Ha desaparecido, me lo han robado?

—No, no. Su dinero no ha desaparecido, o al menos no en un sentido estricto...

—¿Sentido estricto?

—Horacio, tengo que serle franco. Futuro ofrece una rentabilidad que no está garantizada, ya que está vinculada a la obtención de beneficios de Caja Nacional, circunstancia que, en el momento actual, no se da.

Horacio Varela se puso blanco. No transmitía la sensación de escuchar, y menos comprender el alcance de lo que le explicaba el hombre calvo con gafas que, para advertir a su vez a la persona que estaba enfrente, necesitaba unas gafas especiales. Su mirada estaba más allá de la pared y él parecía que fuese a desmayarse de un instante a otro.

—¿Se encuentra bien, Horacio? ¿Quiere un vaso de agua? —No esperó la respuesta y salió del despacho. A los pocos segundos regresó con un vaso de agua.

—Beba, le sentará bien. Intente respirar despacio.

Varela tomó el vaso entre sus manos y mojó apenas los labios. Parecía flemático y, sin embargo, hundido hasta un punto que no se adivinaba.

—Martín, pero Martín... —balbució, pensando seguramente en otra cosa—. Pero, y entonces, ¿no tengo nada?

Tan pronto ofrecía muestras de ser consciente y comprender qué ocurría a su alrededor, como su mirada se diluía hasta perder la referencia del horizonte.

—En absoluto, Horacio. Por supuesto que tiene. Quizá dentro de... vamos a decir un tiempo prudencial, unos pocos años, incluso pueda obtener réditos.

—¿Años? Cuando esté muerto, entonces. —Bajó la cabeza, mirando a sus

pies, en busca de respuesta o consuelo.

—No hable así. De todas formas, existen algunas alternativas para recuperar una parte del dinero en unos pocos días.

Al escuchar esto, Horacio volvió a subir la mirada. Recobró cierto color.

—Nosotros podemos intentar vender el producto que usted adquirió a un tercero, de modo que usted...

—Entonces no está perdido, podría...

—No quiero que me entienda mal. Ese tercero, a día de hoy, quizá pudiese adquirir sus acciones por el cincuenta por ciento de su valor.

—Pero Martín...

—Tiene que olvidarse de Martín. —Adrián comenzaba a perder la paciencia. Empleó un tono cortante—. Ahora mismo, quizá podría conseguir que recuperase unos setenta mil euros, no más. Tendría que asumir la pérdida de la mitad de su inversión.

—Esto no tiene sentido. Yo no soy ningún inversor. ¿Tú me ves? ¿Tengo pinta de inversor? Tengo setenta y siete años, tengo artritis, tengo un bastón. Soy un viejo jubilado que solo tenía sus ahorros. ¡Sus ahorros! —Elevó la voz—. Ciento ochenta mil euros, esa es la cantidad que yo tenía a plazo fijo y que un director de Caja Nacional, de esta sucursal, me aseguró que estaría segura si compraba esas acciones, o como se llamen. Me puso un papel encima de la mesa, me dijo que no me alarmase, que me fiase de él, y firmé. ¿Y tú me dices que me podéis devolver setenta mil? Pero ¡qué clase de estafa es esta! —Horacio halló algo de aplomo y se inclinó hacia la mesa del director, sobre la que golpeó con la mano abierta. De repente, parecía otro.

La puerta del despacho permanecía abierta y algunos empleados se volvieron al escuchar las voces. Adrián se levantó y la cerró con discreción. Dirigió un gesto a un compañero para restar importancia a lo que ocurría. Regresó a su silla, que hizo rodar hasta apoyar los codos sobre la mesa y unir las manos. Inspiró aire y lo soltó lentamente.

—Le estoy ofreciendo una alternativa con la que podría obtener liquidez.

—Nada de riesgos: eso es lo que me dijisteis y no que podría quedarme sin mis ahorros. Un producto nuevo para recompensar la confianza de los clientes de toda la vida: eso también me lo dijo un señor que estaba sentado donde tú estás sentado ahora y que por lo visto se ha fugado con mi dinero.

—Nadie se ha fugado con su dinero, Horacio, cómo se le ocurre decir eso. Sus ahorros están con nosotros; simplemente, de momento no puede

recuperarlos, por las características de Futuro.

—Un robo... —La voz de Horacio se devaluó.

Del otro lado de la mesa, el director había tomado un bolígrafo y presionaba un extremo, sacando y ocultando la punta con la que escribía.

—Tal vez pudiese consultar, en deferencia a la clase de antiguo cliente, si cabría la opción de canjear el producto por acciones de la caja, aunque en ese caso también me temo que perdería algo de dinero, pero menos.

Horacio volvió a agachar la cabeza. El bastón se le escurrió entre las manos, cayó al suelo. Cuando quiso recogerlo, su cuerpo estaba demasiado rígido para doblarse. Notó como si el bastón se fuese al fondo del mar, en un descenso que podía bailarse.

—Soy un viejo, esos ahorros son todo lo que tengo.

—Deme unos días y a ver qué puedo conseguir. En agosto no hay manera de resolver nada. Todo el mundo está de vacaciones en Madrid. Esperemos a septiembre, y que la caja funcione a pleno rendimiento y los jefes se incorporen a sus puestos. Quizá entonces podamos hacer algo.

Horacio se empequeñecía poco a poco, hasta quedar reducido a una vida en manos de un bastón. El director aguardó algunos segundos antes de acercarse. Parecía que Varela fuese a quedarse dormido, o a morir de pena. Al fin se levantó.

Atravesó la sucursal. El cambio de temperatura al abrir la puerta y salir a la calle, como si accediese a una ficción, tuvo el efecto de un golpe en la cabeza. Se notó aturdido. De repente, le molestaba la manga de la camisa, una correa de las sandalias, la rodilla dichosa, le sudaba la piel debajo del reloj, la alianza de casado le oprimía los dedos hinchados. Acababa de ser expulsado a un mundo que no reconocía, en el que, en cierto modo, había estado viviendo engañado. Se sentía tan pesaroso que no podía imaginar lo que le había hecho Martín sin experimentar ganas de llorar. No se veía con fuerzas para contárselo a Estrella cuando llegase la hora. Seguramente no iba a creerlo. Ni él lo asimilaba del todo. No tenía perdón que lo hubiese engañado de ese modo cruel, abusando de la confianza ciega que se tenían, después de tantos años y de haber sido familia.

La situación lo sumió en un caos íntimo, difícil de ablandar. Y aquel calor, la luz afilada, los ruidos del tráfico y unas obras próximas, con su polvo, horadando el suelo. Estaba tan aturdido al salir de la sucursal que no fue consciente de que cruzaba la calle con el semáforo en rojo. Lo que viniese a

continuación lo dio por seguro. El tiempo se enmarañó de repente, con violencia. Escuchó cómo detrás de él alguien gritaba: «¡Cuidado!». Su lentitud solo tuvo tiempo de girar la cabeza hacia el lado izquierdo y advertir muy cerca, casi encima, el morro de un coche rojo, cuyos frenos emitieron un chirrido chamuscado. El coche se detuvo a tiempo de evitar una tragedia. Horacio volvió en sí. Continuó camino a casa buscando un pensamiento positivo, algo a lo que agarrarse en lo que quedaba de día, de semana, de vida.

CUARENTA Y NUEVE

Alvarellos se sumó a la cena con los intelectuales avanzada la noche. Entró despacio, sorprendido de estar allí, y pesado, con piedras en los bolsillos, tras una tarde dura de trabajo. Vestía informal, olía a masaje de afeitado y aún tenía el pelo mojado de ducharse rápido. Una imprevista ronda de llamadas a algunos líderes europeos hizo que llegase tarde. Al principio se esforzó en fingir que se encontraba a gusto, pero luego la comodidad simplemente se impuso, sin hilos que la moviesen. El clima no se volvió hilarante, y a la vez ridículo, hasta el final, cuando López Madero levantó su segunda copa de ginebra para brindar. Antes, había hecho un extenuante recorrido por el jerez, el sauternes, el borgoña y el oporto. Estaba borracho. El gin-tonic le temblaba en la mano con cierta belleza, pero aun así jugó a hacer un nuevo brindis. Solo él ya había hecho tres o cuatro, de modo que el interés que suscitaban decaía paulatinamente. Esta vez levantó la bebida en honor a los escritores que había a la mesa, ignorando a un par de pintores, un escultor, un dramaturgo, un filólogo, una editora, un traductor, dos músicos, una soprano, un tenor y algunos actores.

—Por los que pasen a la historia y los que no —expresó.

Algunos siguieron manteniendo sus conversaciones con el intelectual de al lado, lo que molestó parcialmente al premio Cervantes, que se había sentado y se volvió a levantar para hacer un añadido.

—Y eso incluye a un autor costumbrista como tú, Garcès. —Se dejó caer a peso sobre su silla.

Gonzalo Garcès, que no tenía por costumbre beber, salvo whisky, y mucho, hablaba con una vedete de éxito y escuchó su nombre como esas voces que arrastra con prisas el viento, que solo deja en pie la última sílaba.

—¿Qué ha dicho este imbécil de mí? —preguntó a la estrella del espectáculo.

La artista de variedades se encogió de hombros, casi actuando. No acostumbraba a prestar atención a las cosas que no le afectaban directamente.

—Tengo los oídos taponados —aseguró, sin dejar de sacudirse la melena hacia un hombro y hacia otro, acalorada, o víctima del propio gesto.

Garcès, que mantenía una relación inestable con López Madero cuando bebían, se limitó a estudiar qué había en ese momento sobre la mesa. Vio la copa de champán de la artista casi vacía y, articulando un «con permiso», la cogió y arrojó el líquido hacia López Madero, salpicando de paso a Alvarellos. No quedó claro si el gesto fue hostil, bajo la apariencia de broma, o al revés, pero el premio Cervantes acertó a reírse y el desencuentro murió ahí.

Minutos después, Alvarellos puso el colofón perfecto a la velada levantándose y anunciando, muy firme, con las piernas y el tronco de madera, que se tenía que «ir a dormir». Los intelectuales se pusieron mohínos, pero se levantaron.

Cuando todo pasó, y en la Moncloa quedó en pie solo el silencio de las copas mediadas, Alvarellos no se había ido sin embargo a la cama. Estaba demasiado cansado para eso y su cuerpo fingía una gran excitación, que lo desobedecía. Necesitaba más tiempo para recuperar la quietud.

La mañana había empezado con una áspera comparecencia en el Congreso, en la que la oposición vertió unas durísimas críticas hacia el presidente por su «deriva dictatorial», en referencia a la aprobación del anteproyecto de la Ley de Huelga. En una réplica no menos furibunda, Alvarellos calificó al pujante líder del Partido Progresista de «cucaracha de verano, ebria por las encuestas». Por la tarde, el ministro del Interior lo puso al tanto de las últimas novedades y algunos rumores que habían circulado durante el mes de agosto. A última hora aún mantuvo en encuentro con el jefe de los servicios secretos. Esas reuniones, y la ronda de llamadas final, marcaron un inicio del curso político demasiado vertiginoso.

Se entretuvo leyendo algunos informes de inteligencia y, cuando espió el reloj y vio que eran las dos y cinco de la madrugada, todavía estaba lejos de tener sueño. En las próximas horas iba a tomar algunas decisiones cruciales y quiso meditarlas por última vez, no tanto para reconsiderarlas como para calcular algunos efectos. Echó de menos a Leonora, que se encontraba en Sudáfrica para participar en una cumbre sobre medio ambiente. Su consejo le habría hecho bien, pensó. Al menos ahora empezaba a sentirse dueño de sus

pensamientos, sus nervios, sus manos. El agotamiento daba paso al fin a la relajación. Se dirigió al dormitorio y vistió el pijama. Dejó el reloj sobre la mesilla. En el momento de tumbarse, en su último guiño al cansancio, encendió la televisión. En el límite ya del sueño, fue pasando canales siguiendo una inercia crepuscular, hasta llegar a uno donde emitían *Perros de paja*, de Sam Peckinpah. La película alcanzaba en ese momento la escena en que un personaje empujaba a Susan George sobre el sofá y la desnudaba violentamente, aunque muy despacio, para acabar violándola. En mitad de la secuencia, Alvarellos descubrió que tenía el pene durísimo e impensadamente comenzó a masturbarse. Al final se quedó muy quieto, acorralado. La paja era un momento álgido y electrizante, y, al concluir, la vida decaía levemente. Unos minutos después se durmió.

A las seis y media de la mañana ya corría por los jardines de la Moncloa. Trotó durante media hora, a un ritmo suave, en compañía de su entrenador. Hablaron de sus vacaciones. El preparador le contó que había viajado a Cuba con su mujer. Se lo había pasado tan bien, dijo, que Alvarellos concluyó que había sido uno de esos viajes en los que uno estaba el día entero en la piscina del hotel.

Después de correr se metió en la ducha e hizo un desayuno fuerte, mirando los primeros dossieres de prensa. En *Crónica* inauguraban el curso político con un editorial en el que explicaban al Gobierno los deberes que tenía por delante, mientras lamentaban que las vacaciones solo hubiesen servido para que Alvarellos llegase al Congreso igual de irascible que lo había dejado. No creía, en el fondo, que él fuese el mismo Alvarellos al que se refería siempre aquel diario.

Esa mañana despachó asuntos de la agenda del día con su secretaria y el director de gabinete sin demasiada trascendencia. Había ordenado que convocasen al vicepresidente para la una de la tarde. No sabía si estaba en España, pero la secretaria acababa de hablar con su gabinete, donde confirmaron que se encontraba en su despacho, en una reunión de presupuestos, que habría que enviar al Congreso en unas semanas para su tramitación, debate y aprobación. Antes, a las once y media, el presidente recibió al director del Centro de Investigaciones Sociológicas, que le presentó la versión definitiva de la nueva encuesta electoral. Quedó satisfecho con los últimos ajustes. El Partido Conservador revalidaría su mayoría absoluta.

Al acabar la reunión, se quedó solo en el despacho y repasó una vez más la

encuesta. Después de dos llamadas que no quiso atender, del dueño de la Fórmula 1 y del ministro de Exteriores, ordenó a la secretaria que no le pasase ninguna más hasta que llegase Niza. Permaneció media hora sentado, sin moverse, solo pensando. Entonces, pidió que lo pusiesen al teléfono con la canciller alemana y con el presidente francés. Tenían asuntos pendientes y alguno nuevo, que quiso someter a su consideración.

Niza llegó puntual, pero tuvo que esperar más de media hora a que el presidente acabase de hablar por teléfono.

Hacía un mes que no se veían y se estrecharon las manos con renovado entusiasmo. O tal vez solo lo pareciese.

—Tienes muy buen aspecto —observó Alvarellos, que extendió un brazo junto al de Niza para comparar sus bronceados—. Se nota que has estado en Mallorca.

Emplearon varios minutos en contarse sus vacaciones, y entonces pasaron a tratar cuestiones relacionadas con los presupuestos y algunas prioridades de gasto que afectaban a Cataluña y País Vasco. Nada que no se repitiese cada año. Las señales de rutina hicieron creer a Niza que asistía a una reunión de trámite, típica de septiembre, cuando el pesado mundo se ponía en marcha de nuevo y sus hierros crujían.

—¿Hace cuánto tiempo nos conocemos? —preguntó de repente Alvarellos, para desconcierto del vicepresidente. El interrogante levitó un solitario segundo, a semejanza de esos objetos que caen al agua y no saben si tienen que hundirse o flotar.

—Buff. Mucho. Demasiado. Todavía no habíamos nacido, me parece.

—No, en serio. ¿Recuerdas el momento preciso en que nos vimos por primera vez?

—Supongo que fue el primer día de clase en la facultad.

—No. Yo acudí al primer día de clase, pero tú aún tardaste una semana en presentarte. Nos vimos en el baño, a primera hora, antes de entrar. No sabíamos si estábamos en la misma clase, ni siquiera en el mismo curso. Unos minutos después, coincidimos en el aula. Pero esa fue la segunda vez que nos vimos. La primera fue meando.

—Envidio tu memoria. No recuerdo nada de eso. De hecho, no recuerdo nada de mi primer año en Derecho —dijo un Niza que luchaba por superar el registro grave y pasar al cómico.

—Y dime, ¿todavía lees a Shakespeare de vez en cuando?

—¿Te ha dado un ataque de nostalgia?

—Yo leo a Shakespeare en verano, un par de obras cada año.

—Eso está muy bien. Shakespeare siempre será Shakespeare. Hay en él algo nuevo cada vez.

—Estoy de acuerdo. Nunca dejo de maravillarme de lo hondo que escarba en el alma humana, con esos personajes admirables pero imperfectos, capaces de ejercer el bien y el mal sucesivamente. Ningún gran sentimiento es ajeno a su obra: la ambición, el amor, la muerte, la avaricia, la traición.

Alvarelos se levantó de su sofá y dio un pequeño paseo, ante la mirada de Niza, que lo siguió con la vista, sin moverse de su silla. El presidente regresó y le clavó los ojos, que eran lo único que tenía para clavarle.

—¿Sabes qué?

Niza alzó las cejas, a la espera de que lo alumbrase.

—Ya no confío en ti. No te reconozco. No sé quién eres. Te miro y eres otra persona.

El vicepresidente se removió en su asiento. No sabía qué estaba pasando, pero adivinó el dramatismo.

—¿A qué viene eso? —preguntó nervioso, ignorando por qué estaba nervioso.

—¿No lo sabes?

—¿Qué debería saber?

—Estoy asimilando tu traición. Me has traicionado a mí, que nos conocemos desde los dieciocho años, y me parece durísimo. Pero lo peor de todo es que has traicionado al presidente del Gobierno de tu país.

—Pero ¿qué estás diciendo? —No se sentía cómodo allí sentado, dirigiéndose a alguien que permanecía de pie. Por otra parte, levantarse podía no ser la mejor decisión.

—He sabido que te postulas para sucederme. Nada menos.

El vicepresidente blanqueó. Necesitaba frases, verbos, locuciones, adverbios que de pronto no encontraba.

—¿Qué te ha hecho pensar que ha llegado la hora de que me vaya?

Niza ya no podía esconderse. Había sido descubierto, quizá a su vez también traicionado. Tenía que reaccionar.

—Me parece que nos dirigimos al desastre y no quieres verlo. Tal vez sea el momento de que pienses menos en ti y más en el partido y en el país.

—Pero... ¿quién te crees que eres? ¿Has ganado algunas elecciones?

¿Sabes cómo funciona un partido político? ¿Hablas con la gente en el idioma de la gente? ¡Pero si eres un tecnócrata!

—A veces no es cuestión...

—Desde luego que es cuestión. ¡Yo soy el presidente del Gobierno! —Se golpeó el pecho—. ¡Yo, solo yo, con estas manos, he ganado tres elecciones generales por mayoría absoluta! ¡Yo! ¡Tú no eres nadie! ¡No durarías ni tres días con vida en este partido!

—Pongamos que tengas razón.

—¿Pongamos?

—Tienes razón. Eres el presidente, has ganado elecciones tú solo, mandas en el partido con mano de hierro, sabes cómo hablar a los tontos ciudadanos que nos votan. Nada de eso va a servir para ganar las próximas elecciones. El país ha cambiado.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Tus amigos de la banca?

—Las encuestas lo dicen.

—¿Ves como eres un técnico? ¿Ves por qué nunca podrás liderar un partido? ¡Yo solito me valgo para convertir todas las encuestas que dicen que no vamos a gobernar en mi cuarta mayoría absoluta! —Alzó un dedo—. Conozco al pueblo español y es tan estúpido que no votará pensando en si robamos mucho o poco, sino en si a veces pueden robar ellos, y pagar menos impuestos, y tener un trabajo temporal, poco cualificado, y que lo tengan sus hijos, y a cambio comprarse un coche nuevo cada diez años. Los votantes no se inspiran en los principios de la Ilustración. Se limitan a elegir un bando y después adoptan los principios de ese bando. ¿A cuánta gente conoces que reúna información, datos, y deduzca de ellos conclusiones que después emplee para decidir a quién quiere votar? La gente elige a quién quiere pertenecer y a continuación elige aquellos datos e informaciones que apoyan las posiciones de los suyos.

—Pero la corrupción...

—¡Gilipolleces! —Cortó el aire con un manotazo—. ¿De qué corrupción me hablas, de la tuya, de la de los presidentes autonómicos, los presidentes de diputaciones, de nuestros alcaldes, de los empresarios que no aseguran a sus empleados, de nuestros amigos que evaden impuestos? Todos somos corruptos, desde el principio de los tiempos.

Sonó el teléfono del despacho. Alvarellos se acercó a él a enormes zancadas, haciendo temer que lo lanzaría por la ventana. Pero solo lo

descolgó y lo colgó de nuevo.

Niza negó con la cabeza, decepcionado.

—¿Qué? —preguntó Alvarellos al descubrirlo.

—Sabes tan bien como yo que vamos hacia una crisis donde muchos de esos españoles estúpidos que nos votan van a perder su empleo, y quizá dejen de pagar sus hipotecas y sus préstamos y pierden sus casas, y sus hijos tengan que emigrar. Y culparán de ello al Gobierno.

Alvarellos iba a decir algo, pero al final apretó los labios y apuntó con un dedo al vicepresidente. Lo señaló con rencor, con odio.

—Debería cesarte fulminantemente, convocar a los medios y anunciar que he perdido toda confianza en ti. Nunca te podrías recuperar de una humillación así, ni aunque pasasen cien años. Pero no lo voy a hacer.

Niza inclinó la cabeza. El cuerpo se le hizo huésped. Le sobraban las manos, le temblaban los músculos de la cara, sus ojos vibraban como si pasase un tren cerca, no sabía si tenía los pies fríos o calientes, la corbata no era suya y la chaqueta le daba un calor horrible.

—Te ofrezco una salida honrosa. —Alvarellos se dejó caer sobre el sofá. Hizo descansar una pierna sobre la otra—. Incluso te proporcionará prestigio.

Niza lo observó sin reproches, derrotado. La ambición acababa de matarlo.

—Presidirás el Banco Central Europeo. En noviembre, ya sabes, se renueva su presidencia, y Alemania y Francia están dispuestos a apoyar tu candidatura. Acabo de hablar con el presidente y la canciller. Coinciden en que respondes al perfil. Mantendremos tu baza en secreto, para no quemarte. Aquí se interpretará el salto a Fráncfort como un paso más en tu prometedor carrera. Y para España será un hito presidir el Banco Central Europeo. Nos ayudará a fortalecer la imagen de gobierno fuerte e influyente.

Se escucharon varios silencios alrededor de sus bocas apretadas.

—¿Y bien?

Niza miró hacia el techo, y después, entrecruzando los dedos de las manos, a Alvarellos.

—Creo que voy a rechazar tu oferta.

—¿Acaso crees que podrás presidir el Banco Central Europeo en otro momento, o que habrá segundas proposiciones?

—Eres muy generoso y nunca olvidaré que, en esta hora de no retorno, me ofreciste una salida honorable. Pero no quiero aburrirme durante ocho años estabilizando los precios de la eurozona, y subiendo o bajando los tipos

cuando lo diga el ministro de Economía de Alemania.

—¿Sabes que España nunca tendrá ocasión de presidir ese organismo si no es ahora, contigo?

—¿Me pides un sacrificio?

—Sería un sacrificio por tu país. Y una expiación.

—La vida es muy corta como para asumir algo así. Hay otras formas de pagar los pecados.

—Tal vez sea tu gran oportunidad.

—Aceptaré salir del Gobierno. Alegaré razones personales, si así lo deseas, para no despertar especulaciones y que mi marcha no te perjudique. También renunciaré al escaño en el Congreso, aunque nada me obligue. Tú podrás lanzar un mensaje de renovación y decir que el Gobierno se prepara para los nuevos retos. No sé. Hay mil maneras. El pueblo español, tú mismo lo dices, lo admite todo. Lo haremos como tú quieras y cuando tú decidas. No seré una molestia, puedes estar seguro, tienes mi palabra, desapareceré, nadie hablará de mí después de una semana, no concederé entrevistas, estaré un par de años fuera de la circulación. Me retiraré a escribir un ensayo, que es algo que quiero hacer desde hace años.

—Hoy me has decepcionado dos veces. —Se incorporó y estiró las perneras de los pantalones—. Levántate, por favor.

Niza obedeció.

—Seguirás desempeñando tus funciones hasta que te indique lo contrario. Entonces, para salvar tu honor, me presentarás tu dimisión. Escenificaremos una cordial salida, le entregarás la cartera al nuevo ministro y, cumpliendo tu palabra, te retirarás de la circulación durante una larga temporada. Si leo o escucho algo relacionado con tu hipotética salida del Gobierno, daré por hecho que has roto la confidencialidad de esta conversación y me empeñaré personalmente en destruirte. ¿Entendido?

—Entendido.

Se estrecharon las manos y Niza salió del despacho. Alvarellos le dio la espalda y regresó a su mesa. Abrió la carpeta con la encuesta del CIS y volvió a repararla. En ese preciso instante, tuvo la intuición de que comenzaba el reto más importante de su carrera. Empezaba a descontar el tiempo en un reloj imaginario. Se preguntó si tendría aspecto de cadáver político. Niza había sido el primero en hacer esa suposición y no había sobrevivido a la conmoción de su descubrimiento. Alvarellos pensó que iban

a ser necesarios más que unos pocos conspiradores para acabar con él. En la gente carismática, se dijo, había algo de inmortal, o al menos de irreductible. Recordó a Miles Davis, cuya autobiografía había leído durante las vacaciones. El músico de Illinois se vio envuelto en un complot para matarlo. Una noche, después de actuar en un club de Nueva York, conoció a una chica y la llevó a su casa. Cuando llegaron, detuvieron el vehículo y comenzaron a besarse. De pronto, un coche ocupado por tres negros, como Miles, se paró a la altura de su Ferrari rojo. Le dispararon cinco veces a través de la puerta trasera. Por suerte, Miles llevaba puesta una buena chaqueta de cuero. No le hicieron ni un rasguño. En ese modo de sobrevivir a los suyos se vio reflejado de repente Alvarellos. Después de algunos minutos, regresó a la acción. Su mundo parecía patas arriba, pero intuyó —y la intuición equivalió a un rayo filtrado en la oscuridad total hasta romperla en mil añicos— que ese estado de patas arriba era el que ponía a salvo la vida de sus propias dificultades.

CINCUENTA

Los nervios le cuchichearon algo al oído que Riezu no entendió. Tal vez se refiriesen al resultado, adverso. El Valencia se había adelantado con dos goles. Riezu avanzó hacia la zona vip a pequeños pasos, para no tropezar con la luz. Dejó atrás el palco sin volverse. Esa melancolía con la que parecían suceder en los primeros partidos de la temporada las ocasiones falladas, los goles, las tarjetas injustas lo sumía en la indiferencia. Creía que todo tenía aún solución y que pronto llegarían las segundas oportunidades, que los equipos verdaderamente grandes como el Madrid nunca desaprovechaban. Por eso eran grandes, porque sabían esperar el momento preciso, antes de que fuese tarde.

—No me fío de vosotros —observó el presidente del Valencia, mostrando humildad y respeto hacia el rival.

—Haces bien. En todas las historias se reserva lo mejor para el final —afirmó Riezu, que sembraba la duda de si hablaba de fútbol o de la vida en general. Iba a decir algo más, pero se cortó abruptamente y pidió al presidente valencianista que lo disculpase.

Se reencontró con Niza, que desabrochó y abrochó la chaqueta, y rechazó la copa que le ofreció en una bandeja un camarero. Después descansó una mano blandamente sobre el hombro de Riezu. Le pareció que necesitaba de alguien que lo reanimase.

—Si no fuese por estos encuentros que nos parecen una mierda, la vida se volvería horrible. Imagina un equipo que gana todos los partidos del año. Qué catástrofe. Los días serían maravillosos, pero iguales —dijo Niza.

—Yo todavía aprecio la rutina de ganar a todas horas, aunque sea desde el principio.

—Entonces no hablemos de fútbol. Te contaré una historia que empieza bien y acabará mejor: el ministerio de Industria ha aprobado dos líneas de

financiación, de cincuenta y sesenta millones, para tu alianza con Gunther para la producción de silicio purificado. ¿Estás más contento ahora?

Riezu dibujó un movimiento parco, para hacer pasar una noticia maravillosa por una noticia descafeinada. A lo largo de los años había aprendido a ponderar los alborozos.

—No sabes la alegría que me das —dijo serio, tocándose el corazón.

—Ha habido que salvar algunas presiones. Algunos querían que esos préstamos recayesen en otras filiales.

—De todas formas, para el tercer y cuarto año de la planta necesitaremos casi cien millones.

—Lo sabemos. Pero vayamos paso a paso. A un padre no hay que enseñarle a hacer hijos —lo tranquilizó Niza, que de nuevo le puso una mano en el hombro, y lo instó a volverse y mezclarse con toda aquella gente, de lo más atractiva en muchos aspectos, que se paseaba por la zona vip. Trazó una circunferencia con el brazo, que simuló un paso de baile, invitándolo a disfrutar de cuanto lo rodeaba, que era suyo.

Niza acarició a su vez el instante, ligero y acrisolado, en el que vio aproximarse hacia él a García-Frost, que en su estilo, y a su edad, despertaba el atractivo de lo eterno. Aún era una mujer fascinante, en cuyo interior el mundo giraba como una noria encendida. Se sonrieron a oscuras y se abrazaron mediante adivinanza.

—Ya te estoy extrañando —aseguró Niza, que después del abrazo se quedó con las manos de García-Frost dentro de las suyas.

—Lo sé. Por eso he vuelto al palco, porque aquí no existe el tiempo, nada muere. Allí a donde mires ves el ayer, el hoy y el mañana. Es decir, siempre hay mucho dinero en juego.

El vicepresidente le rozó un brazo y advirtió que podría enamorarse de cualquier mujer para los siguientes treinta años, sin excluir a la exalcaldesa. Estaba a punto de soñar que se arrojaría a sus brazos si le daba la oportunidad de cenar con él después del partido, pero en ese momento un hombre de aspecto triste, casi contagioso, se sumó a ellos, casi tapando la luz con su aspecto. Era el secretario general del Partido Progresista.

García-Frost se escurrió como una brisa y cayó a otros brazos. Los hombres se saludaron afablemente, aunque su relación era de indiferencia. El líder progresista venía criticando con mucha dureza la política económica del vicepresidente, al que acusaba de vender a trozos el país a sus amigos

neoliberales. Restaba importancia a los millones de empleos creados con el argumento de que todos esos nuevos trabajadores habían perdido derechos laborales, y en muchos casos habían empezado a ser pobres. Pero más grave que eso, pensó Niza en ese momento, era que tenía carné de socio del Barça.

—No habéis empezado demasiado bien. —Sacó pecho el secretario general del Partido Progresista, alegrándose de las desgracias ajenas.

—En fútbol, al igual que en política, es fácil desinflarse.

—A lo mejor deberíamos pactar un empate —bromeó. El líder progresista llevaba meses proponiendo a Alvarellos pactos de Estado, que el presidente ignoraba, fiel a su teoría de que un gobierno con mayoría absoluta nunca pactaba con un jefe de la oposición emergente. En política a veces las normas eran sencillísimas.

—En algunas culturas, pactar es la última salida —dijo para seguirle el juego, a punto de añadir que había que ser demasiado demócrata para interesarse en los puntos de vista contrarios, casi siempre equivocados.

Tal vez conscientes de que las bromas se volvían patéticas si se alargaban, se dieron la mano y buscaron nuevas compañías. En ese minuto, era lo que sobraba.

Riezu, que se había distraído en otras conversaciones, desembocó junto al vicepresidente.

—Veremos cuánto dura; ha empezado demasiado bien —dijo en referencia al líder progresista de nuevo.

Casi sin darse cuenta, la pareja que formaban se convirtió en una pequeña parte de un círculo, en el que ahora se integraban el fiscal general, el ministro de Cultura, el presidente del Bank of London y el embajador de México, país en el que Riezu contaba con hacer negocios en los próximos meses. De la nada también apareció Claudia Aibar, radiante y perseguida por sus propios espavientos. Se abrazó a Niza y el movimiento obligó a Riezu a dar dos pasos atrás. Fueron los pasos más largos de su vida. Le pareció que caía en un remolino del tiempo. Se miró los pies, por si no hubiese suelo, y lo que vio en ese momento fueron los pies del secretario general del Madrid mezclados con sus muletas. Hacía diez días que había salido del hospital, después de varias semanas convaleciente tras una caída en la ducha.

—Estás en plena forma —observó Riezu, que quiso animarlo.

—Salvo porque no tengo una tercera mano para sujetar una copa, sí, estoy bastante en forma. Mejor que nunca.

—¿Quieres que te dé de beber?

—Evitemos esa ridiculez.

El director general espía al embajador, que había entablado una conversación con el fiscal general sobre las dificultades que tenía su país para perseguir a los grandes narcotraficantes. A su lado, el ministro de Cultura hablaba con un magnate de los astilleros y su novia argentina.

Miembros de repente de un mundo desligado, íntimo, aunque parte del único que existía, y que estaba allí, poblado por gente a la que podían tocar solo estirando un brazo, Riezu y el secretario del club se miraron y compusieron muecas cómplices. Se apartaron unos pasos del grupo, quedando cara a cara, muy próximos.

—Y ¿cómo van las cosas por casa?

Riezu miró el techo y removi6 su copa, esperando que se convirtiese en una chistera que a su vez podría convertirse en cualquier cosa capaz de hacer variar los hechos. Su estado de ánimo, a raíz de las fotos de *Paris Magazine*, y todo lo que eso desencadenó, había decaído notablemente. Algunos días, cuando se despeñaba por algún pensamiento oscuro, se veía como un paraguas roto. Había empezado a acudir a terapia. El impacto de las fotografías había escapado a todo control. Ahora, confesó, tenía a todas horas la sensación de que alguna gente lo miraba y veía a un hombre a punto de perderlo todo por una mujer treinta años más joven. Poco a poco, por suerte, se había ido librando de la humillación y la culpa. Había recuperado aplomo, aunque la tristeza y el abatimiento siguiesen con él. Ese era un duelo inevitable, había que pasarlo. Ya no se sentía temeroso e inseguro cuando lo rodeaban muchas personas.

—Me he tenido que ir de casa, eso sí.

—¿Hasta ese punto están las cosas mal?

—Ni nos hablamos. No quiere saber nada de mí. De pronto, me aborrece. Allá a donde va, y te sorprenderías de la cantidad de sitios a los que ha empezado a ir ahora, me pone verde. Dice unas cosas... Lo peor de todo es que mi hija está con ella. También me odia. El día que saltó todo, cuando la revista publicó las fotos y empezaron a hacerlo el resto de medios, me escribió un mensaje terrible, terrible —enfaticó—, de esas cosas que hunden a un padre para siempre. «Ojalá se estrelle el avión de vuelta y os matéis». Mi propia hija.

—Qué horror.

—Cuando cierro los ojos, en esos momentos en que no consigo pensar en otra cosa, veo ese mensaje todo el tiempo.

—Yo me he divorciado dos veces y siempre de maravilla. He tenido suerte, supongo. Nada se compara a una buena separación, con una exmujer razonable, con ganas de pasar página y olvidarte para siempre.

—No la conozco de nada. Treinta y tres años casados y puedo decirte que no la conozco. Es otra.

—Suele pasar.

—Mañana tenemos la primera reunión. Ha contratado a un bufete de abogados de París.

—No se anda con bromas.

—No quiere un acuerdo.

—Al final siempre quieren un acuerdo, pero cualquier estrategia de defensa pasa por hacer ver que no desean llegar a un entendimiento para sacarte la mayor cantidad posible.

—Siempre se reía cuando eran otras las víctimas de engaños y sus maridos aparecían en las revistas con sus amantes. La vida da demasiadas vueltas, para mi gusto.

El diálogo se interrumpió en ese punto. El partido estaba a punto de reanudarse, y en uno de esos segundos en los que la vida manda, y las pequeñas personas solo pueden someterse a sus órdenes, acatando que son marionetas, la realidad los devolvió a sus asientos. Una fuerza que desconocían, como incautos que eran, los guio por los siguientes minutos, y cada uno pensó en sus problemas, o no pensó en absoluto, creyéndose dueño de su destino, o quizá solo de su tiempo. Al menos Riezu flaqueó en su ambición y se sumió en la sensación inhóspita, después de muchos años, de no creerse invulnerable. En algún sentido se creyó a la deriva. Al fin sabía que la felicidad se reducía a una ficción. Un día se presentaba el minuto fatídico y todas las verdades se tambaleaban. Las más sólidas se rompían primero y lentamente se resquebrajaban las demás; en último lugar caían también las mentiras, que de repente se habían vuelto la única esperanza.

El Madrid llegó a tiempo de empatar el partido y aun en los instantes postreros ganar, columpiándose en un milagro en el que solo otro milagro creería. La alegría lo maquilló todo. Riezu abandonó el estadio en cuanto pudo. No se fiaba de la victoria, o de lo que la victoria llevaba consigo: aquel júbilo que lo enmascaraba todo, posponiendo no se sabía el qué. En el

aparcamiento lo aguardaba el chófer. Se adentraron en la ciudad, él bajo el efecto de salir a un desierto en el que la noche lo absorbió de un suspiro. Veía las estrellas sobre su cabeza, pero sin conseguir orientarse. Eran demasiadas, millones. Estaba perdido.

—¿A qué casa vamos, presidente? —preguntó el chófer.

Riezu sonrió con desafecto. Solo en Madrid tenía ocho viviendas. Fue otra vez consciente de hasta qué punto era un hombre a la deriva, aplastado por su poder. En cierto sentido, no tenía un sitio donde vivir, un lugar al que pudiese llamar hogar, su casa, y que de verdad lo fuese. Atesorar una de las fortunas más grandes del país lo había conducido hasta ese punto. Se sumió en una sensación desapacible. Poseía tanto dinero que en el fondo, pensó, no tenía nada, o no eso tan necesario que se construía con cuatro tablas a cambio de que la familia se metiese debajo y no pensase en las tablas, sino en la familia misma.

Desde la separación no se había instalado de una manera estable en ninguna de sus residencias. Algunos días dormía en el chalé de Las Rozas. Durante las vacaciones en Mallorca lo hizo en la residencia de S'Estaca, en la costa de Valldemossa a Deià, y algunos días incluso en el yate, frente a alguna cala. A la vuelta a Madrid se repartió entre el piso de Serrano y el de Velázquez.

Pensó y pensó. Primero en qué casa iba a dormir, y después en qué sería de él mañana, y al día siguiente y dentro de seis meses. Y entonces, como si notase que un brazo desconocido se apoyaba en sus hombros, supo que quería ir al piso de Serrano y sentarse ante el Fischl y mirarlo durante horas, y que aquella escena cotidiana le relatase su vida desde los días lejanos en los que todavía nadie la había pintado. Al entrar notó fantasmas, pero se dejó abrazar por la casa vacía, mientras la cruzaba encendiendo todas las luces, y al poco la recorrería para apagarlas, en una búsqueda del control de su vida.

CINCUENTA Y UNO

El tiempo estaba en vertical, sin posibilidad de sosiego, erizado. En secreto, la Moncloa se volvió un hervidero, con coches yendo y viniendo constantemente, y gente que entraba y salía del despacho de Alvarellos sin una pauta, y acaso ahí se encontraba la pauta. Unas huellas borraban las anteriores. En algunos casos, las visitas llegaban, se reunían con el presidente, se iban y, un par de horas después, cuando la vida parecía irrepetible, volvían a ser convocadas para otra reunión. Solo el entorno de colaboradores más íntimo de Alvarellos sabía qué estaba pasando. Y aun así, cabía la posibilidad de que no lo supiesen todo.

La primera en desfilas por la Moncloa había sido Claudia Aibar. La responsable de Caja Nacional llegó risueña, desplegando unos pasos que siempre avanzaban en pos de algo importante. Se reunieron durante una hora, sin testigos, en el búnker. Cuando abandonó el edificio, el rostro de Aibar había adquirido una textura árida, inexpugnable, que no dejaba entrar ni salir nada, incluida la luz.

Ya era de madrugada cuando regresó. Esta vez la reunión se prolongó solo unos minutos y se citaron en el despacho. Para entonces ya solo estaban ella, Alvarellos y el director del gabinete, perfectamente derrotado. Hicieron algunas bromas, producto del cansancio, y lanzaron algunos pronósticos de lo que iba a deparar el día de mañana en ciertos círculos. Alvarellos, cuando estaban a punto de decirse un breve adiós, con beso, se interesó por unas protestas que se habían producido ante algunas sucursales de Caja Nacional, según le había contado el ministro del Interior, que se había encontrado con una saliendo de su casa. Aibar le restó importancia y atribuyó las manifestaciones a un malentendido al que estaba dando lugar un producto financiero, que algunos pequeños inversores creían exentos de riesgo. Todo se quedaba en una anécdota, salvo porque en una oficina varios exaltados

habían causado destrozos.

Se caían de cansancio y se despidieron. Alvarellos se quedó todavía un rato en compañía del director del gabinete, que había perdido la cuenta de las caras que había visto pasar ante él ese día. Algunas eran familiares, pues acudían a los consejos de ministros de los viernes; otras simplemente conocidas, y el resto engrosaba un grupo que comparecía por primera vez en la residencia del presidente. A la una y media de la madrugada, con la Moncloa casi vacía, Alvarellos lo convocó una vez más al despacho. Empleó los pequeños formalismos de un padre hacia un hijo.

—Siéntate ahí, por favor. —Y señaló la silla que había al otro lado de su mesa.

Su colaborador reparó en la libreta de anillas, con tapa roja, que Alvarellos mantenía abierta y en la que había estado tomando notas con demencial letra. Ese cuaderno barato y un bolígrafo común eran todo lo que había sobre la mesa. Era una norma de estilo: casi nada sobre la mesa. El presidente odiaba los lugares de trabajo atestados. Su evolución en la presidencia se retrataba perfectamente sobre el vacío hacia el que poco a poco se habían ido decantando sus mesas a lo largo de los años. Hubo un día, quizá en la primera semana, que en su mesa se agolpó todo a la vez: lápices, dossieres abiertos, gafas para leer, tapas de bolígrafos, ordenador, libros desplegados boca abajo, pósits garabateados, libretas, bolígrafos sin tapa, libros sin abrir, apilados en forma de rascacielos... Pero el tiempo labró otro tipo de mesa, o quizá otra clase de hombre. En parte fue un milagro, pues ¿qué hay más complejo que ordenar una mesa? Con el paso de los años, sin embargo, se ordenaba sola y cada objeto buscaba su cajón, su estante, su papelería, su bolsillo, su verdadero dueño.

Alvarellos hizo rodar la silla hacia atrás. Iba a decir algo, pero no quería hacerlo enseguida, tal vez sin un preámbulo, con su mímica y sus sonidos de ambiente.

—Se agradece esta tranquilidad. Ojalá fuesen todavía las ocho de la tarde. Saldríamos de aquí con la sensación de que aún nos queda una parte del hoy por disfrutar.

—Eso parece un lamento. ¿Qué hora es? —preguntó Alvarellos.

—La una y media.

—¿De la mañana?

—No quieras hacerte el gracioso.

—Es cierto —admitió Alvarellos—. Así que ahora, aunque pueda parecer un poco tarde, vamos a hacer una última llamada. Anímate, quiero que la hagas tú. Vas a telefonar a Niza y le vas a anunciar que mañana el presidente decretará su relevo y dará a conocer al nuevo ministro de Economía.

El director del gabinete se esforzó en no parecer sorprendido.

—¿En serio quieres que lo haga yo? —preguntó, poniendo el acento en lo menos relevante.

—Tienes que hacerlo tú.

—¿Ahora?

—Aquí y ahora, delante de mí.

—Va a resultar un poco humillante para él, ¿no crees?

Alvarellos asintió.

—Se merece una salida así, deshonrosa —confirmó.

El director de su gabinete se movió despacio hacia el teléfono. La secretaria se había ido, así que pidió al gabinete telegráfico que lo pusiese con el vicepresidente.

Alvarellos lo miraba con curiosidad, sin pestañear.

—Hola, Héctor, soy yo.

—Qué sorpresa, ¿pasa algo?

—Espero no haberte despertado.

—Me acuesto tarde, ya sabes. ¿Va todo bien?

—Bueno, siempre pasan cosas, esto es el Gobierno, qué voy a contarte.

—Me llamas desde la Moncloa, así que supongo que algo pasa, sí.

—Dentro de unas horas el presidente va a decretar tu relevo, así que imaginarás que esta no es una llamada fácil para mí. A decir verdad, estamos todos un poco desentrenados. En los gobiernos de todos estos años apenas ha habido relevos, salvo cada cuatro años.

—Supongo que tenía que suceder en algún momento. No me coge por sorpresa, aunque, para serte sincero, esperaba que esta llamada la hiciese el presidente en persona. Incluso esperaba, si me apuras, que me convocase a la Moncloa para comunicármelo, como si fuese una de esas viejas tradiciones que sobreviven en los palacios presidenciales aunque transcurran muchos siglos.

El director del gabinete miró a Alvarellos, que permaneció impasible, casi ausente.

—Lo siento. Ha sido un día de locos. Como ves, tampoco es una hora muy

normal.

—¿Y quién va a relevarme, si puede saberse?

Otra vez el director del gabinete miró a Alvarellos, que negó suave, gélidamente con la cabeza.

—Me temo que no puedo decírtelo —añadió con esa clase de frases que invitaban a su interlocutor a no creerlo en absoluto.

—En ese caso, procuraré estar atento a la prensa para mantenerme informado.

Juntos resbalaron a un silencio compartido. Era el momento de despedirse. Lo hicieron con buenos modales, deseándose suerte para el futuro.

—Perfecto —observó con sequedad el presidente, que golpeó la mesa con satisfacción y se puso de pie.

La vida quedó interrumpida hasta la mañana siguiente, cuando él y sus colaboradores volvieron a reunirse en su despacho. Presidencia convocó de urgencia a los medios de comunicación para las doce de la mañana, sin concretar el motivo. Habría una declaración sin derecho a preguntas. Eran expresas órdenes de Alvarellos. Después de catorce años, el presidente del Gobierno solo conseguía soportar la presencia de periodistas delineando fronteras para que los pies no se confundiesen de sitio. Entre ellos y él habría siempre una distancia de hierro, un camino imposible de completar. Los separaba una desconfianza fructífera, que actuaba de muro. Ese hastío mutuo los protegía, aunque sin llegar a separarlos demasiado, porque también la lejanía y el adiós eran irrealizables.

—Y pensar que hace tan solo unas horas la semana prometía ser aburrida —dijo Alvarellos. Su director del gabinete y la secretaria de Comunicación lo miraron sin añadir nada.

Alvarellos parecía la única persona satisfecha con el fin de las vacaciones y la reanudación del trabajo, con sus hostilidades asociadas.

—Me gusta septiembre —añadió, víctima de uno de esos estados en los que se mezclaban la alegría y la tristeza.

En un razonamiento inimitable, sostuvo que le gustaban tanto las vacaciones que también amaba cuando se acababan. Regresar a casa y retomar lo viejo, que había estado descansando hasta parecer nuevo, constituía una parte del viaje provista de su propia emoción. Pensó que en ese instante en el que uno arrastraba las maletas como si llevase dentro su propio cadáver, cansado de haber visto cosas nuevas todo el tiempo, agradecía ver

cosas viejas al empujar la puerta de casa. Las rutinas, tan odiosas por tantas razones, producían compasión una vez se recuperaban al adentrarse en septiembre.

Entre los nervios de sus colaboradores, la tranquilidad de Alvarellos flotaba y fingía tener color. Desconcertaba sobre todo su frescura. Solo había dormido dos horas y parecía que hubiese descansado plácidamente la noche entera.

—Es injusto —lamentó la secretaria de Comunicación mientras estudiaba su rostro en un espejo de mano.

—Guarda eso. Te sentirás mejor —le aconsejó el director del gabinete.

Apenas la convocatoria de comparecencia llegó a los medios, comenzaron a arreciar las llamadas. Pero en Presidencia se decretó el silencio y en el departamento de prensa se remitían al anuncio que haría el propio Alvarellos.

A las doce en punto, con traje y corbata azules, provisto de las gafas para leer, el presidente se dirigió al fin al atril de la sala de prensa. Había decenas de cámaras y periodistas, algunos de los más aborrecidos por el presidente. Cuando los flashes le concedieron un respiro, sonrió muy serio, hosco, casi de mal humor, y desplegó la libreta roja de anillas en la que había estado tomando notas el día anterior. Se volvió a un lado para toser y después anunció que comparecía para dar cuenta de «una amplia renovación de su gobierno». Por un segundo, nadie tomó nota. Las manos se fingieron fantasmas. Incrédulos, los periodistas presentes primero miraron al presidente y después lo hicieron entre ellos, en busca de solidez.

En un tono natural, opuesto a grave, Alvarellos justificó su decisión en la incertidumbre del escenario internacional, después de la quiebra de algunos bancos hipotecarios estadounidenses. Quizá el mundo estuviese cambiando muy rápido, no necesariamente a mejor, y pretendía que España afrontase el nuevo marco en una posición de fuerza, dijo. Si se había en algún momento perdido terreno, pretendía recuperarlo. Quería un gobierno ligero de equipaje, renovado, para una andadura larga. Señaló algunos de los grandes retos que el país tenía por delante. No se extendió. Creía en las frases cortas, casi inacabadas.

—Vamos con los cambios —anunció, metiéndose prisa a sí mismo.

Citó los nombres de los ministros salientes y entrantes muy despacio, en un ejercicio de estilo, haciendo una pausa dramática entre cada uno. Cuando terminó, irguió la cabeza, retiró las gafas de leer, que guardó en la chaqueta, y

sin mirarla cerró la libreta, que en sus manos robustas adquirió forma de puerta. Acababa de cambiar a nueve de sus catorce ministros, en una revolución que incluía la salida del vicepresidente. Como si hubiese llegado al final de algún camino desconocido, simplemente añadió:

—Esto era todo lo que quería decirles. Muchas gracias por su atención. Buenos días. —Se giró sobre sus talones y se llevó consigo el cuaderno, que metió debajo de un brazo.

Detrás dejó un silencio lento, o la incompreensión de ese silencio, que tardó algunos segundos en disiparse. Solo entonces se escucharon los primeros comentarios de un periodista a otro, los resoplidos, se vieron gestos de admiración, bocas deformadas, ojos muy abiertos, manos que buscaban sus teléfonos para llamar a sus jefes.

Alvarellos regresó a su despacho.

—Gobierno nuevo, vida nueva —dijo.

Los teléfonos de la Moncloa estaban en llamas.

El director del gabinete encendió el televisor y conectó con la señal interna de la Moncloa. Muchos periodistas todavía no habían abandonado la sala de prensa.

—Están alucinando.

Alvarellos miró hacia el monitor sin demasiado interés.

—Apaga eso.

Pidió a su equipo que lo dejase solo y a la secretaria que iniciase la ronda de llamadas pendiente.

Finalizó a las tres y media de la tarde. Comió algo frugal, solo, con la radio de fondo, y después se tendió un rato en la cama, junto a su mujer. Se desnudó despacio. Dejó el reloj en la mesa. Se tumbó boca arriba. Cerró los ojos, intentó no pensar en nada durante quince minutos. Le esperaba otra tarde de reuniones, pues había vuelto a citar, uno por uno, a los nuevos ministros.

Cuando abrió los ojos, no solo estaba relajado, sino aturdido. Se había quedado dormido. Miró el reloj y advirtió con sorpresa que había transcurrido casi una hora. Su firme propósito de dedicar un rato a meditar ciertas decisiones que aún debía tomar se había quedado en una vulgar cabezada. Leonora ya no estaba en el dormitorio. Por un momento, recordó haber soñado algo, aunque tan vago, o sutil, o vaporoso, que no sabía el qué. Con razón estaba atontado. Odiaba dormir la siesta por eso, porque al despertar

sentía que le hubiese pasado por encima medio millar de ñus en desbandada. Quizá fuese eso lo que había soñado, con ñus. Quiso levantarse, pero le falló el ánimo. Se concedió cinco minutos para incorporarse y volver a la vida.

CINCUENTA Y DOS

Aibar avanzó hacia la mesa con la Constitución, el crucifijo y la Biblia. Estaba tan concentrada en sus pasos que escuchó sus tacones y le parecieron voces de sabios. Le decían que no tropezase, que leyese despacio, que levantase la barbilla, que prometiese en lugar de jurar, que desplegase la voz con determinación. Notó el calor que desprendían todos aquellos ojos que la rodeaban. No eran ojos, eran cerillas, espadas sacadas de la forja. Tenía el corazón desbocado. Con el rabillo del ojo espió a los reyes y al presidente. Nunca había soñado con este momento. Era una pérdida de tiempo. Incapaz de ahorrar gestos, derrochó su alegría en una sonrisa oscura, de ladrillos y cemento, tapiada. Tal vez no hubiese un después, se dijo. Pensó en su madre en el breve trayecto hasta la mesa en la que debía prometer su cargo. «¿Estás ahí?», pensó con una pregunta.

Prometido el cargo y sus obligaciones, despegó la mano de la Constitución y se volvió, sintiendo una repentina paz. Los nervios se apagaron de golpe, a la manera en que antes se iba la luz en los pueblos, y produjeron un sonido parecido al de un grueso diccionario al caer a un suelo frío, de mármol.

En el paseo de regreso miró al presidente, que asintió con levedad. No fue su gesto de complicidad habitual, sino un gozne por el que se escapó su secreto. Claudia reverdeció y siguió avanzando, ahora ya sin ser consciente de que sus zapatos hablasen. Ocupó su lugar en la fila de los nuevos ministros. Tras alinear los pies, y ponerse completamente recta, y respirar hondo, pudo al fin calibrar la velocidad a la que había volado su vida en los últimos días. Si estiraba un brazo, podía acariciar con la mano tanta efervescencia.

Por momentos lamentaba que el mundo avanzase con tanta celeridad, inventando continuamente el vértigo, en una búsqueda desesperada de minutos que no existían e inexplicablemente descubría. Deseaba que la vida

fuese repetición. Cuando se quedaba quieta, a lo mejor en el baño, o en la soledad del asiento de atrás del coche, era capaz de añorar los días que sobrevivía víctima de hábitos irrelevantes, tales como abrir el buzón en persona o dormirse en el sofá con una película infame. Ahora todo resultaba nuevo, urgente, convulso, desatinado. Allí de pie, en mitad de la toma de posesión, se vio a sí misma como una mujer sin hábitos, en peligro, en un mundo en el que antes o después todos necesitaban algo repetido, anodino, a lo que agarrarse cada día, porque eso también era amor. Se acordó de *Smoke*. Auggie Wren regentaba un estanco, y todos los días, durante cinco minutos, se tomaba un descanso y salía a la calle a disparar una fotografía. Siempre era la misma foto, en la esquina de la calle 3 con la Séptima Avenida, en Brooklyn. Auggie tenía un hábito, un proyecto. «Por eso nunca me voy de vacaciones. Debo estar ahí siempre. Cada mañana en el mismo sitio a la misma hora», decía. De pronto, ella añoró algo así al despertarse, algo en lo que tirar el tiempo todos los días, familiar, sin importancia, pero tan importante que no pudiese faltar a la cita.

La velocidad provocaba visiones, como la de suponer que nada malo podía pasar yendo tan rápido de un sitio a otro. La idea de un fracaso o la soledad se volvían remotas, tan lejanas y desconocidas.

El acto finalizó y Aibar se dejó llevar, copiando los pasos de una ciega. Le daban la mano, la felicitaban y le hablaban del futuro casi en pasado. La vida se esparció y se formaron grupos. Todo el tiempo tuvo la impresión de que la ficción movía las palabras, empujaba los actos, ordenaba los tiempos, la separación entre las personas. «Ya soy ministra», tenía que decirse de vez en cuando, para que las cosas pasasen a ocupar su sitio al fin. Se trasladaron a otra sala, donde los reyes se mostraron muy corteses y cercanos con los nuevos ministros. El rey contó varias anécdotas. Alvarellos habló poco y, cuando lo hizo, parecía pensar en otra cosa, abstraído. Claudia lo espió un par de veces, suspirando por otro inesperado imposible, como el de anteayer, cuando la convocó a la Moncloa y le pidió que la acompañase al búnker. En realidad, el viaje fue al pasado, aunque no al que presumía. Aquella invitación le resultó extraña, aunque su imaginación construyó hipótesis ayudándose de los rumores.

—Volvemos a estar aquí —constató el presidente cuando se cerró la puerta y se quedaron a solas.

—Ya ha llovido. Pero dicen que la vida avanza en círculos, así que a lo

mejor es que simplemente tocaba.

—Puede ser. Aquel día te propuse presidir Caja Nacional.

—Lo recuerdo perfectamente. Entonces tú estabas apoyado en la mesa y yo ahí, de pie. Tenías el mismo pelo, que es una de las cosas que más me fascinan. No solo no te has empezado a quedar calvo, sino que ni siquiera tienes casi canas. Llevabas una corbata roja.

—Azul.

—Roja.

—¿Siempre tienes tan buena memoria?

—De nuestros encuentros puedo recordarlo todo.

—Todo es mucho decir, pero me gusta cuando te pones exagerada.

—Todo.

—Así que todo. —Alargó la frase para pensar un reto, pero no uno cualquiera—. ¿Todavía puedes recordar París?

Aibar se estremeció. Jugaban con fuego. Se miraron. Ella volvió a estremecerse, ahora preguntándose si a él lo partía por dentro el mismo rayo.

—Quizá París es lo que mejor puedo recordar.

—Yo también.

—No deberíamos hablar de esto. Hicimos una promesa de olvido.

—Eso también lo recuerdo: el secreto.

—A veces imagino que todavía seguimos allí.

Alvarellos dio un paso hacia delante y desbordó la distancia que se habían prometido no traspasar nunca. Claudia, lejos de retroceder, lo esperó, esperó eternamente, esperó los años que hicieron falta, y cuando Alvarellos dio un nuevo paso, ella esperó aún más, esperó mejor, pero no pudo esperar más y también dio un paso hacia él. Las distancias cayeron al suelo como cristales. Se besaron, continuaron besándose, se besaron aún un rato más. Cuando se separaron, se detuvieron a unos pocos centímetros de volver a besarse. Quizá no supiesen qué hacían. Por un momento, incluso pensaron que no lo habían hecho, que nada había ocurrido, ni ahora ni en París, en sometimiento a su vieja promesa de no recordar la vieja felicidad, en forma de secreto, que los unió en forma de amigos para siempre. Retrocedieron suave, quizá mentalmente, y entonces retrocedieron de nuevo, hasta las posiciones iniciales.

Claudia Aibar se tocó los labios para detener la electricidad que hormigueaba en su superficie. Alvarellos tosió para constatar un error que

voló a gran velocidad.

—A mi favor diré que no sé qué ha pasado —dijo, mezclando una broma con una disculpa. Cuando encontró los ojos de Claudia, lo que le llevó su tiempo, ella pestañeó con un escepticismo sabio, en señal de olvido.

—Estamos a tiempo de no tocar nada y dejar todo tal cual estaba colocado desde hace años.

—Será lo mejor.

—Sí —admitió débilmente.

—En ese caso, me toca empezar. —Alvarellos realizó una pausa ufana, como si existiese un guion y en una acotación recogiese precisamente «pausa ufana»—. Te he traído aquí otra vez, después de tantos años, para proponerte que seas ministra de Economía.

Claudia Aibar podía admitir que un lejano día, en un pensamiento perdido, ya roto, imaginó que ocupaba un ministerio. Pero fue, en cualquier caso, antes de que Alvarellos le ofreciese la presidencia de Caja Nacional. La imaginación admitía todas las preguntas que empezaban con «¿Por qué no?».

Consultó el reloj dos veces seguidas, la segunda para que el resto de ministros reparase en su acción y considerase la posibilidad de que fuese tarde. La acechó el cansancio, el tiempo vivido y también el que aún debía transcurrir. Debía de tener la tensión por los suelos. Cerró los ojos, escuchó voces, los abrió, siguió escuchándolas. Espió otra vez a Alvarellos, que cuchicheaba con el ministro del Interior. Pensó si hoy era la clase de día en el que, por una vez, y sin consecuencias, se podían romper las promesas sagradas, como la que se había hecho de no volver a consumir cocaína. Al final se dijo que, para promesas así, sagradas, no existían días especiales.

Camino del ministerio, dentro del propio coche, se cambió de vestido y zapatos. Necesitaba presuponer que la existencia fluía, que en unos pocos segundos las personas se renovaban, y que eran esos pequeños giros, en el guion de los días, los que hacían del mundo un lugar bello y divertido, provisto de un incesante presente. Las personas deseaban continuamente cambiar de vida. Eso se podía hacer de muchas maneras. A veces solo necesitabas dejar tu empleo por otro. Algunos días eso no era suficiente y tenías que abandonar también ciertas amistades. Podía ser, sin embargo, que tampoco eso fuese bastante sacrificio para empezar de cero, de modo que hacías las maletas y te mudabas de ciudad. Instalado en el nuevo hogar, no estabas libre de que en el fondo no hubiesen cambiado las cosas, sino

simplemente los nombres de las cosas. ¿Qué te quedaba? Te quedaban los pequeños cambios: cambiar de teléfono, o de dirección postal, o cambiar de ropa dos veces al día.

El jefe de su escolta le comunicó que a la entrada del ministerio de Economía se había reunido un pequeño grupo de manifestantes que lanzaba consignas contra Caja Nacional. Parecían pacíficos. Le preguntó si quería acceder al edificio por otra entrada, en lugar de por la principal, para evitarlos.

—Ni hablar. Yo no entro por las puertas de atrás.

En efecto, doscientos metros antes de llegar vieron a los manifestantes. No eran más que un grupo de quince o veinte personas, la mayoría de edad avanzada. Junto a ellos, y eso resultaba más enojoso, se amontonaban algunos periodistas gráficos. Cuando el coche se detuvo y Aibar puso los pies en la acera, arreciaron algunos cánticos, que no entendió. Alguien gritó «estafadora» y «ladrona». Ella sonrió mecánicamente a las cámaras, con serenidad, ajena al ruido, pero el corazón le dio un vuelco al distinguir infiltrado entre los manifestantes, cual una monstruosa presencia, el rostro de su exmarido. ¿Qué hacía allí Zúñiga? Sus miradas se cruzaron durante una temblorosa fracción de segundo, suficiente para renovar su odio. Empujada por la inercia del aura de ministra, avanzó hasta el interior del edificio. Allí la esperaba el jefe del gabinete de Niza. Se saludaron y Aibar le pidió que la guiase a un cuarto de baño. No podía presentarse así ante nadie, azorada.

—¿Es urgente? Lo digo porque vamos con bastante retraso.

—De vida o muerte.

A la entrada del baño se cruzó con la exsecretaria de Estado de Comercio. Se sonrieron según las reglas de la frialdad y la antipatía, y sin decirse nada, para no empañar los sentimientos. En el baño, a solas, se lo tomó con calma. En lo que menos podía pensar era en el traspaso de cartera. Zúñiga se había convertido en un áspero pensamiento del que iba a ser difícil desembarazarse. No conseguía, por vueltas que le daba, imaginar a qué respondía su presencia. ¿Amenazarla veladamente? ¿Enturbiar sin más el día más importante de su carrera? ¿Acaso lo habría enviado Gervais? ¿Urdía un plan para desprestigiarla? Fuera lo que fuese, su exmarido le pareció, en esa fracción de segundo que lo vio, un ser decrepito, viejo y peligrosísimo, con esa mirada tiesa de los hombres que ya no tienen nada que perder.

Transcurrieron un par de minutos. Se tranquilizó e intentó pensar en sus

responsabilidades. Cuando saliese, después de todo, debía pronunciar algunas frases cariñosas hacia Niza, que en otras condiciones habrían salido solas, sin esfuerzo. Escenificar su relevo delante de sus propias narices era lo último que le apetecía. Se trataba de un juego de gestos en el que había un ganador y un derrotado. El modo en que Niza se iba, por sorpresa, lo volvía no un derrotado cualquiera, sino el gran perdedor de la crisis. Su caída implicaba un fin de época. De un día para otro había pasado de referente a estrella apagada.

Niza había gobernado con mano de hierro sobre la economía del país. No iba a ser fácil relevarlo, pensó sin moverse del baño. Miró a su derecha y en los azulejos blancos intuyó su rostro, como un brillo. Se llevó la melena hacia atrás. Hacer que no se añorasen sus logros e imponer un estilo propio iban a ser los dos grandes retos. Por unos segundos deseó con todas sus fuerzas, con los puños muy apretados, que ya hubiesen transcurrido seis meses y que el nombre de Niza no apareciese en los periódicos. No, quiso estar en casa de su madre otra vez, en una de aquellas noches en las que le leía un cuento y ella se dormía antes del final. No, no, eso no, le habría gustado más estar en una isla desierta, regentando un pequeño café con encanto, en el que de vez en cuando recalaba un aventurero, que traía noticias del mundo. No. Mejor estaría, pensó, en un viernes anodino, durante un consejo de ministros, despachando asuntos anodinos. No, tampoco, en realidad querría estar encogida en el sofá, bajo una manta, durmiendo y despertándose sucesivamente mientras en la televisión emitían *Ana Karenina* o *Tener y no tener*. No, nada de televisión, deseó regresar a la facultad, o incluso antes, a los días en que una tomaba decisiones sin saber que eran importantes. No, no, quiso estar en el instituto, en el curso en que ella y sus compañeras se enamoraban del profesor de lengua y literatura, y ese fue el último amor colectivo, verdadero. No del todo, en realidad ansió habitar algún lugar en el que su padre aún viviese y también su madre. No, nada de nostalgias absurdas, deseó estar en un pub inglés en el que nunca hubiese bebido antes. Ni hablar, no, solo deseaba que fuese verano para estar tumbada al sol en una playa desierta, agreste, sucia si hacía falta. Volvió a la realidad cuando alguien entró en el baño.

—¿Ministra? ¿Va todo bien? —Era su nuevo escolta.

—Sí. Acabo enseguida.

Al fin halló ánimos y salió. No quiso volver a pensar en Zúñiga. «Soy la ministra de Economía», se dijo para infundirse fuerza. Era él quien debía

temerla. Fuera, en el pasillo, la esperaban con ansiedad para conducirla junto a Niza.

Era una sombra sin apagar. Lo distinguió al fondo del despacho, apoyado en la mesa. Su quietud, en la que se había dibujado una sonrisa de broma, sugería que llevaba allí horas, en la misma postura, esperándola, mientras consultaba cada poco el reloj para cerciorarse de que el tiempo avanzaba. Aparentaba firmeza y jovialidad. No parecía un hombre roto, afectado, o al menos no demasiado. Tal vez la torre caída estuviese por dentro. El instinto lo empujaba a actuar como si nada hubiese cambiado, y nada se hubiese caído, y todo permaneciese en su sitio, firme. Por eso era tan difícil ver caer una torre, aunque cayese. A veces uno tenía que estar años enteros delante de la ventana para ver su desplome. «La vida hecha añicos», se dijo Aibar, pensando en un título para el cuadro que tenía ante sí, en el que se veía a un hombre esforzándose en disimular, sin éxito, que su exceso de ambición lo había destruido. Las esperanzas y ambiciones en las que las personas depositaban su fe también se desplomaban. Antes o después, casi todo caía.

Aquella impasibilidad que transmitía Niza constituía la prueba de que su viejo compañero era un juguete roto y solo vuelto a montar para recibirla.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —fingió Niza con sorpresa, mientras se impulsaba con el culo sobre el borde de la mesa.

Se dieron dos besos extraños, aparatosos, como los que se obligaba a dar en la infancia a dos muñecos. Él la sostuvo por los brazos, temeroso de que fuese un objeto delicado, solo para los domingos, que podía caer al suelo y romperse en cientos de trozos.

—Claudia Aibar, ministra de Economía y Hacienda. Suena bien.

Ella se ciñó a un gesto escéptico con los labios y agachó la mirada.

—¿Feliz de la vida?

—Contenta y un poco impresionada. No lo esperaba.

—¿No me digas que ha sido una sorpresa? Es curioso... Cuando supe que serías tú mi sustituta, tuve la impresión de que todo encajaba.

Aibar no se molestó en descifrar la frase. A veces simplemente había que dejar que las frases pasasen de largo, como unos desconocidos a los que uno distingue por la calle y forman parte de un pasado reducido a cortezas. Optó por seguir adelante con sus propias frases.

—Una no espera ser ministra. Como mucho, lo sueña, y un día el sueño se cumple. O quién te decía a ti, cuando estabas en Washington, que acabarías

siendo vicepresidente del Gobierno.

—Sí, desde luego —se desinteresó de la conversación—. Espero que no seas una más de esas ministras efímeras que no pudieron desarrollar un proyecto propio, por las condiciones y porque el legado del anterior ministro era demasiado grande. Además, las elecciones llegarán antes de lo que parece y podrían venir tiempos difíciles.

—Sí, todo empieza a apuntar a eso. —Miró a su alrededor, tal vez pensando en qué medida cambiar el aspecto del despacho para adaptarlo a sus gustos—. ¿Y tú tienes planes para el futuro?

—Sí: no tener planes durante una buena temporada, vivir sin pretensión alguna, gastando los días. Hace algunos años alguien me contó que, después de recibir una herencia de dos millones de pesetas de su abuela, allá por los años sesenta, lo que para entonces era lo que se entiende por mucho dinero, se dirigió al banco con un maletín y le pidió al director de la oficina que metiese todo el dinero dentro, repartiendo la cantidad en billetes pequeños, billetes medianos y billetes grandes. Cuando llegó a casa, volcó el dinero encima de la cama y mezcló los billetes hasta hacer desaparecer cualquier pauta, puro azar. Después, lo guardó en una bota de montar a caballo, y a partir de entonces, cada día sacaba a ciegas un billete, y vivía la jornada según el tipo de billete. Si el billete era pequeño, hacía vida modesta, acudía a la facultad, estudiaba, se acostaba temprano, comía lo que hubiese en la nevera. Con los billetes medianos la cosa mejoraba. Buenas comidas, buenos vinos y sexo fácil, pero sin incurrir en tonterías. En cambio, si el billete era grande, pongamos que de mil pesetas, salía durante cinco días seguidos, invitando a sus amigos, comprándose un traje nuevo, durmiendo en hoteles y comiendo en los mejores restaurantes; en fin, derrochando. Así, hasta que la herencia se agotó. No quiero decir que yo vaya a vivir así, de forma tan azarosa, pero dejaré pasar los días preocupándome por vivir bien, dándole la espalda a los problemas mundanos.

—No me parece mal. Aunque después de un tiempo echarás de menos los dolores de cabeza. Son realmente efectivos para saber si te lo estás pasando bien mientras crees que eres feliz. Cuando eres feliz todo el tiempo, no tienes ni idea de si lo eres. Es más, a menudo crees que eres un desgraciado.

Apenas trataron cuestiones referentes a la política económica y a los proyectos del ministerio, y mucho menos a los presupuestos, que ya habían empezado a tramitarse en el Congreso. Dejaban ese trabajo para sus

subalternos.

—¿Quieres darme algún consejo final? —preguntó Claudia, considerando que tal vez había llegado la hora de salir e intercambiar las carteras. Había mucha gente esperando.

—No creo que nadie tenga que darte consejos. Como actitud general, te recomendaría que no te fiaras de nadie. Yo lo hice y esa fue mi peor decisión.

Aibar llenó la boca de aire muerto, hasta que empezó a verse ridícula. Poco fascinada por el consejo, se lo agradeció, no le parecía, de hecho, un consejo, sino un reproche de mal gusto por boca de un hombre acabado, que lo había tenido casi todo a su alcance.

Alguien llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Llevamos veinte minutos de retraso. La gente se impacienta —dijo la jefa de gabinete de Aibar.

Se miraron.

—No los hagamos esperar más —propuso la ministra entrante.

—Adelante.

La sala habilitada para la entrega de cartera se quedó pequeña. Solo los invitados de Aibar ocupaban tres cuartas partes del espacio. Niza tuvo palabras generosas para su compañera, de la que recordó sus tiempos en la facultad, junto a Alvarellos. No se alargó apenas, le deseó suerte y le cedió la palabra. Ella correspondió con su propia brevedad, alabando la trayectoria del exministro, y cierta distracción. Mientras hablaba buscó entre el público a Lucas Zúñiga, por simple instinto de supervivencia.

En la hora de los gestos, Niza tomó el maletín de ministra de Economía y Hacienda y se lo tendió a su sucesora. Los fuegos se apagaron. Lentamente, y al final de repente, los invitados desaparecieron, y Héctor Niza y su equipo abandonaron el ministerio que durante catorce años fue hogar, cuartel general, trinchera. En cierto sentido, el viejo Ministerio de Economía desapareció y se inventó de nuevo en unas pocas horas, a través de una de esas revoluciones que consistían en un cambio de empleados por arriba.

A solas en su despacho, del que habían retirado algunas pinturas del siglo XVIII y colgado su enorme retrato, traído desde la sede de Caja Nacional, Claudia Aibar se dejó acariciar por las palpitations del tiempo.

Al poco, su secretaria se presentó en el despacho con un sobre.

—Se lo han dejado a los agentes de la Guardia Civil de la entrada.

—¿Quién?

—Dijo que era tu exmarido.

Su corazón volvió a acelerarse. No podía escuchar las palabras exmarido o Zúñiga sin sentir pánico, odio, asco.

Cuando se quedó a solas, abrió el sobre. Había un papel doblado en cuatro. Lo desplegó. Era la copia de una fotografía. Se llevó las manos a la cabeza, agarrándose el cabello. La miró, la miró más, no dejó de mirarla durante medio minuto, quizá un minuto entero, muy quieta. Cuando reaccionó, volvió a atusarse el pelo, asustada. Era la fotografía de Montmartre, en la que Alvarellos la abrazaba por la espalda, atrapándola no tanto a ella como el instante de unos amantes felices.

CINCUENTA Y TRES

El tren arrancó con una extraña amabilidad, algo engañosa, según la cual no se movía la máquina, sino el paisaje. Morelli se hizo a la felicidad de que viajaría solo, sin inciertos compañeros de asiento, pero al poco un hombre de unos cincuenta y cinco años, peinado hacia atrás, y con zapatos de hebilla, suavemente granates, muy relucientes, ocupó la plaza de la ventanilla. Lo encajó como una derrota, si no severa sí lenta. En un alarde de modales, el pasajero lo saludó con un entusiasmo más propio de viejos amigos que de desconocidos. Él correspondió, aunque reemplazando la vehemencia por un «hola» lacónico, que sopló, más que pronunció. Ojalá, deseó, no fuese uno de esos adultos extrovertidos a los que les encantaba hablar y saber de todo, con habilidad para saltar de unos temas a otros muy distintos. No se mostró muy optimista al respecto. Aquella vehemencia resultaba delatora, si no inconfundible. Había dicho «buenas tardes» con tanto ahínco, y con una sonrisa tan desparramada, que difícilmente podía uno llevarse a engaño. Era ciencia pura, se dijo Morelli. Por si acaso, aprovechó para ponerse los auriculares y subir el volumen de la música.

—¿Y adónde te diriges? —preguntó a los pocos segundos su vecino, con ganas de agrandar.

Nico retiró uno de los auriculares de la oreja.

—¿Cómo dices?

—Te preguntaba adónde te diriges.

—A Coruña.

—Oh, bellísima ciudad. Yo me quedo en Santiago. Mi hija vive allí. Está estudiando periodismo.

—Oh —observó Nico, repitiendo estructura—, bellísima carrera.

—Si tú lo dices... —expresó con dudas.

Se entabló un silencio precario que el viajero aprovechó para abrir el

periódico —un ejemplar de *Crónica* para más casualidad— mientras meneaba la cabeza, dudando que su hija hubiese acertado al estudiar periodismo. Aquel movimiento de cabeza equivalía a un cuestionamiento general de la profesión. Morelli fingió andar falto de sueño y volvió a su música. Tenía siete horas de viaje hasta su destino, que solo por un capricho personal había querido realizar en tren en lugar de avión. En el periódico le habían dicho que era absurdo y, en su casa, Laura, que era una idiotez. No podía estar toda la vida temiendo a los aviones. Pero no quiso escucharlos. Que el viaje se hiciese eterno constituía el mayor encanto. Adoraba mirar el paisaje y leer mientras el paisaje pasaba a su lado, mirándolo a él.

En A Coruña se encontraría con Carlos Azúa, del Centro Nacional de Inteligencia. Después de la carta que le había escrito a El Cuervo, en vacaciones, a comienzo de esta semana recibió una llamada al periódico. Preguntaron por Gabriel Fonseca, y cuando se puso, le pidieron que le pasase el teléfono a su compañero. Le solicitó un encuentro cara a cara. Por su tono y, sus frases, no le pareció ansioso, ni exagerado en la urgencia por verse.

—Tengo algo que puede interesarte.

Así empezaban algunas de las historias más bellas del periodismo, pensó Morelli, que no desconocía que a la vez era el mismo tipo de comienzo de las historias que no llevaban a ninguna parte. En aquella profesión uno aprendía enseguida a enfriar la pomposidad de las fuentes que prometían la luna.

—Veámonos —aceptó el periodista.

Carlos Azúa mencionó A Coruña y sonó tan bien como lejana.

—¿No existe una ciudad a medio camino?

—Digamos que se trata de una medida de seguridad.

Eso todavía le sonó mejor.

Ignoraba qué le aguardaba después de siete horas en tren. Azúa había sido parco al respecto, negándose a adelantarle nada por teléfono, de nuevo por seguridad. A cambio, le había asegurado que no le gustaba hacer perder el tiempo a la gente. Morelli no perdía de vista el misterio que rodeaba al personaje y se proveyó de prudencia bastante. Todo era extraño. Para empezar, las circunstancias en que lo había conocido. Su encuentro en la maternidad resultó tan casual, imposible de planear, que la casualidad era de por sí sospechosa. ¿Qué probabilidades había de contactar con un miembro de la inteligencia en un lugar así, ambos a la espera del nacimiento de sus hijos y nietos? Por suerte para Morelli, estaba necesitado de creer que aquella

aventura podía conducirlo a algún sitio. Estaba perdido en el desencanto y empezaba a creer que el periodismo ya había enfilado el fin de sus tiempos. Aquel viaje era una oportunidad para reencontrarse con las pasiones del oficio.

A Coruña le daba la oportunidad además de reencontrarse con su vieja amiga Ana Viqueira, toda una institución de la agencia ELE en Galicia. Cuando aceptó verse con Azúa, y pactaron el día, lo primero que hizo fue llamarla para cenar juntos esa noche.

—Por cierto, encantado, me llamo Jacinto —dijo de repente su compañero de asiento, apartando el periódico de su vista.

Le tendió la mano.

Jacinto empezó a hablar, como Morelli temía. Primero se refirió a algunas generalidades de los viajes en tren y después a algunos encantos de A Coruña. Enseguida saltó a su vida. Le contó que tenía una cadena de cafés en distintas ciudades, que se distinguían del resto porque la cocina estaba abierta veintidós horas al día y ofertaba más de doscientos tipos de ginebra. Ahora estaban ensayando una nueva fórmula, que consistía en servir bebidas a domicilio.

—Una botella de whisky, vodka o ginebra, más dos litros de refresco, más hielo, total: doce euros. ¿Qué te parece?

Los nombres de bebidas a aquellas horas le producían náuseas.

—No es un mal precio —se arriesgó a decir, aunque suponiendo que tal vez habría que ponderar otros factores.

Jacinto empujó los ojos hacia fuera, a semejanza de los dibujos animados. A partir de ahí ya no hubo tregua. Hubo una regresión en el tiempo y le habló de otros trabajos que había desempeñado. Había sido agente de seguros, representante de orquestas, incluso vendedor de robots de cocina.

—Y tú a qué te dedicas, que estás muy callado.

—¿Yo? —preguntó Morelli, esperanzado en que tal vez no le estuviese hablando a él—. Yo no me dedico a nada: soy periodista.

—Joder, periodista, dice el tío. ¿Y me lo cuentas ahora?

Morelli se encogió de hombros, mientras su acompañante se lanzó a hacer preguntas, que él a duras penas respondía, por inapetencia.

—Pues yo conocí a José María García —anunció con orgullo.

—Caray.

—Sí. Fue precisamente en la época que vendía robots de cocina a

domicilio. Un día que me tocó hacer La Moraleja y llamé a una casa, me abrió una mujer muy pizpireta. Empecé a hablarle de recetas rápidas, de comida sana, de platos infalibles. Después de cinco minutos la tenía en el bote. Ya había sacado varios folletos y el formulario del contrato, pero entonces apareció un señor en lo alto de las escaleras. «¿Con quién hablas?», le preguntó. «Estoy comprando un robot de cocina», le contestó ella, sin concederle demasiada importancia, y al decir eso, el marido empezó a bajar las escaleras a toda velocidad, insultándome. Me echó de allí casi a patadas. ¿Sabes quién era? José María García. Desde entonces siempre digo que somos amigos, y que en una ocasión incluso estuvimos a punto de hacer negocios juntos.

—Muy bien.

Después de media hora, Jacinto se fue a la cafetería. Morelli rehusó la invitación. Aprovechó la soledad que se formó a su alrededor, y que le pareció una conquista humana reciente, para sacar un libro de su mochila y leer. Se trataba de *El premio*, una novela de Francisco Casavella que le había recomendado una compañera del periódico. Jacinto tardó más de una hora en regresar al vagón. Se hizo cortísima. Cuando llegó, el que se levantó fue Morelli, y así transcurrió el viaje, jugando a las huidas.

Entraron lentamente en Galicia, con la amabilidad del tren convertida en traqueteo, y la lluvia que los acompañaba desde Madrid se transformó en un día soleado. A lo lejos, llegando a Ourense, incluso pudieron ver un enorme incendio cercando la ciudad. A las siete de la tarde por fin el tren alcanzó A Coruña. Un taxi lo condujo hasta el hotel.

Una vez que se instaló y habló con Laura, llamó a Ana Viqueira. Quedaron en verse una hora después, para cenar. Llegaron puntuales. De hecho, coincidieron en la puerta, donde aprovecharon para fumar un cigarro. A Morelli le pareció el día perfecto para reincidir. En ese tiempo, hasta que tiraron las colillas al suelo, ella lo mantuvo arropado con su brazo. Solo Ana abrazaba de aquella manera tan acogedora. No habían pasado años bastantes para olvidar cómo fabricaba el cariño Viqueira.

—¿Por qué hace este calor en Galicia? Antes este era un país lluvioso — protestó Morelli, remangándose la camisa.

—En Galicia no llueve.

—Ah, ¿no?

—La lluvia gallega es una fascistada orquestada por el sur para

perjudicarnos. También es posible que sea una mentira inventada por nosotros para que los madrileños no llenen nuestras playas.

—Parece que estuvieses hablando en serio.

—En su día llegamos a tener siete fábricas de paraguas. Hoy solo queda en pie una. ¿Y sabes qué? Ahora fabrica sombrillas, fundamentalmente. ¿No te da que pensar?

En toda la cena no dejaron hueco ni para un finísimo silencio en el que se escuchase el roce de los cubiertos con el plato o la conversación de otra mesa. Ana desconocía que Morelli había tenido una hija y lo cosió a preguntas. Algunas solo supo responderlas con gestos.

—Debes de ser un padre horrible.

—No creo que haya uno peor. —Sacó pecho—. Es un milagro que la niña haya sobrevivido hasta hoy, pero sobre todo es un milagro que haya sobrevivido yo. Mi vida es un horror simpático. Duermo aceptablemente mal, peor que nunca, voy a los sitios corriendo, llego siempre tarde, he dejado de salir todas las semanas... Ni siquiera me emborracho por emborracharme.

—Lo contrario de lo que seguimos haciendo Vázquez y yo.

—Nuestra vida es un caos total. Se la recomiendo a todo el mundo.

—La paternidad es una fascistada.

Morelli recordaba a Ana Viqueira empleando el término «fascistada» desde hacía veinte años, cuando se conocieron. Percibió, al recordarlo, que en todos esos años ella había cambiado poquísimos. La miraba y su imagen producía una ternura infinita. Te quedaba claro que no existía nadie más de fiar ni más honesta que ella. Sus teletipos, cuando alguna vez caían en sus manos, producían el efecto de una breve y concisa clase de periodismo.

La cena se hizo corta para hablar de los años que trabajaron juntos, de los compañeros que ya no veían, de los que se encontraban de vez en cuando e incluso de la vieja política. A ella la nueva le parecía, por supuesto, una fascistada. La vieja también, aunque admitía que el paso del tiempo la había vuelto entrañable.

—Hace unos meses me puse a hacer limpieza en casa —dijo— y encontré siete libros de Antonio Reixa. Estaban tan juntos que parecían una camada de ratas. ¿Y sabes qué? Allí estaba su famoso currículum, el de las ciento ochenta y una páginas.

—¡Lo recuerdo! Qué cosa más absurda. Ya no quedan presidentes como Reixa.

—Lo abrí a voleo, para comprobar si Reixa había sido siempre Reixa, y caí en el capítulo de condecoraciones. Me quedé de piedra al ver que recibió la insignia de oro de la Federación Española de Restaurantes, Cafeterías y Bares. ¡Yo siempre quise tener esa insignia! ¡Más que un Pulitzer! Qué fascistada. Alguna vez lo he calculado y me he dejado más de sesenta mil euros en bares. Si yo no la merezco, no la merece nadie.

Resistiéndose a una despedida, Morelli propuso tomar una última copa. Quién sabía cuánto más tiempo podría transcurrir hasta que volviesen a encontrarse.

—¿No me vas a contar nada sobre ese trabajo que has venido a hacer? —preguntó Ana, cuando a su whisky empezaba a vérsese el hielo.

—No puedo contarte gran cosa. Hace dos meses, mientras esperaba a que naciese Elsa, conocí a un hombre en el hospital, que a su vez estaba esperando a que naciese su nieto. Resultó ser un agente de inteligencia. Intercambiamos nuestros contactos y hace unos días me llamó por teléfono. Dijo que tenía algo que podía interesarme, sin más detalles.

—Quizá sea una bella historia de espías.

—Mañana por la mañana lo sabré.

No tardaron en acabar su copa y despedirse. Su amiga volvió a agarrarlo. Se apretaron con fuerza y después se alejaron. Nico regresó al hotel andando, por el paseo de Riazor, acomodándose al mar. Era la una de la mañana. Al llegar a su habitación, se desnudó y se dejó caer sobre la cama. Encendió la televisión y se durmió con ella. A las cuatro lo despertaron unos vídeos musicales. La apagó y volvió a dormirse. Cuando se despertó, eran las ocho de la mañana. La luz empujaba las cortinas como se empuja un armario que quiere cambiarse de habitación.

Después de desayunar, se dirigió a la cafetería en la que lo había citado su fuente, en la plaza de Pontevedra. Se llamaba Dorna y llegó con media hora de antelación. Estaba concurrida. Pidió un cortado y se puso a leer *Faro de A Coruña*. Empezó por el final. En las páginas de la programación de televisión reparó en una foto de Bud Spencer. La Televisión de Galicia emitía esa noche una de sus películas. Nico tuvo un ataque de nostalgia. Bud Spencer y Terence Hill habían decorado su adolescencia. Recordó cuando el primero se dedicaba a asfaltar autopistas y un día decidió que le iría mejor consagrándose al cine. Su generación se quedó atrapada en la hipnosis que producían las escenas de golpes que protagonizaban Hill y Spencer. Aquellos

puñetazos desprendían una música pegadiza. Era un misterio cómo a cierta edad las películas malas dejaban mejor recuerdo que las buenas, pensó.

—Hola.

Levantó la cabeza del periódico. Allí estaba Azúa. Era él, pero costaba reconocerlo. Se había afeitado su gran bigote blanco. A Morelli lo despistaban las cosas cambiadas de sitio. Era muy sensible a ese efecto. Si entraba en casa y alguien había movido o retirado una lámpara o un portarretratos, esa leve incidencia le cegaba la vista, como al salir de un túnel en coche. El bigote desaparecido de Azúa dejó en su lugar una desolación en la que rondaba el fantasma del bigote.

Azúa traía un diario doblado bajo el brazo y las manos vacías.

Nico se levantó para saludarlo. Se sentaron. Azúa dejó su diario sobre la mesa. Era *Crónica*. Parecía que quisiese decir algo, pero no lo dijo.

—¿Conoces A Coruña? —preguntó.

—Vagamente, de viejas visitas. Pero en unos pocos años las ciudades cambian una enormidad. Deberían pasar a tener otro nombre —dijo Morelli.

Azúa pidió un té verde y el periodista un segundo café cortado, por pedir algo, en el fondo porque llevaba toda la vida reincidiendo en todas las cosas. Después intercambiaron comentarios sobre hijos y nietos, casi obligatorios, pero al agente del CNI, como le había explicado por teléfono, no le gustaba hacer perder el tiempo a la gente.

—He traído conmigo grabaciones y documentos de notable interés, o eso me parece a mí. El CNI lleva más de diez años espiando y grabando a políticos, jueces, periodistas, intelectuales, y por supuesto a empresarios, entre ellos Lihn. He traído algunos de esos audios, y otros en los que se puede escuchar al ministro del Interior ordenando el pinchazo de algunos teléfonos: ahí sale otra vez el nombre de Lihn. Yo diría que es un material muy relevante. —Apoyó ambos brazos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Por qué haces esto?

Azúa sonrió lentamente, sin dar la impresión de que tenía que pensar bien la respuesta.

—Podría decir que por honestidad, porque se trata de actuaciones gravísimas contra los derechos fundamentales de personas, aprovechando la maquinaria poderosísima del Estado; y te estaría diciendo la verdad. Pero esa no sería la razón principal. Cuando trasciende algo así, algo tan secreto y oscuro, que casi nunca consigue salir a la luz, a menudo es por un solo

motivo: por venganza. ¿Te he convencido?

Morelli cruzó los brazos al pecho, para guarecer la primera impresión. No le gustaba que lo convenciesen a la primera.

Azúa propuso ir a su hotel para entregarle el material.

CINCUENTA Y CUATRO

En la última bola de partido, Gervais intentó llegar al drive de su subdirector y tropezó. Ni siquiera pudo devolverla.

—No entró —alegó desde el suelo, de bruces.

—¿Que no entró? Por favor.

—¿Entró? —Gervais se volvió hacia su pareja de pádel, el director de Meloitte, que, lamentando llevarle la contraria, asintió—. Bueno, ganar siempre es aburridísimo.

El subdirector de *Tiempo* y el ministro de Industria rodearon la red y saludaron a sus rivales. Gervais seguía en el suelo. Jadeaba. Su compañero le tendió la mano y lo ayudó a levantarse.

—Empiezo a disfrutar de las ventajas de jugar contra ti en lugar de contigo. Discutes y protestas continuamente, pero al menos no me estás diciendo todo el tiempo «flexiona las rodillas», «baja la mano», «dale así».

—Exageraciones. —Gervais trataba de recuperar la respiración.

Después de beber, y restablecerse del esfuerzo, se quedaron un rato sentados, a pie de pista. El ministro, con su tono zen, comentó que tras el ejercicio tenía la impresión de que los problemas graves descendían a leves y los leves simplemente desaparecían. Se refirió a un par de estudios de universidades norteamericanas que abundaban en esa perspectiva psicológica.

—Yo estoy escarmentado de los estudios de las universidades estadounidenses —dijo el subdirector de *Tiempo*—. Arrojan conclusiones demasiado favorables a los *lobbys* que financian a los investigadores que realizan esos estudios.

—A veces los problemas también mejoran sin hacer ningún tipo de ejercicio —medió el responsable de Meloitte.

—Hasta que juré el cargo de ministro —retomó su teoría—, en mi empresa seguía desde hacía algunos meses las pautas de un estudio de un profesor de

Sociología y Economía conductual de la Universidad de Duke, en Carolina del Norte, que recomienda levantarse a las cuatro de la mañana por placer, no por obligación.

—Cómo es eso —preguntó Gervais después de pasarse una toalla por la cara. Estaba encarnado del esfuerzo.

—A las cuatro de la mañana no existe el ruido. No suena ningún teléfono, no llaman a ninguna puerta con los nudillos. El mundo está parado, y entretanto tú avanzas a pasos de gigante. Te concentras infinitamente más y la eficiencia se multiplica. Cuando la mayoría de mis competidores llegaban a la oficina, a una hora convencional, yo ya casi había cubierto la mitad de mi jornada y resuelto los problemas que exigían más creatividad y dedicación.

—¿En serio te levantas a las cuatro? —preguntó el subdirector, casi indignado.

—Ya no. Llevo unas cuantas semanas de ministro de Industria y lo primero que he descubierto es que no se precisa madrugar.

—Pero antes, a las cuatro, demonios...

—Después de dos semanas no necesitaba despertador. Mi cuerpo me empujaba. Primero meditaba media hora para conectar conmigo mismo. Me gustaba visualizar el día, las tareas, los objetivos que me había marcado para esa semana. La concentración es fundamental. Una vez conectaba conmigo, era el momento de hacerlo con el resto del mundo, y empezaba a trabajar en serio. A las ocho de la mañana practicaba algo de ejercicio, me duchaba, desayunaba y me incorporaba a la oficina con la mitad del día resuelto, libre de presión y estrés. No os imagináis hasta qué punto mejoraron las cosas. Además, pude de nuevo disfrutar de tiempo para el ocio, la familia, el deporte.

—Pero ¿y a qué hora te acostabas? ¿Qué pensaban tu mujer y tus hijos de eso?

—Por suerte, me divorcié dos años antes.

—Bueno, me alegro por ti... y por mí —observó Gervais con alivio simulado—. Nunca podrás llegar a ser director de periódico. Algunos días las cuatro de la mañana es la hora a la que uno se acuesta.

Un cuarto de hora después se dirigieron a los vestuarios, analizando la partida de pádel. El ministro se había reivindicado como la gran revelación. El subdirector de *Tiempo* preguntó si quedaban el próximo sábado.

—No puedo. Estaré en Tokio con la ministra de Economía.

—Madame Cocaína... —comentó a medias Gervais.

El ministro calló. El comentario era demasiado incómodo para detenerse ante él. Todos se sumaron a su silencio. Incluso el propio Gervais, que al cabo sugirió que en la siguiente cita el titular de Industria formase pareja con él.

—Ah, no —reaccionó su subdirector. Se negaba en redondo. Al fin había dado con su pareja ideal.

—¿No pretenderás dejarme tirado? —preguntó el director de Meloitte, casi ofendido por la propuesta.

—Lo decía por variar, hombre.

Su compañero de juego se relajó. A su lado, el ministro consultaba el teléfono, ausente.

Gervais se desnudó, tomó su toalla y se dirigió a la ducha.

—¿No vienes a la sauna? —preguntó el subdirector.

—He quedado.

El subdirector dijo algo que Gervais ya no podía escuchar. Había abierto el agua y desconectado del mundo. En la ducha, después de un partido, regía cierta sordera. Se ausentaba. Gervais cerraba los ojos y se evadía. Se mantenía largos minutos bajo el chorro, mirando al suelo y dejando que el agua masajeara su cabeza. Cuando despertó de su sueño, se consagró al ritual de vestirse, no menos sagrado que la ducha. Los socios del club, señores hechos y derechos, millonarios y multimillonarios, incluso la clase media, observaban muchas mañanas de sábado en silencio, con admiración, el proceso de acicalamiento de Gervais después de la partida de pádel. El espectáculo avanzaba muy despacio. En cada gesto se apreciaba una antigua severidad, casi funeraria. No era simplemente vestirse, sino prepararse para la vida, dotarse de una actitud. Sus movimientos remitían a una modalidad de danza ancestral. Gervais se vestía y se volvía a vestir sin cesar, como si la vida se moviese imitando a un columpio. En un solo día podía utilizar tres camisas, dos pantalones, cinco corbatas, varios pares de calcetines y un sinfín de pañuelos. Y después estaba su pelo. Hacía tiempo que la caída le había afectado, pero no gravemente. El cabello que resistía nunca ocupaba su lugar de modo gratuito, tenía un sentido. En el club rumoreaban que Gervais tenía dos peluqueros, uno para el flequillo y otro para la parte posterior.

Antes de salir del club coincidió con Sepúlveda, que entraba. El exsenador, que había dejado su escaño poco después de que se publicase que plagiaba

los informes de asesoría que realizaba para las empresas de Enrique Hulet, estaba radiante. El Ministerio de Economía acababa de designarlo para representar a España en el Fondo Monetario Internacional.

—Al final, publicando toda esa mierda sobre mí, creo que me hiciste un favor. Dentro de dos semanas me voy a Washington.

—Claudia Aibar es una buena samaritana.

—Ocuparé un puesto de director ejecutivo. ¿Qué te parece?

—Suena bien. Tal vez tengas que trabajar.

—Ya me contarás: doscientos cincuenta mil dólares al año. Me he dejado media vida en política. Prácticamente, no he hecho otra cosa. Yo qué sé la de días tontos y soporíferos que me he tragado primero en el Congreso y después en el Senado. Como mínimo, me merecía una salida así.

Gervais no prestaba demasiada atención a lo que decía, en cambio lo observaba hipnotizado, acabando de descubrir del todo que Sepúlveda se había dejado barba. Le pareció increíble hasta qué punto una barba transformaba el aspecto de una persona. Siempre se había preguntado qué empuja a alguien a dejarse barba. No creía que se tratase de un afán estético, o una maniobra en busca de la felicidad, o el poder, o tal vez el conocimiento. Demasiado evidente. A veces se convencía de que la barba no simbolizaba sino el reflejo de un fantasma interior.

—Veo que te has dejado barba. Enhorabuena —no pudo menos que comentar, después de darle tantas vueltas.

—Sí. Vida nueva, cara nueva. Todavía no me reconozco, pero me acostumbraré.

A Gervais se le hacía tarde y se despidió alegando que tenía una cita.

El tráfico fue tolerante y consiguió llegar al Ritz a la una. No le costó distinguir al director del gabinete de Alvarellos. No había cambiado su aspecto.

Se saludaron sin especial celebración.

—¿Qué bebes? —preguntó Gervais, buscando quizá inspiración para pedir él lo mismo.

—Coñac. Tengo gustos antiguos.

—¿Tiene sentido en el aperitivo?

—Todas las bebidas alcohólicas tienen sentido a cualquier hora.

—Los sumilleres no creen en esa teoría.

—¿Los sumilleres? No creo en las profesiones que tienen menos de dos

mil años.

—Interesante posición.

—Cuando uno de esos sumilleres intenta convencerme de una de sus finuras ornamentales, siempre me acuerdo de un escritor inglés, que no recuerdo cómo se llama, tal vez ni siquiera fuese inglés, ni escritor, que recomendaba que acompañases la comida con el vino que te diese la gana. Una vez se refirió a una pareja del norte de Inglaterra que había acompañado el rodaballo a la plancha con una botella de pipermin y decía que su elección debería constituir una inspiración para todos nosotros, aunque no un ejemplo a seguir a rajatabla.

Gervais se decidió por un vermut californiano.

—¿Y esta cita? —preguntó el director de *Tiempo* acomodándose en su sofá.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué hemos quedado aquí, en el Ritz?

—Es un lugar tan idóneo como cualquier otro.

—Estoy de acuerdo, pero no tenemos costumbre. ¿Ha pasado algo especial?

—Mmm... no —titubeó.

—Seguro que sí.

—Puede.

Llegó el camarero y dejó las copas sobre de la mesa. Desapareció como si no hubiese llegado nunca. Entretanto, las copas parecían dialogar entre sí.

—¿Qué tal ese vermut?

—Muy fresco y delicado.

—¿Te importa? —Se señaló la chaqueta. Estaba acalorado.

Gervais hizo un gesto de «adelante».

—Entonces, ¿sigues jugando al pádel? —preguntó a la vez que colgaba la chaqueta de la silla.

—Oh, sí. Algún sábado que otro. A cierta edad hay que empezar a tener costumbres que te hagan sudar de vez en cuando.

—Ya no juegas con Alvarellos.

—Bueno, me consta que ya casi nadie juega al pádel con el presidente.

—Se ha recluido en los deportes solitarios. Se limita a correr y a hacer ejercicio en el gimnasio.

—Hace semanas que no hablamos, ¿cómo está?

—Entusiasmado. Lo más curioso es que se muestra así, entusiasmado. Yo adivinaba cuándo lo estaba, porque nunca lo exteriorizaba, pero últimamente ya no se necesita andar con adivinanzas. ¿Sabes que las encuestas empiezan a ser favorables? El Partido Conservador vuelve a destacarse, y en la valoración de líderes, la mejora es también notable.

—Admitamos que la crisis de Gobierno fue un golpe de efecto. Incluso nosotros hemos vendido más periódicos. En cuanto a las encuestas...

—Estamos muy satisfechos. Era una jugada arriesgada, porque cabía la posibilidad de que se interpretase como un desmantelamiento, o una maniobra desesperada de un presidente que le ve las orejas al lobo demasiado tarde. Pero se ha impuesto la sensación de que se trató de un rearme casi emocional.

Gervais se llevó la copa de vermut a los labios por puro conocimiento, como si consultase una enciclopedia. De repente, tuvo la sensación de estar perdiendo el tiempo en rodeos absurdos.

—Oye.

—Dime.

—Pasemos a cosas importantes. Se nos está yendo la vida.

—Bueno, ya sabes que para llegar a las cosas importantes a veces hay que pasar por las que no lo son. Así duran más.

—Sí, pero... —El periodista dibujó una espiral en el aire con el dedo.

El director del gabinete de Presidencia apoyó una pierna encima de la otra, dejó caer la espalda y suspiró con hondura, insinuando cierta perplejidad ante la existencia del mundo. Después, volvió a separar la espalda de la silla, sin una idea concluyente de lo que era la comodidad, y adoptó un tono de voz muy bajo. Naturalmente, le aclaró a Gervais, todo cuanto iba a contarle era de naturaleza confidencial.

—Extremadamente confidencial —precisó y esperó a un gesto del director de *Tiempo* con el que asumiese que lo comprendía.

Gervais abrió los brazos, haciéndose cargo de la precisión. «Soy de la vieja escuela», pareció proclamar.

—Para mi información: ¿el presidente conoce esta reunión?

—Esta reunión es un encargo expreso de Alvarellos.

—Disculpa, continúa.

Antes de proseguir mojó los labios en el coñac.

—La semana pasada el presidente se reunió con el embajador de Estados

Unidos. Cenaron en la Moncloa. Se trató de un encuentro más, esta vez a petición del embajador, sin otro propósito que intercambiar impresiones sobre el efecto que puede producir en Europa la crisis hipotecaria que afecta a Estados Unidos. Puesto que se cumplían solo dos semanas desde que Alvarelos había remodelado el Gobierno, inevitablemente trataron también esa cuestión. Al embajador, al igual que a otros muchos, esa decisión lo había cogido por sorpresa. No solo por lo inesperado, sino por el hecho de que Alvarelos prescindiese de alguien tan relevante hasta entonces como el vicepresidente.

—Eso nos sorprendió a muchos otros en el primer momento, perdona de nuevo —lo cortó Gervais, con pasión por la acotación.

—En el contexto de esa conversación, te estaba contando, el embajador le reveló que acababa de saber que a partir del primer trimestre del año próximo Héctor Niza dirigirá la agencia de calificación Saunders & Over.

—Qué interesante.

—Su fuente es absolutamente fiable. Nada menos que el secretario del Tesoro de Estados Unidos, quien a su vez fue informado por la propia dirección de la agencia. Todo parece indicar que Niza y la agencia han firmado un contrato de compromiso.

—No ha guardado el luto demasiado tiempo.

—Niza es un irresponsable y un sinvergüenza —dijo, adoptando un tono severo, grave, catastrófico—. Saunders & Over califica la solvencia de la deuda pública de más de ciento veinte países, entre ellos, por supuesto, España, con el fin de que los inversores dispongan de más información para mitigar el riesgo que supone comprar deuda pública. ¿Te imaginas el escenario futuro que podría darse? Héctor Niza dirigiendo la agencia de calificación que enjuicia la deuda pública del Estado en el que él ha ejercido de ministro de Economía durante catorce años y en muchos casos tomando decisiones que afectaban directamente a la calidad de esa deuda.

—Quizá suene un poco absurdo, pero por otra parte es perfectamente legal gracias al régimen de incompatibilidades que tiene este país después de vuestra reforma. Te recuerdo que este gobierno eliminó todas las trabas.

—Esa no es la cuestión ahora. Si ya hay dudas de si aciertan las agencias al valorar cuándo los gobiernos tienen o no capacidad suficiente para afrontar la devolución de la deuda contraída, suma ahora las suspicacias que surgirían con Niza en la presidencia. Me consta que sabes, porque Alvarelos ha

hablado de ello contigo, que su relación con Niza es, digamos, hostil.

—Lo sé, lo sé.

—¿Qué podría evitar que Niza instigase una rebaja de la calificación de nuestra deuda por cobrarse una venganza? Es un exministro herido, destruido por su ambición desmedida.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Otro vermut? —preguntó, necesitado de ganar tiempo antes de encontrar el lugar al que pretendía llegar.

Gervais estudió su vaso con ojos de arqueólogo. No estaba vacío, pero las perspectivas eran que seguramente lo estaría pronto. Aceptó. El director del gabinete buscó a un camarero, que en el Ritz, a su vez, siempre estaban buscando a sus clientes.

—Tomaremos más de lo mismo, por favor. —Y de nuevo el camarero se fue sin haber estado nunca allí—. Antes de decirte adónde voy a ir a parar, me gustaría que supieses que el día que Alvarellos le comunicó a Niza que dejaría el Gobierno, alcanzaron un acuerdo de caballeros, aunque desde entonces los tiempos han cambiado tan deprisa que ya no existen los acuerdos de caballeros, y a lo mejor ni siquiera los caballeros. En todo caso, en aquel momento, justo al regreso de las vacaciones de verano, Niza aceptó salir del Gobierno sin declaraciones altisonantes, así como renunciar a su escaño en el Congreso. Le juró que no concedería entrevistas, que no interferiría y, lo más importante, que estaría dos años fuera de la circulación, dedicándose a escribir un ensayo. De hecho, no renunció a cobrar la indemnización a la que tiene derecho por cesar como ministro. Va a disfrutar del ochenta por ciento de su último salario anual durante un período de dos años. Dirigir Saunders & Over unos pocos meses después de dejar el gobierno no es lo que nadie entiende por estar fuera de la circulación.

El director de *Tiempo* mostró su imagen de hombre difícilmente impresionable mientras saboreaba el nuevo vermut en silencio, a la espera de noticias más estremecedoras, que provocasen que la copa se le cayese de las manos.

—Dicho todo esto —hizo el gesto de recoger todas las ganancias de la mesa, después de una gran apuesta—, queremos fulminar a Niza.

—Al fin parece que las cosas se ponen interesantes de verdad. —Gervais introdujo el dedo meñique en la copa y removi6 con finura el hielo.

—Entramos en una dimensión especialmente confidencial.

—Estoy ansioso.

—En los próximos días recibirás un dossier muy sensible. En él vas a encontrar vídeos, audios, documentos sobre cuentas en el extranjero, principalmente en Suiza, con enormes cantidades de dinero. También descubrirás operaciones a través de empresas controladas a su vez por sociedades radicadas en paraísos fiscales, al frente de las cuales está siempre el mismo nombre: Michael Martins. Se trata del fiduciario de Niza y a su vez su excuñado. Se conocen desde hace muchos años. Según la documentación que hemos podido recabar, a través de esas empresas percibieron más de quince millones de euros. Ese dinero nunca fue declarado a Hacienda.

—Joder, era el vicepresidente y el ministro de Economía y Hacienda.

—Ese es Héctor Niza.

—¿Desde cuándo lo sabíais?

—Son esas cosas que sabes y no sabes del todo, porque afectan al prestigio internacional de un país. Una de las competencias de todo gobierno es callar, si se tiene por responsable. Es difícil de explicar, pero digamos que, contra tu voluntad, tienes a veces que guardar cadáveres en el armario.

Gervais asintió cínicamente.

—Nunca se conoce a nadie lo bastante —lamentó el director del gabinete—. Incluso si te conocieses demasiado a ti mismo, dejarías de saludarte.

—En fin, esto acabará con su carrera.

—Entonces, ¿dirías que es de tu interés la documentación?

—Todo apunta a que sí.

—En ese caso, debemos tratar una serie de asuntos relacionados con la publicación.

—Ya empezamos con las condiciones. —Empleó un tono hastiado—. Te oigo.

—La información no puede salir hasta que se anuncie oficialmente que dirigirá Saunders & Over. Eso es innegociable.

—¿Para qué me filtráis ahora el dossier?

—Queremos que tengas la documentación desde ahora, que contrastes lo que tengas que contrastar, y para que el tiempo borre el rastro de tu fuente. Pero sobre todo queremos que el muerto no nos caiga encima. Si toda esta mierda sale cuando Niza fiche por Saunders & Over, entonces Héctor será un corrupto de Saunders & Over y no un corrupto del Gobierno. La diferencia es abismal. Y vosotros habréis dado igualmente una exclusiva sensacional.

Gervais pensó en la última vez que vio a Niza. Estaba todavía en el Gobierno y radiante. Ahora solo podía imaginarlo como un boxeador muerto de sueño que busca la lona. Producía horror lo que había hecho y escalofríos el modo en que estaban dispuestos a acabar con él sus amigos de toda la vida. Lo matarían sin ruido, ni sangre, apenas mirándolo fijamente. Esa desgana no dejaba rastro y era letal. Alvarellos mataba de maravilla, pensó.

—Nunca sabes quién te va a decepcionar, ni a qué hora —comentó al aire—. Después de todos esos milagros que siempre habéis dicho que hizo con la economía. Es el fin de la inocencia.

—Shirley Temple dejó de creer en Santa Claus a los seis años, cuando su madre la llevó a verlo a unos grandes almacenes y el tipejo le pidió un autógrafo. Niza parecía también la última persona de quien podías desconfiar. Pero ya ves, enfangado hasta las rodillas.

—Te desvalija el menos pensado.

La conversación se prolongó un rato más, hasta que apenas pareció un desplazamiento de hormigas. Los dos habían quedado para comer, tenían compromisos. El lugarteniente de Alvarellos salió primero. Gervais se quedó un par de minutos contemplando los salones. Después se incorporó y salió del edificio. El día se había vuelto gris y blando. Su escolta le hizo una señal a lo lejos, para indicarle dónde estaba el coche. Una vez dentro buscó algo en el bolsillo derecho de su chaqueta. Era una grabadora. La sostuvo en la mano. Pulsó varios de sus botones hasta que empezaron a escucharse varias voces. Sonaban lejanas, pero se les entendía claramente hablar de coñac y sumilleres.

CINCUENTA Y CINCO

El taxi dejó a Morelli a las puertas del hospital Gregorio Marañón, en la calle doctor Esquerdo. Los visitantes iban y venían, el personal sanitario iba y venía, e iban y venían los enfermos que podían, y también él, que se equivocó dos veces de pasillo antes de encontrar la planta de cardiología. Nadie, salvo dos guardias jurados que había a la entrada, con las manos en los cinturones, estaba demasiado quieto. Descartó el ascensor para subir varios pisos por las escaleras, tal vez creyendo que se encontraba en buena forma porque ahora apenas bebía y una vez más había dejado de fumar, en esta ocasión hacía tres días, aunque volvería pronto. El tabaco era un toma y daca en el que perdía siempre, y se alegraba. Mucho se temía que la derrota total le llegara el día que dejase de fumar definitivamente, a ver qué iba a hacer entonces con su vida, o al menos con sus manos. Cuando se dio cuenta, a la altura de la tercera planta, estaba sudando y jadeaba; al alcanzar la quinta, se detuvo a recuperar el aliento. Notó un violento choque de olores. Avanzó hasta el final del pasillo y al llegar a la habitación 525 empujó despacio la puerta. La golpeó suavemente con los nudillos, pero no se produjo respuesta al otro lado. Se asomó con pies de plomo y distinguió a Estrella dirigiendo el mando hacia la televisión, sin conseguir cambiar de canal.

—Hola, ¿se puede? —saludó Morelli en voz baja. Percibió un olor no del todo agradable, fino.

—Pasa, pasa. —Estrella le hizo gestos para que se acercase.

La hija de Horacio llevaba el pelo recogido en una coleta, con una goma roja, y su aspecto hablaba de una mujer agotada, que había pasado esa noche, y seguramente las noches anteriores, en uno de los butacones de la habitación, cuya incomodidad flotaba también en el ambiente como una hostilidad más. Morelli conocía esos asientos en persona, a raíz de los dos días que se quedó a dormir con Laura tras el nacimiento de su hija. Su

opinión sobre ellos estaba contenida en la decisión de pasar la noche en el suelo, sobre una manta.

Horacio Varela dormía boca arriba. En la cama de al lado, deshecha, no había nadie en ese momento, pero en su mesa se contaban un paquete de pañuelos de papel, un pañuelo usado y hecho una bola, un vaso de plástico blanco, una botella de agua mediada, una revista de crucigramas y unas galletas de chocolate, que delataban la presencia de otro paciente.

—¿Se lo han llevado a la morgue? —bromeó Morelli.

Estrella sonrió aunque no quiso.

—¿Cómo se encuentra?

Morelli se acercó a Horacio y le cogió una mano entre las suyas. Eran suaves y cálidas, pero no decían nada, salvo que contradecían la vida dura que había llevado toda su vida.

—Para haber sufrido un infarto, bastante bien. El cardiólogo dice que se recuperará y no tendrá secuelas.

—Pensaba que estaba en plena forma.

—Y lo parecía, pero en los últimos días andaba muy alterado, nerviosísimo, porque Caja Nacional se ha quedado con todos sus ahorros.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

—Todavía no sé muy bien qué ha pasado, pero hace algunos años le recomendaron depositar el dinero en no sé qué clase de producto financiero. Le dijeron que sería seguro, que tendría una buena rentabilidad, y ahora no puede recuperarlo.

—¿Pero es mucho dinero?

—Ciento ochenta mil euros.

—Hostia.

—Una barbaridad, sí. Pero creo que hay más afectados.

Morelli pensó que tal vez mereciese la pena husmear un poco en ese asunto.

—¿Tenéis para mucho tiempo aquí?

—En principio, una semana, si todo va bien y se normaliza.

—¿Cómo te las vas a arreglar? Estás viviendo en Edimburgo, ¿no?

—Me quedaré un mes, hasta que se recupere y pueda otra vez valerse por sí mismo, y después regresaré, y si no puede valerse, tendremos que buscar alguna solución.

Alguien movió la puerta y asomó la cabeza. Era una enfermera, para

comprobar que todo estaba bien. La irrupción los empujó a unos segundos silenciosos. Morelli reparó en la baraja de cartas que había sobre la mesa, junto a un paquete de pañuelos de papel, un teléfono y un libro cerrado.

Estrella le acarició la cara a su padre con una delicadeza que casi sentía Morelli en su rostro. Detrás de ellos, la televisión continuaba encendida, a muy bajo volumen. Morelli se volvió al advertir una voz conocida. Era el secretario general del Partido Progresista, que se refería al Gobierno a propósito de algo que Morelli no alcanzó a entender. Aquella voz dio paso a otra todavía más familiar: la de Alvarellos. Dejó de prestarles atención.

—¿Qué tal tu hija?

Morelli se volvió hacia Estrella con el rostro iluminado. Sonrió y empezó a contar todo lo que Elsa había traído a casa y cómo se habían acabado los días normales, o al menos demasiado normales. Ahora todo era excepcional, o raro, y muy atropellado. La realidad les pasaba todos los días por encima. Después de un buen rato hablando, el propio Morelli experimentó aburrimiento hacia sus palabras y cambió de conversación. Habló de Horacio y del día que entró por primera vez en El Negro Jefe, y también de la ocasión en que coincidió con Gento y con Mario Benedetti. Después se acordó de los días que traspasó el local. Fue muy triste. Le contó que el día que hacía la mudanza, una Nochebuena, para irse a vivir a la calle Ibiza, fue la última vez que se vieron en el barrio. Coincidieron una vez en Chamberí, hace dos o tres meses.

El tiempo en los hospitales viajaba hacia atrás. Aun así, cuando Morelli se dio cuenta, había estado en aquella habitación tres cuartos de hora. Tenía que salir pitando al periódico. Volvió a tomar la mano de Horacio, que seguía durmiendo.

—Cuando se despierte, dale recuerdos de mi parte. Volveré a pasarme esta semana.

Ella se lo prometió. Él le pidió que lo mantuviese al tanto de todo. Se despidieron. El ascensor se detuvo en todas las plantas, en las que siempre entraba y salía alguien, y todos parecían enfermos graves, aunque solo estuviesen de visita. Morelli se acordó, como casi siempre que pisaba un hospital, de una de las primeras noticias que le tocó cubrir mientras hacía las prácticas en una emisora de radio. Había sido uno de esos sucesos que mezclan drama y comedia. Un hombre ingresó en un hospital para un implante de marcapasos. La operación fue un éxito. El paciente pasó cuatro

plácidos días en una habitación doble. Al quinto le dieron el alta. «Nos vemos dentro de un año, para la revisión», le recordó el cardiólogo. Nada más salir del edificio, el conductor de la ambulancia, que maniobraba marcha atrás para recogerlo y llevarlo a casa, no lo detectó en el espejo retrovisor y lo arrolló.

Entró a la redacción a las once en punto. Estaba excitado. Se cruzó con un compañero de economía, al que preguntó si había oído hablar de algún conflicto entre clientes de Caja Nacional con problemas para recuperar sus depósitos. No tenía ni idea, admitió, y Morelli le dijo que se olvidase. Seguramente se trataba de algún incidente aislado, añadió, pensando en investigar por su cuenta. Ahora ya tenía encima a Silvia Querol, de cultura. Le pareció que ella estaba más excitada que él.

—Recién llegada de Nueva York —especificó su compañera, abanicándose con unos papeles. Lo agarró de un brazo y se lo llevó a la máquina de café.

—¿Me vas a aburrir con los detalles? —preguntó Nico, en posición de defensa.

—Tal vez mañana, o los próximos días. ¿Cómo quieres el café? —Empezó a introducir monedas.

—Cortado. Entonces hablemos de Nueva York.

—Solo he estado seis días, en realidad.

—¿Y?

—Paseos, exposiciones, cenas. Me alojé en un hotel coqueto del Soho.

—¿Estaba bien?

—Oh, sí. Era un hotel pequeño, de dos plantas, bastante antiguo. Me pasó algo realmente curioso allí.

—Me encantan las historias de hoteles.

—Había un hombre muy simpático en la recepción. La segunda noche salí a cenar con una amiga, cuando regresé allí estaba él, leyendo *Todo un hombre*, de Tom Wolfe, aprovechando la tranquilidad. Nos pusimos a hablar. Yo le conté que escribía en un periódico y que estaba en Nueva York para blablablá, y entonces me dijo que él también escribía. Llevaba un modesto diario de las cosas que ocurrían en el hotel. Empezó a escribirlo hacía doce años. A estas alturas el diario ya ocupaba más de cien libretas. Ahí me pudo la curiosidad y le pregunté si podría enseñarme alguna. Fascinante, me pareció fascinante lo que leí. En un momento que se distrajo con una llamada,

le saqué varias fotos a la libreta. Verás. —Sacó su teléfono del bolso—. La libreta estaba llena de anotaciones como estas: «Los Johnson entran en el hotel discutiendo. Ella lleva un vestido blanco que lo deja ver todo y él suda a chorros. Esa noche se les oye hacer el amor varias veces. A la mañana siguiente los huéspedes de la habitación de al lado se quejan del ruido». «Se cumplen dos meses desde que la señora McLaren dejó un sobre cerrado diciendo que vendrían a recogerlo al día siguiente. Aseguró que su contenido era de vital importancia». «Al limpiar la 205 aparece un cuchillo con restos de sangre en la papelería. Media hora antes, sus ocupantes se marcharon aparentemente ilesos». «El señor Martínez roba una toalla y rellena una de las botellitas de whisky del minibar con un líquido que parece orina». «En la 202 han olvidado un ejemplar de *Expiación*, de Ian McEwan». Imagínate, así más de cien libretas, con las pequeñas historias de un hotel a lo largo de doce años.

Morelli estaba a punto de pedirle la dirección del hotel cuando apareció su jefa. Tenía un brazo levantado hacia él y chasqueaba los dedos índice y pulgar, para reclamar su presencia.

—Al despacho, Morelli —le dijo a cuatro metros de distancia y se alejó.

—No sé cómo la aguantas —susurró Silvia, cubriéndose la boca con el vaso de café.

—Porque está buenísima.

El despacho de su jefa acumulaba tal desorden que producía una extraña vibración. A Morelli le recordaba a la electricidad. Algunos días, cuando ponía los pies allí dentro, iba mirando el suelo por temor a un cable suelto que lo dejase tieso.

—Cada vez que entro aquí, me acuerdo de los hermanos Collyer.

—¿Quiénes son esos?

—Homer y Langley Collyer, seguro que has oído hablar de ellos. Heredaron de sus padres una mansión de cuatro pisos en Harlem, y un día se aislaron del mundo y desconectaron el timbre de casa, cortaron el cable del teléfono, tapiaron las ventanas. Por la noche, Langley salía a recoger toda suerte de objetos: periódicos, ametralladoras, acordeones, pianos de cola, máquinas de rayos X, cadáveres de caballos, todo lo imaginable, que acumulaban de forma compulsiva. Tras años de existencia fantasma, los vecinos advirtieron signos de alarma y, cuando la policía entró en la vivienda, a Homer lo descubrieron muerto por inanición en una silla. El cadáver de

Langley tardaron una semana en encontrarlo, sepultado vivo por la basura, que pesaba ciento cuarenta toneladas. Su mansión se convirtió en su tumba. Yo que tú aliviaría estas columnas de periódicos y papeles que tienes sobre la mesa. Podrías acabar igual que ellos.

—¿Pero esa noticia no la publicamos hace algunos años?

—Exacto.

—Dejémonos de historias, al grano. —La mujer mordió la punta del lápiz que tenía en la mano. Siempre había un lápiz cerca de ella. Le apasionaba subrayar documentos, periódicos, revistas, hacer anotaciones en los márgenes. Tenía todo un ejército de lápices, que afilaba cada dos o tres días —. Mañana salimos a toda plana con las escuchas. Será el único tema de portada.

—Hostia puta.

La jefa del grupo de investigación puso sobre la mesa, donde pudo, el dossier con las transcripciones de las cintas y las notas internas que elaboraba el CNI. Tamborileó con los dedos sobre la carpeta, sin miedo al peligro.

—«El Gobierno de Alvarellos espía a políticos, empresarios y periodistas». Trabaja a partir de esa idea, más o menos. Recuerda que nos guardamos en la recámara las escuchas al rey, al expresidente y a los magistrados que investigaron a los amigos de Alvarellos. No hagas tampoco mención a la cinta en la que Ledesma asegura que Alvarellos le ha ordenado que grabe a Lihn. Cuando el portavoz del Gobierno salga en tromba a exculpar al presidente y diga que Alvarellos no sabía nada, será divertidísimo difundir esa conversación.

Morelli salió del despacho sudando, en estado de efervescencia. Se sintió como ante su primera crónica en aquel periódico. No perdió un minuto. Los dedos tenían vida propia y él era un espectador de su texto, casi un lector sobre su hombro. Era una experiencia extraña. No escribía como Morelli, sino como otro, o al menos como otro Morelli. Las frases poseían elocuencia. Salían a tal velocidad que no podía detenerse a corregir, o tenía la sensación de que descarrilaría. El Morelli de siempre, el que él conocía, necesitaba distraerse después de unos pocos minutos de atención, era su modo de seguir adelante, parándose. Su cabeza no estaba preparada para resistir largos períodos de concentración. Cualquier pretexto servía para detenerse: mirar el teléfono, consultar la hora, levantarse al baño, dejarse invitar a un café, hacer una llamada innecesaria, distraer a un compañero. Quizá hubiese días en que

uno se comportaba a imitación del otro que era, porque quizá uno tuviese variantes de sí mismo. En mitad del huracán el nuevo Morelli adivinó que podía alterar la velocidad del mundo con sus diez dedos.

A las dos y media hizo un alto para comer. Antes volcó el texto principal, casi acabado, a la maqueta, pendiente de ajuste, lo que aplazó para la tarde. Silvia Querol, que había dejado por la mitad el relato del viaje a Nueva York, se apuntó a almorzar con él. Se les sumó Fonseca, que desde hacía seis meses formaba parte de la sección de interior. Ahora se veían mucho menos. En la comida salió a relucir su disgusto con su nueva situación en el periódico, tanto que le daba vueltas a la idea de marcharse muy seriamente.

—En realidad, llevo meses haciéndolo, desde antes del último cambio. Todas las noches, antes de acostarme, tengo clarísimo que me voy, pero por la mañana, al levantarme, me digo que quizá sea un error, que hay que ser positivos, y no doy ningún paso. Lentamente, el día va conspirando de nuevo contra mis esperanzas y al llegar a la noche, cuando no hay nadie en recursos humanos a quien decirle que me prepare la liquidación, vuelvo a tener claro que lo dejo. Y al amanecer, las dichas esperanzas me acechan de nuevo.

—Interior es un horror. No conozco a nadie que no esté harto, desmotivado, deseando irse, salvo los que aman la sección, que directamente están locos. En la revista del domingo estarías de maravilla —vaticinó su compañera.

—Estoy cansado de deambular. ¿No tenéis la impresión de que el periódico ha cambiado para peor? Cada vez pasan cosas más extrañas y es más difícil publicar según qué historias. Se cruzan demasiados intereses no periodísticos... Te pasas una semana o un mes detrás de un tema y, cuando lo tienes cerrado, alguien dice que no es el momento de sacarlo. ¿Qué te voy a contar? —dijo, señalando a Morelli.

—Es posible, pero todavía estamos en el mejor periódico de este país. Y no me lo imagino sin ti —contestó Morelli.

—Tenemos días. Creo que has dado con uno de esos temas que pasarán a la historia. Hay que quitarse el sombrero. ¿Te imaginas tumbar al Gobierno?

—Tumbar al Gobierno... A lo mejor todavía no estamos lo suficientemente aburridos de Alvarellós.

Las grabaciones del CNI los mantuvo entretenidos lo que restaba de almuerzo. Al acabar volvieron a la redacción en un lento paseo, para no llegar nunca. En ese momento sonó el teléfono de Fonseca. Se quedó en la acera,

enfrente del periódico, atendiendo la llamada, mientras Morelli y Querol cruzaban.

—Me fumo un cigarro y subimos, ¿vale? —dijo la periodista buscando el tabaco en su bolso.

Morelli la observó con envidia. Pero hoy era uno de esos días en que no fumaría jamás.

—¿Qué le pasa a ese?

Al otro lado de la calle, mientras seguía al teléfono, Fonseca les dirigió aspavientos histriónicos, de gigante, como quien está perdido en una isla desierta, y Silvia y Morelli eran las primeras personas a las que veía en años.

—Algo ha pasado —predijo Morelli.

—Ahí viene.

Fonseca cruzó rápido la calzada, sin mirar, e hizo frenar a un coche de mensajería.

—¿Qué pasa?

—La bomba. —Agitó una mano, sin deshojar el suspense.

Entraron en el edificio y se metieron en el ascensor. Se cerraron las puertas.

—Han detenido a César Riezu, toma ya.

—¡Estás de coña!

—Me ha llamado un agente de la policía judicial. Una docena de policías se han presentado este mediodía en el edificio de VHS para detenerlo y registrar las oficinas. Han estado tres horas metiendo documentos y discos duros en cajas, con él delante, y hace un rato se lo han llevado en un coche camuflado a la Audiencia Nacional. Solo el juez Emilio Ruso podía hacer algo así. Qué huevos.

—¿Pero qué le imputan?

Se abrió el ascensor. Salieron.

—Eso es lo que todavía no he averiguado. Os dejo —dijo y aceleró el paso hasta desaparecer en el despacho de su redactor jefe.

En menos de una hora el periódico se llenó de un confuso ruido en el que se mezclaban gritos, pasos, música de papel, impresoras, rumores, teléfonos. Del despacho del director no paraba de entrar y salir gente. Al final de la tarde Morelli tuvo su información concluida. Ocupaba nada menos que tres páginas. A las ocho de la tarde reapareció Fonseca por su mesa. Se acercó sonriente a Morelli. Riezu, dijo, seguía declarando. Hasta donde había

averiguado, el juez iba a imputarle los delitos de prevaricación y cohecho, además de fraude fiscal. No ponía la mano en el fuego porque fuese a salir en libertad con cargos.

—Mi día va a ser larguísimo. —Y se fue.

—Mañana habrá que comprar el periódico —susurró Morelli con media sonrisa.

Cuando dejó la redacción, lo recorría una extraña ansiedad por avistar el futuro. ¿Qué efecto produciría su información? ¿Volverían, después de la conmoción inicial, a la normalidad, a antes de saberse que el Gobierno espía y grababa a políticos, periodistas, jueces y empresarios ilegalmente? A medida que se alejaba del diario, sin embargo, pensó menos en ello. Todo se difuminó como un paisaje antiguo y perdido.

Entró en casa con sigilo, acariciando el suelo. Laura lo esperaba en el sofá, con un libro entre las piernas, al que miraba pero no leía. Estaba acurrucada, sentada sobre sus pies, en una posición que podía mantener horas, sin atisbo de incomodidad. Elsa dormía. Se besaron en la boca y se repitieron las preguntas que se hacían todas las noches, cambiando las respuestas, y volvieron a besarse de nuevo. Después de cenar, él se encerró en su estudio. Aquella soledad brilló igual que un bien preciado. Seguía presa de la excitación que lo había perseguido todo el día. Buscó en los cajones hasta encontrar un cigarrillo en una cajetilla olvidada a propósito, para una emergencia. Lo encendió. Sonó como si lo tirase todo por la borda, en especial lo inservible. Más ligero, se sentó a su mesa, frente a la máquina de escribir, con un folio en el rodillo, casi lleno. Alguien arrastró una silla en el piso de arriba. Apagó la cerilla con un movimiento seco e inhóspito, arrogante y cautivador, mientras aspiraba la primera bocanada de humo, que lo acunó. Ahora, se dijo, era el momento de acabar aquella dichosa novela. Iba a ser larga, y no estaba seguro de poder escribirla tal y como estaba ya ordenado en su cabeza, pero nunca como en aquel preciso instante, con el cigarro atezado y el humo hablando en la oscuridad, estuvo tan convencido de que la sacaría adelante. Miró por la ventana. Se veía todo lejos —las luces, los techos, los árboles, las siluetas— cuando empezó a teclear en la vieja Olivetti de su padre.

Vilardevós, 15 de septiembre de 2017

AGRADECIMIENTOS

A Carlos Sandoval, que cayó en el borrador como en un pozo, pero salió. A Armando Requeixo, compañero ya de muchos manuscritos. A Juanjo Jambrina, médico de novelas. A Pedro Torrijos, que imaginó el Museo de la Ciencia. A Rafael Méndez, que me habló maravillas de la N-IV. A Fran Caamaño, por mostrarme algunos entresijos. A Belén Vázquez, politóloga de ficciones. A Roser Herrera, que creyó. A Eladio Gutiérrez, como en otras ocasiones. A Antón Reixa, que merecía ser «*o noso presidente*». A Rafa Lahuerta, por guiarme del aeropuerto al centro de Valencia. A Manuel Jabois, que bautizó un yate. A Rafa Cabeleira, especialista en caballos de carreras. A Manuel de Lorenzo, que inventó un escritor en el último segundo. A Mar, por la fontanería. A cada amigo y amiga periodistas, que están aquí de una forma u otra, y a los que no conozco, pero leo, por informar pese a las dificultades que impone siempre el poder. A Ana Viqueira, por su ejemplo. A las bibliotecas públicas, que me salvaron. A los familiares y amigos que me dejaron sus casas. A Belén Bermejo, por la edición, su entusiasmo a veces inexplicable y su paciencia diaria. A Marta y a Helena, por sobrellevar tantos días la puerta cerrada.

Salvaje oeste

Juan Tallón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Sr. García

© Juan Tallón, 2018

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-670-5233-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



SALVAJE OESTE



JUAN TALLÓN


ESPASA